

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**LA ARGENTINA COMO DESILUSIÓN
CONTRIBUCIÓN A UNA HISTORIA DE LA IDEA DEL FRACASO
ARGENTINO
(1900-1955)**

**TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS
PRESENTA
Gabriel Andrés KOZEL**

ASESOR: Dr. Ignacio SOSA ÁLVAREZ

MÉXICO, D.F. 2006



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedico este trabajo a la memoria de mi abuelo Teodoro Kozel

Agradecimientos

A los miembros del Comité Tutoral, Regina Crespo, Ignacio Sosa y Horacio Crespo, por la lectura cuidadosa y los estímulos constantes.

A la *Universidad Nacional Autónoma de México*, por su amplia generosidad.

A Norma de los Ríos, por lo mismo.

A Ricardo Sidicaro, por haberme iniciado en estas cosas.

A Horacio Crespo (de nuevo), por las conversaciones decisivas.

A los miembros del *Seminario de Historia Intelectual de El Colegio de México*, por haberme permitido someter a debate avances parciales del estudio.

A los colegas de la *Academia de Historia y Sociedad Contemporánea de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México*, por su apoyo en el tramo final.

Al personal de las bibliotecas y entidades donde trabajé, por la paciencia. Enumero: Bibliotecas Nacional, del Congreso de la Nación, de la Academia Nacional de la Historia, de la Academia Nacional de Medicina y de la Facultad de Medicina en Buenos Aires; Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba; Bibliotecas Popular y de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional en San Salvador de Jujuy; Bibliotecas Simón Bolívar, Samuel Ramos y Central de la Universidad Nacional Autónoma y Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México en México.

A mis padres, por estar cuando hace falta.

A los amigos de acá y de allá, por lo mismo.

A Mariana, por el amor; a Ludmila, por la esperanza.

Lo que me parece verdaderamente importante es la lectura de la historia desde el punto de vista del fracaso. El fracaso de un proyecto no lo descalifica por irrealista; es más, lo mantiene como perspectiva crítica sobre la realidad. En el fracaso de un concepto de modernidad hay que analizar el fracaso de la propia modernidad, ver cómo ella misma sale perdiendo en ese proceso. La historia es tal vez más rica, más aleccionadora desde la perspectiva de los fracasos.

Horst Kurnitzky, en H. Kurnitzky y B. Echeverría (1993): *Conversaciones sobre lo barroco*, México: UNAM.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
I. LA ILUSIÓN ARGENTINA Y SUS GRIETAS	
<i>Comentario preliminar</i>	25
1. De ciudades mágicas y palacios fabulosos, creados como por encanto	37
2. Un torrente caudaloso, incontenible y ascendente	56
3. Presente esplendoroso con obstáculos	71
<i>A modo de cierre</i>	91
II. LUCAS AYARRAGARAY: ENTRE LA SOMBRA DE LA BASTARDÍA, LAS AÑORANZAS DEL PASADO Y LOS MEANDROS DE LA INCERTIDUMBRE	
<i>Comentario preliminar</i>	95
1. Doble impulso inicial	103
2. Un libro fatal para explicar a Roca	106
3. Paréntesis celebratorio	121
4. Derivas del decadentismo nostálgico	124
5. Embestida contra Yrigoyen	140
<i>A modo a cierre</i>	149
III. LEOPOLDO LUGONES, DE LA CELEBRACIÓN ENTUSIASTA A LA ENCRUCIJADA FATAL	
<i>Comentario preliminar</i>	155
1. Un ensayo histórico	171
2. La sabiduría secreta como explicación última, clave hermenéutica y guía práctica	175
3. Civilización y barbarie en la historia universal	183
4. Un linaje hercúleo para los argentinos	188

5. El dilema fatal	195
6. Final del juego	205
<i>A modo a cierre</i>	210

IV. BENJAMÍN VILLAFANE: INMINENCIA DEL APOCALIPSIS... ¿Y DE LA REDENCIÓN...?

<i>Comentario preliminar</i>	215
1. Hacia un antiyrigoyenismo abierto	229
2. Un puñal clavado en el corazón mismo de la patria	237
3. Democracia versus Chusmocracia	246
4. Entre la denuncia de los <i>negociados</i> , los impulsos nostálgicos y la exploración de los enigmas del destino	262
5. La logia Sandino o el dilema fatal latinoamericano	269
<i>A modo a cierre</i>	280

V. EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *SUMMA NEGATIONUM*

<i>Comentario preliminar</i>	285
1. (Hegelianamente) <i>fuera</i> de la historia	295
2. Hacia una universalización del ámbito del mal	314
3. ¿Renuncia y fuga...?	334
4. “Adiós, opulenta nación de ganados y mieses...”	352
<i>A modo a cierre</i>	368

VI. JULIO IRAZUSTA O EL CATÁLOGO DE LAS DORADAS OCASIONES PERDIDAS

<i>Comentario preliminar</i>	373
1. Preludio neorrepblicano	384
2. Condición antinacional de la oligarquía	393
3. Dos ensayos liminares	405
4. <i>Ópera magna</i> : Rosas, estadista ejemplar	421
5. Traición, caída y cono de sombra	432
<i>A modo a cierre</i>	460

REFLEXIONES FINALES

465

BIBLIOGRAFÍA

477

Resumen

El propósito del estudio es contribuir al trazado de la historia de la idea del fracaso argentino a través del análisis de las obras de cinco intelectuales que, de alguna manera, fueron especialistas en nombrar los “males del país”: Lucas Ayarragaray, Leopoldo Lugones, Benjamín Villafañe, Ezequiel Martínez Estrada y Julio Irazusta. No cabe duda de que, aún sin poseer necesariamente idéntico “peso específico”, las elaboraciones discursivas producidas por dichos autores contribuyeron en forma decisiva a dar forma al tópico del fracaso nacional. El planteamiento general de la investigación se orienta a destacar que el tópico del fracaso adquirió sus rasgos decisivos durante la primera mitad del siglo XX, a través de una dinámica compleja, conformada por vías diversas que debieran captarse en su especificidad, aunque sin perder de vista el movimiento más general del que forman parte: visto globalmente, ese movimiento contribuyó a la erosión de una entera configuración ideológico-cultural, que cabría designar como *ilusión argentina*. Desde luego, sería inadecuado pensar la emergencia del tópico del fracaso y la erosión de la ilusión y del dispositivo axiológico a ella asociado como un proceso de sustitución “simple” y “en bloque” de una configuración por otra; lejos de ello, la dinámica referida tuvo lugar de modos sumamente intrincados, que supieron articular una movilización recreadora de ideas-imágenes provenientes tanto de la tradición cultural “universal” (mitos clásicos y bíblicos, obras “faro” del universo intelectual europeo) como de la propia experiencia cultural argentina e, incluso, de la misma tradición liberal-civilizatoria (ilustrada-positivista) en cuyo seno se gestó principalmente la configuración de la ilusión. El telón de fondo del proceso no fue otro que el correspondiente a la creciente complejización social, la cada vez mayor y disonante diversificación discursiva y la profunda crisis de hegemonía que experimentara el país a lo largo del período. En cuanto a la significación del estudio para el desarrollo de una perspectiva latinoamericanista, cabe señalar que el examen de este proceso cultural aporta elementos para pensar de manera creativa los modos ricos y diversos a través de los cuales la cultura de nuestra región ha ido trabando relación con la experiencia de la modernidad.

INTRODUCCIÓN

I.

A través de este estudio quisiera contribuir al trazado de la historia de la idea del fracaso argentino. Esta declaración inicial alberga tres importantes precisiones que conviene explicitar sin más demora. Primera, no pretendo ofrecer aquí la historia “definitiva y total” de la conformación del tópic; más modestamente, intento realizar una aportación a su probable delineamiento a partir de una propuesta metodológica particular. Segunda, no abordo ese fracaso cual si se tratara de un fracaso “real”; antes bien, procuro enfocarlo en su calidad de idea, de tópic intelectual¹; en el límite de mis ambiciones, de faceta de una dinámica cultural más amplia.² Tercera, con la introducción de la cláusula “idea del fracaso” busco abrir el

¹ Naturalmente, esta precisión apunta a preservar la distinción entre los órdenes simbólico y no simbólico. Como observa Oscar Terán (en Herrero, A. y Herrero, F., 1996: 160-161), “...es preciso eludir las tentaciones de un ‘pan-simbolismo’ que torna arbitrarios los procesos de constitución culturales históricamente datados (...) Para sustentar esta postura es preciso entregar un rehén teórico: el mío consiste en postular que en todo texto hay ‘algo que resiste’ y que la historia de las ideas es la historia de la relación entre lo que es cultura y lo que no lo es.”

² Con respecto al debate que la dimensión eventualmente “real” del fracaso argentino ha suscitado al interior de las ciencias sociales contemporáneas, remito al lector al ensayo bibliográfico de Jorge Schvarzer (1993). Escribe Schvarzer: “[La paradójica experiencia argentina, A.K.] induce una intensa polémica sobre sus orígenes y efecto, cuyo contenido, a su vez, no alcanza a desprenderse de posiciones políticas y de imágenes sociales: el deseo de explicar el fenómeno se confunde con la búsqueda de culpables y ‘chivos expiatorios’ así como con la oferta de propuestas de solución. Comentaristas locales y analistas externos terminan embarcados, de modo espontáneo, en una puja continuamente renovada en torno a los méritos y fallas de los distintos sistemas sociopolíticos vigentes en el país o del punto de ruptura que habría marcado el comienzo de la decadencia. Las respuestas son múltiples. Algunos autores ubican la ruptura en 1930, cuando la crisis mundial bloqueó la marcha exitosa de la economía primaria exportadora, abierta al mercado mundial, en una evolución conducida hasta entonces bajo la hegemonía de la oligarquía. Otros señalan a los años cuarenta como el momento de quiebre de la tendencia del progreso, y califican al peronismo como el causante y mayor culpable. La ruptura no existió para otros (entre quienes nos contamos), pues hubo continuidad de un proceso histórico fluido que desembocó, mediante diversas mediaciones, en este resultado perverso. Estos puntos de partida no son neutros aunque no siempre se explicitan: ellos condicionan los análisis que, a su vez, son leídos desde la óptica de cada comentarista. El resultado es una polémica tan agria como difícil. La polémica no puede saldarse fácilmente debido a la escasez de estadísticas (y a veces de documentos) confiables. Muchas de las hipótesis más difundidas se basan en datos no siempre posibles de confirmar en la práctica o que se contradicen con estimaciones de otro origen.” (p. 126) Debe quedar claro entonces que el presente estudio no se propone intervenir en el debate sobre las causas del eventual fracaso “real” del país, sino contribuir a la captación más plena de cierta dinámica intelectual y cultural que, aunque sin duda forma parte de una experiencia histórica más amplia ligada al “fracaso”, no la explica ni mucho menos la agota. Una cuestión a la vez conexa y distinta tendría que ver con preguntarse, como lo hace Carlos Altamirano (1999: 208), si los textos nacidos del “nuevo espíritu científico” –entre los que habría que incluir tanto las obras analizadas por Schvarzer en su ensayo bibliográfico como sus propias aportaciones al debate- no pueden ser considerados también productos de la imaginación social y política de las elites intelectuales, no demasiado alejados por tanto de la *literatura de ideas* precedente a la que, ruptura epistemológica mediante, se propusieron reemplazar y superar...

ángulo de mira hasta volverlo sensible a una trama de significaciones más vasta que la que se estaría en condición de abarcar si se restringiese la atención al uso literal del término “fracaso”. Más en general, subyace a mi planteamiento un supuesto fuerte: en determinado momento la cultura argentina efectivamente asistió a la cristalización de importantes zonas de discurso orientadas a poner en cuestión las principales certidumbres entretejidas en torno al vigor del tiempo colectivo. Si es cierto que esta experiencia intelectual y cultural no ha sido del todo ignorada por los estudiosos –como veremos enseguida, algunos han dejado anotadas penetrantes observaciones al respecto–, también lo es que las aproximaciones que ha suscitado han resultado ser poco más que tangenciales. A mi modo de ver, dedicarle un estudio específico puede llevarnos a enriquecer, e incluso a revisar, algunos de los aspectos que componen nuestras imágenes habituales de la historia cultural del país y, tal vez, de la región latinoamericana en su conjunto; la aspiración mayor del estudio no es otra que la de aportar elementos en esa dirección.

Sin duda, este modo de enfocar las cosas plantea tempranamente un espeso racimo de preguntas: ¿cómo captar sin asfixiar una experiencia cultural; en particular, una experiencia cultural de *desilusión*?; ¿cómo apresar la antigua ilusión precedente, configuración acaso extinta pero que ha dejado y quizás sigue y siga dejando innumerables y profundas huellas en el imaginario social?; ¿cómo decir el movimiento por el cual aquellos viejos sueños pasaron a destilar unas pesadillas que acabaron devorándose casi por entero, a través de un proceso complejo que supo combinar recreaciones, erosiones y novedades...?; ¿cómo pensar la significación social y cultural de ese haz de discursos tematizadores de una hesitación profunda en relación con la vitalidad del tiempo colectivo?; ¿cómo vincular esos discursos y sus productores a las dinámicas más amplias en las que se fueron inscribiendo e insertando?; ¿cuál pudiera ser el sentido de revisar, desde nuestro presente, esa intrincada madeja de anhelos, decepciones, encrucijadas y desvelos?; ¿cuál la importancia, para una mirada latinoamericanista, de un enfoque inspirado en este cúmulo de interrogaciones?; ¿hasta qué punto un esfuerzo de esta naturaleza estaría en condiciones de aportarnos elementos en pos de una articulación más fértil entre nuestro *espacio de experiencia* y nuestro *horizonte de expectativa*³...? En lo que resta de la

³ Fue Reinhart Koselleck (1993: 333ss.) quien acuñó las categorías *espacio de experiencia* y *horizonte de expectativa*. En el último capítulo de su obra mayor, Paul Ricoeur (1996: 939ss.) las recupera en tanto herramientas productivas para *pensar* la historia y el tiempo de la historia una vez “abandonada” la idea hegeliana de una mediación *absoluta* entre historia y verdad. En opinión de Ricoeur, las categorías introducidas por Koselleck permiten combatir con algún éxito la a su juicio riesgosa tendencia a abstraer el pasado en tanto pasado. Escribe Ricoeur (*Ibid*: 953): “...hay que luchar contra la tendencia a no considerar el

presente *Introducción* me limito a desarrollar y esclarecer algunos de los núcleos problemáticos que estas difíciles cuestiones suscitan, en la convicción de que por esa vía quedarán adecuadamente enmarcados los desarrollos subsecuentes, a los que cabe definir, desde ahora y ante todo, como extensos pero aún así inacabados *ejercicios de lectura*, que pugnan por ser también algo más, en un sentido específico que se irá develando gradualmente.

II.

Como es sabido, no hay un único camino para escribir la historia de una idea ni, menos todavía, para contribuir al desciframiento de una experiencia cultural. En este caso, una vía posible y legítima de aproximación pudiera ser la de examinar los cuerpos de pensamiento elaborados por un conjunto de intelectuales (ensayistas, historiadores, literatos) que, más o menos en torno al Centenario, comenzaron a desgajarse del hasta entonces predominante tronco liberal-civilizatorio, sea para recorrer los meandros de una interrogación desasosegada acerca de las razones por las que la Argentina se había “extraviado” de la senda que supuestamente había de conducirla a un “destino de grandeza”, sea para sospechar que ese supuesto “destino” estaba mucho más lejos en el tiempo de lo que alguna vez se había imaginado, sea para postular que si se quería acceder a él era preciso un cambio de rumbo radical, sea para argüir que jamás había existido semejante cosa y que se había venido habitando una quimera. De modo más o menos explícito, Lucas Ayarragaray (1861-1944), Leopoldo Lugones (1874-1938), Benjamín Villafañe (1877-1952), Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) y Julio Irazusta (1899-1982) tematizaron con intensidad e insistencia este tipo de cuestiones; no resulta aventurado sostener que han sido, cada uno a su modo y entre otros, verdaderos especialistas en nombrar los males del país. Al análisis de las elaboraciones discursivas de estos *provocadores de disenso*⁴ quedan consagradas pues las sucesivas estaciones del presente estudio.

Es evidente que el abanico de autores no es exhaustivo; sin embargo, alcanza a cubrir un período amplio (la primera mitad del siglo XX) a la vez que “representa”, al menos en cierta

pasado más que bajo el punto de vista de lo acabado, de lo inmutable, de lo caducado. Hay que reabrir el pasado, reavivar en él las potencialidades incumplidas, prohibidas, incluso destrozadas. En una palabra, frente al adagio que quiere que el futuro sea abierto y contingente y el pasado cerrado y unívocamente necesario, hay que conseguir que nuestras esperas sean más determinadas, y nuestra experiencia más indeterminada. Éstas son las dos caras de una misma tarea: sólo esperas determinadas pueden tener sobre el pasado el efecto retroactivo de revelarlo como *tradición viva*.”

medida, las distintas sensibilidades ideológicas que, por esos años, se articularon con los tópicos del fracaso, la decadencia y la desilusión. Y si ninguno de los nombres mencionados se deja clasificar en la tradición de las izquierdas se debe a que, en ese tiempo y casi en todas partes, dicha tradición se caracterizaba por un optimismo avasallador;⁵ cabe anticipar, empero, que en más de una ocasión nos veremos llevados a hacer a un lado etiquetamientos establecidos, unas veces para reelaborarlos, otras para dejar paso a alguna irresolución y, por qué no decirlo, a cierta perplejidad. El inventario propuesto tampoco es homogéneo: Ayarragaray, Lugones, Villafañe, Martínez Estrada e Irazusta no gravitaron en las mismas zonas del campo cultural (algunos fueron predominantemente literatos, otros políticos, otros historiadores...) ni tuvieron en su momento idéntico “peso específico”; no obstante, todos fueron figuras públicas de relieve y, lo que es más importante desde nuestra perspectiva, dedicaron buena parte de sus energías a reflexionar, en clave severa o melancólica, sobre la realidad argentina, constituyéndose en productores –aunque jamás *ex nihilo*- de ideologías políticas más o menos sombrías, y contribuyendo así de manera decisiva a la conformación y sedimentación de una tradición cultural y de una cultura política con matices singulares.⁶ En

⁴ La expresión es de Norberto Bobbio, quien la emplea para pensar una situación distinta (véase Laura Baca O., 1998). Vuelvo más adelante sobre esta cuestión.

⁵ Arthur Herman (1998) señala que antes de la Segunda Guerra Mundial el color político del pesimismo cultural era el de la extrema derecha; recién con la Guerra de Vietnam y el malestar económico de los años 70 se habría abierto una nueva oleada de crítica cultural, esta vez proveniente de la izquierda; la producción intelectual de la Escuela de Frankfurt podría considerarse un “puente” entre esos dos momentos. De modo que, para Herman, crítico algo autocomplaciente de todo pesimismo, a lo largo del siglo XX dicha disposición y su contraria habrían trocado su lugar en el espectro de las posiciones ideológicas: la imagen, que por cierto puede matizarse, es sin duda sugerente. Con respecto al ensayo argentino de los años 30, Beatriz Sarlo (1988: 243) indica: “Escritores, como Tuñón o los que integran el heterogéneo campo de la izquierda reformista, son los menos inclinados a practicar este ejercicio de autoanálisis [*el diagnóstico de las eventuales fallas del ‘ser nacional’*, A.K.]. Ellos, como los organizadores del siglo XIX, se piensan fundamentalmente en relación con el futuro y, por la mediación de la Rusia soviética o del pueblo español, de la revolución mexicana o del anti-imperialismo *son profetas de lo nuevo más que analistas del presente.*” (Mis cursivas) Sobre la historia del *marxismo trágico* argentino, el estudio de Horacio Tarcus (1996) es de consulta imprescindible.

⁶ “Intelectuales” e “ideología política” son conceptos que exigen mayores precisiones. Con respecto al “intelectual”, cabe concebirlo, como un sujeto que trabaja con ideas (N. Bobbio, en Laura Baca O., 1998), desplegando estrategias individuales y colectivas dentro de un campo cultural que, en parte, le condiciona (J.J. Brunner y A. Flisfisch, 1989). Más allá de su generalidad, esta definición nos sitúa en un punto en que de alguna manera convergen algunas de las tensiones fundamentales que la noción y las realidades a las que hace referencia han ido suscitando. Es probable que la principal de esas tensiones tenga que ver con la contraposición entre las figuras del intelectual “autónomo” y del intelectual “portavoz”; en última instancia, se trata de un problema que remite a concepciones más amplias acerca de las relaciones entre cultura y materialidad o, para decirlo en términos ya vistos en la nota 1, entre lo que es simbólico y lo que no lo es. Por lo demás, no ha habido históricamente, ni hay hoy en día, un solo tipo de intelectual. Entre las diversas tipologías existentes interesan de manera especial aquí aquellas que toman como criterio principal de agrupamiento el tipo de relación que los intelectuales establecen con el poder político. Recordemos dos, ciertamente clásicas: la propuesta por Lewis Coser (1968) y la elaborada por N. Bobbio (en Laura Baca O.,

fin, la decisión de no llevar el estudio mucho más allá del golpe de Estado de 1955 no quiere

1998). En ambos casos se proponen como ejes diferenciadores la apoliticidad/politicidad del intelectual y, dentro de la segunda dimensión, su participación en, o su apoyo u oposición al, poder vigente. Más allá de esto, quisiera llamar la atención sobre una faceta específica del intelectual: su condición de *productor de ideología*. En tal sentido, parece pertinente recuperar la analogía propuesta por Francois Bourricaud (1990) entre el mitólogo/*bricoleur* y el intelectual/ideólogo. Para Bourricaud, aunque el mito y la ideología constituyen distintos tipos de *bricolage*, tanto el mitólogo como el intelectual se las arreglan con el heteróclito conjunto de materiales de que disponen para dotar de un sentido único y total a una rapsodia siempre incompleta de observaciones, haciendo *como si* positividad y totalidad fuesen conciliables y hasta superables. Según Bourricaud, es característico de las ideologías mezclar distintos tipos de enunciados, algunos verificables y otros no; en consecuencia, las ideologías pueden carecer de fundamentos, aunque no de referentes. En lo que respecta al concepto de “ideología”, sigo de cerca unas consideraciones vertidas por Pierre Ansart (1983). Según Ansart, las ideologías políticas han de conceptuarse como vastos frescos totalizantes que contienen explicaciones y designaciones “con su parte de verdad”. En la época contemporánea, les corresponde ni más ni menos que renovar la ancestral empresa de asignar *sentido* a las prácticas sociales, retotalizando la experiencia social e identificando a los individuos. A diferencia de los mitos –que son *el imaginario vivido*, el momento de mayor adecuación entre la experiencia y las significaciones- y de las religiones –que tienden a resolver el desafío que la secularización les impone a través de la distinción entre lo sagrado y lo profano, las ideologías cumplen con su función dentro de otros límites y con otras modalidades. Por una parte, “la sustitución de la religión por la ideología política, en tanto que aparato simbólico integrador, ha iniciado un conflicto permanente que concierne al derecho de producción de los bienes de significación.” (Ansart, op. cit.: 29) Por otra, las ideologías están privadas de referir a lo absoluto; en la medida de ello, se ven obligadas a reinventar permanentemente los argumentos necesarios para fundar los valores sociales y su jerarquización. Como puede apreciarse, los elementos que componen esta definición permiten eludir la antigua tentación de reducir las ideologías a sus efectos de distorsión y ocultación. Aún cuando en todos los casos hay una *margen de distorsión*, “para que una ideología pueda constituir el discurso vivo de una práctica, es necesario que se adecue, de alguna manera, a los elementos de la experiencia, de la cual constituye una totalización a la vez que una corrección” (Ansart, op. cit.: 142). Y más adelante: “La ideología política posee esa especificidad de no ser un discurso verdadero ni falso, en el sentido científico del término, sino de fundar en una misma lógica, la verdad y la ocultación polémica, las intuiciones vivas y las distorsiones.” (op. cit.: 148). Nada de esto vuelve equivalentes a los discursos ideológicos y a los científicos; Ansart señala a este respecto que, a diferencia de la ciencia, que postula tanto una distancia entre sujeto cognoscente y objeto de conocimiento como una separación entre verdad y normatividad, la ideología es un discurso de sujeto, relativo al deber-ser y al deber-vivir (y sin embargo...) Como puede notarse, la perspectiva propuesta por Ansart llama especialmente la atención sobre el hecho de que, más que ninguna otra, la época de las ideologías es una época signada por disputas en torno al sentido: la noción de *campo ideológico* alude a esa dinámica que, aunque conflictiva –lo que está en disputa es ni más ni menos que la *verdad moral y social*-, no deja de conformar un espacio integral y relativamente autónomo respecto de las instancias políticas y económicas. Cabe anotar que Ansart toma la idea de *campo* de trabajos pioneros de Kurt Lewin y de desarrollos posteriores de Pierre Bourdieu (1983, 1987, 1995, etc.). Ahora bien, más allá de la diversidad constitutiva del campo es posible identificar, según Ansart, un conjunto de *dimensiones invariantes* de la ideología. En efecto, y esto es de una enorme importancia aquí, cada posición ideológica predica sobre el modo de organización ideal de la sociedad, sobre la distribución y articulación de los estatutos y roles; sobre el poder (su naturaleza, sus condiciones de ejercicio, su fundamento de legitimidad); sobre los fines del grupo (su jerarquización, los medios adecuados para alcanzarlos); sobre los problemas del colectivo (sus responsables, sus soluciones); paralelamente, cada posición construye un sistema temporal donde pasado y futuro aparecen coordinados y donde la acción presente adquiere significado: el campo ideológico presencia una permanente reinención del tiempo. Se entiende que estas últimas consideraciones revisten una importancia enorme: a partir de ellas se abre la posibilidad de abordar las elaboraciones discursivas de esos productores de ideología que son los intelectuales con las herramientas que proporciona el análisis estructural. Sobre éste último véanse, además de la obra de Ansart citada, V. Propp (1987) y AAVV (1991), entre otros materiales. Huelga decir que el trabajar con herramientas provenientes del análisis estructural no supone necesariamente adherir a los términos de una concepción estructuralista de la sociedad o de la cultura.

significar que después de esa fecha se hayan extinguido los discursos sobre la desilusión y el fracaso (cosa que no ha ocurrido); aquella encuentra justificación, más bien, en el hecho de que con ese suceso se cerró una etapa de la historia del país; rebasarla llevaría a abrir demasiado el abanico de problemas a tratar.

III.

El lector habrá advertido que la opción recién delineada contiene tanto una primera propuesta de periodización como un esbozo de definición conceptual. Se impone ahora tornar más explícitos ambos elementos, con el objeto de despejar eventuales equívocos y, sobre todo, de comenzar a dar forma al dispositivo de intelección que servirá de marco a los ejercicios de interpretación que conforman el cuerpo principal del estudio. A tal fin, parece conveniente empezar sometiendo a discusión las principales posiciones desde las que se ha procurado abordar los avatares del tópico. Presentaré e ilustraré dos, dividiendo a la segunda en dos subvariantes. La primera de esas posiciones consiste en considerar al pensamiento tematizador del fracaso como una especie de rasgo constitutivo o esencial de la cultura del país, adentrándose así en los meandros, tan fascinantes como riesgosos, de la transhistoricidad. Me permito tomar como ejemplo de esta modalidad de aproximación un ensayo de Graciela Scheines (1993), en cuyas páginas la oscilación pendular entre sueños desmesurados y frustraciones desasosegadoras no sólo es “constatada” desde el Descubrimiento a nuestros días, sino que es también valorada con signo negativo en tanto causa y síntoma de perturbaciones graves y profundas. En las páginas con que se abre el ensayo de Scheines leemos:

En mi indagación descubrí que el fracaso tiene que ver con los *mitos de América*, de los que arrancan probablemente los desmesurados sueños argentinos (...) Bajo el *influjo nefasto* de estas imágenes mitológicas formuladas desde afuera estamos convirtiendo a Sudamérica y a la Argentina en la geografía del fracaso (...) Los epígrafes que encabezan cada capítulo son mojones que orientan en los *vaivenes de euforias y frustraciones con que está hecha la historia argentina*. (Mis cursivas)

La segunda posición es procurar situar la cuestión históricamente, esto es, postular que el tópico del fracaso habría hecho su aparición en la escena cultural e ideológica en cierto momento de la historia del país susceptible de ser fijado con alguna precisión. Dentro de esta vertiente cabe distinguir básicamente dos modalidades. De un lado, la que ubica la emergencia

del t3pico en un momento asaz temprano, pr3cticamente en los albores de la vida independiente; la siguiente afirmaci3n de Nicholas Shumway (1993: 132) constituye un buen ejemplo (n3tese que, tambi3n en este caso, el “g3nero” es valorado con signo negativo):

[Los hombres de la generaci3n de (18)37] se asignaron dos altas tareas intelectuales: identificar sin idealizaci3n los problemas que enfrentaba el pa3s, y trazar un programa que hiciera de la Argentina una naci3n moderna. *Al describir los problemas del pa3s, crearon lo que con el tiempo se transform3 en un g3nero lamentable de las letras argentinas: la explicaci3n del fracaso.* Es f3cil entender por qu3 el fracaso los obsesion3. Durante sus a3os formativos (...) presenciaron la incapacidad de las diversas provincias de formar una unidad, el fracaso de los liberales porte3os de proporcionar un liderazgo inclusivo, el fracaso de las masas de elegir funcionarios responsables, y el fracaso de las teor3as europeas (...) *No puede sorprender entonces que la explicaci3n de los fracasos, con una crudeza que se acerca al negativismo autodestructor, sea la ocupaci3n m3s caracter3stica de esta generaci3n.* (Mis cursivas)

De otro lado, aquella que sitúa en una fecha m3s tard3a –en torno a 1930- la aparici3n de los cuerpos de pensamiento tematizadores del fracaso nacional. Dar3 tres ejemplos de esta modalidad, no sin antes puntualizar que los estudiosos que la ilustran se abstienen de desplegar valoraci3n alguna sobre la emergencia del t3pico; la distancia que se esmeran por establecer frente al problema puede ser m3s o menos ir3nica, pero no deja de sentirse.⁷ Primer ejemplo: en un estudio consagrado a An3bal Ponce, Oscar Ter3n (1985: 162ss.) dedica una pincelada muy intensa a destacar el impacto de la crisis econ3mica de 1930 sobre la cultura nacional; por entonces, y a partir del cuestionamiento de la funcionalidad del esquema agroexportador, el problema de la naci3n se plantea de manera notable y “casi salvaje”:

...a partir de 1930 los argentinos descubr3an carencias estructurales que los llevaron a replantearse las causas de males cuyos or3genes ubicaron en el proceso de constituci3n misma de la naci3n y desembocaron en muchos casos en la negaci3n de aquel modelo decimon3nico.

Segundo ejemplo, en una de sus obras fundamentales, Beatriz Sarlo (1988: 242) escribe:

En el siglo XIX, la Argentina era una causa y un programa. Ya en la tercera d3cada del siglo siguiente, la Argentina apareci3 como un problema que admit3a pocas resoluciones optimistas. Las visiones sint3ticas del Centenario (...) ya no convencen en los a3os treinta. Para entonces el ‘ser nacional’ tiene profundas fallas cuyo diagn3stico

⁷ No hay, es obvio, v3nculo l3gico alguno entre situar la emergencia del t3pico hacia 1930 y eludir la formulaci3n de valoraciones; sin embargo, lo indicado no deja de revestir cierto inter3s.

se impone, si bien algunos intelectuales no confían demasiado en las posibilidades de reparación.

Tercer ejemplo, en el marco de una entrevista en la cual se solicitó su opinión acerca de la eventual singularidad de la experiencia del fracaso argentino, Tulio Halperín (1994: 165) afirma:

La frustración frente al fracaso de un destino de grandeza puede ser consecuencia, antes que de ese fracaso, de la decisión inicial de que en efecto existía ese destino de grandeza. En México, por ejemplo, durante mucho tiempo se creyó bajo la palabra de Humboldt y otros que ése era el país más rico del mundo. Mientras los mexicanos creyeron que eso era así, se fascinaban e indignaban ante el misterio de por qué si el país era tan rico ellos eran casi todos tan pobres; ese misterio se hizo menos misterioso a partir del descubrimiento de que no eran el país más rico del mundo. Argentina decidió que tenía un destino de grandeza porque durante más de un siglo encontró que lo que tenía que ofrecer al mundo era exactamente lo que el mundo quería recibir. El fin de todo eso provocó una amargura muy comprensible, pero no plantea un problema histórico demasiado complicado. (Mis cursivas)

“El fin de todo eso” se situaría justamente en torno a la crítica coyuntura que la fecha 1930 simboliza con eficacia.⁸ Llegados a este punto, interesa recordar que, sin contradecir ni abandonar sus ideas sobre la centralidad del “momento 1930”, tanto Halperín (1984; 1996) como Terán (1987; 2000) han llamado la atención sobre ciertos impulsos a los que cabría definir, desde nuestra perspectiva, como “anticipaciones” del pensamiento tematizador del

⁸ El uso de la expresión *simboliza* es de todo punto deliberado. En efecto, si de un lado es posible afirmar, con Eric Hobsbawm (1998: 359n) que, “pese a ser un país rico, [la Argentina] nunca se recuperó de la decadencia y caída del imperio británico, que la había hecho prosperar como exportadora de productos alimentarios hasta 1929”, del otro sabemos, por el extenso pasaje de Jorge Schvarzer citado en la nota 2, que no existe pleno acuerdo entre los estudiosos acerca de cuándo fechar “el fin de todo eso”, es decir, de la prosperidad “fácil” del país. Según Luis Alberto Romero (2001: 50ss.), quien en relación con este delicado punto sigue de cerca consideraciones de Arturo O’Connell, los efectos de la Primera Guerra Mundial sobre la economía argentina fueron más decisivos que los correspondientes a la crisis económica de 1929-32: “Desde 1914 se entra en un mundo más complejo, de manejo más delicado y en el que el futuro era relativamente incierto, al punto de predominar las dudas y el pesimismo, que sólo en algunos círculos se transformaba en desafío para la búsqueda de nuevas soluciones. La guerra puso de manifiesto en forma aguda un viejo mal: la vulnerabilidad de la economía argentina, cuyos nervios motores eran las exportaciones, el ingreso de capitales, de mano de obra, y la expansión de la frontera agraria. (...) La principal novedad fue la fuerte presencia de Estados Unidos que, aquí como en otras partes del mundo, ocupó los espacios dejados libres por los países europeos, en mayor o menor medida derrotados en la guerra. A diferencia de las inversiones británicas, y salvo en el caso de la maquinaria agrícola, las norteamericanas no contribuían a generar exportaciones, y con ellas divisas. Como por otra parte las posibilidades de colocar nuestros productos tradicionales en Estados Unidos eran remotas –pese a algunas expectativas iniciales– esta nueva relación creaba un fuerte desequilibrio en la balanza de pagos, que se convirtió en un problema insoluble (...); a la vez, la Argentina carecía de

fracaso; me refiero, en particular, a las tensiones identificadas por ambos en los cuerpos de pensamiento elaborados por algunas de las más conspicuas figuras de la elite dirigente argentina (Miguel Cané, Ernesto Quesada, José María Ramos Mejía, Joaquín V. González, entre otros) en los años del cambio de siglo y algo después, obras todas signadas por una rara y problemática combinación de optimismo, turbación y nostalgia.⁹ En esta misma línea de reflexión importa recordar, con Fernando Devoto (2002: 14ss.) que, hacia 1880, *el viejo* Sarmiento producía una “primera y temprana meditación sobre el fracaso del proyecto argentino”, balance de lo realizado hasta entonces que se recorta con nítidos perfiles de la euforia entonces prevaleciente y cuyos motivos centrales, predominantemente negativos, estarían destinados a perdurar en una larga serie de elaboraciones ulteriores, empezando justamente por aquellas correspondientes a los momentos ideológico-culturales del fin-de-siglo y del Centenario, ambos señaladamente ambivalentes.¹⁰

IV.

compradores alternativos, particularmente para la carne, sobre todo después de 1921.” Consúltese también el conocido estudio de Halperín (1984).

⁹ Halperín (1984) fecha el despuntar de las anticipaciones pesimistas acerca del “final” de la expansión de la agricultura del cereal en 1894, año en que apareció *La concurrencia universal y la agricultura en ambas Américas*, de Estanislao Zeballos. Vale la pena examinar también las consideraciones vertidas por Halperín en un antiguo ensayo sobre Ramos Mejía y su posterior rectificación (ambas en la recopilación de 1996). Por su parte, y recuperando observaciones suyas previas (1987, etc.), Terán (2000: 18-20) ha indicado recientemente que, aún en el clima de enérgica confianza en el porvenir que caracteriza al país en torno al 900, “... no son pocos los miembros de la elite letrada que desde temprano observan inquietos cómo, junto con frutos valorados, el torrente modernizador ha acarreado fenómenos indeseados o incomprensibles, tanto más preocupantes luego de la crisis financiera y los acontecimientos políticos del 90 (...) De ahí que en el seno de este sector que apuesta a la modernización y al progreso se desplieguen una serie de discursos complejos y correctivos que desearían cumplir el papel de la lanza mítica capaz de curar las heridas que ella misma produce.” En el mismo sentido pueden verse las aportaciones de Maristella Svampa (1994: Segunda Parte) y de Jeffrey Needeel (1999), las cuales se aproximan al momento finisecular desde perspectivas próximas a la recién indicada. En cuanto al pensamiento de ese “reformista permanente” que fue J. V. González disponemos del estudio de Darío Roldán (1993), el cual complementa las demás referencias consignadas en esta nota. Volveremos sobre todo esto en las páginas finales del capítulo primero y a lo largo del capítulo segundo, entre otras cosas porque, en una medida importante, la obra de Lucas Ayarragaray debiera leerse desde este prisma.

¹⁰ José Luis Romero (1982: 154-155) ha escrito: “La celebración del centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, provocó una apasionada revisión de la situación del país y contribuyó a definir las posiciones. El proceso de cambio económicosocial se intensificaba: habían comenzado a advertirse muchas y muy complejas consecuencias, casi todas imprevistas, en virtud del cual el proceso había escapado a todo control; y la situación general era, pese a la generalizada sensación de optimismo con respecto a la prosperidad, de cierta incertidumbre con respecto a las etapas futuras. (...) Al hacerse el ‘juicio del siglo’ –tal fue, por ejemplo, el título de un libro muy significativo de Joaquín V. González- parecía advertirse que la prosperidad tenía un precio. Las opiniones variaron acerca de si era justo o excesivo.” Véanse también Roldán (op.cit.: Epílogo) y Devoto (op. cit.: cap. 2), por no mencionar más que obras ya referidas aquí.

El énfasis en el hecho de que para que pueda tener lugar una experiencia de fracaso y frustración debe haber una idea de grandeza antecedente es, según creo, el punto de partida más conveniente para dar inicio a una reflexión sistemática sobre la materia. En los ejemplos consignados, la indicación más rotunda en ese sentido se encuentra en las primeras líneas de la intervención de Halperín; sin embargo, análogo énfasis late también, de un modo u otro, en los demás señalamientos. Más allá de eso, lo que interesa resaltar ahora es que dicha precisión pone de relieve la nota que distinguiría a las elaboraciones tematizadoras del fracaso de otras que también conforman el espectro de los pesimismos, permitiendo avanzar así hacia una definición relativamente satisfactoria del propio concepto de fracaso. En efecto, si todo pensamiento del fracaso es predominantemente pesimista con respecto a su presente de enunciación, no todo pensamiento pesimista en relación con su presente es necesariamente un pensamiento del fracaso; para decirlo con mayor precisión, en el seno del conjunto más vasto de los pesimismos, el pensamiento del fracaso parece singularizarse por establecer una muy compleja relación con unos cauces discursivos hasta entonces relativamente hegemónicos, caracterizados por albergar un conjunto de certezas más o menos nítidas acerca del porvenir de la colectividad. La aproximación entre las imágenes de fracaso y *desilusión*, propuesta en el título mismo del presente estudio, debe ser entendida a la luz de esta última consideración (téngase presente, por lo demás, la doble acepción del vocablo *ilusión*: promesa-expectativa por una parte, espejismo-quimera por la otra). También a partir de estos señalamientos debe interpretarse la problemática articulación, que consideraremos más abajo, entre emergencia del tópico del fracaso y “crisis de hegemonía”. Sin embargo, de la constatación de que para que haya pensamiento del fracaso o de la desilusión debe haber algún tipo de ilusión previa no debe derivarse una imagen simple de la relación entre ambas configuraciones ideológico-culturales, cual si se tratara de un proceso de sustitución “en bloque” de la primera (optimista) por la segunda (pesimista), conceptuándose cada una de ellas como enteramente monolítica y, si se me permite la expresión, “autárquica”. Porque si es cierto que la relación del pensamiento del fracaso con la configuración antecedente —que aquí llamaré de la *ilusión*— incluye operaciones de deslinde y puesta en cuestión, también lo es que está signada por tributaciones y deudas tan variadas como profundas: en todo esto, hay cualquier cosa menos extrañeza rotunda entre ambos momentos. Con la finalidad de esclarecer este punto puede resultar de utilidad acudir a unos señalamientos formulados por André Reszler (1984: 77ss.) en relación con el *mito de la decadencia*. Para Reszler, la noción de decadencia, así como otras emparentadas (disolución,

crepúsculo, desintegración, ocaso...), no debieran verse *exclusivamente* como “la reflexión en contrapunto de una época desencantada con sus ilusiones perdidas”; antes bien:

... el presentimiento del ocaso (...) representa una *constante* de la imaginación occidental, que se amplifica o se limita a la expresión de algunas voces aisladas, en función de una ‘biología de las culturas’ poco conocida. (Mis cursivas)

Más adelante:

Las ideologías del progreso y de la decadencia nos ponen en contacto con los mitos más antiguos de la humanidad. Ellas renuevan, adaptándolas a las exigencias de una época adicta a las fórmulas científicas o seudocientíficas, la espera confusa de un periodo de final y de renovación. La teoría del progreso es una variante tardía del mito judeocristiano del Apocalipsis. La de la decadencia nos remite a un mito más antiguo todavía, y nos habla desde el fondo de nuestra “infancia” –el alba de la civilización antigua- del deterioro fatal de todo orden constituido; (...) las ideologías del progreso y la intuición de la decadencia provienen de la misma situación histórica: la apertura de Europa hacia el mundo y la declinación concomitante de la autoridad en materia religiosa y cultural. *La teoría de la decadencia y la teoría del progreso son perfectamente contemporáneas, y la libertad de espíritu legítima tanto la confianza en la creatividad ilimitada del hombre como la angustia ante la ‘devaluación’ definitiva de todos los valores.* (Mis cursivas)

Con base en los señalamientos recién vertidos una posición como la de Shumway podría tal vez leerse bajo una luz distinta.¹¹ Porque si por un lado resulta en verdad excesivo retrotraer a una fecha tan temprana como 1837 la génesis del pensamiento del fracaso, llegando a ver las elaboraciones producidas por los emigrados de la época de Rosas y fundadores de la Argentina “unificada y moderna” como hitos creadores del “género” cuando en realidad fueron más bien lo contrario, por el otro se hace imprescindible acercarse a aquellos textos

¹¹ La interpretación propuesta por Shumway (op. cit.) para apresar la dinámica ideológica del siglo XIX argentino no por esquemática carece de interés. Repasémosla someramente: según Shumway, la Argentina, “casa dividida contra sí misma”, nunca consiguió ponerse de acuerdo respecto de sus *ficciones orientadoras*. Así, ya desde la segunda década del siglo XIX, cabe distinguir dos tradiciones en conflicto -la liberal y la nacionalista-, cuya problemática e intolerante coexistencia ha resultado ser una “falla sísmica” en la cultura del país. Si la tradición liberal adquirió formas más definidas a partir, sobre todo, de la obra de los miembros de la generación del 37, siendo sus rasgos principales el elitismo, el porteñismo y el europeísmo, la nacionalista permaneció difusa y algo ambigua, aunque con claros impulsos hacia posturas populistas, federalistas y nativistas. Para Shumway la tradición liberal-civilizatoria se impuso sobre la nacionalista -especialmente después de la batalla de Pavón (1861) y de la unificación nacional que siguió a ella-, permaneciendo la segunda en discreta penumbra durante largo tiempo. En lo que concierne a los intereses de este estudio, se entiende que sería un grave error hacer equivaler la emergencia del tópico del fracaso a una simple “revancha” de la tradición nacional sobre la liberal-civilizatoria. En todo caso, aún si se aceptase el

seminales provistos de una lente sensible a las tensiones e intersticios sombríos que los desgarran. Dos corolarios, entonces: uno, ni la configuración de la ilusión ni, menos todavía, la del fracaso han de concebirse como bloques monolíticos carentes de fisuras; el otro, derivado del anterior, es preciso prestar suma atención al hecho de que buena parte de los motivos más caros a la configuración de la ilusión siguieron resonando, reelaborados y rearticulados de modos diversos, en el *corpus* del fracaso.¹² Ambos corolarios explican, entre otras cosas, que el primer capítulo del estudio esté consagrado al análisis de los principales jalones de la configuración de la ilusión así como también el hecho de que a lo largo de sus páginas se procure llamar especialmente la atención sobre la peculiar dialéctica establecida en su seno entre el diagnóstico de los males, la formulación de las terapéuticas, el despliegue de un vigoroso optimismo y la filtración constante de dudas, grietas y sombras. Explican, también, naturalmente, que en los capítulos subsiguientes se haga constante referencia a los distintos tipos de vínculos que los cuerpos de pensamiento tematizadores del fracaso fueron estableciendo con las figuras y las obras más características del momento correspondiente a la ilusión; en el cauce abierto por ese registro analítico encontraremos lealtades lesionadas o mantenidas a costa de ingentes esfuerzos, ajustes de cuentas tortuosos, largas polémicas retrospectivas, entre otras modalidades de relación.

Ahora bien, la puesta de relieve del carácter complejo de este proceso de sustitución ideológico-cultural y de la peculiar dialéctica de tributación y deslinde que supuso, no debe propiciar el desconocimiento de un hecho ciertamente decisivo, como es el de la condición – resaltada por Terán (en Herrero y Herrero, 1998: 161)- “derivativa” de una cultura como la argentina y, más en general, de la latinoamericana.¹³ De manera que la emergencia de los

esquema de Shumway, habría que decir que los cuerpos de pensamiento que dieron forma al tópico del fracaso establecieron relaciones diversas y problemáticas con ambas tradiciones ideológico-culturales.

¹² Insisto: además de atender al hecho de que en los pensamientos del fracaso laten los temas de la ilusión en tanto canevá sobre el que se perfilan los trazos contrastantes requeridos por el nuevo “género”, es preciso considerar que éste fue cobrando forma a través de un proceso multifacético, entre cuyos elementos deben contarse la reelaboración y rearticulación de los matices, ambivalencias, grietas e intersticios sombríos presentes en los cauces discursivos forjadores de la idea de la grandeza nacional.

¹³ Por supuesto, cultura “derivativa” no equivale a cultura “imitativa” o “subdesarrollada”. El tratamiento de este problema, tópico clásico en la tradición cultural latinoamericana (recuérdense las sustantivas aportaciones de Pedro Henríquez Ureña, José Lezama Lima, Haroldo de Campos, Leopoldo Zea, Richard Morse, entre otras), es de por sí delicado y exige refinada dialectización. Para asomarse a lo que hay en juego en el debate, permítaseme contraponer dos pasajes. El primero, del historiador Eric Hobsbawm (op. cit.: 236), según quien “la dinámica de la mayor parte de la historia mundial del siglo XX es derivada y no original. Consiste fundamentalmente en los intentos por parte de las elites de las sociedades no burguesas de imitar el modelo establecido en Occidente, que era percibido como el de unas sociedades que generaban el progreso, en forma de riqueza, poder y cultura, mediante el ‘desarrollo’ económico y técnico-científico, en la variante capitalista

cuerpos de pensamiento tematizadores del fracaso argentino habría tenido lugar a través de una dinámica en verdad intrincada, que supo articular una movilización recreadora de ideas-imágenes provenientes tanto de la propia experiencia cultural nacional e, incluso, de la misma tradición liberal-civilizatoria en cuyo seno se gestó principalmente la configuración de la ilusión, *como* de la más amplia tradición cultural “universal”, y aquí me refiero no sólo a los mitos clásicos y bíblicos o a las referencias básicas que apuntalan cualquier elaboración simbólica de envergadura, sino también, y sobre todo, a las obras del universo intelectual europeo pospositivista.¹⁴

V.

Recapitemos. ¿De qué estaba hecho eso que denominamos *ilusión argentina*? Ante todo, de una noción lineal y ascendente del tiempo, asociada a lo que Carlos Alonso (1998)

o socialista. De hecho sólo existía un modelo operativo: el de la ‘occidentalización’, ‘modernización’ o como quiera llamársele.” El segundo, de Octavio Paz (2000 [1967]: 21-22): “La noción de ‘subdesarrollo’ es una excrecencia de la idea de progreso económico y social. Aparte de que me repugna reducir la pluralidad de civilizaciones y del destino mismo del hombre a un solo modelo: la sociedad industrial, dudo que la relación entre prosperidad económica y excelencia artística sea la de causa y efecto (...) La prisa por ‘desarrollarse’, por lo demás, me hace pensar en una desenfrenada carrera para llegar más pronto que los otros al infierno.” Más recientemente, Horacio Crespo (2006) ha retomado aspectos de esta decisiva cuestión.

¹⁴ En su obra panorámica sobre la historia intelectual de la Europa contemporánea, Roland Stromberg (1990: cap. 5) se refiere al período que va de 1885 a 1914 como la “era de la sinrazón”. Escribe: “Debido en parte a la sociedad de masas, los cambios precipitados y las revoluciones tecnológicas, el pensamiento de aquel fin de siglo se caracterizó por un ‘irracionalismo’ creciente. Bastan como sugerencia los nombres de Nietzsche, Freud, Weber, Bergson y Sorel. La realidad social objetiva y la conciencia cultural subjetiva se escindieron. Aparecieron los ‘intelectuales’ como grupo cuya sensibilidad los llevó a vivir un conflicto intolerable con la sociedad ‘burguesa’.” Obviamente, pasado el frenesí inicial, la Gran Guerra y sus secuelas profundizaron el desconcierto, la desmoralización y el pesimismo. En palabras de Stromberg (op. cit.: cap. 6, mis cursivas): “Asqueada no sólo por la matanza de millones de jóvenes europeos, sino por la carnicería moral de un mundo convulsionado por los odios y las mentiras, la generación de posguerra se convirtió en la ‘generación perdida’. Habían perdido la fe y la esperanza, la confianza en el progreso y en la civilización occidental (...) Es difícil pensar que alguno de los grandes escritores de la era (...) no rechazara la civilización en que vivía, aunque también es verdad que, por regla general, este rechazo precedió a la guerra. Fueron típicos exploradores (...) También hubo, desde luego, refugiados rusos del comunismo, italianos que habían huido del fascismo y, posteriormente, alemanes que escaparon del nazismo. La huída física de la madre patria estuvo acompañada por la huida imaginativa respecto de la civilización occidental, como se expresa en la admiración de Lawrence por los etruscos o los aztecas, en la importación que hace Ezra Pound de la literatura china o de lo que él creyó que era literatura china. ‘Una vieja zorra desdentada’ fue el veredicto de Pound sobre la civilización europea, al tiempo que el habitualmente optimista y todavía socialista liberal H. G. Wells (que durante la guerra acuñó la expresión ‘la guerra para poner fin a las guerras’) pensaba que ‘esta civilización en que vivimos se está derrumbando y, en mi opinión, se está derrumbando velozmente (...) Esta desviación ‘en pos de dioses extraños’ condujo a los intelectuales a los brazos del comunismo o, con menos frecuencia, a los del fascismo (...) De todas maneras, dicha actitud fue mucho más típica de los años treinta. En la década del veinte, si uno creía en algo, básicamente tenía fe en el arte o en el sexo (...) Si hubo una búsqueda de dioses extraños, también existió el intento de retornar a los ancestrales (...) *Más allá de las variaciones en sus perfiles, estas teologías posbíblicas se parecieron en el rechazo de la vieja creencia en el progreso.*”

denomina *retórica de la futuridad*,¹⁵ enseguida, de una idea según la cual al país le esperaba un destino de grandeza (vinculado a la idea de *civilización* y cuyas primeras estaciones parecían estar alcanzándose en torno a 1880 y después); complementariamente, de cierta imagen de excepcionalidad argentina en el concierto latinoamericano; en fin, de unos matices y fisuras que, como ya sabemos, no conviene desatender. ¿Cuándo hizo su aparición esa configuración ideológico-cultural? Parece razonable sostener que, al menos en su modalidad pronto vuelta hegemónica, la ilusión argentina cobró forma en el tramo central del siglo XIX, estrechamente articulada a la obra de los emigrados anti-rosistas y al perfilamiento cada vez más nítido de aquello que, retrospectivamente, conocemos como tradición liberal-civilizatoria; más tarde, fue robusteciéndose al calor de las profundas e inusitadas transformaciones socioeconómicas y demográficas por todos conocidas, para cristalizar en torno al más ambivalente clima de los primeros años del siglo, cuando un haz de dudas y ansiedades frente a ciertos efectos imprevistos de la acelerada modernización en curso abemolaba de manera notoria una atmósfera ideológica y cultural que, con todo, era aún predominantemente optimista en sus cauces principales. ¿Cómo pensar aquellos matices y fisuras y estas dudas y ansiedades desde la perspectiva de la historia de la idea del fracaso nacional? Como adelanté, asociar la emergencia del tópico a la producción intelectual de la generación del 37 constituye probablemente un exceso; sin embargo, es menester no desatender aquellos matices y tensiones que sin duda también forman parte de la historia del problema, acaso no tanto en condición de jalones iniciales cuanto en calidad de voces y ecos soterrados luego reelaborados y rearticulados en constelaciones de significados de nuevo signo. En cuanto al balance negativo del *viejo* Sarmiento y a las dudas y ansiedades del deslinde del siglo y del Centenario, considero adecuado verlas como “anticipaciones”, más o menos intensas, más o menos decisivas. De esto se desprende que prefiero reservar la expresión “emergencia del tópico del fracaso argentino” para caracterizar con cierta exclusividad una serie de elaboraciones que vieron la luz a partir de los años veinte y, muy especialmente, en respuesta a la situación abierta por la crisis económica e institucional de 1929-1932. ¿Cómo articular el desenvolvimiento del tópico, así caracterizado, con procesos sociales más generales? Siguiendo con alguna libertad unos señalamientos de Tulio Halperín (1999), sostengo que, más o menos a partir del 900, y acompañando procesos

¹⁵ Alonso (op. cit.) emplea el concepto *retórica de la futuridad* para caracterizar al siglo XIX hispanoamericano en general, distinguiéndolo así de otros contextos ex-coloniales. Por mi parte, y más allá de diferir con Alonso en algunos puntos importantes de su desarrollo argumental, creo no desvirtuar la noción circunscribiéndola al caso argentino, para el que me parece especialmente pertinente.

más amplios de complejización social, los discursos constitutivos del campo ideológico argentino tendieron a diversificarse, asumiendo la forma de un coro polifónico cada vez más disonante, y al interior del cual lo que cabría denominar polo discursivo hegemónico, minado desde múltiples ángulos, fue perdiendo su centralidad y vigor. Esta doble imagen de una sociedad cada vez más compleja y de unos discursos cada vez más diversos y reñidos entre sí reviste una significación muy especial aquí, al menos por dos razones. La primera es que a partir de ella puede pensarse en términos a mi juicio adecuados la no equivalencia y por tanto la no aditividad de los pensamientos tematizadores del fracaso y, en general, del conjunto de discursos que fueron “sustituyendo”, a los cauces “fundacionales”, sin llegar jamás a silenciarlos por completo. La segunda de esas razones es que en relación con dicha imagen resulta posible asomarse a un problema capital, el de la hegemonía y su crisis, cuya consideración conduce, a su vez, a interrogarse sobre el lugar y el papel de los intelectuales en un marco definido por semejante proceso. A este respecto hay que volver a decir que no hay pleno acuerdo entre los estudiosos. No lo hay en lo que concierne a la localización temporal de la eventual crisis de hegemonía ni, tampoco, en lo que respecta a la pertinencia de dicho concepto para caracterizar el desenvolvimiento de la sociedad argentina. Sin embargo, es posible sostener al menos dos cosas con un aceptable margen de certidumbre. Una, el resultado de las elecciones de 1916, en las que triunfó Hipólito Yrigoyen –candidato de la Unión Cívica Radical-, reveló que los grupos social y económicamente predominantes tenían dificultades para conservar el poder político en la situación abierta por la reforma electoral de 1912. Dos, tras el “interludio alveriano” y la deposición del presidente Hipólito Yrigoyen por el golpe militar de septiembre de 1930, esos mismos sectores tuvieron ocasión de comprobar que las mayorías seguían apoyando al partido derrocado. Pero los contextos de 1916 y de 1930 no fueron equivalentes; en la medida de ello, tampoco lo fueron las respuestas que los grupos predominantes dieron en cada caso; en efecto, si en 1916 pudieron aceptar o tolerar una situación de “hegemonía compartida”¹⁶, en 1931-1932 optaron por transitar otro camino,

¹⁶ Alfredo Pucciarelli (1993) introduce este concepto para caracterizar el período correspondiente a las tres presidencias radicales (1916-1930). Según su argumentación, de innegable raigambre gramsciana, hacia 1912-16 se asiste a la fractura y disolución del modelo de “hegemonía orgánica” vigente desde la década de 1880. Para Pucciarelli, dicho quiebre no fue producto de una crisis económica ni de un antagonismo social abierto, sino del reconocimiento, por parte de la fracción “más lúcida” de la clase dominante, de que era preciso incorporar a la dinámica política a aquellos sectores surgidos al calor de las transformaciones en curso, ello con vistas a neutralizar eventuales amenazas de ingobernabilidad. Desgarrada por fuertes contradicciones, esa hegemonía que durante el período en cuestión la alta burguesía terrateniente “compartió” con la burguesía media o burguesía a secas políticamente representada en el radicalismo, no fue más que una

ciertamente revelador de una situación que, ahora sí, era abiertamente crítica. Como señala Maristella Svampa (1994: 201),

El primer drama de la historia política argentina se juega probablemente aquí: la clase dominante hace la prueba, dolorosa, de que el gobierno no está al alcance de sus manos. Uno de los dramas de la política argentina, la ausencia de un verdadero partido de derecha y conservador, ha nacido. Después del golpe de Estado, pero sobre todo luego de los comicios anulados en la provincia de Buenos Aires, que habían dado la victoria a la fórmula radical (1931), la burguesía realiza a través del ‘fraude patriótico’ menos un acto de fuerza que una confesión de debilidad electoral.

De manera que no resulta inadecuado sostener que, una vez más, la fecha 1930 simboliza con eficacia un quiebre, ya no sólo económico, sino también ligado a esa dimensión crucial que concierne a la dirección política, intelectual y moral de la sociedad y a la que no es posible dejar de articular estrechamente con el problema de la legitimidad de la dominación. Tomando alguna distancia de las conceptualizaciones de resonancias gramscianas y apoyándose en el andamiaje conceptual propuesto por Alain Touraine para abordar las transformaciones de las prácticas de los sectores predominantes, Ricardo Sidicaro (1993: 131ss.) escribe:

En los más diversos géneros de relatos sobre el pasado argentino, el año 1930 adquirió una dimensión mítica: fin de la edad de oro económica según unos, interrupción del progreso institucional según otros; para todos, pérdida de rumbos y de objetivos de un país que suponían llamado a destinos mejores. La crisis mundial y la quiebra de la continuidad constitucional se convirtieron en los hechos clave para datar el comienzo de una época. Sin negar la validez de tal periodización para pensar el ulterior desenvolvimiento de la economía o de las luchas por el poder y su marco legal, entendemos que una explicación del desarrollo político y social argentino que pretenda evitar los reduccionismos economicistas o juristicistas, debe construir su conceptualización remitiendo a un entramado más complejo y exhaustivo de relaciones sociales, y no a hitos míticos. Desde un análisis sociológico, el año 1930 adquiere relevancia en tanto momento revelador de aspectos significativos del proceso de transformación de las prácticas de los sectores sociales que en etapas anteriores habían actuado como una clase dirigente y que a partir de entonces pasaron a desempeñarse como una clase dominante, entendida según los términos de Touraine.

solución provisoria que, al agotarse en 1930, dio paso a nuevas modalidades de “crisis hegemónica”. Es interesante retener que, según Pucciarelli, aún cuando entre 1916-1930 el radicalismo alcanzó a controlar en buena medida la esfera de la política electoral, no sucedió lo mismo con las dimensiones económica, social y cultural; en particular, abandonado por el radicalismo el “plano de la confrontación ideológica”, el predominio en ese fundamental nivel permaneció en manos de los sectores dominantes. Vale la pena señalar también que en las primeras páginas de su texto Pucciarelli revisa una serie de puntos ligados al alcance de las nociones de “hegemonía” y otras conexas, así como a los usos a los que se las ha sometido en procura de captar aspectos sustantivos de la dinámica sociohistórica argentina.

Sin duda, no es éste el lugar para encarar una discusión a fondo en torno a este punto y a los múltiples aspectos que de él derivan. Las consideraciones recién vertidas sólo han tenido como finalidad poner de relieve aspectos medulares de una dinámica compleja, que ha sido objeto de interpretaciones distintas. Es claro: me he propuesto no tanto perfilar una tesis fuerte, sino indicar criterios para una periodización flexible –“1930 con anticipaciones”- y para la postulación de ciertas “afinidades electivas” entre el fin de la prosperidad material, una profunda crisis de hegemonía y la emergencia “definitiva” del tópico del fracaso, definido éste del modo indicado más arriba. Sin embargo, no quisiera que se me entienda mal: los ejercicios de lectura subsecuentes de ninguna manera aspiran a “probar” el planteamiento referido ni la periodización que alberga; en el mejor de los casos, se proponen tan sólo ilustrarlos: aún cuando el planteamiento y la periodización *también* son hipótesis, no se someten a comprobación empírica estricta en los desarrollos que siguen, sino que conservan un estatuto de supuestos orientadores, en cuyo marco han de enhebrarse las hipótesis específicas orientadas a interpretar las posiciones y trayectorias de los intelectuales escogidos en relación con la cuestión que nos ocupa.

En términos generales, los señalamientos precedentes tal vez permitan comprender mejor el sentido de haber introducido páginas atrás la expresión “provocadores de disenso” para referirme a los intelectuales tematizadores del fracaso nacional. Es que, desmontadores de la ilusión, dichos intelectuales contribuyeron, siguiendo vías distintas pero en cierto sentido convergentes, a minar un punto toral del “consenso” liberal-civilizatorio, a saber, el concerniente a la imagen del tiempo colectivo. En estrecha relación con ello, en los casos estudiados se verifica una relación particularmente tensa frente al poder político. Salvo excepciones que corresponden a fases más o menos fugaces de sus trayectorias, y que casi nunca coinciden con los momentos de elaboración de los discursos que señaladamente tematizan el fracaso, los intelectuales escogidos transitaron en proporciones variables las sendas de la deriva desasosegada, de la ávida “busca de actor” o de la desconfianza cerrada frente a la cosa política... En una medida importante, este descentramiento –notable aún si *casi* nunca fue deliberadamente buscado- ilustra la caducidad o al menos la problematicidad de dos figuras intelectuales hasta cierto punto propias de etapas anteriores: las del “intelectual príncipe” o “consejero del príncipe”, ambas obviamente más próximas a los poderes reales y

nominales. Por lo demás, dicho descentramiento testimonia la crisis de hegemonía referida líneas atrás.

Corresponde introducir aquí una breve indicación formal. El estudio consta de seis capítulos. Luego de la ineludible recapitulación de los aspectos centrales de la ilusión argentina (capítulo I), en el capítulo dedicado al pensamiento de Lucas Ayarragaray se examina una “anticipación fuerte” del pensamiento tematizador del fracaso; en efecto, a mi modo de ver, *La anarquía argentina y el caudillismo* (1904) constituye un lugar de “hipercondensación” de los motivos pesimistas que circulaban en aquel tiempo. En los capítulos siguientes se abordan las obras de dos intelectuales –Leopoldo Lugones y Benjamín Villafañe– que desde los primeros años de la década del veinte desplegaron una reflexión más o menos sistemática sobre el fracaso nacional, siendo a la vez “anticipaciones fuertes” y primeros jalones de la emergencia del tópico propiamente dicho. Por fin, en los dos últimos capítulos se estudian las decisivas aportaciones de Ezequiel Martínez Estrada y de Julio Irazusta a la conformación del tópico, que a partir de entonces, es decir, tras la crisis de 1929-1932, se consolida y adquiere verdadera “carta de ciudadanía” en la cultura nacional. Todos los capítulos se abren con una vista panorámica de la trayectoria intelectual del intelectual o los intelectuales a ser abordado/s; todos se cierran con una suerte de balance. En ningún caso se pretende alcanzar un “conocimiento definitivo y total” de las obras; de lo que se trata es de ubicarse en un mirador definido por las preocupaciones que hemos venido perfilando para desde allí desplegar un dispositivo de preguntas que tiene por núcleo el problema de la interpretación del tiempo histórico argentino.

VI.

Un último racimo de cuestiones. ¿Qué decir acerca del sentido actual de un esfuerzo de aproximación consagrado a estudiar el pensamiento de los intelectuales que tematizaron el fracaso argentino? ¿Para qué perder el tiempo en examinar aquellas raras tribulaciones suyas, las cuales no sólo pertenecen al pasado, sino que además resultan incómodas, por momentos antipáticas y a veces hasta indigestas...? ¿De qué manera los ejercicios de lectura subsecuentes podrían contribuir al enriquecimiento de una mirada latinoamericanista...?

Pienso que para responder aunque más no sea parcial a estos interrogantes es preciso, ante todo, trazar una serie de deslindes. Primero, deslinde de los esquemas fáciles, de los etiquetamientos simplificadores, de las descalificaciones apresuradas. Lejos de ello, se trata de

apostar por leer lo mejor posible, por *comprender* universos de significado que a priori resultan extravagantes; algunas veces, una disposición más abierta y receptiva depara sorpresas interesantes: se descubren filiaciones imprevistas, se revelan inesperadas afinidades, se remueven certezas anquilosadas... Segundo, deslinde de la propensión a patologizar a los intelectuales “pesimistas”. Más frecuente de lo que pudiera suponerse, esta actitud tiende, a mi juicio, a naufragar en la vaciedad de una autocomplacencia con un presente que no autoriza semejante cosa. Tercero, deslinde de la propensión contraria, idealizadora del pesimismo intelectual, que suele venir acompañada por reminiscencias apocalípticas, y que tiende a recostarse sobre una suerte de “adicionalismo triunfalista”, como si yuxtaponiendo los antiguos malestares con los nuevos se fuese a resolver algo. Aquí cabe resaltar una vez más el punto de la no equivalencia, la no conmensurabilidad y la no aditividad de los pesimismos. Como adelanté, si es cierto que los cinco intelectuales escogidos contribuyeron a la erosión de la predominantemente optimista configuración de la ilusión, también lo es que lo hicieron de modos diversos, que no son sumables. En relación con este punto, conviene recordar la imagen de la polifonía disonante introducida por Halperín y evocada varias páginas atrás. También importa recordar las prevenciones contra los impulsos al anacronismo que, desde hace mucho tiempo, forman parte del abc del oficio historiador. En efecto, hay buenas razones para desconfiar de aquellas aproximaciones a textos viejos que no se esmeran por establecer una distancia crítica frente a ellos. En el mismo sentido, hay excelentes motivos para abrigar sospechas acerca de aquellas aproximaciones a textos viejos realizadas con el propósito manifiesto de buscar en sus páginas respuestas directas a interrogaciones actuales o de encontrar gemas que “alimenten” la edificación de filosofías de la historia o de la cultura. Sin embargo, también es cierto que una alterización absoluta de las realidades pasadas –y los textos viejos también son realidades pasadas- puede propiciar una desconexión entre las dimensiones temporales que es no sólo falsa, sino también decepcionante desde el punto de vista subjetivo tanto de quien se dedica a estas actividades como de quien se acerca a husmear los resultados de las mismas. Es por eso que quisiera pensar que las elaboraciones discursivas que vamos a estudiar tienen todavía, si se las toma en serio y con las prevenciones del caso, cosas que decirnos.

Lo recién referido se liga, a su vez, con la pregunta sobre los aportes que una exploración como la presente pudiera realizar a una perspectiva latinoamericanista. Sin duda, el tema de la indagación, sus principales referencias, su misma sustancia, son básicamente

argentinas; con todo, pienso que hay al menos tres niveles en los que la misma es capaz de contribuir al enriquecimiento de una mirada orientada a la consideración de cuestiones continentales. El primero de esos niveles tiene que ver con el hecho de que los intelectuales escogidos se refieren en múltiples ocasiones a América Latina, tomándola como telón de fondo sobre el que contrastan o inscriben la por definición más circunscripta experiencia argentina: la relación entre los tiempos históricos del país y de la región latinoamericana se hace presente, de modos distintos, en casi todas las elaboraciones abordadas, dando paso, por lo demás, al despliegue de articulaciones valorativas policromas. El segundo nivel concierne al esbozo de un horizonte comparativo. Si es cierto que, salvo muy contadas excepciones, el lector no hallará en las páginas que siguen referencias que exploren de manera sistemática tal horizonte, también lo es que las interrogaciones sobre la presencia o no de elaboraciones discursivas *semejantes* a las aquí estudiadas en otros países latinoamericanos, así como sobre la identificación de experiencias socioculturales *análogas* a la dialéctica ilusión/desilusión constatada para el caso argentino, no dejan de constituir una suerte de norte tácito de los ejercicios que componen esta indagación, ciertamente capaz de convertirse en plataforma de futuros estudios, explícitamente dedicados al establecimiento de paralelismos y a la elaboración de tipologías de las formas básicas a través de las cuales nuestras culturas han trabado relación con sus respectivas experiencias temporales. El tercer nivel alude a una dimensión tal vez más profunda y, me atrevería a decir, más importante. Sucede en efecto que, en la medida que los cinco intelectuales escogidos tomaron distancia de la retórica de la futuridad asociada a la configuración de la ilusión argentina, es decir, en la medida que fueron provocadores de disenso sobre el telón de fondo de una profunda crisis de hegemonía, sus producciones pusieron en cuestión toda una “experiencia de modernidad”, llamando la atención sobre las filtraciones y aporías presentes en algunos de sus componentes decisivos, entre los que cabe señalar el universalismo, la idea de progreso lineal, la noción de que las esferas de lo deseable y lo inminente son aproblemáticamente coincidentes, la idea de que el mundo moderno resolvería por sí mismo y sin mayor dificultad los problemas de sentido y de moral que su advenimiento suscita... En relación con este punto no puedo dejar de pensar en las penetrantes observaciones desplegadas por Isaiah Berlin (1992; 1996) en torno a aquello que él ha denominado *contrailustración*. Aunque personalmente no me atrevo a incluir, sin más, a los intelectuales tematizadores del fracaso en la gran tradición contrailustrada de Berlin, tengo la impresión de que por esa vía se pueden transitar líneas de reflexión estimulantes en la dirección

de una crítica de la cultura, esto es, de una actividad intelectual que no eluda la puesta en discusión de los valores imperantes captados en perspectiva histórica. Más aún, incluso en los cuerpos de pensamiento más pesimistas es posible detectar, a veces escondidas en una filigrana muy sutil, contrafiguras en las que pueden entreverse otras maneras de pensar el sentido del trabajo intelectual y de su relación con el poder y con la moral, así como también bosquejos de modos alternativos de abordar la vida social y sus dilemas. La exploración de estas texturas semiocultas que muchas veces insinúan sendas divergentes puede constituir un camino – extraño, heterodoxo, oblicuo- de ensanchar nuestra experiencia cultural, de estimular nuestra creatividad política, y de elevar el nivel y la intensidad de nuestros debates. Porque si es cierto que, como indicaba Halperín en el pasaje citado páginas atrás, no hay muchos misterios ni complicaciones detrás de la emergencia del pensamiento tematizador del fracaso argentino, también lo es que las formas simbólicas que tomaron las reflexiones sobre la (des)ilusión fueron diversas y ricas y que, a su modo y bien leídas, pueden seguir siendo sugerentes, -y no sólo para pensar la dinámica cultural argentina: como resulta posible derivar de las palabras de Horst Kurnitzky que presiden el estudio, las ilusiones civilizadoras y modernizadoras irrealizadas o incumplidas exigen no tanto una condena en bloque o un definitivo abandono, sino más bien una refinada dialectización, capaz de incorporar a su despliegue las chirriantes voces de los provocadores de disenso. Desde esta muy especial perspectiva, que parte del supuesto según el cual la experiencia latinoamericana de modernidad no es exclusivamente imitación o incompletud, sino también y sobre todo descentramiento y divergencia¹⁷, considero no carece de sentido ni importancia preguntarse por la sustancia y el espesor de antiguos sueños y decepciones desde el mirador que ofrece un presente cultural notoriamente signado por el desconcierto, la desesperanza y la ausencia relativa de horizontes deseables.

¹⁷ Me permito remitir al lector nuevamente a la nota 13.

CAPÍTULO I

LA ILUSIÓN ARGENTINA Y SUS GRIETAS

Los desiertos, el aislamiento, la despoblación, la carencia de cohesión moral, la bastardía de las razas, la corrupción de las costumbres de la masa general, la ausencia de todo ideal, la falta de actividad política e industrial, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos que, produciendo una semibarbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían a viciar el organismo en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar. Sin embargo, de este embrión debía brotar un nuevo mundo republicano con su constitución genial, producto de los gérmenes nativos que encerraba en su seno.

Bartolomé Mitre: Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana, Tomo I, pp. 20-21

COMENTARIO PRELIMINAR

En pleno corazón del siglo diecinueve se escribieron dos de los libros seminales de la cultura política argentina: Facundo, civilización y barbarie (1845), de Domingo Faustino Sarmiento, y Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (1852), de Juan Bautista Alberdi. Después de la caída de Rosas, y sobre el telón de fondo del proceso de incorporación del país a las nuevas realidades del mercado mundial, Bartolomé Mitre elaboró las sucesivas versiones de su Historia de Belgrano y la independencia argentina (1857-1887) y de su Historia de San Martín y la emancipación sudamericana (1875-1887), ambas usualmente consideradas, no sin razón, entre las obras fundacionales de la historiografía nacional. Más tarde fueron apareciendo una serie de obras escritas por intelectuales a quienes genéricamente cabría designar como finiseculares; destacan entre otras las de Miguel Cané, Julián Martel (seud. de José Ma. Miró), José Ma. Ramos Mejía, Agustín Álvarez, Carlos Octavio Bunge y, algo después, José Ingenieros; hasta cierto punto, buena parte de las aportaciones tempranas de Lucas Ayarragaray y Leopoldo Lugones debieran incluirse en ese mismo grupo. Aun cuando los nombres y títulos recién referidos en modo alguno agotan la dinámica ideológico-cultural del siglo XIX argentino, en sus páginas es posible apreciar, bastante nítidos, los rasgos fundamentales de la configuración de la ilusión. Precisamente, el propósito de este primer capítulo es exhibir esos rasgos; a mi modo de ver, la tentativa, con todo lo que pudiera tener de esquemático o simplificador, halla justificativo en la necesidad de ofrecer al lector no familiarizado un conjunto de elementos que le permitan acercarse con mayor provecho a los capítulos subsiguientes; como indiqué en la Introducción, sin ilusión previa no cabe hablar de desilusión; poco avanzaríamos en la caracterización de la segunda sin antes haber establecido razonablemente los trazos definitorios de la primera; se entiende, en

esto hay algo más que una mera fórmula retórica; a lo largo de los desarrollos ulteriores tendremos ocasión de comprobar hasta qué punto Sarmiento, Alberdi y Mitre fueron guías, obsesiones, fantasmas y/o adversarios retrospectivos de los intelectuales tematizadores del fracaso nacional. Ello explica que tanto el cuerpo de este primer capítulo como el Comentario preliminar que ahora transitamos posean una estructura algo distinta a la de los demás; en efecto, a diferencia de lo que sucederá en ellos, aquí no se trata tanto de analizar el pensamiento de un intelectual tematizador del fracaso del país, como de mostrar de qué manera unos racimos de significados preñados de optimismo aparecen elaborados y reelaborados en producciones discursivas provenientes de distintas plumas y circunstancias. Evidentemente, la tarea no es fácil, sobre todo dadas las dificultades que supone todo intento de apresar en pocas páginas una dinámica sumamente abigarrada y compleja; por fortuna, es posible recostarse sobre un importante corpus bibliográfico, lo cual vendría a garantizar, de alguna manera y por así decirlo, la pertinencia relativa de la argumentación.

Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Juan Bautista Alberdi (1810-1884) y Bartolomé Mitre (1821-1906) pertenecieron prácticamente a la misma generación y, hasta cierto momento, militaron en la misma causa, la de los emigrados antirosistas. De esa época provienen el Facundo sarmientino y las ideas directrices de las Bases... alberdianas. Textos liminares, elaborados a partir de una constelación de lecturas e influencias intelectuales más o menos compartidas -la Ilustración, la Ideología, el historicismo romántico, el eclecticismo doctrinario, el socialismo utópico saintsimoniano...-¹ emparentados entre sí mas no idénticos, en las visiones de futuro que albergan late con fuerza la ilusión argentina; a su comentario está consagrada la primera sección del capítulo. Emparentados entre sí mas no idénticos: más allá de las diferencias relativas al temperamento de sus autores, y de aquellas otras concernientes al status genérico de las obras, es preciso considerar las circunstancias, ciertamente distintas, en que ambas elaboraciones fueron concebidas. En 1845 Sarmiento se encontraba en Chile, ejerciendo labores periodísticas y educativas al servicio del entonces ministro de Instrucción Pública Manuel Montt; sus recurrentes y punzantes diatribas contra el régimen rosista dieron lugar a que el dictador resolviera enviar al país vecino una misión diplomática encabezada por Baldomero García; inicialmente, el Facundo se publicó en forma de folletín en el diario El progreso en un momento en que la prensa chilena “empezaba a perder su unanimidad en contra del gobierno argentino”.² Por su parte, Alberdi

¹ Pueden consultarse a este respecto los estudios de Jorge Mayer (1963), Noé Jitrik (1970: esp. 23), Juan Marichal (1978: 45-67), Tulio Halperín (1996), Natalio Botana (1996 y 1997), David Brading (1998: 669-676), entre otros. En las obras de Sarmiento y Alberdi hay numerosas referencias que permiten acceder a parte importante de sus respectivos universos de lectura; véanse, por ejemplo, las pp. 227 y ss. de la edición del *Facundo* aquí empleada.

² Tal la opinión de Julio Irazusta (1975: Tomo 7, cap. 104). Crítico implacable de Sarmiento, Irazusta ha afirmado que la escritura del *Facundo* obedeció al propósito abierto de “neutralizar” la misión García, anunciada desde 1844; ha indicado, también, que el antirrosismo sarmientino se volvió “impolítico” en Chile

elaboró sus Bases... en la soledad de la quinta "Las Delicias", cuando Rosas ya había sido depuesto; por supuesto, no lo hizo de manera improvisada, sino recogiendo y reelaborando ideas trabajadas en años anteriores; la obra fue impresa en los talleres de El Mercurio de Chile, y en el mes de mayo del mismo año de 1852 fueron distribuidos los primeros ejemplares; tres meses después, apareció una segunda edición que incluía el proyecto de Constitución.³ Si el primero es, ante todo aunque no exclusivamente, un texto de combate, el segundo se orienta a fundamentar la conformación constitucional del país en una situación abierta aunque favorable.

Tras la caída de Rosas o, más exactamente, tras la revuelta del 11 de septiembre de 1852 —a juicio de Tulio Halperín (1980a: XLV), "una de las no muchas revoluciones argentinas que significaron un importante punto de inflexión en el desarrollo político argentino"—, los caminos de Alberdi y Sarmiento se bifurcaron: el primero siguió a Urquiza; el segundo a Mitre. A partir de entonces y por el lapso de una década el país estuvo dividido en dos entidades políticas: de una parte, la Confederación presidida por Urquiza —con capital en Paraná—; del otro, la provincia de Buenos Aires, que había rechazado el Acuerdo de San Nicolás; entre ambas entidades se sucedieron negociaciones, enfrentamientos y treguas, no siendo entonces para nada claro cuál iría a ser la modalidad "definitiva" de configuración del territorio. La divergencia que se suscitó entre Sarmiento y Alberdi halló expresión simbólica en una nutrida polémica que compone una de las páginas clásicas de la literatura política nacional.⁴ En todo ese tiempo y aún después, Alberdi tendió a ver en Mitre a un continuador de la política de Rosas, es decir, de lo que a su juicio había venido siendo "la eterna causa de Buenos Aires",⁵

al estallar la intervención anglofrancesa en el Plata; de ahí el viaje de Sarmiento a Europa. En el capítulo VI estudiaremos la aportación de Irazusta a la conformación del tópico del fracaso del país.

³ Datos tomados de Jorge Mayer (1963: cap. IX, y 1980). Recuerda el biógrafo de Alberdi que en esos meses se escribieron varias obras con propósitos parecidos a los que guiaron al autor de las *Bases...*: *Argirópolis*, de Sarmiento; *Plan de organización nacional*, de Juan R. Muñoz; *Artículos sobre el problema constitucional*, de Juan Llerena; *Cuestiones argentinas*, de Mariano Fraguero, y *Profesión de fe y Política comercial*, de Bartolomé Mitre. Véase también Tulio Halperín (1980a).

⁴ Para un tratamiento ameno de la polémica, consúltese la disertación de Ricardo Sáenz Hayes (1926); para un punto de vista "alberdiano", Jorge Mayer (1963); para una reconsideración más reciente, que también gravita hacia una recuperación de las posiciones alberdianas, Nicholas Shumway (1993: cap. 7). Natalio Botana (1997: Parte II) ha llamado la atención sobre una diferencia a su juicio sustantiva entre los pensamientos políticos de Sarmiento y Alberdi: mientras que el primero habría sentido una irresistible, constante y algo paradójica atracción por el paradigma basado en la virtud de la libertad antigua (Montesquieu y Rousseau "seguían vivos", de algún modo, en Guizot y Tocqueville, sus autores predilectos), el segundo, más influido por las ideas de Adam Smith, habría sido un consecuente partidario de la libertad-seguridad en el sentido moderno, y habría tendido a pensar más una república de habitantes que una república de ciudadanos. Por su parte, Shumway (loc. cit.) realiza una anotación de gran interés al señalar que las cartas, conocidas como *Cartas Quillotanas*, con las cuales Alberdi replicó a los ataques de Sarmiento representan mucho mejor sus "posiciones típicas" (filonativistas, federales y críticas de la política de Buenos Aires) que otros libros suyos más conocidos, como por ejemplo las *Bases...*

⁵ Aun cuando Halperín (1980a) señala que las cosas fueron más complejas de lo indicado por Alberdi, no deja de reconocer que la fuerza política de Mitre se consolidó en el vacío de poder creado en Buenos Aires tras la

definida en lo fundamental por la defensa cerrada de los privilegios económicos derivados de los monopolios del comercio externo y del tesoro nacional; congruentemente con esos postulados, Alberdi trabajó con denuedo para que no se otorgara categoría internacional a la “provincia insurrecta”.

Nicholas Shumway (1993: 209ss.) ha puesto de relieve el hecho de que la Galería de celebridades argentinas de Mitre, dada a conocer en 1857, se compone de una colección de estudios en los que se realza el papel de los servidores de la causa porteña, a la vez que se omiten sus eventuales conexiones con el rosismo y se deja fuera de consideración a los caudillos provinciales; en todo ello, Shumway ve una operación política ligada a intereses y ambiciones concretos, paralela a una operación historiográfica lúcidamente consciente del papel de la historia en tanto justificadora de un presente y prefiguradora de un futuro para la colectividad. José Luis Romero –“Presentación” a Mitre (1978 [1857-1887])- ya había señalado que la obra historiográfica de Mitre era una obra rigurosamente documentada, pero militante, en la medida que estuvo orientada a legitimar un objetivo político, justificando y dotando de sentido a su desempeño en la historia nacional.⁶ Por su parte, Tulio Halperín (1996: 46) indica que, en Mitre, la creación de la República es una “hazaña inimitable de la burguesía liberal porteña.” Aun cuando debamos reconocer, con Fernando Devoto (2002: 11ss.) que la visión mitriana “tardó un tiempo en imponerse, y más tiempo aún en ser percibida como una imagen del pasado que sirviera para una prédica nacionalista que galvanizara, en torno a un mítico pasado común, la identidad argentina”, no hay duda de que en sus páginas se despliega, plena y robusta, una versión contundente de la ilusión argentina, que a partir de entonces ve enriquecida la imagen del futuro esplendoroso destilada por el Facundo y las Bases... con la savia proveniente de una representación del pasado que conduciría

fuga de Rosas. Según este autor, que en este punto toma distancia de las posiciones abiertamente alberdianas, Mitre habría mantenido entonces una posición “intermedia” entre los bonaerenses urquicistas y los separatistas.

⁶ Como veremos más adelante, en Mitre, la Nación, preexistente a su consolidación definitiva, surge de un proceso necesario; su existencia es algo que se desprende de la naturaleza de las cosas; los obstáculos, amenazas y disidencias que se fueron presentando en el camino constituyeron sólo accidentes propios de un itinerario dramático. No es preciso desplegar una mirada sutil para percibir el contacto entre esta propuesta de reconstrucción del pasado y un proyecto social eminentemente liberal-burgués y, por supuesto, porteño. Un buen lugar donde constatar estas últimas afirmaciones es el constituido por el conjunto de artículos que Mitre publicara durante los años cincuenta en el diario *Los Debates* –una selección de los mismos en Tulio Halperín (1980a: 160-169); allí, Mitre y su partido aparecen caracterizados como los más genuinos representantes de la tradición de Mayo; por lo demás, en esas páginas despunta claramente la idea según la cual la marcha de la libertad y la justicia (los ideales de Mayo) soportaron sendas eclipses (sobre todo, durante la anarquía del año XX y bajo la Tiranía de Rosas) para resurgir definitivamente desde 1852; ya en esa época es evidente el énfasis mitriano en la continuidad histórica: aun en los momentos más negros, la tradición de Mayo siguió viva, su marcha discurriendo invisible como si se tratara de un hilo de agua subterráneo; un ejemplo: discutiendo con una interpretación de Tejedor sobre el período de Rosas, Mitre se niega a ver en la Tiranía una “época”; a sus ojos, si se quisiera hablar en esos términos, habría que hablar de la época de la “resistencia popular a la Tiranía”...

necesariamente a ese futuro, fundamentándolo y explicándolo.⁷ La segunda sección del presente capítulo está dedicada a comentar las obras mayores de Mitre, enfatizando aquellos aspectos más directamente ligados al problema que nos ocupa.

Luego de la batalla de Pavón, que tuvo lugar en el año de 1861, Mitre, habiendo eventualmente derrotado a Urquiza en el campo de batalla, pasó a ser el primer presidente de la “Argentina unificada”; en 1868, en plena guerra del Paraguay,⁸ fue sucedido por Sarmiento, de quien ya se había distanciado; entretanto, los días de Alberdi trascurrían, autoimpuesto exilio mediante, en París, desde donde no cesó de pronunciarse contra la política porteña y contra la guerra fratricida, motivo éste por el que llegó a ser acusado de traidor. Alberdi retornó fugazmente al país en el tramo final del gobierno de Nicolás Avellaneda; por entonces, Sarmiento fracasaba en el intento de buscar una segunda presidencia y ocupaba sus años postreros en dar forma a una serie de páginas severamente críticas respecto de la realidad argentina. En 1880 se consumó la federalización de la ciudad de Buenos Aires la cual puso fin, según algunos, al largo conflicto entre el puerto y el Interior. Ese mismo año asumió la presidencia el general Julio A. Roca, héroe de la campaña del “Desierto”; alberdianos de distinta filiación (Jorge Mayer, 1980; Jorge Abelardo Ramos, 1965) han visto en la primera presidencia de Roca una suerte de realización histórica del credo de Alberdi así como un jalón decisivo de una unidad nacional de significación más genuina que la impulsada por el mitrismo.

⁷ Recientemente, Elías Palti (2000) ha sostenido que la caracterización de Mitre como “vocero de una imagen compacta y lineal de la historia nacional (...) oculta, en realidad, las tensiones que transitan su obra,” mismas que habrían tenido origen tanto en las vacilaciones conceptuales del político-historiador como en los vaivenes de su trayectoria política e intelectual. En opinión de Palti, aquella imagen “compacta y lineal” habría plasmado recién hacia 1876, más concretamente, en el capítulo I de la 3ª ed. de la *Historia de Belgrano...*, no del todo exento de una serie de huellas que delatarían su controvertido proceso de elaboración. Por mi parte, no tengo dudas de que la obra de Mitre ha de verse como un objeto textual complejo, cambiante y minado de tensiones; sin embargo, a partir de lo consignado en la nota anterior, tiendo a pensar que la visión lineal-ascendente del tiempo histórico argentino está presente ya desde los años cincuenta.

⁸ El sangriento conflicto con el Paraguay, denominado también “guerra de la Triple Alianza”, se inició a raíz de cuestiones vinculadas con la política interna uruguaya: mientras que el mitrismo, los liberales autonomistas de Buenos Aires (facción que ya se había separado del mitrismo) y el Brasil apoyaban al Partido Colorado del Uruguay, el Paraguay de Francisco Solano López se inclinaba por los blancos, hasta entonces en el poder, esperando a su vez contar con el apoyo de Urquiza y de los federales argentinos. Contra lo previsto por Solano, Urquiza se puso de parte del Mitre, en un proceso que tal vez marcó la culminación de la carrera y del estilo político de este último. Sin embargo, tal culminación no fue duradera: la guerra -que pese a su origen faccioso cobró una dimensión nacional cuando Solano ingresó sin autorización a la provincia argentina de Corrientes- se volvió larga y cruenta, derivando finalmente en el aislamiento político de Mitre. Para Halperín (1980a), a quien vengo siguiendo en todo este punto, la guerra impuso al Estado (sobre todo a su aparato militar) un ritmo de expansión que impidió que se lo siguiera utilizando como “instrumento pasivo” de la facción mitrista, que entonces detentaba el poder. Sin duda, el hecho de que el sentido de la guerra fuese continuamente puesto en duda durante la guerra misma debilitó a Mitre y a su Partido de la Libertad, que rápidamente pasaron a tener un peso menor en la política nacional; en 1874 Mitre encabezó una rebelión militar en oposición a Avellaneda; fue derrotado y encarcelado, aunque de inmediato perdonado.

Tomar en consideración todos estos elementos de historia política es importante aquí en la medida que puede constituir un antídoto eficaz contra la propensión a percibir la cultura argentina de esos años como algo primordialmente estático o armonioso; más allá de los sucesivos “consensos” que alternativamente fueron cobrando forma, de manera continua se elaboraron y reelaboraron haces de significados que de un modo u otro entraron en conflicto; es importante recordar, en tal sentido y entre otras muchas cosas, la publicación por Lucio V. Mansilla de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870) y por José Hernández del *Martín Fierro* (1872 y 1879), obras éstas disímiles, pero que comparten la propensión a poner en cuestión, hasta cierto punto, el rumbo seguido hasta entonces por el país.⁹ Ante todo, conviene retener que, entre las muchas dimensiones que componen la dinámica de aquella época, la principal es, sin duda alguna, la que corresponde a la paulatina incorporación del país a las nuevas realidades del mercado mundial. En efecto, el conjunto de reconfiguraciones internas que tuvieron lugar en ese tiempo encuentran su fundamento último en las necesidades que esa experiencia supuso e impuso: unificación, “pacificación”, combate a los indígenas, apertura a la inmigración europea, demarcación de los campos, implantación de los ferrocarriles..., se comprenden adecuadamente sólo sobre el telón de fondo de ese proceso más amplio y decisivo. De estas reconfiguraciones y de aquella incorporación resultó una transformación vertiginosa y profunda de la entera fisonomía del país, al punto de que unas pocas décadas después ella habría resultado irreconocible para un observador situado en el anterior período. A escala latinoamericana, el “caso argentino” fue, tal vez junto al uruguayo, el más temprana y profundamente exitoso en aquella fase que más tarde sería designada como “de crecimiento hacia fuera”. La magnitud, absoluta y relativa, de la inmigración fue, en verdad, inusitada: entre los censos de 1869 y 1914 llegaron al país, para quedarse, alrededor de tres millones de inmigrantes, en su mayoría italianos y españoles; dicho saldo representó una contribución casi igual a la del crecimiento vegetativo. Como resultado, en esos cuarenta y cinco años la pirámide poblacional creció en volumen, cuadruplicándose, y vio alterada su composición —entre otras cosas, la proporción de hombres jóvenes aumentó sensiblemente. En términos generales, los recién llegados no fueron los capitalistas anglosajones que, años atrás, entrevistara Alberdi; tampoco se distribuyeron de manera homogénea a lo largo del territorio nacional formando colonias de agricultores, como alguna vez soñara Sarmiento. Hacia 1880 las mejores tierras habían sido ocupadas; en términos generales, los inmigrantes que llegaban, en su mayoría sudeuropeos, no tuvieron acceso a ellas; la mayoría debió permanecer en el Litoral (donde sí se desarrollaron políticas de colonización), y especialmente en Buenos Aires, que los acogió para trabajar en la

⁹ Con José Luis Romero (2001: 257-258 [1978]), cabe llamar la atención sobre la dimensión latinoamericana de esta dinámica cultural que buscó, por vías diversas, reivindicar lo “nativo”, es decir, la hacienda colonial y la vida rural, el llanero, el negro, el jíbaro, el concho, el charro, el gaucho y, en más contadas ocasiones, el indio.

construcción, el comercio, los frigoríficos. En esos años, Buenos Aires creció de un modo acelerado e inusual: hacia 1914, casi la mitad de su población era extranjera.¹⁰ A partir del trípode conformado por tierra, mano de obra y capital, la economía argentina experimentó un crecimiento sorprendente, motorizado por unas exportaciones (lanas, cueros, carne salada, trigo, maíz, lino, carne congelada, etc.) caracterizadas especialmente por su gran capacidad de adaptación y por su óptima colocación en el mercado. Entre 1880 y 1913 el producto interno per cápita se duplicó; para apreciar este dato en su verdadera dimensión no debe perderse de vista el colosal crecimiento demográfico recién referido.¹¹

La prosperidad económica y las transformaciones que trajo aparejadas reforzaron el optimismo y propiciaron la conformación de un clima de ideas al que cabe caracterizar como eufórico, que vivió sin embargo un sobresalto significativo con la crisis económica y política del Noventa,¹² y que eventualmente alcanzó su cenit en torno a la celebración del Centenario. Ha escrito Carlos Ibarguren (1999[1955]) en sus memorias:

El siglo XX se inició, así, promisorio. Me tocó en suerte disfrutar ese momento preñado de dicha y de ilusiones, respirar esa atmósfera saturada de confianza en el porvenir. (p. 14)

El panorama económico en el último año del siglo XIX y en los albores del XX revelaba, pues, la fuerza de la Argentina y su progreso, augurando brillante porvenir. Un impulso optimista y una visión promisoriosa animaban los espíritus. Sólo turbaba la placidez de la perspectiva una nube que se cernía en el horizonte: la cuestión de límites con Chile (...) La situación general, en algunos aspectos, presentaba entonces ciertas semejanzas con la que predominó durante el primer Gobierno del general Roca, cuando tranquilizada la República después de la conmoción de 1880, una ola de enriquecimiento y bienestar envolvió a todos: sosiego político, marasmo cívico, ganancias fáciles, bolsillos

¹⁰ La bibliografía sobre la inmigración europea al cono sur es copiosa. En este caso me he basado en un trabajo de síntesis elaborado por Ernesto Maeder (1980).

¹¹ He tomado los datos de Carlos Díaz Alejandro (1980). Sobre el mismo tema pueden verse, entre otras cosas, las contribuciones de Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde (2000[1986]) a la Historia de América Latina editada por la Universidad de Cambridge, bajo la dirección de Leslie Bethell (Tomo 10).

¹² En *La bolsa*, la célebre novela de Julián Martel (seud. de José Miró), inicialmente publicada en forma de folletín en el diario *La Nación* durante el mismo año de 1890, dice un personaje: “Si tuviésemos un gobierno moral (...) económico, arreglado, patriota, ya verías si nuestra patria no tomaba pronto su puesto al lado de las primeras naciones del globo (...) Pero el oro es corruptor. Allí donde el dinero abunda, rara vez el patriotismo existe. Además de eso, el cosmopolitismo (...) nos trae, junto con el engrandecimiento material, el indiferentismo político...” (pp. 115-116). Más adelante en la misma obra, leemos: “...allá va, como inmensa visión apocalíptica, una sociedad entera levantada en vilo por el agio y la especulación, celebrando la más escandalosa orgía del lujo que ha visto y verá Buenos Aires (...) Y mientras tanto, un poeta, joven, alto, enlutado, de fisonomía triste y resignada (...), mira con amargura los esplendores de aquella bacanal fastuosa, y su mente visionaria, enamorada de la antítesis, le presenta un cuadro pavoroso. Cree ver, allá, lejos, muy lejos, al fin de la avenida por donde corren atropellándose los coches, una boca que se abre, se abre cada vez más, que luego se convierte en catarata, y de catarata en remolino, y que aquel remolino empieza a girar, a girar, con rapidez tan vertiginosa y con tan grande poder de atracción como el abismo que servía a Edgar Poe para escribir ese prodigio titulado *El Maelstrom*. Y haciéndose la visión más clara, ve despeñarse en aquel abismo, en confusión horrible y desgarradora, jinetes, caballos, magnates, prostitutas.” (pp. 158-159)

lentos, alza de valores, sensación de seguridad y firme ilusión de progreso y de la grandeza argentina. Roca traía consigo su empuje materialista alberdiano... (p. 136)

Con estas palabras evoca Iburguren la celebración de 1910:

Resuelto así, con la futura Presidencia de Roque Sáenz Peña, el gran problema de la sucesión gubernativa, la República celebró jubilosamente, con festejos memorables, la fecha del centenario de la Revolución de Mayo. Los que sentimos la vibración patriótica que conmovió nuestras almas en esos días inolvidables y presenciamos los homenajes magníficos que todas las naciones del mundo tributaron a la Argentina, enviando a Buenos Aires ilustres estadistas y embajadores, príncipes —como la infanta Isabel de España— y jefes de Estado —como el presidente Montt, de Chile—, pudimos comprobar, ante ese grandioso fasto en el que la humanidad civilizada celebraba el primer siglo de nuestra vida política independiente, cómo se hacía verdadero el augurio feliz proclamado en el verso de nuestro himno nacional:

*‘Se levanta a la faz de la tierra
una nueva y gloriosa Nación
.....
Y los libres del mundo responden
¡al gran pueblo argentino, salud!’ (p. 239)*

Las consideraciones con las que se cierra el cuerpo de este primer capítulo comentan en forma sucinta la obra de cuatro autores que, a partir de los estudios señeros de Oscar Terán (1985; 1987), son designados genéricamente como “positivistas”: José Ma. Ramos Mejía, Agustín Álvarez, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros; la sección tiene por objeto llamar la atención sobre el modo en que los motivos característicos de la ilusión son reelaborados con algunos matices, pero sin variaciones sustantivas; para decirlo “spenglerianamente” sucede como si una configuración intelectual antaño fecunda y vigorosa, tendiera a cristalizarse, repitiéndose a sí y petrificándose. Llegados a este punto corresponde señalar que estudios recientes —entre los que debe contarse una revisita del propio Terán (2000) al período— han llamado la atención sobre el hecho de que la atmósfera cultural de, digamos, ese cuarto de siglo que va entre 1890 y 1916, no fue unilateralmente optimista y que una espesa nebulosa de inquietudes, dudas y ansiedades, suscitadas, justamente, por la magnitud y la vertiginosidad de los cambios antes consignados, tendió a penetrarla en varias de sus manifestaciones más significativas. Así, por ejemplo, a partir del análisis de un conjunto de obras del fin de siglo bonaerense, Jeffrey Needell (1999) ha puesto de relieve que la respuesta ideológica de la elite porteña a los cambios que experimentaba la sociedad fue ambivalente, y albergó componentes críticos y hasta melancólicos. Concretamente, Needell examina tres novelas de las últimas décadas del siglo XIX (La gran aldea, de Lucio V. López; La bolsa, de Juan Martel, y Teodoro Foronda, de Francisco Grandmontagne), un trabajo de 1902 sobre la

historia de la ciudad (Buenos Aires: desde su fundación hasta nuestros días, de Manuel Bilbao) y, en especial, la obra de uno de los representantes más conspicuos de la generación del Ochenta: Miguel Cané.¹³ De la aportación de Needell se desprende que la respuesta de la elite a los cambios referidos consistió, ante todo, en el despliegue no orquestado de una agresiva mitología de autodefensa, orientada a generar una ilusión de estabilidad y continuidad virtuosas, tendiente a contrarrestar las aristas más amenazadoras del proceso en curso. En la mayor parte de los casos, Needell advierte elementos usualmente presentes en las clásicas reacciones conservadoras contra la modernidad, a saber, reivindicación del orden tradicional, nostalgia y melancolía por un mundo más familiar, cuestionamientos al materialismo y a los nuevos ricos, idealismo profundo basado en un retorno a los clásicos, etc. Así, es innegable que el pensamiento de algunas de las principales figuras del período oscila desgarrado entre unas sombrías notas de melancolía y un optimismo entusiasta y por momentos celebratorio. No hay duda de que estudios como el de Needell nos ponen en guardia contra los riesgos unilateralizadores de las idealizaciones retrospectivas. Hay, empero, tres cosas que, a mi modo de ver, no debemos perder de vista aquí: primero, las ambivalencias y tensiones no son exclusivas de la atmósfera finisecular porteña; si bien sus manifestaciones concretas pudieron variar a lo largo del tiempo, ellas estaban presentes, a su modo, en el pensamiento de Sarmiento, Alberdi y Mitre; como ya insinuamos, y como tendremos ocasión de comprobar con mayor detalle enseguida, el optimismo de los grandes arquitectos de la ilusión no fue monolítico ni monocromático, sino que estuvo atravesado por distintos tipos de desconexiones, grietas e intersticios sombríos. Segundo, más allá de las ambivalencias y tensiones que una mirada atenta pudiera detectar, en todos esos años sigue prevaleciendo, indiscutido, el énfasis optimista, todavía perfectamente ligado a la visión de aquel futuro-civilización prefigurado desde la generación del 37, postulado con vigor en el Facundo y en las Bases... y retrospectivamente explicado en la obra historiográfica de Bartolomé Mitre, sólido mito fundacional. Tercero, el entusiasmo vinculado con la celebración del Centenario tendió a acallar muchas de las inquietudes finiseculares; como ha indicado Adolfo Prieto (1988: 183), cuanto más próximo estaba el año de 1910 más tendía a prevalecer entre los intelectuales una “frenética mentalidad de balance”, en cuyo seno se

¹³ En sus citadas memorias, Carlos Ibarguren ofrece un “listado” de los representantes más destacados de la generación: además de Cané, lo integran Lucio V. López (hijo de Vicente Fidel), José Ma. Ramos Mejía, Paul Groussac, Carlos Pellegrini, Aristóbulo del Valle, Roque Sáenz Peña; algo más jóvenes, Juan A. García, Estanislao Zeballos, Joaquín V. González, Carlos O. Bunge. Entre los rasgos característicos de esos hombres y de su tiempo, Ibarguren menciona el escepticismo, el materialismo, el utilitarismo, el sensualismo, el positivismo, el evolucionismo, el cientificismo... En un estudio elaborado hace algunos años, Noé Jitrik (1970: 101-138) llama la atención sobre el activismo transformista de los hombres del ochenta; su orgullo, autovaloración y omnipotencia: frente a un espacio enorme, abierto y por ordenar, los hombres de la generación actuaban como impulsados por una “gran misión”. Jitrik también refiere la tendencia de estos hombres a replegarse sobre sí mismos, sobre su clase y sobre su infancia; la índole de su sociabilidad (el

buscaba afanosamente despejar cualquier obstáculo capaz de empañar su contundencia. Tendremos ocasión de comprobar esto no sólo en ciertas zonas de la última sección del presente capítulo, sino también más luego, al considerar las elaboraciones que en torno a aquella conmemoración dieron a conocer Lucas Ayarragaray y Leopoldo Lugones.

‘dandysmo’, los *clubs*); su ambigüedad frente a lo intelectual (visto como necesario, pero siempre como un ‘añadido’; su actitud escéptica y dualista, con la que buscaban trascender el positivismo, etc.

1. De ciudades mágicas y palacios fabulosos, creados como por encanto

El *Facundo* es, entre otras cosas, una biografía, un diagnóstico de la situación del país bajo el gobierno de Rosas, una interpretación del drama argentino y una terapéutica que quiere ser, también, profecía.¹⁴ Sarmiento escribió una biografía de Facundo Quiroga no porque le interesaran en sí mismas las aventuras del caudillo; su propósito, más ambicioso, fue interrogar a la sombra de Facundo para explicar la *tiranía* de Rosas y para echar luz sobre la vida secreta y las convulsiones que a su juicio desgarraban al país.

Es evidente que el núcleo del *Facundo* es la contraposición entre civilización y barbarie, y que su mensaje más visible es que hay que luchar por la primera contra la segunda. Considerando las más intensas pinceladas sarmientinas, es posible decir que en el polo civilizado se ubican Europa, ¿España?, Buenos Aires, el pasado reciente de las ciudades capitales de provincia, Bernardino Rivadavia, el General Paz, los anti-rosistas exiliados en Montevideo y, por supuesto, el propio Sarmiento. Por su parte, en el polo bárbaro quedan colocados América, las campañas pastoras y sus habitantes los gauchos; los caudillos y, naturalmente, Facundo y su encarnación más perfecta, Rosas. Es posible afirmar, también, que hay en Sarmiento cierta propensión a ver la barbarie como pasado y la civilización como futuro, que hay una concepción espacial del tiempo (hay lugares donde reside el futuro-civilización y lugares donde reside el pasado-barbarie), y que su imagen del futuro-civilización, deseable e inminente, es, para el caso argentino, la imagen de un futuro hecho de prosperidad, inmigrantes europeos, ríos navegables, vías de comunicación, garantías jurídicas, libertad de prensa y ciudadanos educados y virtuosos.

Indudablemente, todo lo anterior puede ser dicho; sin embargo, tras decirlo, queda la amarga sensación de haber traicionado un poco al texto, de haberlo reducido a unos elementos que sin duda están en él, pero que en absoluto agotan toda su complejidad. No se trata de sobrematizar el esquema propuesto hasta disolverlo; menos aun de sustituirlo por alguna otra clave de lectura al fin “definitiva”. De lo que se trata, más bien, es de reconocer que dicho esquema es a la vez imprescindible y limitado. Imprescindible, porque proporciona un conjunto de herramientas necesario para apresar, al menos en una primera instancia, al texto.

¹⁴ Ha habido una larga discusión sobre el status genérico del *Facundo*.... Con Halperín (1996: 18 y ss.), pensamos que, en general, ella ha derivado en esfuerzos clasificatorios que rozan el anacronismo; como indica este autor, “el romanticismo había creado vinculaciones nuevas entre literatura, historia, filosofía...”; la heterogeneidad del *Facundo* sería en consecuencia más un rasgo de época que una anomalía.

Limitado porque, entre otras cosas, no consigue captar con fidelidad las inestabilidades y tensiones que atraviesan tanto a la contraposición principal como a la visión de futuro a ella ligada. En cuanto a la primera limitación, no se puede dejar de observar que desde su formulación original la distinción entre civilización y barbarie remite a una conjunción y no solamente a una disyunción. Eso significa que la dicotomía no obedece tan sólo a una lógica de oposición/exclusión sino también a una lógica de coexistencia, ciertamente problemática.¹⁵ El *Facundo* es, qué duda cabe, un texto de frontera. Leyendo con atención constatamos que algunas de las figuras que dan cuerpo a cada uno de los polos de la contraposición son llamativamente inestables. Unas veces las inestabilidades no presentan mayores problemas de interpretación: por ejemplo, las ciudades capitales de provincia pueden “reivindicar glorias, civilización y notabilidades pasadas”, pero en las décadas próximas a la elaboración del *Facundo* fueron sucumbiendo, una tras a otra, a los “progresos” de los caudillos, las montoneras y la barbarie (nótese, sin embargo, el señalamiento ¿irónico? según el cual también la barbarie realiza sus “progresos”; diré al pasar que, de no haber ironía y de profundizarse esa línea de reflexión, se arribaría a una suerte de decadentismo nostálgico...). Otras veces, las inestabilidades parecen estar enraizadas en dudas más profundas; tal es, por ejemplo, el caso de España. Al ser y no ser foco de civilización, al ser y no ser Europa, España (“unida a la Europa culta por un ancho istmo y separada del África bárbara por un angosto estrecho...”) ocupa un lugar ambivalente y enigmático: en ciertos pasajes pertenece a la esfera de la civilización; en otros, a la de la barbarie. Por eso, y aun cuando sea cierto que Sarmiento prefiere los sajones a los españoles y los españoles a los gauchos, indios y negros, una larga serie de valoraciones y planteamientos confusos y contradictorios impiden saber cuál es el lugar exacto que España y los españoles ocupan en su argumentación (ahora bien, si España fuera unilateralmente bárbara, se gravitaría hacia posiciones fatalistas...). Otro ejemplo de inestabilidad –que, al igual que los anteriores, no llega a poner en cuestión la valoración final de Sarmiento– se refiere a la mismísima barbarie. Los capítulos segundo y tercero describen la cultura (las costumbres, los hábitos, los caracteres) que ha engendrado el desierto; en sus páginas se aprecia, con bastante nitidez, que Sarmiento no deja de sentirse atraído por esa misma barbarie a la que está tratando

¹⁵ Maristella Svampa (1994: 45 y ss.) sostiene que en el discurso del *Facundo* la imagen original, oposición dura, se fragmenta multiplicando sus facetas. Acertadamente, escribe: “los pasajes de una lógica de la implicación a una lógica de la exclusión son constantes e incluyen, en ciertas oportunidades, los mismos ejemplos.”

de condenar y de vencer. La situación engendrada por las condiciones de la vida pastoril (la desasociación, la forma más monstruosa de asociación) “tiene su costado poético, y faces dignas de la pluma del romancista”; de esas costumbres han nacido “especialidades notables, que un día embellecerán y darán un tinte original al drama y al romance nacional”: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor... Además, el gaucho argentino es fuerte, altivo y enérgico, presumido y arrogante, arrojado y valiente:

Si el origen de esta vanidad nacional en las clases inferiores es mezquino, no son por eso menos nobles las consecuencias; como no es menos pura el agua de un río porque nazca de vertientes cenagosas e infectas. Es implacable el odio que les inspiran los hombres cultos, e invencible su disgusto por sus vestidos, usos y maneras. De esta pasta están amasados los soldados argentinos, y es fácil imaginarse lo que hábitos de este género pueden dar en valor y sufrimiento para la guerra. (*Facundo...*: 33)

Hay algo extraño en este movimiento. Porque se le podría preguntar a Sarmiento cuál es el sentido del romántico gesto de conocer (¿y valorar?) eso tan propio si después se lo niega para abrazar lo ajeno, que en parte y en cierto sentido se considera también propio. Se le podría preguntar a Sarmiento hasta qué punto y de qué modo este “descenso a las profundidades” que es el *Facundo* ha dado forma a su programa de acción y a su visión del futuro: ¿se trata, como parece, de palpar algo sólo para dejarlo irremisiblemente atrás...? Se le podría preguntar, también, por qué la civilización es tan unilateralmente preferible a esa barbarie de costados poéticos, especialidades notables y cualidades viriles...¹⁶ Estas preguntas

¹⁶ Considérese la siguiente reflexión de Halperín (1996: 22-24): “Media Argentina está colocada, para Sarmiento, bajo el signo de la barbarie. Se ha mostrado ya cómo esta imagen que Sarmiento da de su patria es un aspecto de su romanticismo ideológico y no el resabio iluminista por algunos denunciado. Con esta comprobación no se quiere absolver a Sarmiento de la culpa (¿por qué culpa?) de iluminismo, sí tan sólo tratar de entender un poco mejor su actitud ante la barbarie. Actitud que no es de mera repulsa; para Sarmiento barbarie no es tan sólo ignorancia de lo que el civilizado sabe; es también sabiduría de lo que el civilizado ignora (...) No, no hay sólo repulsa en la actitud de Sarmiento ante la barbarie. Pero es innegable que hay también repulsa. Repulsa unida a tanta previa comprensión, afirmada a pesar de ella. (...) Para Sarmiento la comprensión prodigada ante la barbarie no excluía la lealtad más apasionada por su propio mundo, su mundo destrozado por el triunfo bárbaro. La lealtad que siempre mantuvo a la causa de la civilización.” Tras afirmar que *Facundo* “crea su propio género”, Nicholas Shumway (1993: 179ss.), indica: “Los nacionalistas de hoy que denuncian a Sarmiento como un imitador a la busca de modelos extranjeros, lo leen demasiado literalmente y no captan las notables contradicciones entre las confesadas intenciones sociopolíticas de Sarmiento y el libro que escribió en realidad: mientras Sarmiento predica la imitación en la economía y el gobierno, escribe un libro que burla todos los modelos extranjeros; mientras quiere explícitamente que la Argentina sea como los países más progresistas de su tiempo, su libro se aparta claramente del impulso romántico de sus contemporáneos; mientras *Facundo* es denunciado aún hoy por los nacionalistas como obra de un cipayo, el libro anticipa los aspectos más originales de la ficción

no son gratuitas ni anacrónicas; en 1870, el coronel Lucio V. Mansilla llegó a formularlas de manera relativamente abierta. En *Una excursión a los indios ranqueles*, Mansilla, sobrino de Rosas, “hombre del Paraná” en los cincuenta y fastidiado por entonces con el Sarmiento-presidente que no lo había recompensado con una cartera ministerial, juguetea con la clásica contraposición. Tal como le sucede a Sarmiento, ciertos costados de la barbarie ejercen sobre él una irresistible fascinación; sin embargo, esos costados son bastante más extensos que en Sarmiento y abarcan no sólo la vida de los gauchos, sino también ciertos aspectos de la vida de los indios. Por lo demás, Mansilla dispara innumerables dardos de ironía contra la vida civilizada y, por momentos, parece dispuesto a enfrentar las tensiones derivadas de considerar lo ineluctable y lo deseable como si fuesen sinónimos.¹⁷ No obstante, tampoco consigue liberarse de la contraposición, y los matices, inquietudes e ironías que de hecho introduce no logran subvertir su opción última, que sigue favoreciendo al polo civilizado.

Otro ejemplo de inestabilidad en el *Facundo* se refiere a la figura de Rosas. No hay dudas acerca de la valoración final, pero sí las hay con respecto a qué es Rosas y a cómo debe ser explicado. Recordemos que Sarmiento se había propuesto entender al *tirano*; si lo ha logrado, sólo ha sido de manera parcial y problemática. En efecto, en el *Facundo*, Rosas es como mínimo tres cosas: encarnación fatal y perfecta de Facundo y de la barbarie; calculador maquiavélico y, en la medida en que realiza la unidad nacional sin saberlo, instrumento de la Providencia que a su pesar “realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa”, jugando así a

latinoamericana contemporánea. Si bien no podemos ignorar ni la intención de Sarmiento ni el efecto que pudo tener su libro en lectores literales, *Facundo* sigue siendo una obra de asombrosa y profética creatividad. Sin embargo, aun con toda su originalidad, no puede olvidarse este hecho lamentable: los hombres del 37 en última instancia se preocuparon más por recrear Europa en el Cono Sur que por desarrollar un país nuevo que mezclara lo mejor del Viejo y el Nuevo Mundo.”

¹⁷ El siguiente pasaje de *Una excursión...* ilustra adecuadamente las facetas más críticas de lo que podemos designar como *posición Mansilla*: “El aire libre, el ejercicio varonil del caballo, los campos abiertos como el mar, las montañas empinadas hasta las nubes, la lucha, el combate diario, la ignorancia, la pobreza, la privación de la dulce libertad, el respeto por la fuerza; la aspiración inconsciente de una suerte mejor –la contemplación del panorama físico y social de esta patria– produce un tipo generoso, que nuestros políticos han perseguido y estigmatizado, que nuestros bardos no han tenido el valor de cantar, sino para hacer su caricatura. La monomanía de la imitación quiere despojarnos de todo: de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradición (...) Y es indudable que avanzamos. Pero ¿no habríamos avanzado más estudiando con otro criterio los problemas de nuestra organización e inspirándonos en las necesidades reales de la tierra? (...) ¿Adónde vamos por ese camino? A alguna parte, a no dudarlo. No podemos quedarnos estacionarios, cuando hay una dinámica social que hace que el mundo marche y que la humanidad progrese. Pero esas corrientes que nos modelan como blanda cera, dejándonos contrahechos, ¿nos llevan con más seguridad y más rápidamente que nuestros impulsos propios, turbulentos, confusos, a la abundancia, a la riqueza, al respeto, a la libertad en la ley? Yo no soy más que un simple cronista, ¡felizmente!” (carta XXIX,

favor de la causa de Sarmiento, es decir, de la unidad y de la civilización. De modo que la barbarie hace sus progresos, pero Rosas no sólo es expresión de ello, sino que es, también, un instrumento providencial que juega, sin saberlo, a favor de los progresos de la civilización... Por lo demás, Sarmiento enfrenta dificultades cuando aborda la cuestión del bloqueo francés. Asume sin titubeos su posición y la de sus amigos (“¡fuimos nosotros!”), pero es perfectamente consciente de que toca un punto sumamente delicado: el Gral. San Martín, desde Francia, había aplaudido la posición de Rosas... Más allá de que las valoraciones finales de Sarmiento no den lugar a dudas sustantivas -él está del lado de la civilización-, importa señalar que la compleja relación entre las lógicas de oposición y de coexistencia, así como las inestabilidades que de ella se derivan, dejan traslucir sutiles ambivalencias axiológicas. El *Facundo* es, en más de un nivel, un texto desgarrado, que logra resolver los desafíos que se va planteando sólo en cierta medida y después de atravesar intrincados senderos.¹⁸

Esto con respecto a la contraposición fundamental. Pero lo que más nos interesa aquí es la visión de futuro que elabora Sarmiento y el modo en que la fundamenta. Hemos señalado ya los principales componentes de esa visión, la imagen del futuro-civilización, a la vez deseable e inminente en las páginas del *Facundo*. Centremos ahora la atención en sus fundamentos, considerando, para comenzar, dos pasajes de la *Introducción*:

...porque en *Facundo* Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina, tal como la han hecho la colonización y las particularidades del terreno, a lo cual creo necesario consagrar una seria atención, porque sin esto, la vida y hechos de *Facundo* Quiroga son vulgaridades que no merecerían entrar, sino episódicamente, en el dominio de la historia (*Facundo...*: 16).

De eso se trata: de ser o no ser *salvaje*. ¿Rosas, según esto, no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? ¿Es, por el contrario, una manifestación social; es una fórmula de una manera de ser de un pueblo? ¿Para qué os obstináis en combatirlo, pues, si es fatal, forzoso, natural y lógico? ¡Dios mio! ¡Para qué lo combatís!... ¿Acaso porque la empresa es ardua es por eso absurda? ¿Acaso porque el mal principio triunfa, se le ha de abandonar resignadamente el terreno? (*Facundo...*: 12).

pp. 156-157). También pueden verse las cartas XXXIII y XXXV, y el epílogo de la crónica de Mansilla. Además, Andrés Kozel (2003).

¹⁸ Para Noé Jitrik (1970: esp. 33-34), Sarmiento experimentó la colisión entre sistemas intelectuales previos y realidad inmediata. Ello le ocasionó hondos problemas, enfrentándolo de manera descarnada a los términos en que se debatían la cultura y la política latinoamericanas. En la interpretación de Jitrik, Sarmiento optó por resolver tales problemas sacrificando las evidencias, y escindiendo conveniencia y verdad para terminar optando por la primera en detrimento de la segunda.

En estos fragmentos, Sarmiento deja bien en claro que tanto Rosas como Facundo no son meros accidentes, sino que expresan fuerzas profundas y ajenas a su voluntad. También se aprecia el impulso inicial de toda terapéutica: conocer las causas del mal, diagnosticarlo. En principio, a eso están dedicados los primeros capítulos de la obra, en los cuales se despliega un fuerte determinismo (se ha dicho que principalmente geográfico aunque, como veremos, las cosas no son tan simples). En términos aproximados, el argumento de Sarmiento es el siguiente: un extenso territorio llano y desierto que recuerda las llanuras asiáticas engendra un género de asociación monstruoso, el de la desasociación. En el aislamiento no pueden haber orden, ni cosa pública, ni sociabilidad. Es el reino de la barbarie: la fuerza bruta predomina de manera indiscutible, y tanto la cultura de la inteligencia como el progreso moral son imposibles, “la civilización es del todo irrealizable”. Durante siglos, el desierto ha devorado también a los españoles, lo ha barbarizado todo. La composición racial del país es también desalentadora: los españoles de América (a merced del desierto), los indígenas, los negros y los mestizos resultantes conforman “un todo homogéneo que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial, *cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual*” (*Facundo...*: 28, mis cursivas). Como sugerí más arriba, la valoración que hace Sarmiento de España y de los españoles no es completamente clara. Como vemos ahora, su concepción del alcance del determinismo racial, tampoco.

Ahora bien, más allá de todos estos determinismos postulados de manera tan exaltada como imprecisa, Sarmiento es optimista con respecto al futuro del país. De las páginas del *Facundo* se desprende que a la Argentina le espera un porvenir inmenso, deseado e inminente, ya pronosticado y envidiado por otros pueblos, tanto europeos como americanos. Escuchemos sus palabras:

Por otra parte, ¿hemos de abandonar un suelo de los más privilegiados de la América a las devastaciones de la barbarie, mantener cien ríos navegables abandonados a las aves acuáticas que están en quieta posesión de surcarlos ellas solas *ab initio*? ¿Hemos de cerrar voluntariamente la puerta a la inmigración europea que llama con golpes repetidos para poblar nuestros desiertos, y hacernos, a la sombra de nuestro pabellón, pueblo innumerable como las arenas del mar? ¿Hemos de dejar, ilusorios y vanos, los sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria, con que nos han mecido desde la infancia, los pronósticos que con envidia nos dirigen los que en Europa estudian las necesidades de la humanidad? Después de la Europa, ¿hay otro mundo cristiano

civilizable y desierto que la América? ¿Hay en la América muchos pueblos que estén, como el argentino, llamados, por lo pronto, a recibir la población europea que desborda como el líquido en un vaso? ¿No queréis, en fin, que vayamos a invocar la ciencia y la industria en nuestro auxilio, a llamarlas con todas nuestras fuerzas, para que vengan a sentarse en medio de nosotros, libre la una de toda traba puesta al pensamiento, segura la otra de toda violencia y de toda coacción? ¡Oh! ¡Este porvenir no se renuncia así no más (...) ¡No!; no se renuncia a un porvenir tan inmenso, a una misión tan elevada, por ese cúmulo de contradicciones y dificultades: ¡las dificultades se vencen, las contradicciones se acaban a fuerza de contradecirlas! (*Facundo...*: 12 y ss.)

Esta última sentencia nos coloca frente a una nueva dificultad: ¿Cómo articular de manera relativamente satisfactoria aquel panorama fatal con este futuro esplendoroso al que, para usar una cláusula cara a Sarmiento, *están llamados* Buenos Aires y el país? ¿Voluntarismo desmesurado? Quizás, pero no únicamente. De nuevo diríamos una verdad obvia aunque reductora si dijésemos que la terapéutica propuesta por Sarmiento cuenta entre sus principales elementos el poblar el desierto bárbaro con miríadas de inmigrantes europeos portadores de civilización. Pero suscribir a esta verdad tan evidente en forma distraída podría impedirnos detectar una pugna entre dos “sistemas causales”, que desgarran al texto. El primer sistema parece predominar en la *Introducción* y en los capítulos iniciales, y tiene que ver con los ya mencionados determinismos (se trata, ante todo, del determinismo geográfico: la “peculiaridades del terreno”, “la naturaleza grandiosamente salvaje”, los “accidentes de la naturaleza”, etc.) que subyacen a la barbarie fatal. El segundo tiende a gobernar la lógica del último capítulo, titulado *Presente y porvenir*; en él se postula la inminencia de un futuro inmenso vinculado con el poblamiento del desierto bárbaro a través de la inmigración. Este segundo sistema pareciera estar conformado por una combinación de elementos sociales (poblamiento y vías de comunicación), culturales (educación) y providenciales (ley del progreso). Para comprender mejor la extrañeza entre esos dos sistemas causales, conviene examinar con mayor detalle el diagnóstico y la terapéutica postulados por Sarmiento. Al desierto que es extensión, vacío y salvajismo, Sarmiento le opone habitantes, navegabilidad de los ríos, vías de comunicación. A la composición racial insatisfactoria, una inmigración europea que no sólo producirá riqueza sino que también “nos enseñará a trabajar” (como vimos, para Sarmiento la educación y las exigencias de una posición social pueden “sacar” a los españoles y a los mestizos de “su paso habitual”). De este modo, cuando entra a jugar el segundo sistema causal, los determinismos correspondientes al primer sistema se desdibujan: el determinismo

geográfico pasa a ser social, mientras que el determinismo racial se convierte en cultural, dejando ambos de ser fatales. El desierto, debidamente poblado y con la infraestructura apropiada, dejará de ser desierto. Corresponde recordar aquí que el medio geográfico de Sarmiento presenta, ya desde los primeros capítulos, una cara adicional, superpuesta a la anterior: no es solamente desierto salvaje, sino también suelo privilegiado, climas variables, ríos navegables por doquier, etc.¹⁹ Así vistas las cosas, los problemas terminan siendo, no el desierto y las razas, sino la cantidad de población, su comunicación, su educación, la formación de sus hábitos, en fin, algo próximo a aquello que la sociología contemporánea llama, durkheimianamente, “lazo social”. Pero claro, aun cuando esta interpretación consiga redondear las cosas sin forzarlas demasiado, no redime al texto de sus tensiones y desgarramientos; en rigor, Sarmiento no ha presentado las cosas exactamente de ese modo...

Líneas atrás mencioné la ley providencial del progreso, a la que Sarmiento alude firme a la vez que vagamente. Su mención remite a otro problema importante: el modo en que Sarmiento concibe el proceso histórico. Es cierto que, como vimos, evoca en el capítulo IV glorias pasadas de las ciudades capitales de provincia y que traza, en el VII, una apoteosis de Rivadavia y de su partido: hay entonces en el pasado algunos elementos recuperables. Pero ya señalamos su ambigua y bastante negativa valoración de España, de los españoles y, en general, del período colonial; vimos también que en algún pasaje llama la atención sobre los “progresos de la barbarie”. Todo esto autoriza a postular que no hay en Sarmiento elementos suficientes para pensar el período colonial y las décadas que siguen a la Revolución de Mayo como un período de avances graduales y sostenidos; no hay en él, por lo tanto, una concepción nítida de continuidad histórica ni una noción amplia y consecuente de progreso. Por otra parte, su terapéutica está claramente orientada a la abolición del pasado bárbaro: aunque ello pueda discutirse, sería difícil hallar en Sarmiento un esfuerzo nítido para recuperar constructivamente ese pasado. Aun cuando Rosas sea, en parte, en ciertos momentos y de un modo que no deja de resultar desconcertante, un “grande y poderoso instrumento de la Providencia”, que contribuye a su pesar a la unidad y al progreso del país, el *Nuevo Gobierno* que se anuncia en el capítulo final es pensado, en definitiva, como un nuevo y radical comienzo, cuyos vínculos con

¹⁹ De un modo tal vez inesperado, Sarmiento se resiste a aceptar la clásica asociación entre llanuras extensas y despotismo, preocupándose por subrayar que un territorio llano facilita el establecimiento de vías de comunicación (*Facundo...*: 26). Naturalmente, todo esto nos obliga a preguntarnos por el sentido y el alcance

el pasado son, como mínimo, tenues. En todo caso, es razonable suponer que una continuidad histórica y una articulación prolija entre pasado, presente y futuro recién podría tener lugar después de la caída de Rosas, como si entonces fuera a empezar un nuevo tiempo, que será, en lo esencial, otro.

Por otra parte, no parece necesario insistir sobre lo incompatibles que resultan la idea según la cual Facundo y Rosas son una encarnación fatal de la barbarie y la idea, expuesta sobre todo en el capítulo final, según la cual Rosas es un “estorbo execrable”, que con su sola presencia, por lo demás precaria, impide que el país ingrese en la senda del progreso y marche hacia su porvenir de grandeza (y ello aunque este Rosas-estorbo sea, a su pesar, instrumento de la Providencia). ¿Cómo pensar que algo necesario, forzoso y natural desaparezca como por arte de magia? Magia: frente a pasajes como los siguientes, ubicados en el corazón del capítulo final, no podemos dejar de preguntarnos dónde quedó el fatal determinismo de las páginas iniciales ni cómo debiéramos, finalmente, interpretarlo:

...y, en veinte años [*a partir de la caída del Tirano y del establecimiento del Nuevo Gobierno, A.K.*], sucederá lo que en Norteamérica ha sucedido en igual tiempo: que se han levantado, como por encanto, ciudades, provincias y Estados en los desiertos, en que poco antes pacían manadas de bisontes salvajes; porque la República Argentina se halla, hoy, en la situación del Senado romano, que, por un decreto, mandaba levantar de una vez, quinientas ciudades, y las ciudades se levantaban a su voz. (*Facundo...*: 238-239)

Creo haber demostrado que la revolución de la República Argentina está ya terminada y que sólo la existencia del execrable tirano que ella engendró, estorba que, hoy mismo, entre en una carrera no interrumpida de progresos que pudieran envidiarle, bien pronto, algunos pueblos americanos. (*Facundo...*: 243)

Recapitemos: Sarmiento termina arrancándole e imponiéndole promesas a un desierto que había conceptualizado como fatal. Desde esta perspectiva, el *Facundo* puede leerse como un extraño desplazamiento que va desde un diagnóstico fatal hasta un pronóstico que vislumbra un futuro tan deseable y esplendoroso como inminente. El diagnóstico determinista y fatal sufre una especie de despojo, y la obra, en términos lógicos, se quiebra. Si nos negásemos, frente al último capítulo, a poner entre paréntesis el diagnóstico inicial, es decir, si intentásemos salvar a toda costa la lógica del texto, nos quedaría un Sarmiento que bracea

del supuesto “determinismo geográfico” sarmientino. Habrá ocasión de volver sobre estas cuestiones en el

desesperadamente contra una corriente que él mismo ha generado, mientras postula, de un modo histórica y lógicamente imposible desde su propia lógica, la generación automática de una nueva y fabulosa realidad a partir de un gesto arbitrario y artificial, sobrepuesto a un pasado y a una realidad ajenos a él. Así, aunque Sarmiento traza en el *Facundo* una visión optimista del futuro de la Argentina, no logra articular sus componentes de un modo plenamente satisfactorio. Tras escudriñar el *Facundo* puede resultarnos claro que el país *está llamado* a un futuro-civilización esplendoroso, pero no sabemos muy bien por qué ese esplendor es deseable y, menos aún, por qué hemos de pensarlo como inminente. Como vimos, tales dudas están ligadas a tres conjuntos de dificultades detectables en la argumentación sarmientina: la presencia de inestabilidades que erosionan parcial pero significativamente la contraposición fundamental, una coexistencia problemática de dos sistemas causales que tiene como consecuencia que diagnóstico y terapéutica no encajen por completo, y una ausencia de conexiones satisfactorias entre pasado, presente y futuro. Debiera quedar claro que ninguno de estos señalamientos autoriza a poner en cuestión el formidable poder simbólico del *Facundo*, poder que acaso resida en la fuerza de sus imágenes, en lo sugestivo de sus contraposiciones y, también (¿por qué no?), en sus tensiones desgarradoras, en lo inacabado y dramático de sus resoluciones. Para complicar todavía más las cosas, unos treinta años después de publicado el *Facundo*, Sarmiento, ya anciano, formuló una serie de declaraciones ambivalentes sobre la marcha del país, en las cuales embistió contra el materialismo de los gobernantes y de los recién llegados inmigrantes.²⁰ También, y siguiendo las modas del momento, volvió a explorar, más decidido, los oscuros senderos del determinismo racial...²¹ Sin lugar a dudas, Sarmiento fue optimista, y con su imagen del futuro-civilización contribuyó de manera decisiva a darle forma a la *ilusión argentina*. No obstante, su optimismo presenta grietas y puntos de fuga, y está constantemente sujeto a oscilaciones sombrías. Algunas veces, se les puede restar importancia a esas oscilaciones, toda

capítulo V, consagrado al estudio de la obra de Ezequiel Martínez Estrada.

²⁰ En los años ochenta, Sarmiento comparaba la ciudad de La Plata –recién fundada– con Atenas (“si hubiera un altar para colocar el Partenón.”) al mismo tiempo que manifestaba su encono contra los inmigrantes (“¡Qué chasco nos hemos dado con la inmigración extranjera!”), contra Roca (“hace y hará todo lo que quiera, para eso tiene una república sin ciudadanos”), contra “el mundo financiero que nos domina”, etc. Véanse sus cartas a José Posse, citadas en Carlos Ibarguren (1999[1955]: 43-45).

²¹ En su obra *Conflicto y armonías de las razas en América* (inconclusa y de publicación póstuma). Sobre el pensamiento del último Sarmiento, véanse las consideraciones de Natalio Botana (1997: 430-436; 453-466, etc.) y de Tulio Halperín (1980b:22-24), entre otras cosas.

vez que constituyeron respuestas específicas a circunstancias bien determinadas. Pero otras veces no se puede dejar de reconocer en ellas las huellas de un conjunto de ambivalencias, grietas y tensiones que en buena medida ya estaban presentes en el mismo *Facundo*. Esta circunstancia permite comprender por qué esta obra y otras expresiones de su pensamiento han podido ser, más tarde, retomados y recreados desde planteamientos diversos, algunas veces mucho menos optimistas que el suyo.²²

Como sabemos, las *Bases...* fueron los cimientos sobre los que Alberdi edificó su proyecto de Constitución para la Confederación Argentina. En 1853, el Congreso reunido en Santa Fe sancionó una Constitución que seguía casi al pie de la letra las recomendaciones alberdianas; más allá de una serie de reformas, esa Constitución sigue vigente en el país. Pienso que puede resultar productivo tentar una aproximación a las *Bases...* considerando la relación entre dos racimos de nociones introducidos por el propio Alberdi y que funcionan como pilares de su argumentación. Un racimo se refiere a la “situación y circunstancias” de los países sudamericanos; el otro, a sus “necesidades e intereses”. Aproximada y respectivamente, se trata de las esferas del ser y del deber ser: ambas tienen relación con el presente, aunque podría pensarse a la primera como un presente-pasado y a la segunda como un futuro-presente. La relación entre estas esferas es, por lo menos, curiosa. Con respecto al ser, Alberdi señala que las naciones sudamericanas son pobres, despobladas, oscuras, subalternas, atrasadas. En relación con el deber ser, no parecen haber, para ellas, demasiadas alternativas: o se adecuan a la ley de expansión y dilatación del género humano, cuyo fin providencial es el perfeccionamiento indefinido de la especie, o quedan condenadas al embrutecimiento, a la pobreza e, incluso, a perecer. Como puede apreciarse, el dilema, a todo o nada, queda planteado en estos términos: entregarse “espontáneamente” al torrente de la civilización o ser fagocitado por él. La ley de progreso es fatal, avanza civilizando o conquistando, pero jamás se

²² Para una “historia de las lecturas” de la obra de Sarmiento véase Elías Palti (1997). Palti indica con acierto que la profusa exégesis del pensamiento sarmientino se ha constituido en “una suerte de campo de Agramante en donde cada época habría de dirimir sus propias controversias –irremediablemente extrañas a la obra que las había suscitado- y en torno del cual las diversas escuelas de pensamiento buscarían delimitarse claramente unas de otras.” El libro ya citado de Maristella Svampa historiza los usos de la contraposición civilización / barbarie.

detiene, y frente a ella no cabe titubear.²³ Considérese este fragmento, referido a la situación de México tras la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo:

Ya México ha querido probar la conquista violenta de que todos estamos amenazados para un porvenir más o menos remoto, y de que podemos sustraernos dando espontáneamente a la civilización el goce de este suelo, de cuya mayor parte la tenemos excluída por una injusticia que no podrá terminar bien. (*Bases...*: 2)

Unas páginas más adelante, refiriéndose a las disposiciones que en el México de aquellos años regulaban la manera de tratar a los extranjeros (a su juicio cerradas, intolerantes, contrarias, en fin, al progreso), sostiene Alberdi: “Ese sistema ha conducido a México a perder a Tejas y California, y lo llevará quizás a desaparecer como nación.” (*Bases...*: 18) Frente a este dilema, la tarea de Alberdi-legislador consiste en identificar las leyes que mejor se adecuen al “curso natural de las cosas”, es decir, a la marcha del progreso y la civilización. Tras un minucioso escrutinio, Alberdi concluye que ninguna de las constituciones sudamericanas (recordemos que, para él, como para otros pensadores de la época, Sudamérica incluye también a México) está en armonía con “los intereses de su progreso material e industrial, de que depende hoy todo su porvenir” (*Bases...*: 23). Más allá de ciertas diferencias, todas esas constituciones (chilena, peruana, colombiana, mexicana, uruguaya, paraguaya, boliviana, argentinas) son, en el mejor de los casos, adecuadas a las viejas necesidades de independencia y libertad, propias de los tiempos revolucionarios; son constituciones que expresan necesidades caducas y/o la situación y las circunstancias presentes de sus respectivos países, pero que en modo alguno armonizan con sus “necesidades actuales”, es decir, con su interés en el progreso económico; averiguamos así que en el Alberdi de las *Bases...* *las necesidades se definen desde adelante*. Para que las leyes sudamericanas armonicen con esas necesidades definidas desde adelante, es preciso que se consagren a atraer la inmigración europea, espontánea, pero preferentemente

²³ De esta manera caracteriza Natalio Botana (1997: 300) la tensión fundamental que, ya desde 1837, desgarrara al pensamiento de Alberdi: “Entre ambos márgenes [*una ciencia política que monta su explicación sobre la costumbre y una ciencia política racionalista*], Alberdi tropezó con un escollo que juzgó fatal: estaba convencido de que había que instalar el orden político sobre las costumbres y descubrió en ellas el germen de la esclavitud (...) Ya no bastaba con descubrir las costumbres porque ese rostro oculto –pura deformidad– reflejaba despotismo y anarquía en la Argentina. No: era preciso crearlas y construirlas como quien moldea una sociedad. Si Rivadavia fue un inventor de instituciones, Alberdi será un inventor de costumbres.” Clarifiquemos: “costumbre” equivaldrá a “situación y circunstancias” (ser); arquitectura racional a “necesidades” (deber ser, creación pura). Lo que me interesa poner de relieve es tanto la peculiar relación que

anglosajona y francesa, y a crear las condiciones para que los inmigrantes se establezcan sin mayores obstáculos, gozando de todos los derechos civiles y desarrollando su actividad económica sin trabas. En este aspecto decisivo, la Constitución de California y la realidad de ese nuevo estado les sirven a Alberdi de modelo a seguir y de contraste absoluto con lo que sucede en la América española. Otros aspectos del programa de Alberdi tienen que ver con instaurar adecuadas vías de comunicación (ferrocarriles, telégrafo, libre navegación fluvial, etc.), con otorgarle inmunidades, franquicias y privilegios al capital extranjero, con suscribir tratados y contraer empréstitos, etc. En relación con el problema de la forma de gobierno, Alberdi realiza dos puntualizaciones fundamentales. Por un lado, afirma que en Sudamérica no sería recomendable un retorno a la monarquía: aunque la república esté lejos de ser una “verdad de hecho” en estos países, lo que debe hacerse es acomodar la república “a nuestra edad”, recién en el futuro los países sudamericanos se podrán constituir como democracias reales. Para Alberdi, la solución al problema del gobierno consiste en “elevar nuestros pueblos a la altura de la forma de gobierno que nos ha impuesto la necesidad”, sólo así se podrá pasar de la “república posible” a la “república verdadera” (*Bases...*: parágrafo XII). Este punto en verdad es importante: en tanto promesa abierta, quedó resonando durante más de medio siglo en la cultura argentina. Por otra parte, y en relación con la vieja disputa entre unitarios y federales, Alberdi argumenta que en la historia argentina hay antecedentes que tienden tanto a la centralización como a la descentralización. Postula, por tanto, la necesidad de un sistema mixto, inspirado en los federalismos unitarios de Suiza, de Alemania y, fundamentalmente, de los Estados Unidos a partir de la Constitución promulgada por Washington en 1787 (*Bases...*: párrafos XVII a XXVIII). Tal vez convenga recordar, a este respecto, la sistemática prédica de Alberdi contra los políticos que sólo atendían los intereses de la provincia de Buenos Aires en desmedro de los de toda la nación. Se trata de un tópico sumamente conocido, que conviene retener en la medida que volveremos a encontrarlo, recreado, más adelante.

De manera que para Alberdi entre circunstancias y necesidades se interpone un abismo profundo y que la tarea específica del legislador sería la de tender un puente que sirva para cruzarlo, dejando atrás la situación y las circunstancias, y reconciliándose con las necesidades. Adecuarse a las necesidades significa borrar la situación y las circunstancias, invariablemente

se establece entre situación y necesidades como el desesperado binarismo del Alberdi de 1852; no hay términos medios: uno se sube a tiempo al tren del progreso o queda condenado al embrutecimiento y/o perece.

vacías y despreciables, y sustituirlas por otras. Alberdi es en buena medida consciente de las dificultades que enfrenta al sostener su posición, decididamente europeizante y, si se nos permite la expresión, nordomaniaca. Intentando evitar malinterpretaciones o críticas severas, en ciertos pasajes suaviza y matiza algunos de sus asertos. Así, se muestra comprensivo frente al General San Martín, quien, como sabemos, en 1844 había aplaudido “la resistencia de Rosas a reclamaciones accidentales de algunos Estados europeos”. Para Alberdi, San Martín, como Bolívar, tras haber representado “una necesidad real y grande de la América de aquel tiempo, desconocen hoy hasta cierto punto las nuevas exigencias de este continente. La gloria militar, que absorbió su vida, los preocupa todavía más que el progreso” (*Bases...*: 38). Otra vía que transita en procura de sortear ese tipo de dificultades consiste en afirmar que la América actual no olvida la libertad ni la independencia, sino que, más madura, y de espíritu más práctico y reflexivo, intenta que esos fines dejen de ser simples proclamas y se transformen en “verdades prácticas” (*Bases...*: 23). Escuchemos todavía otros pasajes, otras vías:

No temáis, pues, la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos, saldrá algún día brillante y nítida la nacionalidad sudamericana. El suelo prohija a los hombres, los arrastra, se los asimila y hace suyos. El emigrado es como el colono: deja la madre patria por la patria de adopción. (*Bases...*: 48)

No son las leyes las que necesitamos cambiar; son los hombres, las cosas. Necesitamos cambiar nuestras gentes incapaces de libertad por otras gentes hábiles para ella, sin abdicar el tipo de nuestra raza original, y mucho menos el señorío del país (...) ¿Por conquistadores más ilustrados que España, por ventura? Todo lo contrario; conquistando en vez de ser conquistados. La América del Sud posee un ejército a este fin, y es el encanto que sus hermosas y amables mujeres recibieron de su origen andaluz, mejorado por el cielo espléndido del Nuevo Mundo. Removed los impedimentos inmorales que hacen estéril el poder del bello sexo americano, y tendréis realizado el cambio de nuestra raza, sin la pérdida del idioma ni del tipo nacional primitivo. Este cambio gradual y profundo, esta alteración de raza debe ser obra de nuestras Constituciones de verdadera regeneración y progreso. (*Bases...*: 124-125)

Se le podrían formular a Alberdi interrogantes similares a los que planteamos para el caso de Sarmiento: ¿Sólo se conocen la situación y las circunstancias para comprobar su insalvable distancia con respecto a las necesidades?, ¿Cuál es el sentido de conocer lo propio si se lo va a hallar invariablemente vacío y despreciable, y si se lo va a negar de manera radical? ¿Queda algún vínculo entre eso propio negado y el propio futuro...? Asistimos, otra vez, a una

categoría homologación de lo inevitable y lo deseable. En este punto se hace necesario señalar que, en términos relativos, hay en el Alberdi de las *Bases...* menos tensiones y ambivalencias que en el Sarmiento del *Facundo*. El pensamiento alberdiano, más esquemático, plantea la disyuntiva fundamental bajo la forma de una encrucijada decisiva, en la que la apuesta es a todo o nada. Aun cuando en Sarmiento hay también bastante de eso, el *Facundo* no destila un binarismo tan rígido.²⁴ Más allá de esta diferencia, se aprecia con claridad que la concepción alberdiana del proceso histórico deja entrever desconexiones parecidas a las que registramos para el caso de Sarmiento. De nuevo, hay una dificultad notable para pensar un avance gradual y sostenido durante la época colonial; lo mismo, o casi, vale para las cuatro décadas de vida independiente que antecedieron a la caída de Rosas.²⁵ Nuevamente, la dificultad se vincula de manera estrecha con una disposición hacia España que es unas veces ambivalente y otras directamente hostil; como sucedía en Sarmiento, es claro que los españoles son preferibles a los indios, pero es claro, también, que los anglosajones son decididamente superiores a todos los demás. En cuanto al indígena, Alberdi afirma: “hoy mismo, bajo la independencia, el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad civil”. No mucho más positiva es su valoración de los mestizos y españoles:

Haced pasar el *roto*, el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción; en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja, consume, vive digna y confortablemente. (*Bases...*: 40)

Espanoles a la derecha o espanoles a la izquierda, siempre tendréis espanoles debilitados por la servidumbre colonial, no incapaces de heroísmo y de victorias, llegada la ocasión, pero sí de la paciencia viril, de la vigilancia inalterable del hombre de libertad (...) La libertad es una máquina, que como el vapor requiere para su manejo

²⁴ Al respecto, puede consultarse la comparación que traza Halperín (1980a: XXX-XLII) entre los proyectos sarmientino y alberdiano: Sarmiento, a diferencia de Alberdi, habría sido capaz de percibir caminos y estilos de desarrollo alternativos, de explorar más opciones, etc. Para Halperín, la concepción de Sarmiento supera en riqueza de contenidos y perspectivas a la de Alberdi, más simple, austera y rígida. Para matizar esto, recordemos una sentencia del propio Alberdi: “Es necesario dar formas exageradas a las verdades que se escapan a la vista de los ojos comunes.” (*Bases...*: 131)

²⁵ Considérese el siguiente pasaje: “No viene, pues, de 1820, como se ha dicho, el desquicio del gobierno central de la República Argentina, sino de los primeros pasos de la Revolución de Mayo, que destruyó el gobierno unitario colonial deponiendo al Virrey, y no acertó a reemplazarlo por otro gobierno patrio de carácter central.” (*Bases...*: 74). Sin embargo, Alberdi sostiene, recordándonos pasajes del *Facundo*, que Rosas ha contribuido a realizar la centralización del poder proclamada por Rivadavia y que su despotismo ha contribuido a arraigar el hábito de la obediencia: “cuarenta años de desgracia no se viven en vano, y si son de desgracia, más instructivos son todavía.” (*Bases...*: 113-114).

maquinistas ingleses de origen. Sin la cooperación de esa raza es imposible aclimatar la libertad y el progreso material en ninguna parte. (*Bases...*: 128-129)

El razonamiento que el Alberdi de las *Bases...* despliega con respecto a la historia de las relaciones entre América y Europa puede esquematizarse como sigue: los americanos somos europeos nacidos en América; todo lo que no es europeo, es bárbaro; el indígena no cuenta; la oposición entre ciudad y campo es falsa; la verdadera división es entre el hombre del litoral (que representa al siglo XIX) y el hombre mediterráneo (que es la Europa del siglo XVI); durante la época colonial, Europa, a través de España, nos dio idioma, religión, leyes, regímenes administrativos, ciencia, libros, trajes, costumbres, etc. Con la revolución cesó la acción española y comenzó la anglosajona y francesa: “hemos cambiado de maestros”. Como ya no interesan la independencia ni la gloria, sino el progreso material, no cabe ser anti-europeísta; hay que reconocer nuestro profundo vínculo con Europa, destruir la aversión a lo extranjero y volver a llamar a Europa, no a España, sino a otra Europa, “en socorro de nuestra cultura incompleta” (*Bases...*: parágrafo XIV). Pareciera, pues, que la ley del progreso en la que piensa Alberdi es una ley sólo parcialmente incluyente: no incluye a los indígenas, posiblemente tampoco a los asiáticos ni a los africanos, y habrá que ver si incluirá a los sudamericanos que no consigan abordar a tiempo el tren. Es, además, una ley que se manifiesta a través de temporalidades específicas; como España se ha quedado atrás (no sabemos si provisional o definitivamente), la América española también se ha visto demorada. El tren puede esperar a algunos rezagados, pero, a los ojos del Alberdi de 1852, no queda demasiado tiempo...

Que Alberdi tome distancia con respecto a la oposición campo/ciudad y que se desembarace de toda invocación al determinismo geográfico en que se había enredado Sarmiento, no significa que no destaque, como también lo había hecho aquel, los privilegios del suelo y del clima argentinos. En tal sentido, es muy importante destacar que Alberdi también piensa que la Argentina está autorizada a tener aspiraciones más ambiciosas que las de los demás pueblos americanos:

Si la Constitución que va a darse ha de ser del género de las dadas o ensayadas hasta aquí en la América del Sud, no valdrá la pena de trabajar mucho para conseguir su sanción (...) Pero lo que necesita la República Argentina no es ponerse a la altura de Chile, por ejemplo, no es entrar en el camino en que se hallan el Perú o Venezuela, porque la posición de esos países, a pesar de sus ventajas indisputables, no es término de ambición para un país que posee los medios de adelantamiento que la República

Argentina (...) Con una Constitución como la de Chile tendríamos, a lo menos, un estado de cosas semejantes al de Chile. Pero ¿qué vale un progreso semejante? El Plata está en aptitud de aspirar a otra cosa, que no por ser más grande es más difícil. (*Bases...*: 123-124)

La transcripción de un fragmento tomado de los *Estudios económicos*²⁶ puede contribuir a reforzar el sentido de esta última idea:

Sin duda que buenos gobiernos harían de ese país otro ejemplo de los Estados Unidos, pero los peores gobiernos del mundo no le impedirán ser el más rico de la América del Sud, sin excluir al Brasil. La demanda creciente que la Europa industrial tiene de las materias primas que produce el suelo argentino, tales como sus lanas, cueros, carnes, sebos, etc., etc., justifica esta esperanza (...) Fácil sería demostrar por una serie de comparaciones que el porvenir de la República Argentina, en punto a riqueza y progreso, cuenta con bases y garantías más fuertes, que no las tienen relativamente estos países: Perú, Méjico, Venezuela, Brasil, Turquía, etc., etc., también adolescentes de la misma crisis actual. (*Estudios económicos...*: 356-357)

Hemos visto que Alberdi coloca a la Argentina ante a una encrucijada que es a todo o nada; hemos visto que, para él, hay una sola manera de resolver con éxito el dilema: encarar una mutación radical que consiga trasplantar, de gajo, la planta de la civilización al suelo argentino. Hemos visto, también, que, frente a semejante desafío, Alberdi jamás deja de ser optimista con respecto al futuro del país; en buena parte, ello es posible porque para él progreso y necesidad son equivalentes, hay una correspondencia perfecta entre lo deseable y lo inminente. Es cierto que en sus páginas, como en las de Sarmiento, pueden encontrarse huellas de voluntarismo, el cual se articula de manera problemática con sus orientaciones deterministas. Por lo demás, el énfasis en el optimismo alberdiano no debe llevarnos a olvidar algo que ya sabemos, esto es, que durante su largo exilio posterior a la experiencia urquicista fue un crítico acérrimo de la política imperante en el país. Es cierto que en sus últimos años saludó la federalización de la ciudad de Buenos Aires, especialmente desde su obra *La república argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital*; es cierto, también, que muchos han tendido a considerar la política argentina posterior a 1880 como una realización de su

²⁶ Debe tenerse presente que los *Estudios...* fueron escritos varios años después que las *Bases...*: entonces, y más allá de la crisis económica que Alberdi intenta explicar, no era posible negar el crecimiento del país. También es cierto que los *Estudios...* contienen ácidas críticas a la política argentina de ese tiempo.

ideario;²⁷ sin embargo, tampoco hubo lugar para Alberdi en la Argentina de Roca: posiblemente decepcionado, partió nuevamente a Europa en 1881, donde murió tres años después. Teniendo presente el fabuloso progreso de los Estados Unidos, Sarmiento evocaba en el *Facundo* al Senado romano, que en un abrir y cerrar de ojos levantaba quinientas ciudades a la vez; en las *Bases...*, Alberdi, teniendo como horizonte la milagrosa fábula californiana, fantaseaba con “una Constitución que tenga el poder de las hadas, que construyan palacios en una noche.” (*Bases...*: 65)

2. Un torrente caudaloso, incontenible y ascendente

Sin duda, es en la obra historiográfica de Bartolomé Mitre donde la *ilusión argentina* late con más fuerza. Tanto en su *Historia de Belgrano y la independencia argentina* (1857/1887) como en su *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana* (1875/1887), Mitre consigue elaborar una visión coherente del pasado nacional, insertando a la Argentina y a Sudamérica en la gesta universal de los progresos de la libertad humana.²⁸ A diferencia de Sarmiento y de Alberdi, no escribe para derribar una *tiranía* ni para acercar el futuro a partir de un *nuevo marco legal*. En cambio, y en sintonía con la historiografía nacional-liberal de la Europa de su tiempo, traza una monumental retrospectiva, sobresaliente por su rigor documental y su calidad narrativa. El poder simbólico de la elaboración recuerda al de los relatos míticos: al ser rozados por su pluma, hasta los acontecimientos más insignificantes cobran pleno sentido y hallan su exacto sitio en un torrente que es siempre caudaloso, incontenible y ascendente. El relato mitriano no sólo es optimista, sino también celebratorio y, aún más, autocelebratorio.

¿Qué son, en definitiva, esas casi míticas *Historias...*? Antes que nada diré que Mitre escribió una historia político-militar de vastísimos alcances. Historia político-militar porque en el centro de su trama se ubican tanto las decisiones tomadas en la esfera de “la alta política”

²⁷ Considérense estas reflexiones de Juárez Celman: “¿Que mi administración es mercantilista? ¿Qué otra cosa corresponde hacer en las actuales circunstancias? A Alberdi, el teórico de nuestras positivas grandezas, se le despreció y vivió amargado en el destierro. Roca y yo realizamos la prédica inspirada en el autor de las *Bases...*” [En Carlos Ibarguren (1999[1955]: 83)] Juárez Celman fue presidente entre 1886 y 1890; tras la crisis de ese año debió renunciar por la presión de la “opinión pública” y del Congreso. Mucho más actual que la de Juárez Celman, la interpretación de Mayer (1980: 33) va en la misma dirección; en su opinión, el “extraordinario progreso que se inicia en 1880” es obra y legado de Urquiza, Roca y, sobre todo, Alberdi.

como las batallas en las que se decidió (o, como veremos, *se realizó*) la suerte (o, mejor, *el destino*) de la *idea revolucionaria*, es decir, del proceso emancipatorio argentino y, hasta cierto punto, sudamericano.²⁹ En ambas *Historias...*, el capítulo primero es una extensa introducción donde Mitre esboza sus tesis fundamentales, en un caso sobre la independencia argentina, en el otro sobre la emancipación sudamericana.³⁰ En los capítulos que siguen se enhebran secciones dedicadas a la política internacional³¹, a las decisiones tomadas por los sucesivos gobiernos centrales de las Provincias Unidas del Río de la Plata; a la suerte de los ejércitos que, en fronteras todavía imprecisas y aun más allá de ellas, intentaban defender y difundir la revolución; al estado interno de la nueva nación, sumamente conflictivo y varias veces signado por el fratricidio y la disolución, etc. El tratamiento que Mitre consagra a cada uno de estos niveles es por lo general proporcionado, aunque el equilibrio varía según el período de que se trate. Es cierto que se abordan en la historia de Mitre otros aspectos, pero el centro de la argumentación pasa de modo invariable por el plano de lo político-militar. Historia de vastísimos alcances porque Mitre se esfuerza por *abordarlo todo*. Con esto me refiero no tan sólo al hecho de que intenta analizar y articular los niveles de la política internacional y de la política interna; las batallas que se dan en diversos frentes; la situación política y militar de todas las provincias, etc., sino también al hecho de que procura hacerlo siempre en forma exhaustiva, y con un nivel de minuciosidad asombroso. Los ejemplos de esta minuciosidad podrían multiplicarse *ad libitum*; ellos nos permitirían apreciar, entre otras cosas, la enorme y heterogénea masa de fuentes con la que trabajó para elaborar su obra: testimonios de viajeros, datos estadísticos, archivos oficiales, diarios y memorias personales, correspondencia oficial y secreta, informes orales, colecciones de figurines militares, etc. Por momentos, el alcance de la omnisciencia de Mitre es prácticamente infinito.

²⁸ Halperín (1996: 43) señala: “La historia de la Nación Argentina, como historia de un pasado no concluso, abierto al presente y al porvenir, sólo pudo ser organizada gracias a Mitre, gracias a su robusta fe en el destino nacional”.

²⁹ El tomo III de la *Historia de San Martín* está casi enteramente dedicado a la gesta bolivariana.

³⁰ Recordemos aquí, con Palti (2000), que el capítulo que abre la *Historia de Belgrano...* fue escrito varios años después que las secciones internas de la obra; por ello no debe incurriarse en el error de considerar a éstas como ilustraciones inequívocas de las tesis vertidas en aquél.

³¹ Como se sabe, la situación internacional de esos años era, a la vez que sumamente variable, muy influyente en los destinos de los pueblos americanos recientemente sublevados contra España: cada cambio en las relaciones entre Inglaterra, España y Portugal; cada modificación en la suerte de Napoleón y su Imperio; cada batalla, cada invasión; cada alteración en la vida política interna de España, etc., afectaban de manera directa la orientación de las políticas seguidas por los gobiernos americanos que, en parte por ello, se mostraron muchas veces desconcertados, vacilantes y contradictorios.

¿Qué concepción del proceso histórico subyace a las *Historias...*? Cabe señalar, en principio, que ellas constituyen un territorio textual asaz privilegiado para apreciar el modo en que se resuelve, sin llegar jamás a resolverse por completo, la clásica tensión entre la marcha necesaria de las fuerzas históricas y el papel que juegan los individuos, incluidos los héroes, en ese devenir. Desde sus mismos títulos, sus dos obras mayores remiten a esa tensión: son biografías de héroes a la vez que historias de una época; hay héroes, pero hay ante todo procesos históricos que los rebasan. Mitre encara la tensión referida asignándole un peso considerablemente mayor al polo correspondiente a la necesidad y la determinación, sin llegar a eliminar completamente a los individuos del cuadro.³² Esto significa que el héroe no hace “lo que quiere” en y con la historia; su papel es más bien el de ser *vehículo* o *promotor* de las fuerzas históricas, por ejemplo, de la *idea de independencia*. Pero, para Mitre, hay individuos que son mejores promotores de las fuerzas históricas que otros: el grado en que se adecuan a ese papel es lo que determina tanto su medida de heroísmo como el *juicio* que el historiador formula sobre ellos. Así, Mitre condena de manera absoluta (por ejemplo, a Artigas y a los demás “caudillos semibárbaros”); condena de manera relativa (a Liniers y a Saavedra); absuelve (a Pueyrredón, a Güemes y, en cierto modo, también a Rivadavia); o glorifica (a Moreno, a Belgrano, a San Martín). Documentos en mano, Mitre-historiador representa ni más ni menos que al *juicio de la posteridad*... Naturalmente, los veredictos arraigan en su filosofía de la historia, que es indisoluble del tema del origen, el desarrollo, la madurez, el dramático recorrido y el triunfo final y necesario de la *idea revolucionaria*. Lo que me interesa destacar es que, desde el punto de vista de Mitre –al menos del Mitre posterior a 1876-, todo el proceso de emancipación (el desarrollo de la idea) fue *necesario*, esto es, estaba inscripto en la naturaleza de las cosas; fue, además, un proceso que perfectamente podría caracterizarse como una *marcha ascendente*, como un *progreso continuo* hacia la democracia y la libertad.³³ Examinemos las cosas

³² Palti (2000) ha propuesto historizar los énfasis.

³³ Con respecto al punto de vista de Mitre sobre el carácter necesario de los procesos históricos y sobre la relación entre hechos e ideas, véanse: *Historia de San Martín...*, Tomo I: 33; 35-36; *Historia de Belgrano...*, Tomo I: 277-279, etc. De esos pasajes pareciera desprenderse la siguiente matriz explicativa: en la historia no hay azar, sino leyes regulares; hay, por una parte, hechos morales- latentes y, por otra, hechos visibles-tangibles; si no hemos comprendido mal a Mitre, en el *explanans* debieran colocarse los primeros (es decir, las ideas): los cambios en las cosas se explican por cambios en las ideas, las cuales reaccionan sobre aquéllas; sin embargo, esta prioridad causal no supone una prioridad cronológica: se trataría más bien de un proceso simultáneo en el cual *la esencia de las cosas* y *la conciencia de los hombres* se transforman paralelamente; la idea puede estar durante mucho tiempo en estado larval, pero hay un momento en que abandona ese carácter potencial para actualizarse; ese pasaje crucial parece tener que ver no tanto con su materialización en cosas

más de cerca: por un lado, no se puede dudar de que el triunfo final de la idea revolucionaria está asegurado desde el principio; por otro, en el camino se van presentando constantes obstáculos y amenazas al desarrollo de esa idea (unas veces, ella permanece latente; otras se desboca para después reencontrarse consigo misma, etc.). Es cierto que el peso de la necesidad es, en el balance final, mayor: como sucede en innumerables relatos (mitos, narraciones orales, tramas literarias), sólo los personajes del drama pueden estar desorientados, dudar de su victoria y hasta del sentido de lo que hacen; al autor y al lector, cómplices en sus certezas sobre el desenlace necesario, les queda un escaso margen para la duda; su interés está más bien puesto en informar e informarse acerca de *cómo* fueron sucediendo las cosas hasta arribar a ese desenlace feliz ya conocido de antemano. El proceso tiene, así, un carácter doble: es *necesario* a la vez que *tortuoso*. Hay entonces en Mitre un énfasis en el polo de la necesidad histórica por sobre el correspondiente a los héroes y al pueblo, sin que ello conduzca a la desaparición completa de estos últimos: su papel resulta fundamental justamente en esos omnipresentes poros a los que da lugar la extrema tortuosidad del proceso: en reiteradas oportunidades, los héroes y el pueblo “salvan” el desarrollo de la idea, ellos hacen que ocurra lo que de todas maneras debía ocurrir.³⁴ Es posible sostener que en el aprovechamiento magistral de esta tensión reside parte importante de la sagacidad de Mitre como escritor, historiador y productor de ideología, así como también parte de la enorme potencia simbólica de su obra, potencia que, como se advierte, es de una índole diversa a la que segregaban las obras de Sarmiento y Alberdi

(materialización que, como se dijo, sería simultánea al desarrollo de la idea), sino más bien con su difusión, primero entre minorías ilustradas y luego en la masa del pueblo. Este último punto no queda sin embargo completamente claro, puesto que unas veces pareciera que la masa del pueblo adquiere verdadera conciencia de la “idea” mientras que otras pareciera que sólo llega a encarnarla a un nivel instintivo, quedando reservado a las minorías rectoras y a los héroes el *vehicularla* y *promoverla* de manera *consciente*. Por lo demás, Mitre recurre con frecuencia a analogías mecanicistas y organicistas para reforzar la idea de que el proceso histórico que narra es un *proceso de carácter necesario*. ¿Será exagerado sostener que hay en Mitre una fuerte noción de causalidad de impronta idealista...?

³⁴ Uno de los momentos donde el carácter dramático del proceso se revela con la mayor claridad tiene que ver con el período previo a la descomposición del poder central de las Provincias Unidas en el año XX. Casi milagrosamente, los tiempos coincidieron para que la revolución, agotada por su esfuerzo y su prodigalidad, se disolviera (temporalmente) en la anarquía y el bandolerismo internos *justo* cuando las garantías de su existencia quedaban definitivamente selladas en el plano externo. La anarquía amenazaba, pero autor y lector saben que el principio de conservación del organismo y la tendencia a la homeostasis acabarían por imponerse. Véanse al respecto: *Historia de Belgrano...*, Tomo IV: 50, e *Historia de San Martín...*: esp. el cap. XXIII, titulado “La desobediencia de San Martín”; en este último, Mitre evoca el momento en que San Martín toma la resolución de no intervenir en la guerra civil de las Provincias Unidas, privilegiando la expedición libertadora al Perú.

a partir de sus contraposiciones y binarismos más o menos matizados, relativamente huecos de espesor y conciencia históricos.

Pasemos ahora a la cuestión que más nos interesa: ¿de qué manera las *Historias...* de Mitre contribuyen a consolidar y enriquecer la *ilusión argentina*? Básicamente, lo hacen a través de tres vías fundamentales, interrelacionadas entre sí. Primero, insertando la historia de Sudamérica en un lugar clave de la *historia universal* (es decir, de la historia de Europa Occidental y América del Norte), entendida ésta como marcha ascendente hacia la libertad. Segundo, proponiendo una fuerte noción de *continuidad histórica* a partir de la cual resulta posible pensar un avance gradual y sostenido desde el siglo XVI hasta la propia época de Mitre y, lo que no es menos importante, abierto hacia el futuro. Tercero, afirmando vigorosamente la idea de la *excepcionalidad argentina* en el contexto latinoamericano. Consideremos con algún detalle esta ambiciosa operación.

Como Jefferson, Mitre pensaba que América debía ser la *morada de la libertad*: todo el continente tenía reservado un destino de grandeza. En la “Introducción” a su *Historia de San Martín...*, destaca una y otra vez que la emancipación de las colonias españolas, el fenómeno más importante del siglo XIX, dio lugar al *advenimiento de un mundo republicano sin precedentes*. En su opinión, era esta la tercera vez que América reaccionaba sobre el Viejo Mundo, salvando la libertad humana. En la primera, el Descubrimiento había renovado la civilización cristiana y redimido la libertad al devolverle el equilibrio económico a una civilización europea invadida por el despotismo oriental; además, esa civilización europea decadente se rejuveneció al trasplantarse al suelo de América, dando como resultado una democracia de hecho y una sociedad hija del trabajo. En la segunda, la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica despertó la conciencia aletargada del Viejo Mundo al proclamar unos derechos humanos innatos y universales. Por fin, unas décadas después, la emancipación de las colonias españolas de América del Sur volvió a salvar la causa de la libertad, entonces amenazada, en la Europa de la Restauración, por las huestes del absolutismo. En 1820 la causa de la independencia en América del Sur era “la última esperanza de la libertad humana, alentada por el ejemplo y la influencia poderosa de los Estados Unidos” (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 49). Resulta imprescindible detenerse un momento en la comparación que realiza Mitre entre las colonizaciones española e inglesa. Como se sabe, este tipo de paralelismo fue todo un lugar común en su época, y siguió siéndolo posteriormente. Lo que llama la atención en Mitre es el

tono relativamente matizado de la contraposición que traza entre las historias coloniales de Norte y Sudamérica así como el carácter mesurado y hasta comprensivo de sus críticas a España. La afirmación según la cual el trasplante de la civilización europea en América dio lugar a una democracia de hecho y a una sociedad hija del trabajo vale *para toda América*, no sólo para América del Norte. Si bien Mitre admite que España y Portugal transportaron a sus colonias el absolutismo feudal, enseguida advierte que no lo hicieron de manera plena. Los conquistadores, aventureros, espontáneos e inspirados, habrían legado a sus descendientes los gérmenes de un espíritu individualista y democrático; además, en la Sudamérica colonial los cabildos, desde el principio, representaban nominalmente al pueblo. El siguiente pasaje condensa estas últimas consideraciones:

Los colonos españoles no importaron a la América del Sur sentimientos morales de igualdad y justicia ni reglas de gobierno como los del Norte, pero trajeron ciertos gérmenes de individualismo y una tendencia rebelde, que con el tiempo debía convertirse en anhelo de independencia y de igualdad. Los indígenas conquistados, toda vez que se sublevaban contra los conquistadores, no tenían otro tipo sino el de la monarquía precolombina, cuyas formas estaban cristalizadas por atavismo. Los criollos, por un fenómeno fisicomoral de selección, *nacieron republicanos*, y por evoluciones sucesivas cuya marcha puede seguirse *con más seguridad* que la de la variación de las especies a través del tiempo, su ideal y su necesidad innata llegó a ser la república... (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 51, mis cursivas)

Mitre llega a afirmar, incluso, que la revolución del sur fue *moralmente superior* a la del norte, toda vez que se originó, no en una cuestión particular vinculada a asuntos impositivos, sino en una cuestión general de principios fundamentales que era, para las colonias, asunto de vida o muerte. Es cierto que, para Mitre,

Esta sociabilidad rudimental con instintos de independencia y gérmenes nativos de democracia, *entrañaba (...) todos los vicios* esenciales y de conformación de la materia originaria y del grosero molde colonial en que se había vaciado, a la par de los que provenían de su estado embrionario, de su propia naturaleza y de su medio. Los desiertos, el aislamiento, la despoblación, la carencia de cohesión moral, la bastardía de las razas, la corrupción de las costumbres de la masa general, la ausencia de todo ideal, la falta de actividad política e industrial, la profunda ignorancia del pueblo, eran causas y efectos que, produciendo una semibarbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían a viciar el organismo en la temprana edad en que el desarrollo se iniciaba y cuando el cuerpo asumía las formas externas que debía conservar. *Sin embargo*, de este embrión debía brotar un nuevo mundo republicano con su constitución genial,

producto de los gérmenes nativos que encerraba en su seno. (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 20-21, mis cursivas)³⁵

Lo que sigue al *sin embargo* con el que se inicia la oración final de este último fragmento es nada más y nada menos lo que distingue a Mitre de casi todo el pensamiento liberal-positivista de la América Latina decimonónica, pensamiento en general reacio a rescatar algo del pasado colonial y de la herencia española. A diferencia de lo que sucedía con Sarmiento y con Alberdi, en Mitre es posible pensar una continuidad que iría desde la llegada de los españoles hasta su propia época: de este modo, el progreso y la civilización dejan de implicar una ruptura total con el pasado. Al mismo tiempo, lo que antecede al *sin embargo* en el pasaje transcrito constituye ciertamente uno de los intersticios más sombríos de la obra de Mitre; en esas líneas se recupera el clásico repertorio de vicios, carencias y defectos sudamericanos. El único aspecto “oscuro” que no aparece con nitidez allí y que Mitre explicita en algunos otros lugares es el que se refiere a la inmadurez política con la que las colonias hispanoamericanas encararon sus primeros años de vida independiente. Desde el punto de vista de Mitre, esa inmadurez se liga estrechamente al hecho de que el pasaje de la esclavitud a la libertad se produjo en estos países sin que mediara un período de transición. Todo ello derivó en continuas improvisaciones y en un largo y doloroso período durante el cual se osciló entre el despotismo y la anarquía:

Esto ha dado motivo para que se establezca como un axioma de política experimental que la América del Sur es *incapaz de gobernarse*, y que su revolución ha sido un naufragio de las instituciones republicanas. *Hay en esto algo de verdad; pero la conclusión que se formula en consecuencia es injusta*, y nada está perdido mientras la institución republicana, que es la grande obra de la revolución, no desaparezca. (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 57, mis cursivas)

Más allá de esto, y retomando lo anterior, debe quedar claro que no se trata de negar la diferencia que Mitre efectivamente traza entre las colonizaciones de Norte y Sudamérica. A diferencia de América del Sur,

...América del Norte fue colonizada por una nación que tenía nociones prácticas de libertad y por una raza viril mejor preparada para el gobierno de lo propio, impregnada

³⁵ Un párrafo casi idéntico se encuentra en la *Historia de Belgrano...*, Tomo I: 63.

de un fuerte espíritu moral, que le dio su temple y su carácter. (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 21)

De lo que se trata, en cambio, es de poner de relieve que en su pensamiento esa diferencia no es tanto de esencia como de grado. Con respecto a la economía colonial, Mitre señala que la política inglesa para con sus colonias fue tan monopólica, bárbara y restrictiva como la española. Pero en el caso norteamericano los errores teóricos fueron subsanados por la implementación de una serie de correctivos prácticos. En el siguiente pasaje puede apreciarse con claridad la posición mesurada y comprensiva que Mitre adopta hacia España:

Los que de estos hechos [la economía colonial monopólica, A.K.] han sacado argumento para acriminar a la España, atribuyéndole entrañas de madre despiadada para con sus colonias, no han sido equitativos. A un absurdo sistemático, que refluía principalmente en daño propio, no puede negarse la inconsciente buena fe. (*Historia de Belgrano...*, Tomo I: 35)

Cabe señalar que la pluma de Mitre se vuelve severa e implacable cuando se refiere a las misiones jesuíticas del Paraguay, hacia ellas no muestra medida ni comprensión. A sus ojos, las misiones –imperio teocrático– fueron un elemento de descomposición que tuvo por efecto detener el impulso de la colonización del Paraguay. Debido a la presencia jesuita, casi todo ese país (contra el cual, no lo olvidemos, Mitre había encabezado una cruenta y hartamente objetada cruzada) se vio ocupado por una civilización comunista, monástica y artificial que albergaba todos los vicios de la barbarie sumados a los del gobierno eclesiástico y que tendió a impedir a los indígenas el contacto con los europeos.

En fin, para Mitre toda América es la morada de la libertad y es un lugar de futuro. Sin embargo, esa tendencia americanista no ocupa todo el tiempo el centro de su pensamiento. Primero, porque, como vimos, sostener que las diferencias entre el Norte y el Sur son más de grado que de esencia no lo lleva a borrar esas diferencias; a sus ojos, el Norte posee ventajas sobre el Sur y sigue siendo, hasta cierto punto, preferible a éste. Segundo, y esto es fundamental, porque en el Sur hay un lugar excepcional que se parece más al Norte que al resto del Sur. Ese lugar es, por supuesto, el Río de la Plata. Prefigurado ya, como vimos, en Sarmiento y Alberdi, el tópico de la *excepcionalidad argentina* –componente central de la *ilusión*– ha sido muy frecuentado entre los intelectuales argentinos (y a veces latinoamericanos) de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Al inventariar y articular el conjunto de

factores que a sus ojos explicaban tal excepcionalidad, Mitre realizó un aporte significativo al desarrollo de ese tópico. Para comprender esto de manera adecuada, resultará útil examinar con atención las páginas que abren la *Historia de Belgrano*. Mitre bosqueja allí una historia de la época colonial en el Río del Plata, que está orientada a un doble propósito: por un lado, y como se vio, a trazar los antecedentes remotos de la idea de independencia para reforzar la noción de que el proceso de emancipación fue *necesario*; por otro, a dejar bien establecido que el Río de la Plata posee un conjunto de características especiales que lo distinguen del resto de las regiones colonizadas por España y Portugal, y que lo vuelven apto para la democracia, la libertad y la prosperidad económica. La operación consiste en destacar aquellos rasgos que separan a la Argentina del resto de Hispanoamérica y que la aproximan al modelo ideal de democracia y libertad de aquellos años, es decir, a los Estados Unidos de Norteamérica. La primera diferencia sustancial entre la colonización del Río de la Plata y la del resto de las colonias españolas es que en el Río de la Plata no había grandes poblaciones indígenas sedentarias ni metales preciosos. Dice Mitre:

La colonización del Río de la Plata tuvo, pues, de *especial* ser la *única* en la América del Sur que no debió su establecimiento, su formación y su desarrollo gradual, al aliciente de los metales preciosos, aun cuando éste fuera el incentivo que la atraía. *Bautizada con un nombre engañoso, que sólo el porvenir debía justificar*, defraudada en sus esperanzas (...) Así nació y creció la colonización argentina en medio del hambre y la miseria, pidiendo a la madre tierra su sustento, y se fortaleció en medio de dolorosos sufrimientos, ofreciendo en Sudamérica el único ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo reproductor (...) Los indígenas sometidos se amoldaban a la vida civil de los conquistadores (...) se asimilaban a ellos (...) y los hijos de este consorcio formaban una nueva raza en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, *bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen* (...) Lo contrario sucedía en la colonización peruana, en que la raza indígena prevalecía por el cruzamiento y por el número, sin asimilarse a los conquistadores. (*Historia de Belgrano...*, Tomo I: 17-19, mis cursivas)

Como puede apreciarse, se trata de un pasaje de alto simbolismo. En él coexisten al menos tres explicaciones de la excepcionalidad argentina: la primera se refiere a la centralidad del trabajo reproductor en la conformación de un determinado tipo de sociabilidad; la segunda remite al tipo de relación que se estableció entre los colonizadores y los indígenas, más igualitaria y humana que en las demás zonas; la tercera se liga, en fin, con destacar que el mestizaje en el Río de la Plata resultó “favorable”, en la medida en que prevalecieron los

atributos de la raza europea. En el párrafo transcrito pueden apreciarse con claridad tanto la ilusión de un porvenir dorado para el país (“un nombre engañoso, que sólo el porvenir debía justificar”) como un punto sombrío vinculado, otra vez, con la cuestión del mestizaje: inevitablemente, la “raza nueva” llevaría “en su seno los malos gérmenes de su doble origen”: el mestizaje, por “favorable” que sea, supone bastardización. Ha quedado claro que, para Mitre, el carácter supuestamente aventurero, espontáneo e inspirado de los conquistadores iberos habría legado a sus descendientes un espíritu individualista y democrático: esto vale para todas las colonias españolas y portuguesas; sin embargo, también en este punto la colonización del Río de la Plata presenta, a sus ojos, rasgos excepcionales y superiores. Recreando impresiones vertidas por cronistas y viajeros, señala:

Los primitivos pobladores del Río de la Plata, sin ser menos ávidos ni menos toscos por lo general que los hombres de su época y la masa del país a que pertenecían, fueron más bien que aventureros, *verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España*, que en razón de su clase y procedencia, y dadas las condiciones especiales en que se encontraron, debían influir en su organización coetánea y en los destinos futuros de la colonia. Procedentes en su mayor parte de las provincias de Vizcaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, altiva y varonil la una, imaginativa y elástica la otra. Nacidos y criados una gran parte de ellos en comarcas laboriosas, en puertos de mar como Cádiz, Sevilla y San Lúcar, en ciudades como Madrid, Toledo, Valladolid, Córdoba, Zaragoza y Salamanca, traían en su mente otras nociones prácticas y otras luces, que faltaban a los habitantes de los valles y aldeas de Extremadura, de Galicia o de Castilla la Vieja, que dieron su contingente a la colonización del Perú, en la que su más grande caudillo no sabía ni escribir su nombre. (*Historia de Belgrano...*, Tomo I: 22, mis cursivas)

Entonces, quienes llegaron al Río de la Plata no fueron unos españoles cualesquiera, sino los mejores de toda la España. En su nuevo hogar, esos españoles selectos se vieron obligados a trabajar la tierra para subsistir en un ambiente proto-democrático genial, aunque rudimentario y hasta selvático. No se trataba de conquistadores ni de aventureros, sino de verdaderos inmigrantes cuyos rasgos fundamentales no dejan de evocar, por cierto, al estereotipo tradicionalmente asociado a los colonos norteamericanos: hombres laboriosos, lúcidos, prácticos, emprendedores, etc. Cabe suponer que fueron esos atributos los que tuvieron ocasión de expresarse durante la larga lucha que los colonos del Río de la Plata llevaron adelante contra el “funesto, arbitrario y antinatural” monopolio comercial que la metrópoli adoptó en relación con sus colonias. El “legítimo espíritu de resistencia” de los

colonos se manifestó doblemente: a través de reclamos constantes para obtener permisos y excepciones y del contrabando, que afluía de manera necesaria para corregir “tamaños errores y tantas injusticias, reivindicando el legítimo derecho de vivir” (*Historia de Belgrano...*, Tomo I: 44). De manera que, antes que contrabandistas, los viejos colonos del Río de la Plata fueron librecambistas por anticipado. Mitre afirma que durante el siglo XVIII el sistema del monopolio comenzó a descomponerse mientras que el espíritu de resistencia se vigorizaba; cuando la España borbónica quiso reaccionar, ya era demasiado tarde: la independencia era prácticamente un hecho; sólo había que aguardar que se presentara una oportunidad propicia. A través de ese largo proceso se fue conformando un núcleo de intereses económicos legítimos que “condesaba los elementos que debían componer en lo futuro la nacionalidad argentina, consolidando por lo pronto un mercado...” (*Historia de Belgrano...*, Tomo I: 55). Las reformas borbónicas incrementaron la importancia del mercado de Buenos Aires, que pasó a convertirse en un verdadero emporio, “categoría a que le daban derecho su situación geográfica y los intereses continentales que con él se ligaban” (*Historia de Belgrano...*, Tomo I: 56). Para Mitre, fue recién después de la paz de Versalles (1783) cuando comenzó el apogeo comercial del Río de la Plata, zona geográfica privilegiada, hasta entonces ignorada por España. Aquí aparece otro de los elementos centrales con los que Mitre contribuye a consolidar la *ilusión argentina*: la región del Río de la Plata como lugar geográficamente privilegiado, no sólo por la ubicación, sino también por su clima templado y por su tierra abundante y fértil, apta para la ganadería y la agricultura. En este punto convergen Sarmiento, Alberdi, Mitre y todos los pensadores de la época. En los pasajes transcritos y comentados también se visualiza con claridad cuál es, en definitiva, el actor central de todo el proceso, en palabras de Halperín (1996), el “núcleo robusto de una nación futura”: la incipiente burguesía rioplatense, compuesta por estancieros, mercaderes y agricultores.

Hay todavía otro elemento en la obra de Mitre que contribuye a reforzar de manera significativamente el tópico de la *ilusión argentina*. Se trata del énfasis en el papel que desempeñaron las armas argentinas en el proceso que llevó a la emancipación sudamericana, visto como antecedente glorioso y triunfal. El cruce de la cordillera de Los Andes, la liberación de Chile, la posterior expedición al Perú y el encuentro de San Martín con Bolívar en la línea del Ecuador fueron los jalones más destacados del itinerario seguido por la revolución argentina en su proceso de americanización. En el Ecuador de los primeros años de la década

del XX se encontraron las dos fuerzas emancipadoras –la argentina y la colombiana. Para Mitre, ambas tenían en común el buscar la independencia del continente; representaban, sin embargo, dos principios hegemónicos distintos. En este punto es inevitable recordar la comparación que traza Mitre entre las dos fuerzas emancipadoras referidas. Si Bolívar coronó la obra tras la abdicación de San Martín, el triunfo póstumo le correspondió a la hegemonía representada por San Martín:

Mientras se disipa el sueño delirante de la ambición de Bolívar, al pretender fundar un imperio de repúblicas independientes, con una constitución monocrática bajo los auspicios militares de la hegemonía colombiana, y su fundador cae repudiado políticamente por ellas, aunque glorificado más tarde como libertador, prevalece el plan de la hegemonía argentina, de que San Martín fue el heraldo, como fundador de repúblicas independientes, según sus tendencias espontáneas. (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 13)³⁶

Ninguna de las dos *Historias...* llega a cubrir la época de Rosas. Pero, como señalé en una nota al pie del “Comentario Preliminar”, podemos conocer la opinión de Mitre sobre ese período examinando una serie de artículos que publicó, durante los años cincuenta, en el diario *Los Debates*, y de los que Tulio Halperín (1980a: 160-189) ha ofrecido una valiosa selección. Como vimos, esas contribuciones destilaban ya una fuerte idea de continuidad ascendente; en alguna de ellas la época de Rosas es vista no en términos de retroceso ni de paréntesis, sino, modificando por completo el ángulo de mira, como aquella fase en que tuvo ocasión de desplegarse “la resistencia popular a la Tiranía”. Señalemos, aunque más no sea de paso, que Mitre también debe decir algo sobre aquel entusiasta San Martín que decidió legar su sable al Rosas “el tirano”, premiándolo por su firmeza para sostener “el honor de la República”. Para Mitre, San Martín, guiado por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, la pasión de su vida (*Historia de San Martín...*, Tomo III: 405).

Llegados a este punto, estamos en condiciones de apreciar más integralmente la envergadura y la significación de la operación simbólica de Mitre: primero, al aproximar la historia de América del Sur a la de América del Norte, insertándola en la “historia universal”, consigue rescatarla del destino irremisiblemente oscuro al que se la solía condenar. Segundo, al

³⁶ También puede verse el “Epílogo” de la *Historia de San Martín...*

concebir la “historia universal” como la marcha ascendente de la libertad, queda en condiciones de postular una fuerte idea de continuidad histórica. Finalmente, apelando a “antecedentes históricos” prolijamente enumerados y articulados, desgaja la realidad argentina del resto de la América del Sur y la acerca a la de la América del Norte, contribuyendo así a reforzar y enriquecer la idea de un destino de grandeza para el país. Con respecto a los intersticios sombríos que por momentos ensombrecen su optimismo exuberante, debe decirse que, en lo esencial, remiten una y otra vez a las mismas cuestiones: la despoblación, el aislamiento y el mestizaje. A este último, en particular, se lo sigue concibiendo como algo negativo, que inevitablemente conlleva la bastardización, la corrupción moral, la ignorancia, la inmadurez política... No resulta sencillo determinar el significado de estos intersticios en la obra mitriana: ¿Se trata tan sólo de remansos retóricos, intercalados con el objeto de enriquecer un relato que de otro modo podría aparecer como demasiado unilateral?, ¿Están puestos allí para recordarle al lector el carácter tortuoso y dramático de un proceso ya superado?, ¿O, por el contrario, son dudas e inquietudes verdaderas, que se deslizan por las grietas de una fe que entonces no sería tan “robusta” como tendemos a pensar...? El lector habrá notado que, en todo esto, Mitre reelabora materiales ya trabajados por Sarmiento y Alberdi, pero enfatizándolos y articulándolos de manera diferente. En el nivel de análisis en el que nos venimos moviendo, los tres autores parecen acudir a un mismo registro temático y axiológico: la centralidad de la idea de progreso, la comparación entre las experiencias de América del Norte y del Sur, la postulación de los Estados Unidos como modelo a seguir, el énfasis en el papel de la ley y de las instituciones, la tributación a ideas derivadas de los determinismos raciales y geográficos (ubicación, suelo y clima privilegiados), etc. Tal vez sea interesante notar que, por los años en los que iba dando forma definitiva a sus obras mayores, Mitre piensa que el panorama regional y nacional es sumamente alentador: superado el período de los desgarramientos, la América del Sur toda está aun “en la república posible, en marcha hacia la república verdadera” (*Historia de San Martín...*, Tomo I: 59). Con respecto a la Argentina, son por demás elocuentes las palabras con las que describe la inauguración de una estatua ecuestre de Belgrano en el año de 1873. En las últimas páginas de su *Historia de Belgrano...* Mitre, que en su carácter de ex-presidente había sido uno de sus principales oradores del acto, nos asegura que, durante el homenaje, Belgrano resultó aclamado por una Argentina “independiente, libre,

unida y constituida”. Desde el punto de vista de uno de sus principales arquitectos intelectuales, la *ilusión argentina* parecía entonces estar realizándose...

3. Presente esplendoroso con obstáculos

En esta sección me propongo comentar aspectos del pensamiento de algunas figuras características del fin-de-siglo: José María Ramos Mejía, Agustín Álvarez, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros.³⁷ Así será posible apreciar los derroteros seguidos por la ilusión argentina desde los últimos años del siglo XIX hasta entrada la década del diez. En concreto veremos cómo, sin sufrir mutaciones sustantivas y enriquecidos con aportes de las nuevas modas intelectuales, los elementos que habían puesto sobre la mesa Sarmiento, Alberdi y Mitre se actualizan en un contexto distinto, recreándose en nuevos énfasis y articulaciones, cristalizándose en cierta manera.

En 1899 José María Ramos Mejía publicó *Las multitudes argentinas*. Escrito bajo la palpable influencia de Gustave Le Bon (autor de *Psicología de las multitudes*), Gabriel Tarde y otros físicos, químicos y biólogos europeos de la época, el libro fue presentado por el propio autor como la introducción de una obra mayor, titulada *Rosas y su tiempo* (1907). Miembro de una distinguida familia propietaria y graduado de médico en 1879, Ramos Mejía escribió *Las multitudes...* porque suponía que para comprender a la *tiranía* de Rosas era preciso estudiar las muchedumbres de donde había salido y que, para conocer a esas multitudes, era necesario estudiarlas en su desenvolvimiento a través de la historia. En *Las multitudes...*, Ramos no acude a documentos de primera mano, sino que se basa en fuentes secundarias consagradas; especialmente, la *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López y, en menor medida, la *Historia de Belgrano...*, de Bartolomé Mitre; acude también a la *Historia de la Inquisición en Lima*, de Medina. Sobre esas obras hace funcionar su aparato interpretativo, pletórico de términos y analogías tomados de la física, la química y la biología: casi no hay página de *Las multitudes...* en que no aparezcan palabras como epidemia, infección, virus, contagio, molécula, protoplasma, sugestión, imitación, hipnosis, fluido e, incluso, hombre-carbono. Resulta claro que si *Las*

³⁷ Más allá de sus diferencias, estos cuatro autores suelen ser considerados como los representantes más destacados del *positivismo argentino*. Al respecto, pueden verse los estudios de Oscar Terán (1979; 1986; 1987, etc.) y, por supuesto, la clásica contribución de Ricaurte Soler (1968). Recuérdese lo señalado en el *Comentario preliminar* en relación con los estudios de Needel (1999) y Terán (2000).

multitudes... posee alguna originalidad ella no debe buscarse en el hecho de que proponga una interpretación novedosa de la historia argentina -cosa que no hace-, sino más bien en su énfasis en el papel de las muchedumbres en la historia y en la utilización de un aparato conceptual en consonancia con ciertas modas intelectuales del momento. No es exagerado decir que los esfuerzos intelectuales de Ramos Mejía estuvieron orientados a demostrar científicamente que Juan Manuel de Rosas había estado loco. Ramos ya había adelantado esa tesis en su primera obra: *Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina* (1878-1882), prologada por Vicente F. López y comentada críticamente por Sarmiento y hasta por el mismo Lombroso. Casi treinta años después, en el *Rosas y su tiempo*, insistió con aquella vieja idea. *Las multitudes*... constituye entonces un jalón intermedio en ese persistente afán intelectual. La obsesión de Ramos no posee un significado meramente anecdótico; revela claramente el modo en que su imagen de la historia argentina, que podemos suponer más o menos extendida en el seno de la elite, sintoniza a la perfección con las visiones trazadas por los arquitectos de la *ilusión*. Rosas aparece así como una nefasta restauración del régimen colonial, como un obstáculo al progreso del país (como rémora, involución, demora, o todo a la vez).³⁸ En su libro, Ramos refuerza este y otros elementos conexos de la visión liberal: además de insistir en la locura del *tirano*, retoma la idea de que la independencia nacional fue un fenómeno que debe atribuirse no a la improvisación ni a la naturaleza, sino a fuerzas secretas de la historia: en este caso, se trata de “*la lenta evolución del espíritu de la raza nueva*”. Señala, también, que la independencia fue forjada, aun sin sospecharlo, por la “masa anónima”, compuesta por hombres que son meros instrumentos de esas fuerzas secretas que marchan, incansables, hacia la libertad. Esta concepción de la historia como una marcha progresiva hacia la libertad, en la cual unas muchedumbres compuestas por hombres-instrumento contribuyen a esa marcha sin saberlo, no es del todo compatible con el papel que Ramos adjudica, unas páginas más adelante, a las multitudes de la “Tiranía”. Para Ramos,

La multitud realiza hoy la independencia de América y mañana creará la tiranía de Rosas o la anarquía de 1820, como el torrente de agua mueve aquí metódicamente la rueda muda del molino, para amasar el pan de cada día, y más allá para devastar la comarca llevándose por delante los hogares y ahogando a cuantos carecen de fuerza para luchar contra él. ¿Es en el primer caso buena y noble, y en el segundo mala y

³⁸ Ricaurte Soler (1968: 146-147) ha señalado que el primero en postular esta imagen de la historia argentina fue Andrés Bello, y no Esteban Echeverría, como durante mucho tiempo se pensó.

pérfida? En los dos es fuerza simplemente, y las fuerzas funcionan sin los propósitos que informa la moral convencional, aunque en determinados casos se la pueda encarrilar y dirigir. (*Las multitudes argentinas*: 147-148)

Lejos de resolver esta tensión, Ramos complica más las cosas cuando presenta la que es, sin duda, tesis fundamental de su libro: las multitudes de la emancipación y las de la Tiranía no fueron *la misma* multitud; lejos de ello, se trató de dos multitudes diferentes que, por lo demás, no serían las únicas: la de los *tiempos modernos*, a la que se hará referencia más abajo, es la tercera. Lo único que queda suficientemente claro es que Ramos traza una distinción tajante entre la heroica gesta emancipatoria y el deleznable período rosista. En una operación congruente con la desplegada por Sarmiento en el *Facundo...*, pone el acento en el origen bárbaro de las multitudes de la Tiranía, las cuales

eran belicosas y crueles por lo mismo que eran mestizas, heterogéneas y de corte animal (...) no se avenían sino con un Rosas, más brutal que ellos, porque era injerto de bruto *en cepa* de loco: el ideal dramático y físicamente emocionante a que tenían que aspirar. (*Las multitudes argentinas*: 288, cursivas de Ramos)

No me he propuesto aquí realizar una exégesis cabal del pensamiento de Ramos Mejía ni tentar un desciframiento de sus eventuales enredos conceptuales y axiológicos. Me interesa, primero, mostrar de qué manera la imagen de la historia argentina con la que opera está en perfecta consonancia con la visión de la generación anterior; segundo, poner de relieve que Ramos, como sus predecesores, sigue viendo en la Argentina un lugar de futuro. El primer aspecto ya ha sido considerado. Para establecer en qué medida el pensamiento de Ramos puede tomarse como heraldo de un futuro esplendoroso y bastante próximo, es menester examinar con detenimiento los dos capítulos finales de *Las multitudes...* Ambos llevan por título “La multitud de los tiempos modernos”. Para Ramos, el problema de las multitudes argentinas de su época es indisoluble del fenómeno de la inmigración masiva, el cual, como vimos, ya ha dejado de ser una esperanza lejana para devenir palpable realidad. En este punto, Ramos recoge de manera implícita una de las facetas oscuras del fenómeno: no han llegado los inmigrantes que se esperaban; han llegado campesinos pobres, europeos del sur, por lo general italianos. Cuando desembarcan en la Argentina, esos pobres campesinos italianos son, a los ojos de Ramos, amorfos, de cerebro lento como el del buey; de miope agudeza psíquica; de percepción torpe, oscura y obtusa. Su piel recuerda la del paquidermo:

Crespuscular, pues, y larval en cierto sentido, es el estado de adelanto psíquico de ese campesino, en parte, el vigoroso protoplasma de la raza nueva, cuando apenas pisa nuestra tierra. Forzosamente tiene uno que convencerse de que el pesado palurdo no *siente* como nosotros. Como he dicho antes, su mecanismo psicológico es lento e intermitente como la rueda de la hilandera primitiva o el arado grosero del agricultor de la media edad; esa sensibilidad moral, receptáculo y fábrica de todos los sentimientos e ideas morales del hombre culto y definitivo, es todavía un vago remedo de lo que será después. Pero el *medio* opera maravillas en la plástica mansedumbre de su cerebro casi virgen. La luz de este cielo despierta la dormida actividad de las imágenes visuales; el ruido primero y el sonido después, el color variado, las formas multiplicadas de las cosas, y esa secreta inclinación y competencia elemental de la raza por el arte, no en su sentido grandioso, sino por alguna de sus más humildes manifestaciones (aunque no por eso menos útiles) que se traducen en las artes manuales y domésticas que dan de comer y facilitan la vida, concurren a ese fin. (*Las multitudes argentinas*: 304-305, cursivas de Ramos)

En torno al *pero* que está en el centro del pasaje se encuentra la clave para comprender la original respuesta que da Ramos Mejía a la cuestión: la esperanza no está tanto en lo que *traen* los recién llegados, sino en el *medio*, entendiendo a éste, ante todo, en su dimensión físico-ambiental... Todo confluye hacia Buenos Aires, “capital fenicia y heterogénea todavía, pero futuro crisol donde se funde el bronce, tal vez con demasiada precipitación, de la gran estatua del porvenir: la raza nueva” (*Las multitudes...*: 301). Las modificaciones que sufre el cerebro del inmigrante, de modo inevitable y por obra del “genio de los aires, de las aguas y de los lugares” de ese medio fabuloso, se intensifican y se seguirán intensificando con el paso del tiempo:

La primera generación es, a menudo, deforme y poco bella hasta cierta edad (...) En la segunda, ya se ven las correcciones que empieza a imprimir la vida civilizada y más culta que la que traía el labriego inmigrante. El cambio de nutrición, la influencia del aire y de la relativa quietud del ánimo por la consecución fácil del alimento y de las supremas necesidades de la vida, operan su influjo trascendental. (*Las multitudes argentinas*: 312-313)

La combinación entre el inmigrante -plástico receptáculo, vigoroso protoplasma que hasta entonces había vegetado en la miseria ignorante de su potencialidad- y un medio privilegiado capaz de operar maravillas sobre su mentalidad maleable dará como resultado, en el futuro entrevisto por Ramos, la conformación de la *raza nueva*, todo ello de manera gradual y en el marco del acelerado desenvolvimiento de la también nueva y *gran nación*. Es cierto que,

como buen médico, Ramos se dedica a señalar cuáles pueden ser las causas de las futuras patologías del cuerpo social. Se observa que sus planteos en este sentido se mueven en el registro de ciertas preocupaciones usuales de la época: el excesivo materialismo de los recién llegados y de los nuevos ricos y la inquietante heterogeneidad de la ciudad de Buenos Aires, capital fenicia que crece a pasos agigantados. Pero también es cierto que Ramos indica, con pulso seguro, la terapéutica preventiva que habría que seguir para evitar esos males: la *educación nacional*. En sus palabras:

Este *burgués aureus*, en multitud, será temible si la educación nacional no lo modifica con el cepillo de la cultura y la infiltración de otros ideales que lo contengan en su ascensión precipitada hacia el Capitolio. (*Las multitudes...*: 321, cursivas de Ramos)

Más abajo:

En nuestros tiempos hay ausencia completa de esa *inminencia de multitud* que mencionaba antes y que expresa el grado de susceptibilidad de un pueblo a la acción de los agentes morales en circulación (...) Habría, pues, que restablecer la continuidad entre los del pasado y los actuales que el brusco y saludable contacto con Europa parece haber cortado amenazando quitarnos la fisonomía nacional. Felizmente el medio es vigoroso, y el *plasma germinativo*, conservador. Bastaría ayudarlo un poco con una educación *nacional* atinada y estable; limpiar el molde donde ha de darse forma a las tendencias que deberán fijar el temperamento nacional. (*Las multitudes...*: 331-332, cursivas de Ramos)

En las páginas finales de la obra y, otra vez, de modo ambivalente y confuso, Ramos se muestra preocupado por el carácter demasiado estático y soñoliento de las multitudes argentinas de su tiempo, a la vez que revela temor frente a una futura multitud socialista, hambrienta y organizada. Más allá de esto, y considerando en conjunto los dos capítulos que cierran la obra, es indudable que el peso de lo que se saluda, celebra y prefigura con optimismo es bastante más considerable que el conjunto de inquietudes, recomendaciones prácticas y eventuales enredos desorientadores. En el pensamiento de José María Ramos Mejía, la Argentina sigue siendo un lugar de futuro, de un futuro cada vez más próximo y palpable.

En general se ha visto en Agustín Álvarez, abogado y militar mendocino, a un moralista tenaz consagrado a señalar con agudeza e ironía los factores obstaculizadores de la evolución social argentina. De ello se ha inferido que su pensamiento fue marcadamente pesimista.³⁹ Si lo primero es absolutamente cierto, lo segundo puede discutirse o, al menos, matizarse. En efecto, nadie podría objetar que Álvarez aparece como alguien que tomó a su cargo la tarea de *nombrar los males argentinos*; hasta se podría decir, con probable certidumbre, que fue uno de los “pioneros” del género. A través de innumerables páginas no exentas de ironía, Álvarez, fuertemente impresionado por los sucesos del Noventa, denuncia los vicios de la política criolla; la obstinada persistencia de la barbarie (entendida en su caso como conjunto de hábitos y pensamientos y no como herencia racial); la preeminencia de la razón pura o natural por sobre la razón educada o experimental; el dominio de la intolerancia, el fanatismo y la intransigencia principistas en la vida política; la inadecuación relativa de las leyes e instituciones anglosajonas transplantadas a un ambiente de hábitos y costumbres hostiles; la importancia de mejorar el medio moral al que van llegando los inmigrantes (que, a sus ojos, no es tan maravilloso ni tan privilegiado como lo era para Ramos Mejía); la inconveniencia de una autoimagen de país mistificada y autocomplaciente, inevitablemente vinculada con una peligrosa tendencia a contentarse con las meras apariencias y con una ceguera frente a las irregularidades, impunidades y calamidades de todo tipo, etc. No cabe duda, hay en Álvarez algo de aguafiestas. Sin embargo, es posible sostener que su tono pesimista y ácido se despliega sobre un trasfondo decididamente optimista y que toda su impasible severidad no logra evitar que un impulso celebratorio -mesurado, por supuesto- se cuele por las ventanas de sus interminables catálogos de defectos.⁴⁰ Ante todo, hay que subrayar que Álvarez cree fervientemente en el progreso de la humanidad:

De la crasa ignorancia a la más grosera superstición, y, ayudando la benignidad del clima y la fertilidad del suelo en las regiones privilegiadas, de una en otra superstición hasta la más alta, de la más alta a la ciencia; del credo obligatorio al libre pensamiento, de la verdad revelada a la verdad demostrada; de la magia religiosa a la mecánica

³⁹ Así, por ejemplo, Maristella Svampa (1994: 118) se resiste a identificar inmediatamente a Álvarez con sus colegas positivistas por su “tono demasiado pesimista”.

⁴⁰ El *Manual de patología política* de Álvarez (primero llamado “Manual de imbecilidades argentinas”) alberga un verdadero collage de citas. A través de ellas podemos acceder a buena parte del universo de lecturas del autor: H. Taine, Macaulay, Emerson, A. France, Cavour, Demolins, H. Mann, Ihering, Rousiers, Groussac, etc., y, de manera constante, artículos sobre la realidad nacional publicados en diarios y periódicos de la época.

racional; de las palmas benditas al pararrayo; del milagro al vapor, al ferrocarril, al telégrafo, al teléfono; de la rogativa a la cirugía y los sueros; de la censura eclesiástica a la libertad de la prensa; de la ‘santa ignorancia’ a la instrucción obligatoria, tal ha sido la *marcha ascendente del espíritu humano*, impelido por la necesidad de conocer el porqué de las cosas para conducirse enfrente de las cosas... (“La evolución del espíritu humano”, en *La transformación de las razas en América*: 37-38, mis cursivas)

En las primeras páginas de “Evolución intelectual de las sociedades” (también incluido en *La transformación...*), Álvarez señala que el progreso depende de las posibilidades mentales transmitidas y del ambiente donde se desenvuelven, esto es, de los incentivos y alicientes. Para Álvarez las células del pensamiento están sometidas a leyes de crecimiento que dependen básicamente de la ejercitación; siguiendo a Robertson y Buckle, indica que el adelanto está determinado por la “variación intelectual”. En consecuencia, las diferencias en lo que respecta al grado de civilización de las distintas sociedades se explican porque en el viejo mundo hubo más circulación de hombres, de productos y de ideas que en América. La capacidad de inventar comienza a desarrollarse sobre todo desde el Renacimiento y la Reforma, especialmente en el mundo anglosajón, donde la filosofía moderna pudo romper más claramente las barreras eclesiásticas, sinónimo de estancamiento, uniformidad y atraso. De todo esto se desprende que hay en Álvarez cierta imagen de interconexión entre las distintas esferas de la realidad, una concepción lineal del tiempo ligada a la idea de que las transformaciones se van produciendo gradualmente y, por fin, una noción de progreso de raíz eurocéntrica, pero relativamente incluyente, en un sentido que no deja de recordar a Condorcet: más tarde o más temprano, el progreso abarcará a toda la especie humana. Se observa también una idea de compatibilidad entre el avance del saber y el avance de la felicidad.

Para comprender mejor cómo es el futuro que Álvarez desea e imagina, puede resultar útil detenerse un instante en su anglofilia. Del conjunto de cualidades que Álvarez destaca de los pueblos anglosajones, cabe retener dos: el espíritu práctico y positivo y el carácter equilibrado y tolerante de su vida política. Ambos elementos no aparecen o aparecen dificultosamente en Sud América debido a las consecuencias acarreadas por largos siglos de opresión católica, religión que, a la vez que se interesa más por la vida de ultratumba que por la de este mundo, tiende a fomentar la intolerancia al ver en toda desavenencia una herejía: para Álvarez, la intolerancia política sudamericana, de la que brotan las tiranías, el personalismo, las agitaciones, el fanatismo, el pleitismo, la facciosidad, etc., proviene de la intolerancia religiosa.

La de Álvarez fue una prédica cabalmente anti-católica: llegó a decir que el hechicero es el embrión del obispo, que los sacramentos no son más que hechicería de tercer grado, que el púlpito sólo ha sido un volcán de amenazas para asustar al pueblo, que la misa contiene un ritual de canibalismo simbólico, que Dios sólo es la transfiguración del hombre mismo, etc. Por supuesto, todo esto provocó que fuera acusado de materialista y de otras cosas. Pero Álvarez fue, en el plano ético-político, un moralista-idealista. Ello se refleja con claridad en dos puntos fundamentales: por un lado, y como vimos, sus énfasis estuvieron puestos sobre la cuestión de la modificación de los hábitos y las costumbres; por otro, su visión del porvenir no se redujo jamás a la imagen de un mundo materialista dominado por la técnica sino que preveía la paulatina modificación de los ideales en una dirección especial; la actual obsesión por perseguir la riqueza daría lugar a la búsqueda de la plenitud, la belleza del alma, la dicha y la felicidad por la fraternidad. Evocando a Emerson, Álvarez postulaba el advenimiento de un hombre de alma superior.

Ahora bien: ¿cómo se articulan en el pensamiento de Álvarez esta perspectiva notoriamente optimista, que no deja de evocar un milenarismo secularizado, con sus críticas, sistemáticas y persistentes, a la situación del país? Para responder este interrogante debemos caracterizar la imagen de la historia argentina que presenta Álvarez e identificar el lugar en que coloca al país en la marcha, jerarquizada, de la humanidad hacia el venturoso porvenir descrito. Para empezar, es claro que su imagen de la historia argentina es, como la de Ramos Mejía, perfectamente compatible con la visión que unas décadas atrás habían propuesto los arquitectos de la *ilusión*:

La Argentina de la época de Rosas y la del presente, son dos países tan distintos como la Turquía y la Francia contemporáneas. (“El diablo en América”, en *La transformación...*: 181)

Esto no significa que falten elementos peculiares en la concepción de Álvarez. Por ejemplo, a diferencia de Mitre y de Ramos Mejía, Álvarez nunca pudo concebir las agitaciones sociales y políticas de la época colonial como manifestaciones de la marcha ascendente de la libertad y del espíritu de rebelión de los americanos; su radical anti-hispanismo se lo impedía. Más allá de esta y de otras particularidades, Álvarez se hace la siguiente pregunta, central para nuestros fines:

¿Por qué éramos todavía *semibárbaros* en la primera mitad del siglo pasado, después de 1500 años de cristianismo forzoso, y somos ya *algo más que semicivilizados* con sólo 50 años de instrucción casi obligatoria? (“El diablo en América”, en *La transformación...*: 182, mis cursivas)

Para responder:

Fue *Sarmiento*, en nuestro país, el que contribuyó más eficazmente a barrer del espíritu argentino con la *difusión de las luces por la educación común*, esa lamentable basura moral, que es el gobierno de los niños por el miedo al cuco y el de los adultos por el miedo al diablo. Desvanecidos por el *liberalismo creciente* los terrores religiosos medioevales, *ha venido cesando correlativamente* el terrorismo político, y el diablo cristiano sólo conserva su inmenso prestigio y el vasto rol que le crearon los visionarios de la Edad Media, en las familias aristocráticas educadas en los colegios de frailes y de monjas, y en las remotas campañas, por la crasa ignorancia. (“El diablo en América”, en *La transformación...*: 196, mis cursivas)

El siguiente fragmento enlaza esta idea de la historia argentina con un diagnóstico esperanzador sobre la situación del país:

Entre nosotros, el progreso del liberalismo es bastante satisfactorio, si se considera que surgimos a la refulgente libertad moderna desde la miserable intelectualidad medioeval (...), que aun no llevamos un siglo de vida independiente y que su primera mitad fue, fatalmente, la prolongación del terrorismo y del oscurantismo coloniales, que hicieron fracasar la temprana iniciativa liberal de Rivadavia, y proscribieron la ilustración clausurando las escuelas en la época de Rosas, después de la cual fueron reabiertas bajo la férula de los sacerdotes –beneficiarios en todas las épocas de salvajismo; que nuestra instrucción pública sólo es aproximadamente laica desde 1884..., *etc.* (“La evolución...” en *La transformación...*: 82)

Todo esto no debe conducirnos a olvidar lo ya señalado: casi toda la obra de Álvarez es un catálogo de los males de la vida política y del defectuoso estado moral del país. Pero si Álvarez denuncia, lo hace siempre sobre un trasfondo de optimismo, que es medido pero absolutamente firme. Todavía más, denuncia porque considera que la autocrítica es una cualidad del mundo civilizado; en otros términos, gracias a que cuenta con la prédica de alguien como Álvarez, el país se acerca unos pasos más a ese mundo. Álvarez denuncia y a la vez confía: la Argentina de su época es, a sus ojos, un país que ya se ha desgajado de la barbarie y que, a bordo del tren del progreso desde mediados del siglo XIX, avanza a paso seguro hacia la

más plena civilización. Corresponde destacar que Álvarez no explica estos avances por la llegada de la inmigración blanca (puesto que no se trata de una cuestión racial, sino social y moral), ni por las virtudes del medio autóctono, ni por la imitación de instituciones y leyes anglosajonas (que pueden resultar en principio artificiales), sino más bien por el avance irrefrenable de un liberalismo que, sobre todo por vía de la educación, ha ido modificando hábitos y pensamientos, disolviendo la herencia colonial. Como vimos, Sarmiento y otros personajes desempeñaron un papel central en ese avance. Tal vez resulte oportuno recordar que hay en el pensamiento de Álvarez una clara jerarquía entre las naciones del mundo, ordenadas según su grado de civilización: en la cima, el mundo anglosajón; muy cerca, Francia, Suiza, Japón, Australia. Después, América Latina, dividida en dos: por una parte, Argentina, país “algo más” que semicivilizado; por otra, lo que él llama “Centro-América”, región calurosa y semibárbara, caracterizada por epidemias “de comandantes de milicia”. El escalón inferior de la jerarquía queda reservado para los países de Asia y África, conceptuados como sociedades carcomidas por todos los vicios, estacionadas en la pereza y la apatía, en una semibarbarie ignorante y fanática (sus ejemplos predilectos son Turquía, Persia, Marruecos y algunas veces China). Álvarez es, sin duda, uno de los pioneros en dedicarse de tiempo completo al arte de nombrar los males y los vicios nacionales. Sin embargo, no duda jamás del rumbo que viene siguiendo el país desde Caseros. Ansioso, denuncia, pero nunca deja de celebrar, desear y confiar:

En esa vía estamos, a Dios gracias, en esa vía seguiremos, Dios mediante y los maestros de escuela. Los que echen de menos la energía patriótica de nuestros abuelos, y su inquebrantable tenacidad en las teorías, los sistemas y las doctrinas políticas, pueden consolarse también. Con sólo que se larguen al Brasil, al Perú, al Ecuador, a Venezuela, Honduras, Nicaragua, Salvador, Costa Rica, Santo Domingo, Haití, Guatemala, México, y demás repúblicas de South America, podrán disfrutar de presente las épocas argentinas que los seducen en la lontananza histórica. (*South America*: 149-150)

En 1902 Carlos Octavio Bunge, joven abogado, estaba en España. Ese año se reeditó, con prólogo de Unamuno, un estudio suyo sobre la educación, elaborado meses atrás por encargo del ministro Magnasco. Al año siguiente, dio a conocer una nueva obra, *Nuestra América*, esta vez prologada por Rafael Altamira. El lector se engañaría si esperase encontrar en

Nuestra América alguna resonancia de los idearios martiano o arielista; muy lejos de ello, el libro de Bunge ha de incluirse entre los textos más anti-hispanistas, anglófilos y racistas de la cultura latinoamericana. En esa obra, el objetivo de Bunge es describir la viciosa y patológica política criolla, entendida como manifestación de la psicología social común a todos los pueblos hispanoamericanos. Con el objeto de desentrañar esta psicología común, Bunge dedica los tres primeros libros de su obra a delinear las cualidades típicas de la psicología de los españoles, de los indios, negros y mestizos y de los hispanoamericanos. Impuesta por la fatalidad geográfica, la arrogancia sería la cualidad típica de los españoles; tal cualidad consiste en el culto del valor personal, y le habría sido necesaria a un pueblo que debió rechazar recurrentes invasiones. La arrogancia española perdió, en parte, su componente individualista cuando se topó con la fuerza uniformadora de la Inquisición. Esta última fue, para Bunge, uno de los órganos de la africanización de España. Tal combinación entre una fuerza individualista-republicana y otra uniformadora-teológica explicaría la profunda incongruencia del carácter español. Bunge traza un contraste entre la colonización de América del Norte y de Hispanoamérica que en nada recuerda al cuadro relativamente matizado que pudimos apreciar en Mitre: las contraposiciones entre la liberalidad económica inglesa y el monopolio español, entre la relativa independencia política del norte y el despotismo y la corrupción del sur, entre el libre examen protestante y el absolutismo católico, entre el utilitarismo y la teología son, en Bunge, tajantes y absolutas. Además, Bunge puntualiza que en Hispanoamérica, a diferencia de lo sucedido en América del Norte, el mestizaje fue generalizado y perjudicial.⁴¹ Corolario de este proceso, las cualidades dominantes del carácter del hispanoamericano son, en Bunge, la *arrogancia*, la *pereza* y la *tristeza*. Recuerda Maristella Svampa (1994: 122) que Bunge opone simétricamente estos rasgos a “las virtudes que presenta el hombre europeo”: modestia, diligencia y alegría. Es evidente que un país latinoamericano sólo podría salvarse de un destino trágico impulsando una radical mutación de su composición racial. *Nuestra América* contiene algunas figuras con mapas de la Argentina; a través de ellas Bunge intenta ilustrar su concepción de la historia del país como una latente historia de lucha de razas. En una caracterización en principio emparentada con la del *Facundo* sarmientino, Bunge describe la anarquía y las guerras civiles como un proceso a través del cual los mestizos aindiados del campo, conducidos por los caudillos, invadieron las

⁴¹ Como señala Terán (1987: 39), los escritos de Bunge están fuertemente penetrados por el tema del mestizaje entendido como degeneración racial, verdadera preocupación de época.

ciudades, territorio de los criollos europeizados. Luego, durante el período de las guerras interprovinciales, continuó la misma lucha étnica: un Interior semi-indio y pobre enfrentaba a la provincia-capital, blanca y rica. En palabras de Bunge:

Por su clima más frío, su posición geográfica de puerto y la ruindad de las tribus pampeanas, la ciudad de Buenos Aires y su campaña, recibiendo continuo contingente de inmigración europea, se mantuvieron durante la época colonial en un relativo y creciente alejamiento de los indios. Además, el alcoholismo, la viruela y la tuberculosis - ¡benditos sean!- habían diezmando a la población indígena y africana de la provincia capital, depurando sus elementos étnicos, europeizándolos, españolizándolos. A la inversa, en el interior, la temperatura tropical, las grandes dificultades de comunicarse con la metrópoli, y la cultura y belleza de las razas indígenas fueron generalizando y aumentando el mestizaje hasta la época de la independencia. [Cito en este caso siguiendo la selección propuesta por Terán (1987:148) en su antología]

En la imagen de la historia argentina propuesta por Bunge, Buenos Aires juega el papel de refugio de la raza blanca. Los mapas intercalados en la obra muestran, como más tarde lo harán las figuras y gráficos de José Ingenieros, que, con el tiempo, ese modesto refugio original se fue expandiendo hasta cubrir una zona geográfica más amplia. No es preciso insistir en la evidente fisura que desgarrar la obra de Bunge: ¿cómo ser, a la vez, anti-hispanista radical y valorar y alentar la inmigración española porque es europea y blanca? Más allá de esto, lo que interesa es que, en los primeros años del siglo XX, Bunge tiene sobrados motivos para ser optimista con respecto al futuro de la Argentina. Queda claro que su optimismo no engloba al resto de América Latina: una cosa es la ciudad de Buenos Aires (“quizás la más europea, por raza, clima y costumbres de toda Hispano-América”) [En Terán (1987: 156)], otra muy distinta es el Interior de la Argentina y otra aún más distinta la realidad de los calurosos países que cuentan con una exigua proporción de población europea. También queda claro que si desde el punto de vista de Bunge la Argentina constituye una excepción en el mapa hispanoamericano ello se debe, casi exclusivamente, al fenómeno de la inmigración europea:

Pues este elemento inmigratorio, una vez nacionalizado y acriollado amoldándose a los sentimientos e ideas del litoral, los mejora y tiende a formar una *psicología argentina*, la más bella y poderosa, la que amalgamará y refundirá en su crisol todos los factores y regiones para que fluyan en purísimo oro. Esta psicología especial *se aparta* de la genérica de los pueblos criollos *y se insinúa ya* en ciertos rasgos iniciales más o menos transitorios... [En Terán (1987: 158-159), mis cursivas]

La velocidad de los cambios y la heterogeneidad de los recién llegados hacen que esa psicología especial no presente todavía una fisonomía definida. Pero es sólo *cuestión de tiempo*:

¡La nebulosa del carácter argentino se condensa así en radiante sol!... Yo te saludo, oh sol de mayo. Tus rayos han penetrado en mi pecho y las tinieblas de mi melancolía han huido como tropel de espectros. Tú enciendes en mi corazón de patriota la luz de la esperanza. Tus caricias a la madre tierra, derritiendo la escarcha de la noche, harán brotar las semillas de mis deseos. ¡Salve tú, sol plenipotente que surges en la mañana gloriosa! Sólo me amarga la conciencia de que, cuando subas triunfante sobre los pueblos e irradies desde el cenit, entre el blanco y el celeste de nuestro cielo, mis pobres huesos humanos yacerán pulverizados por el tiempo. Pero a tu beso brotará sobre ellos una azucena blanca; ella será el símbolo de mis votos y de mis predicciones. Ella, elevando su litúrgico cáliz lleno de lágrimas de la aurora, te saludará una vez más: ¡Salve, oh sol de mayo! [En Terán (1987: 159)]

Es importante señalar que Bunge propone estrategias para combatir los dos males mayores que a sus ojos aquejan a Hispanoamérica: la “inercia” y los vicios de la “política criolla”: en el primer caso, se trataría de civilizarse en la cultura del trabajo; en el segundo, de combatir toda tendencia doctrinaria y sentimental a través del estudio positivo de la sociedad y de instar a la clase culta para que luche contra el caudillismo y promueva la difusión de la cultura. No hay tanto de novedoso en estas estrategias; en ellas resuenan, nítidas, las palabras de Alberdi y Sarmiento. Por lo demás, es claro que para Bunge la Argentina ya había dado pasos importantes en esa dirección.⁴² A tal punto que, para defender la viabilidad de sus propuestas, dice:

Y tan factible es mi terapéutica, que al fin y al cabo yo no la he inventado: *de la realidad la tomo*... Porque hay un pueblo en Hispanoamérica que, aplicándola ya más o menos imperfectamente, ha superevolucionado la vieja política criolla a punto de que pudiera presentarse de ejemplo a sus hermanos... Y ese pueblo, loado sea Dios, eternamente sea Dios loado, es el más alto objeto de mis actos, la última Thule de mis ensueños, el fin de todos mis esfuerzos, el altar de todos mis sacrificios, ¡la única estrella que brilla en mi cielo cuando anochece mi vida!... Ese pueblo es mi Patria. [En Terán (1987: 169), nuestras cursivas]

⁴² Para matizar este conjunto de afirmaciones sobre el optimismo bungeano, tal vez sea conveniente recordar que, en cierto momento, Bunge se definió a sí mismo como un *espíritu esteta* al que le repugnaba la atmósfera mercantil de la elite bonaerense. En 1904 se estrenó una comedia satírica de su autoría, llamada *Revolución en Chulampo*: la obra provocó una verdadera conmoción debido a su contenido, que criticaba ácidamente la “política criolla”, cuyo *modus operandi* se había manifestado una vez más con motivo de la elección de Manuel Quintana. *Revolución en Chulampo* no fue la última obra teatral de Bunge, tampoco fue el último escándalo en que se vio involucrado. Véase el estudio de Eduardo Cárdenas y Carlos Payá (1981).

En una conferencia impartida en 1918 en el Teatro Nuevo, José Ingenieros, optimista invencible, instaba a su auditorio a esperar sin temor la profundización del vasto movimiento de renovación social y moral que, en despliegue desde hacía siglos, encontraba en la guerra que concluía y especialmente en la revolución rusa jalones decisivos. La intervención de Ingenieros se cerraba con una evocación de las palabras de Máximo Gorki: “*Sólo son hombres los que se atreven a mirar de frente al sol*”. El sol, no es preciso decirlo, era el futuro.⁴³

Usualmente se tiende a pensar que las frustraciones personales, profesionales y/o políticas de los intelectuales, así como su encono más o menos duradero con la autoridad, pueden contribuir a la conformación de un pensamiento corrosivo, pesimista o decadente. El caso de Ingenieros no puede interpretarse de ese modo: en 1911, no resultó electo para el cargo de profesor titular de Medicina Legal en la Facultad de Medicina, que él creía merecer; su disgusto con el Poder Ejecutivo Nacional lo llevó a autoexiliarse en Europa, donde escribió *El hombre mediocre*, uno de sus libros más famosos, hasta 1914. Sin embargo, su optimismo con respecto al futuro de la sociedad argentina y de la humanidad no declinó un ápice. Tampoco pudo abatir su fe en el progreso de la humanidad la Gran Guerra que, como se sabe, pulverizó los sueños de la razón entre buena parte de la intelectualidad de la época.

Como sucedía con Ramos, Álvarez y Bunge, la imagen de la historia del país que maneja Ingenieros constituye una actualización de la visión forjada por los arquitectos de la *ilusión*. Si es cierto que en ocasiones, buscando enriquecer las interpretaciones usuales, Ingenieros se esfuerza por incorporar elementos novedosos, también lo es que en algún aspecto específico toma distancia con respecto a ciertos lugares comunes (así, por ejemplo, se resiste a la teoría del federalismo bárbaro y del unitarismo civilizador). Sin embargo, y esto es lo fundamental, jamás quedan dudas sobre su valoración positiva de la gesta emancipatoria, del interludio rivadaviano y de todo lo que siguió a la batalla de Caseros; tampoco hay ninguna duda con respecto a su enérgica condena a la dictadura de Rosas, abiertamente visualizada

⁴³ La conferencia -“Significación histórica del movimiento maximalista”- fue publicada en *Los tiempos nuevos. Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución*.

como restauración del régimen colonial. Significativamente, una de las figuras más admiradas por Ingenieros en la historia argentina es la de Sarmiento:

Sarmiento... Sarmiento... Sea él nuestro abanderado en la marcha hacia los nuevos ideales que surgirán de esta gran hora humana. Sarmiento, que inició su vida pública enseñando a leer a los mocetones analfabetos de Cuyo; Sarmiento, que, emigrado en Chile, fundó la primera escuela normal de maestros en la América del Sud; Sarmiento, que en su viaje por Europa miró con ojo de águila todos los progresos pedagógicos que podían trasladarse a su patria; Sarmiento, que en Estados Unidos tuvo por más alta, entre sus amistades ilustres, la del educacionista Horacio Mann, Sarmiento, que presidente de la república, bregó por abrir en cada encrucijada de nuestras pampas una escuela y una biblioteca; Sarmiento, en fin, que a los ochenta años de edad, cuando el espíritu reaccionario conspiraba contra la nueva educación liberal, no vaciló en asumir las más altas responsabilidades, aceptando el cargo de dirigir la instrucción primaria, mirando ese puesto como ascenso, después de haber sido presidente de la Nación. Y tenía razón Sarmiento; era un ascenso. Merecen más confianza los maestros de escuela que los hombres políticos... (“Ideales viejos e ideales nuevos”, en *Los tiempos nuevos...*: 37)

El siguiente pasaje, además de que refuerza la idea de una perfecta consonancia entre las ideas de Ingenieros y la visión liberal civilizatoria del pasado argentino, permite acceder al núcleo de su concepción:

Los iniciadores de la nacionalidad alentaban las ideas, los sentimientos y los ideales que florecían en Europa, verdadera antítesis de los que prevalecían en España y sus colonias. Belgrano y Moreno son dos europeístas, como sus maestros españoles que rodeaban a Carlos III; europeístas son los generales San Martín, Alvear y Paz; europeísta es la generación de Rivadavia, como lo fue más tarde la de Echeverría, Alberdi, López, Sarmiento, Mitre y Gutiérrez. Todas las minorías urbanas de raza blanca lo eran, como ellos, en toda la República. Excluyendo los europeos, los negros y los indios, quedaron frente a 8.000 argentinos blancos, 470.000 mestizos y mulatos. Fueron éstos la base de la restauración del régimen colonial, auspiciada por un conglomerado de estancieros, por un partido clerical y por los residentes españoles. (“La formación de una raza argentina”, en *Sociología argentina*: 321)

En Ingenieros, como en Bunge, la historia debe verse desde la perspectiva de la *lucha de razas*:

...la historia natural de las razas humanas en el continente americano, a partir del siglo XVI, revela que *en las zonas templadas se efectúa una progresiva sustitución de las razas aborígenes de color por razas blancas inmigradas, engendrando nuevas sociedades en reemplazo de las autóctonas.*

Este proceso étnico y sociológico, impedido por causas climatéricas en la América intertropical (desde México hasta Bolivia), está ya más avanzado en las dos zonas de clima templado (Norte y Sur). (“La formación de una raza argentina, en *Sociología argentina*: 306, cursivas de Ingenieros)

Una vez más, se trata de destacar la excepcionalidad argentina en América Latina, excepcionalidad que se explicaría por la peculiar combinación entre el medio físico (geografía, clima) y el factor racial. Para Ingenieros, la Argentina no es, todavía, igual a los Estados Unidos, que llegue a serlo es, empero, una simple cuestión de tiempo. De nuevo, la inmigración blanca (que se adapta fácilmente al medio físico argentino) aparece como solución de todos los problemas y como garantía de un destino de grandeza: Ingenieros piensa que la superioridad de las razas blancas en lo que respecta a la organización del trabajo y de la cultura era un hecho ya suficientemente probado. Tal como sucedía en Bunge, el estudio de Ingenieros sobre la formación de las razas aparece enriquecido con mapas y gráficos sobre los “resultados étnicos” de las sucesivas oleadas migratorias y sobre la “composición étnica” de la sociedad argentina. El resultado del examen es auspicioso: la Argentina tiene cada vez más población blanca, se va formando en el país una *raza nueva*, que no es un nuevo tipo antropométrico, sino una variedad de las razas europeas las cuales, colocadas en un medio propicio, desenvuelven ideales y costumbres propios. Cuando se publicó *Nuestra América*, de Bunge, Ingenieros elaboró una reseña crítica de la obra; en ella señala que la europeización no es un deseo, sino que, inevitable, es ya un *hecho* en las zonas templadas del continente americano (“Nuestra América”, en *Sociología argentina*: 105 y ss.). Aunque no lo señala en su comentario a la obra de Bunge, es posible afirmar que Ingenieros no incurre, como sí lo hacía el autor de *Nuestra América*, en la flagrante contradicción de renegar del pasado colonial (por español) y valorar, al mismo tiempo, a los recién llegados inmigrantes españoles (por blancos). Aunque la articulación de los materiales simbólicos no es la misma, la concepción de Ingenieros se asemeja más a la de Mitre, al menos en lo que concierne a la recuperación constructiva del pasado y a la postulación de una confluencia de todos los elementos de aquel pasado y de su presente en un futuro luminoso (inmigrantes de raza superior, medio privilegiado, rumbo político adecuado...):

Dentro de veinte o cien años las consecuencias serán más importantes y son fáciles de pronosticar. En el territorio argentino, emancipado hace un siglo por el pensamiento y

la acción de un mil o diez mil “euro-argentinos”, vivirá una raza compuesta por veinte o cien millones de blancos familiarizados con el baño y la lectura, símbolos de la civilización. En sus horas de recreo leerán las leyendas de las extinguidas razas indígenas y las historias de la mestizada raza colonial; y leerán también los poemas gauchescos de Martín Fierro y Santos Vega, o las novelas de Juan Moreira y Pastor Luna, renovadas ciertamente por otros escritores de raza europea, como lo fueron Hernández, Ascasubi y Gutiérrez. (“La formación de una raza argentina”, en *Sociología argentina*: 327)

Naturalmente, y siempre desde el punto de vista de Ingenieros, un país con semejantes perspectivas estaba destinado a ejercer una función hegemónica en la región y en el mundo. A diferencia de Brasil, extenso y rico pero con clima cálido y menor proporción de raza blanca, y de Chile, cuyo territorio es escaso, la Argentina de la década del diez reúne los cuatro factores que a juicio de Ingenieros determinan el porvenir de las nacionalidades: extensión, riqueza natural, clima templado y raza blanca. Más aún, después de la hegemonía mundial de las viejas y decadentes Inglaterra y Alemania, seguiría el turno de los Estados Unidos jóvenes y del Japón adolescente, para dejar después probablemente el paso a la Argentina y a la Australia que, entonces sí, pesarían de modo determinante en la política mundial... Concluyendo, corresponde aclarar que este justificado énfasis en el optimismo de Ingenieros no debe llevarnos a olvidar que en ciertas ocasiones criticó determinadas decisiones políticas; sin embargo, jamás puso en duda el rumbo general de la evolución socio-política del país, ni siquiera cuando en esos años que siguieron a la Gran Guerra se desplazó en forma ostensible hacia posiciones latinoamericanistas y antiimperialistas.⁴⁴

⁴⁴ Escribe a este respecto Oscar Terán (1997: 92): “Para el Ingenieros de ‘El suicidio de los bárbaros’ y de ‘Ideales viejos e ideales nuevos’, se está sin duda ante el inicio de otra era, pero ese cambio epocal no es sino el desemboque de una lucha que se viene librando desde el Renacimiento. Por eso la civilización feudal que sucumbirá en la contienda no plantea problemas demasiado complejos de relevo, ya que frente a sus ruinas se elevarán ideales nuevos cuyas encarnaciones (Sarmiento, Ameghino, Almagro) muestran hasta qué punto se confía en fórmulas anteriores para resolver los nuevos problemas.”

A MODO DE CIERRE

Los textos liminares en los que cobró forma la configuración de la ilusión argentina albergan una expectativa articulada a una promesa y, paralelamente también, un esbozo de programa. Expectativa y promesa se recuestan sobre una imagen capital, a saber, la certeza de que, más temprano que tarde, las esferas de lo deseable y lo inminente irían a coincidir en armoniosa plenitud; el esbozo de programa contiene justamente los pasos que habría que seguir para que dicho encastre tuviera efectivamente lugar y el país accediese, así, al destino de grandeza que la historia parecía tenerle reservado. Conviene retener este rasgo crucial —el impulso a pensar en esa coincidencia, en esa plenitud, en ese destino...—, en la medida que justamente en su puesta en cuestión y desmontaje trabajarían, a través de vías señaladamente específicas que oportunamente procuraremos captar, los intelectuales tematiizadores del fracaso nacional.

Ahora bien, más acá de esa certeza fundamental, y más allá de las particularidades de las distintas versiones consideradas, ¿cuáles serían los rasgos definitorios de la ilusión argentina? Creo que lo primero que debiera destacarse al respecto es la imagen de la excepcionalidad del país en el concierto latinoamericano, imagen que muy presumiblemente operó como precondition para que la postulación de la coincidencia recién referida pudiera efectivizarse; para decirlo brevemente, dadas ciertas propiedades singularizadoras, la Argentina de mediados del siglo XIX parecía estar en situación óptima para sumarse con éxito al torrente principal de la historia, regido por la ley del progreso. Desde luego, en el seno de la imagen de la excepcionalidad late con fuerza la idea de una riqueza prácticamente única, fundada en el hecho simple pero a los ojos de esos hombres verdadero de disponer de un clima y un suelo privilegiados. En el caso de Mitre, y con ello comenzamos a adentrarnos en aspectos más particulares, la imagen de la excepcionalidad adquiere además espesor y profundidad históricos; como vimos, en su obra, no sólo el clima y el suelo constituyen fundamentos de aquélla, también lo son el tipo de colonización, la forma del mestizaje (empero, en última instancia, siempre sospechoso), la modalidad de desarrollo político... Otro punto común es Rosas. A los ojos de los autores tratados, la caída del “tirano” era —luego, retrospectivamente, fue—, el hito fundamental a partir del cual sería (fue) posible poner en sintonía la experiencia nacional con la marcha ascendente pero implacable de la historia del mundo: así, Rosas acabó siendo el prototipo del tirano bárbaro, articulándose en torno a su figura un entero haz de significados con signo negativo, como ser pasado, España, Edad Media, oscuridad, atraso, arbitrariedad, cierre de las fronteras, xenofobia recalcitrante, etc. Llegados a este punto, tal vez sea preciso formular dos puntualizaciones aclaratorias. La primera tiene que ver con la necesidad de tomar en consideración un aspecto generalmente desdeñado al abordar esta problemática; me refiero a lo que cabría designar como la “versión rosista de la ilusión argentina”, en buena medida vinculada al éxito del gobierno de Rosas frente a los bloqueos impuestos

por las potencias extranjeras; no hemos estudiado este punto en los desarrollos precedentes; apenas lo rozaremos en el capítulo VI; sólo deseo dejar constancia de él aquí para retomarlo en alguna otra ocasión. La segunda puntualización concierne a una faceta que sí hemos considerado en páginas anteriores, a saber, el caso Alberdi; en términos generales, el Alberdi previo a la caída de Rosas pensaba, de manera similar a Sarmiento y a otros emigrados, que la caída del “tirano” era condición necesaria para que diera inicio una etapa nueva y progresiva del desarrollo argentino; luego de los sucesos de 1852, la situación vigente, primero en Buenos Aires, luego en el país en general, llevó a Alberdi a perfilar la imagen de una continuidad entre el presente de enunciación y el pasado rosista; no obstante, más allá de sus críticas, Alberdi no dejó de ser optimista en el porvenir argentino, especialmente en la medida que siguió postulando la riqueza ubérrima del territorio como el factor verdaderamente decisivo a ese respecto.

Por lo demás, en el cuerpo del capítulo tuvimos ocasión de llamar la atención sobre otros dos aspectos de interés en relación con el tema que nos ocupa. En primer lugar, identificamos la presencia de inconsistencias, oscilaciones, desconexiones, grietas e intersticios sombríos en los textos liminares de la modalidad hegemónica de la ilusión argentina. Se trata de un punto importante, no sólo porque su consideración alerta contra el impulso a trazar un panorama excesivamente unilateral de las cosas, sino también porque abre las puertas a un trabajo intertextual entre aquellas producciones y las elaboraciones tematizadoras del fracaso que vaya más allá de la postulación de una simple relación de contraste y oposición. En segundo lugar, tentamos una suerte de historización de la ilusión; del vigor prospectivo de las elaboraciones previas a la caída de Rosas a ese cenit que constituyen los relatos casi míticos mitrianos para desembocar, hacia el fin de siglo, en una eventual cristalización de los motivos fundamentales, articulada, a su vez, con la emergencia de una serie de ansiedades e inquietudes así como también con la visualización de nuevos problemas y la formulación de aquellos correctivos y soluciones que entonces se juzgaron adecuados.

CAPÍTULO II

LUCAS AYARRAGARAY: ENTRE LA SOMBRA DE LA BASTARDÍA, LAS AÑORANZAS DEL PASADO Y LOS MEANDROS DE LA INCERTIDUMBRE

Tengo por el sol secreta aversión; no he podido habituarme a su luz y nunca comprendí a los poetas, que cantaron sus esplendores. Amo los días nublados, las horas penumbrosas, que esparcen en el ánimo serena indiferencia, por las luchas, por las especulaciones espirituales que nos agitan hoy y mañana nos dejarán indiferentes. Bajo el influjo de la luz opaca se yergue la hipocondría, se tienden los nervios enfermos, se irrita la memoria y flota lo que se amó y olvidó, lo que se poseyó y perdió. Y nos ocultaríamos entonces en el fondo de la tierra, en el seno de la sombra eterna.

Lucas Ayarragaray, Estudios históricos, políticos y literarios, p. 73

COMENTARIO PRELIMINAR

No hay, hasta donde sé, una biografía de Lucas Ayarragaray; en modo alguno me propongo ofrecerla aquí. Para elaborar el somero perfil que sigue he consultado varias fuentes¹; aun así, aspectos importantes de su trayectoria continúan suscitando interrogantes que permanecen abiertos, a la espera de más fructíferas pesquisas. Un conjunto de elementos puede no obstante fijarse con cierta precisión; sin duda, su consideración le resultará útil al lector para enmarcar los análisis que conforman el cuerpo del capítulo.

Lucas Ayarragaray nació en 1861 en Paraná, provincia de Entre Ríos. En un texto titulado “Confidencias y recuerdos” (en Estudios históricos, políticos y literarios: 235-246), y que en cierto modo es pariente menor de Juvenilia, evoca sus años de infancia en Paraná y sus años de estudiante secundario en Rosario. Enumera aquellos libros de la biblioteca de su padre que fueron sus predilectos,² bosqueja una serie de semblanzas de personajes y narra un conjunto de anécdotas. Entre éstas quisiera destacar una: cierta vez, Uriona, rígido sacerdote español que se desempeñaba como vicerrector del Colegio Nacional de Rosario, le sorprendió leyendo Les ruines de Volney; desde entonces, nutrió contra el joven “implacable prevención”.

¹ Básicamente: a) El “Prólogo” de Enrique de Gandía al *Ideario de Lucas Ayarragaray*, volumen preparado por Carlos Ayarragaray y Ángel Pariente en 1939; b) Información disponible en la Academia Nacional de Historia (Boletín, XVIII, 1945: 267-274); c) Información asequible en la Academia Nacional de Medicina (Legajo n° 111 –hay foto Witcomb-, y Boletín, 2° semestre de 1961: 519-533, conferencia del Dr. Luis Esteves Balado); d) Material disponible en el Archivo del diario *La Nación*; e) Un texto retrospectivo titulado “Confidencias y recuerdos” (en *Estudios históricos, políticos y literarios*); f) Intercambios epistolares con Joaquín Castellanos, publicados en libros de ambos; y g) Una referencia puntual en Juan Balestra (1935).

² Transcribo: *Viajes alrededor del mundo, Cartas de Eloísa y Abelardo, La pastora de Lamer Moor, Viajes de Antenor a Grecia y Asia, Pablo y Virginia, Maclovio y Federico, Pelayo, El monje negro, Robinson, Fray Gerundio de Campazas, El Quijote*, obras de Larra y de Espronceda y varias novelas por entrega.

Atribuir, de manera general, a un libro o a una serie de libros, una determinada “influencia” en la conformación del pensamiento de un autor constituye una empresa siempre riesgosa. No es posible dejar de señalar, sin embargo, que muchos de los pasajes-clave de Ayarragaray poseen un indiscutible sabor volneyano. En 1888 Ayarragaray se graduó como médico psiquiatra en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires. Todavía estudiante, fue convocado a integrar el primer equipo de practicantes del Hospital de Clínicas; al concluir sus estudios obtuvo la medalla de plata de su curso. Su tesis de grado, La imaginación y las pasiones como causas de enfermedades, fechada en 1887, fue apadrinada por el Dr. Manuel Aráuz, catedrático de Patología Interna, y elogiada por el Dr. González Catán. En aquellas páginas tempranas ya es posible detectar, entre referencias a algunos médicos franceses aficionados a la estadística, un conjunto de elementos característicos de una sensibilidad que cabría caracterizar como conservadora, melancólica e inquieta por las transformaciones que la vida moderna parecía traer consigo, en especial en relación con esa franja compuesta por lo que él denomina “inteligencias cultas”:

Es verdad que son cortas las alegrías y amargos los recuerdos que dejan en pos de sí; que los dolores son más prolongados y numerosos que las horas de placer; que la vida moderna con exigencias múltiples crea mil necesidades difíciles, y que el recargo intelectual es inmenso y los afanes del espíritu ilustrado más inmensos todavía. La tristeza es la pasión de las inteligencias cultas, que desarrolladas por el estudio se engolfan en la solución de los variados problemas que ofrecen a la mente la observación de la naturaleza y el estudio de las ciencias y del destino humano. (La imaginación y las pasiones...: 65)

Además de médico psiquiatra, Ayarragaray fue político, periodista, diplomático, historiador y literato. En los años que siguieron a su graduación se desempeñó como médico del Hospicio de las Mercedes, como profesor de gramática en el Colegio Nacional, como secretario y vocal del Departamento Nacional de Higiene y como ministro de gobierno de la provincia de Entre Ríos, cargo éste que abandonó en 1891 para asumir una diputación nacional en representación de esa misma provincia. En su juventud colaboró en varios diarios: Sud América, El Nacional y El país, en el último mientras predominó la influencia directiva de Carlos Pellegrini. Por el clásico estudio de Juan Balestra (1935: 70ss.) sobre el Noventa, sabemos que, hacia 1889, Lucas Ayarragaray encabezaba al grupo de jóvenes “incondicionales” a Miguel Juárez Celman, a la sazón presidente de la República. En agosto de ese año, esos jóvenes ofrecieron una fiesta para anunciar su incorporación al Partido Nacional y homenajear a su jefe, que no era otro que el mismo Juárez Celman. Balestra, quien al parecer también asistió al agasajo, lo evoca en su libro (loc. cit.) con estas palabras:

El propósito íntimo era el habitual en los novicios: abrirse camino y conquistar la voluntad presidencial para la candidatura del doctor Cárcano, a quien rodean con entusiasmo como intelectual, como liberal,

como joven y como amigo. Allí se ofreció con desenfado una adhesión incondicional al Presidente. Se trataba del lenguaje político corriente, más que de cualquier abdicación; pero la gastada frase sonó a blasfemia y tuvo una repercusión enorme, porque concentraba la dejadez política de todos (...) Entonces había escrito (Francisco) Barroetaveña en 'La Nación' su 'Tu quoque juventud, en tropel al éxito. Los bolsistas fueron los primeros en felicitarlo. Nadie acusa con más fuerza que los cómplices arrepentidos (...) Ese artículo agrupó a su lado varios jóvenes intelectuales que no habían actuado en política (...) y agitó la opinión de un modo sorprendente.

Balestra también nos informa que aquellos jóvenes respondieron a la intervención de Barroetaveña del modo siguiente: "Pensamos que somos elementos nuevos que si no hemos hecho hasta hoy nada bueno; tampoco hemos hecho nada malo." Más allá de esta declaración circunstancial, la sentencia de Balestra según la cual "nadie acusa con más fuerza que los cómplices arrepentidos" pareciera aplicarse con relativa eficacia al caso de Ayarragaray; no tanto porque en su prédica ulterior embistiera en forma declarada contra Juárez Celman ni, tampoco, porque se uniera a las filas radicales, sino porque la constelación axiológica que lo veremos desplegar y defender a partir de entonces se entiende mejor al remitírsela a la sensibilidad que condenó el caudillismo, la intolerancia y el faccionalismo políticos en nombre de la civilidad,³ a la vez que denunció el delirio bursátil desde una perspectiva moralizante.⁴ Así pues, la operación emprendida por Ayarragaray aparece como doblemente

³ Desde luego, sería de gran interés conocer con mayor detalle el derrotero político de Ayarragaray en torno al Noventa. Si es evidente su proximidad al *Unicato* hacia el año de la crisis, también parece serlo que su relación con Pellegrini le permitió "sobrevivir" a la caída del presidente. Cabe de todos modos preguntarse si dicha relación existía con anterioridad o si es posterior a la caída de Juárez Celman. Más allá de eso, podemos seguir preguntando: ¿cuál fue la significación del primer gobierno de Roca?; ¿cuál la del gobierno de Juárez Celman?; ¿cómo ha de interpretarse la crisis y la "revolución"?; ¿será, como indicó Ramos (op. cit.), que Juárez Celman encarnó la "trágica imposibilidad del roquismo para fundar un país independiente"?; ¿será que la "revolución", en definitiva derrotada, fue una suerte de "revancha" de la oligarquía porteña contra aquel liberalismo nacional democrático representado por el primer roquismo y, de alguna manera, por Juárez Celman...?; ¿cuántos "Rocas" hubo?; ¿cuántos "Pellegrinis"?; ¿qué pensar, luego, del acuerdo entre Roca y Mitre...?; más concretamente, ¿habrá Ayarragaray trabajado a favor de la primera candidatura de Roque Sáenz Peña, quien renunció a ella tras la postulación de su padre Luis en el marco del acuerdo recién mencionado?; en otras palabras, ¿el distanciamiento de Ayarragaray respecto de Roca proviene de (o se incuba desde) 1891-92 o recién tiene lugar cuando se torna explícito, esto es, tras la ruptura entre éste y Pellegrini una década después...?

⁴ Para asomarse a este clima, es referencia ineludible la novela *La bolsa*, de Julián Martel, seudónimo de José Miró. *La bolsa* se publicó en forma de folletín en *La Nación* durante el año de 1890. Miró, que se desempeñaba como redactor en ese mismo diario, contaba con veintidós años cuando escribió la obra; poco después, murió de tuberculosis. En relación con Ayarragaray, cabe preguntarse si pudieran aplicársele a él mismo las palabras que brotaron de su pluma cuando para caracterizar a su amigo Joaquín Castellanos escribió: "Sorpréndese en él, sin embargo, como en los varones abundantemente dotados, una *dualidad moral*. Al lado de cada rasgo existe el rasgo contrapuesto que en ciertas condiciones borra la tendencia habitual. Sobrio a pesar de las aspiraciones pomposas del poeta; cifra orgullo en su pobreza, pero desearía la fortuna para arrojársela a manos llenas, como arrojaba el héroe griego a montones el incienso en el altar de Diana. Me hubiera complacido ver cargado de oro a este pródigo imprevisor. Tuve tal esperanza en los días clásicos de especulación y desenfreno, en 1890, cuando tanto descendió la probidad, época extraña cuya historia revelará una de las más extravagantes ficciones de lucro de una colectividad, en delirios de concupiscencias y apetitos en la cual se desconoció por igual el valor moral de las acciones y el valor material de las cosas. *Cada uno soñaba despertar abrazado a la fortuna*. Pero la fortuna de Castellanos, como otras tantas, se hundió, como

orientada: si por un lado tiende a poner en cuestión, de manera oblicua, a quienes hicieron de Juárez Celman el “chivo expiatorio” de la crisis, por el otro se orienta a desplegar, en forma no menos indirecta, una suerte de implícito acto de contrición personal por haber estado tan próximo a aquél.

Editado por la casa Peuser en 1893, Pasiones, estudios médico-sociales (1893) fue el primer libro de Ayarragaray; se trata, en rigor, de una ampliación de su investigación de tesis. En esas páginas es posible identificar lo que desde mi punto de vista son los dos impulsos básicos a partir de los cuales Ayarragaray interpreta el pasado nacional: uno, decadentista-nostálgico; el otro, fatalista. En sí mismo, cada uno de esos impulsos presenta aspectos problemáticos; naturalmente, su articulación es no menos dificultosa. En 1894 Ayarragaray contrajo matrimonio con Sofía Piñeiro, con quien tuvo cinco hijos. Además de diputado por su provincia natal fue también, más tarde, diputado nacional por la Capital Federal. Las enmiendas constitucionales de 1898, ligadas a la creación de nuevos ministerios y a la modernización del gobierno en general, lo encontraron entre sus principales animadores. En su paso por el parlamento presentó proyectos ligados a cuatro grandes racimos de cuestiones: acciones de fomento (canalización y faros en la isla Martín García; promoción de la navegación en los territorios del sur, etc.), negociaciones diplomáticas con Chile (presidió la Comisión creada a tal efecto), nacionalización de los inmigrantes (enseñanza del castellano en las escuelas italianas, prohibición de erigir estatuas a próceres extranjeros) y “defensa social”.

En los años del cambio de siglo, Ayarragaray era médico del Hospital Nacional de Alienados. De esa época datan algunas contribuciones suyas en los Archivos de criminología, medicina legal y psiquiatría (luego Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines), entre las que se cuenta una en colaboración con José Ingenieros. Corresponde señalar, aunque más no sea de paso, que el universo temático de los Archivos... constituye una ventana privilegiada a un entero clima de época. En sus páginas desfilan informes sobre locos, alcohólicos, prostitutas, curanderos, invertidos sexuales, criminales diversos, simuladores, erotómanos y, lo que interesa muy especialmente aquí, multitudes y caudillos. En mi opinión, en la frecuentación de ese universo temático Ayarragaray halló un terreno propicio para reforzar y actualizar su sensibilidad de clase, turbada y ansiosa frente al cúmulo de transformaciones experimentadas por su país y por el mundo en general. La disposición –las más de las veces abierta– a patologizar casi todo lo que no se parecía o no se asimilaba a su medio social de origen fue, desde su juventud y perdurablemente, una de las vías más transitadas por su pluma. De 1904 es la primera edición de La anarquía argentina y el caudillismo, estudio

las islas volcánicas, cuando la tierra se enfrió.” (“Joaquín Castellanos”, en *Estudios históricos y políticos*; mis cursivas). Agrego, ¿cómo evitar pensar en el Dr. Luis Glow y sus amigos; en particular en Juan Gray y León Riffi...?; El joven Ayarragaray, por su parte, ¿a quién se habrá parecido más: a éstos últimos o a “don Miguelín”...? En el cuerpo del capítulo haré referencia a intercambios epistolares entre Ayarragaray y Barroetaveña y Ayarragaray y Castellanos, los cuales han de ser considerados con estas preguntas en mente.

psicológico de los orígenes argentinos, editada por la casa Lajouane y que sin duda alguna ha de inscribirse sobre el telón de fondo de la crisis del roquismo y la concomitante escisión del Partido Autonomista Nacional⁵. Amigo personal de Roque Sáenz Peña y partidario de Carlos Pellegrini, Ayarragaray engrosaba por entonces las filas de los opositores a Roca. Desde el periódico Sarmiento, tomó parte activa en la campaña contra el general presidente; el propósito subyacente a *La anarquía...* no es otro que el de “explicar” a Roca, conceptualizado en sus páginas como manifestación hasta cierto punto nueva del viejo caudillismo; en la medida que se trata de uno de los libros más fatalmente pesimistas surgido de la atmósfera rioplatense del cambio de siglo, su análisis reviste especial interés para los fines del presente estudio.⁶ En 1907 Ayarragaray dio a conocer la primera edición de sus Estudios históricos y políticos, reeditado dos décadas después bajo el nuevo título de Estudios históricos, políticos y literarios, con material adicional cuya fecha exacta de elaboración resulta arduo establecer. En 1908 ingresó como miembro de número en la Junta de Historia y Numismática, futura Academia Nacional de Historia.

En torno al Centenario aparecieron varias contribuciones suyas derivadas de intervenciones en el parlamento, básicamente referidas a la ley de armamentos, al tema migratorio y a la cuestión social. En

⁵ La ruptura entre Pellegrini y Roca se produjo poco después de que éste, de acuerdo con el ministro Berduc y con el propio Pellegrini, propusiera la unificación de la deuda pública. Sensible al malestar que dicho proyecto generó en la opinión pública y presumiblemente aconsejado por el Gral. Mitre, Roca volvió sobre sus propios pasos, retiró la propuesta y “sacrificó” a Pellegrini, quien hasta entonces había sido la pieza fundamental de su gobierno. Ello explica la ruptura entre ambas figuras y la consecuente escisión del Partido Autonomista Nacional. De alguna manera marca también el inicio del crepúsculo político de Roca, telón de fondo de la sucesión presidencial de 1904. A este respecto, ha escrito Carlos Ibarguren en sus memorias (1999 [1955]: 167) “La Presidencia del general Roca llegaba a su fin; la influencia política de éste, que fuera antaño irresistible, había declinado totalmente con el derrumbe de su partido dividido y disperso. En esta situación, fatigado y envejecido después de tantos años de lucha, no tuvo el empuje de otros tiempos ni elementos para forjar una fuerza que proclamara y sostuviera un candidato de su predilección. A falta de partidos importantes –el radical estaba en la abstención conspiradora– se arbitró, como procedimiento para levantar una candidatura presidencial, constituir una *convención de notables* que eligiera al candidato. Esa asamblea se reunió, y bajo el influjo de Marcelino Ugarte, con la cooperación del senador, presidente provisional del Senado, Benito Villanueva. Aquellos ‘notables’ proclamaron la candidatura del doctor Manuel Quintana, que nunca fue partidario ni amigo del general Roca, dejando librada a la voluntad del candidato la designación del vicepresidente que integraría con él la fórmula para los próximos comicios (...) Poco después se aclaró el misterio: el doctor Quintana dispuso completar la fórmula que él encabezaba con el nombre del doctor José Figueroa Alcorta, nada afecto a Roca, y amigo de Pellegrini.” Como señalé en una nota anterior, no dispongo de elementos para precisar si el distanciamiento de Ayarragaray respecto de Roca se venía incubando desde 1891-92; en todo caso, los elementos a mi alcance conducen a pensar que el mismo se tornó explícito recién en 1903-1904.

⁶ Sería de enorme interés poner en relación *La anarquía...* con ese conjunto de obras “diagnosticadoras de males” que vieron la luz en el cambio de siglo latinoamericano. Carlos Marichal y Manuel Vargas (2004) enumeran: *Continente enfermo* (1898), del venezolano César Zumeta; *El triste porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), del mexicano Francisco Bulnes; *Nuestra América* (1903), del argentino Carlos Octavio Bunge; *América Latina: males de origen* (1905), del brasileño Manuel Bomfim; *Pueblo enfermo* (1909), del boliviano Alcides Arguedas; *La enfermedad de Centroamérica* (1912), de Salvador Mendieta. Por supuesto, emprender una comparación sistemática entre estas obras y sus respectivos contextos excede con mucho los objetivos de esta investigación.

términos generales, se advierte en ellas una adhesión abierta al clima de euforia que en ese momento caracterizaba a los sectores predominantes. Cual si se tratara de una pausa en su marcada disposición a nombrar los males del país, las consideraciones decadentistas y fatalistas notoriamente visibles en sus elaboraciones precedentes y subsecuentes, se ven reducidas al mínimo en sus aportaciones de ese tiempo. No puede eludirse la tentación de atribuir esta modificación de sus disposiciones generales al hecho simple pero verdadero de que, probablemente tras la muerte del presidente Manuel Quintana, el grupo político de que formaba parte había, por fin, accedido al poder. Durante la presidencia de Roque Sáenz Peña, Ayarragaray, que para entonces contaba con cincuenta años de edad, se desempeñó como Ministro Plenipotenciario ante el gobierno del Brasil. Desde allí fue uno de los principales promotores del tratado ABC. Su actuación en esa oportunidad le valió una condecoración “Al Mérito” otorgada por el gobierno de Chile. En la conferencia de homenaje a Ayarragaray que pronunciara en la Academia Nacional de Medicina en 1961, el Dr. Luis Esteves Balado puntualizó que en cierta ocasión el intelectual brasileño Ruy Barbosa se refirió a Ayarragaray como “el Tácito del nuevo mundo, por la austeridad y exactitud de su pensamiento y de su expresión”. Comenzada la Gran Guerra, el presidente Victorino de la Plaza designó a Ayarragaray embajador ante el rey de Italia. Tiempo después apareció una traducción de La anarquía... al portugués (Río de Janeiro: P. Arrua Rodas, 1916). Durante su estancia en Roma Ayarragaray fue autorizado a acceder al Archivo Secreto del Vaticano sobre América del Sud hasta 1830. De ese afán surgió su obra La Iglesia en América y la dominación colonial (1920). También fruto de su estancia en la península es el volumen Meditaciones en Roma (1923), en cuyas páginas revisita decididamente los senderos de la melancolía. Por su actuación diplomática cerca de su majestad fue condecorado con la Gran Cruz de la Corona de Italia.

Corresponde poner de relieve que fue el presidente Hipólito Yrigoyen quien removió a Ayarragaray de su cargo diplomático en Roma, cuando faltaba poco tiempo para su retiro. Es altamente probable que su iracunda prédica antiyrigoyenista y antirradical de los años veinte tenga como punto de partida aquella afrenta. En 1922 Ayarragaray ingresó como miembro de número en la Academia Nacional de Medicina. De 1926 es su “novela dramatizada” Dos mundos, cuya consideración puede resultar iluminadora de aspectos fundamentales de su “visión del mundo”. La prédica antiyrigoyenista y antirradical a la que me referí líneas atrás apareció inicialmente en publicaciones periódicas -mayormente en el diario La Nación- para luego ser reunida en el volumen Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos (que tuvo tres ediciones: 1926, 1930 y 1937, la última en dos tomos, y a cargo ya no de Lajouane como las anteriores, sino de L. J. Rosso). A diferencia de lo que sucediera con Leopoldo Lugones, Ayarragaray no tendió entonces ni, hasta donde sé, tampoco después, a deslizarse hacia posiciones abiertamente antidemocráticas. Los periódicos La Calle y La Época respondieron con encono a sus consideraciones sobre las elecciones de 1928, llamándolo “fósil” e

“inútil”, y extendiendo sus críticas al mismo diario La Nación. No he hallado escritos de Ayarragaray posteriores a 1930. El Boletín de la Academia Nacional de Medicina todavía lo muestra activo, después de esa fecha, en el área de higiene social. Parece que en ese tiempo su preocupación fundamental fue el ruido urbano y su influjo perturbador en la vida fisiológica y psicológica. En su Legajo consta alguna carta escrita hacia el final de la década en la que se disculpa ante el Dr. Houssay por sus ausencias, debidas a “los achaques de la edad”. En 1939, Carlos Ayarragaray y Ángel Pariente publicaron, bajo el auspicio de una comisión de homenaje designada a tal efecto, el Ideario de Lucas Ayarragaray. El volumen cuenta con un “Prólogo” firmado por Enrique de Gandía donde, entre otras cosas, se pone de relieve el íntimo parentesco que uniría la obra ayarragarayana con las de José María Ramos Mejía y Luis V. Varela. De Gandía considera a los tres como cumbres de la “historia sociológica argentina”. Además de ser miembro de número de las Academias Nacionales de Historia y de Medicina, el Dr. Ayarragaray fue miembro correspondiente de varias academias, institutos y sociedades de distintos países del mundo. Falleció en 1944.

1. Doble impulso inicial

En 1893 Lucas Ayarragaray dio a conocer *Pasiones, estudios médico-sociales*, su primer libro. Como anticipé, se trata de una ampliación de su tesis de grado; a diferencia de ésta, ha de inscribirse sin vacilación en la atmósfera que siguió a los críticos sucesos del Noventa. Las páginas de *Pasiones...* albergan dos impulsos fundamentales en relación con el pasado histórico argentino. Uno, predominante, que cabe designar como decadentista-nostálgico; otro, emergente en la parte final del capítulo décimo, que puede caracterizarse como fatalista. Tomada en su conjunto, la obra reincide de manera notoria en la disposición de signo melancólico esbozada en la tesis del año 87, según la cual los cambios sociales, políticos e intelectuales que removieron los fundamentos de la sociedad tradicional promovieron profundas y turbadoras mutaciones a nivel social e individual; en opinión de Ayarragaray, la vida, antaño sosegada, se fue volviendo cada vez más una lucha continua, ansiosa y pletórica de patologías emocionales que al especialista le correspondería explicar, clasificar y tratar.⁷ Pese al innegable predominio de esta disposición, el capítulo décimo del volumen –referido a las pasiones políticas– contiene, especialmente en su parte final, una inflexión notable que marca el tránsito hacia las tesis más cerradamente fatalistas de su obra mayor publicada en 1904, *La anarquía argentina y el caudillismo*. Inflexión y tránsito no equivalen a mutación definitiva; como tendremos ocasión de comprobar, ambos impulsos, el decadentista y el fatalista, tenderían a coexistir, con énfasis variables y en constante y peculiar tensión, a lo largo de la entera trayectoria intelectual de Ayarragaray.

¿Qué hay en las páginas de ese décimo capítulo? En principio, sobre un telón de fondo tradicionalista, y en perfecta articulación con la disposición decadentista-nostálgica recién referida, se detectan tanto una condena matizada de los trastornos políticos y sociales derivados de la Revolución Francesa⁸ como una patologización, también abemolada, de los “legisladores de gabinete”, esos “vislumbradores de repúblicas ideales y perfectas” que con sus quimeras no hacen otra cosa que exaltar la imaginación de las masas, dando lugar así a la

⁷ El capítulo IV de *Pasiones...* es una reelaboración de un artículo publicado en 1889 en los *Anales del Círculo Médico Argentino*, titulado “Causas sociales del neurosismo contemporáneo” y al que también cabe considerar como derivación de su tesis de grado. En *Pasiones...*, “neurosismo” se sustituye por “nerviosismo”.

⁸ Considérese el siguiente pasaje: “Las pasiones políticas desencadenadas, alteran las funciones importantes, provocan el aborto, la mortalidad infantil, las enfermedades del corazón, y hacen estallar por la sobreexcitación nerviosa los estados mentales.” (*Pasiones...*: 273)

incubación de “fermentos de socialismo”.⁹ Todo esto es contrastado con la vida “mansa y serena” del labrador, con la “calma de las costumbres”, con la “conservación de la desigualdad originaria” propias del Antiguo Régimen. Hasta aquí Ayarragaray habla, si no como un reaccionario consumado, sí como un tradicionalista moderado, -melancólico y perplejo ante las transformaciones que tenían lugar ante sus ojos. La inflexión hacia el impulso fatalista se aprecia cuando se dispone a pensar la vida argentina a partir de los señalamientos generales descriptos. El siguiente pasaje es capital:

A pesar de nuestra corta existencia independiente, tenemos casi en la historia todos los tipos políticos individuales y colectivos que se engendran en las edades tumultuarias de los pueblos en formación, donde se agitan partidos ansiosos e inquietos, que no conciben fuera de sus filas ni virtud ni patriotismo que ellos solos quieren monopolizar. Imbuidos en estas exclusiones, vejan y rebajan sin piedad a los contrarios (...) *¿Quién no oyó en los viejos hogares, esos hechos terribles que han dejado en las memorias todavía espantadas de los ancianos, los desmanes de nuestras tiranías? (...) Está aun por escribirse la larga tragedia de nuestro país, con partidos hoy oprimidos y mañana opresores, que se arrebatában en su delirio para herirse, las mismas armas (...)* *¿Cómo describir el estado mental, la psicología de un pueblo tan profundamente perturbado por el terror, el odio, las tristezas y las venganzas? (Pasiones...: 267ss.; mis cursivas)*

Como puede apreciarse, la oposición entre lo tradicional positivo y lo moderno en turbadora ebullición se quiebra aquí irremisiblemente, dando paso a una valoración enteramente negativa del pasado nacional, que casi no deja lugar para la melancolía ni para la nostalgia. No es excesivo sostener que allí están prefigurados el proyecto (“*Está aun por escribirse...*”) y la tesis central (“*la larga tragedia...*”) de *La anarquía argentina y el candillismo*. Obligado matiz: en esas mismas páginas de *Pasiones...* se recupera con signo positivo “la vida ponderada y plácida de la colonia” (pp. 264-265); veremos enseguida que en *La anarquía...* esa disposición de signo tradicionalista tiende a difuminarse, siendo desplazada por un fatalismo más cerrado. Más allá de estos señalamientos, no puede negarse que en la parte final del capítulo décimo de *Pasiones...* los planos tienden a confundirse, resultando arduo y espinoso calibrar con precisión cuánto hay allí de interpretación histórica global, cuánto de afán por “explicar” y “explicarse” la crítica coyuntura del Noventa y cuánto de relato justificador de la

⁹ Aclara Ayarragaray que los revolucionarios –fanáticos, locos, desechos de la sociedad- pueden en su momento llenar un determinado “fin histórico”, abriendo el camino a los “reformadores pacíficos y discretos”.

propia actuación en ella. Sin aspirar a proponer una “ecuación definitiva” al respecto, quisiera avanzar algunos pasos sometiendo a consideración del lector tres pasajes:

En una democracia como la nuestra, sin clases estables todavía, como que todo data de ayer, las más altas posiciones quedan abiertas al talento, al oportunismo y al esfuerzo, de donde quiera que salga. Los caminos que conducen al poder, están llenos de *impacientes desenfrenados* a quienes el recelo, el deseo y la ambición, sostienen en continua y exaltada actividad. Se libran alrededor de las posiciones querellas encarnizadas y terribles; allí la lucha es sin cuartel y sin descanso; la supremacía se disputa brazo a brazo en un estrecho estadio, donde la intriga y el talento unen sus esfuerzos para ganar voluntades y obtener sumisiones. (*Ibid.*: 258-259; mis cursivas)

El éxito en el peculado, ha creado en nuestro país una clase de improvisados, sin historia, sin carácter y sin moral. Sí! Faltos de la moral que sólo se aprende en el honrado seno de la familia constituida según las viejas prácticas, y nunca en los hogares envilecidos que apenas si consiguen el oropel de la fortuna improvisada, a cubrir sus desvergüenzas. (*Ibid.*: 276)

En medio de estos dolores que se difunden en todo el ser y que la cultura y la habilidad obligan a *disimular*, para alejar si es posible las sospechas que puedan destruir planes y propósitos ulteriores, se lucha continuamente consigo mismo mientras la decepción, el despecho y la inquietud, alejan el sueño y la tranquilidad. (*Ibid.*: 259-260; mi cursiva)

Digamos ante todo lo obvio, que no por tal es menos verdadero ni menos importante: en el núcleo del pensamiento de Ayarragaray laten notorios impulsos clasistas y racistas que remiten en forma invariable a un sistema de oposiciones bastante simple, apreciable con toda claridad en los dos primeros extractos recién referidos y sobre el que no parece necesario detenerse ahora. Quisiera, más bien, llamar la atención sobre dos cuestiones complementarias. Una, el recostarse sobre motivos orientados a poner de relieve los enfrentamientos fratricidas y la escasa disposición a la tolerancia entre facciones políticas parece haber sido una estrategia simbólica a la que acudieron otros personajes a quienes la dimisión obligada de Juárez Celman dejó, al menos por un momento, relativamente “descolocados”.¹⁰ Segunda cuestión: desde la época en que publicó su primer libro, vemos a Ayarragaray reivindicando el ideal de la “serenidad imperturbable” –aun en la desgracia y en la ruina- como refugio intelectual y existencial frente a las inevitables turbulencias de la vida política y social. Este tópico,

¹⁰ Pienso, por ejemplo, en Agustín Álvarez. Desconozco si existieron vínculos directos entre Álvarez y Ayarragaray, sin embargo, parece innegable que, en ambos casos (y más allá de las notorias diferencias que existen entre sus respectivas elaboraciones), la estrategia referida contribuyó a abonar una prédica orientada a borrar los respectivos pasados juaristas en nombre de la tolerancia y la civilidad.

retomado por él ulteriormente, empalma de manera problemática con aquel otro –cuya primera formulación en esbozo se deja apreciar también en *Pasiones...*– que consiste en constatar, y a la vez lamentar, el retraimiento de los elementos moderados, conservadores y virtuosos en la situación abierta por la exaltación de las pasiones y el ascenso irrefrenable de los ambiciosos e impacientes... A partir de la consideración del último pasaje transcrito parece legítimo inferir que, al menos en 1893, aquella “serenidad imperturbable” propuesta por Ayarragaray distaba mucho en su caso de ser tal. Su diatriba contra el oportunismo desenfrenado es seguramente un reflejo de clase con componentes elitistas y racistas; probablemente sea también, al menos en parte, una extraña combinación de puesta en cuestión de quienes hicieron de Juárez Celman “chivo expiatorio” de la crisis y un oblicuo acto de contrición personal por haber formado parte del grupo de jóvenes “incondicionales” al presidente caído.

2. Un libro fatal para explicar a Roca

En 1904 Ayarragaray publicó *La anarquía argentina y el caudillismo, Estudio psicológico de los orígenes argentinos*. La obra participa de la constelación de significados propia del cambio de siglo, aunque con algunas particularidades notables. Como anticipé, en sus páginas se retoma y desarrolla el impulso fatalista esbozado en el capítulo décimo de *Pasiones...*, difuminándose en términos relativos la orientación decadentista-nostálgica, cuyo peso relativo había sido considerable en sus primeros escritos. A diferencia de *Pasiones...*, el contexto inmediato de *La anarquía...* ya no es la atmósfera que siguió a la crisis del Noventa, sino el correspondiente a la ruptura entre Pellegrini y Roca y a la concomitante escisión del Partido Autonomista Nacional. Como sabemos, en esa coyuntura Ayarragaray tomó parte activa a favor de Pellegrini y en contra de Roca, explicitando su distanciamiento frente a éste, que acaso se incubaba desde una década atrás. Al menos en parte, los desarrollos contenidos en el volumen constituyen una vasta operación simbólica orientada a “explicar” desde una perspectiva supuestamente “histórica” al general que un cuarto de siglo atrás había conquistado el “desierto” y que ahora concluía su segunda presidencia.¹¹

¹¹ Debo hacer constar aquí que, lamentablemente, no me resultó posible acceder a la primera edición de *La anarquía...*. Los comentarios que siguen están basados en la lectura de la tercera edición “aumentada” de

En términos formales, *La anarquía...* procura seguir cierto ordenamiento cronológico; sin embargo, más que el relato de una secuencia lineal, su estructura semeja una serie de anillos entrelazados, en la que el tiempo avanza lento y sinuoso, repitiéndose a sí mismo con muy ligeras variaciones. En cada una de sus fases, el largo proceso al que está consagrado el relato aparece tan igual a sí mismo, que llega a confundirse con una esencia. En efecto, para el Ayarragaray de 1904, el enigma de la inestable civilización política argentina debiera descifrarse a partir de una acertada comprensión de la disidencia íntima entre los distintos componentes que conforman la nacionalidad (españoles, indígenas, africanos):

Desentrañando, pues, nuestra psicología histórica de su trama fundamental, de disposiciones innatas, se evidencia *la tradición de la sangre*, de modo tal, que pareciera estar en la primera gota, el destino de la última. (*La anarquía...*: 75)

Como hiciera Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*, como haría Leopoldo Lugones en *El imperio jesuítico*, Ayarragaray tematiza en los primeros tramos de su libro la situación de la España del siglo XV y los avatares de la Conquista de América. A su juicio, múltiples determinismos geográficos y étnicos imprimieron a la vieja España un temperamento predominantemente ascético y épico; es por ello que la nación ibera siempre habría tendido a “mirar de reojo” las preocupaciones materiales y positivas. A lo largo de esos pasajes Ayarragaray roza algunos de los lugares comunes desde los que ha tendido a explicarse la decadencia económica y militar española¹²; no es posible afirmar unilateralmente, empero, que el suyo sea un pensamiento unívocamente anti-hispanista; en rigor, se trata de un pensamiento atravesado por llamativas tensiones a este y otros respectos. Desde su óptica, la raza española ha sido esclarecida e intrépida, pero su potencia y vigor han estado constantemente amenazados por su constitutiva heterogeneidad. Aquí nos topamos con uno de los ejes fundamentales del pensamiento ayarragarayano, que vale la pena retener: lo homogéneo siempre es preferible a lo heterogéneo, estigma de linaje impuro y deficiente. Pero, aun cuando esa España carcomida por una lobretez espiritual derivada de tales constitutivas impurezas no

1935 (hubo una segunda diez años antes). Restaría cotejar las tres ediciones para evaluar si las modificaciones son significativas en relación con los propósitos de este estudio.

¹² Entre otros, en estas páginas aparecen mencionados Martin Hume y Chateaubriand (quienes habían puesto de relieve la raíz árabe de los españoles) y H. Buckle (que había pretendido mostrar que España había violado las leyes que presiden el progreso).

haya sido capaz de sostener su predominio y de adaptarse con éxito a las exigencias del espíritu moderno, no correspondería a sus ojos juzgarla con excesiva severidad:

¡Disculpemos a la venerable madre España cierta carencia de vocación económica, ya que la tal diferencia compensóla una vocación superior! (...) Basta para la inmortalidad de España haber preservado al Occidente de la dominación islámica y descubierto y colonizado continentes nuevos, completando las configuraciones geográfica, económica histórica y social del mundo. (*La anarquía...*: 27 y 39)

Es en relación con estas cuestiones que aparece uno de los escasos destellos de optimismo de *La anarquía...*: los embriones espirituales dejados por España en América conformarían un patrimonio que, renovado, podría permitir el florecimiento de una civilización poderosa y original. No es difícil advertir el carácter excepcional de ese rapto de optimismo; pocas páginas más abajo, Ayarragaray introduce una doble afirmación que, alejándose de aquél destello fugaz, sirve de cimiento a la oscura tesis del libro al tiempo que prefigura una faceta de buena parte de la sombría prédica que cultivaría en años por venir: *al tomar contacto con la prepotente España europea, la simplicidad de los bárbaros americanos resultó pervertida; al tomar contacto con la barbarie indígena, la cultura de la España europea se degradó*. Esta doble afirmación –acaso tan sombría y fatal como pudiera concebirse– viene acompañada de un dispositivo lexical abundante y monocromático: bodrio, promiscuidad, adulteración, bastardeo, rusticidad, desquicio, rudeza, grosería, descuido, ignorancia, mentira, indisciplina, turbulencia, etc. A partir de él, Ayarragaray caracteriza en su *Anarquía...* al período colonial y a los años que siguieron a la Independencia. No carece de interés constatar cómo se aleja de la perspectiva mitriana en este punto medular:

Menguada y fragmentaria nos entró la civilización española por la gentualla que venía, *quizá la más inferior de todas las que acudían a las diversas colonias de Indias*; las poquísimas personas de relativa calidad –funcionarios y empleadillos– presto se vulgarizaban y decaían por la presión del medio bárbaro. (*La anarquía...*: 46, mis cursivas)

Sin embargo, paralelamente y de manera algo contradictoria con estas últimas aseveraciones, sostiene que otra habría sido la historia de las Indias si España las hubiese conquistado en la época en que florecían en Aragón y en Castilla instituciones liberales y comunidades políticamente vivaces. Desafortunadamente, y a diferencia de lo que habría

sucedido entre Inglaterra y sus colonias de América del Norte¹³, la España de los Austrias sólo pudo transmitir a sus dominios un concepto hipostasiado de gobierno ejecutivo.¹⁴ Ayarragaray no llega a preguntarse seriamente qué relaciones hay entre éste último concepto y los factores que años antes del Descubrimiento habían hecho florecer, en la misma España, instituciones políticas de avanzada. Su pensamiento no sigue jamás esa senda (ella lo habría llevado, tal vez, a cuestionar el modo en que concebía la relación entre raza e historia); prefiere en cambio enfatizar el hecho de que, en el Plata, la primera generación mestiza combinó los caracteres del hidalguelo y del pícaro, volviéndose pronto turbulenta e indisciplinada, y prefigurando *ab initio* el genio de la política argentina (“pareciera estar en la primera gota, el destino de la última”).

Pero, ¿cuáles son las ideas de Ayarragaray sobre las razas y el mestizaje? En cierto lugar afirma que no considera a las razas exclusivamente en su acepción antropológica, sino como “entidades mentales” modeladas por la historia: la raza sería para la humanidad lo que el temperamento para el individuo (*La anarquía...*: 184-185). En lo que se refiere a su noción de mestizaje, conviene poner de relieve una extraña tensión: por una parte, recupera con frecuencia una idea muy presumiblemente tomada de Gobineau según la cual toda mezcla resulta degradante: “la esencia sutil se volatiliza al mezclarse perfumes de naturalezas diversas.” (*La anarquía...*: 235)¹⁵; por la otra, señala, con espíritu igualmente racista pero ligeramente progresivo, que a través de fatigosas elaboraciones seculares las razas inferiores que encastan con las superiores pueden fijar caracteres definitivos capaces de evitar atávicas y malsanas supervivencias, idea ésta que nos pone en contacto con otro de los ejes fundamentales del pensamiento ayarragarayano, que sin duda conviene retener: la imagen de lo atávico latente y

¹³ No es fácil hallar en Ayarragaray esa propensión, tan característica entre los pensadores prototípicos de la ilusión argentina, al despliegue de similitudes y paralelismos entre las dinámicas históricas norteamericana y argentina. Ayarragaray evoca recurrentemente al mundo anglosajón en tanto modelo a seguir, pero si hubiera que destacar un énfasis en su pensamiento a este respecto habría de ser su insistencia en la sudamericaneidad de la Argentina. Ciertamente, su anglomanía da qué pensar: si la valía política de los anglosajones es debida a cuestiones raciales, queda claro que ella le está vedada a un pueblo como el argentino, conceptuado desde el principio como híbrido y bastardo; así planteadas las cosas, sólo quedarían como alternativas viables la resignación completa o la práctica de una eugenesia radical. Por supuesto, Ayarragaray no llega a plantear explícitamente tal encrucijada; apenas si bordea su contorno.

¹⁴ A diferencia de Mitre, que veía en los Cabildos sendos gérmenes de propensiones democráticas, Ayarragaray sostiene que ellos “fueron en la vida real de la colonia, modestas dependencias burocráticas, sin funciones políticas, sin autoridad propia, compuestos de pulperos enriquecidos, enhiestos, pero ignorantes y ordinarios, que se reunían de tarde en tarde para tratar asuntos trivialísimos.” (*La anarquía...*: 137)

¹⁵ *Inegalités des races humaines*, de Gobineau, aparece mencionado en las páginas 228n y 229n de *La anarquía...*, primero en relación con el problema de la aparición de atavismos inesperados y luego con respecto a los vascongados establecidos en Chile.

amenazante, capaz de reaparecer en el momento más inesperado.¹⁶ Me gustaría destacar entonces que las ideas sostenidas por Ayarragaray en relación con el problema del mestizaje superponen, de manera contradictoria, dos motivos distintos: de un lado, un profundo pesimismo de corte gobineauo, que ve en el mestizaje el camino seguro hacia la decadencia; del otro, una leve esperanza en la posibilidad de mejorar la especie a través de cruas selectivas sistemáticas. En el diagnóstico de *La anarquía...* prevalece, por supuesto, el primero:

La débil corriente de sangre española que afluyó al Río de la Plata hasta el día de la secesión, se insumió en el vasto mar de sangres indias y africana. Las condiciones en que se realizó y desenvolvió la Conquista, fijó en el mestizo rasgos determinados del español: orgulloso, taciturno, turbulento y dogmático, quebrantado por la sumisión del negro, la disimulación, el ocio y la sorna del indio, que alternaron en las mezclas de tipos complejos. Los linajes se pervirtieron por uniones ilegítimas, espurias, de razas sin afinidades. De ahí nació civilización confusa y rebajada. (*La anarquía...*: 222)

De manera que, en el Ayarragaray de 1904, la civilización argentina es una civilización híbrida y bastarda; de ese rasgo de psicología étnica derivan el atraso político del país y todas las demás deficiencias de carácter de sus habitantes. Es esa herencia oscura la que permite explicar las características de la política criolla, con sus perennes propensiones hacia la coerción, la riña y el desmán, y su afinidad con un “tipo rebañero de organización social”:

Si remontamos las corrientes hasta llegar al manantial de nuestra historia, sólo encontramos limosas aguas de fraude y de desorden (...) *Nuestra historia careció de paraíso terrenal* y, si desgarráramos el velo que la leyenda o la ficción pusieron sobre nuestros ojos, nos encararíamos con la semi-barbarie de un pueblo mestizo y rudimentario. (*La anarquía...*:153, mis cursivas)

¹⁶ Para Ayarragaray hay tipos superiores de mestizos (el cuarterón, el octavón, el puchuele, etc.) que sólo mediante disquisición científica era y es posible separarlos de los españoles auténticos. Desde su óptica, tales tipos representan, por un lado, una perspectiva de mejora racial; por otro, un peligro permanente de regresión, de herencias de retorno, de reaparición de los deleznable estigmas físicos, psíquicos y morales que, a su juicio, acompañan a la bastardía. En sus palabras: “Aun en tiempos modernísimos a cada rato se topa en las capas más encumbradas con tipos mestizos a veces muy atenuados, pero que observados, denuncian su naturaleza espuria (...) en conjuntos de rasgos desprovistos de armonía y de nobleza, signos evidentes del abolengo indígena o africano. A las veces y en muchos de tales mestizos, casi desaparecieron los estigmas anteriormente enumerados, pero perduran los estigmas psíquicos y morales, coeficientes virtuales de la bastardía.”(*La anarquía...*: 227-228).

El único matiz que cupiera introducir a este respecto es de tipo regional, y tiene que ver con ciertas diferencias puntualizadas por el autor entre el Interior y el Litoral del país.¹⁷ Pero más allá de eso, queda claro que para Ayarragaray la Argentina posee un pasado bastardo que ha condicionado fatalmente su evolución. Ni siquiera la minoría dirigente podría aducir un origen menos cuestionable:

De ese conjunto de burgueses rutineros y egoístas (...), gente pacata y de ideas menguadas, la cual se enriquecía a la manera árabe acumulando en escondrijos las piezas de oro y plata, surgió la minoría criolla directora. Esos regatones meticulosos fueron los últimos vástagos del audaz y pródigo aventurero español. (*La anarquía...*: 63)

Más adelante:

La bastardía cundió a todos los ámbitos y a todas las clases, desde los prístinos tiempos del Descubrimiento, hasta épocas próximas. La estirpe espuria fue condición normal y a tal punto, que poquísimos, sin osadía, pudieran ufanarse de pureza de sangre. No siendo homogénea la raza – amalgama de desechos étnicos- caracterizóse desde sus comienzos por singular capacidad para absorber cualesquiera raleas. (La anarquía...: 225; mis cursivas)

Entre esos “poquísimos” se cuenta, por supuesto, el propio Ayarragaray. Al promediar el primer capítulo de *La anarquía...* nos informa amablemente, en extensa nota al pie, que entre sus papeles de familia posee un expediente de “entroncamiento de hidalguía y limpieza de sangre”, litigado en el 1600 ante la justicia del Valle de Oyarzun. Sin dejar de reconocer la ligazón de aquellos afanes con anacrónicos prejuicios, aclara que sus antepasados ya habían litigado un documento similar hacia principios del siglo XVI y nos dice, con pulso firme: “es más probable que un hombre de sangre limpia sea más moral que un híbrido o un bastardo.” (*La anarquía...*: 30-31n) Mucho más adelante, en las primeras páginas del capítulo XIII, pone de relieve la propensión de los vascos a conservar su pureza de linaje, es decir, a no

¹⁷ Desde su punto de vista, en el Interior, donde predominaba la raza quechua -con resabios de cultura incásica-, el mestizaje fue más generalizado; en el Litoral, donde predominaba la raza arauco-pampeana, el mestizaje fue menos regular y mayor la apertura a los influjos extranjerizos: así, pronto comenzó a constituirse allí un tipo cosmopolita. Enredándose otra vez en valoraciones contradictorias, Ayarragaray “lamenta” que faltara en ese *homo novus* litoralense (a la sazón el menos afectado por el mestizaje) el espíritu tradicionalista y la quietud de sentimientos del hombre del Interior. Por el influjo que ejercerían las naturalezas grandiosas sobre las razas jóvenes y simples, el temperamento de los habitantes de esas regiones tendió a diferir, resultando el mediterráneo más reflexivo y más expansivo el litoralense. Previsiblemente, también fueron de distinta índole los caudillismos que despuntaron en cada zona: ensimismado, astuto y maquinador el del Interior (prototipo de la caudillería sedentaria); montonero, turbulento y guerrillero el del Litoral (prototipo de la caudillería andante).

involucrarse en mezclas de sangre que pudieran bastardear la suya.¹⁸ Según Ayarragaray, que se apoya aquí en Gobineau, esta particularidad puede apreciarse con toda claridad en el caso chileno, cuya población blanca habría sido casi toda de origen vascongado, no siendo otra, a su juicio, la causa de la excepcional estabilidad del régimen oligárquico de ese país. A diferencia de los vascos, los habitantes de otras regiones de España se habrían entregado en América a procreaciones desenfrenadas, hecho que tuvo consecuencias desastrosas en los planos étnico y político. La miscigenación aparece así en el núcleo de la etiología de las pasiones exacerbadas y, también, de la locura...

Retomemos el hilo del singular relato ayarragarayano. Aun cuando “bullían ya en el seno de la embrionaria sociedad los elementos de la futura anarquía criolla” (*La anarquía...*: 52), ellos no se manifestaron de manera cabal ni inmediata: establecida la *paz española* en Indias durante la Colonia, las costumbres asumieron por un tiempo largo “un cariz patriarcal”. A los ojos de Ayarragaray la Independencia significó ante todo una continuidad respecto de ese pasado colonial; no obstante, en la medida que barrió las jerarquías, provocó el enardecimiento de aquellas tendencias atávicas pacificadas (reaparece aquí el motivo de las pulsiones atávicas latentes):

El Estado argentino fue simple variante del colonial, como éste lo había sido del castellano. Estado esencialmente mixto, o sea semi-español y semi-indígena, quizá más indígena que español. La población inferior siguió como antaño, inerte y sumisa, hasta encarnar sus rudimentarias tendencias en el mandón o en el caudillo, engendro tardío del conquistador encomendero y del cacique. (*La anarquía...*: 50)

Así pues, para Ayarragaray, las transformaciones que trajo consigo la Independencia se reducen a la alteración de los caracteres de la organización jerárquica virreinal y a la incorporación del militarismo y de las montoneras (revolucionarias o electorales) de las campañas a la dinámica política. Aliviado de las contenciones anexas al dominio castellano, el temperamento criollo cobró entonces todo su brío, temerario e inquieto, y se desbordó. Fue así

¹⁸ En más de una ocasión insiste sobre este aspecto. Considérese por ejemplo el siguiente pasaje: “Cuando todo cedía a Roma, los Cántabros resistían, y Horacio exclamaba: *Cantaber in bello / Terribilis ut leo*. Debido a semejante fuerza de integridad, conserva cualquier hidalguete vascongado en medio de las tribulaciones inmigratorias su prestancia altiva y señoril, y la pujanza para labrar su independencia económica y social. Tan profunda probidad fue quizás el factor que más contribuyó a levantar el pedestal de la familia hispano-americana, núcleo vivaz, penetrado por las virtudes más íntimas de aquella raza y que contribuyó a conservar el patrimonio moral de las generaciones argentinas salvándolas de la bancarrota.” (“Los vascongados en América”, en *Estudios históricos, políticos y literarios*: 22)

como se instauraron la *gauchocracia* como sistema político y el *caudillo* –combinación tardía de encomendero y de cacique- como su figura prototípica. Desde su óptica, los episodios iniciales de la revolución ofrecen una síntesis confusa pero integral de los principales componentes psicológicos que desempeñaron papeles trascendentes en casi todos los gobiernos y oposiciones posteriores. En aquellos años, con el “triumfo” de Saavedra –conceptuado a la vez como patriota preclaro y como embrión del mandón- sobre Moreno –visto como encarnación del temperamento liberal-civil propio de las siempre desdichadas minorías intelectuales argentinas. Con ese golpe, especie de *pecado bíblico*, habría comenzado la subversión de la conciencia política argentina: “no debiera sorprendernos que aun llegaran hasta nosotros las consecuencias de aquellos remotos errores.” (*La anarquía...*: 200) Desde aquella discordia precoz, el gobierno no pudo concebirse sin la omnipotencia y la oposición sin la propensión al motín. Según Ayarragaray, intentos por cubrir, espíritu jacobino mediante, esas congénitas monstruosidades con doctrinas importadas no fueron más que “pedanterías” e “imitaciones simiescas”, invariablemente infructuosas (*La anarquía...*: 183; 207, etc.). Las instituciones y poderes nuevos jamás pudieron establecerse con firmeza; en cambio, la potestad ejecutiva – con hondas raíces en el pasado- se desarrolló floreciente, sofocando todo lo demás. Las innumerables disputas entre los caudillos (síntomas, para Ayarragaray, de una *regresión* al espíritu cantonalista español) jamás se apoyaron en intereses sociales más o menos complejos, sino que se redujeron invariablemente a querellas personales, vinculadas a su vez con desmesurados sueños de dominación, propios de “almas elementales”. Ningún poder surgido en esa atmósfera viciada pudo subsistir normalmente; por ello, todos debieron reforzarse con atributos de excepción y facultades extraordinarias.

Aduce Ayarragaray que, paralelamente a esta “ciclópea subversión del orden social”, y al compás de una actividad económica creciente, comenzó a constituirse, principalmente en Buenos Aires, una clase de acaudalados ansiosa de paz interna y vida regular: todo lo que no había podido dar el dogmatismo legal, dicha clase se lo reclamaría al dogmatismo arbitrario o autocrático. De esas ansias derivó Rosas, cuya figura ha de interpretarse, a los ojos del autor, no como una desviación, un retroceso o una excepción, sino como el *fruto maduro* del oscuro pretérito descrito. De esta manera, Rosas vino a contrarrestar la “orgía criolla del desorden” con la “orgía criolla de su omnipotencia delirante”. Insistiendo en un tópico que habíamos identificado ya en *Pasiones...*, Ayarragaray no deja de lamentar el prematuro desapego de las clases conservadoras por la vida pública; a su juicio, esa actitud dejó un “vacío de honor y de

virtud”, que con frecuencia fue aprovechado por las turbas mestizas para entronizar mandones mediocres; no conviene olvidar esta insistencia, a la que veremos reaparecer una y otra vez a lo largo de su itinerario intelectual.

Sin que quede completamente claro cuándo fecharla, Ayarragaray refiere una supuesta evolución de las formas del caudillismo: violento, muscular y cantonalista en sus inicios, se tornó astuto, intelectual y centralizado más tarde.¹⁹ A través de esa dinámica, el caudillo bravío y vecinal fue paulatinamente reemplazado por el caudillo semiculto, manso, simulador de la legalidad, de influjo nacional y potestad omnímoda. Aun cuando tal evolución hacia el pudor político y la centralización –vinculada a su vez con el predominio de una atmósfera escéptico-utilitaria y con el crecimiento económico–, es juzgada como un progreso, no es vista como causa ni como manifestación de transformaciones substanciales. Ya lo sabemos, en *La anarquía...*, la historia es leída desde la clave de la continuidad; sus páginas dan cuenta de una suerte de no-dinámica en la que sólo se actualizan esencias, no sucediendo prácticamente nada nuevo jamás...

La referencia a este conjunto de rasgos del pensamiento del Ayarragaray de los primeros años del siglo XX nos conduce a la cuestión que más nos interesa: sus concepciones sobre el presente y el futuro de la Argentina. En *La anarquía...* sucede algo extraño en relación con estas dimensiones. En efecto, por un lado, y más allá de sus afanes continuistas y fatalistas, Ayarragaray tiende a poner a distancia ese pasado fatal, volviéndolo remoto: “aquella edad de piedra de nuestra política” (*La anarquía...*: 153). Así, en ciertos momentos pareciera adscribir a las visiones de la historia descritas en las secciones finales del capítulo anterior, visiones que, como se recordará, introducían un corte abrupto en la historia argentina después de la caída de Rosas, la cual habría dado inicio a una secuencia de progresos ininterrumpidos. En esos momentos Ayarragaray se auto-coloca en un tiempo presente que parece estar superando los rasgos más negativos del oscuro pasado:

Nuestras imaginaciones disciplinadas y pacificadas por garantías y holguras de existencia regularmente regular difícilmente puedan evocar las escenas del estupendo desquicio. (*La anarquía...*: 126)

Más adelante:

¹⁹ Señalaré al pasar que, respecto de la distinción entre lo muscular (violento) y lo intelectual (astuto), Ayarragaray reconoce su deuda con el criminalista italiano Enrico Ferri (*La anarquía...*: 145n).

Sería difícil apreciar hoy, con nuestro criterio relativamente disciplinado y utilitario, la exaltación generosa de aquellas almas. (*La anarquía...*: 198)

Aun considerando esta sola dimensión, relativamente progresiva, el optimismo que destila *La anarquía...* es sumamente pálido y se diferencia claramente no sólo de otras obras importantes aparecidas en la misma época, sino también de una serie de intervenciones producidas por el mismo Ayarragaray poco después.²⁰ Si a partir de los últimos pasajes transcritos pudiera pensarse que la Argentina de Ayarragaray también transitaba la senda que iría a conducirla hasta un destino de grandeza, debe reconocerse que se trata de una impresión en verdad tenue: en el último capítulo de la obra no hay soles radiantes, ni augustos esplendores, ni celebraciones entusiastas, sino una muy contenida reafirmación del credo alberdiano, puesta en la clave del determinismo racial:

Las bibliotecas extranjeras requieren el abono de la inmigración y de sus derivaciones espirituales, y urge por tanto, atraer colonos de buena raza (...) Cuando tengamos una densa población superior y, anonadado el despoblado y desleído(a) en excelente sangre nuestra hibridez, habremos desarraigado a uno de sus exponentes: el caudillismo. (*La anarquía...*: 271)

Más aun, en la última página del libro, Ayarragaray introduce una de sus oposiciones predilectas, a saber, civilización material vs. civilización espiritual. Desde su crítico punto de vista que, entroncando de manera notoria con las advertencias del último Sarmiento es prácticamente inverso al que acababa de desplegar José Enrique Rodó en su *Ariel*, el desarrollo de estas dimensiones no venía siendo armónico en el caso argentino: si la civilización del país era europea en el primer sentido, era indígena en el segundo; *en el Plata, la riqueza marchaba con más rapidez que el espíritu*. A sus ojos, es a partir de esta incongruencia que debiera explicarse la

²⁰ Tras la muerte de Pellegrini, acaecida en julio de 1906, Ayarragaray dio a conocer un artículo de homenaje a aquél, en el que se traslucen ciertas facetas de su visión negativa –o, digamos, pálidamente positiva– de la realidad argentina de ese tiempo. El Dr. Argerich impugnó estos aspectos en un artículo publicado en *El Diario*, respondiéndole Ayarragaray lo siguiente: “...a boca llena [Argerich] moteja de ‘gran pueblo’ al embrionario (...) Una civilización con fundamentos exclusivos de progreso material, está expuesta a dramáticas sorpresas. Fáltanos mucho todavía para ser ‘gran pueblo’ y no convendría adormecer el espíritu del país, meciendo su jactancia con pueriles ficciones. Prefiero la verdad amarga; cuando un pueblo conoce sus deficiencias, está a punto de remediarlas. Aunque mortifique nuestra presunción, repitamos que en realidad no somos sino *una expresión geográfica*, un vasto mercado, apenas con unidad, y sin los caracteres fundamentales de entidad internacional e histórica definida.” (“Lo que es nuestra historia”, en *Estudios históricos y políticos*)

supervivencia de formas sociales y políticas inferiores o regresivas. En suma, lo máximo que pudiera decirnos esta faceta “progresiva” del Ayarragaray de entonces es algo como lo que sigue:

Nuestra sociedad anda todavía en los primeros escaños de la evolución. (*La anarquía...*: 89)

Sin embargo, ésta es una faceta secundaria en el Ayarragaray de 1904: numerosos pasajes de *La anarquía...* traen el espeso pasado fatal descrito hasta los bordes del presente de la enunciación llegando, incluso, a pasear sus fantasmas por el futuro. Ya he indicado que, considerando exclusivamente esa obra, resulta dificultoso fechar con exactitud el pasaje del caudillismo violento al intelectual. Resulta dificultoso, también, establecer de manera unívoca si en el presente de la enunciación el caudillismo ya ha desaparecido por completo tras ceder su lugar a una vida política renovada o si aun continúa vigente bajo alambicadas formas. Sabemos que el caudillismo astuto y nacional fue más o menos contemporáneo de una atmósfera escéptica y utilitaria, que bien pudiera ser la que correspondió al período abierto en 1880. Una evidencia significativa permite sostener con suficiente basamento esta última insinuación. Se trata de una conferencia pronunciada por Ayarragaray en el Teatro Victoria, aparentemente en noviembre de 1903²¹ y publicada tres años más tarde en sus *Estudios históricos y políticos* bajo el título “El caudillismo en la historia y en la política argentinas”. En aquella oportunidad, Ayarragaray habló después de Miguel Cané y de Roque Sáenz Peña; el tema que los había convocado era la actualidad política, la sucesión presidencial, el temor a que Roca siguiera detentando el poder real, a que perdurara “el poder personal, según el perfecto modelo mexicano” (“El caudillismo...”, en *Estudios...*: 94).²² Por supuesto, Ayarragaray se refirió a Roca en términos sumamente críticos: no sólo lo hizo responsable de la índole viciada y

²¹ En la edición de los *Estudios...* que manejo esta conferencia es uno de los pocos textos datados, aunque al parecer con una fecha errónea. En efecto, el dato “noviembre de 1906” se contradice con la aclaración que sigue: “Presidencia del general Roca.” Por su contenido, parece indudable que la conferencia fue pronunciada en el encuentro con que dio inicio la campaña antiroquista, esto es, en noviembre de 1903.

²² Roque Sáenz Peña sostuvo entonces: “Yo enfoco al general Roca como un vestigio del pasado, como el caudillo anacrónico que sobrevive a su tiempo y a la evolución política y social de la República; por eso no lo encaro como estadista; le niego ese carácter y esa investidura.” [tomado de Alberto Conil Paz (1985: 82)] Como veremos en el siguiente capítulo, el encargado de rebatir estas acusaciones desde las filas del roquismo fue ni más ni menos que Leopoldo Lugones. Respecto de las opiniones de Ayarragaray sobre el Porfiriato puede verse su “Porfirio Díaz”, incluido también en *Estudios...*: 65-72. Allí, Díaz es conceptualizado como un prepotente mandón mestizo, nítido exponente de la hibridez racial mexicana; los progresos materiales de México son juzgados como falsos y su estabilidad como una calma enfermiza.

corrupta del ambiente cívico, sino que, interpretando su figura y su actuación pública desde la matriz desplegada en *La anarquía...*, llegó a considerarlo como el prototipo del caudillo manso, astuto y burocrático, último resabio de la *gauchocracia*, vista entonces como el único problema a vencer para dejar de ser “un pueblo joven con signos de pueblo caduco.” (“El caudillismo...”, en *Estudios...*: 89) Evidentemente, tanto *La anarquía...* como la conferencia sobre el caudillismo han de ser interpretadas como operaciones intelectuales fundamentalmente orientadas a dar cuenta críticamente del roquismo. Más allá de esto, quisiera introducir aquí una consideración adicional. En la conferencia sobre el caudillismo se verifica que lo que venimos designando como impulso decadentista-nostálgico, por el cual se tiende a identificar en el pasado –y, ahora, *incluso* en el pasado no colonial- ciertos episodios y figuras destacables, continúa plenamente vigente.²³ En concreto: en aquella disertación Ayarragaray se refirió a la necesidad de “restablecer” la dignidad de la política y de los conceptos de gobierno, subvertidos en aquel presente por la desnaturalización del “genio hidalgo, entusiasta y caballeresco de la raza”; más aun, como parte de su operación recuperó para el panteón político de su agrupación las figuras de Vicente López, Mitre y Sarmiento. Aquí parece abrirse la senda que, más tarde, lo conduciría a la recuperación abierta de la época de las “presidencias fundacionales”. Hasta cierto punto, esto resulta lógico: era difícil hablar de la “subversión” y la “descomposición” introducidas por el roquismo, si no hubiera nada positivo antes de él.²⁴ Pero, como sabemos, esto no halla articulación plena con ciertos momentos de *La anarquía...* (“*nuestra historia careció de paraíso terrenal*”). Cabe destacar que Ayarragaray concluyó su conferencia sobre Roca con un recurso retórico que se volvería habitual en sus intervenciones posteriores: a un esbozo de optimismo pálido (“Asistimos, señores, a la bancarrota de una

²³ La disposición nostálgica late también con fuerza en una aportación titulada “El suicidio en las campañas argentinas. Psicología del gaucho”, que compone la primera edición de los *Estudios...* Emulando a Catón, Varrón, Horacio, Virgilio, y hasta a Rousseau, Ayarragaray se deleita ensalzando la placidez de la vida simple y auténtica de las campiñas; enigmático, se pregunta si los progresos científicos e industriales compensan los dolores, las luchas y la multiplicación de las miserias físicas y morales asociadas con la vida urbana moderna, entre las cuales cabe contar al suicidio. Basándose en referencias indirectas –tradiciones, cancioneros populares, documentos literarios-, argumenta que el suicidio “no atravesó la imaginación del gaucho, ni siquiera en las más trágicas horas de su existencia”, para concluir afirmando que, desafortunadamente, con el ferrocarril y con el inmigrante desapareció “nuestra vida rústica primitiva”, se subvirtieron la imaginación y el concepto de la vida de las viejas épocas, y el gaucho, desviado de su tipo original (simple y enérgico como el de los héroes de Homero), fue atacado por las deformidades y vicios de la civilización.

²⁴ Hay en la primera edición de los *Estudios...* otro texto orientado en análoga dirección: “Causas y antecedentes históricos de la sumisión política argentina”. En sus páginas no se aborda abiertamente el tema “Roca”, sino que se despliegan, en forma condensada, los costados más fatalistas del planteamiento de *La anarquía...*

política anacrónica...”) le siguen, como cierre, y combinados con sentencias abstractas, unos interrogantes abiertos e inquietantes respecto del futuro:

¿Qué nos reservará el porvenir? ¿Qué nos tendrá deparado el día de mañana? Librada la política al azar de la prepotencia, ni la lógica, ni la previsión intervienen y, la opinión general, apenas tiene influjo en problemas que a todos nos interesan, y en medio de tan profundas subversiones, lo único que podría asegurarnos antes de separarnos, sería que nada perturba tan fundamentalmente la existencia, los destinos y la probidad política de un pueblo, como otorgar el poder arbitrario a gobiernos de espíritu pequeño. (“El caudillismo...”, en *Estudios...*: 96)

No sólo el pasado-presente está tan cerca del presente de la enunciación que casi lo cubre por completo; además, como ya vimos, en el universo ayarragarayano nunca es posible saber con exactitud si lo monstruoso del pasado ha muerto o sigue latiendo, presto a reaparecer cuando insondables circunstancias lo convoquen: se sabe, la expiación plena de un “pecado original” jamás constituye un asunto sencillo. Permítaseme evocar tres pasajes vinculados a esta inquietante faceta. El primero señala:

La creación y predominio del mito caudillesco, forma parte de nuestras características; está en la tradición de la sangre, y en tanto ese culto persista, persistirá también la raíz del poder arbitrario, cubierta apenas por delgado sedimento constitucional. (*La anarquía...*: 176)

El segundo sostiene:

Persistiendo tal contextura, ¿cuándo salvarán nuestras repúblicas hispanoindígenas, la edad caudillesca, para entrar en la edad constitucional? Este problema político está enlazado íntimamente al problema étnico. (*La anarquía...*: 240)

El tercero define:

En la historia de los pueblos nuevos hay siempre aparecidos. ¿Acaso no se encarnó en Rosas el Estado atávico que plantó aquí la España indígena, duro, inquisitorial, misántropo y de nacionalismo huraño? Estas reversiones fueron más típicas allí donde menos penetró el aliento exterior. Francia y López en su república indígena paraguaya, imbuídos en los métodos de omnipotencia de las misiones jesuíticas, realizaron en absoluto el régimen ideal de aislamiento colonial.

Reténgase por ahora que, a diferencia de lo que sucedía con otros autores argentinos de la época, el Ayarragaray de los primeros años del siglo XX no piensa tanto en una *barbarie residual en vías de desaparición*, sino más bien en una *barbarie constitutiva, viva y latente, próxima y*

siempre al acecho... Dentro de su concepción de entonces no hay radiantes futuros a la vista, ni tampoco, por supuesto, muchas cosas para celebrar. ¿Fue *La anarquía argentina y el caudillismo* una mero exceso retórico articulado con una coyuntura específica, una *summa negationum* producto de su animadversión a Roca y, por tanto, de provisional validez...? Sin negar que en los años veinte Ayarragaray actualizaría las tesis de su obra de 1904, perfectamente podría responderse de modo afirmativo.

3. Paréntesis celebratorio

En efecto, poco después encontramos a Ayarragaray participando, en su calidad de diputado, de una discusión sobre la ley de armamentos; ahora, sus disposiciones en relación con el tiempo histórico argentino aparecen sensiblemente modificadas. En un discurso pronunciado en 1908, refiere un “panorama cómodo” para el país. Cómodo con respecto tanto a la “cuestión social” como a las relaciones con los países vecinos. De ese diagnóstico, señaladamente incompatible con sus escritos anteriores y posteriores, Ayarragaray infiere que el país no debe alimentar temores infundados y, por tanto, no debe armarse más de lo necesario. Afirma:

Estamos pues en una situación perfectamente cómoda para desenvolver nuestra potencia económica y afrontar con serenidad todos los problemas relacionados con nuestro porvenir político. (*Argentina y Brasil. Discurso pronunciado...*: 10)

Su diagnóstico incluye una comparación con la situación del Brasil, que se despliega en términos completamente favorables a la Argentina. Según Ayarragaray, a partir de 1886 la Argentina es más poderosa que el Brasil, cuenta con una raza superior y más viril y es, en definitiva, “más nación”. La baja del precio del café y el crecimiento de las exportaciones argentinas lo llevan a vislumbrar un panorama de gran riqueza para el país, que no excluye un horizonte de eventual hegemonía regional.

El discurso sobre la ley de armamentos se publicó en 1910; ese mismo año se dio a conocer también otra intervención suya, titulada “La constitución étnica argentina y sus problemas”. Allí escribe que “en las naciones de América el progreso material y espiritual preséntase en definitiva como cuestión étnica.” Evidentemente, semejante planteo y sus

múltiples derivaciones recuperan los prejuicios clasistas y racistas anteriormente referidos, desarrollando incluso algunas de las facetas que detectamos al analizar *La anarquía...* Sin embargo, lo hacen de un modo peculiar, tributando no tanto a los pasajes más fatalistas de corte gobineauano que detectamos en esas páginas, sino ante todo a aquellos otros donde se entreveía la posibilidad de una mejora de la raza a partir de cruza selectivas sistemáticas. El texto señala efectivamente un “problema”, pero lo hace desde una disposición serena y dejando un muy considerable espacio al optimismo. Si es cierto que se denuncia allí, abundantemente, a los “entroncamientos anómalos” como causa de todo tipo de perturbaciones y patologías, también lo es que se insta, en tono de amable recomendación práctica, a reglamentar la inmigración, pugnando por atraer sólo “pobladores de la raza blanca europea, excluyendo a las demás, sobre todo, la amarilla, que es migratoria como la blanca”. Según Ayarragaray, seleccionando con un mínimo “prejuicio de casta” a los nuevos pobladores, y luego distribuyéndolos correctamente en el territorio, “nos aseguraríamos adecuados elementos para una sólida civilización espiritual y material.”

El optimismo de Ayarragaray en relación con el futuro del país se constata acaso con mayor nitidez en un trabajo dado a conocer primero en forma fragmentaria en el diario *La Nación* y luego publicado como libro en 1912, bajo el título de *Socialismo argentino y legislación obrera*. Antes de comentarlo, es importante poner de relieve que en ocasión de la enmienda de Ley de Residencia que tuvo lugar en el año del Centenario, Ayarragaray presentó a la comisión correspondiente un conjunto de disposiciones tituladas “Ley de Seguridad Nacional”. Según sus propias consideraciones retrospectivas, Meyer Pellegrini amplió y modificó la propuesta, que en tal carácter sirvió de base para la “ley social”, cuya sanción se vio precipitada a raíz del famoso atentado anarquista en el Teatro Colón. Ahora bien, y contra lo que pudiera suponerse a priori, en las páginas de *Socialismo argentino...* se aprecia un Ayarragaray no sólo despreocupado por la “cuestión social”, sino también optimista y hasta celebratorio en sus consideraciones generales sobre la situación argentina. Desde su punto de vista, y contrariamente a lo que sucedía en los países del “viejo mundo”, el problema social era en el país asunto de “diáfana simplicidad”. La Argentina aparece caracterizada en su aportación como un país libérrimo, cuya constitución aluvional no se ha acompañado prejuicios relacionados con el origen de los recién llegados, y en cuyo seno no hay lugar para la desocupación forzosa ni para el sombrío fenómeno del “pauperismo”. Para Ayarragaray, el país ofrece hacia 1910 grandes perspectivas para el ascenso social, siendo la condición obrera

apenas una “condición de pasaje”. En la misma dirección, señala que el partido socialista argentino no es un “partido social” en el concepto europeo, sino un partido “liberal avanzado”, cuyo programa no puede ser rechazado por nadie. Frente a tan luminoso panorama, y autocolocándose en una posición que cabe designar como “liberal spenceriana”, Ayarragaray advierte contra los riesgos de una eventual sobrerreglamentación, aduciendo que hay que dejar actuar a esa “gran reguladora” que es la libertad. Escuchemos su propio balance de la cuestión:

En síntesis, pues, podemos asegurar, que en nuestra gran democracia pacífica en formación, la cuestión obrera argentina no tiene las adherencias y los conflictos sociales y de clases, que le dan en Europa trágicos contornos. Aquí son simples cuestiones, en su mayor parte, de orden material y de carácter ordinario y limitado, que con simples medidas de higiene pública y de protección social y un cuerpo de leyes prácticas, se pueden con tranquilidad solucionar. (*Socialismo argentino...*: 23-24)

El texto contiene también unas propuestas que, en términos generales, han de ubicarse en la sensibilidad reformista que por entonces caracterizaba al sector más progresista de la elite, aunque con algunos matices. Ante todo, y sobre el telón de fondo de sus advertencias contra eventuales exageraciones del afán reglamentador, Ayarragaray reconoce la necesidad de completar la “ley social” con otras de previsión y protección del trabajo. En ese sentido, despliega unas consideraciones orientadoras. En principio, llama la atención sobre las cuestiones de carácter higiénico, señalando la necesidad de remover y suprimir la mala alimentación, el paludismo y el alcoholismo, especialmente en las poblaciones “semi-indígenas” del Interior. Plantea también la necesidad de “crear aptitudes”, a través de una educación técnica, comercial e industrial. En fin, también sugiere –en consonancia con lo que planteara en “La constitución étnica...”- la necesidad de mejorar la selección de la corriente inmigratoria, para transformar y optimizar lo que a sus ojos todavía era una “deficiente constitución étnica”.

Varios interrogantes se abren al procurar interpretar la significación de este peculiar paréntesis en el itinerario de Ayarragaray. Por un lado, se plantea el problema de conocer mejor su inserción en la vida política de ese tiempo; naturalmente que ello exigiría aproximaciones más minuciosas; cabe suponer, empero, que a partir de la muerte del presidente Manuel Quintana se abrieron anchos horizontes para su carrera política, al menos hasta 1916. De alguna manera, esa década en que gobernaron sucesivamente José Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña y Victorino de la Plaza fue algo así como la “década feliz” de Ayarragaray; hasta

donde sé, durante ese lapso no produjo escritos netamente pesimistas. Por el otro, y de la mayor importancia aquí, se abre un abanico de preguntas relativo a la relación entre Ayarragaray y el poder; más en general, ellas remiten a la cuestión, ya enunciada en la *Introducción*, de los tipos de vinculación que se establecen entre los intelectuales y la política. En este caso, la principal pregunta que se plantea es: ¿la emergencia de los discursos tematizadores del fracaso no será más que una expresión simbólica, más o menos transfigurada, del encono que unos intelectuales sienten en relación con determinados poderes políticos hacia los que, por alguna razón, guardan particular animadversión...? Desplazados esos poderes execrados, ¿se acallan las voces nominadoras del mal y lesionadoras de los consensos...? Aunque no me atrevo a responder con una afirmación rotunda a estos interrogantes, tiendo a pensar que, algo de eso hubo, al menos en lo que respecta al caso de Ayarragaray.

4. Facetas del decadentismo nostálgico

Líneas más arriba señalé que en la conferencia sobre Roca se detecta una suerte de recentramiento del impulso decadentista-nostálgico. En verdad, dicha disposición aparece allí como renovada, y ello porque, a diferencia de lo que sucediera en sus escritos más tempranos, Ayarragaray se muestra cada vez más dispuesto a recuperar, además de ciertas zonas del pasado colonial (como en *Pasiones...* o como en las notas sobre el suicidio en las campañas), algunas franjas del período independiente, en particular, la correspondiente a las “presidencias fundacionales”. Quisiera sostener ahora que, más allá del paréntesis celebratorio recién consignado, esa propensión idealizadora de determinada zona del pasado fue ganando cada vez más espacio en sus elaboraciones, coexistiendo *con*, aunque en términos relativos prevaleciendo *sobre*, el impulso fatalista que vimos primero latir en *Pasiones...* y luego desarrollarse más abiertamente en *La anarquía...* El proceso al que me refiero parece desplegarse de manera pluritemática y gradual.²⁵ Con el objeto de dar cuerpo a estas insinuaciones, convendrá

²⁵ Digo *parece* porque el fechado de ciertas intervenciones ayarragarayanas presenta algunas dificultades. Me refiero, en particular, a los nuevos materiales que aparecen en la segunda edición ampliada de los *Estudios históricos, políticos y literarios* (1927). Aunque no hay mayores dificultades para establecer cuáles son los textos incorporados, sí las hay para determinar con exactitud sus fechas precisas de elaboración. Atendiendo a los títulos de las aportaciones, es evidente que en varios casos se trata de productos derivados de la experiencia diplomática de Ayarragaray que, como sabemos, tuvo lugar en el primer tramo de la década del diez y se dividió en dos estaciones, la brasileña y la romana. Fuera de eso, cabe suponer que las aportaciones

detenerse a analizar un conjunto de aportaciones suyas que se orientan de manera notoria en la dirección aludida, y que fueron elaboradas desde mediados de los años diez hasta bien entrados los años veinte. En esas heterogéneas páginas Ayarragaray aborda temas variados en un tono decididamente nostálgico y conservador, como si quisiera dotar al pasado argentino de ese paraíso terrenal del que supuestamente carecía.

En *La Iglesia en América y la dominación española, estudio de la época colonial* no hay mayores sorpresas. Ayarragaray, que no era católico, sino que tendía a autodefinirse como escéptico, emprende sin embargo allí una franca recuperación de los papeles del cristianismo, de la Iglesia y del Imperio español en América, del todo consonante con las valoraciones positivas que en torno de la época colonial desplegara desde sus escritos tempranos. Es cierto que algunos de los motivos más propios de *La anarquía...*, como el de la baja calidad de los españoles que llegaron a las Indias y el del “mestizaje bastardizante”, reaparecen en esta obra publicada en 1920; no obstante, también lo es que lo hacen de manera limitada, y en todo caso subordinada a la disposición favorable respecto de la conquista, colonización y evangelización de América. En la misma línea Ayarragaray señala que el patronato obtenido por los reyes católicos a instancias del Papa Julio II no fue sino expresión del celo religioso de España, que hizo de la extensión de la fe el propósito mayor de su presencia en América:

La Iglesia (...) desempeñó en el Nuevo Mundo, análoga misión a la que había desempeñado en Occidente, después del derrumbamiento de la cultura romana. Y así, en el ciclo eterno de las cosas humanas, nuevamente emprendía la Iglesia la tarea de organizar una civilización, promoviendo las fuerzas y realidades elementales y permanentes, que forman la base de la historia y de la vida moral. (*La Iglesia en América...*: 115)

Obviamente, el tema principal del volumen es la evolución del patronato, conceptualizado como “columna mística” del Imperio. A lo largo de numerosas páginas Ayarragaray aborda la cuestión de las relaciones más o menos tirantes entre la corona y Roma durante la época colonial. En la parte final del libro, refiere la importancia política que revistió la lucha por el patronato en el contexto de la guerra de independencia. El tradicional instrumento espiritual devino entonces símbolo crucial, esencia de la soberanía. Durante los varios lustros que tomó la resolución de la lucha emancipatoria, y mientras los gobiernos americanos pugnaban para

que suceden a aquéllas en el volumen son también posteriores en el tiempo; a falta de mejor información, en lo que sigue trabajo con base en dicho supuesto.

que el Papa reconociera su potestad para designar clérigos y obispos, España se abroqueló tras esa significativa valla. Sin embargo, lentamente, la política del Vaticano fue evolucionando hacia la causa americana, ya desde León XII y aún más con Gregorio XVI, quien nombró, en 1832, obispos para México, Chile y Buenos Aires. Enseguida, el desenlace del conflicto fue precipitado por la muerte del intransigente Fernando VII y por la turbulenta guerra civil que siguió a ella a raíz de la anulación de la ley sálica. Más allá de esto, quisiera destacar otras dos facetas de este libro. Una, que, al contrario de las valoraciones desplegadas por Mitre y por Lugones, Ayarragaray despliega allí una valoración positiva del papel de las misiones jesuíticas:

Las causas episódicas que pudieron justificar en España la expulsión de la Compañía de Jesús, no existieron por cierto, en sus colonias americanas. Esta medida constituyó una deplorable política, que súbitamente sustrajo a la labor agrícola e industrial y a la existencia regular, numerosísimas poblaciones indígenas y mestizas. Si hubieran subsistido las Misiones, sus métodos y organización primitivos, se hubieran de seguro modificado en el correr del tiempo, y entre tanto, habrían continuado difundiendo ejemplos de laboriosidad y disciplinas morales en vastas comarcas, y, concluida la guerra de emancipación de América, el nuevo orden gubernativo y social, encontrado habría en esos centros, un ambiente de civilización favorable al desarrollo del progreso. (*Ibid.*: 121-122)

La otra, que Ayarragaray insiste en esas páginas en la idealización del tiempo de sus abuelos, vistos como gentes simples de corazón, que vivieron en “estado de gracia”. Por supuesto que en esta obra tampoco se resuelve la tensión entre ese impulso y aquel otro que lo lleva a caracterizar ese pasado relativamente próximo como la época de las guerras fratricidas y de la tiranía sangrienta. Entre el pasado colonial y las presidencias fundacionales hay una época innombrable, que dota a su impulso decadentista de singular inconsistencia; al abordar la obra de Benjamín Villafañe asistiremos a un problema de resolución simbólica de análogas características.

Elaborado en 1919, y publicado en forma de libro cuatro años más tarde, *Meditaciones en Roma* es, qué duda cabe, el libro más volneyano de Ayarragaray. Frente a las ruinas, delirio de poder hundido en ceniza y mudez, “las inquietudes de la ambición y del pensamiento moderno se aquietan, y todas las cosas pasadas modulan vaticinios sobre la fragilidad del afán y de la omnipotencia.” (*Meditaciones...*: 23) Se despliega allí, en varios planos, una especie de filosofía de la historia de signo eminentemente decadentista, ciertamente no original ni tampoco carente de contradicciones. Consideremos algunos de sus elementos definitorios: *todo* está condenado a

perecer -una flor, un Imperio, un planeta...; irónico, el destino se esmera en impulsar eternamente la barbarie sobre los oasis de civilización; en el curso del tiempo y del espíritu humano todo afán es estéril; sin embargo, y porque la historia es unidad trascendente, cada esfuerzo del pasado ha sido necesario para el progreso espiritual al que de algún modo asistimos; empero, a medida que la revolución social avanza, la espiritualidad desciende...; en otro nivel: el cristianismo, sobrerreacción frente a los excesos paganos y fuerza disolvente de Roma, fermentó entre las bases más bajas y tenebrosas de la política y de la sociedad; más tarde, una vez reestablecido el equilibrio, la Iglesia pudo hallar entre los escombros greco-romanos la antorcha de la civilización; hoy, al igual que en los primeros siglos de nuestra era, las fuerzas disolventes de la cultura fermentan en las capas inferiores y oscuras...; los miserables comienzos del cristianismo deben llevar a atenuar el desprecio con que el “prejuicio tradicionalista” suele considerar las protestas y subversiones que despuntan en los “antros sociales y políticos”... Esto dice ciertamente mucho sobre los elementos que fueron conformando la sensibilidad ayarragarayana; en particular, sobre cuánto deben sus posiciones a Volney (recuérdese aquí la anécdota del padre Uriona, consignada en el *Comentario preliminar*) y, también, al Chateaubriand de *El genio del cristianismo*. Quisiera pasar ahora a examinar el “Apéndice” de las *Meditaciones*...; por razones que enseguida quedarán claras, el mismo merece un tratamiento especial aquí. En ese “Apéndice” se transcribe una carta que Francisco Barroetaveña –el mismo de *Tu quoque juventud*...- dirigió a su “estimado amigo”, Lucas Ayarragaray, tras la publicación en *La Nación* del artículo “El Coliseo”, con el que en su momento se abriría el volumen. En esa carta Barroetaveña, luego de congratular a Ayarragaray por su página, *protesta* contra el “acentuado e injustificable pesimismo personal en un hombre público, de letras y de ciencia, que ha rayado a alturas capaces de satisfacer cualquier ambición...” (En *Meditaciones*...: 91) Líneas más abajo, interroga:

¿Por qué un liberal racionalista, positivista, médico, como usted, habla ‘de lo que tiene de divino el espíritu’... ‘donde fugazmente imperó el reino de Dios’... ‘se abrazó el cielo con la tierra’...? En un predicador de templo o sectario como Donoso o Estrada, se explicarían esas implicancias de credos supersticiosos; pero en un laico, en Anatole France, en Lugones, en Ayarragaray, son inadmisibles, sin intolerancia ni fanatismo, por lógica y consecuencia laica y científica.

La respuesta de Ayarragaray, que puede consultarse en el mismo “Apéndice”, no se hizo esperar. Dice:

Su temperamento dogmático y su intelectualismo vehemente, no le permiten a veces percibir los finos matices espirituales de las cosas porque nunca siente en sus convicciones filosóficas, la vacilación o la duda. *Siempre me interesó su personalidad y la tengo, por tanto, definida en mi mente.* Monologando algunas veces me he preguntado: ¿Si Barroetaveña en vez de haber pasado por las didácticas disciplinas laicas y las manos de Peyret, hubiera atravesado el ambiente del Salvador y sufrido el influjo del padre Jordán, no habría sido quizás un católico ferviente y un polemista ultramontano como Veuillot, en vez de ser un volteriano? Porque usted es un espiritualista, pues necesita creer, es decir, nutrirse de convicciones absolutas, de verdades consagradas por su inteligencia. Usted no será jamás un escéptico, ni menos un pesimista a la manera del autor del Eclesiaste (...) En mi artículo ‘El Coliseo’ campea sin duda la melancolía; las emociones profundas son siempre tristes (...) El pesimismo y la incurable vanidad de las cosas está en el fondo del pensamiento trascendental y ha sido hasta aquí la última palabra de todas las filosofías (...) Todos estos recursos son manifestaciones de la impotencia, de la inutilidad del esfuerzo, y el corolario de la impotencia es el pesimismo. (*Íbid.*: 97-98; mis cursivas)

Ambas cartas dan en efecto mucho que pensar. Por una parte, sobre la relación de los intelectuales con su tiempo: ¿quién es entonces Ayarragaray?; ¿un tradicionalista disfrazado de escéptico?; ¿un escéptico que se disfraza de místico?; ¿un desencantado de su época que exagera el escepticismo hasta volverlo una caricatura de sí...? Por la otra, sobre la relación entre Ayarragaray y Barroetaveña: el trato cordial que mutuamente se dispensan (“estimado amigo”), ¿no esconde prevenciones ocultas, en particular del lado de Ayarragaray?; ¿qué significa sino la expresión “*siempre me interesó su personalidad y la tengo, por tanto, definida en mi mente*”?; ¿se trata de una fórmula retórica o del testimonio de una antigua obsesión, ligada en última instancia a viejos alineamientos que nos devuelven una vez más al Noventa y sus derivaciones...?

La peculiar inestabilidad que caracteriza la relación de Ayarragaray con los orbes culturales de la tradición y de la modernidad se aprecia con toda claridad en su “novela dramatizada” *Dos mundos*, publicada en 1926. El núcleo de la obra no es otro que la contraposición entre un mundo antiguo agonizante y un mundo moderno naciente. Cada personaje de la novela personifica una constelación de valores. Los protagonistas principales son Teodoro Menéndez Mendizábal y Hortensia Papialosky quienes, en cierto momento, se enamoran. Desgarrada entre dos conceptos contradictorios, provenientes de la oposición entre su padre ambicioso y su madre suicidada, Hortensia se deja llevar circunstancialmente por la presión del primero y opta por casarse con el “mercader” Zucranini Stumberg, en parte porque necesita dinero para cubrir un desfaldo de su hermano en el Ministerio de Hacienda.

Entre paréntesis: las situaciones, los diálogos, los escenarios, el propio impulso moralizante de *Dos mundos* recuerdan sin duda alguna a *La bolsa*. Dejando de lado el hecho de los eventuales mayores méritos artísticos de la obra de Martel, es muy difícil no pensar en Margarita cuando leemos sobre Hortensia; es casi imposible no evocar a Roselano, Mackser, Granulillo, Carcaneli, Fouchez y los demás cuando nos informamos sobre el padre y el hermano de Hortensia, o sobre Zuccranini Stumberg.²⁶ Fin del paréntesis. Desde el primer momento, Antonia, madre de Teodoro y encarnación plena de los valores tradicionales, abriga desconfianza sobre Hortensia. La relación entre Teodoro y su madre es intensa: por una parte, aquél le promete que intentará vivir “como sus abuelos”; por el otro no renuncia a su amor. Al final, y tras una serie de peripecias, Hortensia se purifica, retornando a las verdades del corazón y a la simplicidad cristiana: toma distancia de su padre, a quien acusa de haberle “secado el corazón” y se fuga con Teodoro. ¿Cómo no ver en esta novela romántica hipertardía, que no sin candidez actualiza la vieja oposición entre “matrimonio por amor” y “matrimonio por conveniencia”, una más que explícita cristalización del ideario de Ayarragaray y de sus afanes moralizantes...?; ¿Cómo no percibir que todo el sistema de oposiciones que recorre esas páginas es tributario de aquellos tempranos pasajes de *Pasiones...* en los que ponía frente a frente a los impacientes desenfrenados y envilecidos y a los hijos de las familias tradicionales educados en los viejos valores...?; ¿Cómo no advertir que en la novela todas las personalidades respetables ostentan apellidos de origen vasco, mientras que los advenedizos tienen apellidos italianos o provenientes de Europa oriental y presumiblemente de origen judío...?; ¿Cómo no reparar que la relación entre Teodoro y su madre Antonia, así como la propia resolución del relato, intentan postular una síntesis positiva de los orbes tradicional y moderno con preeminencia del primero...? A este respecto, no es casual que en el corazón de la obra, en un momento crucial del relato, Teodoro le diga a su madre: “Soy un tradicionalista, pero no un extremista como tú.” (*Dos mundos*: 104) En fin, ¿Cómo no ver la proyección en Teodoro de todos los rasgos positivos que Ayarragaray se jactaba de reunir, entre los que destacan la hidalguía, la urbanidad, la corrección, el buen gusto, la galantería y, sobre todo, la idea según la cual hay cosas “superiores al dinero”...?

Como vimos, la segunda edición de *Estudios...* (1927) incluyó una serie de aportaciones adicionales con respecto a la primera. En varias de ellas Ayarragaray insiste en cultivar motivos

²⁶ Yendo más lejos por esta misma senda, se podría postular cierta “afinidad electiva” entre Ayarragaray y Miguel Riz, el “don Miguelín” de *La bolsa*.... “Don Miguelín” es rico, pero cauto, y habla de la necesidad de seleccionar a los inmigrantes...

decadentistas-nostálgicos, a veces con resonancias antimodernas. En “De cómo nos vieron los primeros viajeros” (*Estudios...*: 222-234), la civilización es conceptualizada como un proceso de uniformación del mundo, tendiente a generar un tedio inevitable entre los hombres cultos o de alma inquieta. A diferencia de los contemporáneos, los viajeros de antaño podían deleitarse en la contemplación de pintorescas peculiaridades comarcanas. En estas páginas Ayarragaray vierte dos juicios de interés. El primero:

A pesar del obscurantismo fue aquel ambiente [*se refiere a las últimas décadas del siglo XVIII*] apacible y sereno, patriarcales las costumbres, afable la sociedad, despreocupado y alegre el vivir, dado el corazón al afecto y la amistad, exento de las complicaciones de la vanidad y angustias del lujo que luego imperaron en la ciudad. Poca materia encontraría ciertamente el ánimo del escritor en comarca tan rudimentaria. (*Ibid.*: 227)

El segundo, con el que se cierra la aportación:

Argentina constituyó una excepción en América española por su prematuro espíritu europeísta del que derivó la empeñosa política inmigratoria, base de nuestro desarrollo. *Conviene de tiempo en tiempo volver el ánimo al pasado y apreciar las formas primarias de la nacionalidad*, máxime si tendieran a prevalecer las tendencias demagógicas que pugnan por destruir nuestra unidad moral, proclamando con desenfado la desvinculación del pasado y del presente, tendencia reforzada por muchos hijos de inmigrantes desconocedores de la continuidad espiritual de la Historia Argentina. (*Ibid.*: 233-234; mis cursivas)

En un artículo referido a los emigrados argentinos en el Brasil durante la época del rosismo, evoca:

Presidir los quehaceres domésticos, hilar, zurcir, trajear los hijos, fueron habituales ocupaciones de las madres argentinas antes que nos sorprendiera la súbita riqueza que *adulterando costumbres tradicionales*, puso en boga ostentaciones y faustos que no siempre se pueden equiparar con el lujo hidalgo y el delicado mundanismo, encanto y blasón de las sociedades seculares. Transformado el hogar de tipo español, suplantóle otro de fisonomía e índole confusas. Bastaría a la generación declinante, para apreciar tan profundas transformaciones, remontar cincuenta años hasta los umbrales de la infancia y vislumbrar a nuestras buenas madres y abuelas laboreando a la luz de la candela o de la lámpara familiar, en piadoso recato. Desarrollábanse armónicamente con ese género patriarcal, la vida y ocupaciones de los hombres. (“Emigrados argentinos en Brasil”, en *Estudios...*: 250-251; mis cursivas)

“Las ficciones retrospectivas enaltecen la realidad...”, nos dice Ayarragaray al finalizar el primer párrafo de una de las evocaciones con que se cierra el volumen (“Estancias y estancieros primitivos”, en *Estudios*: 255). Evocaciones (¿o ficciones...?) de estancieros primitivos, comerciantes coloniales, antiguas familias decentes (aristocracias rústicas, pero sanas, tradicionales y civilizadoras), cuya existencia era serena, sosegada, patriarcal... Por ejemplo:

De la burguesía que estudio, hidalga a su manera, a pesar de su obscurísima condición, procedieron, en desarrollos sucesivos, la generación de Mayo y las subsiguientes, con sus improvisados militares, políticos, abogados, médicos, funcionarios, magistrados, legisladores, diplomáticos, periodistas, tribunos, que después de consumada la Independencia impulsaron los progresos materiales y espirituales argentinos hasta días recientísimos. Fueron nuestros predecesores y los obreros primitivos de nuestra grandeza: ¡Loor a ellos! (“Vida y familias coloniales argentinas”, en *Estudios*...: 279-280)

Desde un mirador actual las numerosas contribuciones reunidas bajo el título de *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos* podrían clasificarse siguiendo distintos criterios; considerando su peso relativo y su orientación temática cabe indicar que unas pocas bordean temas variados, que un número considerable aborda cuestiones vinculadas con la política inmigratoria, la legislación obrera y el maximalismo, en tanto que la inmensa mayoría está consagrada a denostar de manera implacable al movimiento radical y a Hipólito Yrigoyen, su caudillo. Dentro del primer conjunto, hay varias intervenciones en las que Ayarragaray explora sendas conservadoras y melancólicas. Por ejemplo, en “Algunas fases de la mujer argentina” asegura que, aunque no es su propósito aparecer como un moralista, quisiera, en su calidad de *tradicionalista progresivo*, “mantener religiosamente el santuario femenino”, defendiendo a la mujer “contra sí misma” (*Cuestiones*...: 144-145). En otros textos articula el empobrecimiento del idioma con los gérmenes de disolución inoculados por la plebe criolla y el limo inmigratorio o se lamenta del imperio de lo mamarrachesco en la arquitectura de la ciudad de Buenos Aires, al que también enlaza con la conformación de una sociedad plutocrática adventicia e híbrida (“La descomposición del castellano” y “Buenos Aires, la estética y el estilo colonial”). Más conservadora aun es la carta que dirigiera al director de *La Nación* en defensa del latifundio, ante la posibilidad de que entrara en vigencia un proyecto de expropiación, subdivisión y transferencia de tierras (“La división del latifundio”). Todavía dentro de este primer grupo misceláneo, quisiera detenerme a comentar en detalle un texto breve y extraño, aunque

significativo y esclarecedor de un conjunto de aspectos de interés. Se trata de una carta dirigida por Ayarragaray al entonces diputado nacional Joaquín Castellanos, fechada en 1918, en Roma, y que lleva por título “Filosofía de historia y de política argentinas”. Sus dos primeros párrafos disponen al lector a compartir una serie de comentarios sobre el libro *Acción y pensamiento*, publicado en esos tiempos por Castellanos.²⁷ Las últimas líneas del segundo párrafo califican a Castellanos como visionario inquieto, extraviado en filosofías confusas o incompletas, espíritu inactual en disonancia con su medio: aun no sabemos si esas propiedades son positivas o negativas; de manera algo abrupta, Ayarragaray inicia en el párrafo tercero una muy sinuosa reflexión sobre la historia y la situación del medio cultural argentino. Primero, sugiere que tal vez los programas de estudio prevalecientes en la Colonia hayan sido más eficaces y hayan

²⁷ Nacido en Salta el mismo año que Ayarragaray, Joaquín Castellanos militó en su juventud en las filas de Carlos Tejedor; años después, durante los sucesos del Noventa, se contó entre los partidarios de Leandro N. Alem; más tarde, vuelto de su exilio y doctorado en derecho, se desempeñó como diputado y como ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires durante el mandato de Bernardo de Irigoyen; posteriormente ocupó la gobernación de Salta, de la que fue removido por razones políticas; desde entonces se instaló en Paraná, donde realizó labores docentes y de organización de los archivos históricos. Escribió *La leyenda argentina*, *Labor dispersa*, *Güemes ante la historia*, *Acción y pensamiento*, entre otras obras. En *Labor dispersa* (1909) Castellanos comenta el volumen *Pasiones*, de Lucas Ayarragaray, trazando un breve paralelo entre ese libro y *Mis montañas*, de Joaquín V. González; no deja de ser significativo el hecho de que Castellanos se refiera a Ayarragaray y a González como “hombres (...) de idéntica filiación política, y de temperamento intelectual diametralmente opuesto...” (*Labor...*: 50) Sobre el final de la aportación, y tras manifestarse admirador del talento del Dr. Ayarragaray, señala: “...desearíamos verlo ampliar su interesante libro con el análisis de los desequilibrados cuya modalidad es el sórdido afán del lucro, de los monomaníacos de las grandezas; de los espíritus enfermos por la avidez de las posiciones; y para completar el cuadro, que nos presentase un estudio de las ambiciones serviles, y del curioso fenómeno en virtud del cual la ineptitud patentada llega a preponderar en ciertos períodos de la historia.” (*Ibid.*: 55-56) Por lo demás, en *Acción y pensamiento* (1917) se publica un intercambio epistolar (junio de 1914; enero de 1915) entre Ayarragaray y Castellanos, a propósito del poema dramatizado “El limbo” que el segundo diera a conocer bajo el seudónimo “Dharma”. Entre otras cosas, se discute allí sobre la índole del mundo moderno. Respondiendo al “cargo” de carente de “grandes pasiones” que “Dharma” le hiciera en la dedicatoria del libro, Ayarragaray sostiene: “Precisamente tengo la gama completa: las grandes y mediocres, y de este punto de vista, me siento pagano y hombre del Renacimiento, pero trato de amortiguar y disciplinar las unas y serenar y depurar las otras, haciendo pasar las bajas por la llama de las altas. Mi trabajo interior y cotidiano, es superiorizar mi naturaleza y espiritualizar mis instintos. Es preferible, poeta, *para hacer carrera* en el mundo burgués, utilitario, aluvional, plutocrático en que nacimos y nos desenvolvemos, someter las grandes pasiones, allá en el fondo del alma, a eterno sueño invernal. Toda pujanza, toda exuberancia original, perjudica en el ambiente moderno que es metódico y pedestre, mundo de matices, de reflexiva previsión, de pesas y medidas, de corrección, de mediocridad y de burocracia.” (*Acción y pensamiento*: 280) Extraño giro éste, donde un malestar supuestamente profundo deriva en simple adaptacionismo. Percibiendo la posición de Ayarragaray como excesivamente desencantada, Castellanos le responde: “Usted pertenece a una numerosa, y en lo general selecta estirpe de espíritus que, atormentados por la nostalgia de las cosas idas, son los proscritos de una patria ideal cuyas fronteras las forman todas las lejanías; viven como extranjeros entre las realidades inmediatas, y únicamente la voz de lo remoto les habla con la melodía del nativo idioma. Usted siente, con hondo sentir, toda la poesía del pasado, pero no percibe la del presente. Y en cuanto a los valores morales, sólo computa los que el tiempo embellece y agranda con los celajes de la distancia.” (*Acción y pensamiento*: 286) La carta de Ayarragaray publicada en *Cuestiones...* de alguna manera prolonga aquel diálogo. Véase también *infra*, nota 4.

tenido más gérmenes de cultura que los posteriores, técnicos, fragmentarios y superficialmente enciclopédicos. En correspondencia con ello señala enseguida que, quizá por haberse sustraído a la influencia deformadora de este último tipo de educación, autodidactas ilustres como Mitre y Sarmiento habrían sido capaces de adquirir una cultura más expansiva y fecunda. A priori, pues, pareciera que el blanco de sus críticas es la índole de los programas de estudios vigentes, demasiado técnicos y fragmentarios, desdeñosos de la cultura humanista e incapaces de suscitar ideas generales. Sin embargo, unas líneas más abajo, reclama paciencia:

Nuestra tierra es y será, por mucho tiempo todavía, tierra de promisión para la labor material y el esfuerzo utilitario. ¡Ya vendrán los tiempos áureos que será tierra de filosofía y de arte! *No tratemos de precipitar la evolución.* (“Filosofía de historia...”, en *Cuestiones...*: 82, nuestra cursiva)

De inmediato, y en forma no menos inesperada, enuncia una sentencia que parece una crítica a la mentada inactualidad de Castellanos y que deriva en una extraña reflexión sobre el sentido del trabajo intelectual, deslizamiento que no escapa al impacto que la Gran Guerra y, probablemente, la Revolución de Octubre ejercieron sobre su espíritu (me permito suponer que la riqueza de la cita justifica su completa transcripción):

La condición fundamental de todo destino intelectual es nacer en una época propicia: entonces son espontáneos y activos el intercambio de ideas y de sensibilidad entre el pensador y su medio. ¿Para qué meditar fragmentariamente, generar ideas que quedarán flotantes, o formarse un concepto trascendente de las cosas o formular síntesis o aspirar a penetrar el misterio del universo y de la vida o tener una doctrina personal sobre la ley de la historia o el destino de la civilización? Aun suponiendo que en nuestro ambiente pudiéramos esbozar premisas sobre tales problemas, *las ideas atraviesan hoy en el mundo una crisis tan dramática, que aquello que se pensare o se dijere, se afirmare o se impugnare, sería probablemente mañana, falso o caduco. Toda la escala de valores materiales y morales está en trance de subversión.* Ya antes de la guerra el pensamiento general de la humanidad se agitaba desorientado (...) La actual conflagración europea tiene, por eso mismo, un significado moral: la bancarrota de la civilización materialista (...) El progreso era fragmentario; al lado de la radiosa civilización material, una lánguida civilización espiritual (...) Siempre fue aventurado formular previsiones; los acontecimientos históricos no son ni fruto de la lógica, ni de deducciones académicas (...) Las acciones humanas por lo común no se ajustan a la razón, sino a pasiones y fuerzas desconocidas. La mayoría de nuestros actos, más que fruto directo de la inteligencia, lo son de los instintos. *Después de haber meditado los anales humanos y atisbado la oscura senda que con marcha vacilante recorre la humanidad, el pesimismo induce a no encarar temerariamente el enigma del porvenir...* (“Filosofía de historia...”, en *Cuestiones...*: 83-84, mis cursivas)

La segunda mitad de la carta alberga una reflexión acerca del pasado argentino, en cuyos pliegues Ayarragaray introduce, una vez más, la imagen de un tiempo primordial sobrio, uniforme, tradicional y, por supuesto, anterior a la inmigración masiva y al despuntar del bienestar y la riqueza:

La antigua ciudad criolla de la política, en realidad ya no existe, pero por una de esas anomalías comunes al espíritu humano y especialmente al argentino, *contemplamos aun en las lejanías, como los aldeanos de la leyenda bretona, los muros y los campanarios ha tiempo desaparecidos*. No incurriría en temeridad si lealmente manifestara que todas las agrupaciones actuales están atacadas de senectud (...) Lo que se impone, pues, es pasar la esponja por el pizarrón nacional, para borrar los garabatos y escribir una plana nueva. (“Filosofía de historia...”, en *Cuestiones...*: 88, mis cursivas)

Sobre el final de la carta, Ayarragaray pronostica una revolución inminente y una tercera anarquía (esta vez radical, socialista y cosmopolita). Asegura también que sería posible encauzar o evitar ciertas revoluciones si fuese posible adelantarse a ellas. En fin, al mismo tiempo que es capaz de delinear, tras las referidas turbulencias, un porvenir deseable aunque borroso (“*no precipitemos la evolución*”), bordea abanicos de significados emparentados con la incertidumbre, el desasosiego y el pesimismo propios de quien ha explorado intelectualmente la noción de decadencia (“*el pesimismo induce a no encarar temerariamente el enigma del porvenir*”), aun sin llegar a derivar acaso todas las consecuencias que supuestamente se desgajarían de ese afán.

En cuanto al segundo grupo de contribuciones que componen *Cuestiones...*, lo primero que hay que indicar es que el volumen se abre con la intervención de 1910 titulada “Constitución étnica argentina y sus problemas”, correspondiente a una fase del itinerario ayarragarayano, a la que hemos caracterizado como “paréntesis celebratorio”, y comentada varias páginas atrás. Pero en *Cuestiones...* aparecen otras intervenciones que abordan problemas conexos una década más tarde, esto es, tras la Gran Guerra, la Revolución de Octubre y la Semana Trágica. En principio, tenemos la transcripción de una disertación impartida por Ayarragaray en la Facultad de Ciencias Económicas, en 1920, publicada bajo el título “La inmigración y el maximalismo”. En la medida que latan en esa aportación impulsos contradictorios, no parece conveniente apresurarse a rastrear supuestas huellas de un desplazamiento nítido respecto de las posiciones de 1910. En efecto, en “La inmigración...” hay pasajes relativamente optimistas sobre la historia universal (“y porque hay una lógica inmanente en la historia, la humanidad tiende constantemente a formas superiores de

organización y de idealidad”, p. 71), y sobre las perspectivas del país (“las circunstancias son favorables todavía para determinar la clase de elementos que debieran incorporarse a nuestra población”, p. 56; ó “una buena política inmigratoria solucionaría nuestros problemas más trascendentales”, p. 59). Junto a ellos hay, también, pasajes condenatorios del comunismo ruso y del comunismo en general (“la fuerza disolvente, el azote de Dios”, p. 74), sobrepuestos con otros en los que las tendencias maximalistas aparecen vistas como ajenas “a nuestro medio”. Entre nosotros,

...no puede haber disidencias inconciliables ni reivindicaciones exóticas, porque no existen clases, ni castas, ni resabios feudales, ni prejuicios de razas (sic), ni religiosos, ni problemas acumulados y complicados por dos mil años de historia y porque, en definitiva, aquí faltan brazos y sobran tierras, mientras en el viejo mundo, sobran brazos y faltan tierras. (“La inmigración...”, en *Cuestiones...*: 78)

Esta constatación no conduce sin embargo a Ayarragaray a las playas de una serenidad plácida, sino que lo lleva, por un lado, a insistir sobre la necesidad de volver más racional la política inmigratoria y, por el otro, a explorar los meandros de la incertidumbre y del desasosiego:

Cuando Scipión el Africano, desde una colina contemplaba el incendio de Cartago, no pudo sustraerse a la idea melancólica que algún día también Roma sería destruida y, sollozando, repitió el verso aquel de Homero: ‘Y un día llegará en que Priamo, su pueblo y la sagrada Ilión, serán destruidos...!’ Tácito solía preguntarse si las cosas humanas son regidas por leyes o por el acaso. Las mismas incertidumbres se agitan hoy en nuestro espíritu. La tragedia de los acontecimientos actuales, comienza a superar todas nuestras presuntuosas concepciones sobre el curso y destino de la civilización y de la humanidad (...) Ante problemas tan hondos y vastos y confusos, no es posible formular previsiones; dejemos suspendidos sobre ellos nuestras angustias y nuestras dudas, esperando que una concordancia final, permita a la humanidad en armonía superior, proseguir desarrollando las civilizaciones espiritual y material. (“La inmigración...”, en *Cuestiones...*: 78-79)

En el corazón del volumen hay otro texto exclusivamente referido a esta cuestión, seguido por la transcripción de una entrevista que lo completa. Ayarragaray insiste allí en sus inquietudes acerca de la eventual conformación de un “revoltijo” degenerado y condensa sus posiciones en dos o tres fórmulas breves y retóricamente eficaces: gobernar no es simplemente poblar, sino poblar bien; América no debiera ser para la humanidad, sino para la humanidad blanca; no sería preciso cerrar las puertas a la inmigración, sino tan sólo entornarlas. Por lo

demás, evoca en esas líneas tanto la cláusula de la Constitución que afirma que el Gobierno debiera fomentar ante todo la inmigración europea, como la legislación prohibicionista de los Estados Unidos en relación con el fenómeno de la inmigración amarilla. Entremezclados con frases ligeramente optimistas puestas generalmente en condicional, aparece un inquietante pasaje como éste:

Nuestra individualidad nacional, nuestro destino, nuestra constitución histórica y étnica, dependerán decididamente de la sangre que circule por las venas de nuestra población futura. Ya hierven en sus entrañas, como en las marmitas de las brujas de Macbeth, demasiados ingredientes humanos heterogéneos, altos y bajos, puros e impuros. Si no limpiamos y regulamos en lo sucesivo tal mescolanza étnica, nuestra constitución será un misterio peligroso; nadie podrá sospechar siquiera el engendro, quizá monstruoso, que lanzaríamos en la escena del mundo. (“Política inmigratoria”, en *Cuestiones...*: 227)

Como sabemos, en Ayarragaray, los inmigrantes indeseables no sólo son potenciales productores de engendros monstruosos o de degenerados psíquicos y morales. También pueden ser revolucionarios que arriban con el sólo propósito de implantar en el país métodos de fuerza y doctrinas antisociales: “*Estamos a punto de convertirnos en la cloaca del mundo*” (“La pena de muerte”, en *Cuestiones...*: 151, nuestra cursiva) Un artículo de fines de los años 20 está dedicado a la inmigración judía. Sin llegar a un antisemitismo abierto, Ayarragaray propone allí “fijarle una cuota proporcional” a esa “raza”: después de todo, “el bolcheviquismo ruso es judío, y judío el evangelio de Marx, que hoy inspira las reivindicaciones revolucionarias proletarias.” (“Inmigración judía en Argentina”, en *Cuestiones...*: 425)

En lo que respecta al tercer racimo de textos que componen las *Cuestiones...* de Ayarragaray, quisiera que lo considerásemos en forma especial en el siguiente apartado. Pero antes de eso me gustaría formular unas últimas consideraciones en relación con el decadentismo ayarragarayano. Es innegable que ciertas facetas de su pensamiento prolongan aquella tradición intelectual que de algún modo despunta en la segunda mitad del siglo XVIII con las consideraciones de Edward Gibbon acerca de la decadencia del Imperio Romano, prolongándose en ciertos pensadores iluministas tardíos y románticos. Como señala Arthur Herman (1998: 35-40) estos autores, notoriamente fascinados por los descubrimientos arqueológicos, cavilaron sobre la fragilidad de todas las civilizaciones y sobre la inminente posibilidad de que el mundo moderno también fuera a desaparecer. En parte, el conde Arthur de Gobineau continuó de manera consecuente esta tradición, con la importante salvedad de

que en su obra los lamentos decadentistas se articulan con motivos anti-burgueses y con prejuicios raciales. Sugiere Herman (*op. cit.*: 67): “El mito racista ario era para Gobineau una ampliación de la fantasía de su origen aristocrático.” Reemplazando ario por vascongado, casi podría decirse lo mismo de Ayarragaray; no habría, sin embargo, que ir tan a prisa. Ayarragaray no valora en sus antepasados vascos las mismas cualidades que Gobineau recuperaba de los antiguos arios (su supuesto heroísmo vital), sino aquellas que identificaba como atributos de la civilización, estrechamente vinculadas a sus disposiciones anglomaníacas: como vimos, a través de un razonamiento que es como una versión restrictiva de la retrospectiva mitriana, sostiene que, entre los ibéricos que llegaron a América, los más parecidos a los anglosajones fueron los vascos. Sabemos que esto también se articula con el tema de la pureza racial; en Ayarragaray, ésta última explica tanto la estabilidad política chilena como el mayor grado de civilización alcanzado por los anglosajones: ambos están más avanzados en la escala de la civilización porque no han degradado su linaje a través de mezclas degeneradoras. Luego, no hay dudas de que Ayarragaray conocía las obras de Volney y Gobineau y también la de otros conservadores decimonónicos como Joseph de Maistre. Sin embargo, calificarlo sin más de pensador reaccionario y anti-moderno cual si fuera una suerte de sumatoria vernácula de esas aportaciones, constituiría una grosera simplificación. En rigor, sus concepciones amalgaman, de manera tensa y abigarrada, lecturas de diversa índole: el justificado énfasis en sus propensiones conservadoras, nostálgicas y decadentistas no debe hacernos olvidar la presencia simultánea de núcleos de ideas evolucionistas y progresivas en su obra, derivados en general de sus lecturas de los positivistas tardíos franceses y británicos.²⁸ En términos generales, no deja de ser significativo que el mismo Ayarragaray se autodenominara “*tradicionalista progresivo*”, expresión que condensa de manera relativamente adecuada estas peculiaridades de su pensamiento.

²⁸ Sin embargo, en ocasiones da toda la impresión de que lo más parece interesarle a Ayarragaray de los positivistas no es tanto su eventual entusiasmo por el progreso, como sus disposiciones gradualistas y moderadas, es decir, su conservadurismo. Ronald Stromberg (1990: 200) nos recuerda que el pensamiento de Spencer no sólo es tributario de la tradición liberal sino también de la escuela burkeana, en particular en lo referido a la concepción de la sociedad como un organismo complejo que no puede ser modificado a voluntad. Éste motivo es recuperado insistentemente por Ayarragaray, especialmente en sus textos sobre legislación obrera y maximalismo, algunos de los cuales examinaremos más abajo.

5. Embestida contra Yrigoyen

Los artículos que en *Cuestiones...* se ocupan de denostar al radicalismo y a Yrigoyen superan la treintena y cubren toda la década del 20. Naturalmente, aquí no es posible tratarlos a todos. En consecuencia, sólo nos detendremos a considerar algunos, procurando poner de relieve tanto una serie de aspectos formales a mi juicio reveladores de las visiones del mundo y del tiempo histórico de Ayarragaray, como las premisas básicas sobre las que se desplegó su persistente diatriba antirradical.

En las primeras líneas de casi todos esos escritos suele aparecer una advertencia referida a las disposiciones espirituales del autor; de manera invariable e insistente, Ayarragaray se presenta ante sus lectores como alguien que no sólo está “fuera” sino también “más arriba” de las disputas políticas del momento; su distancia está hecha de espacio y también, y fundamentalmente, de aristocrática displicencia (recordemos sus “viejos papeles de familia”...). Para Ayarragaray, es esa etérea y singularísima condición la que le permite reflexionar con serenidad y expresarse con decoro y mesura; presumiblemente, pensaba que su “retramiento voluntario” y su consagración a la “investigación pura” eran más que suficientes para dejar establecida su superioridad de linaje respecto de sus críticos, quienes constantemente necesitaban recurrir a injurias soeces, con lo cual no hacían otra cosa que revelar su esencial bastardía. Con estas palabras se abre una contribución titulada “Filosofía de la política y del patriotismo argentino”²⁹:

Oficiando en el altar de la meditación, patrióticamente me consuelo y a mí mismo me enaltezco. El grande orgullo y el gran desprecio -¿por qué no decirlo sintiéndole?- sustentan y amparan. (“Filosofía...”, en *Cuestiones...*: 408)

Estas primeras aclaraciones son generalmente seguidas por un mosaico de pasajes sinuosos en los que destacan sentencias y definiciones abstractas, frases en condicional, verbos como *columbrar*, y series de enigmáticos interrogantes acerca del porvenir. En relación con las

²⁹ Pueden verse, además, los pasajes iniciales de los siguientes artículos: “Puñado de verdades”, “A propósito del proyecto de reforma de la Constitución”, “Algunas reflexiones sobre la actualidad argentina”, “Política y presidencia”, “Radicalismo y oposiciones”, “Las dos presidencias”, “La actual Argentina política”, “Presente y futuro de la política argentina”, “Política argentina”, “Política argentina y lucha presidencial”, “Causas de la actual descomposición política argentina”, “La corrupción electoral argentina en el pasado y en el presente”, “La actualidad política argentina y sus perspectivas”, “Consideraciones sobre la actual política argentina”, “Inmigración judía en Argentina”, “Actualidad política argentina (esp. I)”, “Vistazo al actual momento político argentino”, “La descomposición argentina –gobierno y oposición” y “Crisis política final”, todos ellos en *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*.

sentencias, hay en el tramo final de *Cuestiones...* un texto titulado “Reflexiones y sentencias políticas doctrinales”, cuyo análisis puede ser de utilidad aquí. Tal vez no sea exagerado postular que esa colección de generalizaciones (“No fueron comúnmente los adversarios que tumbaron los partidos gobernantes argentinos, éstos a sí mismos se tumbaron...”); definiciones (“Pueblo implica la nación en su entidad máxima, excluyente de la acepción en boga de politicastros y extremistas...”); máximas (“En democracias sin autenticidad sería preferible votar mal y elegir bien, que votar bien y elegir mal...”); referencias a personajes históricos célebres (Enrique IV, Jorge III, etc.) y analogías (Catón, Hércules, Napoleón, etc.) nos permite penetrar uno de los dispositivos más importantes del pensamiento ayarragarayano: su tendencia a yuxtaponer sentencias doctrinales supuestamente metahistóricas, a las que aparentemente conceptúa como articulables sin más. Tal disposición otorga un carácter y un ritmo peculiares a sus escritos, que no parecen hechos para relatar acontecimientos o desplegar argumentos, sino más bien para rumiar esas sentencias, que pocas veces son algo más que prejuicios apilados detrás de alambicados artificios retóricos. Con respecto a las series de interrogantes acerca del porvenir –con las cuales se cierran, en muchos casos, sus aportaciones– tal vez convenga recordar algunas, para contribuir al esclarecimiento del aspecto que más nos interesa poner de relieve: su concepción del tiempo histórico. En esos frecuentes pasajes enigmáticos, Ayarragaray no necesariamente profetiza el infierno; más bien, pálidamente optimista, delinea un futuro positivo sumamente lejano, borroso y amenazado por el presente sombrío que describe; perplejo, elude todo pronóstico y recomienda el retraining a los hombres de su condición; inquieto, deja abierta la posibilidad de que se profundicen la decadencia y la descomposición que visualiza en su presente. Por lo general, hace todo esto a la vez; escuchemos, a guisa de ejemplo, su voz en seis extractos:

La Argentina se transforma y marcha hacia destinos que ignoramos, pero que presumimos grandiosos. Empero, lo mismo se va al progreso que a la decadencia, porque las evoluciones en los pueblos nuevos son precipitadas y confusas. (“Mitre y la actualidad política argentina”, en *Cuestiones...*: 334)

Hasta tanto nuestra democracia se organice por evoluciones progresivas y superiores que le depara indudablemente el destino, las minorías esclarecidas, el pensamiento argentino, no debieran abrigar más aspiración ni formular más voto, que no retornaran sistemas francamente regresivos o regímenes descaradamente vejatorios. (“Presente y futuro de la política argentina”, en *Cuestiones...*: 301)

¿Estaría inclinándose a la sazón, transformado el patriotismo argentino tradicional, para entrar en contradicción no sólo con el pasado, sino también con la realidad venidera o con la que debiera provenir lógicamente del patriotismo fundador de la nacionalidad o sea del hispano-criollo? En consecuencia, ¿estarían ya conmovidos los sustentáculos de la personalidad y del espíritu argentinos? ¿Podríamos, sin caer en temeridad, repetir con Voltaire, presintiendo los tumbos y subversiones de su país y de Europa, que nuestros nietos estarían también condenados a ver bellas catástrofes...? (“Filosofía de la política y del patriotismo argentino”, en *Cuestiones...*: 410)

¿Estaríamos capacitados para fundar una civilización noble, expansiva y fuerte, y evitar las enfermedades de crecimiento y las imprevisiones y vicisitudes de juventud? Nuestros grandes destinos están en manos de las generaciones presentes y venideras. Avancemos confiados, pero sin olvidar las dramáticas lecciones que plagan la historia humana. Mientras Scipión, desde solitaria colina, contemplaba el incendio de Cartago, acometió a su ánimo inesperada inquietud y, pensando melancólicamente en el destino que pudieran los dioses deparar a Roma repitió, sollozando, el verso de Homero: ‘Y un día llegará en que Priamo y su pueblo y la sagrada Ilión serán destruidos...’ (“Inmigración judía en Argentina”, en *Cuestiones...*: 430; pasaje final del texto)

¿Crisis de renovación o crisis de subversión, actividades democráticas o manifestaciones demagógicas? A menudo tales factores entran en vaivenes equivalentes y en efervescencias representativas. ¿Quién, entre las incoherencias que nos circundan, sería tan osado para formular netos presagios? (...) Existe, empero, una incertidumbre: en el seno de la democracia en formación, ¿habría más potencias de disolución que de construcción? (...) Están indicando múltiples signos, una nacionalidad conturbada; oyéndose clamores de lo que se va y clamores de pasiones demagógicas que llegan, envueltas en polvaredas levantadas por derrumbamientos institucionales, políticos, sociales y morales (...) ¿Qué rumbos probables seguirá la evolución del desorden político argentino? (“Actualidad política argentina, II”, en *Cuestiones...*: 446-7; 451-2; con la última pregunta concluye el artículo)

Nuestro amorfismo democrático está igualmente propenso a la barbarización y a la civilización, y en conglomerado semejante, fácilmente penetra la suspicacia vulgar. (“Actualidad política argentina, III”, en *Cuestiones...*: 455)

Una lectura atenta de estas citas debiera dejar suficientemente clara la índole de la relación que el Ayarragaray tardío fue estableciendo con un porvenir al que concibió como incierto, enigmático y muy presumiblemente sombrío. Delineado el telón de fondo, al lector no le resultarán sorprendentes las premisas básicas sobre las que reposó la interminable diatriba que Ayarragaray compuso en torno a la figura de Yrigoyen y al movimiento político radical. Resumiendo: para Ayarragaray, el advenimiento del radicalismo debiera interpretarse como un producto de los errores y del desgaste natural de los gobiernos que lo precedieron, así como

también del impulso ciego de las muchedumbres, acicateadas por la ley electoral del presidente Sáenz Peña, patriótica pero prematura, dado el “analfabetismo cívico” de las masas criollas mestizas y de los derivados de la inmigración cosmopolita. En cierto pasaje Ayarragaray refiere, sin tomar directamente partido por ella, la aparición de una doctrina sociológica que sostenía que la selección natural no implicaría la victoria de los más aptos, sino de los subalternos e inferiores (“Puñado de verdades”, en *Cuestiones...*: 102). En otros momentos, retoma algunas de sus antiguas ideas, por ejemplo, el énfasis en la ausencia de una civilización espiritual en la Argentina o en el desinterés de los criollos enriquecidos y decentes por la vida pública. Sin duda, una de las facetas del radicalismo que más irrita a Ayarragaray es el supuesto desprecio de dicho movimiento hacia los que él denomina “sectores cultos”; sin embargo, no considera dicho fenómeno como un atributo exclusivo del yrigoyenismo, sino que le sitúa en un contexto mundial de descomposición de los sistemas de gobierno hasta entonces vigentes y de entronizamiento de la mediocridad plebeya. En fin, el radicalismo yrigoyenista es para Ayarragaray una forma de demagogia semi-criolla y semi-cosmopolita (radical-socialista), emparentada mas no idéntica a las formas caudillescas descritas en *La anarquía...*: Yrigoyen, nuevo tipo de caudillo, difiere de tanto de sus ascendientes violentos como de los semi-cultos. Con respecto a la “compleción íntima” del líder radical, sostiene Ayarragaray que se trata de un conspirador jacobino cuya filosofía política es del mismo linaje que la del ganso de Voltaire, que imaginaba ser la finalidad última de la Creación. A su juicio, Yrigoyen es “uno de los más hábiles *arquitectos de ruinas* que hayan pasado por el gobierno.” (“Puñado de verdades”, en *Cuestiones...*: 107) Huelga decir que en todo esto se verifica una actualización de muchas ideas y nociones que vimos desplegarse en *La anarquía...*, que nos devuelve a su elitismo matricial y a su visceral repulsión al “espíritu de multitud”; origen social, lecturas, sociabilidad y trayectoria político-intelectual conforman sólidos andamios sobre los cuales este conjunto de elementos se asienta, recrea y retroalimenta. Sin embargo, el impulso fatalista, por el cual Yrigoyen es visto como actualización de la barbarie atávica, tiende a ser sistemáticamente contrarrestado y hasta sobrepasado por elementos provenientes de su propensión decadentista nostálgica. En todo caso, la novedad de sus escritos de ese tiempo es que lo que había comenzado como una idealización fragmentaria de elementos más o menos próximos a su pasado personal (los vascongados, los comerciantes, los estancieros, las familias decentes, también los gauchos, por momentos la época colonial...) cobra ahora, y me atrevería a decir definitivamente, mayor articulación y entidad, hasta volverse una superficie homogénea de virtudes (el despuntar de la

luz), ubicada en un período concreto (1852-1880 y a veces llegando a cubrir hasta 1916), respecto de la cual los vicios y defectos asociados con el radicalismo se vuelven, por contraste, más visibles. En más de un pasaje Ayarragaray fecha de manera explícita el inicio de la descomposición política del país en 1916; a su juicio, el radicalismo, desde su primer gobierno, fue el que sacó al país de su *órbita de evoluciones progresivas*; en consecuencia, todo lo que había sido edificado en más de medio siglo de esfuerzos sistemáticos, se despeñó:

Derrumbamos las columnas del antiguo templo político nacional y entre sus ruinas todo va pereciendo. (“Puñado de verdades”, en *Cuestiones...*: 102)

Corresponde señalar que, a diferencia de una franja importante de la oligarquía argentina, Ayarragaray no valoró en términos positivos la presidencia de Alvear ni las iniciativas anti-personalistas. Ni la prosperidad económica que caracterizó esos años ni las mentadas “diferencias de estilo” entre los dos presidentes radicales fueron suficientes para contener su implacable pluma. Su interpretación del período parte del supuesto de la afirmación de que existió una pugna entre presidente (Alvear) y caudillo (Yrigoyen), “clásica sudamericanada” generadora de una presidencia bastarda, dada su pecaminosa concepción y, por tanto, carente de destino (nuevamente late en el presente una mancha ancestral que lo condiciona...). En cierto pasaje compara las dos presidencias:

La primera presidencia fue un delirio, la segunda una somnolencia; la primera un dogmatismo, la segunda una ambigüedad; la primera una campechanería, la segunda una mundanidad; la primera una afirmación, la segunda una perplejidad; la primera un fanatismo, la segunda un acomodo; la primera un absolutismo, la segunda una flojera; la primera un torrente, la segunda un estanque; la primera un empecinamiento, la segunda una inflexión. En síntesis, ambas en su género, constituyen dos superlativos, por exceso o por deficiencia. Más allá y más acá de la Constitución y de las tradiciones de los gobiernos argentinos.” (“Las dos presidencias, en *Cuestiones...*: 268-269)

Poco antes de las elecciones presidenciales de 1928, Ayarragaray entrevistó, como otras personas de su sector social, la posibilidad de que pudiera conformarse al fin una coalición conservadora triunfante; sin abandonar su sinuosidad y su incertidumbre características, y basándose en una sentencia según la cual en toda época normal el talento gobierna “por derecho divino”, acompañó el movimiento:

Uno de los males que aquejan a nuestra democracia radica principalmente en las insuficiencias mentales, cívicas y morales de las mayorías de votantes. El trabajo espontáneo y profundo en los regímenes políticos tendió y tiende a constituir clases selectas y capaces. Un puñado de pensadores y realizadores sacaron a la humanidad de la barbarie y fundaron la civilización (...) Entonces la nueva democracia argentina debiera afanarse por constituir su clase pensante y directora. (“Política argentina”, en *Cuestiones...*: 314-315)

Resulta indispensable consignar que, pese a la repulsión que le inspiraba el radicalismo, Ayarragaray no fue partidario de una interrupción arbitraria de la vida democrática. A diferencia de lo que por esos años sostenía Leopoldo Lugones, y tal vez algo inesperadamente en función de algunos rasgos medulares de su prédica anterior, no tendió a interpretar la aparición del fascismo como un fenómeno trascendente que abría una época nueva, sino que prefirió verlo como algo episódico, que de ninguna manera autorizaba a postular el fracaso definitivo de la democracia y del parlamentarismo. En unas cartas que intercambió con Lugones a mediados de 1925, y que fueron publicadas en *La Nación*, Ayarragaray manifestó su apego a las formas legales y su confianza (siempre pálida) en una evolución gradual de la vida política argentina.³⁰ Como veremos después con más detalle, Lugones había ingresado ya en su etapa jerárquica: pronunciados sus conferencias de 1923 y su célebre discurso en Ayacucho, se había vuelto un crítico lapidario del sistema constitucional y del sufragio, declarando abiertamente su admiración por el fascismo. Es importante destacar que para Ayarragaray el problema no estaba ni en la Constitución ni en la democracia, sino –y aquí le resultaban funcionales las viejas tesis de *La anarquía...*– en el carácter inferior de la vida política argentina, vinculado, para él, con la índole bastarda de la estructura demográfica nacional. A su juicio, los argentinos no eran, como pensaba Lugones, “latinos”, sino “mestizos”, de sangre y de cultura.³¹ Es interesante constatar que el pálido evolucionismo en el que se instala Ayarragaray en esta polémica tenga por pilares aquellas fatales tesis. En la carta que cierra la serie, Lugones

³⁰ Véase el “Epistolario político”, en *Cuestiones...*: 181-195. Señalemos al pasar que una comparación del tono de estas cartas pudiera resultar instructiva para abordar el problema de las diferencias de concepción y temperamento entre sus autores; a grandes rasgos, diría que el tono es más ríspido y asertivo en Lugones, más desasosegado y sinuoso en Ayarragaray. Véanse también las consideraciones de Ricardo Sidicaro (1993: cap. III) en relación con este punto.

³¹ Cerca de las elecciones presidenciales de 1928, Ayarragaray escribe: “No debiéramos transigir con la violencia en ninguna de sus formas. Amparados por la Constitución –medianamente respetada– organizaremos el Estado y la libertad. Yo prefiero la peor de las Presidencias –mal transitorio– a la mejor de las arbitrariedades o dictaduras, o sea cuartelazos. Abandonadas nuestras débiles predisposiciones legales ¡qué de tumbos daríamos antes de retomar los quicios normales!” (“Causas de la actual descomposición política argentina”, en *Cuestiones...*: 340)

afirma que él no estaba proponiendo la dictadura como “solución”, sino más bien que la dictadura era un “hecho” necesario. Uno de los aspectos que más resalta el poeta, y que adquirirá el debido relieve cuando estudiemos su pensamiento, se liga con las consecuencias de la Gran Guerra: a su juicio, después de ella, ya no era posible seguir creyendo en las quimeras racionalistas (libertad, justicia, democracia, igualdad, etc.); al parecer, se trataba de adquirir un nuevo sistema de certezas que sustituyera al anterior. La Gran Guerra y sus consecuencias, así como también los sucesivos triunfos radicales en los comicios argentinos, también conmovieron los cimientos intelectuales de Ayarragaray, pero lo hicieron de otro modo: notoriamente más propenso a la sinuosidad y al escepticismo, éste, más que cambiar un stock de certezas por otro, se fue replegando cada vez más en un melancólico y lánguido desasosiego:

Desaparecidas las nobles turbulencias y el genio activo de las generaciones genuinamente argentinas (...), debátese el espíritu público en oscuro vacío que nadie y nada podrán colmar todavía. Estamos en la entraña de la transición (...) Todo está en descomposición, porque todo está caduco y a la espera de una mutación que en llegando será trágica. Pareciera la misma Constitución exhausta ya, sin su virtual potencia originaria y careciente de vínculos esenciales con el país en formación. El Partido Radical, o más propiamente, las dos Presidencias que nos legó, si hubieran cuajado en Presidencias de capacidad, habrían comenzado a echar las bases de la nueva Argentina, que se jactaron encarnar. En la estupenda desorientación actual andan erguidas solamente las tendencias extremistas, radical y socialista (...) Vánse de tal manera preparando soluciones de anarquía para la anarquía, soluciones de confusión para la confusión, soluciones de impotencia para la impotencia. *Nos encaminamos flemáticamente hacia el gran desquicio, presididos por la grande ineptia (...) La crisis comienza a atacar el Gran Todo, el Grande Espíritu argentino.* (“La actual política argentina”, en *Cuestiones...*: 286-7; nuestras cursivas)

A MODO DE CIERRE

El tiempo no tiene una forma única en el pensamiento de Lucas Ayarragaray. Al estudiar su obra es posible identificar momentos sombríos, en los que un pasado abominable extiende sus fauces hasta las orillas del presente de la enunciación y amenaza con devorárselo entero; momentos melancólicos, de sabor volneyano, en los cuales el pasado es visto como ideal perdido, el presente como decadencia y el porvenir como turbador enigma y, también, momentos fugaces que trasuntan, de un modo señaladamente tenue, un evolucionismo del que se derivan algunas pálidas notas optimistas sobre el futuro de la humanidad y de la Argentina. Sin duda, esta relación multívoca con el tiempo constituye un desafío para todo aquel que procure aproximarse a su obra con propósitos interpretativos sistemáticos, por modestos que fuesen. Contribuye a ello el hecho de que estas formas diversas en modo alguno se corresponden con etapas auto-asumidas dentro de su trayectoria político-intelectual (Ayarragaray solía jactarse de su coherencia, del carácter constante de su prédica, etc.), sino que coexisten, superponiéndose sutilmente, a lo largo de cuatro largas décadas.

A través de las hipótesis de lectura delineadas en el cuerpo del capítulo he intentado llamar la atención sobre un conjunto de elementos que juzgo significativos para comprender la compleja relación que Ayarragaray estableciera con los tiempos argentino y universal. Destacan entonces su origen social —que explica en parte su elitismo, su racismo y su conservadorismo—, el impacto del Noventa —que acaso da cuenta de su ¿sobrereacción? condenatoria del arribismo social y de la avidéz de riquezas materiales—, su momento antiroquista —insoslayable telón de fondo de La anarquía argentina y el caudillismo—, su fase celebratoria y, finalmente, su extenso periplo posterior, que abarca varios jalones para desembocar en la furiosa crítica antiyrigoyenista y antirradical de los años veinte, quedando articulada ésta con un decadentismo algo más consistente, es decir, capaz de postular la existencia de una región específica del pasado digna de ser valorada con signo positivo. Pienso que el recorrido realizado autoriza a plantear con el debido fundamento la idea de que las elaboraciones discursivas ayarragarayanas constituyen una anticipación fuerte del pensamiento tematizador del fracaso nacional. Porque si es cierto que su obra comparte con las producidas por varios de sus compañeros de generación —los intelectuales del cambio de siglo— un conjunto de rasgos decisivos, entre los que cabe mencionar aspectos relativos al lenguaje, la perspectiva, las temáticas predilectas e, incluso, el dispositivo axiológico, también lo es que, puesta en relación con Las multitudes... de Ramos Mejía, con numerosos pasajes de Cané, con la prédica de Agustín Álvarez, o con Nuestra América de Bunge, ella aparece como más decidida y sostenidamente sombría y pesimista. En efecto, una de las cosas que más llama la atención al abordar sus elaboraciones se liga con el hecho de que, al pasar por el tamiz de su pluma, casi todos los presentes de enunciación son inquietantes y sombríos y casi todos los futuros grises o inciertos; aún sus pasajes optimistas suelen estar atravesados por advertencias inquietantes, interrogaciones enigmáticas y cielos nublados. Tal constatación se vuelve aun más interesante si se atiende al

hecho de que vivió una vida larga, lo cual le permitió asistir a las profundas convulsiones y transformaciones del primer tercio del siglo, interpretándolas, esto es obvio, a partir del arsenal categorial de que disponía, el cual combinaba de manera bastante inesperada, elementos tomados de doctrinas conservadoras y liberales, positivistas y románticas, evolucionistas y decadentistas, intelectualistas y anti-intelectualistas... Por todo ello la obra de Ayarragaray puede ser vista como una condensación, singular y potenciada, de todas las dudas, ansiedades y fantasmas que recorrieron la sensibilidad de la élite argentina en los años del cambio de siglo y aún después; en particular, aquella *summa negationum coyuntural* que fue La anarquía argentina y el caudillismo puede considerarse como antecesora destacada de la *summa negationum por excelencia*, Radiografía de la pampa, de Ezequiel Martínez Estrada, obra capital que abordaremos en el capítulo V. Más allá de esto, y si se me requiriese una etiqueta rápida, diría que Ayarragaray fue algo así como un finisecular “saturado”, que además tuvo ocasión de asomarse a una época que en cierto modo había dejado de ser la suya.

¿Cómo calibrar en el marco del presente estudio la significación de esa prédica casi invariablemente pesimista? En principio, desde una reflexión atenta a las distintas estrategias de los intelectuales para definir una posición en un campo que constantemente exige la diferenciación, cabe interrogarse por el significado de su propensión a instalarse en el papel de nominador de las insuficiencias, las taras y los males del país y, a veces, del mundo (la consideración de los juicios que sobre Ayarragaray vertieron Argerich, Castellanos y Barroetaveña nos enseñó hasta qué punto esa pretensión fue “bien percibida” por sus cuasi compañeros de ruta). Es probable que uno de los elementos cruciales aquí esté estrechamente articulado con el elitismo y el racismo ayarragarayanos: autocolocándose “más allá” y “más arriba” de las disputas podía imaginarse posición inmejorable para develar la esencia bastarda y pecaminosa de todo lo circundante. Por esa vía las contribuciones de Ayarragaray cumplen a la perfección con ese rasgo definitorio de las ideologías conservadoras que consiste en hacer pasar los privilegios que se quieren conservar por intereses generales y superiores; a través de esa operación, todo reclamo o invalidación que pudiera surgir es descalificado por su origen impropio, obteniéndose así un control simbólico sobre procesos potencialmente amenazadores e inquietantes. Se trata de una estrategia intelectual que es también, y quizás antes, una estrategia política y, en una medida no despreciable, una opción existencial. Ello no debe llevar a minusvalorar lo que pudiera haber de honesto, y eventualmente de profundo, en su núcleo hondamente escéptico, desde cuyo mirador todas las disputas del mundo aparecen como efímeras, vanas y, en última instancia, fútiles; sin embargo, se trata de un escepticismo en parte inconsecuente, ya que no deriva en una prédica abiertamente antipolítica ni en un retiro cabal de la escena, sino que se articula con una incontenible disposición a intervenir en los asuntos públicos. En otro plano, a la luz de lo consignado en el cuerpo del capítulo debe resultar más que evidente que Pasiones... (1893), La anarquía... (1904) y Cuestiones... (1926 y ss.) en modo alguno significaron “lo mismo”: cada obra remite no sólo a contextos

distintos, sino también a diferentes ubicaciones de Ayarragaray en la escena política; la dialéctica centramiento/descentramiento parece explicar, al menos en parte, sus notorios vaivenes. Da toda la impresión de que los escritos de Ayarragaray estuvieron dirigidos, más que a un público general, a una franja social compuesta por personas de sus mismos linaje y condición. Lo que varió sustancialmente entre 1893 y los años veinte fue el lugar ocupado por dicha franja en la dinámica política argentina. Vimos lo que Pasiones... pudo haber debido al Noventa. Más tarde, cuando apareció La anarquía... encontramos a Ayarragaray militando en las filas del antiroquismo, participando así de una tendencia político-ideológica que se proponía renovar el ambiente cívico desde el núcleo de la elite de poder; en esa ocasión, su prédica se dirigió a las minorías esclarecidas, instándolas sea a continuar sea a emprender la senda de la civilización, ardua tarea en un país de "complección mestiza", es decir, "bastarda". Más allá del fatalismo, había en esta disposición un componente asertivo importante, que enlazaba con un horizonte de expectativas, por más que éste fuese pálido y se presentase articulado de manera problemática con un pretérito fatal y amenazador. Aunque ese Ayarragaray no celebraba nada, formó parte de aquel clima de opinión cuyo punto culminante y en cierto sentido final fue la conmemoración de los Centenarios –de la que él mismo, a su modo, participó-, la Ley Electoral de 1912 y la subsecuente apertura del juego democrático. No es posible negar que el primer gobierno radical se involucró en una difusa pero vasta operación ideológica tendiente a descalificar al "Régimen", así como también en una sostenida pugna por la distribución del ingreso que derivó, entre otras cosas, en una renovación y ampliación del personal del Estado. Fácil es imaginar la frustración y la amargura de aquellos miembros progresivos de la elite conservadora (pregunto, todavía: ¿no habrá sido el Ayarragaray del Centenario un progresivo "a su pesar...") que, de pronto, se vieron desplazados de la dinámica política nacional por un movimiento que –al menos simbólicamente- los execraba, y ello tras haber supuesto que la Ley Sáenz Peña iba a allanarles el camino hacia una presidencia esclarecida, democráticamente legitimada. Esto explicaría las consideraciones retrospectivas que varios de los miembros de ese sector desplegaron en relación con dicha ley; Ayarragaray no vaciló en conceptualizarla como el fruto de una decisión prematura. De manera que su prédica de los años veinte puede interpretarse como una suerte de réquiem a una oligarquía que se autopercibía desplazada, a la vez que como un mea culpa y un lamento póstumo, relacionados con la percepción de una impotencia en el seno de dicho sector en lo que se refiere a una propuesta política plenamente hegemónica. De ahí su lánguido llamado a la acción, siempre opacado por sus referencias al retraimiento, al silencio, a la espera desesperanzada... Naturalmente, nada de esto quiere decir que el pensamiento de Ayarragaray haya expresado de manera unívoca una determinada realidad socio-política. Significa, tan sólo, que el lugar que ocupaba su sector social de origen y de referencia en la vida política argentina cambió con los triunfos radicales, y que entre las sensibilidades predominantes en una porción ¿delgada? de ese sector –aquella que no se volvió alvearista, anti-personalista o decididamente golpista - y su

pensamiento fuera posible (y acaso instructivo) postular afinidades. La tremenda conmoción ideológico-cultural suscitada por la Gran Guerra y sus consecuencias sirvió de marco general a ese proceso.

CAPÍTULO III

LEOPOLDO LUGONES: DE LA CELEBRACIÓN ENTUSIASTA A LA ENCRUCIJADA FATAL

Y si la actual civilización no quiere morir en la vergüenza del mercantilismo, que Platón y Aristóteles consideraban un oficio de esclavos; en el horror de las guerras sórdidas; en el servilismo de una filosofía cuyo desiderátum consiste en probar la vinculación del hombre con la bestia, tiene que crear síntesis espirituales semejantes [a la griega, A.K.], meter, para decirlo de una vez, un poco de cielo alegre en el alma enferma.
Leopoldo Lugones: Prometeo, un proscrito del sol, en Obras en prosa, p. 1031.

COMENTARIO PRELIMINAR

Leopoldo Lugones¹ nació en Villa de María del Río Seco, provincia de Córdoba, en 1874. Su primera infancia se desarrolló en el marco de una vida campesina, signada por la observación de la naturaleza agreste. A los nueve años fue enviado a estudiar a la ciudad de Córdoba; en el tercer año de la secundaria abandonó el colegio; de allí en más su formación intelectual, cuyos detalles se nos escapan, fue prácticamente autodidacta. Conil (op. cit.: 34ss.) menciona lecturas -obras extranjeras, especialmente francesas, y la poesía de Alfauerte, Andrade y Castellanos- y mentores -Javier Lazcano Colodrero, Juan Mateo Olmos, Carlos Romagosa. La crisis del Noventa repercutió hondamente sobre la situación familiar de los Lugones, propiciando que el joven descubriera que, pese a la “antigüedad de su linaje”, no era más que un “marginado”; para Conil,

¹ A diferencia de lo sucedido con Lucas Ayarragaray, existen numerosas investigaciones que abordan aspectos de la vida y la obra de Leopoldo Lugones; hay, también, algunas importantes biografías, entre las cuales sobresale sin duda la elaborada por Alberto Conil Paz (1985). El presente *Comentario...* es poco más que un esfuerzo por condensar en unas pocas páginas la monumental obra de Conil; sólo de manera ocasional se convocan voces de otros estudiosos; no menos deudor de aquella admirable aportación ha sido el criterio empleado para escoger los textos examinados en el cuerpo del capítulo. El lector debe tener presente que la abundancia de fuentes en relación con Lugones no es en absoluto casual: su peso específico en la cultura argentina ha sido, tanto mientras vivió como después de su suicidio, enorme; es probable que en más de un sentido siga siéndolo. Entre otras cosas, tanto Ezequiel Martínez Estrada como Julio Irazusta -autores cuyo pensamiento examinaremos más luego- consagraron sendos estudios a su figura, la cual se ha constituido, casi tanto como la de Sarmiento, en símbolo y obsesión para quienes continúan interrogándose acerca de la condición intelectual en un país como la Argentina. En relación con ello escribe María Pía López (2004: 9): “Entre los muchos fracasos parciales que se aunaron bajo el nombre de Argentina, está el de sus intelectuales. Este país cultivó, desde su origen, elites intelectuales destinadas a la organización del Estado o al combate contra él (...) Sin embargo, hay momentos de ruptura de esa tradición, momentos en que esas aspiraciones se revelan vanas y la intervención pública queda reducida a formas del honor o del prestigio pero vaciadas de efectividad. En Lugones, creo, se agota un modo de ser del intelectual argentino. Se agota porque fracasa, pero de ese fracaso sólo nos han llegado las astillas. Astillas que debemos interrogar críticamente.” Más adelante (p. 15): “Para decirlo rápido: al fracasar en su intento de emular a Sarmiento, fue Lugones quien cerró el modelo de intelectual decimonónico. Lo cerró trágicamente.”

en dicha intuición se encontraría el origen de su animadversión hacia el materialismo de la oligarquía y de su afán por deslumbrar a través de la inteligencia. En los primeros años de esa década encontramos a Lugones colaborando, con trabajos sobre literatura, en periódicos locales. Por testimonio de su hijo se cree que alrededor de 1891 ingresó a la Sociedad Teosófica Internacional en la que fuera “una de las decisiones trascendentales de su vida” (Conil, *op. cit.*: 38). De ese tiempo data su poema “Los mundos”, tributario de la cosmogonía teosófica y masona. A mediados de 1893 fundó, junto a su hermano Santiago y su futuro cuñado Nicolás González, un periódico literario denominado *El pensamiento libre*, presumiblemente financiado por la masonería y por agrupaciones garibaldinas, y cuya prédica estuvo consagrada a embestir de manera sistemática y provocativa contra la “clerecía prepotente”. Desaparecida esa hoja, pasó a colaborar en *La Libertad* y en *La Patria*, de orientación análoga. Por esos años descubrió el socialismo, credo que abrazó de inmediato. Hacia 1895 impulsó la fundación de un Centro Socialista Obrero Internacional, solicitando enseguida la incorporación al Partido. Según Conil (*op. cit.*: 43), la prédica fogosa e iconoclasta del joven Lugones debió haber inquietado, incluso, a sus mismos protectores. Tras probar fortuna como mercader de cereales en la región de San Francisco, optó en 1896 por radicarse en Buenos Aires, ámbito que parecía ofrecerle cierto anonimato, alguna pluralidad ideológica y opulencia suficiente para tentar la publicación de sus obras. Una vez en la metrópoli, pasó a desempeñarse como colaborador del vespertino *El tiempo*. Sus poesías rápidamente despertaron el interés de los “modernistas revolucionarios” del Ateneo, liderados por Rubén Darío. Lugones representó al Centro Socialista de Córdoba en el Congreso de delegados del Partido; sostuvo allí, junto a José Ingenieros, una posición radical que circunstancialmente se impuso sobre la más moderada de Juan B. Justo. Indica Conil (*op. cit.*: 52-53):

*En este período, la obra literaria de Lugones es simétrica a su planteo revolucionario. Ostenta la unión de la vanguardia artística con la política (...); si algo caracteriza a esta etapa juvenil, es el intento de sobrellevar esa doble carga. Signo característico, el tono exaltado de su prédica abunda en apóstrofes. En el estilo poético, se advierten aún fuertes reminiscencias románticas y una persistente sujeción a la influencia de Almafuerte. Otro tanto ocurre con la prosa. Casi todos los artículos que entrega a *El tiempo* se refieren a temas sociales, tratados de manera admiratoria, o con sarcasmos ocasionalmente excesivos. Son raras, en cambio, las páginas sin referencias políticas.*

*A fines de 1896 viajó a Córdoba para casarse con Juana González, prescindiendo de la ceremonia religiosa; enseguida, la pareja se instaló en Buenos Aires. En los años finales del siglo Lugones publicó, junto a José Ingenieros, el periódico revolucionario *La Montaña*, cuyo tono extremo no parece tener antecedentes en la cultura nacional. A fines de 1897 apareció el volumen de poemas *Las montañas del oro*, novedoso no sólo por su contenido, sino también por su aspecto, formato y composición tipográfica. Frente a la guerra hispanonorteamericana Lugones manifestó su adhesión a la libertad de Cuba y, perfilando una actitud que sería*

duradera, tomó partido a favor de los Estados Unidos y en contra de España. A mediados de 1898 fue nombrado auxiliar en la Dirección General de Correos y Telégrafos, en reemplazo de un pariente y por probable influjo de Roca. Poco después compartió, junto a Alfredo Palacios, la ceremonia de iniciación en la Rama Luz de la Sociedad Teosófica. A este respecto reviste capital importancia la siguiente anotación de Conil (op. cit.: 61):

La obra de Lugones adeuda tanto a la hermética arca de la teosofía, que sin ella cualquier interpretación o crítica tórnase insustancial. Un ejemplo: sus conocimientos teosofistas le permitieron volver los ojos hacia la venerada antigüedad, uno de sus grandes temas, fuente, además, de continua inspiración.

Al examinar el Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones y el Prometeo tendremos oportunidad de visualizar cuánto debe la concepción lugoniana del tiempo a las enseñanzas teosóficas; al estudiar otros de sus textos, veremos de qué manera sus ideas sobre la historia, tanto universal como argentina, son a su vez tributarias de aquéllas. A principios de 1899 Lugones afrontó su iniciación en la misma logia masona en que participaban Piñeiro Sorondo, Ingenieros, Palacios y Darío.

En ese tiempo el Centro Socialista de Barracas –en el que militaba el poeta- se escindió del partido, arrastrando a otros; hacia fin de año, las agrupaciones disidentes realizaron un Congreso en el que fundaron la Federación Socialista Obrera Colectivista; poco después, todas volvieron a la agrupación, excepto Lugones, quien no retornaría nunca. El arco de interpretaciones desplegadas para pensar la significación de esta ruptura es amplio, y va desde la atribución de oportunismo acomodaticio hasta la consideración más apologética de que un carácter expansivo y genial como el suyo necesitaba libertad para desenvolverse sin ataduras ni trabas partidistas. Lo cierto es que, después de ese incidente, Lugones pasó a ocupar un papel cada vez más central en la gestión presidencial de Roca: en octubre de 1900 fue designado “Visitador General de Enseñanza” por Magnasco y por el propio general presidente. Desde ese sitio se volvió defensor decidido de las ideas educativas de Magnasco –enraizadas en el credo alberdiano, anglófilo, utilitario y práctico-, afanándose por mostrar que la contradicción entre dichas ideas y su espiritualismo estetizante era sólo aparente.² Basándose en testimonios retrospectivos de Enrique Dickmann, Conil (op. cit.: 195ss.) puntualiza que hacia esa época Lugones habría conocido la filosofía de Nietzsche, a partir de lo cual sus ideas anticristianas y helenizantes se vieron reforzadas. Es tesis de Conil (op. cit.: 73-74) que el discurso que Lugones pronunció en homenaje a Emilio Zola marca una transición en la evolución de sus ideas políticas; en él puede apreciarse ya la prefiguración de la que sería su

² Conil destaca que la adhesión de Lugones a las ideas educativas de Magnasco era vista por él mismo como parte de sus “principios socialistas”.

prédica de años venideros, esto es, el enaltecimiento de la “libertad plenaria” y la crítica al “dogma de obediencia”, encarnado en la Iglesia y la milicia.

Por razones políticas, Magnasco debió alejarse de su cargo ministerial; Lugones permaneció como ejecutor de sus ideas durante las gestiones de Juan Serú y de Joaquín V. González, quienes no introdujeron modificaciones sustanciales en la materia; por el contrario, la llegada de Ramón Fernández a la cartera llevó al poeta a renunciar a su puesto. De su polémica con Fernández y sus ideas educacionales derivó el volumen La reforma educacional, integrado por artículos aparecidos en El país. A mediados de 1903 Joaquín V. González encargó a Lugones la elaboración de una “monografía histórico-descriptiva” sobre las ruinas jesuíticas de Misiones y el estudio geográfico y arqueológico de la región. Partió entonces, acompañado por Horacio Quiroga (fotógrafo) y por su hermano menor, Ramón (auxiliar). De esa aventura de dos meses derivó El imperio jesuítico, ensayo histórico a cuyo comentario está dedicada la primera sección del cuerpo del capítulo.

Producida la ruptura entre Roca y Pellegrini, tratada tanto en el Comentario preliminar como en el cuerpo del capítulo precedente, Lugones permaneció en las filas roquistas, justamente las contrarias a Pellegrini, Sáenz Peña y Ayarragaray; más aún, por indicación del ministro del interior Joaquín V. González, formó parte del Comité Ejecutivo de la juventud quintanista. En tal calidad, impartió en noviembre de 1903 una conferencia que tuvo la finalidad abierta de responder a las acusaciones que Sáenz Peña había formulado contra Roca pocos días antes en el mismo recinto, el teatro Victoria. En aquella ocasión Lugones negó que Roca fuera un “caudillo”, refiriéndose a sus méritos en tanto instaurador del “principio de autoridad” y defendiendo en forma explícita las bondades de la situación reinante y el porvenir que la misma autorizaba a avizorar. Oponiéndose a quienes ven en aquella intervención de 1903 un “giro copernicano” y hasta una “traición” a su antiguo credo, Conil (op. cit.: 85ss.) pone de relieve las profundas afinidades que habrían unido a Lugones con Roca: la fascinación de ambos por la “política de los hechos”, por los postulados estoicos, por la idea del destino. Paralelamente, Conil recuerda la participación del poeta en la redacción de un proyecto de Código Nacional de Trabajo, misma que probaría la vigencia de aspectos medulares de su ideario juvenil; lo mismo sucedería con sus ideas educativas, las cuales tuvieron una nueva oportunidad de realizarse con la “segunda reforma”, propiciada por la confirmación por el presidente Quintana de Joaquín V. González como ministro de Educación. De manera que 1904, 1905 y los primeros meses de 1906, época que coincide con la centralidad de su amigo González, constituyeron “años felices” para Lugones. ¿Los más felices...?³ Virtual coronación de esa situación

³ El poeta gozaba a la sazón de seguridad económica (garantizada por su cargo de Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal), intelectual (es el tiempo de *Los crepúsculos del jardín*, poemario de sensibilidad antiburguesa, refinada y decadente, de *La guerra gaucha*, colección de episodios en los que intenta una empresa de renovación del idioma y del ambiente de las “cosas criollas”, y de *Las fuerzas extrañas*, volumen de relatos que se cierra con el ya referido y a mi juicio crucial *Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones*) y afectiva (su vida familiar parecía marchar “viento en popa”).

*innegablemente auspiciosa, en 1906 emprendió, junto a su esposa e hijo, su primer viaje a Europa, en “misión oficial de estudio”.*⁴

Pocos días después de su partida a Europa falleció el presidente Quintana; dicho acontecimiento abrió una fase nueva en la política argentina; de inmediato se procedió a la reorganización del gabinete y al inicio del “desmontaje” del aparato roquista. Lugones aún estaba en Europa cuando se enteró de que El país, diario de Pellegrini, había lanzado una campaña en su contra, acusándolo de no haber seguido los procedimientos de rigor en la compra de tres mil pupitres de origen norteamericano. Tras una serie de peripecias que no viene al caso detallar aquí, Lugones terminó enemistándose con el presidente Figueroa Alcorta —viejo conocido suyo— y alejándose del servicio público. Según Conil (op. cit.: 111-113) —que en este punto matiza una conocida anotación de Ezequiel Martínez Estrada—, esa ruptura, producto del convulsivo proceso ligado al derrumbe de la preeminencia política de Roca, se encontraría en el origen de la tragedia lugoniana. En lo inmediato, pasó a la oposición, ingresando, en calidad de vicedirector, a El diario. Desde esa tribuna profirió dictiones y sarcasmos contra el gobierno, en particular contra el ministro de educación Juan Antonio Biliboni y el canciller Estanislao Zeballos. De ese tiempo es el Lunario sentimental, cumbre del movimiento modernista, así como también la conferencia titulada El ejército de la Ilíada, pronunciada en 1908 en el Círculo Militar, en la cual deslizó su preocupación por lo que juzgaba el “envilecimiento intelectual” del país, resultado previsible de la sed desmedida de riquezas; su “campaña belenizante” es propuesta como antídoto a esa lamentable situación; ejemplo de ello es el pasaje escogido como epígrafe del presente capítulo, tomado de su libro Prometeo, de 1910. El roquismo beligerante de Lugones duró algunos años, llevándolo incluso a participar de intrigas a través de las cuales algunos sobrevivientes de la fracción buscaron aproximarse a los radicales yrigoyenistas y a militares conspiradores: sabido es que, hacia 1910, Lugones llegó a recibir en su domicilio al caudillo radical. Hasta donde sé, y más allá de su prédica antimaterialista y belenizante y de ciertos dictiones de circunstancia, este conjunto de peripecias no llevaron a Lugones a convertirse en un tematizador abierto del fracaso nacional; por el contrario, justamente en esa época lo encontramos participando activa y centralmente en la celebración de los Centenarios, a través de la publicación de varias obras: Prometeo, un proscrito del sol, Odas seculares, Didáctica y Piedras liminares. En 1911, año del centenario del nacimiento de Sarmiento, Lugones escribió, por encargo de José María Ramos Mejía, presidente del Consejo Nacional de Educación, una historia del prócer. Sobre ese momento particular, escribe Conil (op. cit.: 132):

⁴ Lugones no sólo estuvo en París, destino obligado, sino que visitó parajes inusuales para los visitantes latinoamericanos: por razones probablemente vinculadas a sus inclinaciones esotéricas, viajó al villorrio noruego de Svolvaer, cerca del polo norte, “donde no hay más que renos y focas” (Conil, op. cit.: 107).

Alejado Figueroa Alcorta y con un roquismo en fuga, la agresividad de Lugones en El diario no se justificaba. El mismo periódico había variado la línea opositora, acercándose su director –Manuel Lázarez al flamante presidente [R. Sáenz Peña, A. K.]. Por eso, superar aquella etapa, necesaria si bien concluida, parecía fatal. A mediados de 1911, se incorporó a La Nación, órgano en el cual ya había colaborado esporádicamente y que había integrado su pariente Benigno G. Lugones, quien, sin duda, mucho tuvo que ver con el ingreso.

Ese mismo año de 1911 Lugones intentó radicarse en Europa con su esposa e hijo. Una vez allí, envió puntuales colaboraciones a La Nación, que lo había designado corresponsal, y al periódico Sarmiento.⁵ Notoriamente atraído por la problemática de las relaciones internacionales, reflexionó sobre la guerra balcánica de 1912, redondeando sus ideas sobre la contraposición entre libertad y dogma de obediencia y sobre las culturas o civilizaciones que supuestamente encarnaban esos ámbitos antagónicos. Ese año publicó el poemario El libro fiel. En 1913 regresó a Buenos Aires por razones que, al parecer, estuvieron ligadas a la búsqueda de apoyos para su proyecto de revista, al embale de su biblioteca y a la despedida de sus padres. Justo antes de embarcarse nuevamente con vistas a su radicación en el viejo continente, que entonces se suponía definitiva, impartió sus famosas conferencias –pensadas durante su estancia europea- sobre el Martín Fierro, en el teatro Odeón; tres años después, las mismas fueron publicadas bajo el título de El payador. De nuevo en París, trabajó denodadamente, junto a Jules Huret y a Henry Javray en la edición de su ambiciosa Revue Sud-Americaine, cuyo primer número apareció en enero de 1914.⁶ El asesinato de Francisco Fernando sorprendió a los Lugones en Londres; a su regreso a París, la publicación de la revista se había suspendido, al parecer por problemas financieros. Tras intentar permanecer en Francia, debió partir con su esposa en agosto. Poco después de su arribo a Buenos Aires, se produjo la muerte de Roca, acontecimiento que, según Ezequiel Martínez Estrada, signó trágicamente la ulterior trayectoria del poeta. A principios de 1915 fue designado director de la

⁵ Recuerda Conil (op. cit.: 136-137): “Si caben dudas sobre la adscripción de Lugones a la teosofía y al hermetismo, valga este episodio. Recién venido [a París] recurre a los oficios de Darío, pues procura entrevistar lo antes posible a Gerard Encausse, el reputado doctor Papus (no confundirlo con el también famoso ayunador), médico y discípulo de Jean Martín Charcot en la Salpêtrière, un erudito de la cosa esotérica, empeñado en su propagación y en aportar significados estéticos y artísticos a la literatura de igual origen. Con prontitud Darío le solicitó una audiencia para ‘el intelectual más fuerte del continente latinoamericano, al mismo tiempo dado a los estudios del ocultismo’. En la oportunidad, los dos amigos presenciaron experiencias notables y días más tarde, Lugones –siempre interesado- asistió, en el Palace des Sociétés Savants, a una conferencia con el atrayente tema de ‘Ocultismo y Renacimiento’, organizada por la Escuela Superior de Ciencias Herméticas, dirigida por Encausse. De ahí en más sería asiduo oyente de los Cursos Esotéricos dictados con alto nivel académico por aquella institución.”

⁶ Años más tarde, Havray dio a conocer pormenores del nacimiento de la Revue: “En 1913 Jules Huret me anunció que había dado con un tipo formidable, un verdadero genio, afirmaba. Ha leído todo, lo sabe todo; es, simultáneamente, poeta, músico, matemático, filósofo, historiador, versado en todas las ciencias; en una palabra: una enciclopedia viviente llegada de la Argentina y que se llama Leopoldo Lugones...” (en Conil: op. cit.: 150). La lista de quienes colaboraron en la página en verdad impresiona: Georges Clemenceau, Camille Pelletan, Pierre Baudin; los poetas Paul Fort, Emile Verhaeren, Enrique Banchs; los españoles Rafael de Altamira y Ramón del Valle Inclán; el mexicano Carlos Pereira, etc. (tomado de Conil: 151-152).

Biblioteca Nacional de Maestros. Ese mismo año impartió, por invitación de Joaquín V. González, un curso de Estética en la Universidad de La Plata. En aquellas sesiones trabajó cuestiones vinculadas con El libro de los paisajes, aparecido dos años más tarde. 1915 fue también el año en que apareció, como folletín en La Nación, su Elogio de Ameghino. En 1916 impartió unas conferencias sobre Homero, en el Odeón, ante una concurrencia escasa; se produjo el triunfo electoral del radicalismo, y apareció, como ya lo indiqué, El payador. Las críticas lugonianas a la irrupción de las masas en la vida política argentina no se hicieron esperar, y su idea de que el país sufría una “crisis disolvente” parece tener origen en esos años; sin embargo, y en la medida que pensaba entonces que la guerra en curso iría a traer consigo una reestructuración profunda del mundo -el renacimiento de la “civilización de la libertad” o el advenimiento de la “República Social”-, sus posiciones de entonces eran aún predominantemente esperanzadas y optimistas; mantendrían ese cariz algunos años más. Durante 1917 Lugones continuó tanto con sus críticas a Yrigoyen como con su campaña proaliada y contraria a la neutralidad; hacia fin de año, celebró la caída de la autocracia rusa, profundizando esta fase suya de abierto entusiasmo por la redención social. En un primer momento prestó su apoyo a los estudiantes reformistas y, lejos entonces de quienes conformaron la Liga Patriótica, tendió a interpretar las importantes huelgas del período como antesala de la revolución social en el país. De fines de 1919 data un documento de su autoría titulado Democracia Argentina Revolucionaria.⁷ Es sabido que en ese tiempo la Policía Federal llegó a seguir sus pasos.

Entre 1920 y 1923 tuvo lugar el famoso viraje ideológico lugoniano. Conil ofrece una caracterización compleja y por eso mismo satisfactoria del intrincado proceso. Con alguna libertad, su argumentación puede leerse como la historia de un intelectual “en busca de causa” que fue acumulando desencantos, y cuyas concepciones generales sufrieron un colapso profundo y eventualmente irreversible a raíz de su toma de contacto con las nuevas aportaciones de la ciencia física, y sin que de todo ello derivaran, al menos en aquel tiempo, desencanto, resignación o desasosiego sino, por el contrario, un renovado afán afirmativo. Desengaños: de los estudiantes universitarios (según él, domesticados enseguida por el gobierno), de las huelgas revolucionarias (pronto controladas por el gobierno y los militares), de la Revolución Rusa (devenida, más temprano que tarde, “dictadura del proletariado”), de la situación del mundo de la posguerra (a la deriva tras el fracaso electoral de Wilson y tras la renuencia de los Estados Unidos a formar parte de la Liga de las Naciones). Toma de contacto con las nuevas aportaciones de la ciencia física: como recuerda Conil (op. cit.: 280), meses después de que los sabios destacados en las Prince Islands del Golfo de Guinea comprobaron que la luz se curvaba en el espacio y que, por lo tanto, Einstein tenía razón, Lugones pronunció una conferencia en el Centro de

⁷ El documento fue entregado por Lugones a Enrique Barros en presencia de Arturo Capdevila, quien así lo hace constar en su biografía del poeta. Barros lo publicó en *La Vanguardia* del 21 de julio de 1931 (tomado

Estudiantes de la Facultad de Ingeniería en la que explicó “los meandros de la nueva teoría y aventuró la posibilidad de medir el tamaño del espacio, aseveración inédita para entonces y luego confirmada por el propio Einstein.” Derivado de aquella intervención se publicó, al año siguiente (1921), El tamaño del espacio.⁸ En cuanto al desengaño de Lugones en relación con la situación del mundo de la posguerra corresponde señalar que a mediados de 1921 viajó a Francia, invitado por el Comité France-Amérique. En ese viaje tuvo oportunidad de conocer personalmente a Marcelo T. de Alvear, quien meses después sería electo presidente de la república; al producirse este último hecho, Lugones lo recibió con agrado y hasta fue personalmente al Puerto a recibir al mandatario en su retorno al país. 1922 no sólo fue el año de la elección de Alvear, sino también el año en que Lugones saludó en forma pública el advenimiento de Mussolini al poder. Pese a su simpatía hacia Alvear, no cesó en su diatriba contra la democracia y comenzó a ver en el ejército, liderado a la sazón por Agustín P. Justo, la solución a la cuestión del predominio mayoritario. En este punto pienso que vale la pena transcribir dos elocuentes pasajes de Conil, que muestran en qué sentidos fueron articulándose los elementos referidos:

Los efectos de los postulados de Einstein fueron tremendos; prácticamente todo el saber humano debió ser reubicado y corregido. Es que, en el pensamiento de Lugones, vacilante por la realidad de la guerra y las desilusiones de la paz, aquellas audacias tuvieron consecuencias inmediatas. A partir de 1922 comienza a publicar una serie de artículos (...) en los que desnuda sus vacilaciones y confiesa su desapego por la vieja ideología, a la que califica de trasnochada, ya que es universal, absoluta y por ello anticientífica. Por lo tanto, no parece excesivo afirmar que el fundamento filosófico de las conferencias del Coliseo y del discurso de las espadas de Ayacucho, deba buscarse en la honda transformación producida por los vertiginosos descubrimientos físicos de la década de los veinte. (Íbid: 281)

Aquel viaje mostró a Lugones una Europa distinta, víctima del profundo síncope de la posguerra. Francia misma, vencedora, era un enorme laboratorio en el que se cuestionaba todo. Pudo observar las consecuencias de la tragedia y los artículos que envió —de una prosa notable— reflejan la honda impresión que causaron en su ánimo las ruinas, la miseria, la muerte, sobre todo la muerte inútil. El mito del progreso, tantas veces exaltado en su obra, no resistía la confrontación de los hechos (...) Es probable que el idealista pleno de ilusiones las sometiera al despotismo de la realidad y, si nos atenemos a sus propias declaraciones, la visión directa de aquel ‘experimento formidable’ tuvo consecuencias deletéreas en la noble quimera de la que participaba ardorosamente. (Íbid: 285)

Sobre el telón de fondo de la renovación de las ciencias físicas y de la errática dirección de la política internacional de la posguerra, Lugones aparece como admirador temprano de la aventura de D’Annunzio en el Fiume así como del ejemplo fascista y de Mussolini; es posible que en ese tiempo tomara contacto, también, con

de Conil: op. cit.: 274).

⁸ No de deja de ser interesante puntualizar que cuando Einstein, flamante premio Nobel, visitó la Argentina en 1925 cenó en casa de los Lugones.

las aportaciones de L'Action Francaise y con la obra de Oswald Spengler. Hito crucial de la metamorfosis fueron las conferencias del Coliseo, pronunciadas a mediados de 1923. El hecho de que las mismas fueran propiciadas por la Liga Patriótica y por el Círculo Tradición es claramente revelador de la profundidad del viraje, sobre todo si tomamos como parámetro de medida el entusiasmo por la revolución social que, de manera fugaz, había sostenido un lustro atrás. Es cierto que, como señala Conil, algunos elementos permanecieron constantes -el gusto por el riesgo y por el movimiento, el desprecio por la burguesía y por la democracia burguesa;- sin embargo, no es menos notorio que aspectos medulares variaron de manera radical: abandonado el universalismo y la idea de progreso, subsumido el tema de la libertad en la cuestión del orden, tenemos, a partir de esa fecha, un nuevo Lugones, al que retrospectivamente cabe considerar como prefigurador intelectual de la experiencia golpista-autoritaria cristalizada en septiembre de 1930. En un artículo publicado en La Nación hacia fines de 1923, escribe:

Antes de la guerra imperaba en los espíritus el ideal humanitario o formalismo histórico de la lógica progresista; las patrias solidarias en el derecho y los hombres iguales ante la libertad. Y por muy doloroso que sea, dicho ideal ha fracasado. Bajo su concepto, creíamos que el objeto de las patrias era asegurar la libertad. Ahora sabemos que es otro más duro y más ingrato: bastarse. (en Conil, op. cit.: 303-304)

A mediados de 1924 los Lugones realizaron el que sería su último viaje a Europa. Esta vez, la invitación provino de Comisión de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones, presidida por el filósofo Henri Bergson, y de la que tomaron parte ilustres personalidades de la época. Conil (op. cit.: 304ss.) interpreta las posiciones lugonianas de entonces como indicativas de un momento de transición ideológica, en el que todavía había resabios de sus creencias universalistas previas; sin embargo, no deja de señalar la desconfianza del poeta frente a la iniciativa en general, sentimiento basado en su certeza que Europa se encaminaba a un nuevo conflicto. Estas reflexiones quedaron fijadas en una serie de artículos publicados en La Nación, luego reunidos en el volumen La organización de la paz. A fin de año concurrió, invitado por el gobierno peruano, a los festejos por el centenario de la batalla de Ayacucho. Allí pronunció su famoso "Discurso", en el que se mostró partidario categórico del militarismo, despertando así una nutrida polémica en el país y en toda América Latina.⁹ En abril de 1926 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura en mérito a cuatro obras publicadas dos años atrás: Filosofía, Romancero, Cuentos fatales y Estudios helénicos. Sus inclinaciones esotéricas no parecen haber sido afectadas por el viraje ideológico; por el contrario, suele hablarse de

⁹ En los meses que siguieron al discurso, la importante revista costarricense *Repertorio Americano* –dirigida por Joaquín García Monge–, publicó varios artículos a través de los cuales distintos intelectuales polemizaron

un “rebrote” de las mismas para mediados de la década, el cual sería particularmente visible en los Cuentos fatales y en *El ángel de la sombra*, su única novela. Por entonces, sus viejas ideas sobre el destino le sirvieron como ariete argumental contra el racionalismo ordenancista, su nuevo enemigo.¹⁰ En 1927 dio a conocer su *Elogio de Maquiavelo*, figura que le resultó entonces útil para mostrar su adhesión al realismo político. Al año siguiente aparecieron los *Poemas solariegos*, cuarta y penúltima estación de sus *Geórgicas Argentinas*.

Ya desde 1926 Lugones preveía que en las próximas elecciones volverían a triunfar el partido mayoritario y su caudillo; de esa época es su conferencia sobre Roca, en la que volvió sobre los cuestionamientos al radicalismo y a la democracia plebiscitaria, exaltando a los militares y reclamando “un nuevo Roca”, hombre del destino y extirpador de demagogos. También es de esa época su polémica epistolar con Lucas Ayarragaray, considerada en el capítulo anterior. Luego del triunfo electoral de Yrigoyen, Lugones insistió de manera abierta en su campaña antidemocrática, autoritaria y propulsora de una reforma constitucional. Sus actividades conspirativas incluyeron reuniones frecuentes con oficiales del Ejército y con núcleos de jóvenes nacionalistas; en particular con los agrupados en torno a La Nueva República, entre quienes se contaban los hermanos Irazusta. A mediados de 1930 Lugones tomó contacto con el general Uriburu, ofreciéndole incondicionalmente sus servicios y apoyo. Días antes de la revolución, el general le encargó la redacción de la proclama revolucionaria.¹¹ En ese tiempo Lugones dio a conocer varios volúmenes: antes del golpe, aparecieron *La patria*

con Lugones: el chileno Enrique Molina, el mexicano Baltasar Dromundo, el costarricense Alberto Brenés Mesén, el español Luis Aquiristain (véase Conil, op. cit.: 320-323).

¹⁰ Conil (op. cit.: 331) subraya que en esos años Lugones, judófilo declarado, fue designado presidente del Instituto de la Universidad de Jerusalén en Buenos Aires; al biógrafo le interesa sobremanera poner de relieve que, más allá de ciertos ocasionales impulsos filoxenófobos, el poeta se mantuvo distante del antisemitismo.

¹¹ Es sabido que el documento original fue modificado por algún militar allegado a la tendencia del general Justo, presumiblemente Sarobe; véanse entre otros Conil (op. cit.: 413); Carlos Ibarguren (1999[1955]:412ss.); también Fernando Devoto (2002: 249ss.). El tema de la proclama y su modificación anticipa la pugna que tendría lugar entre las corrientes uriburista (impulsora algo ambigua de reformas institucionales de orientación corporativa) y justista (decidida partidaria de un desenlace electoral) en el seno de las Fuerzas Armadas y que se resolvería a favor de la segunda a lo largo de 1931. Para una exploración de los límites del intento corporativizante, véase la citada obra de Devoto (esp. cap. 5). El trabajo de Devoto, de indudable y autoasumido talante febvriano, se propone llamar la atención sobre el hecho de que en la Argentina de 1930 todavía no podía haber un fascismo maduro. Entre otras cosas, Devoto subraya la tensión existente entre las orientaciones corporativas y conservadoras (ligadas éstas últimas a una cuestión de anclaje social, en última instancia tradicional) en el seno del propio uriburismo, a la sazón perfectamente conciente de su debilidad política. Pensando en la situación de mediados de 1931, escribe: “No había ningún corporativismo teórico disponible y, en cambio, había muchas otras ofertas desde los constitucionalistas universitarios, dentro de la tradición de las ideas liberales decimonónicas.” (p. 273) Sin duda, es posible subrayar, como lo hace Devoto, el peso de esa “tradición liberal” sobre la historia política argentina; sin embargo, ello no debiera llevarnos a olvidar que se trata de una tradición que para entonces, y en relación estrecha con un problema de erosión de la hegemonía, había perdido ya aquella futuridad característica de su época “clásica”. Si desde el mismo siglo XIX el liberalismo argentino tuvo algo de coartada elitista y excluyente, hacia 1930 ello es, a mi juicio, algo evidente y notorio. Al respecto, recuérdese el pasaje de Maristella Svampa citado en el tramo final de la Introducción; complementariamente, considérese la siguiente

fuerte –compilación de artículos que habían visto la luz en *La Nación*, distribuida entre los socios del *Círculo Militar* en ocasión del banquete anual del Ejército y la Marina llevado a cabo unos meses antes de la “revolución”- y *La grande Argentina* –donde laten las ideas industrialistas desarrolladas por Alejandro Bunge-; después, *Política revolucionaria* –recopilación de artículos elaborados en el año de 1930- y *El estado equitativo* –inicialmente publicado en las páginas de *La Fronda*. Todos estos elementos hacen que en modo alguno resulte excesivo identificar en Lugones al principal ideólogo de la intervención militar en la vida política argentina.

Naturalmente, el rápido ocaso del uriburismo desplazó a Lugones del centro de la escena. Es cierto que apoyó la candidatura de Justo, pero –como destaca Conil (op. cit.: 423)- lo hizo a pedido del general y de un modo difuso y aparentemente insincero. La última empresa política de Lugones consistió en acercarse a los jóvenes nacionalistas para tentar una “segunda revolución”. A mediados de 1933 fue designado por oficiales uriburistas jefe de la *Confederación de Agrupaciones Nacionalistas*. En esa ocasión redactó un documento programático, titulado “Propósitos”. Sin embargo, su liderazgo, presumiblemente por la desconfianza que suscitaba su figura entre los jefes militares, duró menos de un año; en mayo de 1934 presentó su renuncia e ingresó en la fase final de su vida, signada por una serie de sucesos recurrentemente remarcados por los estudiosos y cuya interpretación ha suscitado controversias: la ruptura de la relación con su joven amante Emilia Santiago Cadelago;¹² el opaco desencanto respecto de la actividad política;¹³ la supuesta conversión al catolicismo;¹⁴ el

declaración de Lugones poco después de la deposición del presidente radical: “Los políticos nunca lograrán extirpar aquella calamidad con sus recursos, porque el Sr. Yrigoyen los supera en la materia, según compruébanlo 14 años de derrotas; por consiguiente, imponíase expulsarlo por la fuerza.” (En Conil: op. cit.: 408)

¹² La relación de Lugones con Emilia Santiago Cadelago (Aglaura) no fue conocida sino hasta los años ochenta. Tras el fallecimiento de Emilia, María Inés Cárdenas de Monner Sans (1999 [1984]), depositaria de los poemas y de la correspondencia, la hizo pública, revelando además una serie de aspectos de interés, por ejemplo, el hecho de que el vínculo, iniciado hacia 1926, se interrumpió de manera abrupta a raíz de la intervención del hijo de Lugones en 1932-33. Naturalmente, la revelación de esta relación amorosa de Lugones –según María Inés Cárdenas, la primera pasión de su vida- ha permitido a los estudiosos llenar varios “baches biográficos”; así, por el ejemplo, la novela *El ángel de la sombra* puede ser vista bajo nueva luz, siendo evidente que el personaje Luisa de Mauleon es Emilia. Tal como lo reconoce Cárdenas, no hay evidencias concluyentes de que el suicidio del poeta se haya debido a su separación de Aglaura; sin embargo, como se aprecia en el epistolario –hay cartas rubricadas con sangre y con semen-, el dolor provocado por la ruptura fue profundo.

¹³ Escribe Conil (op. cit.: 449-451): “A la derrota partidaria, luego del repudio nacionalista, uníase –dilacerante- la desavenencia amorosa. Prueba de la honda sima que le produjo el forzado alejamiento de Aglaura –superpuesto a la Siracusa política y a los atroces embates de Botana- fue un total e inmediato retraimiento periodístico y literario. Diríase que Lugones desaparece intelectualmente, al operarse en él un nuevo cambio. Esta vez priva el sentimiento sobre la inalterable aspiración racional de ser el hombre que dice la verdad. Y tanto la ruidosa –a veces rabiosa- actividad pública, como el militarismo, de los que hiciera gala después de las conferencias del Coliseo, esa especie de eclampsia característica, comienza a ceder (...) Decididamente ya no lo inquieta la política. Prueba de ello es su parsimonia ante el choque ideológico que significaron la guerra civil española y los pródromos de la segunda apocalipsis europea.”

intento de dar forma a un libro sobre Roca, que no llegó a concluir. Por supuesto, todo se vio bruscamente interrumpido por el acto final de febrero de 1938.

Con Conil, resulta oportuno poner de relieve que el viraje lugoniano de los años veinte no fue producto de un impulso irreflexivo ni de meros cálculos oportunistas. Habría tenido que ver, ante todo, con el peculiar escenario de la posguerra, en el seno del cual una entera constelación axiológica parecía haberse desmoronado en forma irremisible; en tal sentido, corresponde recordar Lugones no fue el único intelectual atraído por el fascismo en aquella coyuntura;¹⁵ de manera que su metamorfosis de principios de los años veinte fue manifestación de un sacudimiento intelectual profundo y no supuso un abandono total de los elementos que conformaban su ideario anterior, sino que involucró un intenso, aunque inacabado y desgarrador, esfuerzo de revisión y reelaboración de sus antiguas posiciones. Paralelamente, es altamente probable que la mutación haya tenido que ver con un impulso ligado, a la vez, al temperamento intelectual de Lugones y a los rasgos que en general definen el funcionamiento del campo ideológico-cultural: la necesidad de seguir de manera constante estrategias de diferenciación, en este caso a partir de autoconstituirse en heraldo del porvenir vía el desafío —resaltado por Conil (op. cit.: 377-378)- al “establishment” intelectual, político y económico de ese tiempo. Esto último es también

¹⁴ Tal la tesis propuesta por Leonardo Castellani (1964). Los argumentos de Castellani se fundan en un supuesto testimonio personal del poeta en entrevistas sostenidas en la Biblioteca del Maestro y en el examen de los artículos que Lugones publicara en *La Nación* entre 1935 y 1938. Según Castellani, en 1935 Lugones era intelectualmente católico y el referido conjunto de artículos debiera ser considerado su “verdadero testamento”. Por mi parte, pienso que no es inadecuado postular el tema de la conversión; entre otras cosas y como veremos, el libro sobre Roca contiene pasajes en los que se despliega una mirada sobre la conquista española y sobre el catolicismo muy distante a la vertida en *El imperio jesuítico*; desde luego, el punto a dirimir sigue siendo el del suicidio, difícilmente comprensible a partir de esta tesis. Para una interpretación distinta, véase Conil (op. cit.: 451ss.). Considérese también el siguiente pasaje de Octavio Amadeo (“Prólogo” al *Roca* de Lugones, 1938: 23): “Lo encontré dos veces, poco antes de su fin, en casa de Luis Berisso, su fiel y noble amigo. Me pareció fondeado en el puerto definitivo, y que su ancla tenía la forma de una cruz. Pero la idea cristiana, por lo visto, iluminaba su cerebro; pero aún no calentaba su corazón. Todas sus viejas construcciones se desmoronaban y la nueva no estaba lista todavía. De pronto se halló a la intemperie, viendo la muerte de sus dioses, que lo aplastaron al caer.”

¹⁵ Conil (op. cit.: 375-376) ofrece un inventario de estos intelectuales. Sobre Lugones como “un caso más” del desplazamiento hacia la derecha de intelectuales que inicialmente habían sostenido posiciones de izquierda, véase Alberto Spektorowski (1996). No estoy en condiciones de polemizar con Spektorowski en lo que respecta a las proposiciones generales sobre los vínculos entre cierta revisión del marxismo en clave antimaterialista y antirracionalista y la emergencia del fascismo y, más ampliamente, al debate concerniente al origen y la significación de éste último; debo decir, empero, que considero que tales proposiciones no parecen fácilmente aplicables al caso de Lugones. A mi modo de ver, la aportación de Spektorowski sobrevalora en exceso la condición de Lugones “revisor del marxismo”, a la vez que subestima, de un lado, la indudable presencia de otros elementos más decisivos en la conformación de su ideario juvenil (los señalados: masonería, teosofía, filosofía griega, Nietzsche...) y, del otro, el interludio liberal-roquista, el cual es seguramente más que un interludio. Por eso cuesta pensar, con Spektorowski, que el viraje ideológico de Lugones sea analizable en términos de su insatisfacción con el marco conceptual marxista vista la supuesta incapacidad de éste para dar cuenta de los problemas derivados del ansia de modernización, emancipación e integración de la sociedad argentina. En cuanto a la “influencia” del pensamiento de Sorel sobre Lugones, me inclino a pensar, con Conil, que la misma fue posterior a su “viraje” y sensiblemente menos decisiva que lo que Spektorowski sugiere.

discutible, ya que ha habido intentos de pensar la trayectoria de Lugones enfatizando su “funcionalidad” a la oligarquía argentina.¹⁶ Por mi parte, considero relevante para esta investigación llamar la atención sobre el hecho de que la prédica del Lugones del período jerárquico (digamos, aquellas intervenciones suyas dadas a conocer entre 1923 y 1934) plantea no sólo una crítica severa de la situación imperante en el país, sino también, y fundamentalmente, una muy singular relación con el tiempo histórico argentino, en la que aparece perfilada, un poco a la manera de los arquitectos de la ilusión decimonónicas, una suerte de encrucijada fatal. Naturalmente, la cláusula “un poco” está orientada a destacar una diferencia sustantiva: mientras aquellos pensadores habían sido, como sabemos, tributarios de una idea fuerte de progreso, el Lugones jerárquico ya no compartía esa disposición. Tal rasgo otorga a su prédica de ese período un carácter peculiarmente dramático, toda vez que en ella las esferas de lo deseable y de lo inminente no coinciden de manera necesaria—como sí lo hacían en el Facundo..., en las Bases... y en las aportaciones mitrianas—, sino que amenazan con bifurcarse trágicamente. A mi modo de ver, en la tematización de esa honda fisura se sitúa la contribución principal de Lugones a la conformación del tópico del fracaso del país.

¹⁶ Para Noé Jitrik (1960: 20-21; también 29-30), Lugones es “la voz más alta de la oligarquía”; según David Viñas (1974: 226-227), es un intelectual “adscrito al grupo de los amos”. Sin desconocer el núcleo de verdad de este tipo de señalamientos —que, por lo demás, suelen articularse con elaboraciones en verdad complejas e intelectualmente estimulantes—, considero que el interés de revisitar una figura como la de Lugones reside justamente en atender a lo que hay en ella de distancia y desgarramiento trágico frente al poder y en relación a aquello que denomino polo discursivo hegemónico.

1. Un ensayo histórico

Producto directo de un encargo del ministro Joaquín V. González, *El imperio jesuítico* vio la luz en 1904. Antes de considerar sus trazos principales, quisiera volver a consignar que, cuando la guerra hispano-norteamericana del 98, Lugones tomó partido por los Estados Unidos, en contra de España. Su disposición anti-hispanista es sin duda tributaria de los pensamientos de Sarmiento y Alberdi (más cerca, es consonante con las obras de Agustín Álvarez y Carlos Octavio Bunge), e indica una toma de distancia significativa respecto de la dirección transitada entonces por gran parte de la intelectualidad hispanoamericana; tal disposición preside la elaboración de *El Imperio...* y, como veremos, lo rebasa en complejas ramificaciones posteriores, que incluyen una eventual inversión de perspectiva, visible en particular en el *Roca*, el libro inconcluso de Lugones.

El primer capítulo de *El Imperio...* lleva por título *El país conquistador* y es, por lejos, el más largo; resulta indispensable analizarlo con detenimiento, puesto que contiene un esbozo relativamente nítido de la historia universal, con especial énfasis en el papel de España en ella. Si en el “Prefacio” Lugones había asegurado que los jesuitas no le inspiraban cariño ni animadversión; al recorrer las páginas de la obra comprobamos que esa advertencia inicial era falsa: en Lugones, los jesuitas encarnan, en un determinado momento, al espíritu de España, y España es, a sus ojos, la China de Occidente; fanática, opresiva, medieval, contraria al desarrollo de la civilización moderna y al progreso. Lugones postula que el origen de esas características, que, como puede apreciarse, configuran un halo semántico rotundamente negativo, debe buscarse en los ocho siglos de dominación sarracena, los cuales tuvieron como resultado hacer de España, a través de la *impregnación morisca*, una nación prácticamente arábiga. Queda claro que, si la España del siglo XV no era completamente semita (árabe y judía), tampoco pertenecía al tipo ario puro de los demás países de Europa. Resuena aquí el clásico, lacónico y grave juicio que dictaminara Sarmiento en las primeras páginas de su *Facundo...* - España, “unida a la Europa culta por un ancho istmo y separada del África bárbara por un angosto estrecho...”. Los rasgos derivados de la referida *impregnación* son el proselitismo religioso-militar; el espíritu imprevisor y la ociosidad altanera; la inclinación bélica -síntesis de las virtudes caballerescas-; el fatalismo; la tendencia fantaseadora y el patriotismo entendido como odio al extranjero. Esa España de espíritu arábigo-medieval, militarizada, semibárbara y en estado crítico, poseía una extraordinaria capacidad para llevar adelante cualquier empresa que requiriese de ímpetu ciego para alcanzar el éxito. En ese marco tuvo lugar el

Descubrimiento, que produjo una inundación de riquezas de consecuencias catastróficas, cual si se hubiera dejado un tesoro en manos de un adolescente. Con esto, las tendencias hacia el equilibrio que pudieran haber estado operando en la España posterior a la Reconquista se quebraron para siempre, y triunfó la política del absolutismo. Desde el punto de vista lugoniano, hay una profunda ligazón entre los rasgos derivados de la *impregnación* y los sueños “absurdos” y “enfermizos” de Carlos V (la Monarquía Universal) y de Felipe II (el Imperio Cristiano). En un párrafo que prefigura tanto su teoría del *dogma de obediencia* como sus críticas al principismo en política (cuestiones sobre las que volveremos más abajo), dice Lugones:

Aquellos absolutistas, como nuestros demócratas de ahora, pretendían conformar los acontecimientos humanos a principios metafísicos, tomando por norma el ideal católico, del propio modo que éstos pregonan su república universal sobre el concepto de una fraternidad abstrusa. Ambos caminos que conducen fatalmente al despotismo, como lo demostró tan claro el final imperialista de la Revolución, trastornan en la mente de los pueblos toda noción de progreso recto, y extravían a poco toda idea de libertad, substituyéndola por la rigidez de un principio unitario, cuando su desiderátum racional es una constante variedad dentro del orden. (*El imperio jesuítico*: 21)

Según Lugones, en aquellos tiempos el pueblo español se constituyó sobre un patrón heroico, y el Conquistador no fue otra cosa que el encargado de prolongar, ya en los albores de la Edad Moderna, el espíritu medieval. Desde su punto de vista, la Conquista, quimérica, problemática y colosal, fue una empresa medieval, y sólo podía ser llevada a cabo por una nación como la española, que alcanzó así, al mismo tiempo que una gloria estéril, un destino miserable. Retengamos la serie de adjetivos que reclama para sí el *Conquistador* en estas páginas: aventurero casi loco, supersticioso y jugador, bravo degenerado fácilmente en cruel y en pillo, intolerante, carente de espíritu práctico... Atendamos también al hecho de que, en este argumento, el Descubrimiento es conceptualizado como una consecuencia de la situación de España tras la guerra con los moros:

Así, el tipo del paladín y el acto del Descubrimiento fueron natural consecuencia de un estado social y político, *no una excelencia de raza ni una invención genial*. (*El imperio jesuítico*: 27; mi cursiva)

Un poco más adelante (p. 30), Lugones asegura que el Conquistador era ya, con respecto al guerrero exclusivo de la época precedente –el paladín–, un tipo en decadencia. Veremos después cómo estas últimas afirmaciones entran en parcial colisión con las que

Lugones vertiera, una década después, en sus conferencias publicadas bajo el título de *El payador*.

Después de la Conquista, la catástrofe, vinculada al desdén del español hacia toda aplicación productiva: el ideal era “vivir sin trabajar”, aun en la miseria. La decadencia económica de España asumió entonces todos los caracteres de un derrumbe. Sustituida por la británica, la industria española sucumbió, “volviendo más amargo el despertar de aquel ensueño de grandeza” (p. 37). Lugones se ocupa de caracterizar ese proceso de descomposición, deteniéndose particularmente en las esferas del ejército, el foro y el clero, y en sus habitantes típicos, de quienes traza sendos retratos: el soldado, el hombre de ley y los frailes y curas, todos ellos torpes, canallas y venales. Naturalmente, el pueblo no pudo resistir tanta corrupción general. La conclusión de todo esto es la siguiente: con su repudio al comercio y a la colonización, a la Reforma y al racionalismo, y al concepto civil de la autoridad, base de la democracia, España abjuró de la civilización moderna y del progreso. Sólo quedaron en pie la Iglesia y el Fisco, monstruos insaciables. A los ojos de Lugones la consideración de lo sucedido con España arroja una importante lección: el progreso de las naciones no está en la raza ni en la riqueza del suelo, sino en las *ideas*, entendidas como espíritu animador.

¿Qué papel jugó en este proceso la Compañía de Jesús? Para Lugones, ella encarnó el espíritu de España en un momento en que la conquista militar iba siendo sustituida por la religiosa y representó, con su posibilismo, su utilitarismo y su racionalismo, un gigantesco pero finalmente estéril esfuerzo de adaptación de los viejos ideales a las exigencias de los tiempos nuevos. Es en esta vocación adaptativa y acomodaticia donde reside, para el poeta, el éxito sorprendente, aunque momentáneo, alcanzado por los jesuitas en su época. Más allá de eso, lo que le interesa enfatizar es que, con el predominio de la Compañía, España aseguró su *permanencia en la Edad Media*, en oposición a las tendencias evolutivas naturales que seguían los demás pueblos. Lugones es taxativo: la existencia de España, deforme, quedó establecida sobre una transgresión a la ley natural.

Al referirse a la historia argentina, Lugones afirma que los indios eran incapaces de vivir en estado de civilización; señala, además, que el país ha felicitarse por los resultados de las guerras que asolaron a las Misiones argentinas hasta despoblarlas, porque ellas fueron una “verdadera depuración” (pp. 265-266).¹⁷ En armonía casi perfecta con el juicio vertido por

¹⁷ Más adelante, dice: “Al humanitarismo puede esto parecerle atroz; pero el derecho a la vida es un resultado de las condiciones del viviente, no una cuestión sentimental y soluble con arreglo a cánones eternos”. (El

Mitre sobre las misiones¹⁸, Lugones concluye que, con su comunismo -igualdad en la miseria-, el imperio jesuítico desarrolló cualidades inútiles o nocivas para la civilización moderna. Si la organización no hubiese sido expulsada, es decir, si hubiese continuado con sus actividades y con su expansión, las consecuencias habrían sido negativas para la causa de la emancipación americana:

La expulsión fue entonces un antecedente favorable a la revolución individualista y federal que se preparaba (...) El triunfo del sistema jesuítico habría implicado la perpetuación de la Edad Media, cuyo funesto resultado está patente en la España absolutista, con tanto mayor estrago cuanto que era una cuestión de ideas y en éstas reside el secreto del progreso. (*El imperio jesuítico*: 277-278)

2. La sabiduría secreta como explicación última, clave hermenéutica y guía práctica

El *Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones* (1906) nos introduce de lleno en las preocupaciones filosóficas, científicas y espirituales de Lugones. Acaso tributario de Poe, y antecesor probable de algunos ensayos borgeanos, el texto sirve, como lo indica García Ramos (1996: esp. 55ss.), de fundamento razonado a varios de los cuentos que completan el volumen titulado *Las fuerzas extrañas*. La *Cosmogonía* se sitúa en la imprecisa frontera entre filosofía y ficción; no se trata en ella de la historia del mundo y de España, sino del entero proceso vital

imperio...: 275) Parece apropiado subrayar que Lugones no es todo el tiempo consecuente con esta conclusión tan brutal. Así, unas líneas más abajo afirma que el dominio español fue intrínsecamente opresivo, incapaz de usar, como el romano y el inglés (sic), una discreta tolerancia para incorporar evolutivamente los pueblos conquistados a su ser, como aceptando que la incorporación evolutiva es preferible al exterminio. De todas formas es importante tomar en cuenta este deslizamiento, que de alguna manera preanuncia sus posiciones de los años veinte.

¹⁸ Recordemos que en los primeros capítulos de su *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Mitre exhibe un anti-hispanismo, digámoslo así, suave y comprensivo. Sin embargo, cuando se refiere a las misiones jesuíticas, su pluma se vuelve severa e implacable; a sus ojos, ese imperio teocrático fue un elemento de descomposición que tuvo por efecto detener el impulso de la colonización del Paraguay; debido a la presencia jesuita, casi todo ese país se vio ocupado por una civilización comunista, monástica y artificial que albergaba todos los vicios de la barbarie sumados a los del gobierno eclesiásticos, y que tendió a impedir a los indígenas el contacto con los europeos. Más allá de esto, sería sin duda de gran interés comparar la concepción de la historia de Lugones con las de los arquitectos de la ilusión (Alberdi, Sarmiento, Mitre). Lo que puede decirse a priori es que, entre todos ellos, Mitre fue quien tuvo una mayor propensión a pensar la historia como un proceso lineal y ascendente y que, en parte por eso, se orientó a recuperar positivamente una serie de aspectos de la conquista y la colonia. Naturalmente, esto se vincula estrechamente con el carácter, ya mencionado, de su anti-hispanismo: aun cuando critica ciertas facetas de la política metropolitana hacia las colonias, siempre lo hace de un modo moderado, comprensivo y constructivo. Por el contrario, el Lugones de *El Imperio...* aparece atravesado por una disposición anti-hispanista más rotunda.

del planeta. Para Borges, en la *Cosmogonía* Lugones quiso expresar seriamente una hipótesis filosófica; García Ramos no concuerda con esa opinión y se inclina a considerarla, más bien, como un “cosmocuento”. En mi opinión, más allá del indudable valor narrativo y literario del texto, quien está en lo cierto es Borges; como veremos, buena parte de los desarrollos lugonianos posteriores –muy especialmente *Prometeo*, obra capital- reposan sobre proposiciones derivadas de la *Cosmogonía*. Tomaría demasiado espacio sintetizar el argumento completo del ensayo; intentaré simplemente llamar la atención sobre algunas de sus líneas directrices.

Para el misterioso narrador, de quien Lugones toma una distancia relativa por medio del prefacio y del epílogo, la vida es un eterno cambiar de estado, y eso vale tanto para las cosas más simples como para universos enteros: un universo que nace es el producto de un universo que fue. El narrador nos dice que el proceso cósmico se inicia con un rayo primordial que después va formando, a partir de sus ondulaciones, arcos, ruedas y polígonos, los primeros seres, análogos a los que conocemos. Las primeras ruedas de luz ya poseen conciencia y voluntad: son espíritus que pueden acertar o equivocarse; aquellos que se equivocan, pueden perecer. Los polígonos de luz se atraen, formando lentejas que chocan y se absorben entre sí, en un proceso que va dando lugar al espacio de tres dimensiones y a la rotación planetaria. A partir de ese momento es posible hablar de la *sensibilidad de la materia* que, desde el punto de vista del narrador, no es otra cosa que su radioactividad. Cuando los polígonos se convierten en poliedros, nacen los átomos, centros de fuerza individualizada, copos de luz blanca que se enfrentan en una activa lucha por la existencia, devorándose, fusionándose y complejizándose. A esta altura el narrador realiza una aclaración de importancia: “las leyes primordiales de la vida son comunes a todos los astros y a todos aplicables *por analogía*” (*Ensayo...*: 260). Ahora bien, un vez que el planeta ha organizado (estabilizado) su materia en los tres estados conocidos (gaseoso, líquido, sólido), comienza el proceso de desintegración o eterización de esa materia, inverso al anterior. Desde entonces es posible hablar de una *tendencia progresiva a la eterización de la materia*, imagen que conviene retener. La aparición de los seres orgánicos y la del hombre constituyen sendos pasos en esa dirección. Como en las antiguas filosofías, la materia es considerada la “gran madre”, que se personificaba en el agua: el ser que devendría hombre “bogaba en el fluido glutinoso del mar universal como una célula gigantesca (...) reproduciéndose (...) sin morir realmente, en los seres que de su masa engendraba.” (*Ensayo...*: 267). Sostiene el narrador que, antes de existir bajo la forma de seres humanos, el espíritu del hombre ya existía como entidad sintética que *pensaba* su descendencia: así, el hombre vendría a

ser progenitor del reino animal. Desde esta concepción, y puesto que todo el universo es una manifestación inteligente, constituye un error y una injusticia considerar al hombre como el único ser que posee esa cualidad. El pensamiento sería una forma de energía, y el rayo primordial la primera idea, el primer ser que, pese a no ser aun materia, albergaba en sí todo el universo que se desplegó después. Al inicio de la *Décima Lección*, y con el propósito de reforzar la idea de la *eterización* de la materia, el narrador evoca una enseñanza de la Kábala: “La piedra se convierte en árbol, el árbol en animal, el animal en hombre y el hombre en espíritu puro”. Esto, nos dice, se parece a las ideas de Darwin, pero posee un alcance evidentemente superior. En el penúltimo párrafo del *Epílogo*, ciertamente sugestivo, quedan enlazadas resonancias darwinianas, nietzscheanas y teosóficas:

Pero nuestras ideas son también espíritus, espíritus que aspiran a realizar, como los astros en el cielo y las flores sobre la tierra, no la sombría *struggle for life* de la ciencia, sino la divina *struggle for light* de los seres superiores... (*Ensayo...*: 283)

Como indiqué en el *Comentario preliminar*, en ocasión del Centenario Lugones dio a conocer varios libros. Uno de ellos fue *Prometeo, un proscrito del sol*, obra de enorme importancia para acceder al núcleo de sus concepciones. En principio, *Prometeo* es la peculiar respuesta del poeta a un pedido que el Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras le hiciera en 1907 a través de su presidente, Francisco D’Andrea. Se trata pues de un texto orientado tanto a la autoclarificación filosófica como a la vehiculización y profundización de la campaña helenizadora iniciada pocos años atrás en la conferencia titulada “El ejército de la Ilíada”, ahora para otros destinatarios. Desde el punto de vista de Conil (op. cit.: 122ss.) *Prometeo* es en verdad un libro importante, especie de reverso de las *Bases...* alberdianas; por su parte, las *Odas seculares* serían la “transcripción poética” —el modelo es Virgilio— de los postulados vertidos en sus páginas. Si es cierto que el espiritualismo helenizante de Lugones lo aproxima al cauce abierto por el *Ariel* de Rodó, también lo es que su antihispanismo y anglofilia lo alejan irremisiblemente de él.

No sería excesivo sostener que *Prometeo* es una elaborada hermenéutica de la leyenda del titán redentor —en particular de la versión que de ella legara Esquilo— *a partir de los postulados de la teosofía*. Más aun, en muchos momentos la obra parece más una exposición de la “sabiduría secreta” que un comentario del clásico drama. Dicha exposición está orientada a contribuir al robustecimiento de un conjunto de convicciones articuladas al propósito de readquirir el

“método de vida” a cuya práctica la antigua Grecia habría debido su felicidad y su gloria. Lugones se aboca a revisar las conclusiones de la mitología comparada de su tiempo, discutiendo las interpretaciones “materialistas” a su juicio predominantes. La tesis que ofrece a lo largo de la discusión es que los misterios donde se daba la clave de los mitos permanecen secretos o, en otras palabras, que los mitos *simbolizan* una sabiduría secreta. Preguntarse por esa clave es a sus ojos de una enorme importancia si se desea restablecer la inmortalidad intelectual y espiritual de una entera cadena de civilizaciones. En su opinión, no hay razones para dudar de la existencia efectiva de esos misterios, misma que puede intuirse en el enigma de la significación de las ceremonias eleusinas (que los latinos confundieron con meras bacanales) y en las analogías que pueden identificarse entre leyendas correspondientes a distintos pueblos. Prueba adicional de su existencia sería el silencio que guardaron al respecto los grandes sabios como Platón, así como la actitud respetuosa que les tributaron figuras posteriores como San Clemente de Alejandría. Sus guías intelectuales y espirituales en esta travesía son el *Timeo* platónico y las especulaciones vedantinas del libro del *Dzyan*, éste último tornado “accesible a las mentes occidentales” por Helena Petrovna Blavatsky en su libro *La Doctrina Secreta* (1888).

Para Lugones, las enseñanzas fundamentales de los misterios serían las siguientes: el cosmos está sujeto a la ley de la periodicidad; todos los fenómenos están esencialmente vinculados; es posible dilucidar las causas de los fenómenos por medio del empleo de la analogía. Más allá de esto, lo que más me interesa subrayar aquí es que a lo largo de varias páginas de su libro Lugones despliega una concepción del tiempo cósmico que tendría profundas implicaciones en sus ideas sobre la historia universal y, también, sobre la historia y la política argentinas. Esas ideas son compatibles con las que había enunciado, a través de aquel “misterioso narrador”, en el *Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones*, texto que por lo demás aparece citado en el *Prometeo* en calidad de referencia. El siguiente pasaje constituye un buen punto de partida para asomarse a la concepción lugoniana del tiempo, y para apreciar, de paso, cuánto debe ella a postulados esotéricos:

Los mitos son los mismos, muchas veces con iguales palabras. ¿A qué debe atribuirse este fenómeno singular? No cabe, en mi sentir, sino una hipótesis. El mundo estuvo dominado en edades cuyo recuerdo histórico se ha perdido, por una raza poderosa y culta que propagó e impuso por doquier sus creencias fundamentales. (*Prometeo...*: en *Obras en prosa*: 824)

Enseguida Lugones retoma y desarrolla en una dirección específica aspectos ya tematizados en el *Ensayo de una cosmogonía*... Sostiene que es a las inteligencias más cultas del universo anterior a las que les corresponde reiniciar la vida cósmica. Esos seres *saben* la causa de su existencia en el presente. Ahora bien, en el caso de nuestro planeta ocurrió algo hasta cierto punto singular. En determinado momento, al agotarse sus posibilidades de existencia en su cuerpo astral de origen, los espíritus lunares pasaron a la tierra y se combinaron con los todavía protohombres terrestres, a través de un proceso que supuso un progreso para los segundos, aunque sólo relativo, dado el materialismo fatal que caracteriza a los primeros, esclavos de sus pasiones. Fue entonces que una parte de los espíritus solares, caracterizados entre otras cosas por la castidad y la pureza, decidió sacrificarse para acelerar la evolución de los seres terrestres. De estos procesos de encarnaciones sucesivas resultó una “evolución desapareja” de la humanidad terrestre. La enorme desproporción entre los seres solares y los vehículos en los que fueron encarnando es lo que haría necesario desarrollar, por la vía de la iniciación, las potencias espirituales ocultas de esos dioses caídos, despertando así a los hombres celestes dormidos en los terrestres.

Desde el punto de vista de Lugones, los mitos antiguos narran la etapa del proceso cósmico correspondiente al origen del hombre y a su destino, con el fin de demostrar el bien y de otorgar una base racionalista a la moral. Concretamente, el mito de Prometeo sería el monumento más famoso al drama tematizado por aquella antigua sabiduría. En la medida que el propósito de los misterios era explicar la palingenesis –la historia del espíritu inmortal y del universo en el que actúa- y, con ello, el destino humano, sería naturalmente un grave error considerar que el mito recogido por Esquilo alegoriza *sólo* el descubrimiento del fuego. Para Lugones, uno de los aspectos cruciales de la leyenda es que ofrece la clave del “problema del mal”, en particular a través del tratamiento del caso de Epimeteo –hermano del Titán- quien, no siendo capaz de domar sus instintos, cedió a la pasión de la mujer. Esto conecta con uno de los cauces argumentales más importantes de su libro, cual es la puesta en relación del ocaso de las grandes civilizaciones con sendas “crisis de feminismo”: “La historia revela un hecho coincidente con todas las grandes civilizaciones: la clausura de las esposas, o sea su confinamiento en los deberes de la maternidad.” (*Prometeo...*: en *Obras en prosa*: 1009) Cuando ese “hecho coincidente” deja de producirse, advienen la disolución, la inmoralidad, los desvíos sexuales, la crueldad de la sangre... En Lugones, la importancia del estudio de los mitos desde la perspectiva referida deriva, en fundamental, del hecho de que “sin la cosmogonía y la

palingenesia que constituían esencialmente la enseñanza de los misterios, el sistema moral, filosófico y estético de los griegos, crece de fundamento racional.” (*Ibid.*: 779)

Considerar todo esto aquí puede parecer superfluo y hasta desconectado de los propósitos del estudio. Pero no es así: los dos pasajes que se transcriben a continuación muestran hasta qué punto de esta serie de apreciaciones de carácter cosmogónico derivan unas ideas sobre la historia universal y hasta una guía para la acción en la vida argentina. El primero sostiene:

La síntesis filosófica-ética-estética ya no existe; y de aquí nuestro desequilibrio, que es una crisis de inmoralidad, de anarquía y de feminismo. Así fue cuando la primera disolución, coincidente con la caída del imperio romano. Así cuando al disolverse la fugaz síntesis católica del siglo XIII, restauración inconsciente y defectuosa de la otra, el Renacimiento organizó el despotismo, demostrando a la vez su compatibilidad con la licencia, tanto como su antagonismo con la libertad. La síntesis antigua ya no existe. Mas lo que de ella ha quedado, preside aun la evolución de nuestras ideas. La misma civilización futura, quizá contradictoria con ella en muchos puntos, surgirá de ella como la hija más hermosa que su hermosa madre, según el conocido verso horaciano; pero su concepto sustancial de verdad, bien y belleza, constituirá también, a no dudarlo, el fundamento de ese futuro desenlace. Desaparecerá lo ya logrado hasta el exceso, como todo cuanto ha alcanzado su fin en este mundo, es decir, la obediencia, fundándose la sociedad futura en el libre acuerdo sin autoridad y sin instituciones. A eso nos lleva, sin duda, la evolución social. Pero eso importará a la vez, como no sería difícil probarlo, si no estuviera aquí fuera de lugar, la restauración de la síntesis filosófica-ética-estética que reporta al espíritu humano la posesión completa de la libertad. (*Prometeo...*: en *Obras en prosa*: 944)

El segundo define:

Y tristes nos consumimos, labrando para la nada nuestra vida inútil, a semejanza de míseros alfareros, ocupados en rodear eternamente con un poco de barro, otro poco de tiniebla y de vacío (...) Pero no ha de ser un concepto desesperado el verbo de las jóvenes naciones a las cuales pertenece esta patria. Menester es, por el contrario, *llenar de agua fresca el cántaro vacío*. La *Atenas del Plata* puede tener por fausta lección un modelo griego. Ni es cosa que hayan de acobardarla en su proyecto la pequeñez demográfica y la incultura. Jamás se vio reunido un millón de griegos (...) El campesino árcade o beocio nunca salió de sus colmenas y de sus quesos (...) Pero ni fortuna ni letras necesitaba para la dicha esencial, puesto que disfrutaba de la paz del espíritu. Ahora bien, esta consiste esencialmente en la posesión de la justicia (...) El ideal, o sea el impulso interno del bien desinteresado, concrétese ahora para la humanidad en sed de justicia. Es una nueva organización de justicia lo que reclama la augusta y formidable propuesta del trabajo. Ya no es el culto del pobre, preconizado por el cristianismo, lo que exige la humanidad, sino la superación del pobre. No para que todos sean ricos, sino para concluir con la inquietud de la necesidad. Y esto no ha de conseguirse sin asegurar a cada uno la justicia: el efecto correspondiente a sus acciones empezando por

el justo rendimiento de su trabajo. Parece que esto no es posible sin la socialización de la propiedad; pero lo evidente es que hace falta un gran concepto, a la vez que un grande acto simultáneo de solidaridad humana. Es la compasión de los mutuos dolores lo que ha de regenerarnos, no la organización del egoísmo por científica que sea. (*Prometeo...*: en *Obras en prosa*: 1057-1059)

No habrá escapado a la consideración del lector que, en esta etapa, la visión lugoniana de la historia asigna un signo unívocamente positivo al orbe cultural helénico y al mundo pagano en general, conceptuado como venerador cabal “de las fuerzas inteligentes del universo”. Por su parte, el cristianismo aparece juzgado con alguna dureza, con excepción de Jesucristo –en cierto momento homologado al propio Prometeo (pp. 996-997)- y de la fugaz restauración civilizatoria que supuso el gótico.¹⁹ Tampoco habrá escapado a la consideración del lector que el diagnóstico de Lugones sobre el presente en el que su *Prometeo* fue enunciado es señaladamente crítico. En efecto, desde un mirador moralizador y estetizante Lugones juzga con crudeza y severidad a la sociedad que lo rodea. Colocando entre paréntesis las particularidades de elaboración simbólica que articula para dar cuenta de esa situación, no es excesivo afirmar que sus posiciones concretas al respecto no difieren en lo sustantivo de otras críticas al materialismo de la sociedad burguesa, que tuvieron profunda resonancia en aquella Argentina en cierto sentido opulenta y a la busca de ideales orientadores. Pero si es cierto que el diagnóstico de aquel Lugones es crítico y su juicio severo, también lo es que su punto de llegada no es en absoluto pesimista, ni siquiera apocalíptico. En 1910, Lugones, sin dejarse llevar del todo por el rencor al que su descentramiento relativo en la escena política podría haberlo llevado, aparece como un *crítico esperanzado* del mundo y de la sociedad argentina de su tiempo; con ello nos obliga a reflexionar a no apresurarnos a establecer vínculos superficiales entre el descentramiento político y la producción de discursos pesimistas. En fin, no habrá escapado a la consideración del lector que en el seno de aquella esperanza coexistían motivos de diverso origen, y que abarcan un arco que va desde el elitismo con trazos sexistas propio de un dios solar caído hasta la probablemente genuina conmiseración por la situación de los

¹⁹ Las opiniones de Lugones sobre la significación histórica del gótico pueden seguirse, también, en *Piedras liminares*, otra de las obras que dio a conocer en ocasión del Centenario. Entre otras cosas, reflexiona allí sobre la pertinencia del trasplante “anacrónico” del gótico en el país, en referencia a la Basílica de Luján. Por lo demás, en esa obra cuestiona una serie de cuestiones ligadas a las estatuas públicas y, roquista tenaz, hace explícita su indignación para con el gobierno de turno: “Este gobierno de la imbecilidad y de la traición no merecía, en efecto, inaugurar el monumento del Centenario; y es su propia ineptitud lo que viene a impedirlo en una forma irrevocable.” (*Piedras liminares*, en *Obras en prosa*: 764)

desheredados, pasando por la crítica, de raíz romántica, a una sociedad regida por un materialismo carente de moral.

Vimos que para Conil (op. cit.: 122ss.) las *Odas Seculares*, también de 1910, constituirían la transcripción en lenguaje poético de las tesis vertidas en el *Prometeo*. Desde luego que en esa afirmación hay mucho de cierto; cabría precisar, sin embargo, que en las *Odas*... la disposición a criticar la realidad circundante prácticamente desaparece; como puede apreciarse en las siguientes estrofas, lo que prima en ellas es la celebración entusiasta de una realidad y de un presente de enunciación que coincide casi por completo con la esfera de lo deseable, esto es, con el ideal propuesto en la obra mayor. La Argentina de 1910 aparece aquí como el lugar donde está a punto de realizarse el ideal de la justicia:

Sea en tu cielo y todo lo serene
Tu Buena Voluntad, estrella suave;
Y el sol la brasa de tu hogar que tiene
Del lado de venir puesta la llave.

Brinda a los oprimidos tu regazo
Con aquel ademán largo y seguro
Que designa en la estética del brazo
Una serenidad de mármol puro.

Prolongando en justicia tu honra de antes,
Cimenta así tus seculares torres,
Y sea tu aderezo de diamantes
El tesoro de lágrimas que ahorres.

(*A la patria*, en *Obras poéticas completas*: 423-425)

3. Civilización y barbarie en la historia universal

Como sabemos, hacia 1911 Lugones se radicó en París en calidad de corresponsal del diario *La Nación* y del periódico *Sarmiento*. Por esos tiempos aumentó considerablemente su interés por las relaciones internacionales. En 1912, la guerra balcánica enfrentó a Grecia, Serbia, Bulgaria y Montenegro contra el Imperio Turco. El ensayo titulado *Panorama histórico de la guerra* se refiere a ese conflicto y constituye, según creo, un terreno más que apropiado para profundizar esta aproximación a la perspectiva desde la cual Lugones procura leer la historia

universal. El *Panorama...*, que recupera y consolida algunos de los temas trabajados por el autor en sus obras anteriores, contiene la primera formulación acabada de su idea de la historia del mundo, en cuyo núcleo hay la imagen de un sempiterno antagonismo entre la civilización occidental y la barbarie oriental, entre la libertad y el dogma de obediencia. En la aportación, los pequeños países del sudeste europeo representan a la civilización greco-romana; el Imperio Turco, a la barbarie asiática. No es la primera vez que Occidente triunfa sobre Oriente en esa región: retrocediendo treinta siglos, Lugones evoca sucesos *análogos* al conflicto que lo ocupa: la Guerra de Troya, la expedición de Alejandro Magno, las victorias de la república de Rodas sobre la escuadra egipcia; hasta cierto punto, las Cruzadas. Pero como los generales europeos siempre se dejaron tentar por las delicias del despotismo, permitieron la introducción de la monarquía absoluta y del derecho divino en Europa, y fueron preparando el advenimiento del cristianismo, religión despreciable para este defensor del antiguo paganismo. Durante los largos siglos de predominio asiático, los montañeses del balcán –serbios, búlgaros, etc.- habrían sido los únicos que conservaron su indomable libertad: “en tiempos de las Cruzadas eran todavía cuasi paganos” (“Panorama...”: 31). Unas líneas más abajo:

Tres grandes potencias se habían desmoronado en torno suyo –la Macedonia helénica, el Imperio Romano y el Imperio Bizantino- pero su raza persistía siempre, *casi con las mismas costumbres de los tiempos homéricos, hasta hoy mismo conservadas*, y su libertad permanecía incólume. (“Panorama...”, en *Mi beligerancia*: 32, mis cursivas)

Como se aprecia, Lugones lee la historia del mundo a partir de un binarismo radical que, en última instancia, pareciera ser, por esencialista, ahistórico: el bien (la libertad) y el mal (el dogma de obediencia) luchan incansablemente a través de los pueblos que los encarnan, como si se tratara de esencias que permanecen idénticas a sí mismas a través de los siglos y que se actualizan vez tras vez, casi *ad infinitum*. Sin embargo, y aun cuando por momentos da toda la impresión de que se trata de una lucha eterna, también queda claro que por una “histórica ley de predestinación” el triunfo final le corresponderá a la libertad, es decir, a Occidente.²⁰ El conflicto de 1912 es colocado así en la cima de la historia de la civilización, como un peldaño decisivo de esa escalera que conduce a su triunfo: “Así, esta guerra es uno de los desenlaces

²⁰ Desde luego que no sería adecuado sostener que todo pensamiento analógico es ahistórico. Sin embargo, un pensamiento radicalmente analógico, como lo es, en muchos casos, el de Lugones, revela notorias dificultades para discernir lo específico de cada situación histórica; de tanto postular analogías, parece ver exactamente las

más solemnes de la historia” (“Panorama...”, 40). A lo largo de este ambicioso ensayo, Lugones vuelve a tocar afanes y temas que ya debieran resultarnos familiares: su constante vocación analogizante (que persigue ni más ni menos que el secreto de la historia); su propensión a situar de manera unívoca ciertos arcaísmos axiológicos en determinados espacios geográficos; su culto al individuo heroico (en el cual resuena la clásica valoración de la batalla de las Termópilas), y su idealismo ineludible; a este último respecto, quisiera subrayar que, en la concepción lugoniana, a la dicotomía civilización/barbarie subyace, prístina, la dicotomía espíritu/materia.

Lugones tendería a leer muchos otros acontecimientos y procesos desde esta clave interpretativa, es decir, desde la imagen de una oposición sempiterna entre el dogma de obediencia (miedo animal) y la libertad (dignidad humana). En efecto, su admiración por el presidente Wilson y por Francia, así como su toma de partido por la causa aliada (en explícita oposición a la política de neutralidad del gobierno argentino) guardan un estrecho parentesco con la concepción de la historia que venimos examinando. Para Lugones, el germanismo no es, al modo digamos clásico, un germen de vigor que los pueblos del norte insuflaron a las decadentes poblaciones greco-latinas, sino como un sinónimo inequívoco de barbarie y oscuridad; en cada una de las tantas fases de la permanente lucha, el dogma de obediencia tomó a los bárbaros del Norte como instrumento para subyugar y destruir al mundo Romano. La independencia de los pueblos americanos constituyó otro de los episodios del magno enfrentamiento; desde entonces, el continente quedó colocado del lado de la libertad. Refiriéndose específicamente a la Argentina, sostiene:

Algo, pues, más importante, si cabe, que el propio amor a la libertad, nos mueve a tomar en esta contienda el partido de los aliados: nuestra constitución histórica, para la cual el germanismo es amenaza de muerte. Porque, aun suponiendo que el bloque teutón triunfara, las naciones vencidas quedarían ahí, tan desmedradas como se quiera, pero quedarían. Tarde o temprano, nuestro temperamento, nuestros vínculos de todo género, nuestra misma situación geográfica, hacia ellas nos inclinarían. No en vano tenemos sangre española que ya va promediando con la italiana, cultura francesa, instituciones sajonas... (*Mi beligerancia*: 7)

Otros textos incluidos en *Mi beligerancia* permiten reforzar lo dicho: Lugones coloca a Francia (de la que se siente “hijo espiritual”), a la latinidad (de la que se considera “miembro”,

mismas cosas en todo tiempo y lugar; sus viajes a través de las épocas no constituyen así la historia de algo,

en tanto “ciudadano de Roma”), a los Estados Unidos de Wilson, a la América libre y a la Argentina (“siempre delantera en las empresas de emancipar”) del lado de Occidente, es decir, del lado de la civilización y de la libertad.²¹ Lo que Lugones le reclama sistemáticamente al gobierno argentino durante la Gran Guerra es una política acorde con la gesta de Mayo y con el destino del país, todo ello visto a través de la lente del antagonismo entre libertad y dogma de obediencia, entre civilización occidental y barbarie asiática...²² *La torre de Casandra*, volumen aparecido en 1919 y presentado como segunda parte de *Mi beligerancia*, insiste naturalmente en los mismos tópicos. En particular, la aportación titulada “La locura despótica” (1917) ofrece, a modo de clímax, elementos que permiten reforzar esta aproximación a sus posiciones de todo ese período. Contradiendo por completo toda su prédica ulterior, sostiene:

...el militarismo y el fanatismo son estados pesimistas de la mente, así por su concepto fundamental del hombre, como por su impotencia tantálica para el bien; lo cual engendra desesperación y amargura (...) Es que la prosperidad de la vida no consiste en el dominio sino en el ejercicio feliz de las aptitudes peculiares a cada ser; con lo cual resultan ellas complementarias en vez de antagónicas. Así se constituye la armonía vital, y así también la sociedad se organiza. (“La locura despótica”, en *La torre de Casandra*: 78 y 95)

Si por un momento Lugones saludó, entusiasta, la abdicación de Nicolás II y la Revolución bolchevique fue porque pudo leerlas como un triunfo de la libertad contra el dogma de obediencia. Cuando, enseguida, tomó distancia del régimen soviético, lo hizo porque vio en él una manifestación más del dogma y la barbarie asiáticos; los textos con los que se cierra *La torre*... nos permiten apreciar este último desplazamiento.²³ Todavía, como veremos,

sino más bien reiteraciones infinitas de lo mismo.

²¹ Sobre esta etapa lugoniana, escribe Conil (op. cit.: 155-156): “Lugones estaba adscrito a un liberalismo integral, afirmativo del valor absoluto de la personalidad humana. Reconocía como antecedentes al estoicismo, a los filósofos de los siglos XVII y XVIII, a la declaración de los derechos humanos de los Estados Unidos, a la Revolución Francesa y a la de los países sudamericanos. La clave de bóveda de su pensamiento político durante ese período hallábase en la facultad válida de la razón para descubrir los valores y verdades eternas. O, si se prefiere, en la existencia misma de dichos valores y verdades. No se olvide que la infección del positivismo en el pensamiento liberal había llevado a negar la existencia de estas últimas, a causa de su desprecio por la especulación metafísica. Contra esta última tendencia, contra el procaz (o cínico) asentimiento ante toda compulsión, contra la fuerza que yace en cualquier ley despojada de valores superiores (todo ello incompatible con su intransigente idealismo) dirigía Lugones intensa prédica.”

²² Véanse, por ejemplo, los textos “Neutralidad imposible” y “Discurso en el Politeama argentino”, ambos de 1917.

²³ Me refiero a “La hora de la justicia” y “Ante las hordas”, ambos de 1919. Las afirmaciones contenidas en esas aportaciones conducen a pensar que la toma de distancia de Lugones respecto a la experiencia soviética tuvo lugar en ese año, y no más tarde, como a veces se ha tendido a pensar. Ejemplo: “...el socialismo congenia más con la monarquía que con la democracia, al ser ambos formas del colectivismo despótico. La

sus párrafos laudatorios de la Italia fascista se inspiraron en parte en esa clave interpretativa, ya prefigurada, como vimos, en 1904 y consolidada en el primer tramo de la década del diez. Hasta donde sé, el vínculo entre esta clave de interpretación y las derivaciones de la cosmogonía delineada en el ensayo de 1906 y en el *Prometeo* no fue tematizado de manera directa o sistemática por Lugones; sin embargo, es a todas luces evidente que el mismo existió. Asimismo cabe sostener, sin riesgos de incurrir en esquematizaciones excesivas, que la concepción lugoniana posee a estas alturas de su desarrollo un fuerte componente maniqueo ligado a la contraposición espíritu / materia y una suerte de filosofía de la historia que ve en la tendencia a la eterización o espiritualización de la materia el punto de llegada de la evolución. En otro orden de cosas, cabe reflexionar sobre el título de la obra de 1919, destacando la identificación del Lugones de entonces, wilsoniano y optimista, con Casandra, la profetisa troyana cuyos augurios, pese a ser verdaderos, nunca eran escuchados. Las críticas del poeta a la neutralidad yrigoyenista, que llegan ciertamente al paroxismo en un texto de 1918 titulado *La hora de la victoria*, lo llevan a profetizar un porvenir oscuro para el país, en la medida que durante la contienda el mismo no supo estar donde debía estar, obstinándose luego en no reconocer el error cometido. Analogizando una vez más, sostiene que la conducta seguida por el país fue infame y monstruosa, y escribe:

¿Cómo llamamos a la desgraciada mujer que comercia con todos sin decidirse por ninguno? Creemos, acaso que a todos los ama, o sabemos que morirá en el abandono y en la ignominia porque a ninguno amó...? (“La hora de la victoria”, en *La torre de Casandra*: 135)

De todos modos, considero que no es conveniente sobredimensionar un pasaje como el recién transcrito, ni mucho menos ver en Lugones un tematizador del fracaso nacional antes de tiempo; en esa época, prevalecen indudablemente sus disposiciones optimistas, y sus críticas se despliegan todavía sobre el telón de fondo de una robusta esperanza en la redención humana.

4. Un linaje hercúleo para los argentinos

dictadura proletaria es la substitución de la dictadura nobiliaria bajo una misma tiranía permanente: ideal de esclavos, que como es natural debía nacer en una autocracia militarista. Pues el socialismo, no hay que

El Payador, publicado por vez primera en 1916, reproduce de manera ampliada las aclamadas conferencias impartidas por Lugones tres años antes, en el Teatro Odeón de Buenos Aires. En el “Prólogo” a la obra Lugones explicita sus vastos propósitos:

El objeto de este libro es, pues, definir bajo el mencionado aspecto [el de la creación de un lenguaje capaz de expresar el alma de la patria] la poesía épica, demostrar que nuestro *Martín Fierro* pertenece a ella, estudiarlo como tal, determinar simultáneamente, por la naturaleza de sus elementos, la formación de la raza, y con ello formular, por último, el secreto de su destino. (*El payador*: 15)

El “secreto de su destino”: para Lugones, un pueblo que ha sido capaz de producir un poema épico se afirma como tal entre los mejores de la tierra. Si se trata de un pueblo joven, como la Grecia de los poemas homéricos, la importancia de haber dado a luz un poema de esa naturaleza es todavía mayor. Esta idea se apoya en un argumento que es posible delinear más o menos como sigue, y en el que el lector sabrá identificar una serie de elementos ya trabajados: en su dimensión más profunda y secreta, la vida humana consiste en un eterno combate por la libertad; los poemas épicos, obra del espíritu de las razas vitalmente aptas, elogian empresas inspiradas en aquel afán, y expresan el modo, siempre peculiar, a través del cual cada raza combate por la libertad y por la justicia; en la medida en que la libertad y la justicia constituyen principios religiosos, la poesía épica es también un fenómeno espiritual, vinculado incluso al fenómeno de la *eterización de la materia* (recordemos que la distancia con respecto a la materia permite dominarla con la inteligencia y transformar la fuerza bruta en energía racional). Los personajes del poema, al adquirir vida real, immortalizan los prototipos de la raza, y el poema, al fomentar ideas y sentimientos nobles, engrandece a sus lectores. En relación con ello, Lugones sostiene que la poesía, elemento esencial en la evolución del lenguaje, es de la mayor importancia para la cultura de los pueblos: “...para todo país digno de civilización no existe negocio más importante que la poesía” (p. 35).

Consideremos someramente el desarrollo argumental de *El Payador*, poniendo de relieve qué sucede con la idea de la historia –general y argentina- a lo largo de sus páginas. Frente a la inmensidad de la pampa (“mar de hierba”) y ante la presencia amenazante de las tribus bárbaras (todo en esas “razas sin risa” era “horrible, física y moralmente hablando”), el español no pudo sino fracasar: desde el principio, sus afanes se orientaron hacia las montañas

olvidarlo, es un invento alemán...” (*La torre de Casandra*: 167)

de Potosí, Quito, Guatemala, Puebla. En tanto, en la pampa, la barbarie indígena pronto dejó de ser meramente resistente para volverse agresora. El gaucho, *agente civilizador*, fue el único que la pudo contener eficazmente. En Lugones, el gaucho, paladín desplazado, mestizo que formaba parte de una sub-raza de transición, fue el producto pintoresco del conflicto entre las fuerzas de la civilización y las de la barbarie. Orgulloso como el hidalgo español, independiente como el indio, quedó apartado de las tareas serviles, reservadas para los negros y mulatos. Descendiente de razas viriles, el gaucho era un tipo de *hombre libre*. Además era, según Lugones, superior al indio, especialmente en lo que se refiere a la sensibilidad: poseía los matices psicológicos y las virtudes que faltan al salvaje: compasión, cortesía, elegancia, melancolía, prodigalidad (resumen de las virtudes caballerescas), etc. Pero también había heredado defectos, como el ocio y el pesimismo; sin embargo, Lugones ve ahora en la vagancia otro de los atributos del paladín, del “caballero andante”. En los usos y costumbres del gaucho Lugones rastrea influencias orientales y caballerescas introducidas por la Conquista: la sangre arábiga también estuvo presente en el proceso de mestizaje. Retengamos una cita extensa, pero sumamente significativa:

La eficacia del gaucho consistía, pues, en ser, como el indio, un elemento genuino de la pampa, aunque más opuesto a él por igual razón, del propio modo que en el mismo suelo brotan la hierba letal y el simple que suministra su antídoto. Su sensibilidad resultaba simpática al bien de la música que el alma salvaje desconocía. Su pundonor era una prenda caballeresca. Su rapacidad, desprecio de paladín a la riqueza que avasalla; pues lo cierto es que nunca robaba para guardar. Su apropiación indebida, era para satisfacer una necesidad, con frecuencia urgente. Y también un acto de justicia por mano propia contra el rico. De aquí la tácita conjuración con que los campesinos resistían a la autoridad, agente de aquél. Si se recapitula los elementos de este estudio, fácil será hallar en el gaucho el prototipo del argentino actual. Nuestras mejores prendas familiares, como ser el extremado amor al hijo; el fondo contradictorio y romántico de nuestro carácter; la sensibilidad musical, tan curiosa a primera vista en un país donde la estética suele pasar por elemento despreciable; la fidelidad de nuestras mujeres; la importancia que damos al valor; la jactancia, la inconstancia, la falta de escrúpulos para adquirir, la prodigalidad, constituyen rasgos peculiares del tipo gaucho. No somos gauchos, sin duda; pero ese producto del ambiente contenía en potencia al argentino de hoy, tan diferente bajo la apariencia confusa producida por el cruzamiento actual. Cuando esta confusión acabe, aquellos rasgos resaltarán todavía, adquiriendo, entonces, una importancia fundamental el poema que los tipifica, al faltarles toda encarnación viviente. (*El payador*: 50)

Para Lugones, *todo* lo que es propiamente argentino proviene del gaucho. Sin embargo, considera que su desaparición no debiera ser excesivamente lamentada, toda vez que se liga

con la superación del estado de atraso del cual fue producto. No deja de señalar, empero, que la civilización y su política fueron infinitamente crueles con el gaucho. *Poeta y paladín*, él no sabía nada de atesorar o precaverse: “inclinado sin maldad a la piltrafa del bien ajeno caída al paso en sus manos, como sin mengua de su hermosura, arranca una vedija al rebaño transeúnte la áspera borla del cardal.” (p. 62)

El capítulo cuarto está consagrado a la poesía gaucha. En él se aprecia con nitidez uno de los puntos sobre los que más venimos insistiendo: la continua vocación analogizante de Lugones. Tal vez quepa examinar más de cerca esta faceta. En la medida en que implica un culto apasionado de la poesía, la institución de la *payada* ha sido, desde el punto de vista de Lugones, la honra de la campaña argentina. En las *payadas*, el tema era casi siempre filosófico *como* en las églogas de Teócrito y de Virgilio; semejante analogía de situación y expresión *prueba* para el poeta la persistencia del carácter grecolatino en la raza argentina. Los temas de la *payada* de Martín Fierro con el negro (el amor, los secretos de la naturaleza, las interpretaciones del destino) son análogos a los bucólicos motivos antiguos. Sostiene Lugones que ha presenciado “en los carnavales de La Rioja, algunas escenas *de carácter completamente griego*” (p. 65, *mis cursivas*). Como puede notarse, las analogías no se agotan en sí mismas, sino que, al ser desplegadas en el tiempo, vienen a operar como confirmación de un linaje noble. Se trata, pues, en parte, de *analogías genealógicas*: el *origen* de las *tensiones* provenzales y de los *romances con ecos caballerescos* está en las églogas grecolatinas, las cuales fueron, en la Edad Media, continuadas y sistematizadas también por los árabes. Como habrá notado el lector, Lugones se aleja aquí de algunos puntos de vista sostenidos en *El imperio jesuítico*. Recordemos que, en esa obra, lo español, definido justamente a partir de la impregnación morisca, era evaluado, tanto como ésta, en términos rotundamente negativos. Sin embargo, este desplazamiento no debe llevarnos a pensar que el Lugones de los años diez ha abandonado su característico anti-hispanismo. La consideración del supuesto linaje caballeresco del gaucho no le impide seguir planteando una diferencia tajante entre lo argentino y lo español. El gaucho de *El payador* no desciende tanto de España como de los conquistadores, últimos paladines de Europa, que a su vez descienden de los trovadores y paladines provenzales. En cambio, su repentina valoración de lo árabe es más difícil de interpretar, aunque puede aventurarse que obedece, al menos en parte, a los desafíos argumentativos y a las aporías lógicas e históricas que debió enfrentar en su empresa de rescate del universo gaucho.

En el capítulo de *El payador* referido a la música gaucha, Lugones insiste con la postulación de analogías. Señala, entre otras cosas, que el hecho de que los gauchos hayan preferido adoptar como suyos los instrumentos de cuerda (la guitarra y el arpa), antes que otros instrumentos también introducidos por los conquistadores, es síntoma de una mayor sensibilidad y de una preocupación por el ritmo, equivalentes para Lugones a lo que sucediera, decenas de siglos atrás, con la música griega. El gaucho sólo tomó de España los instrumentos sentimentales. Con respecto a las danzas, sucedió algo similar: los gauchos no recrearon la jota, ni el flamenco, ni el charivari vascongado (danzas frenéticas, lascivas, ruidosas); las que adoptaron son también de origen español, pero comportan “una regresión hacia las fuentes griegas” (p. 85). La *zamba*, dice Lugones, es, a pesar del origen arábigo de su nombre, “una verdadera danza griega” (p. 86, mi cursiva). Hay también vinculaciones instintivas con la música griega, por ejemplo, la que puede verificarse en ciertos recitados; tal carácter instintivo revelaría *analogías naturales* entre las almas argentina y helénica. En cuanto al idioma gaucho, hay otro retorno, esta vez al mundo del viejo castellano, aun no latinizado por los artificiosos humanistas y por ello más tosco, pero también más natural, rebelde y libertario. Reaparece aquí, de manera explícita, el conflicto entre libertad y dogma de obediencia referido en secciones precedentes. Interesa destacar el modo en que Lugones interpreta este proceso vinculándolo a la evolución del lenguaje; ello permitirá reforzar lo dicho acerca de la relación entre los gauchos (la Argentina) y España.

En síntesis, la idea principal de Lugones es que en el Nuevo Mundo revive la civilización de la libertad pagana de raigambre grecolatina, contrariada durante veinte siglos por el dogma de obediencia impuesto por el cristianismo. En el capítulo final, titulado *El linaje de Hércules*, dice Lugones: “nosotros pertenecemos al helenismo (...) Martín Fierro procede verdaderamente de los paladines (...); es un miembro de la casta hercúlea” (p. 196).

A lo largo de este comentario, hemos comprobado la presencia de varios de los núcleos de sentido y de las disposiciones ya identificados en las secciones anteriores: eterización de la materia; conflicto entre libertad y dogma de obediencia; (recreado) antihispanismo; vocación analogizante, etc. Hemos identificado, también, algunos focos de tensión, que derivan en ambivalencias más o menos resueltas o en repentinos desplazamientos axiológicos. Ahora bien, ¿qué decir sobre la significación cultural de *El payador*? Diré, en principio, que el rescate del universo gaucho y del *Martín Fierro* puede leerse como una prolongación peculiar de algunas de las preocupaciones vertidas por Sarmiento en los primeros capítulos del *Facundo*. Como se

sabe, en aquel texto capital, mientras pugnaba por vencer a la barbarie, Sarmiento no podía dejar de mostrarse atraído y fascinado por algunas de sus facetas.²⁴ En este sentido, Lugones parece ir más lejos que Sarmiento, dado que explícitamente convierte al gaucho en héroe y en agente civilizador.²⁵ Sin embargo, esta afirmación es, por obvias razones contextuales, sólo parcialmente acertada. Más de medio siglo separa al *Facundo* de *El Payador*, por los años en los que Lugones emprendió su rescate, el panorama social del país había cambiado profundamente: los indios habían sido exterminados o irremediablemente desplazados, los gauchos iban desapareciendo vertiginosamente y el litoral del país recibía legiones de inmigrantes sudeuropeos. Por ser muy otro el contexto en que se inscribe, el sentido de la operación simbólica de Lugones no es, lisa y llanamente, el de constituir una “prolongación superadora” del *Facundo*. El rescate que hace Lugones del universo gaucho es un rescate póstumo; en la medida de ello, posee evidentes ribetes legitimadores del orden social vigente, y ello en muy diversos sentidos.²⁶ A través de su desprecio por el indio, Lugones justifica su no tan lejano exterminio a cargo de Roca; con su énfasis en una tradición nacional que ha perdido sus referentes concretos pero que es sin embargo análoga a la Grecia de los poemas homéricos, Lugones profundiza el corte con España, coloca en un lugar complicado a los recién llegados inmigrantes y contribuye a celebrar el presente y el futuro de la joven nación en la década en que se festejaban los dos Centenarios. Por lo demás, las connotaciones elitistas de la contraposición entre civilización y barbarie, entendidas respectivamente como espíritu y materia, no necesitan ser destacadas. Ahora bien, esto no debiera conducirnos a la salida cómoda de satanizar las aportaciones del poeta. Antes que nada, porque es menester reconocer su capacidad magistral para movilizar de manera relativamente coherente materiales simbólicos

²⁴ Cabe destacar, sin embargo, que Lugones, en su esfuerzo por probar la índole épica del *Martín Fierro* no reconoce entre los antecedentes del poema la obra de Esteban Echeverría -a quien Sarmiento había elogiado (véase el capítulo VII de *El payador*). En su argumento, Lugones recurre permanentemente a la oposición entre lo natural / espontáneo enfrentado a lo artificial. Ni qué decir sobre las dificultades que conllevaría cualquier intento de articular de manera coherente las contraposiciones civilización/barbarie; espíritu/materia y natural/artificial tal como las plantea Lugones. Sugestivamente, en la p. 149, califica al *Facundo* de congénere y a la vez antagonista del *Martín Fierro*.

²⁵ Tal vez resulte conveniente recordar aquí que Lugones no va en todo esto tan lejos como fuera Lucio V. Mansilla. Hacia 1870, Mansilla emprendió, en su *Excursión a los indios ranqueles*, un rescate no sólo del gaucho, sino también (aunque parcialmente) del indio. Ambos tipos sociales todavía “existían” en aquel tiempo. Para una lectura de la *Excursión...* desde esta perspectiva, véase Kozel (2003).

²⁶ Este conjunto de reflexiones se recuestan sobre el clásico estudio de Adolfo Prieto (1988: 165-185); para una síntesis panorámica de las interpretaciones del *Martín Fierro* en la primera mitad del siglo XX, véase Liliana Weinberg (1992: I.3); también José Isaacson (1986). Más adelante, en el capítulo dedicado a Ezequiel Martínez Estrada, vuelvo sobre estas cuestiones, en particular al examinar su obra *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*.

de gran envergadura. Además, porque hay en su obra, fundamentalmente en la que corresponde a este período, un conjunto de promesas –cumplidas / incumplidas- con respecto al futuro del país que no estaría de más reconsiderar, no sin antes pasarlas por un tamiz crítico: me refiero, por ejemplo, a la imagen de un país integrador que acoge a los recién llegados en la abundancia, la libertad y la justicia. Finalmente, una satanización apresurada podría conducirnos a subestimar la importancia de la obra lugoniana en la conformación de los imaginarios culturales del país; y es que, en efecto, la producción intelectual del Lugones de los años diez condensa el modo en que buena parte de la sociedad argentina se pensó y se soñó a sí misma en un determinado momento; en la medida de ello, permanecería resonando en la historia cultural posterior, a la espera de sucesivas recreaciones, actualizaciones y denuestos. Comprender esto constituye, a mi juicio, una plataforma propedéutica insoslayable para abordar el problema de la significación del viraje ideológico del poeta, por el cual varias de sus certezas primordiales se vieron profundamente conmovidas, sin dejar de afectar su concepción del tiempo histórico argentino.

Permítaseme cerrar este párrafo con un último señalamiento: si el haber producido un poema épico como el *Martín Fierro* hace que el pueblo argentino se afirme entre los mejores de la tierra, el haber dado a luz hombres geniales como Sarmiento o Ameghino, robustece esa convicción. En apenas cuatro meses, Lugones elaboró su *Historia de Sarmiento*, respondiendo a un nuevo encargo oficial que tuvo lugar en 1911. Entretanto, su *Elogio de Ameghino*, aparecida en *La Nación* a lo largo de 1915, se publicó como libro en 1916. No me detendré a examinar en detalle estas dos últimas obras. Sólo me interesa destacar que en ellas Lugones insiste sobre los motivos que venimos trabajando: así, y entre otras muchas cosas, Sarmiento aparece caracterizado como un Prometeo encarcelado, cuya cualidad dominante fue la alegría de vivir propia del heroísmo griego; como un realista, positivista y escéptico, que, sin embargo, creó “en direcciones misteriosas”; como un campeón de la libertad de conciencia y de pensamiento que, no sin denuedo, luchó contra el “molusco clerical”; como un genio creador, estoico, panteísta y pagano que, entre otras cosas, introdujo los corsos carnavalescos tributando así a la robustez de la risa rabelesiana... Por su parte, Ameghino es definido como un genio cuya aparición “certifica en una raza condiciones superiores de vitalidad y altos destinos” (p. 42); siendo sus cualidades característicamente “romanas”: nobleza, perseverancia, generosidad, mordacidad, fortaleza, intrepidez cosmopolita, flexibilidad viril...; como Sarmiento, Ameghino

perteneció a la especie de los “fundadores hercúleos”, y su labor científica, que fue también patriótica, ejemplifica cómo la inteligencia del hombre puede contribuir a la espiritualización de la materia... Todavía deseo puntualizar dos cuestiones adicionales de estos panegíricos. Una, en la *Historia de Sarmiento* Lugones desliza anotaciones relativas a la realidad argentina del período anterior a la caída de Rosas. En ellas reconoce la popularidad del “tirano”, aunque no recupera aspecto alguno vinculado a su figura; sin embargo, en extraño movimiento, señala que la alianza de los emigrados con los franceses “no tuvo justificación”, para decir, paralelamente, que “la intervención extranjera suponía también una aspiración civilizadora” (pp. 107 ss.) y elogiar a la vez a la generación emigrada al afirmar que su sola presencia enseña que la anarquía argentina estaba “llena de posibilidades fecundas”. Es importante retener estas oscilantes consideraciones, en la medida que en su obra biográfica sobre Roca, comenzada un cuarto de siglo más tarde, las retomaría en una dirección específica, aunque no menos ambivalente. La segunda cuestión se sitúa en otro plano. Tiene que ver con destacar que el *Elogio de Ameghino* es, junto a la *Cosmogonía* de 1906 y el *Prometeo* de 1910, uno de los textos lugonianos donde más explícitamente aparecen planteadas sus convicciones últimas en relación con el origen del universo y del hombre. En torno a la puesta de relieve de la “proposición revolucionaria” contenida en la *Filogenia* de Ameghino, según la cual el hombre no descendería de los monos antropomorfos, Lugones vuelve a exponer los trazos principales de su cosmogonía, llegando a postular incluso una fuerte afinidad entre el pensamiento del paleontólogo y el de aquellos filósofos que, según el poeta, más hondamente habrían penetrado en el problema de la inmortalidad: los vedantinos de la India, eventualmente desconocidos por aquél (véanse, a este respecto, las pp. 119ss del *Elogio*...).

5. El dilema fatal

En el *Comentario Preliminar* dediqué amplio espacio a reseñar la interpretación propuesta por Conil para dar cuenta del viraje ideológico de Lugones. Recapitulemos: dicha mutación tuvo lugar entre 1920 y 1923 y, en lo fundamental, se debió al modo en que operaron dos racimos de elementos sobre la sensibilidad del poeta: de un lado, los recientes descubrimientos físicos; del otro, la situación del mundo de la posguerra, en particular, de aquella Europa que Lugones tuvo ocasión de visitar en 1921 y 1924. Vimos que ya desde 1919 el poeta venía exteriorizando su desengaño con la experiencia soviética, aplicándole la imagen de la barbarie

asiática, antes empleada para descalificar al régimen zarista. Vimos, también, que en 1920 explicó aspectos de las aportaciones einstenianas en la Facultad de Ingeniería y que, poco después, fue uno de los más tempranos admiradores de la aventura de D'Annunzio en el Fiume así como del ejemplo fascista y de su jefe máximo. Tras un período de vacilaciones, marchas y contramarchas, que al parecer incluye una toma de contacto con las aportaciones de Maurice Barrès, Charles Maurras y, sobre todo, Oswald Spengler,²⁷ Lugones “dejó de creer” en el racionalismo kantiano, en el progreso y en el liberalismo, y embistió con todas sus energías intelectuales contra las prácticas electorales, la demagogia y el obrerismo.²⁸ De este proceso emergió una figura nueva, abocada casi por entero a denostar a la democracia electoral y al yrigoyenismo, y promotora tenaz del nacionalismo económico y de la intervención del Ejército en la dinámica política. Por supuesto, la reelección de Yrigoyen exasperó sus diatribas.²⁹ Como es sabido, el poeta colaboró activamente con el golpe militar de 1930, siendo incluso uno de los más decididos defensores de la reforma institucional de tintes corporativos alentada desde cierta franja del uriburismo. De este período proceden sus ensayos más eminentemente políticos o, para decirlo con mayor precisión, sus obras consagradas al examen de “la realidad argentina”: *La patria fuerte* (1930); *La grande argentina* (1930); *Política revolucionaria* (1931) y *El estado equitativo* (1932). Por elementales razones de espacio no ofrezco en las páginas que siguen

²⁷ En la medida que Lugones muy raramente revelaba sus fuentes, es ciertamente difícil calibrar qué elementos retomó de cada uno de los autores mencionados. En cuanto a Spengler, considero importante recordar su ruda crítica al modo “usual” de interpretar la historia universal, explícita en la extensa “Introducción” que abre *La decadencia de Occidente*, su obra mayor. Dicha crítica alcanza su clímax en el parágrafo VII, en el cual Spengler discute la imagen de una historia universal en línea recta, para postular “múltiples culturas poderosas, que florecen con cósmico vigor en el seno de una tierra madre, a la que cada una de ellas está unida por todo el curso de su existencia.” Decididamente relativista, escribe: “La ‘humanidad’ no tiene un fin, una idea, un plan; como no tiene fin ni plan la especie de las mariposas o de las orquídeas (...) Cada (cultura) tiene su duración limitada; cada una está encerrada en sí misma (...) esas culturas, seres vivos de orden superior, crecen en una sublime ausencia de todo fin y propósito, como flores en el campo. Pertenecen, cual plantas y animales, a la naturaleza viviente de Goethe, no a la naturaleza muerta de Newton. Yo veo en la historia universal la imagen de una eterna formación y deformación, de un maravilloso advenimiento y perdimiento de formas orgánicas.” En el parágrafo siguiente (VIII) Spengler embiste contra el universalismo, especialmente a través del planteo de la inaccesibilidad de las categorías de otras culturas y de la necesidad de elegir entre soluciones históricamente condicionadas, cuya visión panorámica nos descubriría los últimos secretos. El primer tomo de *La decadencia de Occidente* se publicó en 1918; el segundo en 1922; en el “Prólogo” de la primera edición, Spengler afirma que tenía listo el libro para cuando estalló la Gran Guerra.

²⁸ En rigor, la distancia de Lugones frente a las prácticas electorales proviene, como mínimo, de mediados de la década del diez; no obstante, me inclino a pensar que, al no articularse con una mirada trágica sobre el devenir histórico, sus críticas de entonces carecieron de la ira y el furor de sus aportaciones posteriores a 1923.

²⁹ Lugones no fue el único que disparó munición gruesa en esa dirección. Sabemos que, con algunas variantes, Lucas Ayarragaray también lo hizo; en el capítulo que sigue veremos que Benjamín Villafañe escribió numerosas páginas paralelas a los desarrollos lugonianos, aunque no idénticas, por supuesto.

un análisis pormenorizado de este amplio conjunto de materiales;³⁰ procuro, simplemente, llamar la atención, de manera un tanto genérica, sobre una serie de elementos ligados a la concepción lugoniana del tiempo histórico, en particular, del tiempo histórico argentino. Para decirlo brevemente, observo que la mutación ideológica experimentada por Lugones impactó en su concepción del tiempo de un modo singular, que lo llevó a sustituir su idea de un tiempo lineal, progresivo y ascendente por otra en la cual el presente de la enunciación cobra la forma de una encrucijada fatal; a su vez, esta modificación, le condujo a formular algunas proposiciones orientadas a revisar la significación de los períodos de la historia argentina previo y posterior a la caída de Rosas; hay que decir, sin embargo, que en su obra dichas proposiciones protorevisionistas se presentan relativamente aisladas y no se articulan con desarrollos sistemáticos; plantean empero tensiones importantes, y obligan a interrogarse sobre un conjunto de aspectos que son de enorme interés para el presente estudio.

Pronunciadas por Lugones a mediados de 1923, las conferencias tituladas *Acción* constituyen una buena puerta de entrada a esta dinámica. La intervención con que se abre la serie hace referencia a la “doble amenaza” que, según Lugones, se cernía sobre la Argentina de ese tiempo. Hay en primer lugar la amenaza exterior; su puntualización aparece articulada a una puesta de relieve del eventual estado de indefensión del país en virtud de la desactualización de su Ejército y, sobre todo, del predominio de la idea, a sus ojos errónea, de que no habría necesidad de ocuparse de tan grave asunto:

Por extraño que parezca, voces argentinas han llegado a sostener lo propio, declarando que nos basta un ejército defensivo. Es el resultado de la ideología sectaria cristalizada en dogma: funesta doctrina que ya costó a Francia mares de sangre, irreparables ruinas, profundo agotamiento económico; *doctrina, o mejor dicho paradoja desvanecida por la formidable realidad de la guerra, que fue para tantos —yo entre ellos— el final trágico de una grande ilusión*. Si semejante realidad no influye sobre el criterio de quienes lo formamos con la experiencia y la razón, es porque nos hallamos en estado de fe, vale decir bajo el imperio dogmático de postulados o de sistemas ideológicos, o porque un mal entendido orgullo nos lleva a confundir con la inmovilidad la firmeza de carácter: que ella no consiste en sostener lo que una vez se dijo, sólo por haberlo dicho, sino en hacerlo con la convicción adquirida, sea o no contradictoria de una convicción anterior. (“*Acción*”, en *El payador y antología...*: 294-295; mis cursivas)

³⁰ El lector que deseara profundizar estos aspectos puede consultar los estudios de Conil (op. cit.: partes segunda y tercera), de Fernando Devoto (2002, capítulos 4 y 5) y de María Pía López (2004: 31ss.), entre otros.

Como puede apreciarse, el pasaje nos muestra a un Lugones que asume de manera abierta el abandono de elementos constitutivos de su ideario. Hay, también, para el poeta, la amenaza interna, conformada básicamente por los extranjeros perniciosos, contra quienes el país debe librar una guerra no social ni civil, sino *nacional*. En esas páginas, que revelan el modo en que Lugones acabó por “asimilar” las huelgas que habían tenido lugar poco tiempo antes –y en las que por un momento había llegado a vislumbrar una oportunidad de redención-, se detectan varias operaciones simbólicas de identificación y deslinde; cabe destacar entre ellas el afán por resaltar su perenne nacionalismo, así como el empeño en mostrarse amigo de los extranjeros honrados, alejándose así de cualquier tipo de xenofobia cerrada. Sobre el final de la intervención Lugones acude a ciertas fórmulas de larga y lamentable perdurabilidad en la historia nacional: “Tenemos que afrontar virilmente la tarea de *limpiar el país*, ya sea por acción oficial, ya por presión expulsora, es decir tornando imposible la permanencia a los elementos perniciosos, desde el malhechor de suburbio hasta el salteador de conciencias.” (*Ibid*: 299; mis cursivas)

En su *Discurso de Ayacucho*, pronunciado en Perú en diciembre de 1924, Lugones sostiene que la independencia, “lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora”, fue realizada por “la espada”; afirma, también, que la espada hará lo que aún falta hacer, el orden necesario, la jerarquía indispensable, malogrados por la democracia, que fatalmente se encamina hacia la demagogia o el socialismo. Afirma:

Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines (...) El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido (...) La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad (...) El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. (“El discurso de Ayacucho”, en *La patria fuerte*: 17-18)

Este extracto es capital, porque condensa con nitidez los componentes fundamentales de lo que sería su prédica incesante durante los diez años siguientes al aniversario de Ayacucho: individualismo aristocratizante; militarismo realista y maquiavélico; insistencia en la crisis definitiva del racionalismo, del liberalismo y del constitucionalismo; crítica furibunda a la democracia electoral y a la demagogia y el socialismo, sus supuestos derivados necesarios.

Notar que los ejemplos negativos que Lugones emplea en el *Discurso* son el Perú incaico y la China mandarinesca permite registrar una visible continuidad en su pensamiento, que sigue siendo anti-colectivista e individualista. La definición del pacifismo como un “prejuicio burgués” revela hasta qué punto lo había desilusionado el encuentro ginebrino, al tiempo que deja entrever una continuidad con afirmaciones suyas anteriores, igualmente antiburguesas. En un artículo titulado *Roma o Moscú*, sostiene:

Lo que define, entonces, el dilema fascista es el viejo conflicto entre civilización y barbarie; o sea entre la ‘cosa romana’ que es aquélla, y el comunismo de la horda asiática cuyas expresiones son el nihilismo y el ascetismo. Una crisis de conciencia, *muy semejante* a la que padecen nuestros liberales, colaboró entonces al triunfo bárbaro. Habíala antecedido, *tal cual ahora también*, una penetración del misticismo asiático en el mundo romano (...) Cuando la civilización y el orden intentaron reaccionar, ya no era tiempo. *Tal es el conflicto que vemos reproducirse en mayor escala. (La patria fuerte: 83-84; mis cursivas)*

Observamos que la contraposición entre civilización y barbarie sigue plenamente vigente, como sigue vigente, también, la incesante propensión al establecimiento de analogías. Hay todavía otras continuidades: como vimos, en la *cosmogonía* de 1906 ya había alusiones a la lucha por la existencia, a las decisiones equivocadas que pueden llevar a los seres a perecer, a la *struggle for light*, etc. Además, en textos de los años diez el culto a lo heroico y a lo épico ya estaba claramente desplegado. Por otra parte, la nordofilia lugoniana, emparentada con su anti-hispanismo precoz, sigue absolutamente viva en los veinte: ahora Lugones admira *al mismo tiempo* a los Estados Unidos, a Inglaterra, a Francia y a la Italia fascista; admira, en verdad, a lo que él denomina “potencias integrales”. Si por momentos se acerca un poco más a la Italia fascista ello tiene que ver, desde luego, con su explícita predilección por el universo greco-latino del cual, como ya sabemos, formaba parte, supuestamente, la Argentina. Sin embargo, y más allá de estas líneas de continuidad, es indudable que en estos años se registran quiebres en su pensamiento, algunos de ellos verdaderamente profundos. Como vimos, desde 1923-1924 Lugones pone de manifiesto que “ha dejado de creer” en el racionalismo kantiano, en el progreso lineal y en el liberalismo, cosas a las que antes, dentro de las particularidades de su versión, sí adhería. Es interesante observar cómo, aun cuando se mantiene fiel a ciertos temas delineados en la *Cosmogonía*, ya no insiste con su idea de progreso espiritual, que tan cara le fuera durante el período anterior. Además, de manera explícita, reniega de los viejos planteamientos universalistas y humanitarios, pasando a tomar decidido partido por la idea de

patria. Cabe destacar aquí que el analista se enfrenta a un serio problema al proponerse articular el individualismo exacerbado de Lugones –al que jamás abandona en forma abierta- y su no menos exacerbado culto al orden, la jerarquía y la disciplina, éste último característico del período abierto en 1923. Porque, aún si aceptáramos su idea según la cual el héroe militar, en tanto individuo heroico, es quien consigue acceder a la gloria y a la dignidad, ¿qué quedaría pues para los demás, fuera de una oscura y resignada obediencia muy parecida a la implicada por el antes denostado *dogma*?; ¿Sigue siendo el Lugones jerárquico un defensor de la libertad...? Escuchémoslo:

La especie humana divídese en una mayoría de individuos nacidos para el deber, y un grupo de otros que poseen la capacidad nativa de darse su propia ley, según les agrada. Son éstos los superiores en el bien o en el mal: santos o bandidos, tiranos o libertadores, según la opinión de la mayoría por ellos dominada; los que saben conducirse y conducir por instinto, es decir por determinación de las tendencias acertadas de la especie: casos de éxito vital cuyo origen y finalidad ignoramos. Ellos son, pues, los que deben mandar; y por eso las masas, libradas a su propio albedrío, según el concepto político que denominamos soberanía del pueblo, no aciertan sino a hacerse daño, designando para el gobierno a los peores o fracasando en la anarquía (...) Es que la vida no triunfa por medio de la razón ni la verdad, sino por medio de la fuerza. La vida es incomprensible e inexorable. Nada tiene que ver con el raciocinio humano (...) La guerra es, pues, natural al hombre porque se trata de un animal de combate. Y de aquí que la civilización la agrava en vez de abolirla. La posesión de la fuerza engendra el derecho de conquista, tan inicuo en el degüello de la res que comemos como en el sacrificio de la colectividad que despojamos. (“La hora de la espada”, en *La patria fuerte*: 39-40)

Cabe preguntar, ¿esa minoría capaz de darse su propia ley será la misma que constituían los dioses solares caídos...? Unas líneas más abajo, en la sentencia con la que concluye la aportación, dice Lugones, refiriéndose a su nueva posición: “Reacción, sin duda, pero de austeridad valerosa y de salud viril sobre la ideología del siglo decimonónico, encarnada en la Diosa Libertad, *esa Venus de la Plebe*” (p. 41, mis cursivas). Aunque ello desagrade a intérpretes como Conil, no hay duda de que el lugar que ahora ocupa la libertad en el ideario lugoniano es sensiblemente distinto a lo que los textos del período precedente dejaban traslucir. Tal vez haya dos libertades, la “Venus de la plebe” y otra más, exclusiva de los capaces y los fuertes; tal vez el Lugones de los años veinte valorara positivamente sólo a la segunda... No hay duda de que, con estos últimos pasajes a la vista, es difícil acordar con Conil en que hay en Lugones una búsqueda sin tregua de libertad y en que no existe, aun durante el período jerárquico, una sola

línea salida de su pluma que niegue su esencia. Las cosas son bastante más complicadas: el Lugones jerárquico define la libertad como una aspiración aristocrática, la coloca dentro del orden, y pone en primer lugar la necesidad del reestablecimiento de la disciplina.³¹ Redireccionado, el elitismo sigue plenamente vigente, y el énfasis en la idea de libertad se difumina... Con todo, tampoco sería adecuado ver en Lugones a un mero defensor de tiranías despóticas y opresivas. Sus consideraciones programáticas para el país, expuestas principalmente en *La grande Argentina*, se refieren constantemente a la necesidad de elevar a los incapaces a través de la educación y al propósito, central, de alcanzar una situación de bienestar para todos los argentinos.

Profundamente impactado por las secuelas de la Gran Guerra, Lugones pensó, acertadamente, que la paz que se intentaba edificar en los años 20 no sería duradera, y vio sólo retórica vacía en las declaraciones sobre el desarme y en el ideario pacifista posversallianos. Antes que otros, percibió los cambios económicos que transformaban al mundo y se dedicó a señalar los problemas que enfrentaría la economía argentina si seguía funcionando como hasta entonces; reclamó y anticipó casi visionariamente una mayor intervención del Estado en la vida económica. Para Lugones, después de 1914 el mundo había cambiado para siempre: eran necesarias otras categorías para pensarlo y otras acciones para enfrentarse a él.

En ese marco, le preocupaba sobremanera que la Argentina quedara desfasada. Tal preocupación es el punto donde desembocan todos sus argumentos y todos sus afanes en esa etapa. Desde su punto de vista, la Argentina se encontraba frente a un dilema fatal: o se decidía a convertirse en una “potencia integral”, o se resignaba a ser “un país de segunda clase”. Obviamente, Lugones pensaba que no había otra opción válida que la primera, y formulaba sendas prescripciones en esa dirección. Para que el país deviniera potencia integral y para que todos los argentinos accediesen al bienestar, Lugones proponía la aplicación de un plan económico eventualmente racional, elaborado justamente por quien había dejado de creer en el “racionalismo ordenancista”, y de una reforma institucional de tinte corporativo (cambios en la composición del Congreso, “vacaciones” políticas, etc.). Con respecto a su programa económico, digamos que era nacionalista (su base eran los aranceles proteccionistas, el fomento del mercado interno, etc.), pero sin buscar el aislamiento. En gran medida, sus ideas al

³¹ Véase al respecto, entre otras cosas, el párrafo titulado “Disciplina y libertad”, en *La grande Argentina*, pp. 161 y ss. En un artículo de 1926, titulado “Del parlamento”, publicado en el apéndice de ese mismo libro, dice Lugones: “La libertad ya no interesa. Lo que se busca es el dominio, llamado alternativamente dictadura del proletariado, o del capital, o del ejército.” (p. 202)

respecto se apoyaban en los planteamientos que, también en los años 20, desarrollara Alejandro Bunge. Escuchemos este pasaje, de alta densidad:

Un país se basta, cuando sabe explotar sus riquezas naturales con eficacia suficiente para no depender del exterior en ningún ramo indispensable de la existencia (...); cuanto más riqueza propia explote, más vasto será su comercio con la clientela exterior y consigo mismo (...) Esto desvanece un equívoco propalado por la ignorancia o la mala fe, en cuya virtud bastarse significa aislarse. Es, precisamente, lo contrario. Los Estados Unidos son el país que mejor se basta; y *en consecuencia*, el primer comerciante internacional del mundo. Una cosa es no querer vivir sino de lo que se produce, conforme lo pretende aquella disparatada interpretación, y otra bien distinta querer vivir produciendo todo lo que se puede. *Aquello fomenta el nacionalismo negativo de la barbarie. Estotro el patriotismo positivo de la civilización.* (*La grande Argentina*: 85; cursivas de Lugones en el primer caso; más en el segundo)

En relación con su propuesta político-institucional, corresponde señalar que Lugones no necesariamente se manifiesta en contra de la democracia -sistema al que juzga característico de la civilización latina-, sino del “mayoritarismo bárbaro”. Liga a éste último con el sufragio universal, y lo define, previsiblemente, como una degeneración de la democracia. Decía además que, tras haber agotado su práctica, los griegos y romanos lo habían abolido y superado; sin embargo, el “mayoritarismo bárbaro” siguió vivo entre las tribus del norte que más tarde arruinaron al Imperio.³² Digamos también, de paso, que Lugones sostenía que la institución parlamentaria podía llegar a tener sentido entre los pueblos sajones (de por sí más deliberativos); entre los latinos, la autoridad debía asumir con mayor amplitud la forma de *mando*. Nuevamente comprobamos que el Lugones jerárquico sigue interpretando la historia universal a partir de la contraposición entre civilización y barbarie, binomio infinitamente recreado. Sin embargo, ahora es más difícil tomar civilización y libertad como nociones equivalentes. En el Lugones jerárquico, el concepto de civilización se aleja del de libertad, quedando estrechamente vinculado al de disciplina. A través de estos desplazamientos, la noción de *dogma de obediencia* no adquiere un nuevo significado sino que es, simplemente, abandonada.

³² Véase el artículo “Del parlamento”, citado en la nota anterior.

Por otra parte, corresponde destacar que el diagnóstico que formula Lugones sobre la situación argentina combina dos disposiciones a priori contradictorias: al mismo tiempo que pesimista (el país está al borde del colapso y del naufragio) es esperanzado (el país tiene un destino de grandeza más allá de su situación actual, *siempre y cuando* se aplique su programa), *condicionalmente* esperanzado, habría que decir. En el “Prefacio” a *La patria fuerte*, leemos:

Fuera cobardemente inútil disimular la crisis que soportamos. A más del dominio económico, tan importante por cierto, ella compromete sobre todo el orden moral, significando, en dos palabras, una sistemática corrupción de la conciencia pública.

El origen de esta grave crisis reside, a sus ojos, en el carácter extranjero de las instituciones adoptadas en la Constitución y en la ideología liberal que derivó en la democracia mayoritaria, calamidad pública. En este punto, corresponde poner de relieve una importante tensión:

Reacción contra el gauchismo de la Federación semibárbara, el liberalismo constitucional exageró la moda extranjera. Bajo este concepto cuya excelente y en muchos casos acertada intención, no admite réplica, el país se puso a descaracterizarse. Pero entretanto, crecía; y este crecimiento fue llevándolo, como es evidente ya, al rehullazgo de sí mismo. De ahí tiene que salir –o nunca saldrá– la Grande Argentina. (*La grande Argentina*: 10)

Como puede apreciarse, resulta muy difícil saber *qué hace* el Lugones jerárquico con el período posterior a Caseros. Por un lado, pareciera que la Constitución fue acertada en su momento y aún después, considerando el crecimiento a que dio lugar su implantación; por el otro, ella aparece como la culpable de la crisis absoluta en que se encuentra inmerso el país. En tirantísima interpretación, nos dice que durante ese período el país se *descaracterizó*, creció y recién en el presente de enunciación parece ir hacia un reencuentro consigo mismo. Se aprecia que Lugones mantiene su pluma bajo control, sin atreverse a emprender una invalidación cabal de la Carta Magna, de los “padres fundadores” o de la generación del ochenta. Otros lo harán después de él, y en parte a partir de él. Más allá de esto, es posible sostener que Lugones fue uno de los primeros intelectuales argentinos que se atrevió a objetar de manera abierta el rumbo seguido por el país después de la caída de Rosas: la imagen de la *descaracterización* es, ciertamente, una imagen fuerte. Esto no quiere decir que antes no haya habido voces críticas: hubieron cuestionamientos al materialismo de la clase dirigente, al tipo de inmigrantes que iban

llegando, a las rémoras bárbaras y caudillescas; incluso, a la demagogia del radicalismo personalista, pero ninguna de esas voces parece haber llegado a proponer, como sí lo hizo Lugones, un cambio de enfoque de tan vastas proporciones.

Una cuestión que no adquiere resolución satisfactoria en los textos del Lugones jerárquico tiene que ver con la tensa relación que se establece en su pensamiento entre el determinismo y el margen de acción individual en los procesos históricos, entre la marcha de la historia y la capacidad de la esfera política para moldearla. Hemos visto que Lugones se refiere a la ley de la necesidad y que sostiene que la vida es inexorable e inescrutable; escribe, empero, decenas de artículos y algunos libros para fundamentar la necesidad de un cambio total; conocemos, también, sus críticas al racionalismo; no obstante ellas, sus programas se basan en un diagnóstico racionalmente orientado y proponen una organización pretendidamente racional de la política económica, de la política exterior, de las instituciones, de la educación, etc. Coexisten en Lugones pues, en problemática tensión, un determinismo fatalista e irracionalista con una especie de voluntarismo racionalizador.

6. Final de juego

Antes de concluir esta exploración, quisiera destacar un conjunto de elementos del libro inconcluso de Lugones, para luego compartir con el lector un poema de 1937 que espero sirva de invitación a continuar reflexionando sobre la significación de su turbulento itinerario. En cuanto a lo primero: en la trágicamente interrumpida biografía de Roca –producto, nuevamente, de un encargo oficial-, se detecta un nítido deslizamiento hacia posiciones hispanistas y católicas; se verifica, también, un intento desgarrado y no resuelto por arribar a una síntesis satisfactoria acerca del tiempo histórico argentino. Aparentemente, Conil (op. cit.: 451ss.) no estaría de acuerdo con esta puesta de relieve del supuesto “giro católico” del poeta; en mi opinión, el mismo es difícil de rebatir con el *Roca* a la vista. En efecto, allí Lugones llega prácticamente a invertir las afirmaciones que, décadas atrás, vertiera en *El Imperio jesuítico* y en otros escritos suyos. Recorriendo los capítulos que alcanzó a escribir, vemos que el paganismo y el cristianismo romano ya no aparecen contrapuestos, sino profundamente ligados (cap. I); notamos, además, que la Conquista es definida como la “incorporación de estas tierras a la Cristiandad”; más aún, que las misiones jesuíticas son caracterizadas, al igual que la Universidad de Córdoba, como empresas asombrosas (cap. II); que “las madres devotas” –a cargo del

hogar hidalgo durante la época de las campañas de la independencia y de la guerra civil- son vistas como las autoras de las tres generaciones que construyeron la patria (cap. II); en fin, que el denostado materialismo por el cual el objeto de la existencia queda reducido a la conquista de la fortuna es puesto en relación con el auge del racionalismo anticatólico... (cap. IV) Es cierto que en estas páginas póstumas la espada sigue siendo un componente importante de la argumentación lugoniana, pero ahora, de manera tan inesperada como indiscutible, la cruz viene a compartir esa centralidad:

De acuerdo, pues, con su historia, el pueblo argentino, predestinado a la espada, como se verá, no obstante las apariencias y errores de un falso liberalismo, debe tener por constructores a individuos de formación cristiana y militar, según acontece hasta hoy, lo que es ya una prueba; y por esto su más grande obra, o sea la emancipación, iniciárosla, adecuárosla y consumárosla el 9 de julio de 1816, soldados y sacerdotes. (*Roca*: 57-58)

Los capítulos IV a VIII nos muestran a un Lugones que muy dificultosamente intenta dar forma a una visión del tiempo histórico argentino que resulte satisfactoria en dos sentidos evidentemente contradictorios: de un lado, elaborar el panegírico de su biografiado, de quien tan cerca había estado décadas atrás; del otro, permanecer relativamente fiel a la mirada sobre el país y el mundo que parecía desprenderse de sus posiciones ideológicas posteriores a 1923. Si bien Lugones no alcanza a perfilar una valoración de la figura de Rosas³³, sí llega a cuestionar abiertamente, retomando planteamientos ya presentes en su *Historia de Sarmiento*, el “extranjerismo” de sus opositores, los emigrados. Llega a afirmar incluso que la historia de la declaración constitucional de la libertad de navegación por los ríos interiores es francamente lamentable, al igual que la de la irresponsabilidad de la prensa; por esa vía desemboca, una vez más, en una crítica furibunda a la Constitución de 1853:

...ochenta años de irremediable trasgresión permiten apreciar ahora la impropiedad de la copia norteamericana, inexacta como traducción, por un lado, y empeorada, por el otro, con aditamentos como los que acabo de citar. (*Roca*: 83-84)

Entonces, con este conjunto de elementos sobre la mesa, podemos preguntar: ¿cómo sería posible proponer un relato sobre la historia del siglo diecinueve argentino que reniegue

³³ En el capítulo VII reconoce la eficacia de Rosas en su campaña contra los indios, misma que antecedió en varias décadas a la “definitiva”, conducida por Roca.

del papel de los emigrados y que rechace la Constitución de 1853, a la vez que permanezca indeciso sobre la posibilidad de adentrarse en una revalorización de la época de Rosas y esté por lo demás “obligado” a mantener signos valorativos positivos sobre las figuras de Mitre, Sarmiento y del propio Roca...? En otras palabras, ¿cómo se podría recuperar positivamente la experiencia roquista desde una mirada que, como la del Lugones de los años treinta, pone en cuestión el liberalismo racionalista, el materialismo, el culto a la riqueza, esto es, mucho de lo que, a priori, aquélla representa...? Desde hacía algunos años Lugones venía teniendo contacto con varios jóvenes que por entonces comenzaban a repensar la historia argentina del siglo XIX a partir, sobre todo, de la experiencia de la crisis mundial de 1929-1932; es probable que algunos elementos de su *Roca* tengan algo que ver con esos vínculos; sin embargo, es evidente que, a diferencia de lo que por entonces comenzaban a tentar los revisionistas, el Lugones de 1937-1938 no parece dispuesto a avanzar hacia una recuperación integral del tiempo de Rosas ni tampoco a orientarse a una descalificación abierta de las figuras que clásicamente componen el panteón liberal. Como ha indicado Conil (op. cit.: 464), es evidente que en el suicidio de Lugones intervinieron múltiples factores; sería absurdamente pretencioso pretender dar una respuesta unívoca y definitiva al enigma; no obstante, y para darle más fuerza a lo que he intentado plantear en estas últimas líneas, quisiera llamar la atención del lector sobre el modo en que comienza el último texto salido de la pluma del poeta:

No puedo concluir la *Historia de Roca*. Basta. Pido que me sepulten en tierra, sin cajón y sin ningún signo ni nombre que me recuerde. Prohíbo que se dé mi nombre a ningún sitio público. Nada reprocho a nadie, el único responsable soy yo de todos mis actos. L. Lugones. (Tomado de Conil, op. cit.: 467)

En cuanto a lo segundo: unos meses antes (mayo de 1937), el diario *La Nación* había publicado un poema de Lugones titulado “El manzano”. Lo transcribo íntegro en la medida que es uno de los escasos textos con referencias autobiográficas (crípticas por cierto) de que se dispone en este caso:

Creí en Dios y vino la ciencia,
Y por boca de un sabio audaz,
Con argumento irresistible
Destruyó mi credulidad.

En la enseñanza de aquel docto

Hallé la ley de la verdad,
Hasta que un día derogada
Fue por otro que supo más.

Aspiré entonces a la gloria,
Le di laurel, trono y altar,
Y bastó una hora de amargura
Para tornarla vanidad.

Quise el poder de la riqueza,
Crucé en su busca tierra y mar,
Y se escurrió de entre mis dedos
En polvo y agua nada más.

Puse mi vida en el afecto,
A manos llenas fui cordial,
Y pagaron con felonía
Mi pueril generosidad.

Así, en lo inútil de la empresa,
Hallé lo fútil de mi afán,
Y a la sombra de mi manzano
Me tendí de nuevo a soñar.

Allá, con hojas, flor y fruto,
Sin cavilar, penar ni andar,
Me da el árbol la certidumbre
En fe, esperanza y caridad.

Buen poeta de los vergeles,
La belleza también me da,
Cuando, florido en primavera,
Es tan hermoso de mirar.

Cuando el otoño lo desnuda,
Tras su ramaje, escueto ya,
En las nubes de rosa y nieve
El cielo en flor veo pasar.

Y al caer la feliz manzana,
Puedo adquirir, si soy sagaz,
El don de la sabiduría
En la ley de la gravedad.

(El manzano, en Obras poéticas completas: 1269)

A MODO DE CIERRE

A lo largo de una primera y larga etapa, la concepción lugoniana de la historia combina elementos tomados de Darwin, Spencer, Nietzsche y la teosofía. La noción de la supervivencia de los más aptos se enlaza con una idea de progreso que busca sustraerse al materialismo positivista a través, sobre todo, del concepto de eterización de la materia, de raigambre esotérica. Individualista, liberal aristocratizante, y convencido de esa idea espiritualista del progreso, este Lugones elabora una manera de interpretar la historia cuya clave es la oposición sempiterna entre civilización (libertad) y barbarie (dogma de obediencia). Dicha clave aparece prefigurada en El imperio jesuítico y, con mayor nitidez, en el Prometeo, para ser formulada de modo relativamente acabado en el “Panorama histórico de la guerra”. En esta breve pero fundamental aportación, Occidente encarna al polo de la civilización; Oriente, al de la barbarie; el primer polo evoca al paganismo greco-latino; el segundo, a la teocracia, y engloba, entre otras cosas, al cristianismo; he indicado que esta oposición se nutre de una más general: espíritu / materia; he resaltado, también, las connotaciones elitistas que alberga. En cuanto al tiempo histórico argentino, he señalado que, desde el punto de vista del Lugones de las primeras dos décadas del siglo, la Argentina pertenece, por origen e historia, a la civilización greco-latina; como sabemos, esta afirmación empalma, por un lado, con una cosmogonía derivada de las enseñanzas teosóficas y, por el otro, con una crítica esperanzada de la situación del país y del mundo. Sucede que, más allá de sus señalamientos negativos en relación con los gobiernos que sucedieron al de Manuel Quintana, durante ese entero período las operaciones ideológicas de Lugones se suman, con matices aunque en forma nítida, al clima cultural optimista entonces relativamente predominante, plegándose incluso de manera abierta a la celebración de los dos Centenarios; en virtud de ello, y sin demérito de sus especificidades, resulta legítimo considerarlas parte integrante de la configuración que venimos llamando ilusión argentina.

En el Lugones del período jerárquico, esto es, posterior a la encrucijada intelectual de 1920-1923, la contraposición entre civilización y barbarie sigue operando como clave interpretativa para leer la historia. En efecto, en tanto heredera de la gloria imperial romana, su admirada Italia fascista forma parte del polo civilizado, acompañando a Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. En el polo bárbaro están la Rusia soviética y la Alemania resentida, además, claro está, de los pueblos asiáticos y también, podemos suponerlo, de los africanos. Sin embargo, siguiendo probablemente a Oswald Spengler, el Lugones jerárquico ha dejado de creer en el progreso lineal, ha puesto a un lado el humanismo universalista (optando por la idea de Patria), y ha tendido a subsumir la idea de libertad, antes central, en las de orden y disciplina. La oposición fundamental sigue siendo entonces entre civilización y barbarie; sin embargo, ahora, civilización no equivale a libertad (recordémoslo, al menos en una dimensión ésta última es “la Venus de la Plebe”) sino a orden y disciplina. Por su parte, la nueva barbarie no es sinónimo necesario de dogma de obediencia, sino de comunismo soviético, estado

social hacia el cual toda democracia electoral tendería fatalmente a derivar. El Lugones jerárquico opone la disciplina a la “falsa libertad liberal” (condenada a devenir barbarie), y opta por la primera. El desplazamiento no es perfectamente simétrico, y el hecho de que el culto del orden, la jerarquía, la autoridad y la disciplina se aproxime demasiado al antes denostado dogma de obediencia constituye una tensión de importancia en su pensamiento de esta etapa. Por lo demás, y como vimos, después de 1923 Lugones no abandona del todo su concepción aristocrática de la libertad entendida como riesgo y heroísmo ni necesariamente deviene en un teórico de la opresión de las mayorías.

Desde la perspectiva que orienta el presente estudio, resulta adecuado pensar al Lugones del período jerárquico como una de las figuras capitales en el proceso de conformación del tópico del fracaso argentino. El argumento más rotundo a favor de tal caracterización es que, en sus aportaciones posteriores a 1923, sostiene de manera enfática que el país está en peligro, que su situación es absolutamente desoladora y que no resulta posible admitir que las cosas continúen de ese modo; a ello hay que sumarle el hecho de que entonces Lugones es uno de los personajes centrales de la vida cultural argentina y americana. Es cierto que la diatriba lugoniana está en parte hecha de antiyrigoyenismo, antielectoralismo y “horror a las masas”; sin embargo, no lo es menos que la componen, también, consideraciones más amplias, a las que cabría designar como geopolíticas y estratégicas. Lo interesante del caso es que, a pesar del tono sombrío de su diagnóstico, el Lugones jerárquico se resiste a abandonar la idea de un destino de grandeza para el país. Con ese diagnóstico y esa idea, se dedica a promover una mutación completa, tanto de rumbo como, algo más parcialmente, de enfoque histórico, llegando hasta los umbrales de un revisionismo de mayores proyecciones. Pudiera pensarse que predomina en sus desarrollos una especie de vocación adaptativa análoga a la del Alberdi de las Bases...: frente a un nuevo contexto, y con el objeto de no quedar desfasado, se vuelve necesario adaptarse con presteza, aun si ese movimiento supone modificar núcleos fundamentales de certezas previamente asumidos. Desde luego, esta disposición podría ligarse con sus ideas acerca de la lucha por la vida, de la supervivencia del más apto, de la importancia de acertar en las decisiones vitales para no perecer, combinación ésta, como sabemos, de motivos darwinianos, nietzscheanos y teosóficos, y ya presente en sus textos tempranos. Es claro que lo que le preocupa primordialmente al Lugones jerárquico es el lugar que ocuparía la Argentina en el mundo posterior a la Gran Guerra; ya lo sabemos: toda su prédica del período se orienta a plantear el dilema fatal: la Argentina será una potencia integral o no será más que un país de segunda o una republiqueta proletaria. Este dilema toma la forma de una encrucijada que se abre en el propio presente de la enunciación: si el país quiere ser una potencia integral, debe aplicar el programa “racional” que el ahora autodeclarado “irracionalista” Lugones sugiere: nacionalismo económico, profunda reforma institucional y desarrollo de una vocación hegemónica, por no decir imperial. Más arriba señalé que se detectan al menos cuatro tensiones significativas en esta etapa de la trayectoria intelectual

lugoniana: muy dificultosamente se combinan en su ideario determinismo y voluntarismo; irracionalismo y racionalismo; pesimismo y esperanza; valoración positiva y negativa del período histórico posterior a Caseros.

Más allá de estas observaciones, deseo subrayar que lo que vuelve a Lugones extremadamente singular es que su obra y su figura condensan casi a la perfección el vasto y complejo movimiento cultural correspondiente al pasaje de una configuración intelectual dentro de la cual las esferas de lo deseable y lo inminente se articulaban de manera relativamente efectiva a otra nueva donde esa compatibilidad se hace trizas; para decirlo en dos palabras, el Lugones posviraje entrevé la posibilidad efectiva de que el futuro de la Argentina sea un futuro indeseable. Semejante intuición, prácticamente inédita hasta entonces en la cultura nacional, lo lleva a insistir en la urgente necesidad de una mutación completa. Desde su óptica, el problema no es que el país se extraviara de la senda que lo conducía hacia un supuesto destino de grandeza; sino que esa senda, si es que alguna vez existió, está, en el presente de enunciación, irremisiblemente agotada. No se trata, por tanto, de retomar la vieja senda perdida, sino de subirse a otra diferente; a bregar por ello consagró su estentórea prédica, naufragando en el desgarramiento y la tragedia.

Situándonos en un nivel contrafáctico, podríamos todavía interrogarnos por el eventual margen de elasticidad de las concepciones de este intelectual que constantemente se pensó a sí como un heraldo del porvenir: ¿habrían resistido sus posiciones una nueva reelaboración...? De no haberse suicidado en 1938, ¿cuál habría sido su posición frente a la Segunda Guerra Mundial?; ¿Habría tomado partido por las fuerzas aliadas, tal como lo permitirían prever sus persistentes nordo y francofilia?; ¿Habría seguido a la Italia fascista-civilizada de Mussolini, unida al Japón asiático y a la Alemania siempre bárbara?; ¿Habría permanecido neutral, de acuerdo con muchos de sus, al menos hasta 1934, admirados militares argentinos?; ¿Cómo habría recreado entonces su concepción de la historia?; ¿Dónde habría visto esta vez civilización, dónde barbarie?; ¿Habría abandonado la clásica contraposición para sustituirla por una nueva clave interpretativa?. Más tarde, ¿cuál habría sido su posición frente al peronismo...?

CAPÍTULO IV

BENJAMÍN VILLAFañE: INMINENCIA DE LA CATÁSTROFE... ¿Y DE LA REDENCIÓN...?

Cuando los pueblos pierden la libertad, decía Homero, los dioses les arrebatan la mitad del alma! Es el alma entera la que pierden, porque se borra el pasado y muere el porvenir. Se cierran para siempre las sombras sobre los que fueron y los que han de venir, -sobre las cunas y los sepulcros. Mil veces preferible la muerte, a soportar la humillación de saberse siervos de extraños, que nos desprecian como a seres inferiores. Es uno de los pocos casos en los que el suicidio es perdonable.
Benjamín Villafañe: *El destino de Sud América*, p. 279.

COMENTARIO PRELIMINAR

Benjamín Villafañe¹ nació en 1877 a orillas del río Bermejo, poco después de que sus padres abandonaran el barco en que viajaban a causa de un ataque indio; en honor a esa peripecia el lugar tomó el nombre de “Cancha del niño”. Su padre, también llamado Benjamín (1819-1893), combatió a Rosas desde las filas de la Liga del Norte; tras la derrota de Rodeo del Medio (1841) pasó a engrosar las filas de los emigrados;² depuesto el dictador, regresó al país para desempeñarse como senador suplente por Jujuy en el Congreso de la Confederación urquicista y para ocupar, más tarde, varios cargos de importancia en su provincia natal, Tucumán. Dejo constancia de estas filiaciones en la medida que su consideración proporciona coordenadas imprescindibles para interpretar en forma adecuada ciertos rasgos decisivos del pensamiento de su hijo y homónimo, en particular sus pertinaces antirrosismo y urquicismo.

El Benjamín Villafañe que aquí nos interesa realizó estudios de derecho en Buenos Aires, aunque no llegó a graduarse. Su iniciación política tuvo lugar en los primeros años del siglo XX en las filas del Partido Provincial jujeño, en el cual se había agrupado una corriente autonomista opositora al roquismo local; hacia

¹ Este Comentario condensa información obtenida a través de la consulta de distintas fuentes: a) Archivo del diario *La Nación*; b) Artículos pertinentes del diccionario de Wright y Nekhom (1994); c) el libro de Mario Nascimbene (1997); d) El *Estudio preliminar* y las anotaciones de la antología preparada por María Silvia Fleitas (1997), y e) El *Prólogo* a la antología a cargo de Emilio Villarino (1999). He revisado, además, la *Historia de Jujuy* de Emilio Bidondo (1980: cap. XXV), el *Diccionario General* dirigido por Antonio Paleari (1992-1993), así como una serie de materiales que echan luz sobre el tema de la política petrolera durante la era radical, en particular, C.A. Mayo, O.R. Andino y F. García Molina (1976); David Rock (1977: esp. cap. 10); Marcos Kaplan (1992: esp. caps. III y IV) y Orieta Favaro y Marta Morinelli (1991: esp. caps. III y IV). Para el tema de los orígenes del peronismo jujeño, Adriana Kindgard (2001).

² El artículo pertinente de la *Gran Enciclopedia Argentina* de Diego Abad de Santillán (1956-1963) nos informa que Benjamín Villafañe padre formó parte de los fieles perseguidos que llevaron hasta Bolivia el cadáver del general Juan Lavalle.

1908, ello cristalizó en la creación del Partido Democrático. Durante el gobierno provincial de Sergio Alvarado (1910-1913) se quebró el acuerdo entre democráticos y conservadores; a raíz de ello, Villafañe y otros dirigentes del Partido Democrático -entre los que destacan Teófilo Sánchez de Bustamante y Horacio Carrillo- se unieron al radicalismo. En abril de 1913 la provincia fue intervenida por “sucesos políticos”; en las elecciones de septiembre, un candidato conservador se impuso sobre Sánchez de Bustamante. En 1916 los conservadores volvieron a quedarse con la gobernación de la provincia; sin embargo, los radicales alcanzaron pronto la mayoría en la Cámara; a partir de entonces las relaciones entre ésta y el Ejecutivo provincial se tensaron en forma notoria; a fines de ese año, el presidente Yrigoyen dispuso la intervención; en las elecciones de 1917 se impuso el radical Horacio Carrillo.

Durante el gobierno de Carrillo, Villafañe se desempeñó como Presidente del Consejo General de Educación de Jujuy. El volumen *Nuestros males y sus causas*, dado a conocer en 1919, condensa su experiencia en ese cargo; al revisarlo da la impresión de que para esa fecha aún no se había producido cabalmente su ruptura con el presidente Yrigoyen; una lectura atenta permite, empero, identificar algunos nudos de tensiones potenciales, siendo el principal el cuestionamiento villafañano a la “sumisión partidista” y a la “facciosidad” en el seno de las propias filas radicales.³ ¿Será demasiado pretencioso postular que en lo evocado en el siguiente pasaje se encuentra la razón de la ruptura y el germen de su iracunda prédica ulterior...?:

Hace dos años, cuando la última intervención nacional a Jujuy, en telegrama que dirigí como Presidente del Comité Radical al primer magistrado de la Nación, protestando por atropellos del Jefe de Policía, decía que se estaba consumando en la provincia una iniquidad al estilo de las llamadas del tiempo de Juárez. En seguida los corresponsales de los grandes diarios telegrafaron que yo no tenía autoridad moral para quejarme de nada, porque había sido juarista. Sin embargo, a todos ellos constaba bien, que cuando el doctor Juárez Celman subió a la Presidencia de la República, yo era niño que deletreaba las primeras letras —tenía siete años de edad! Pero traigo el recuerdo, no para protestar de un ataque falso, sino para decir que si hubiese nacido treinta años atrás y hubiera sido juarista de verdad, no me habría sentido deshonrado por el ‘mote’, pues he conocido y conozco muchísimos caballeros de esta filiación que son personas honestísimas en su vida privada y pública, mientras conozco también radicales que por la conveniencia común y la seguridad pública, debieran estar alojadas en la celda de una penitenciaría. Y así ha sido y será siempre. En todo partido habrán buenos y malos y es de necios pretender lo contrario. Es tiempo de terminar con la política de odios y venganzas entre argentinos. La patria habló por boca de Urquiza cuando dijo después de Caseros: ‘ni vencedores ni vencidos’, y estas palabras debieran seguir sonando como la voz de la justicia, de la cordura y del destino, en los oídos y

³ María Silvia Fleitas (1997) señala que “tras las elecciones presidenciales de 1916 [Villafañe] se vuelve disidente de la línea personalista y acérrimo opositor”, sin ofrecer datos sobre los motivos y ritmos precisos del viraje. Emilio Villarino (1999) sigue de cerca de Fleitas al tocar el punto. Mario Nascimbene (1997) opina que “ya en 1919, su decepción ante el radicalismo es absoluta y aparece claramente expresada en su primera obra”. Por mi parte, al revisar las aportaciones que componen *Nuestros males y sus causas* (1919) me ha dado la impresión de que ubicar una ruptura plena en 1916 o en los años inmediatamente subsiguientes resulta, tal vez, excesivo; vuelvo sobre el particular en el cuerpo del capítulo.

en la conciencia de los políticos en los momentos difíciles de la vida de este pueblo. (Nuestros males...: pp. 151-153)⁴

Como quiera que sea, interesa destacar que el tono de las aportaciones que componen Nuestros males... no es celebratorio ni nada que se le parezca; antes bien, y como el título mismo lo deja entrever, Villafañe tematiza en esas páginas los fantasmas, enfermedades y peligros que desde su punto de vista amenazan al país, a la vez que refiere lo adecuado de las medidas tomadas durante su gestión al frente de la cartera educativa y delinea una serie de propuestas orientadas en análogo sentido. Como veremos en la primera sección del capítulo, aún si ese primer libro no destila un pesimismo oscuro y cerrado, contiene múltiples señalamientos críticos articulados a un impulso que, si se me permite, quisiera llamar tanático, es decir, propenso a explorar con llamativa decisión las sendas temáticas de la degeneración y la muerte colectivas, y que con el tiempo se volvería distintivo de las elaboraciones villafañanas.

En 1921 asumió como gobernador de Jujuy, apoyado por todas las fracciones radicales, Mateo Córdova. En una dinámica cuyos detalles se me escapan, y que al parecer ha de ligarse, como veremos, a sucesos políticos salteños -Joaquín Castellanos era entonces el gobernador de esa provincia- así como también, muy presumiblemente, a la cuestión del azúcar,⁵ Córdova fue perdiendo sus apoyos, en particular, el correspondiente a los radicales antipersonalistas, quienes pronto pasaron a la oposición; la tensión fue in crescendo, derivando en una nueva intervención federal, dispuesta por el presidente Alvear en diciembre de 1923. Durante la gobernación de Córdova, Villafañe era diputado nacional; en ese lapso tuvieron lugar en el parlamento los

⁴ En nota al pie colocada al final del pasaje, continúa: “La figura del General Urquiza –a falta de ilustración- y tan tosca y áspera como la corteza de un quebracho, si se quiere –tiene para mí, caracteres singulares que la destacan y señalan en el escenario nacional con una aureola de luces y prestigios como no tiene ninguna otra.” A continuación evoca una anécdota referida por su padre, en la que Urquiza aparece como un gobernante capaz de admirar a los hombres de valor y mérito y de despreciar profundamente a los cobardes y adulones. (*Nuestros males...: p. 153n*)

⁵ Según David Rock (1977: 205), después de los sucesos de la Semana Trágica y del resurgimiento conservador, el gobierno de Yrigoyen “se convirtió, en gran parte, en lo que los conservadores buscaban desde 1912: un instrumento dócil y estático, cuyo único atributo positivo residía en su capacidad para gozar de cierto prestigio popular. En 1920 y 1921 se dedicó a recuperar votos entre los grupos de clase media mediante el patronazgo, y en las provincias mediante las intervenciones federales.” Unas páginas después, Rock examina el modo en que el gobierno procuró encarar el acuciante problema del costo de vida en el marco del *boom* de la posguerra: implantación de un impuesto suplementario a las exportaciones de trigo y, lo que interesa particularmente aquí, expropiación de 200.000 toneladas de azúcar que, según se sostuvo, estaban en manos de especuladores. Previsiblemente, esta última medida fue resistida en el Senado por los representantes de las provincias azucareras del Noroeste. Uno de los argumentos esgrimidos ponía de relieve la inacción del gobierno frente a industrias, como las del pan y la carne, también decisivas en el presupuesto popular. En la crítica opinión de Rock (p. 211), “el azúcar era a la vez un símbolo y un chivo expiatorio del afán del gobierno por aparentar que hacía algo a favor de los consumidores urbanos, pero evitando al mismo tiempo tomar cualquier medida que pudiera interpretarse como un ataque contra los grandes productores. Entre éstos no se contaban los señores del azúcar, por motivos de los cuales ellos mismos eran bastante conscientes.”

debates sobre el azúcar y, también, un incidente notable, que vale la pena consignar aquí: en la sesión del 21 de julio de 1921, un grupo de legisladores, principalmente socialistas y conservadores, entre los que él se contaba, cuestionaron unas irregularidades administrativas vinculadas al desempeño de Yrigoyen y solicitaron su esclarecimiento. Dos décadas después, Villafañe recordaba así el altercado que siguió a la sesión de 1921:⁶

...al salir del Palacio del Congreso por la puerta de la calle Rivadavia, en compañía del Diputado Doctor Mariano Demaría, que me había acompañado y defendido en la sesión con vehemencia, fuimos agredidos por grupo como de cincuenta carteros uniformados que intentaron ultrajarnos. No lograron su propósito porque nos impusimos revólver en mano. (La tragedia argentina: p. 178)

En sus consideraciones retrospectivas, Villafañe puntualiza que lo que más lo impresionó no fue el calibre de las irregularidades denunciadas, ni la violenta situación que debió enfrentar al salir del Congreso, sino más bien la disposición del presidente Yrigoyen y del bloque radical, acandillado entonces por el futuro presidente Roberto Ortiz, a obstaculizar el esclarecimiento de las acusaciones formuladas. Los reclamos de los legisladores derivaron en investigaciones cuyos resultados -según Villafañe, concluyentes- fueron pronto relegados a una discreta penumbra dada la conciliatoria política del presidente Alvear. De 1921 es Yrigoyen el último dictador; de esa época es también la concepción de Degenerados, tiempos en que la mentira y el robo engendran apóstoles, ideado en principio como segunda parte de aquél, pero publicado recién, no sin modificaciones, en la coyuntura previa a las elecciones de 1928, es decir, cuando concluía el mandato de Alvear y distintos sectores comenzaban a operar contra el probable retorno de Yrigoyen a la presidencia. Aunque es indudable que se requieren más pesquisas para establecer con toda la precisión deseable qué sucedió exactamente entre 1917 y 1921,⁷ lo recién consignado constituye prueba suficiente de que para mediados de ese último año Villafañe era un antiyrigoyenista consumado; en tal calidad fundó entonces, junto a Joaquín Castellanos, Miguel Laurencena, Martín Torino y otros, el Partido Radical Principista, con la finalidad de combatir la reelección del caudillo, que por un momento se creyó posible. Por lo demás, es evidente que, al menos en ese tiempo, Yrigoyen y Alvear no representaban “lo mismo” para Villafañe; es prueba de ello la dilatada demora de la publicación de la segunda parte de su diatriba de 1921-1922.

⁶ Villafañe insistiría una y otra vez sobre ese incidente. En rigor, el pasaje evocado forma parte de una intervención de Villafañe durante la Honorable Asamblea Legislativa del 22 de agosto de 1940, en la cual se rechazó, contrariando su propuesta, la renuncia del presidente Roberto Ortiz.

⁷ Tengo la impresión de que un conocimiento más detallado de las relaciones, crecientemente tensas, entre Villafañe, los antipersonalistas jujeños en general, y el gobernador Mateo Córdova permitiría esclarecer múltiples aspectos del antiyrigoyenismo villafañano que, apenas iniciada la década de 1920, es manifiesto y rotundo. Villafañe es antiyrigoyenista entonces, pero todavía no articula esa disposición con una embestida contra la ley Sáenz Peña, ni con una aproximación a posiciones corporativizantes, ni con una denuncia del imperialismo norteamericano, rasgos que, como tendremos ocasión de comprobar, caracterizarían sus intervenciones ulteriores.

En 1924, en el marco de la intervención a la provincia decretada por Alvear, Villafañe fue electo gobernador de Jujuy. Su candidatura fue producto del acuerdo entre los conservadores de la Concentración Cívica y los radicales antipersonalistas jujeños. Como recuerda Fleitas (op. cit.: 14), Villafañe justificó esa alianza aduciendo que sólo por ella resultó posible obtener el apoyo de los “grandes industriales”, indispensable para alcanzar la victoria.⁸ Hay cierto consenso entre los historiadores en considerar la gobernación de Villafañe como “progresista”. Según señala Emilio Bidondo (1980: 433-435) en ella se llevaron a cabo varias obras públicas, de las cuales la más importante fue la inauguración, en agosto de 1925, del tramo ferroviario La Quiaca-Tupiza. También se construyeron escuelas en varias localidades; se instalaron aguas corrientes y se inauguró una cárcel penitenciaria. Además, la escultora tucumana Lola Mora fue designada Directora de Plazas y Parques; durante su breve gestión fueron emplazadas las famosas estatuas de su autoría que todavía hoy presiden los jardines de la casa de gobierno provincial, y que habían sido donadas a Jujuy por el Senado de la Nación unos años antes. Con todo, es altamente probable que la aportación más sustantiva de Villafañe al progreso de su provincia y del Noroeste argentino haya sido la convocatoria a la primera conferencia de gobernadores, que en 1926 reunió a los mandatarios de la región, replicándose al año siguiente. De aquellos afanes derivaron tres libros suyos, a saber, El atraso del Interior (1926), La miseria de un país rico (1927) y Política económica suicida (1927), cuyo contenido examinaremos en el segundo apartado del capítulo.

Mientras era gobernador de su provincia, Villafañe volvió a enfrentarse con el radicalismo yrigoyenista en relación con el controvertido asunto de las concesiones petroleras. Ya desde 1926 el diario radical La Época había iniciado una campaña contra el supuesto otorgamiento de derechos de perforación a compañías extranjeras por parte de las autoridades provinciales de Salta y Jujuy. Se trata de un asunto espinoso, no reductible a una sola de sus facetas, ciertamente múltiples; sin pretender agotarlo aquí, señalaré cinco elementos que entiendo deben ser tomados en consideración para evitar caer en simplificaciones apresuradas: uno, el creciente interés de las grandes compañías petroleras, entre las cabe destacar a la Standard Oil, en el petróleo argentino, ello sobre el telón de fondo de la rivalidad interimperialista en torno a la cuestión del aprovisionamiento energético, cada vez más vital tras la Gran Guerra;⁹ dos, las ideas sobre política petrolera que despuntaron en el “segundo

⁸ Fleitas toma esta “confesión” de una carta de Villafañe a Teófilo Sánchez de Bustamante, publicada en el volumen *El yrigoyenismo* (1927).

⁹ Los estudios de Marcos Kaplan siguen constituyendo una referencia imprescindible en la materia; el volumen publicado en México en 1992 agrupa, en forma condensada, el producto de más de treinta años de investigaciones. En el libro de Orieta Favaro y Marta Morinelli (1991) hay también importantes puntualizaciones sobre el asunto. Plantean estas autoras que Gran Bretaña propició sutilmente la temprana intervención del Estado argentino con la finalidad de obstaculizar el avance de la Standard Oil en la obtención de permisos de cateo y concesiones para la explotación del recurso. En la p. 96 escriben: “Si Gran Bretaña controlaba un significativo porcentaje de las importaciones de petróleo hubiera podido al mismo tiempo defender la posición del carbón británico y, por ende, la de sus ferrocarriles y restringir la importación de automóviles de Estados Unidos simplemente manteniendo alto el precio del petróleo y derivados. En el caso

yrigoyenismo”; a este respecto cabe señalar que para algunos analistas ellas habrían expresado un deslizamiento genuino hacia posiciones nacionalistas mientras que para otros habrían sido principalmente un recurso retórico e ideológico de campaña;¹⁰ tres, el conflicto de intereses suscitado entre algunas provincias y la Nación en torno a los derechos de propiedad y explotación de los recursos mineros; en el caso particular del Noroeste, ello se manifestó en la aspiración de los gobiernos locales a suscribir contratos con empresas privadas extranjeras para la explotación de riquezas ubicadas en sus territorios;¹¹ cuatro, las medidas efectiva y realmente tomadas por Villafañe en relación con las concesiones petroleras;¹² cinco, el eventual papel desempeñado por las grandes compañías petroleras, en particular la Standard Oil, en el golpe de estado que depuso a Yrigoyen en 1930,¹³ y

de la Standard Oil su accionar tuvo que ver con el propósito de expandir y afirmar su posición en el mercado de combustible argentino (producción e importación) para lo cual debió buscar el apoyo de una estructura de poder local, la oligarquía salteña, no alcanzada por la influencia británica.” Véase también el libro de Carl Solberg (1986).

¹⁰ Para David Rock (1977: 234-242), el tema del monopolio estatal de los recursos petroleros parecía ofrecerle al yrigoyenismo una solución a largo plazo al cada vez más crítico problema de las clases medias dependientes urbanas, núcleo de su respaldo popular. Para Rock, “por primera vez los yrigoyenistas tenían algo concreto en que basar su campaña, más allá de la vaga defensa de la ‘democracia’ y la ‘Constitución’”. Un marcado anti-norteamericanismo se fue apoderando de ellos, convirtiéndose en estandarte fundamental de su campaña; en opinión de Rock, por esa vía podían inflamar su retórica sin oponerse a los intereses de los grandes exportadores ni del capital británico. Esta línea argumentativa, que por cierto no es exclusiva de Rock, suele desembocar en la puesta de relieve de la orientación probritánica del acuerdo Oyhanarte-D’Abernon.

¹¹ El conflicto entre las provincias del Noroeste –seriamente afectadas por entonces a raíz de la crisis del nitrato- y el Estado nacional por el control del petróleo ha sido estudiado por Orieta Favaro y Marta Morinelli (1991: esp. cap. IV). Las autoras señalan que Joaquín Corbalán, gobernador de Salta entre 1925 y 1928, se identificó claramente con la Standard Oil. Véase también María Silvia Fleitas (op. cit.: 214 ss.); destaca Fleitas que las medidas tomadas por Villafañe no fueron idénticas a las de Corbalán; aquél no llegó tan lejos como éste en su determinación de anular el decreto de reserva a favor de YPF.

¹² Hasta donde sé, el primer escrito en el que Villafañe ensayó una defensa de su actuación en política energética data de 1926 y forma parte de la recopilación documental titulada *La verdad sobre la cuestión petrolífera de Jujuy*, dada a conocer por él mismo en 1926; se trata, en concreto, de una carta suya al ministro del Interior, en la que responde acusaciones formuladas por Mosconi, director de YPF; para una sinopsis de los argumentos de Villafañe, véase más adelante la nota 31. En términos generales, el folleto constituye una fuente de interés para adentrarse en las vicisitudes del conflicto. Más tarde, Villafañe insistió sobre el particular en numerosas intervenciones suyas.

¹³ A este respecto pueden verse C.A. Mayo, O.R. Andino y F. García Molina (1976) y F. García Molina y C. A. Mayo (1985). En la primera de esas dos contribuciones (pp. 155ss.), escriben: “La ligereza del Departamento de Estado al aceptar, sin más, las afirmaciones de la Standard Oil [sobre su no participación en el golpe, A. K.] revelan que no deseaba, ni creía conveniente profundizar la espinosa cuestión. Lo cierto es que la relación entre el golpe del 6 de septiembre y los intereses extranjeros fue mucho más amplia y compleja de lo que puede creerse a primera vista. En principio, no cabe la menor duda que los intereses extranjeros y norteamericanos en especial vieron con alivio la caída de Yrigoyen y ofrecieron su respaldo al nuevo régimen (...) Con mayor razón aún cabe afirmar que la caída de Yrigoyen favoreció a los intereses petroleros. El derrocamiento del gobierno radical y el alejamiento de Mosconi implicaban la liquidación del programa de nacionalización y monopolio estatal del petróleo en la Argentina. Era cosa sabida que el nuevo régimen enterraría la cuestión. No es casual que los primeros en manifestarlo fueran los propios círculos petroleros (...) Pero la certidumbre que pusieron de manifiesto las compañías no provenía simplemente de los discursos oficiales. Se ha señalado una y otra vez que la clave estaba en que el nuevo régimen flotaba en una densa capa de petróleo. Nunca habían tenido las compañías voceros tan encumbrados y directos en las esferas gubernamentales argentinas como ahora. El gabinete de Uriburu parecía el directorio local de una empresa

el más o menos evidente acomodamiento de las alianzas entre las oligarquías regionales que ese acontecimiento vino a suscitar.¹⁴ No es posible aquí tratar con mayor detalle este conjunto de cuestiones ni, menos aún, examinar las polémicas historiográficas que de ellas fueron derivándose; sólo me interesa resaltar que no ha de descartarse que las acusaciones dirigidas a Villafañe desde las filas yrigoyenistas tuvieran un componente político específico y hasta personal, habida cuenta de su enemistad, previa y creciente, con esa fracción política. Como veremos luego con mayor detalle, en su defensa, sobre la que insistiría con recurrencia en escritos de ese tiempo y posteriores, Villafañe sostuvo que la posición yrigoyenista respecto del problema del petróleo expresaba una concepción unitaria, demagógica y anticonstitucional acerca del manejo de las riquezas del país y, además, que las acusaciones que ponían en cuestión su desempeño eran calumniosas y políticamente interesadas. Como fácilmente puede advertirse, aludía así a los elementos tercero y cuarto consignados líneas atrás, es decir, cuestionaba el centralismo del Ejecutivo y su tendencia a avasallar las autonomías provinciales a la vez que se declaraba “inocente” de haber violado la ley; aludía también, en parte y más indirectamente, al segundo de los elementos referidos, en la medida que no dejaba de insinuar el carácter retórico del nacionalismo económico yrigoyenista. Tal vez no resulte ocioso recordar aquí que, a causa de la polémica que se generó en torno a este asunto, Villafañe estuvo a punto de batirse a duelo con los generales Mosconi y Baldrich.¹⁵ Todavía en 1944, cuando era miembro del directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), seguiría insistiendo en el carácter calumnioso y políticamente interesado de las acusaciones de que había sido objeto, y en el hecho de que nadie había podido ofrecer jamás prueba alguna que pusiera en duda la honestidad y la transparencia de su gestión al frente de la provincia de Jujuy. Más allá de esto, lo que en verdad importa retener de este breve repaso es evitar ver en Villafañe un “vendepatria”; lejos de ello, el asunto petrolero en su conjunto, tal y como se planteó en el corazón de los años veinte, debiera llevarnos a visualizar otras cuestiones más complejas, como por ejemplo la que concierne a la búsqueda e implementación de vías de desarrollo alternativas para aquellas regiones no tan claramente favorecidas por el “progreso argentino”.

multinacional (...) Pero cabe señalar, aunque el cuadro se complique, que ninguno de ellos representaba exclusivamente intereses petroleros.”

¹⁴ Favaro y Morinelli (op. cit.) llaman la atención, también, sobre el hecho de que Robustiano Patrón Costas, miembro prominente de la oligarquía salteña, fuera designado presidente del Partido Demócrata Nacional al conformarse éste en 1931. Recordemos que el Partido Demócrata fue el antecedente directo de la Concordancia que llevó al poder al Gral. Agustín P. Justo al año siguiente. En el “Prólogo” a ese mismo volumen, Waldo Ansaldi puntualiza que Matías Sánchez Sorondo –primer ministro del Interior de Uruburuera consejero legal de la compañía de Rockefeller. Por lo demás, Favaro y Morinelli concluyen destacando que la sanción de la ley 12161 (1935) marcó el triunfo de la posición de las provincias del Norte en lo que respecta a la política petrolera.

¹⁵ En *La región de los parias* (pp. 85-94) Villafañe transcribe los documentos vinculados a estas situaciones. Allí pueden apreciarse los malentendidos y acusaciones que llevaron a ellas así como el modo en que finalmente se resolvieron.

Previsiblemente, en torno a 1930 encontramos a Villafañe apoyando de manera abierta el golpe de Estado que puso fin a la segunda presidencia de Yrigoyen así como también los primeros pasos del gobierno provisional del Gral. José Félix Uriburu. María Silvia Fleitas (op. cit.: 15ss.) deja constancia de la integración de Villafañe al Partido Popular jujeño, adherido a la Federación Democrática Nacional, así como de su afiliación a la Legión de Mayo y a la Legión Cívica, cuyo Consejo Directivo a nivel local presidió. Mario Nascimbene (op. cit.: 25ss.) pone de relieve la fugacidad de la aproximación de Villafañe a los núcleos de la derecha nacionalista de ese tiempo, llamando la atención sobre una serie de divergencias ideológicas de fondo que encontrarían explicación en cuestiones temperamentales y, sobre todo, generacionales.¹⁶ Durante la presidencia de Uriburu, Villafañe formó parte del Directorio del Banco Hipotecario Nacional. Según Nascimbene (op. cit.: 22), Villafañe acabó decepcionándose de la experiencia uriburista, en la medida que ella no fue capaz de avanzar en una reforma de la Constitución Nacional opuesta al sufragio universal ni de impulsar modificaciones de corte corporativizante.¹⁷ Si es cierto que hubo decepción, también lo es que Villafañe jamás cuestionaría la figura de Uriburu, sino que tendería a responsabilizar a su entorno de los límites y del fracaso final de la experiencia.

Entre 1932 y 1941 Villafañe se desempeñó como Senador Nacional; en 1942 pasó a integrar el Directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). En esos años dio a conocer varias obras, de las que mencionaré sólo algunas: La región de los parias (1932); Hora oscura, la ofensiva radical-extremista contra la sociedad argentina (1935); La ley suicida (¿1936?); Chusmocracia (la chusma no está en las masas sino en quienes las explotan) (1937); Cosas de nuestra tierra (1939); La tragedia argentina (1943); El destino de Sud América (1944). En ese conjunto de trabajos cabe identificar varios impulsos, que en parte desarrollan aspectos ya presentes en sus elaboraciones precedentes y en parte testimonian giros nuevos y hasta sorprendidos. No resulta excesivo sostener que en los años treinta Villafañe profundiza sus disposiciones digamos reaccionarias –básicamente en dos direcciones: cuestionamientos a la ley Sáenz Peña (la ley “suicida”) en nombre de la necesidad de una representación de índole corporativa y cultivo del tópico de la inminencia de una “guerra social” protagonizada por los comunistas-, a la vez que amplifica sus embates contra el papel negativo de los grandes consorcios internacionales y de aquella franja de los

¹⁶ Sin embargo, como puede apreciarse en su libro *Hora oscura* y en otras aportaciones suyas, Villafañe mantuvo vínculos sostenidos con los periódicos *La Fronda* y *Bandera Argentina*, así como estrecha amistad con J. E. Carulla y J. L. Torres. En cierto pasaje llama a Enrique Udaondo “pontífice máximo del nacionalismo.”

¹⁷ En un discurso pronunciado en el Senado en 1936, y transcrito en *Chusmocracia*, sentenció Villafañe: “A los pocos días de la revolución, el general Uriburu me dispensó el honor de preguntarme en una conversación íntima lo que pensaba acerca de los problemas del momento. Le dije: ‘Primero, reformar la Constitución y la Ley Sáenz Peña, y segundo, dictar un decreto diciendo que hay comicios para todos, menos para el partido

sectores predominantes locales que él juzgaba en colusión con ellos; esta ampliación de sus disposiciones críticas alcanza su clímax en *La tragedia argentina* y en ciertas secciones de *El destino de Sud América*; en esta última obra es dable apreciar un alineamiento dentro del cauce ideológico que podríamos designar como latinoamericanista, particularmente por la vía del antiimperialismo antinorteamericano, y donde no faltan referencias a José Enrique Rodó, Juan Zorrilla de San Martín e, incluso, Augusto César Sandino. Desde luego que en el caso de Villafañe este singular deslizamiento se vincula estrechamente con la presión diplomática que entonces ejercían los Estados Unidos sobre la Argentina a raíz de la neutralidad del país en la Segunda Guerra Mundial; es menester considerar, empero, otro importante factor: en el último tramo de la década del treinta Villafañe había alcanzado notoriedad pública a raíz de sus denuncias de escándalos y negociados en los que estuvieron involucrados altos funcionarios del gobierno; poco después, Villafañe reunió los documentos ligados a esos avatares en el volumen *La tragedia argentina*. Su principal informante en todo ese tiempo fue el periodista José Luis Torres, el mismo que, hasta donde sé, acuñó la célebre expresión “década infame” para designar al entero período.¹⁸ En la quinta sección del capítulo argumentará que la creciente disposición antiimperialista villafañana se liga, al menos en parte, a esa experiencia de averiguaciones, denuncias y polémicas.

Es interesante constatar también que la profundización de las disposiciones reaccionarias villafañanas se articula con el despliegue de una mirada ¿crecientemente? decadentista sobre la historia del mundo, leída en clave moral y, agregaría, católica,¹⁹ que no deja sin embargo de tributar, de un modo obviamente problemático y

que ha pervertido al pueblo, violado la Constitución y llevado al desastre moral y material a la Nación.” (tomado de Fleitas: op. cit.: 22n).

¹⁸ Los negociados y escándalos referidos en *La tragedia argentina* son los siguientes: el de la CHADE, el de la Corporación de Transportes de Buenos Aires, el del puerto de Rosario, el de la apropiación ilegal de minas por parte de un gobernador de Jujuy y el de las tierras de El Palomar. La bibliografía sobre la “década infame” es copiosa; menciono al pasar: José Luis Torres (1973 [¿1944?]); AAVV (1969); Gerardo Bra (1989); para una mirada distinta, por apologética de los lineamientos generales de la política seguida en el período, Carlos Aguinaga y Roberto Azaretto (1992); para una aproximación más reciente, Tulio Halperín (2004).

¹⁹ Como indica Nascimbene (op. cit.: 33ss.), las “influencias” intelectuales más notorias en ese período son fundamentalmente francesas: a las críticas de Renan, Taine y Barrés al liberalismo y al sufragio universal hay que sumar las formuladas por A. France, G. Le Bon, A. Carrel y la prédica de *L’Action Francaise*; a todos ellos hay que sumar a Carlyle, H.G. Wells, O. Spengler... y, en la Argentina, a Alejandro Bunge y Leopoldo Lugones. En lo que difiere de Nascimbene es en su énfasis (pp. 26; 47-48; 64-66) en el supuesto carácter laico y anti-clerical de las elaboraciones villafañanas correspondientes a esta fase; en el cuerpo del capítulo vuelvo sobre esta faceta, a mi modo de ver decisiva. Adelanto: en mi opinión, al examinar los cuestionamientos, parciales y desgarrados pero de todos modos profundos, del Villafañe de los años treinta a la tradición liberal-civilizatoria argentina y a la modalidad de relación con el tiempo que ella alberga, no parece conveniente omitir la puesta de relieve de una dimensión moral, a la que subyacen indudablemente motivos de raíz religiosa, en particular, católica. No niega Nascimbene la religiosidad de Villafañe, pero resalta, basándose en la autoconfesión formulada por el político jujeño en *Hora obscura*, que éste llega a la religión por sus preocupaciones sociales y políticas. Por mi parte, más allá de la plausibilidad evidente de esta última interpretación, pienso que el viraje villafañano hacia posiciones deístas y cristianas no debe verse como una contingencia menor en su itinerario intelectual, sino como un deslizamiento que contiene claves de

desgarrado, a la tradición liberal-civilizatoria argentina: entre otras cosas, Villafañe jamás abandonaría su antirrosismo ni su urquicísimo. En el seno de tan peculiar mixtura simbólica, cuyo difícilmente clasificable “resultado” parece deber más a la irreverencia combinatoria que al respeto literal de las eventuales fuentes de inspiración, el político jujeño tendió crecientemente a visualizar en los Estados Unidos la condensación de unos males asociados a una variante específica de modernidad que, para ese tiempo, parecía disgustarle profundamente. Como veremos en el capítulo V, pocos años después el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada transitaría una senda análoga de creciente antinorteamericanismo y de universalización de las disposiciones críticas.

Mario Nascimbene (op. cit.: 24; 70ss.) sugiere que algunas de las obras de Villafañe recién referidas pudieron haber influido sobre el Grupo de Oficiales Unidos (GOU); insinúa, también, un paralelismo entre las concepciones políticas de Villafañe y las de Manuel Fresco, anotando que ambas figuras podrían en cierta manera considerarse “precursoras” del peronismo. Más allá de eso, las fuentes consultadas no permiten discernir con exactitud cuál fue la posición de Villafañe frente a este fenómeno. Retirado de la vida política hacia 1943 por razones de salud, dio a conocer todavía dos obras en sus años postreros: Motivos de la selva y la montaña (1952) y Las mujeres de antaño en el Norte Argentino (1953, póstumo); sin embargo, en esas páginas no aborda aspecto alguno de la política del momento, sino que opta por recostarse sobre evocaciones de corte nostálgico. Desde luego, sería de enorme interés conocer el modo en que Villafañe valoró al peronismo, en especial porque, si bien por un lado algunos de los impulsos ideológicos presentes en La tragedia argentina y en El destino de Sud América empalman con motivos característicos del entramado discursivo peronista, por el otro ciertos rasgos de su pensamiento indudablemente vigentes en los primeros años de la década del cuarenta, así como las peculiares alternativas de la política jujeña de esos años, debieran haberlo llevado a mantener insalvables distancia y prevención frente al emergente movimiento y su carismático líder.²⁰ Benjamín Villafañe falleció en Buenos Aires, en 1952.

importancia para comprender de manera adecuada su prédica de entonces y las valoraciones últimas sobre las que ella se apoya. Anoto al pasar que un librero jujeño me comentó que tenía en su poder un documento que probaba que, hacia principios de siglo, Villafañe era masón; no me resultó posible corroborar el comentario. Fuera de eso, en lo que coincido plenamente con Nascimbene es en su énfasis en la índole tortuosa de la superposición, en el Villafañe de los años treinta y cuarenta, de motivos liberales y posliberales, así como en su insinuación según la cual no conviene ver en ello sólo una limitación, sino un rasgo de relativa originalidad del pensamiento del político jujeño (p. 36).

²⁰ En su estudio sobre los orígenes del peronismo jujeño, Adriana Kindgard (2001) muestra que en esa provincia el aporte más significativo al movimiento emergente provino del yrigoyenismo local, liderado por Miguel A. Tanco. Cabe recordar que Tanco fue el candidato perdedor en las elecciones de 1924 y que era gobernador de la provincia cuando tuvo lugar el golpe de Uriburu. Entre otras cosas, el estudio de Kindgard enseña que, a diferencia de lo sucedido en otros contextos, el aporte conservador al peronismo local fue prácticamente inexistente; enseña, también, que el proceso abierto en 1943 y consolidado en las elecciones de febrero de 1946 (en Jujuy triunfó el tanquista Iturbe) supuso un conflicto entre el poder político provincial y

A esta altura debe haber quedado claro que Benjamín Villafañe fue un verdadero especialista en nombrar los males del país. Con la parcial excepción de sus dos libros postreros, desde Nuestros males y sus causas hasta El destino de Sud América el núcleo de todas sus intervenciones discursivas –conferencias, discursos, folletos, libros- estuvo invariablemente atravesado por esa dimensión hipercrítica; como veremos, tal afán no tendió a quedar articulado con un único dispositivo explicativo ni con una idea unívoca del tiempo histórico argentino; ambos aspectos deben considerarse con detenimiento, obra tras obra. Es posible advertir, empero, una serie de constantes, como por ejemplo sus disposiciones elitistas, su antirygoyenismo visceral, su denuncia del papel de Buenos Aires y del Litoral, su reivindicación de los intereses de las provincias desfavorecidas en nombre de un federalismo genuino que no deja de recordar los señalamientos alberdianos (autor al que, sin embargo, prácticamente no cita); en estrecha relación con ello, su antirrosismo y su urquicismo. En el marco del presente estudio es importante advertir que la prédica de Villafañe presenta semejanzas notables con la del Lugones jerárquico. Enumeremos: antirygoyenismo visceral y, al menos desde 1928-1930, posición contraria al sufragio universal y valoración positiva del Ejército y del papel de la espada en la historia; además, algo que importa mucho aquí, el cultivo sistemático de la figura de la encrucijada fatal como imagen predilecta para captar lo decisivo del presente de la enunciación y sus inmediaciones... Hay, con todo, diferencias muy notorias: los ritmos de los desplazamientos no fueron exactamente los mismos; tampoco lo fue el contenido “final” de las elaboraciones de ellos derivadas; por lo demás, hay razones para dudar de que, de haber proseguido su despliegue, las aportaciones lugonianas siguieran efectivamente un curso similar al tomado por las de Villafañe después de, digamos, 1935; me refiero fundamentalmente a las derivas decadentistas y antimodernas del Villafañe de esos años, formuladas en clave moral y deísta: si hubo algo de eso en Lugones, no alcanzó a expresarse bajo la forma de una visión relativamente integral de la historia; incluso considerando su posible conversión final al catolicismo, las contribuciones postreras del poeta difícilmente dejan entrever eventuales desarrollos latinoamericanistas, antiimperialistas o antinorteamericanos...

los grandes intereses azucareros, hasta entonces prácticamente confundidos. De este conjunto de señalamientos se desprende que una eventual “peronización” de Villafañe habría tenido consecuencias políticas y simbólicas de muy difícil, por no decir imposible, resolución. Por lo demás, y en un orden distinto de reflexiones, podemos preguntarnos si un temperamento tan proclive a la tematización del mal como lo era el de Villafañe habría podido convertirse en promotor intelectual de algún régimen “realmente existente” o algo así.

1. Hacia un antiyrigoyenismo abierto

Nuestros males y sus causas (1919), primer libro de Villafañe, recoge buena parte de su experiencia como presidente del Consejo General de Educación de Jujuy, durante el período correspondiente a la gobernación del radical Horacio Carrillo. Como sucedería prácticamente con todas sus obras, *Nuestros males...* no es un volumen unitario, sino un compuesto heterogéneo de discursos, conferencias y aportaciones breves elaborados en circunstancias disímiles y dirigidos a auditorios no menos diversos. En sus páginas el diagnóstico sobre la situación del país es negativo; ya en los primeros pasajes aparecen imágenes orientadas en tal dirección: “asistimos a una de las encrucijadas más difíciles de nuestra historia (...); [un pueblo nuevo, cuyas hojas aparecen marchitas antes de la época de las flores y de los frutos], con la savia enferma desde las raíces hondas hasta la copa que baña el sol.” Más adelante: “bogamos sin derrotero en mares de bruma y misterio, sin poder salvar atolondrados y perdidos, el Cabo de las Tempestades.” (p. 50) Más hacia el final, revelando el impacto de la Gran Guerra y dando paso a consideraciones de más amplio alcance:

...la nación atraviesa como parte de la familia humana, por uno de los instantes más difíciles de su vida, como que se juega en estos momentos la suerte del mundo, y corren peligro de sucumbir y sucumben nacionalidades y quién sabe si hasta civilizaciones (...) ¡Qué no se requerirá en estos momentos en que todo el pasado se quiebra en furioso vendaval y es menester adelantarse al tiempo para no sucumbir entre el polvo y el humo de todos los escombros! (*Nuestros males y sus causas*: 150)

Poco más adelante, en una dirección que en cierto modo prefigura la prédica del Lugones jerárquico: “Nos debilitamos por dentro, mientras vivimos rodeados de enemigos por fuera. Entre tanto, los que debieran estar despiertos, viven en tranquila catalepsia.” (p. 164) Es claro que, aparte de destacar algunos logros puntuales de su gestión, este primer libro de Villafañe no destila optimismo ni celebra nada. Cabe entonces examinar con algún detenimiento su contenido.

A los ojos del Villafañe de fines de los años diez, entre los principales problemas argentinos se cuentan la falta de obras de irrigación, la persistencia del latifundio, la ausencia de créditos para los pequeños agricultores, la falta de orientación práctica de la educación, la tuberculosis, el paludismo crónico, la indiferencia y el egoísmo de los ricos (en particular de los ricos porteños), el crecimiento desproporcionado de la ciudad de Buenos Aires, la relajación de los vínculos de la nacionalidad, las perspectivas de una guerra social... No es algo que pueda

afirmarse con absoluta certeza, pero da la impresión de que los tres últimos motivos aparecen con más fuerza en aquellas contribuciones elaboradas en una fecha más próxima a la de la edición de la obra y, por tal razón, más notoriamente marcadas por la creciente conflictividad social que desembocó en los sucesos de la Semana Trágica.

En cuanto al modo en que Villafañe da cuenta de tan desoladora situación, es posible identificar dos impulsos principales. De un lado, se detecta una tendencia a diluir las responsabilidades vía el recurso de atribuir los referidos males no al accionar de un hombre o de un partido concreto, sino a un “cúmulo de factores”; en particular, a la vigencia de una educación mal encaminada y deficiente por “impráctica”; con señalamientos como el último, Villafañe se sitúa a sabiendas en la línea de O. Magnasco y de C. Saavedra Lamas, siendo telón de fondo de sus posiciones el ideario alberdiano. Del otro, se verifica una propensión a responsabilizar de las patologías y desequilibrios nacionales a las “malas administraciones” que se habrían sucedido desde el ochenta hasta prácticamente el presente de la enunciación; por medio de estas puntualizaciones, Villafañe prolonga sus antiguas disposiciones antiroquistas a la vez que emprende un distanciamiento todavía no muy pronunciado respecto de Yrigoyen; tiempo después compararía a los dos caudillos, en un paralelo doblemente condenatorio que sin embargo favorecería en términos relativos al primero; más tarde aún, terminaría reivindicando más abiertamente la figura de Roca. Por el momento, su pluma se contiene en rara y casi profética tensión:

Cuando oigo hablar a los conservadores de ‘horda radical’, pienso que la existencia de tales hordas en el país, son el argumento de más peso que pueden esgrimir sus adversarios para enrostrarles la razón de la pérdida del gobierno que lamentan, ya que en un cuarto de siglo no supieron civilizar esas ‘hordas’. No tienen de qué quejarse, pues, ya que la penitencia es consecuencia exclusiva de su culpa. Por su parte, los radicales, están reincidiendo en la falta y si persisten en el descuido, ellos a su turno se quejarán mañana de la ‘horda’ socialista o anarquista. (*Nuestros males y sus causas*: 64-65)

Por una parte, el cuestionamiento a los conservadores es más fuerte que la crítica al radicalismo; por el otro, el juicio sobre el último parece estar, todavía, abierto. Esta constatación no debe eclipsar el hecho de que en *Nuestros males...* despunta ya un visible malestar frente al personalismo y la facciosidad detectados en las propias filas radicales; en el *Comentario preliminar* puse a consideración del lector un extenso pasaje orientado en ese sentido y que a mi modo de ver contiene una clave posible para situar con alguna precisión el inicio de

la animosidad de Villafañe hacia Yrigoyen; más allá de eso, parece adecuado sostener que para 1919 no se había registrado aún una ruptura plena ni una colisión frontal entre ambas figuras.

En contraste, en el volumen titulado *Yrigoyen, el último dictador* (1922), el abismo es insalvable y el tono de enjundiosa diatriba.²¹ Como indiqué, es muy probable que entre las razones que propiciaron el quiebre deban contarse, además del impacto de la Semana Trágica, el incidente de 1921 a la salida del parlamento, los sucesos provinciales que llevaron al aislamiento político del gobernador Mateo Córdova, así como también la crucial cuestión del azúcar. Reseñemos los trazos principales de *Yrigoyen, el último dictador*, poniendo de relieve los elementos que más importan a los fines del estudio. Una diferencia notable entre *Yrigoyen...* y *Nuestros males...* es el tono, ahora constante e intensamente encendido:

El espectáculo que ofrece el país en estos momentos, no puede menos que arrancar un grito de dolor al corazón de todo buen ciudadano. Sobre el montón de escombros materiales y morales que hoy se llama el pueblo argentino, asienta su planta con desprecio y gesto olímpicos, el gobernante más subalterno que le ha cabido en suerte. La Constitución Nacional, fruto de la sangre y lágrimas de cien años de lucha, ha sido suplantada por el capricho del mandón. (*Yrigoyen, el último dictador*: 7)

Las críticas al presidente Yrigoyen, que estaba a punto de dejar el cargo, son ahora frontales y durísimas; sin embargo, no se advierte aún, en este tiempo, un cuestionamiento abierto a la ley Sáenz Peña; más bien, sobre el telón de fondo del desconcierto y la perplejidad que suscitan en su espíritu la comedia, la burla y la simulación eventualmente orquestadas por el caudillo, sucede lo contrario; en efecto, y preanunciando paradójicamente, de alguna manera, su ulterior derrotero ideológico, el Villafañe de 1922 llega a advertir que frente a “la magnitud de los daños morales y materiales que el señor Yrigoyen ha irrogado a la república”, los ciudadanos que aman al país llegan incluso a renegar, *equivocadamente*, de la ley Sáenz Peña, que es “la conquista más trascendental alcanzada por el pueblo argentino en los últimos sesenta años.” (p. 14) Sin embargo, páginas después, considerando la perspectiva de una permanencia del caudillo en la presidencia, no vacila en deslizar esta sentencia inquietante: “El señor Yrigoyen sólo *forzado* por los acontecimientos entregará el mando...” (p. 52; mis cursivas) Vale la pena consignar que en torno a este punto Villafañe realiza simultáneamente dos operaciones

²¹ Por declaraciones del propio Villafañe sabemos que el libro se terminó de escribir el 3 de febrero de 1922, aniversario de la batalla de Caseros; sería seguido de un segundo tomo, que vería la luz “según el giro que tomen los acontecimientos políticos.” (p. 3) Como sabemos, esa segunda parte aparecería, una vez finalizado el interludio alveariano, bajo el título de *Degenerados*.

complementarias; de un lado, afirma que para 1912 el pueblo argentino estaba capacitado para hacer uso de la flamante ley electoral; del otro, argumenta que el triunfo radical de 1916 fue previsible, dadas las características negativas de los mandatarios precedentes a cuya política el pueblo resistió, escogiendo justamente a quien parecía representar propiedades contrarias.

Hasta aquí se aprecia, de nuevo, una valoración claramente negativa del período 1880-1916,²² así como una renuencia a adentrarse en las sendas de una puesta en cuestión del valor de la ley Sáenz Peña; se registra, también, una valoración relativamente positiva del pueblo argentino. Ahora bien, desde el punto de vista del Villafañe de 1922, ese mismo pueblo capacitado y resistente arrastra graves males de origen, defectos étnicos y de educación, agravados por una serie de factores, a saber, la degradación del indio a causa del exceso de trabajo, la mala alimentación, el alcohol y las endemias originarias e importadas; por la disolución moral de la población blanca en los siglos de la colonia; por el feudalismo generado por la legislación española y su sistema de colonización... Retomando motivos que ya hemos visto despuntar en Sarmiento, en Mitre, en varios de los positivistas y en Ayarragaray, y que volveremos a encontrar, más adelante, en Martínez Estrada, escribe:

El indio, el negro, el mestizo y el mulato que formaban el 80% de la población del virreynato del Río de la Plata, sin propiedad, sin familia, sin arte ni industrias, sin religión ni moralidad, debía formar un sedimento social sin arraigo, arenas sin cohesión de un medanal humano que lo mismo iría en pos de los ejércitos de la emancipación que en los de la montonera, sirviendo de pedestal a los héroes como de arma a los tiranos. (*Yrigoyen, el último dictador*: 30)

Para agregar enseguida:

Se equivocaría quien creyera que lo dicho sobre España y la sangre argentina, importa renegar de mi estirpe: me siento orgulloso de ella. Estoy convencido de que la

²² Varias páginas más adelante, escribe: “Estoy lejos de arrojar sobre el General Roca la responsabilidad de todo lo malo que ocurrió del año 1880 a esta parte. Debo repetir, que a pesar de haber combatido toda mi vida su política, reconozco en él a un hombre superior (...) Desde luego, como he dicho, es el hombre público más representativo de una época. La mala orientación de la enseñanza, en los Colegios y escuelas, dedicados en absoluto a nutrir el cerebro, descuidando el corazón, y el carácter, y sin llenar tampoco las necesidades materiales, fue factor decisivo en la corrupción colectiva y de los partidos. Agréguese a ello nuestros antecedentes de origen, que he estudiado antes y la influencia de la inmigración europea, que infiltrara en el ambiente el culto del interés y del egoísmo. El alma de la nacionalidad se transforma gradualmente del 80 en adelante como consecuencia de estos y otros factores (...) Así, los argentinos, por un proceso de eliminación gradual, van dejando su alma desnuda: vuelven a ser lo que fueron sus antepasados: mercaderes y aventureros como los soldados de Pedro de Mendoza y Juan de Garay (...) Por eso los argentinos hoy día, no son otra cosa que un pueblo de comerciantes.” (*Yrigoyen...*: 47-48)

superioridad tan decantada de los anglosajones, no tiene otro origen que su más acertada educación, sus ideas religiosas, su más alto grado de moralidad social, su comercio e industria. Los austriacos son en su gran mayoría de la misma raza que los alemanes y distan tanto de ellos en cultura y progreso como los españoles (...) La última guerra europea, acaba de poner de manifiesto que en el fondo, casi todos los pueblos que han tomado parte en la contienda, son tan bárbaros o más que los sudamericanos. Las fechorías de Facundo Quiroga y las de sus hermanos montoneros de Sud América, parecen travesuras de niños al lado de los actos vandálicos de los grandes generales europeos. (*Ibid*: 31)

La consideración de estos pasajes muestra la dificultad de condensar en una fórmula simple la explicación propuesta por Villafañe para dar cuenta de una situación que él juzga calamitosa; por lo demás, permite apreciar su tributación a sistemas de ideas de distinta raigambre e índole, así como tomar nota de ciertas valoraciones que no permanecerían iguales a sí mismas a lo largo de su itinerario, en particular, la incipiente anglofilia que asoma en el segundo de los pasajes transcritos.

Punto capital: en numerosas franjas textuales la iracundia del Villafañe de 1922 es formulada en clave regionalista, gravitando hacia la puesta de relieve de la denuncia sistemática del avasallamiento de las autonomías provinciales por parte del gobierno central, rasgo que, en su opinión, ya era visible en la época de Roca y aparece ahondado en la de Yrigoyen. Entre referencias a la decadencia ateniense según Tucídides y a la romana según Suetonio, refiere Villafañe “la entrega de las provincias a la voluntad de procónsules con nombre de Senadores.” (p. 43) Sin embargo, como adelanté líneas atrás, el paralelismo desplegado entre Roca e Yrigoyen favorece ahora, claramente, al primero:

El General Roca forma su círculo entre las clases cultas del país. Su error, consistió en no arraigar las prácticas de la vida democrática, pudiendo hacerlo. Indudablemente, no tenía fe en la capacidad del pueblo (...) El señor Yrigoyen, tan luego como llega al poder, imitando al general Roca, quiere formar su círculo y lo forma, pero no entre los intelectuales y los más capaces, sino en el bajo fondo y en el hampa. No exige ni antigüedad en el partido, ni inteligencia, ni carácter, ni preparación; quiere solo disciplina ciega, cabezas que se doblen sin protesta por duro que sea el trance de honor y conciencia a que se las someta. Su política no es otra cosa que el avatar o la revivencia (*sic*) de la de D. Manuel Rosas... (*Yrigoyen...*: 59)

La centralidad de la dimensión regional en la ruptura total de Villafañe respecto de Yrigoyen se aprecia de manera aún más clara en el corazón del volumen, donde se transcriben una carta abierta al gobernador de Salta, Joaquín Castellanos –el mismo que mantuviera un

intercambio epistolar con Lucas Ayarragaray-, y una conferencia pronunciada en la ciudad de Tucumán; ambas contribuciones tuvieron la finalidad explícita de apoyar y homenajear a Castellanos en su resistencia frente a los avances eventualmente desmedidos del poder nacional sobre la vida de las provincias.²³ La carta abierta, originalmente fechada en Buenos Aires el 2 de julio de 1921, aporta elementos cruciales para comprender de manera adecuada las razones puntuales de la animadversión de Villafañe hacia el presidente Yrigoyen, vinculándola con la decisiva cuestión del azúcar y con sucesos políticos locales al parecer a ella ligados. Apenas iniciada la carta, Villafañe le confiesa a Castellanos lo que sigue:

El año pasado [1920], después de algunos meses en la Cámara de Diputados respirando el ambiente político de esta capital, regresé a mi provincia con la más profunda decepción en el alma, me parecía haber vivido en contacto con un organismo descompuesto: un ejecutivo sin rumbo ni ideales, en el momento más delicado por el que ha atravesado y sigue atravesando el mundo y en consecuencia nosotros mismos; la Constitución nacional dejada de lado, como un estorbo, por el poder Ejecutivo; una Cámara ultrajada por ese mismo poder sin consideración a los amigos que la formaban, radicales en su gran mayoría; diputados insensibles o resignados al ultraje del propio jefe; *la sanción de leyes por la misma Cámara que significaban un desgarramiento de la Constitución como la célebre del azúcar*; y un Senado deprimido y humillado sin una protesta ante el ademán airado y amenazador del presidente, cual si temiera verse disuelto al primer pujo de altivez, cuando lo que le indicaba el patriotismo y la propia conveniencia era precisamente cuadrarse con resolución amparado en la ley, frente al magistrado que se había alzado con la Constitución. (“Carta abierta”, en *Yrigoyen...*: 65; mis cursivas)

Una página después, en pasaje de importancia capital, continúa:

Fue a poco de mi regreso a Jujuy, que encontrándome en las termas de Reyes, enfermo de cuerpo y alma, leí en un diario de Tucumán su propósito de formar una “Liga del Norte”. La noticia me produjo la más viva impresión. *Acababa de ser ultrajado el gobierno de Jujuy por el ministro del Interior, valiéndose de un pretexto vergonzoso; y a renglón seguido asaltaron la policía fuerzas nacionales, asesinando alevosamente a algunos desgraciados. La causa verdadera de todo, no era otra que la de que se quería, entregar el gobierno de la provincia al señor ministro de Instrucción Pública, Dr. Salinas, que lo perseguía desde tres años atrás para distribuir en la forma que acaba de hacerlo. Además, el gobierno de Jujuy de entonces, que había nacido como el de Salta con el pecado original de ser democrático y genuina expresión de la voluntad del pueblo, tenía en esos momentos en su contra la agravante de la cólera que provocara el voto de sus representantes en la Cámara en la cuestión del azúcar, pues habíanse negado a la insinuación superior de clavar el puñal*

²³ En el mismo sentido ha de considerarse las sesiones parlamentarias transcritas en la parte final del volumen, muy en particular las del 13 de marzo y del 28 de septiembre de 1921 (pp. 298-307 y 315-327, respectivamente).

por la espalda al pueblo que representaban en holocausto a los intereses electorales del señor presidente de la República. (Íbid: 66; mis cursivas)

No es éste el lugar para tratar en detalle la cuestión del azúcar²⁴ ni, menos aún, las complejas alternativas políticas del Noroeste; sin embargo, lo consignado parece suficiente para despejar, aunque más no sea en parte, las razones de la colisión entre Villafañe e Yrigoyen, que en los estudios existentes me ha parecido ligeramente antedatada. Al parecer, son los acontecimientos de 1920-1921 los que hacen estallar unos nudos de tensión efectivamente presentes aunque hasta entonces contenidos.²⁵ Una vez más, de esto no ha de derivarse, apresuradamente, la imagen de un Villafañe “servidor incondicional” de los intereses azucareros; como sabemos, más acá de eso, hay el problema del financiamiento de una economía como la jujeña de entonces, a la que evidentemente no le sobraban recursos ni opciones;²⁶ más allá, asoman las consideraciones electorales en el tratamiento del tema de los costos internos, la voracidad fiscal del gobierno nacional, la dimensión regional del problema distributivo, el contraste entre la eventual prosperidad del Litoral y el atraso del Interior...

²⁴ Véase *infra*, nota 4.

²⁵ Más adelante en el mismo volumen, se encuentra una “prueba” adicional a este respecto. Evoca Villafañe: “Cuando en junio de 1919, el Dr. Lisandro de la Torre, publicó su famosa carta sobre la vida política del Sr. Hipólito Yrigoyen, la leí en voz alta en un círculo de amigos, y al terminar, uno de ellos dijo: ‘Afirma tales enormidades, que nadie las puede creer: cuando el trabuco se carga con exceso, revienta en la mano del que lo maneja, y es lo que le ha ocurrido al Dr. de la Torre’. *Confieso que en parte, esa fue también mi impresión; pensé que en las afirmaciones más graves podía haber mucho del calor de la pasión. Pero cuando ví cerrar los ojos al Sr. Yrigoyen, en asuntos tan graves como los de su Ministro Salaberry, cuando lo vi entregar la suerte y los destinos de una provincia como la de Jujuy a un reo de la justicia del crimen, a sabiendas; atropellar su policía con las fuerzas del ejército y ultrajar a un gobernador por el hecho de destituir un empleado subalterno que disponía como propios de los dineros del pueblo, recordé las afirmaciones del Dr. de la Torre y pensé que sin duda debían ser exactas, en toda su amplitud.*” (Yrigoyen...: 109; mis cursivas) En *El yrigoyenismo* (1927), Villafañe evoca: “Cuando el año 1921 me opuse en la Cámara a la sanción del proyecto del Poder Ejecutivo, sobre confiscación al azúcar, un diario yrigoyenista me atacó rudamente, diciendo que yo había traficado con los célebres permisos de exportación. Acusé al diario ante la justicia de la Capital Federal. Se presentó como autor responsable un profesor de matemáticas del Colegio Nacional, español de nacionalidad, que al salir de la audiencia de conciliación, dijo a mis abogados, doctores López Mañam y Terán, que el diputado Villafañe, iba a darse con la frente en una peña, porque el verdadero autor era un alto personaje hasta el que no llegaría nunca la justicia. Así sucedió en efecto.” (pp. 42-43)

²⁶ Como señala Adriana Kindgard (2001: 46-47): “...el poderío económico de los ingenios tendría su correlato en un progresivo avasallamiento de la autonomía estatal bajo la forma inicial de una escandalosa dependencia financiera, a la que no lograron sustraerse ni los más contestatarios gobiernos radicales. A la importante gravitación de los impuestos aplicados a la agroindustria en la conformación del presupuesto provincial, vino a sumarse la recurrente práctica de contratar empréstitos con las compañías azucareras, convirtiéndolas en acreedoras del Estado.” El propio estudio de Kindgard advierte sobre los riesgos de derivar alegremente extrapolaciones ligeras a partir de esta línea de argumentación: hacia 1940 la provincia todavía mostraba graves deficiencias en la cobertura oficial de materias básicas como salud y educación; resulta claro que la dependencia respecto del azúcar no había dado los resultados esperados y que en la defensa de los intereses ligados a ello se combinaron, en proporciones variables, consideraciones políticamente realistas y coartadas retóricas.

2. Un puñal clavado en el corazón mismo de la patria

Como sabemos, durante su gestión al frente de la provincia de Jujuy, Villafañe fue uno de los principales impulsores de dos *Conferencias de Gobernadores* que tuvieron lugar en ese tiempo, una en Salta, la otra en La Rioja. Como derivados de esas conferencias, Villafañe dio a conocer tres libros: *El atraso del Interior* (1926), *La miseria de un país rico* (1927) y *Política económica suicida* (1927), el último anunciado como segunda parte del anterior. No carentes de rasgos específicos que enseguida procuraré poner de relieve, estas obras, a las que cabría agregar también *La región de los parias* (1932), abordan en lo medular una problemática que converge con ciertas demandas formuladas por las corporaciones entonces más propensas a explorar el horizonte de la diversificación económica, con los afanes industrialistas de buena parte de la sensibilidad militar de la época, y con la insistente prédica que desplegaban, en ese mismo sentido, figuras intelectuales del relieve de Alejandro Bunge y Leopoldo Lugones; demandas, afanes y prédica cuya filiación debiera buscarse, como mínimo, en las intervenciones de Vicente Fidel López, Carlos Pellegrini y varios otros durante los debates parlamentarios de la década de 1870.²⁷ En *El atraso del Interior*, *La miseria de un país rico* y *Política económica suicida*, Villafañe critica de manera implacable las doctrinas librecambistas a sus ojos vigentes y reclama con vigor inusitado una mayor y más consciente planificación económica, capaz de contemplar tanto la protección de las industrias nacionales como la búsqueda de un equilibrio productivo y fiscal entre las distintas regiones del país. La marcada insistencia sobre la cuestión regional dota a las elaboraciones de Villafañe de caracteres singulares aun dentro mismo de la corriente industrialista aludida. En efecto, como sabemos, uno de los rasgos que más singularizan a su pensamiento se liga a su condición de *hombre del Interior*, y ello no sólo por haber nacido a orillas del río Bermejo, sino especialmente por haber hecho tanto de la crítica al porteñismo de los sucesivos gobiernos nacionales como de la defensa de los intereses económicos de la región del noroeste ejes constantes de su prédica.²⁸

²⁷ En relación con este punto la referencia ineludible es José Carlos Chiaramonte (1986 [1971]).

²⁸ María Silvia Fleitas (1997: 249-253) sostiene que este rasgo distingue a Villafañe del resto de la clase política argentina de la época y, contrariamente a lo que sucede con otros aspectos de su pensamiento, es digno de ser recuperado. En palabras de la autora: "...su elitismo social y político no le impide expresar los requerimientos de una provincia y una región mantenidas en una situación marginal por las políticas centrales."

Hemos pues de examinar con atención los trazos principales del pensamiento económico villafañano. Ante todo, señalar que, desde su punto de vista, la aplicación dogmática de las doctrinas librecambistas tiene como consecuencia que la Argentina importe una enorme cantidad de productos que perfectamente podría producir por sí misma. A sus ojos, los productos fabricados entonces en la Argentina no estaban en condiciones de competir con sus similares de Brasil, Paraguay y otros lugares, donde “no había” ley de salario mínimo, ni jornada de ocho horas, ni asistencia social obligatoria a cargo de los productores. Para remediar tal situación Villafañe no propugna la derogación de esas disposiciones legales favorables a los trabajadores argentinos, sino todo lo contrario. Con insistencia señala que una protección aduanera eficaz, es decir, orientada no a ofrecer precios bajos a los consumidores, sino a defender el empleo nacional, contribuiría a “mantener a nuestra clase trabajadora en el estado de civilización que hoy enorgullece a la Argentina.” (*La miseria...*: 204) Uno tras otro refiere en estas páginas ejemplos de falta de fomento y de protección: azúcar, leña, madera, arroz, fruta, tabaco y, muy especialmente, siderurgia y metalurgia, áreas clave para alcanzar la ansiada emancipación económica. Asimismo, procura mostrar que los problemas de falta de planificación, trustificación y dependencia respecto de los especuladores internacionales también afectaban a las “industrias madres”, la agricultura y la ganadería. Contradictoriamente a lo que sostendría en muchos otros pasajes en los que, como veremos, tendería a alejarse rotundamente del tópico de la excepcionalidad del país, asegura ahora que éste, civilizado ya, no puede permitirse incurrir en el gravísimo error de buscar equiparar sus costos de producción con los de las selvas donde el obrero es un “semi-salvaje analfabeto”, aun atrapado “en la barbarie”. En sus palabras:

El dilema, señores libre-cambistas, es éste: o se deroga toda ley de protección a la clase obrera para que los productores argentinos puedan colocarse en igualdad de condiciones a los paraguayos y brasileros, o se impone a los productores extranjeros el mismo gravamen que a los argentinos. Si se llega a lo primero, habremos decretado la barbarie y miseria perpetua del hijo del país y desterrado la inmigración europea. (*Política económica suicida*: 83-84)

En opinión de Villafañe, las consecuencias negativas de esta política se vuelven todavía más evidentes al considerar proyecciones referidas a lapsos temporales más amplios: con el paso de los años, la falta de protección destruiría las industrias nacionales, generando problemas de empleo y, muy probablemente, alzas en los precios ya que, al dejar de existir la

competencia interna, el terreno quedaría despejado para la realización de distintos tipos de maniobras especulativas, en particular por parte de los grandes importadores. Más aun, desde su óptica, los problemas de empleo derivarían, de manera inexorable, en el resentimiento y el odio de clases, desbrozando así el camino para la expansión del comunismo y de todas las doctrinas demoleadoras que buscan “destruir la civilización”.

Ahora bien, para Villafañe, la vigencia del librecambismo encuentra explicación en las tácticas de politiquería de socialistas y radicales yrigoyenistas, obsesionados por adular a las “ciegas turbas electoras” de la Capital Federal, las cuales resultan favorecidas, en el corto plazo, con la posibilidad de acceder a productos importados a un precio más bajo al de los elaborados en el país; según esto, el problema económico vendría a depender de la dinámica política. Ciegas turbas electoras *de la Capital Federal*: aun una lectura superficial de los escritos de Villafañe no tardaría en advertir que, paralela al “horror a las masas”, se despliega una condena rotunda a la política porteña. Así vistas las cosas, las propensiones demagógicas de los políticos socialistas e yrigoyenistas no serían más que la expresión más o menos renovada de un conflicto de larga data entre el Interior y el Puerto. En un pasaje que recuerda notoriamente a Alberdi, escribe:

Toda la vida política y económica de la República Argentina, desde el primer día hasta hoy, no ha sido otra cosa que un conflicto de intereses entre la Capital de la República y las Provincias, entre los hombres de Buenos Aires que han querido imponer y casi siempre han impuesto su voluntad en política y que en el reparto del tesoro común, se han adjudicado y adjudican la parte del león, mientras sus hermanas o soportan con resignación musulmana la fatalidad del destino o resisten los más altivos hasta donde pueden, pidiendo las más de las veces, sin resultado, que no los dejen hambrientos y desnudos. (La miseria de un país rico: 28; mis cursivas)

De manera previsible, tan nítida oposición espacial halla articulación con un dispositivo axiológico, que incluso llega a gravitar hacia proposiciones de mayor alcance, de las que por otra parte parece depender: en una línea de reflexión de alguna manera emparentada con la que Joaquín V. González desplegara décadas atrás en *Mis montañas*, sostiene que mientras las grandes ciudades capitales forman hombres frívolos, enervados por la fortuna y los vicios, los pueblos mediterráneos, las ciudades “de segundo orden”, conservan adecuadamente la tradición, las sanas costumbres, la austeridad y la pureza de raza. Caracterización y axiología derivan a su vez en una serie de reclamos: las provincias pobres del Interior no sólo merecen un resarcimiento por tanta injusticia acumulada sino que, de allí en más, habrían de ser

protegidas por razones de humanitarismo, equidad y conveniencia general. Es que en las provincias pobres del Interior,

... a las que la Nación debe tanto como a las del litoral en la obra de alcanzar la emancipación y cimentar la cultura, prescindiendo de la deuda de honor que la posteridad tiene contraída para con ellas, es donde mejor se ha conservado el espíritu nacional. Aquí vive todavía el hidalgo de los primeros tiempos, sano de alma y de cuerpo: el hogar castellano, honrado, sencillo, virtuoso y romántico; el patriota que sueña todos los sueños del alma en un pueblo que ha perdido el ideal, como el Alberico de Dante, cuya alma había bajado a los infiernos, mientras su cuerpo se paseaba por las calles de Venecia; que tiene que desempeñar en los destinos nacionales el rol de la sal del mar, que evita que los océanos se conviertan en lagos inmensos de aguas muertas y pestilentes. Soñadores de hermosas quimeras, no al estilo del asceta de vida contemplativa, sino al de Sarmiento, de músculo y nervio potentes, de acción que traduce en hechos los anhelos de su poderosa fantasía. Si en los hombres, la vida debe ser ficción y realidad, es imperativo para los pueblos, vivir también en la prosa del trabajo arduo y encender en su corazón la llama de los más elevados ideales. Allí donde esa dualidad no existe, se llega fatalmente a la descomposición de las horas que precedieron la muerte de Bizancio, de Cartago o de la Roma de los Césares. (*Política económica...*: 142-143)

En cierto pasaje que, por lejana analogía, recuerda la clásica imagen mitriana según la cual América había salvado tres veces a la Europa y a la libertad amenazadas, sostiene Villafañe que en tres ocasiones las provincias “salvaron la nacionalidad”: allá por 1820, acabando con la demagogia porteña y la idea monárquica; en 1852, contribuyendo a derribar a Rosas, ídolo de la barbarie; más recientemente, en 1921, resistiéndose a los afanes reelectoralistas de Hipólito Yrigoyen (*Política...*: 150; *La región...*: 40). De manera constante, la argumentación villafañana se apoya sobre un conjunto de oposiciones tributarias de la tradición federal argentina: si el par Interior/Puerto es la principal no es empero la única; en torno a ella vienen a agruparse otras, prácticamente homólogas: Provincia/Ciudad; Tradición nacional/Cosmopolitismo; Austeridad sana/Prosperidad viciosa; en última instancia, toda la serie parece responder a un par de mayor alcance con el que ya nos hemos topado en más de una ocasión, a saber, aquel que contrapone las esferas ideal y material. Uno podría preguntarse aquí dónde ubicar en este eslabonamiento analógico el otro par fundamental al que Villafañe no deja de aludir, a saber, el que opone la civilización a la barbarie. Más allá de ello, cabe notar de paso que, a diferencia de la faceta nostálgica de Ayarragaray, por la cual éste tendía a idealizar de manera exclusiva un *tiempo* pasado, las elaboraciones villafañanas recién referidas postulan la existencia de un *espacio*

reservorio, también idealizado, toda vez que conserva *actualmente e iguales a sí mismos* los atributos positivos de aquel tiempo anterior.

Tomando en consideración los títulos de las obras examinadas, algunos elementos visibles en los pasajes recién transcritos y ciertos señalamientos que he venido esbozando hasta aquí, parece bastante clara la presencia de una suerte del *impulso tanático* al que hice referencia en el *Comentario preliminar*. Consideremos con algún detalle este aspecto, capital para la presente investigación. Sucede que a pesar de que las elaboraciones villafañanas contienen extensas secciones donde se describen las medidas que habría que tomar para superar un presente visto desesperadamente como sombrío, manteniendo así relativamente abiertas la dimensión promesa y la dimensión expectativa, de manera casi invariable se adentran en campos semánticos y simbólicos vinculados con los problemas de la enfermedad y la muerte colectivas. Algunos ejemplos adicionales servirán para reforzar esta constatación: para Villafañe, una miríada de industrias está sacrificada a los efectos funestos de la doctrina del librecambio, “que yo simbolizaría como un puñal clavado en el corazón mismo de la patria, o como un caso de tuberculosis que gradualmente fuera haciendo estragos en un organismo joven.” (*La miseria de un país rico*: 95) “El país es fiel semblanza de un paralítico herido en la médula” (Conferencia de La Rioja, en *Política...*: 15-16); tal como indica el título de uno de los libros, la política económica imperante es, lisa y llanamente, *suicida*; la existencia misma de la patria está *amenazada*.

Señores: la organización económica del país, doloroso es reconocerlo, no puede ser más absurda. Sus frutos los estamos palpando; *ha llegado hasta poner en peligro la existencia misma de la patria*. No es sólo el norte que ve dibujarse en el horizonte el espectro del hambre (...) Nuestra política económica es la rudimentaria de una colonia primitiva (...), exactamente como proceden las colonias más atrasadas de África o los pueblos conquistados de Asia. Es la política que nos obliga a vivir esclavos del extranjero (...) y a resignarnos a ser víctimas de las especulaciones de las bolsas de Londres, París y Nueva York. (Conferencia en la Unión Industrial Argentina, en *Política...*: 226-227, *mis cursivas*)

La intensidad y la recurrencia de este tipo de imágenes son en verdad notables. A los ojos de Villafañe, el país está enfermo y desequilibrado; el pueblo argentino se ha convertido en un pueblo sin alma; la acción de los partidos políticos es análoga a los tumores que revelan la descomposición de la sangre; La Rioja y Catamarca son “dos cadáveres” y, si los poderes nacionales no protegen la industria del azúcar, la misma suerte les espera a las demás provincias

del noroeste; los impuestos internos son un “cáncer”; la ineptitud de los dirigentes hace que la Argentina sea uno de los países “más atrasados de la tierra”... Además, y de manera incesante, Villafañe identifica, en cada uno de sus presentes, síntomas del advenimiento de los escenarios más sombríos: los espectros de la miseria, el hambre y la guerra social pueblan sus escritos por doquier, en el discurrir de un tono y un ritmo a la vez inflamados e inflamables.

El último pasaje transcrito no sólo permite apreciar la referida disposición. De él cabe retener, también, otros dos elementos significativos: uno, un alejamiento relativo del tópico de la excepcionalidad argentina, imagen frente a la cual su pensamiento mantiene, como ya he indicado y como desarrollaré más luego, una relación oscilante y problemática; dos, y estrechamente ligado a ello, una presencia, en estado germinal pero no por ello menos clara, de ideas anti-imperialistas: la Argentina es descrita como un país esclavo, colonial, víctima de especulaciones urdidas en los grandes centros de poder financiero... Cabe anticipar que estas ideas se verían considerablemente ampliadas en algunos de sus escritos posteriores, particularmente en *El destino de Sud América* (1944).

En el volumen titulado *La región de los parias* (1932), Villafañe vuelve a insistir sobre los mismos temas: carácter perjudicial del librecambismo, ruina de la industria nacional, macrocefalia, explotación de las provincias más pobres en beneficio de las más ricas, etc. Sin embargo, en 1932 Yrigoyen ya ha sido depuesto; no puede seguir siendo, por tanto, el único ni el mayor responsable de los males que asolan al país. Villafañe afirma entonces que antes de la “revolución” de septiembre de 1930 había llegado a creer “que los hombres se habían acabado en la República Argentina” (*La región...*: 121-122), aseveración con la que saluda al supuesto proceso regenerador en ciernes. En el mismo sentido, señala que la crisis –de la que eran responsables economistas y mandatarios– iría a terminar en “un gran acontecimiento nacional” que por fin llevaría a abrazar la protección industrial, el fomento del mercado interno y la emancipación económica, todo ello en el marco de la unión nacional: “lo que no han sabido hacer nuestros estadistas, *lo hará la desgracia*”. (*Ibid.*: 5; nuestra cursiva) Reténgase esta singular imagen, en cuyo seno la desgracia aparece visualizada como *condición necesaria* para una eventual redención. Ahora bien, más allá de esto, el conjunto de sentencias más o menos auspiciosas sobre la nueva situación política, siempre exiguas, no hacen del Villafañe de los tempranos años treinta un optimista. En primer lugar, la experiencia uriburista, con la que se identificó plenamente, se diluyó demasiado pronto; en segundo, los lineamientos generales de la política económica del gobierno que siguió a aquélla continuaron irritándolo sobremanera; para él, el

librecambio, vigente aún, seguía perjudicando los intereses de su región²⁹; en fin, sus continuos énfasis en lo oscuro y grave de la situación así como en la perdurabilidad de los grandes daños económicos y morales “irrogados” al país por los gobiernos yrigoyenistas, hicieron que su lugar dentro del campo ideológico (el de crítico implacable, consagrado por entero a la tarea de nombrar el mal) no resultara alterado, al menos en sus aspectos sustanciales. Algo había cambiado, empero: más allá del “fracaso” de la experiencia uriburista, el hecho de que la “revolución” de 1930 hubiera tenido lugar parece haber modificado en cierto sentido sus ideas sobre el futuro; como él mismo se ocupa de señalar, si en 1928 había perdido toda fe en la salvación del país, en los años treinta piensa que, de retornar la demagogia, se repetiría, esta vez para no malograrse, “el milagro del seis de septiembre”. La experiencia uriburista pasa a ser, así, un momento idealizado, una suerte de promesa abierta pese, o quizás debido a, su precoz naufragio...

No quisiera seguir avanzando en el examen del pensamiento de Villafañe sin llamar la atención sobre una dimensión que reviste, a mi entender, la mayor importancia. Me refiero al tipo de materiales que conforman sus elaboraciones y a la forma en que aparecen dispuestos y tratados, aspectos que por lo demás dicen bastante de su modalidad de inserción en el campo ideológico. Un primer elemento a señalar a este respecto es el carácter fragmentario, iterativo-aditivo y marcadamente oral de sus textos. Es cierto que estos rasgos podían constatarse también en los escritos políticos de Ayarragaray y de Lugones; en efecto, y como sabemos, sus volúmenes de ensayos estaban igualmente conformados, en buena parte, por conferencias y artículos más o menos breves que además solían, aún en los casos en que hubiesen sido elaborados exclusivamente para la imprenta, conservar un nítido carácter oral, cual si se tratara de intervenciones pensadas para ser dichas frente a algún auditorio. Pero con Villafañe sucede todavía otra cosa, acaso más llamativa: sus libros no sólo están hechos de retazos que conservan ecos de tribuna, sino también de incesantes y frondosas convocatorias, vía transcripción textual, a *voces que no son la suya*. Tales convocatorias son tan frecuentes que, en

²⁹ Nítido ejemplo de ello son sus apreciaciones sobre el Ministro Federico Pinedo en relación con el problema de la obra de la “Variante del Volcán”, con las que se abre *La región de los parias*. El principal objetivo de la obra era que el tráfico hacia Bolivia no se viera interrumpido en ningún momento del año; su ejecución había sido resuelta por Ley en el Senado y en la Cámara de Diputados, y, según Villafañe, también contaba con la anuencia de Justo. Pese a ello, Pinedo se oponía a la realización de la obra. En las páginas a las que hacemos referencia (*La región...: V-XII*), Villafañe acusa a Pinedo de localista (heredero de un “criterio nefasto aparecido al día siguiente de la emancipación”) y apela a su usual repertorio de imágenes intensas: la sangre de Jujuy es succionada por impuestos confiscatorios; el país debe emanciparse industrialmente de los países que lo tienen sometido a su yugo “como a las colonias de negros de África”, etc.

numerosas ocasiones, los pasajes que las albergan llegan a constituir secciones completas; tomadas en conjunto, hacen a los libros de Villafañe casi tanto como sus propias aportaciones. Una interpretación cómoda, pero que seguramente tendría su parte de verdad, diría que la propensión villafañana a la transcripción de textos y discursos de otros habría de ser vista como un modo peculiar de enfrentar el problema de la autoridad discursiva:

Intencionalmente me valgo de opiniones *más autorizadas que la mía* para pintar la situación que ofrece el país, porque todo lo transcrito lo vengo predicando en desierto desde más de diez años atrás, en el libro, la tribuna y la prensa. (*Política económica...*, pp. 75-76; mi cursiva)

Sin embargo, debemos preguntarnos por la raíz y por la índole de ese problema de autoridad. Porque si es cierto que en el mundo intelectual de esos años los atributos de linaje constituyen un bien por demáspreciado, también lo es que pocos pueden exhibir las credenciales de que dispone Villafañe.³⁰ Si es así, ¿por qué se ve constantemente en la necesidad de recurrir a voces “más autorizadas que la suya”? Varios son los elementos que parecen desempeñar un papel en relación con tal afán. En primer lugar, Villafañe defendía intereses -los de las provincias del Interior- que a primera vista aparecen como particulares; debe realizar, por tanto, un sostenido esfuerzo para mostrar que dicha defensa no es contradictoria con la de los intereses generales del país. La evocación constante de opiniones similares a las suyas, emitidas por personalidades reconocidas en el ámbito metropolitano, le permitía posicionarse en un sitio adecuado para enfrentar una serie de críticas que insistentemente lo acusaban de parcialidad y localismo. En segundo lugar, la gran mayoría de los testimonios que transcribe (Colombo, Méndez Casariego, Bunge, Vicat, etc.) se diferencian del suyo no tanto en lo que respecta a las ideas formuladas, sino fundamentalmente en lo que atañe al tono en el que se despliegan: sosegado, cordial, hasta técnico. Sin duda, recurrir a opiniones más temperadas que la suya podía servirle para exorcizar su fama, adquirida desde temprano, de personaje combativo y “envenenado”; de manera complementaria, y acaso más

³⁰ Según Alberto Casal Castel, los Villafañe que llegaron a América a mediados del siglo XVI estaban emparentados con los reyes de Navarra y eran sobrinos del mismísimo San Ignacio de Loyola; otras ramas del árbol familiar descendían de Juan Gregorio de Bazán, conquistador del Tucumán, de Francisco de Aguirre, fundador de Santiago del Estero, de Martín Loyola, fundador de San Luis, de Ñuflo de Chaves, conquistador de Santa Cruz de la Sierra. Ortiz de Ocampo (el primer general argentino), el padre Esquiú, los generales Aróz y Lamadrid, el propio Alberdi, entre otros personajes ilustres, formaron parte del tronco de la familia. Su padre -en cuya casa se juró la Independencia- formó parte de la Conspiración del Norte, que se enfrentó a Rosas: entonces fue Coronel, luego Ministro en Salta y Tucumán, Gobernador en Tucumán, Rector fundador

fundamental, podía contribuir a un efecto de realce por contraste: prueba de ello es que Villafañe jamás intentó desgajarse del lugar incandescente en el que solía ser situado; al contrario, siempre se jactó del carácter viril y filoso de su prédica, como si quisiera presentarse como el único que osaba decir lo que los demás sólo alcanzaban a insinuar. Da pues toda la impresión de que, en el caso de Villafañe, el recurso a la transcripción “compulsiva” responde en parte a un problema de autoridad discursiva (digamos regional), que no se agota sin embargo en eso, sino que constituye, más allá, toda una estrategia de posicionamiento en el campo ideológico.

3. Democracia versus Chusmocracia

En la coyuntura pre-electoral de 1927-1928, y ante la posibilidad cierta de que Yrigoyen volviese a ocupar la primera magistratura, Villafañe dio a conocer algunos trabajos cuyo principal propósito fue denostar al caudillo, prolongando la línea abierta un lustro atrás en *Yrigoyen, el último dictador*; vieron la luz, así, *El yrigoyenismo* (1927) y *Degenerados* (1928), la ya referida continuación de la diatriba de 1922; a ellos cabría agregar también escritos suyos elaborados en la década siguiente y que, con algunos matices, insisten sobre los mismos tópicos; me refiero, en particular, a *Hora oscura* (1935) y a *Chusmocracia* (1937); no resulta excesivo sostener, por lo demás que, de 1922 en adelante, todas las aportaciones villafañanas contienen desarrollos que evocan, retoman y recrean los motivos característicos de su pertinaz diatriba. Consideremos las aportaciones de 1927-1928. ¿De qué están hechas esas inflamadas páginas? Hay en ellas, ante todo, una autodefensa de su gestión como gobernador de Jujuy, especialmente en relación al asunto de las concesiones petroleras;³¹ hay, también, una explícita

del Colegio Nacional de Tucumán, escritor... (Se trata del “Prólogo” de Casal a *La tragedia argentina*, titulado “Mensaje de la sangre” y dado a conocer con la anuencia del propio Villafañe).

³¹ Como indiqué en el *Comentario preliminar*, el primer pronunciamiento villafañano en ese sentido parece ser su carta al ministro del Interior del 25 de agosto de 1926, incluida en una recopilación documental titulada *La verdad sobre la cuestión petrolífera de Jujuy* y editada por los Talleres Gráficos de esa provincia en el mismo año de 1926. Allí (pp. 47-57), Villafañe sostiene que Mosconi ha formulado “cargos inexactos que revelan no sólo desconocimiento absoluto de los preceptos elementales de la Ley de Minas, sino un descuido lamentable en el cumplimiento de su deber.” Entre esos “cargos inexactos”, se contarían el haber afirmado que el gobierno jujeño desconoció el decreto de reserva de diciembre de 1924, que la Standard Oil tiene acaparada la zona petrolífera del Noroeste –en el caso jujeño, vía un acuerdo con la firma Leach’s hermanos– y que la Nación está, por tal razón, impedida de iniciar trabajos de exploración en la región. Villafañe desmiente uno a uno los cargos, aduciendo que su gobierno se había ocupado de declarar caducas las concesiones vigentes (con excepción de una que no alteraba significativamente el panorama general), que no había otorgado ninguna concesión nueva y que jamás había violado la Constitución ni las leyes; además, no

toma de posición elitista; derivada de ella, una suerte de teoría política, articulada en torno del concepto de *chusmocracia* (tal es, de hecho y como sabemos, el título de una obra suya posterior); una visión de la historia argentina que, con mayor claridad en *Degenerados...*, insiste en el “carácter dual de la estirpe” e interpreta al yrigoyenismo como encarnación de su corriente venenosa; una obsesiva consideración de las irregularidades “comprobadas” del primer gobierno de Yrigoyen; un diagnóstico oscuro volcado sobre el presente de enunciación, articulado hacia delante con más y más exploraciones, también más notorias en *Degenerados...*, de los tópicos de la enfermedad colectiva, de la decadencia y la muerte de los grandes imperios, del ingente castigo que podría merecer un pueblo a todas luces culpable por no saber reaccionar frente a la mentira, el fraude y el delito...

El subtítulo de *El yrigoyenismo es Contestación del Gobernador de Jujuy, a sus detractores e* indica claramente el propósito y la orientación general del libro. Se trata, antes que ninguna otra cosa, de un alegato en defensa propia, que Villafañe esgrime en respuesta a las acusaciones que el yrigoyenismo, en este caso por medio de los diputados Molinari y Vázquez, lanzara en su contra en el parlamento nacional. El argumento central es el siguiente: frente a los cuestionamientos de que viene siendo objeto, su autor, seguro de su honestidad e inocencia, se muestra perfectamente dispuesto a que investiguen su incuestionable desempeño; por el contrario, Yrigoyen, pese a las graves denuncias formuladas en su contra mientras su gestión tenía lugar, guardó prudente y sistemático silencio, sin permitir que las indagaciones pudieran profundizarse libres de obstáculos:

El señor Yrigoyen, al imputar hoy fraude a otros mandatarios, revela una audacia inaudita. Recuerda el caso del personaje de una novela de Ricardo Gutiérrez, que sorprendido infraganti con el fruto del robo, echó a correr por las calles de Buenos Aires, gritando: ‘Al ladrón! Al ladrón!’, logrando confundirse con los comedidos y curiosos que hicieron montón, y escapar de la policía por su audacia ayudado por su aspecto de gente decente. (*El yrigoyenismo*: 42)

deja la oportunidad para expresar sus opiniones favorables a la intervención del capital privado en una empresa que, como la de la exploración petrolera, exige la inversión de grandes sumas y cuyo resultado, siendo aleatorio, interesa sobremanera a la Nación y, sobre todo, a una provincia como Jujuy. Sobre el final de su descargo, apunta a la inoperancia y negligencia de YPF que, pudiendo haber iniciado los trabajos de exploración, no lo había hecho hasta entonces por razones desconocidas, dedicándose en su lugar a arrojar sombras y sospechas sobre su gestión. La polémica se prolongó en un tenso intercambio de telegramas entre Mosconi y Villafañe, figuras que, como ya dije, estuvieron a punto de batirse a duelo en relación con tan espinosa cuestión.

Pocas páginas después, refiere Villafañe que una importante figura de la vida política sudamericana le había consultado su opinión sobre las razones del persistente prestigio de Yrigoyen, el cual parecía situarse más allá de todas las acusaciones. En capital fragmento, que nos permite asomarnos a sus ideas sobre la situación del mundo y sobre la política, resume su respuesta:

En síntesis le repuse, que además de los males nacionales de origen, como ser las taras de la educación y de la tradición española y la sangre indígena, *sufrimos en estos momentos un mal de carácter universal, que podría llamarse el del eclipse del alma humana*. La época que asistimos es semejante a aquellas que se suceden con el andar de los siglos, en las que según Virgilio, ‘parece que los tiempos cansados vuelven a empezar’, ‘debido al cambio del eje del mundo moral’. En esas épocas las religiones y sentimientos que han nutrido el alma de los pueblos, mueren o languidecen y de las cenizas de los cultos desaparecidos y de los altares desiertos, nacen las creencias nuevas que han de alumbrar con otros ideales los senderos de la civilización humana. Quien quiera que observe lo que hoy acontece con la mayor parte de los pueblos de la tierra, sobre todo en los europeos y americanos, tiene que convenir que el fuego de los cultos del pasado se extingue como llama que no alumbra ni calienta (...) Al vacío abierto por falta de sentimientos religiosos, debe agregarse el hueco que en el alma humana va dejando el fracaso de las bellas utopías con que durante los dos últimos siglos, han soñado los pueblos indigestándose con alimentos morales, semejantes a ciertos alcaloides, que levantan las fuerzas y excitan un instante, para ser causa luego de mayor postración y debilitamiento corporal y espiritual (...) Tal acontece por ejemplo, con el dogma de la igualdad humana, verdadero desatino tal como comúnmente se lo interpreta, y que ha costado tanto dolor y sangre, pues se confunde la igualdad de los hombres que no existe, con la igualdad de los derechos ante la ley (...) De allí, la lamentable confusión en que incurren hasta hombres de talento, que llaman *democracia* o sea el gobierno de los mejores, a la *demagogia* o sea el gobierno de los inferiores. Así entre los argentinos, la democracia tiene sus más altos exponentes en los gobiernos civilizadores de Martín Rodríguez y Rivadavia, y la demagogia o chusmocracia, en los de don Juan Manuel de Rosas y don Hipólito Yrigoyen. (*El yrigoyenismo*: 54-56, mis cursivas)

A continuación Villafañe se adentra en una reflexión crítica sobre el papel negativo de la prensa argentina en todo ese tiempo; en su opinión, la prensa es el termómetro “que ofrece el índice más exacto de la gravedad del mal. Cuando la demagogia manda, es cátedra de mentira y de difamación (...) En las tiranías mansas, la prensa que no se prostituye, enmudece.” (pp. 57-58) Por esa vía concluye, redondeando su respuesta a la consulta que le había sido formulada, que el extraño secreto que explica la vigencia del caudillo no es otro que el *silencio de la prensa* frente a irregularidades y escándalos de toda suerte “comprobados”. En la sección siguiente, y ratificando una declaración suya a *El Norte Argentino*, de Tucumán, define al

yrigoyenismo, no como partido político, sino lisa y llanamente como “*maffia*”. Para Villafañe, la sombra fatídica de Yrigoyen

se proyecta como una maldición sobre el destino de las generaciones de hoy y de mañana, que se crían en un ambiente envenenado por la mentira y el sensualismo, en sus peores manifestaciones. Si tal ha sido su obra durante su primer gobierno, ¿cuál sería su acción si volviese al poder? (...) Una vez arrojada la careta a un lado, y perdidos los escrúpulos, lo que el país tendría por delante no sería otra cosa que una tiranía sin freno (...) Si no hubieran en el país ciudadanos capaces de defender las instituciones, si los argentinos hubieran degenerado al rango de mutilados del cuerpo y del alma, entonces nuestra contramarcha a la barbarie sería un hecho fatal. (*El yrigoyenismo*: 65-66)

Por eso,

Es necesario destruir el tumor de una vez por todas, para que la sangre enferma no reviente como una maldición para nuestros hijos más tarde. (*El yrigoyenismo*: 124)

En *Degenerados...* los puntos de vista vertidos en el libro de 1927 son desarrollados con mayor amplitud, llegando a adquirir, incluso, una más acabada formulación. Consideremos primero el elemento *elitismo*. En *Degenerados...*, Villafañe sostiene que la inmensa mayoría de la humanidad vive en el mundo de la materia y sólo quiere “comer, beber y gozar”; la minoría angustiada que persigue la llama del ideal es usualmente despreciada; sin embargo, la victoria final, no sabemos por qué razón, será suya. Esta disposición elitista impregna su pensamiento hasta tal punto que, defendiéndose de unas críticas que lo acusaban de “predicar el odio”, evoca una sentencia de Emile Zola para trazar una tajante distinción entre el *odio santo* -sentido moral de las naturalezas selectas- y el *odio de los inferiores*, ubicados en las fronteras del instinto; de esta manera, no sólo *niega* su odio a Yrigoyen y al yrigoyenismo, sino que procura *enaltecerlo*, enlazándolo con la superioridad de su alma y, más en general, con la santidad. ¿Hemos de concluir de todo esto que una clave ineludible para comprender el pensamiento de Villafañe reside en su desprecio por las masas populares? Sin duda, algo de eso hay aunque, a decir verdad, la cuestión parece involucrar otros elementos, hasta el punto de hacernos pensar que, más que en términos de desprecio, convendría interpretar su relación con el pueblo desde la clave de la compasión. Empero, esta precisión no debe llevarnos a perder de vista, por un lado, que su mirada sobre el pueblo está atravesada por fuertes ambivalencias y, por otro y fundamentalmente, que la compasión también está hecha, acaso más que el desprecio, de

insalvable distancia. Escuchémosle un momento, teniendo presentes, si fuera posible, aquellos pasajes mitrianos referidos a la relación entre elite ilustrada y masas populares así como la intrincada concepción ramosmejiana de las *multitudes argentinas*, aspectos ambos referidos en el capítulo primero:

No creáis que siento desprecio por el pueblo, el monstruo de mil cabezas que Burke llamaba 'la chusma', Tito Livio 'la plebe' y 'la hez de la ciudad' Cicerón, monstruo con alma y corazón de niño, como decía Víctor Hugo, candoroso, tierno y noble (...) Ese pueblo, ese monstruo inflamado por la llama misma del Eterno, es el pueblo de Buenos Aires al servicio de hombres honrados y patriotas, en la plaza de Mayo (...) Es el pueblo de Cuyo entregando a San Martín lo que tiene, para la cruzada libertadora. Es Jujuy y Salta (...); es el pueblo de todas las provincias argentinas abonando con su sangre los campos (...) ¡Pueblo! carne debilitada y enferma, que lleva en la pupila cansada, el reflejo de la miseria, de la inquietud y de la desesperanza, al fin de la jornada fatigosa de cada día: ¡pueblo! eres la eterna víctima de los que amas como apóstoles auténticos, cuando en el fondo no son otra cosa que fariseos de la vida pública, lobos rapaces disfrazados de mansos corderos! (*Degenerados*: 111-112)

En esta misma línea de reflexión, el Villafañe del último tramo de los años veinte busca diferenciarse de la prédica antidemocrática que entonces desplegaba con vigor Leopoldo Lugones; procura hacerlo a través del establecimiento de la problemática distinción, esbozada ya en *El yrigoyenismo* y desarrollada con mayor amplitud en *Degenerados*, entre las nociones de *democracia* y *chusmocracia*. Para Villafañe, la democracia es la aristocracia de la naturaleza, el gobierno de los mejores, aunque no en virtud de la cuna, sino "de la evolución y la herencia"; por el contrario, la chusmocracia es el gobierno de los inferiores, siendo el yrigoyenismo su ejemplificación más perfecta. La verdadera democracia sólo puede existir, a los ojos del Villafañe de fines de los veinte, en aquellos pueblos donde la mayoría de los ciudadanos son "ilustrados y cultos", como sucede entre los anglosajones; es por eso que no existe democracia en los pueblos latinos ni en los sudamericanos, de cultura invariablemente escasa. En los pueblos nuevos los gobernantes tienden a ser dictadores, aunque es posible distinguir entre los dictadores inteligentes y buenos (propulsores del progreso y la civilización) y los incapaces y malos (causantes del fracaso y hasta de la muerte colectiva); los segundos vienen a ser la maldición de la estirpe, simbolizada en el mito de Caín. Sostiene Villafañe que los tiranoides - que todo lo corrompen- son aun peores que los tiranos, a los que tienden a sustituir; la masa desvalida e ignorante es sugestionada por esos simuladores sin escrúpulos y, aunque víctima de ellos, acaba labrando sus pedestales. Desde esta perspectiva, Yrigoyen no es un gobernante

democrático, sino un dictador malo e incapaz, un tiranoide chusmocrático, más dañino que el propio Rosas, el tirano por excelencia.³² Escribe:

Es de todo punto inexplicable, de cómo personas de talento, pueden confundir estas tiranías de la plebe, con lo que es gobierno democrático para terminar proclamando su fracaso. En buena hora, que se acepte como necesario la dictadura de hombres superiores (...) que tiene por fin combatir y acabar con la tiranía de la canalla, de la chusma ensoberbecida, adueñada de la suerte de un pueblo (...) Pero que no se confunda como he dicho antes, la democracia, que es la aristocracia de la inteligencia y del carácter, con el imperio de la plebe instintiva, corrompida y sin cultura (...) Y que me perdone esta digresión el gran talento de mi amigo Don Leopoldo Lugones. (*Degenerados*: 84-85)

Pero, ¿cuál es el sentido de estas disquisiciones? La pregunta se justifica porque, al fin y al cabo, no parece haber grandes diferencias entre las posiciones de Villafañe y de Lugones. Todo parece indicar que, en relación con el problema de la dinámica política argentina, Villafañe está mucho más cerca de la impaciencia golpista de Lugones que del evolucionismo castrado de Ayarragaray; estaríamos, por tanto, ante una falsa discusión. Desde la óptica del Villafañe de fines de los veinte, un golpe de estado quedaría perfectamente justificado, ya que, de un lado, la supresión de un tirano o tiranuelo no constituiría un crimen político y, de otro, una dictadura “buena” vendría a jugar, por definición y a diferencia de la “mala” vigente, en favor del progreso y de la civilización. Pero entonces, ¿cómo entender su afán por tomar distancia respecto de las posiciones nítidamente antidemocráticas del poeta? Tal vez ello pueda atribuirse al hecho de que, para ese tiempo, Villafañe ya se había desempeñado como gobernador *electo* de la provincia de Jujuy; muy presumiblemente, su prudencia busca preservar el valor de su triunfo electoral de 1924, del que solía jactarse; en definitiva, lo había obtenido *pese* al yrigoyenismo. Pero, además, la operación de Villafañe tiende a postular, a través de una osada petición de principio, una equivalencia entre democracia y aristocracia. Se trata de un movimiento que le permite exorcizar el temible espectro de las masas –fulgurante por esos años-, sin dejar de admirar el mundo anglosajón (en particular “la moderación británica”), y permaneciendo abierto a eventuales articulaciones con posiciones liberal-elitistas, esto es,

³² Por cierto, la distinción propuesta entre tirano y tiranoide recuerda las ideas de Ayarragaray sobre la evolución del caudillismo, el cual en un punto no determinado con exactitud había dejado de ser “violento y muscular” para tornarse “astuto e intelectual”. Recordará el lector que la distinción ayarragarayana era tributaria de aportaciones de Enrico Ferri. Pregunto: ¿habrá que ver decadentismo en la postulación de ese camino que lleva de los verdaderos tiranos de antaño a los tiranoides del presente de enunciación...?

defensoras de un voto limitado a la franja culta e ilustrada de la población. ¿Sería entonces correcto sostener que, en relación con el problema de la democracia, los puntos de vista del Villafañe de 1928 mantienen, como los de Guizot y los demás doctrinarios decimonónicos, algo así como una promesa de ampliación democrática hacia adelante...?³³ Aunque es difícil dar una respuesta unilateral a este interrogante, me inclinaría por la negativa. Es cierto que Villafañe considera que sí puede haber democracia en aquellos pueblos que cuentan con mayorías “cultas e ilustradas”, pero no olvidemos que, aun cuando se refiere a esos casos, continúa entendiendo a la democracia como el “gobierno de los mejores”. Para los pueblos jóvenes y/o incultos prefiere Villafañe las “dictaduras buenas”, reservándoles, para un futuro de mayor cultura e ilustración, aquella democracia aristocrática y mutilada que es, en su opinión, la *única* digna de ese nombre. A través de esta estratagema, que vuelve equivalentes las nociones de democracia y de aristocracia, queda eximido de imaginar una democracia “ampliada” en un futuro signado por el supuesto avance de la igualdad. Ahora bien, más allá de esto, no resulta para nada sencillo delinear de manera unívoca el entramado institucional de la Argentina *ideal* villafañana; entre otras razones, porque Villafañe no es un utopista ni siquiera de dedicación parcial. Es claro que algunas veces, como cuando distingue entre *chusmocracia* y *democracia*, se aproxima a posiciones liberal-elitistas; empero, no es menos claro que en otras oportunidades, en particular a partir de la experiencia uriburista, embestiría rabiosamente

³³ En su notable esfuerzo por exhibir el horizonte de las ideas políticas decimonónicas, Natalio Botana (1997: Parte I, esp. 108ss.) explora las distintas vías a través de las cuales algunos pensadores de la Europa posrevolucionaria procuraron tomar distancia de los “excesos jacobinos” (liberalismo moderado, conservadorismo, reacción). A partir de 1830, y en estrecha articulación con el orleanismo político y el eclecticismo filosófico, se registró un nuevo esfuerzo por conciliar las posiciones revolucionarias y las conservadoras. Dicho esfuerzo fue conocido como *la solución doctrinaria*, y sus más destacados exponentes fueron Royer-Collard, Guizot, Barante, Cousin, Jouffroy y Tocqueville, “el gran sobreviviente”. El planteamiento general de tal *solución* partía del reconocimiento de que la igualdad avanzaba inexorable y de que no había, en consecuencia, margen para resistírsele; lo mejor que se podía hacer era consagrarse a *regularla*, con el objeto de preservar la libertad, considerada como el valor supremo. De esta sensibilidad se desprendió una teoría del gobierno representativo, cuyo más nítido exponente fue Guizot. Pensaba éste que los verdaderos intérpretes de la razón eran los sujetos dotados de *capacidad*. Por tanto, sólo esos sujetos capaces estaban en condiciones de desempeñar la ciudadanía y de asumir el destino colectivo. Semejante certeza le llevó a postular una arquitectura institucional organizada en torno a la idea del voto *censitaire*, mecanismo por el cual el sufragio universal quedaba restringido a los propietarios (rentistas o industriales), únicos que, en virtud de su capacidad, poseían los derechos a elegir y a ser elegidos. Es claro que, restringiendo la igualdad a la órbita de los poseedores, la solución doctrinaria buscó encauzar su torrente, conceptualizado como incontenible, manteniendo así supuestamente a salvo, y en armonía, la libertad y el orden. Cabe entonces argüir que dicha postura albergaba en su interior, al menos como promesa y expectativa futuras, cierta exigencia de mayor igualdad y democracia ya que, en definitiva, su avance se entendía irrefrenable. La imagen del tránsito “de la república posible a la república verdadera”, varias veces aludida a lo largo de esta investigación, es en buena medida tributaria de esta “solución” y remite, al igual que ella, a una cuestión de esperas y expectativas.

contra la dinámica parlamentaria y se revelaría admirador del Parlamento Económico alemán, llegando a defender las prácticas fraudulentas en las elecciones y a bregar con insistencia por la reforma de la ley Sáenz Peña y de la Constitución. Lo que es más importante: ninguno de esos deslizamientos lo llevaría a renegar de su fidelidad al ideario liberal-civilizatorio argentino ni a autoproclamarse fascista... Así pues, varios interrogantes vienen a agruparse en torno a estas cuestiones; mencionaré algunos: ¿Cómo pensar la coexistencia entre los puntos de vista liberal-elitistas y los reflejos corporativizantes?; en el mismo sentido, ¿abogaría Villafañe por elecciones en las que sólo voten los propietarios o desearía más bien clausurar el Parlamento e instaurar nuevas formas de representación?; en términos operativos, ¿cómo se resolverían, en el marco de su versión restringida del punto de vista doctrinario, los problemas vinculados con la identificación de aquellos votantes “cultos e ilustrados” y con la selección de esas “aristocráticas minorías” gobernantes?; ¿cómo y cuándo se resolverían los problemas del pasaje de una “dictadura buena” a una “democracia aristocratizada” (tránsito análogo, aunque transpuesto en peculiar clave sustractora, al pasaje “de la república posible a la república verdadera...”)?) Naturalmente, dar un cierre definitivo a estas cuestiones constituye una aspiración irremisiblemente vana; con todo, en mi opinión el ideario político de Villafañe parece estar más cerca de alguna versión restrictiva de la solución doctrinaria que del corporativismo fascista en sentido estricto. Su admiración por ciertas instituciones corporativas pareciera ligarse, ante todo, con un afán por identificar aquéllos mecanismos que posibiliten que sólo los más capaces accedan a los puestos de decisión. En todo caso, antes que proceder a etiquetar a Villafañe como fascista o corporativista, mi propuesta de lectura se orienta a justipreciar la innegable presencia, en el núcleo de su pensamiento, de importantes elementos fuertemente vinculados a la tradición liberal-civilizatoria argentina y a la admiración por el mundo anglosajón que suele acompañarla, elementos que, sin embargo, no dejan de ser ocasionalmente objetados, especialmente en sus escritos posteriores a 1935. De manera que, aun cuando los cruces y desgarramientos son a todas luces intrincados, me inclino a sugerir que, más que un fascista consumado, el Villafañe de 1928 y todavía el posterior, pareciera ser más bien una especie de doctrinario tardío y ciertamente peculiar, cuya opción consiste en sustraerle a la noción de democracia dimensiones cruciales, borrando así la promesa igualitaria que el punto de vista doctrinario “original” sabía preservar para el futuro. Por lo demás, los problemas y los cruces intrincados no se acaban con estas someras indicaciones; como veremos enseguida, el pensamiento de Villafañe alberga una creciente veta anti-moderna –no

explorada hasta las últimas consecuencias, aunque de todos modos crucial-, que se superpone de manera sumamente problemática a sus jamás desechadas disposiciones liberal-civilizatorias, viniendo a complicar aun más los esfuerzos de interpretación.

Pasemos ahora a considerar los señalamientos vertidos por el Villafañe de 1928 en relación con el radicalismo yrigoyenista y su caudillo; esto puede resultar algo iterativo, pero es importante para captar su vocabulario usual y para establecer el repertorio de sus imágenes predilectas. Tal como hiciera Ayarragaray, Villafañe llama a Yrigoyen “arquitecto de ruinas”; también lo caracteriza como mago negro, intrigante, simulador, etc. Es menester poner de relieve que, tal como planteara seis años atrás, sigue viendo al yrigoyenismo como encarnación de la misma corriente espiritual que animó al rosismo, en nuevas y más graves condiciones. Se trata, a sus ojos, de un *retroceso* de cincuenta años, que pone en grave riesgo a la civilización argentina. ¿A qué materiales simbólicos acude Villafañe para trabajar el tópico de la dualidad de la estirpe? En unas páginas intensas (*Degenerados*: 63-75), establece una curiosa analogía entre el mito de Orestes y la historia política argentina y sudamericana. Allí homologa a Yrigoyen con Orestes, y postula que a España y a sus hijos espirituales -los pueblos sudamericanos-, los persigue, como a la estirpe de Tántalo, un “mal sino”. La referencia al relato clásico le permite introducir el tema de la dualidad, recurso al parecer apropiado para resolver el problema del “mal sino”: en la historia política argentina y sudamericana el lugar de Tántalo le correspondería a España, país que, a partir de su contacto con el pendón de la media luna, “funesto engendro espiritual de la barbarie oriental”, sirvió “de cuartel general a la barbarie” y dio lugar a la aparición de figuras como las de Rosas e Yrigoyen. Huelga señalar que esta posición, que no es predominante en Villafañe, es pariente cercana de la que desplegara, por ejemplo, Ayarragaray en *La anarquía argentina y el caudillismo*. Pero, como el lector habrá advertido, la analogía alberga más de un problema: si es cierto que a la estirpe de Tántalo la persigue un “mal sino” (traiciones, venganzas, tormentos) y que Orestes es un asesino, también lo es que su causa es justa y que encuentra el amparo de Apolo y la intercesión de la diosa Atena, siendo finalmente perdonado por las semideidades vengadoras de la muerte de su madre Clitemnestra. A diferencia de lo que Villafañe quiere significar acerca de los tiranos y tiranoides sudamericanos, Orestes es un héroe que tras su peripecia queda purificado y que, según algunas versiones, vuelve a reinar sobre Argos a pedido del pueblo y hasta continúa ayudando a su patria después de muerto. Tal vez por esta notoria dificultad, tal vez por la renuencia a explorar a fondo el sendero del anti-hispanismo, Villafañe deja de lado esta

analogía. Sin embargo, ello no significa que abandone el tópico de la dualidad de la estirpe: desde el primer momento la referencia a la tragedia de Esquilo se yuxtapone con alusiones al “mito de Caín”, el cual también posibilita una interpretación en esa clave; pronto esta última referencia simbólica desplaza a la anterior, quedando así conjuradas, en buena medida, las complicaciones suscitadas por la introducción del relato clásico. Como veremos, en los últimos escritos villafañanos la evocación al mito de Caín se amplifica, llegando a exceder el ámbito de lo argentino y sudamericano para abarcar la realidad universal. Pero volvamos a Yrigoyen. Si se buscase penetrar la esencia de la diatriba villafañana, habría que comenzar poniendo de relieve su estrecha articulación con un extenso inventario de acusaciones; en síntesis, Yrigoyen ha atropellado la Constitución, la autonomía de las provincias, el tesoro público, etc., todo ello en procura de perpetuar su influencia en el poder. Más allá de esta formulación sintética, no quisiera proseguir sin llamar la atención del lector sobre el vocabulario (saqueo, tragedia, ruina, enfermedades, muerte), el ritmo (una verdadera ametralladora de denuncias), el tono (taxativo, como el de Lugones, aunque desplegado sobre una prosa menos rica y alambicada) y las imágenes (analogías con el cuerpo humano, con la naturaleza) que emplea Villafañe en torno a este asunto. Para visualizar aunque sea en parte estos aspectos, consideremos un extenso pero medular pasaje:

En resumen, el Sr. Yrigoyen, ha irrogado al país en la parte administrativa entre otros *daños* los siguientes: *ruina* de la industria ganadera. *Pérdidas inmensas* por su política económica en la exportación de cereales. *Muerte* del cabotaje nacional con la *ruina* del comercio en la zona llamada de la Mesopotamia Argentina. *Muerte* de la industria de la leña y la madera produciendo la miseria y el hambre de grandes zonas del país. *Languidecimiento y casi ruina* de la industria azucarera y de dos millones de argentinos que viven de ella. *Saqueo* de la mayor parte de las provincias por sus elementos incondicionales impuestos como gobernadores o Interventores que han triplicado los presupuestos y por lo tanto las cargas públicas. *Saqueo* de los ferrocarriles, aduanas, correo, casa de moneda, y demás oficinas públicas por sus satélites. *Alejamiento* de los capitales extranjeros y de la inmigración. *Saqueo* de los territorios nacionales. *Despilfarro* de la tierra pública. *Desprestigio* de la justicia, desacatada o entregada como premio a servirles sin preparación ni inteligencia. Aumento de las tarifas ferroviarias en un ciento por ciento sin mejorar la vida del obrero ni la del productor. *Empobrecimiento general* de los ciudadanos de todos los partidos, como resultado de las agitaciones políticas que ha provocado en el país durante seis años, luchas que arruinan a los pueblos, con efectos *análogos* a los de las fiebres palúdicas o la tuberculosis en el cuerpo humano. Los presupuestos nacionales, provinciales y municipales, sumaban seiscientos millones de pesos al año 1916, al hacerse cargo de la administración el señor Yrigoyen. Al bajar del poder estos mismos presupuestos se habían doblado –pasan de mil millones. *¿Cuál de nuestros gobernantes ha irrogado daños parecidos al país? (...) Qué cosa tan trágica la vida de diez*

millones de hombres en manos de incapaces y simuladores en los momentos más delicados por los que ha atravesado el mundo! (...) Pero no es esto lo peor. Las montañas de oro perdidas o hurtadas, pueden con el tiempo, ‘repararse’. Los daños que los argentinos no repararán jamás son los irrogados a las nuevas generaciones con el desquicio de la instrucción pública en todas sus ramas; con la perversión sistemática del alma de los jóvenes y de los niños perseguidos con tesón desde la presidencia de la República, desde el Ministerio de Instrucción y desde otras reparticiones nacionales (...) ¡Qué frutos cosechará el país de estos hijos espirituales de ‘la reparación’ y de la ‘causa’, cuyas almas se han abierto a la vida en el ambiente asfixiante del vicio, del delito y de la mentira triunfantes! Materialmente, Yrigoyen ha causado al país más daños que una guerra extranjera. Moralmente más que Rosas, porque la opresión violenta, es menos dañina para los pueblos que la subterránea. (Degenerados: 50-53, mis cursivas)

En estrecha relación con todo esto debe mencionarse, por supuesto, el tema del petróleo. Considero que lo indicado en el *Comentario preliminar* y, más luego, en la nota 30, es suficiente para hacerse una idea del conjunto de factores que entraron en juego. Ahora quisiera solamente poner de relieve el tipo de imágenes empleadas por Villafañe al volver sobre el asunto en su aportación de 1928. Sostiene allí que el tratamiento dado por el segundo yrigoyenismo al tema no es más que un “cuento del tío”, por medio del cual se busca explotar con malicia el sentimiento patrio popular. Por una parte, indica que es más que curioso que la animosidad del yrigoyenismo frente a la Standard Oil fuera paralela a un notorio silencio acerca del papel de otras compañías más poderosas en la economía nacional y de otros problemas más importantes para la verdadera emancipación económica del país; por otra, engarzando ahora a su discurso el tópico de la excepcionalidad argentina y en contradicción flagrante con otros pasajes suyos de antes y de después, se empeña en resaltar que las actividades de una empresa como la Standard Oil no constituye, ni por asomo, una amenaza para la soberanía nacional:

El argentino es hombre libre, no sólo por la raza, la tradición, la cultura y sus instituciones, sino porque lleva también una existencia digna, con la propiedad de una tierra feraz y bella, con la facilidad con que alcanza bienestar y fortuna todo el que es animoso, que lucha y trabaja. Eso no acontece en los pueblos del continente americano que se quejan de los avances y las intromisiones de los yankees. Son pueblos donde el blanco se encuentra en minoría angustiada, y donde el indígena es verdadero esclavo, una paria sin patria, porque carece de cultura, de propiedad, de bienestar, porque no conoce en una palabra la vida del espíritu en sus manifestaciones más elevadas (...) Se explica que gentes de otros continentes, confundan a la República Argentina, con países que viven cerca de la barbarie, que horrorizan la civilización con sus excesos demagógicos, levantando patibulos todos los días por cuestiones políticas. Pero no tiene excusa que nosotros mismos nos rebajemos al nivel de considerarnos como

pueblo que se ofrece en venta al mejor postor, o que existan mandatarios argentinos capaces de hacer traición a la patria (...) Por otra parte, como dice el Dr. Sánchez Sorondo, creer que la Nación no pueda defenderse de una empresa es declararla inferior a esa empresa. ¡Valientes patriotas! (*Degenerados*: 168-169)

Como puede apreciarse, el pensamiento de Villafañe revela en relación con estos asuntos fuertes semejanzas con el del Lugones jerárquico: el notorio y creciente nacionalismo económico de ambos elude articularse con posiciones aislacionistas. En particular, Villafañe habla de la necesidad de defenderse “con inteligencia” de los trusts, sin levantar murallas a los capitales extranjeros: “mientras más ricos seamos, más fuertes y más respetados seremos.” (*Degenerados*: 173)

Como sabemos, la diatriba villafañana contra Yrigoyen y el radicalismo se prolonga en sus textos de los años treinta. Examinemos brevemente el contenido de *Hora oscura. La ofensiva radical-extremista contra la sociedad argentina* (1934). Ante todo, es dable identificar en ese volumen impulsos y elementos que permanecen constantes respecto de los vertidos en los años veinte. Uno, el juicio negativo sobre el presente de enunciación: “Es un deber de patriotismo, decirlo claro y alto: la Nación argentina vive en estos momentos asediada de peligros, de afuera y de adentro.” (p. 71)³⁴ Dos, el recurso formal de superponer materiales heteróclitos y no siempre consonantes, justificándose vía un alegato de corte antiintelectualista:

No persigo éxitos literarios (...) De mi parte, lo que cuido es que la idea resulte clara y oportuna, aunque la forma se resienta de falta de elegancia (...) H. G. Wells, en su notable obra *La historia del mundo*, culpa a los intelectuales de Grecia y la Roma de los tiempos heroicos, del fracaso y la muerte del esplendor de esas civilizaciones. Los intelectuales, dice, en la hora más difícil de la vida de todos los pueblos, se han caracterizado por su egoísmo, cobardía y acomodamiento a las circunstancias. La mayor parte agrega, han sido palaciegos, al estilo de Virgilio y de Lucano (...) Con este trabajo, como en otros que di a luz en horas oscuras y de peligro en los últimos veinte

³⁴ Una vez más, es imposible no recordar la prédica de Lugones. Una imagen primordial, que podríamos condensar en la figura del cordero indiferente a los lobos amenazantes que sobre él se ciernen, parece subyacer las elaboraciones de ambos. Escribe Villafañe: “La característica del argentino de hoy, de toda categoría, es la cobardía para asumir actitudes resueltas, en las que se juega la tranquilidad y los intereses. Es el acomodamiento a las circunstancias, la obediencia servil a los que mandan, el oportunismo para vivir sin molestias, aunque la altivez y la vergüenza se dejen de lado por inútiles.” (*Hora oscura*: 15-16) Líneas más adelante, refiere el “no te metás”, tematizado por Keyserling, autor con quien volveremos a encontrarnos en el capítulo V. También acude a “los cerdos de Epicuro, que comían tranquilamente, mientras el barco era presa de las llamas.” En todo este tiempo, y en relación con muchos temas, el “alter ego” de Villafañe en el Senado parece ser Alfredo Palacios; en opinión del jujeño, el representante socialista creía vivir “en el mejor de los mundos”.

años, he creído cumplir el deber de decir la verdad a tiempo a mis conciudadanos.
("Palabra previa" a *Hora obscura*)³⁵

Tres, la insistencia en el papel negativo de Buenos Aires y del Litoral; cuatro, las inestabilidades en torno a la valoración de la "estirpe argentina" -coexisten, por ejemplo, la imagen de un árbol de savia y raíces enfermas, envenenado por la escoria eventualmente aportada por la inmigración masiva, con aquella otra del "légamo fecundo", decantado por un mestizaje benefactor, por el cual exóticas plantas se injertaron felizmente en cepas silvestres-; cinco, la actualización, lejos de cualquier clase de impulso revisionista, de su antigua definición del yrigoyenismo, visto como encarnación de la "corriente venenosa de la estirpe, la reviviscencia de las turbas del tirano Rosas, con el agregado de las pestes exóticas que antes he recordado..." (p. 37)

Junto a este tipo de consideraciones despuntan señalamientos nuevos, algunos más previsibles, otros menos. Como adelanté en el *Comentario preliminar*, las elaboraciones de Villafañe se deslizan en esta época hacia posiciones más claramente reaccionarias. En relación con ello hay que resaltar, ante todo, su deseo de una nueva "revolución", análoga a la de 1930, pero capaz de consumir las tareas que aquella, por error o incomprensión de los hombres que rodeaban a Uriburu, dejó sin completar; básicamente, la reforma de la ley electoral en una dirección contraria al sufragio universal y la reforma de la Constitución en un sentido genéricamente corporativizante. Muy llamativamente, la exteriorización de estos deseos lleva a Villafañe a evocar la "visión clara" del Gral. Roca, quien "sonreía irónicamente ante las esperanzas que se cifraban en la ley Sáenz Peña." (p. 32) Por momentos, da la impresión de que, para 1935, Villafañe ha abandonado ya su antiguo antiroquismo; aún más, conforme va creciendo en sus elaboraciones el papel de Yrigoyen como culpable de los males argentinos, Roca va pasando a ubicar sitio destacado en el seno de la corriente sana de la estirpe, aquella que se inicia en Mayo y, prolongándose en Urquiza y en el mismo Roca, modelaría un día la efigie de la nacionalidad definitiva. Naturalmente, todo esto obliga a proceder con cautela antes de proceder a etiquetar a Villafañe de fascista o filofascista.

Corresponde destacar también que en las aportaciones villafañanas de ese tiempo el anticomunismo alcanza un furor pocas veces superado; tal disposición halla ocasión de

³⁵ En el corazón del volumen Villafañe reproduce una poesía de su amigo Juan Carlos Dávalos, soneto a Cristo en el Huerto, que recuerda el episodio bíblico, "ejemplo eterno de los que predicán en todos los Saharas del mundo..."

manifestarse en el terreno de los hechos vía su toma de posición favorable al reestablecimiento de la pena de muerte, punto ligado al proceso seguido contra Severino di Giovanni, anarquista fusilado por el gobierno provisional.³⁶ En el plano de las ideas, dicho furor empalma con una deriva conservadora cada vez más pronunciada, en cuyo cauce los siglos XIX y XX son caracterizados como “locos y estúpidos”, principalmente por haber dado cobijo a la expansión de las utopías liberales que, en su dogmatismo, han buscado moldear la realidad según su capricho:

...el mundo a partir de la Revolución Francesa semeja un torrente despeñado (...) Cuando los siglos pasen, los que estudien esta época han de decir o la han de caracterizar como la época en que la humanidad se volvió loca, consecuencia del semillero de quimeras y de dogmas políticos y sociales inventados por cerebros que quisieron enmendar la plana al Creador, y creyeron encontrar las recetas infalibles que habrían de hacer la felicidad de pueblos, con sueños al parecer hermosos, en el fondo disparatados y suicidas. (*Hora obscura*: 80)

Siguiendo de cerca a Gustave Le Bon, sostiene Villafañe que la destrucción de las creencias tradicionales inevitablemente conduce a resultados nefastos (por ello sugiere recuperar los “valores tradicionales legados por España”);³⁷ embiste entonces contra la educación prevaleciente, a la que visualiza carente, ya no de orientación práctica, sino de Dios, de patria y de ideales elevados (el responsable de tan crítica situación sería, a su pesar, Sarmiento, quien “con la mejor intención del mundo”, trajo al país maestros “apóstoles del ateísmo”), y confiesa, más adelante (p. 104), que sus estudios, orientados por la idea de defender la sociedad, lo fueron llevando a abandonar su antigua indiferencia en materia religiosa, para volverse deísta y cristiano.³⁸ Las cosas, como se ve, continúan enredándose: ¿Cómo clasificar entonces a Villafañe...? ¿Dónde ubicarlo en el espectro ideológico...? Ni liberal civilizatorio al día, ni fascista corporativo en sentido pleno, su pensamiento parece discurrir por ambos cauces a la vez, obligándonos por sus extraños pliegues a dejar en suspenso nuestros afanes etiquetados y a considerar con atención las miríadas de “sin

³⁶ En 1922 Villafañe había votado a favor de la abolición de la pena capital; una década después, tiene oportunidad de “rectificar” su antiguo “error”; para justificarse, evoca declaraciones del Papa Sixto V.

³⁷ En una página de *Cosas de nuestra tierra* (1939), afirma: “Repito que si el heroísmo y la moral han palidecido en la sociedad argentina, las virtudes de la raza tienen hoy, como siempre, reducto invencible en nuestro Ejército, columna vertebral de la nación, que lleva con honra en sus manos la antorcha de los ideales que hace en estos momentos que el general Franco salve la civilización del mundo como la salvara el mismo pueblo español hace siglos, de la dominación de los árabes y de los turcos.” (p. 39)

³⁸ Véase *supra*, nota 19.

embargos” que se anteponen a cada impulso clasificador. Porque un liberal civilizatorio doctrinario tardío y peculiarmente restrictivo debiera más bien haber apoyado el curso seguido por la política argentina desde 1932 sin dejarse llevar por vientos corporativizantes ni anti-modernos ni, menos aún, antiimperialistas (para terminar de sorprendernos, Villafañe pronto exploraría esta última disposición...); por su parte, un nacionalista corporativizante debiera acaso haber tentado el camino de una revisión más profunda de la historia nacional, tarea para la que había entonces un repertorio simbólico disponible. Es posible pensar, con Fernando Devoto (2002), que estas limitaciones e imposibilidades testimonian el enorme peso que la tradición liberal argentina seguía ejerciendo sobre los hombres de ese tiempo. Perfectamente. Pero también puede leerse el proceso desde el ángulo opuesto, esto es, viendo en este conjunto textual tan desgarrado algunas de las múltiples vías a través de las cuales esa tradición liberal civilizatoria y, en particular, la concepción del tiempo que alberga, es simbólicamente erosionada sobre el telón de fondo más vasto de su vaciamiento de sentido real.

4. Entre la denuncia de los *negociados*, los impulsos nostálgicos y la exploración de los enigmas del destino

La tragedia argentina (1943) es, en lo fundamental, un descenso al mundo de la corrupción, de la venalidad, de los *negociados*. Villafañe exhibe allí un extenso inventario de escándalos, a los que procura interpretar a partir de sus concepciones sobre las dinámicas históricas del país y del mundo. Son varios los *negociados* que atraen su atención: la prórroga de la concesión de la Compañía de Electricidad (CHADE y su sucesora CADE); la conformación de la Corporación de Transportes; el conflicto entre gobierno y empresarios en torno al Puerto de Rosario; la apropiación ilegal de minas por parte de un gobernador de Jujuy y sus secuaces; la creación de la Coordinación de Transportes; la conversión de la deuda pública³⁹ y, muy principalmente, el asunto de las tierras de El Palomar.

La “trama” del célebre escándalo de El Palomar puede sintetizarse como sigue: un “intermediario” compró un campo y lo revendió al gobierno, pero a un precio mucho mayor al que éste había pactado inicialmente con las propietarias originales; de ese modo se obtuvo una “diferencia” que fue distribuida entre quienes participaron de la operación. Algún perjudicado

hizo llegar las pruebas de la maniobra a José Luis Torres, periodista amigo de Villafañe; éste, a su vez, las puso a consideración del Senado. Lo que interesa aquí es puntualizar la aportación de Villafañe en relación con el asunto, el *plus* interpretativo que introduce. En primer lugar, deben mencionarse sus insinuaciones acerca de la responsabilidad del presidente Ortiz: a su juicio éste habría asumido, como mínimo, el papel de *encubridor*. Luego, es menester poner de relieve su nítida disposición a conceptualizar los escándalos del momento como consecuencias directas de la democracia mayoritaria: varios debates parlamentarios aparecen transcritos en el volumen; en casi todas sus intervenciones, Villafañe toma clara distancia de las posiciones más frecuentes entre los legisladores, que coincidían en postular que las investigaciones en curso contribuirían a fortalecer la vida democrática, notoriamente cuestionada entonces en virtud de las prácticas fraudulentas en que se venía incurriendo de manera sistemática. En efecto, contra la opinión de casi todo el cuerpo legislativo, arguye que el dogma del sufragio universal es, lisa y llanamente, el peor enemigo del país; tanto tiempo después, insiste en execrar la “obra demoledora” del presidente Yrigoyen:

La impunidad de sus delitos de todo orden y los de la banda que lo acompañaba, han tenido como resultado la perversión de la política argentina en el orden administrativo y la falta de respeto a la ley, sepultada hoy muchos metros debajo de tierra por radicales y conservadores. *El mal ha crecido gradualmente. Hoy, la gangrena llega al corazón.* (*La tragedia...*: 371, mis cursivas)

A los ojos de Villafañe, tras la guerra mundial en curso iría a derrumbarse un mundo: aquel basado en la mentira de la democracia mayoritaria, hija del dogma del sufragio universal; nuevamente, la intensificación de las desgracias y las catástrofes aparece conceptualizada como antesala de la redención. ¿Cabe en este nuevo contexto hablar, por fin, de un Villafañe fascista? Durante la sesión del Senado del 26 de junio de 1940, el político jujeño refirió un discurso de Getulio Vargas, en el cual éste justificaba y anunciaba la intervención del gobierno en la economía, haciendo alarde de pragmatismo y de independencia respecto de las doctrinas en boga, en particular del fascismo. En la misma dirección, se esforzó por quebrar una cadena de equivalencias que le perjudicaba, y que consideraba injusta: “...desgraciadamente, el que hoy no bate el parche de la democracia moribunda, es nazista o fascista y, por añadidura, traidor a la patria.” (*La tragedia...*: 91-92) Impaciente, sostuvo: “... conviene que llegue *cuanto antes* el

³⁹ Villafañe apenas roza esta cuestión, remitiendo al lector al libro de José Luis Torres *Algunas maneras de*

momento en que nuestra democracia mayoritaria *se caiga a pedazos* de puro corrompida y degradada.” (*Ibid.*: 101, risas entre los asistentes; mis cursivas). A lo largo de esta misma intervención refirió posiciones antidemocráticas sostenidas en el siglo anterior por Lord Macaulay (de nuevo, se trata de poner de relieve la prioridad del orden sobre la libertad), declarándose tributario del Gustave le Bon de *El desequilibrio del mundo*,⁴⁰ especialmente en lo que respecta al énfasis en la responsabilidad de la educación laica para explicar la supuesta descomposición que vivía el orbe. En tal sentido, cabe señalar que por esos años Villafañe se adentra, por momentos con llamativa determinación, en las sendas del hispanismo nostálgico apenas esbozado en sus obras anteriores: así, cuestiona tanto el abandono de algunas “sabias instituciones” que existían en la época de la Colonia (en particular, el *Juicio de Residencia* y el *Tribunal de Cuentas*) como el afán desmedido -definido como un verdadero pecado original- por copiar instituciones inadecuadas a la realidad nacional. Veamos esta faceta con algún detalle, a partir del examen de otra intervención suya. Según testimonio del periódico *La Frontera* del 26 de septiembre de 1940, más de mil personas se dieron cita en el *Prince George’s Hall* para homenajear a Villafañe por su valiente desempeño en relación con el *negociado* de las tierras de El Palomar.⁴¹ Durante el homenaje el político jujeño pronunció un extenso discurso de agradecimiento. Entre otras cosas significativas, declaró: “Yo no soy representante de la Ley Sáenz Peña, sino de la malograda Revolución de septiembre...” (*Ibid.*: 190). En un giro que una vez más recuerda derroteros explorados por el Lugones jerárquico, habló de un mundo que agonizaba, de que se asistía a un tiempo de crepúsculos y auroras y de que sólo sobrevivirían al estremecimiento los fuertes de cuerpo y alma, es decir, aquellos que supieran descifrar los enigmas del destino. Aseveró:

Señores: los argentinos, para sortear con éxito todos los peligros, para salvar con honra de esta hora de mentiras, de corrupción y de cobardías individuales y colectivas, necesitamos detenernos a hacer un *examen de conciencia*, -ver claro en las culpas de nuestro pasado y después hacer frente con resolución al porvenir, con la visión clara de los que nos hace falta *para redimirnos y vencer*. Nosotros, como la mayor parte de las

vender la Patria.

⁴⁰ Texto cuya existencia no me resultó posible constatar.

⁴¹ “En la mesa de honor ubicada en el escenario, rodearon al obsequiado las siguientes personas: doctores: Jesús H. Paz (h), Roberto J. Noble, Carlos Gómez, Norberto Gorostiaga, general Juan Bautista Molina, coronel Patricio Sorondo, doctores: Martín M. Torino, Daniel Castro Cranwell, Carlos Rodríguez Egaña, Rafael Zambrano, Augusto Hueyo, Héctor Bullrich y otros, advirtiéndose en la sala la presencia de los doctores Enrique Torino, Mario Molina Pico, Héctor Sáenz y Quesada, Timoteo Oliva, Cupertino del Campo, Hernán Maschwitz, Ernesto Padilla, Máximo Paz, etc.” (En *La tragedia...*: 183)

democracias sudamericanas, caímos en el *pecado original* al día siguiente de la Revolución de Mayo, de borrar el pasado y pretender alumbrar el porvenir con luces prestadas. Ese *pecado original* ha tenido como consecuencia la mayor parte de las desdichas que nos afligen. Nos dimos una Constitución inspirada en las utopías de la revolución francesa, cuando no copia desatinada de la de los Estados Unidos (...) Hicimos un poder ejecutivo tan fuerte como si nos hubiésemos propuesto hacer de cada presidente un tirano. Esta fue obra de los constituyentes del año 1860. Incurrimos en el *pecado imperdonable* de suprimir el Tribunal de Cuentas de la Colonia y el Juicio de Residencia, instituciones tan sabias e indispensables para prevenir los excesos de los malos gobernantes (...) Me falta tiempo para poner de manifiesto muchos errores nefastos de la Constitución que nos rige. *He de limitarme a decir que todo debe ser sometido a revisión y hacerlo de nuevo*, si no queremos correr la suerte de la España roja o de la Francia que en estos instantes tiene nublados los ojos con las lágrimas que el pueblo judío derramara cuando dejara de ser nación y sus profetas fueron a lamentarse bajo los sauces de Babilonia. (*Ibid.*: 191-193, mis cursivas)

No parece excesivo sostener que en este pasaje Villafañe se sitúa en el umbral de una empresa revisionista de profundos alcances, que él, empero, jamás llega a transitar de manera sistemática hasta las últimas consecuencias. Del penúltimo capítulo de *La tragedia...* se desprende el siguiente diagnóstico, en verdad sombrío, de la situación del país:

Por doloroso que sea, es menester convenir en que somos *un país fracasado*, debido en primer término a las *instituciones copiadas* de otros pueblos; después a la *mala orientación de la enseñanza*; finalmente, debido a la *entrega de las principales fuentes de riqueza a capitales internacionales*, con los negociados de los puertos, vías férreas y caminos. Pero lo más grave, es que el *aliento frío del materialismo* (...) ha hecho de nosotros un conglomerado amorfo, sin cohesión, sin dios, ni moral, ni otro ideal que el dinero bien o mal adquirido. *En el barro del aluvión extraño, apenas alienta cual rescoldo bajo cenizas la vieja alma criolla. Lo repito: hemos dejado de ser una patria!* (*La tragedia...*: 414; mis cursivas)

Como puede apreciarse, se trata de un pasaje de tremenda significación: cada vez más cerca de posiciones anti-modernas, Villafañe tiende ahora a recostarse con cierta decisión sobre actitudes no sólo nativistas, sino también decididamente nostálgicas de la vieja alma criolla y del pasado colonial:

Nosotros, como todos los pueblos sudamericanos, hemos vivido y seguiremos viviendo en la anarquía, el fraude, la simulación y arrebatía de los dineros públicos, *mientras no retomemos el camino abandonado de las viejas Leyes de Indias*, que tan bien habían penetrado en el alma hispana y por lo tanto en la de los pueblos sudamericanos. (*La tragedia...*: 418; mi cursiva)

Pero no se engañe el lector: aun en estos años de certezas rotundas sigue siendo posible identificar oscilaciones, como en aquel pasaje tan próximo al precedente, en el cual, de manera desconcertante, sostiene:

Por añadidura, en los últimos tiempos, está de moda en una cantidad de maestros y escritores, denostar a los hombres que han enseñado a leer al pueblo argentino y cimentado su cultura y hacer el elogio de los que lucharon por volver al país a la barbarie en que se encontraba antes de la Semana de Mayo. (*La tragedia...*: 417)

Resulta evidente que, al abordar estas cuestiones, todo el dispositivo axiológico villafañano cruje sin remedio: ¿concibe la gesta de Mayo como una bisagra positiva o negativa?; ¿cuál es su posición frente a la civilización moderna?; ¿cuál son, en suma, sus ideas sobre los tiempos argentino y universal...? Es claro que sus posiciones de esos años combinan, de manera cada vez más desgarrada, una fuerte pero problemática adscripción al ideario liberal-civilizatorio -agregó, industrialista y modernizador (¿qué otra cosa sino esto reclama para su región, para el país, para el continente...?)-, con el desarrollo de líneas de argumentación anti-materialistas y casi contrarias a la modernidad, según las cuales la prosperidad y la riqueza conducen ineluctablemente a la corrupción, y ésta última a la esclavitud (además de sus nuevas consideraciones de cariz moralizante y religioso, recuérdense sus antiguos señalamientos acerca del filisteísmo de las metrópolis, sus elogios a la austeridad provinciana, su opción por la idealidad en contra de la materia...). Pero, ¿de qué manera quedan enlazados estos haces de significados? Aproximarnos a ciertas zonas de *El destino de Sud América* (1944) resultará útil para entender mejor qué es lo que parece estar en juego aquí.

El destino..., que en más de un sentido es una elaboración rotundamente heterogénea, contiene largas páginas donde se celebran los logros civilizatorios de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), de cuyo directorio era miembro Villafañe en aquel despuntar de los años cuarenta. Varias de esas páginas son discursos pronunciados en ocasión de la inauguración de algunas estaciones de servicio del Automóvil Club Argentino (ACA) en lugares remotos del país. En todos esos casos, se esmera en destacar que la acción inteligente de las dos entidades (YPF y ACA) debe considerarse como un nuevo *despertar del progreso material argentino*, al cual juzgaba detenido desde hacía treinta años. Cuando se inauguró la estación de servicio “Resistencia”, en el Chaco (28 de agosto de 1943), Villafañe pronunció un discurso durante el cual rozó, al menos por un instante, el gesto romántico de fascinación respecto de la

supuestamente superada época de la barbarie: en efecto, y al contrario de lo que sucede en el presente de la enunciación, había en aquellos buenos viejos tiempos bárbaros simpleza, salud, vigor, desinterés, fortaleza. Sin embargo, señaló enseguida:

No se piense, por lo que acabo de decir, que reniego del riel, ni de la ciencia, ni de los adelantos de la vida civilizada, *aunque tenga tanto de cierto aquello de la Biblia: 'aumenta tu ciencia y aumentará tu desgracia'*. Sin ferrocarriles, sin telégrafos, sin escuelas, colegios ni universidades, hubiéramos vegetado en la miseria moral y material en que vivimos hasta después de del año 1852 (...) Nunca habremos de lamentar lo suficiente, que las cosas indispensables para nuestro progreso, se hicieran mal desde el arranque, *si bien hubiese sido mucho peor que no se hicieran.* (*El destino...*: 206-207; mis cursivas)

A mi entender, el fragmento muestra que Villafañe desea intensamente una civilización a la que define de un modo peculiar, buscando, de alguna manera, “ponerle condiciones”. Al igual que los arquitectos de la *ilusión* decimonónicas, Villafañe mantiene una disposición favorable al progreso material y al enriquecimiento; agrega a ella el afán industrializador y el reclamo regionalista; a diferencia de aquellos, le sustrae a la configuración dos elementos claves, cuales son el librecambismo y la promesa de una igualdad plena en el futuro. Hasta allí no habría mayores inconvenientes; estaríamos frente a un liberal-civilizatorio peculiar. Sin embargo, Villafañe introduce una tensión adicional, de tremendas consecuencias simbólicas, al permitir que emerja constantemente en sus elaboraciones posteriores a 1935 otra imagen, presumiblemente vinculada tanto con su temperamento religioso como con su condición de hombre del Interior (anhelante a la vez que receloso de la rutilante prosperidad del puerto), a saber, la certeza de que “el oro” inevitablemente corrompe y envilece y, muy ligada a ella, la idea de que el mundo moderno ha perdido el rumbo y el alma. La “solución” que ofrece Villafañe a este conflicto se orienta a apresar la idea de civilización dentro la órbita de los valores tradicionales –conservadores, jerárquicos, católicos, operación que, sin embargo, jamás lo lleva a abandonar su tributación a la tradición liberal-civilizatoria argentina. De este modo, acaba postulando, de una manera desgarrada y problemática, la imagen de un progreso material enmarcado en los contornos de la moral más exigente. En términos generales, la “solución” villafañana remite a una zona gris identificable en la misma tradición bíblica, esto es, al crucial problema de las relaciones entre riqueza material y salvación del alma. Es cierto que en el Antiguo Testamento se consigna que Dios promete la abundancia material al pueblo de Israel y se refieren algunas figuras que testimonian una coexistencia no problemática de ambos rasgos

(Abraham, Jacob y, sobre todo, Salomón, el más opulento y sabio de los reyes de Israel); no obstante, también es cierto que en otros pasajes, ubicados más que nada en los Evangelios, es posible detectar una serie de sentencias que parecen cuestionar la referida compatibilidad; por supuesto, la más famosa de ellas es aquella que indica que es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que entre un rico al reino de los cielos (véase, por ejemplo, Mt. 19, 23-24).⁴² Así pues, todo indica que la “solución” villafañana, mayormente orientada hacia la postulación de un equilibrio que admita la posibilidad de una coexistencia aproblemática entre opulencia y virtud, procura ser una solución verdaderamente *salomónica* al problema; sin embargo, veremos enseguida que esta interpretación tiene límites, y que las cosas vuelven a enredarse.

5. La logia Sandino o el dilema fatal latinoamericano

En el caso de las tierras de El Palomar el “oro extranjero” no había desempeñado, al parecer, papel alguno; sin embargo, sí lo hizo en la mayor parte de los otros escándalos abordados en *La tragedia...* Como aquí falta espacio para considerarlos a todos, referiré apenas el caso de la prórroga de la concesión de la Compañía de Electricidad, enfatizando sobre un aspecto específico que reviste gran interés para nuestros fines: la relación establecida por Villafañe con un curioso texto que transcribió, íntegro, en su libro y que, a mi modo de ver, permite abordar en forma adecuada la penúltima estación de su itinerario, signada por un antinorteamericanismo abierto. El texto en cuestión es una demanda presentada en Tribunales por el señor Eugenio Regaldie, quien le reclamaba a la CHADE varios miles de pesos en concepto de honorarios por haber gestionado, entre otras cosas, la “compra” de los concejales que votaron la prórroga de la concesión por parte de la empresa. Para obtener el ansiado resarcimiento, Regaldie se esmeró en describir con lujo de detalles el habitual *modus operandi* de la compañía, esto es, una larga lista de operaciones fraudulentas y de esfuerzos sistemáticos orientados a corromper a los concejales, todo ello con la anuencia de sus verdaderos propietarios, es decir, los accionistas de la *Société Financière de Transportes et d'Enterprises*

⁴² Si hay o no, y hasta qué punto, una “disposición pauperista” en Jesús y sus discípulos es un tema espinoso, que no corresponde tratar, ni mucho menos resolver, en estas páginas. Quisiera tan sólo señalar que quienes piensan que no la hay, enfatizan la distinción entre pobreza material y pobreza espiritual, asegurando que el polo positivo de la axiología tiene primordialmente que ver con la segunda. El problema remite a una discusión filológica y hermenéutica abierta, que obliga a considerar tanto el significado de algunos términos (*anav, ebion, dal*) como al sentido mismo de las palabras de Jesús. Consúltense los artículos pertinentes del

Industriales (SOFINA), con sede en Bruselas. Al finalizar la extensa transcripción, Villafañe exclama:

¡Con qué elocuencia habla este documento verdaderamente histórico de la forma como intervienen en la vida de nuestra democracia los capitales extranjeros! (*La tragedia...*: 255)

La extraña demanda de Regaldie constituye un texto clave para comprender la profundización de las denuncias villafañanas en relación con la eventual entrega de las palancas de la riqueza nacional a manos extranjeras y, ligada a ella, la notoria vigorización de sus disposiciones anti-imperialistas. Desde su toma de contacto con el escrito de Regaldie, informante involuntario aunque eficaz, Villafañe tendería a colocar estos dos impulsos en el núcleo mismo de su pensamiento. Tenemos un buen ejemplo de ello en las partes primera y última de *El destino de Sud América*, donde intenta articularlos con nuevas lecturas, en especial, con *El juicio internacional*, de Henry Ford, y con *El drama de Sudamérica*, de John Gunther. La primera aportación de *El destino...* lleva por título “El porvenir de Sud América” y se despliega bajo la égida de un epígrafe significativo, tomado del Evangelio según San Mateo -“los últimos serán los primeros”-, mismo que ya había utilizado años atrás para referirse a la situación de las provincias postradas. Pero ahora Villafañe articula su preocupación por el desarrollo industrial y por el equilibrio regional con una sensibilidad marcadamente latinoamericanista. Plantea las cosas en términos de encrucijada fatal y anuncia una nueva epopeya emancipadora para el continente. En un pasaje de indudable sabor vasconceliano, afirma:

Este será el siglo de la América Latina, jardín del planeta, reservado por Dios para cimiento definitivo de la justicia y del amor, cuyo triunfo, según todo lo anuncia, se avecina y llega a este valle sembrado de cenizas y de lágrimas. Nuestro continente se verá entonces convertido en el paraíso terrenal. (*El destino...*: 15)

Esto en lo que hace a la posibilidad de una resolución positiva de la encrucijada. Pero *El destino...* contiene uno de los diagnósticos más oscuros que sobre la situación de América Latina se hayan trazado jamás. La larga cita que sigue es capital; he renunciado a intentar su

Diccionario de Vidal Manzanares (1995), entre otras cosas. En Mt. 6, 24, Jesús dice: “No podéis servir a Dios y a las riquezas.”

paráfrasis -el lector sabrá disculpar su extensión así como el carácter algo entrecortado que le ha impuesto mi selección:

La peor de las tiranías que ha sufrido el género humano, es la que ha exprimido la sangre y el sudor de las masas en el siglo pasado y en el presente, con capitales que, directamente o bajo las formas de sociedades anónimas, han amontonado los tesoros más cuantiosos del mundo, en provecho de unos cuantos accionistas de las Bancas europeas y de Estados Unidos (...) El poder de estos capitales es tal, que forman lo que puede llamarse un Super-estado dentro de las naciones más poderosas, porque, desde la sombra, influyen en forma decisiva en la política de reyes, Presidentes y Congresos, que obedecen sus órdenes y siguen sus aspiraciones (...) *Los argentinos, no hemos escapado a la suerte de los países esclavos.* ¡Y cuán pocos saben que lo son! ¡Y cuán numerosos los que admiran y se inclinan ante los que les ajustan un dogal al cuello! (...) Pero todas las esclavitudes tienen por origen la ignorancia, la falta de cultura espiritual y científica que condena al hombre a la servidumbre de los más preparados, inteligentes, laboriosos y activos (...) Conviene señalar y repetir que éste es el mal que aqueja en forma aguda a los pueblos sudamericanos, con un setenta por ciento de analfabetos algunos de ellos (...) Los países de Sudamérica se encuentran infestados de intelectuales de talento que venden o tratan de vender a sus patrias como pueden -con el pretexto de concesiones de ferrocarriles, de Bancos, de empréstitos innecesarios para todo género de obras públicas- (...) Los empréstitos argentinos hasta cincuenta años atrás, eran indispensables para cimentar nuestro progreso. Hoy no tienen excusa, porque al país, le sobran capitales congelados y muertos sin destino por sumas fantásticas. La plaga de los estafadores de pueblos, común al continente Sud Americano, ha sido creada y fomentada desde afuera, de medio siglo a esta parte (...) Mil veces preferible la muerte, a soportar la humillación de saberse siervos de extraños, que nos desprecian como a seres inferiores (...) La obra de los grandes de la conquista y de la emancipación, se encuentra deshecha por la muerte moral de sus hijos. Todos los países de Centro América y Cuba, se encuentran en iguales condiciones o peores acaso, porque en Puerto Rico 'La Unión' asume la responsabilidad de lo que hace. En los otros países, opera por medio de sicarios elegidos entre los peores hijos de la tierra, que desempeñan el papel de Judas, como los cipayos de la India (...) Sud América, es un cementerio en que sólo viven los que descansan bajo de tierra y escribieron con su sacrificio un pasado de grandeza. ¡No hay lágrimas para llorar tanta desdicha! (*El destino...*: 275-280; mis cursivas)

El tópico de la excepcionalidad argentina queda aquí deshecho, y la posibilidad de una resolución de la encrucijada en un sentido deseable, seriamente lesionada. Uno de los apartados finales de *El destino...* lleva por título "Augusto César Sandino"; Villafaña traza en esas páginas un rápido pero intenso panegírico del héroe nicaragüense, colocándolo en el mismo nivel en que había situado a San Martín, Bolívar y Benito Juárez. Del encomio deriva una certidumbre y un llamado a la acción, al que es preciso atender pues constituye el contrapeso del pasaje anterior, manteniendo abierta la posibilidad de una resolución favorable del dilema:

Sandino no ha tenido imitadores, y el miedo y el interés han hecho el silencio sobre su nombre, que ha debido ser cantado por todos los poetas del continente. Su figura se yergue solitaria en la cumbre más alta de su patria como el Cristo de los Andes en la Cordillera que baten los vientos y las tempestades. Su corazón fue cáliz donde se mezclara la esencia de lo más puro de los corazones nobles de España y América. *Pero los Cristos no mueren; resucitan y, tarde o temprano triunfan (...)* ¡Sandino no ha muerto! *Su mirada de mártir (...)* ordena a la juventud que llega, guerra sin cuartel, a la Bolsa de Nueva York y demás capitales extranjeros que comen la sangre de sus patrias con los trusts del petróleo, del azúcar, del café, de la banana, de la goma, del algodón, de la carne, del trigo, de la electricidad y de los minerales, -de Méjico al Cabo de Hornos (...). *El dilema es, o la esclavitud, o la lucha hasta el triunfo, o la muerte con honra (...)* Hoy los hombres que se sientan capaces de defender la dignidad de sus mujeres y el porvenir de sus hijos, deben apresurarse a fundar la Logia Sandino. (*El destino...*: 281-285; mis cursivas)

En definitiva, en el Villafañe tardío todo se reduce a un problema de *valor moral*. Considere el lector este pasaje, que revela, una vez más, cuán fuerte es ahora el componente nativista y la desconfianza y ambivalencia que suscitan en él todo lo asociado al enriquecimiento, la prosperidad y la civilización moderna:

El General San Martín, en 1819, en instantes sombríos, decía a su Ejército: *‘Si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar; cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con las bayetitas que nos trabajan nuestras mujeres y si no, andaremos en pelotas, como nuestros paisanos los indios. Seamos libres y lo demás no importa. Yo y vuestros oficiales, os daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavo de los maturrangos. ¡Compañeros! ¡Juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre o morir con ellas como hombres de coraje!’* Que recuerden estas palabras los mandatarios medrosos, si bien la mayor parte de los entregadores, son seres venales y cotizables. (*El destino...*: 29-30; esta vez, las cursivas son de Villafañe y están puestas para destacar las palabras de San Martín)

De manera que más vale ser pobre y libre que rico y esclavo. Nuevamente se trata de aceptar el progreso material *si y sólo si* se consigue apresarlo en un rígido marco normativo, que en este caso tiene que ver nada más y nada menos que con la libertad. Para redondear lo consignado, escuchemos una vez más sus palabras:

Estados Unidos debe recordar la suerte del Imperio Romano. Al día siguiente de la conquista del mundo, cayó deshecho por la podredumbre moral que le inoculara el oro de los pueblos vencidos, porque los que se enriquecen con el atropello a los débiles, llevan en la frente el signo de Caín. Sólo vive y dura en este mundo, lo que se cimenta sobre la moral y la justicia. *¡Quiénes tienen la audacia de hablar de confabulaciones siniestras de*

los argentinos! Estados Unidos carece de autoridad moral para invocar a su favor la fe y la honradez en sus relaciones internacionales. (*El destino...*: 320; cursivas de Villafañe)

Además del notorio cariz anti-norteamericano el cual, como sabemos, hace su aparición ligado a una circunstancia específica, cabe retener de este pasaje dos elementos: el desplazamiento a una escala universal de la imagen referida a la existencia de una corriente venenosa en la estirpe (aquella que lleva en la frente “el signo de Caín”) y una nueva y muy clara afirmación acerca de la invalidez de los logros materiales que no cimientan en la moral y la justicia (la podredumbre moral conduce a la caída). En relación con esto último, cabe preguntarse qué respuesta ofrece Villafañe al interrogante de por qué hay pueblos poderosos y pueblos débiles. En algunos pasajes, bastante numerosos por cierto, acude a la tradición aristotélica y a los puntos de vista propios de varios de sus autores predilectos (Taine, Renan, muy especialmente Le Bon), para afirmar que la dominación económica “es el castigo que el destino inflige a los pueblos sin moral ni cultura” (*La tragedia...*: 414), o para sostener que, “como decía Aristóteles hace miles de años, es imposición de la naturaleza que los hombres más inteligentes y cultos sometan a la condición de esclavos, a los inferiores en talentos y prendas morales” (*El destino...*: 24-25). Corresponde poner de relieve que esta última posición, en la cual se asocian directamente poder y virtud por un lado y destino ínfimo e inferioridad moral por el otro, se relaciona de manera más que problemática con aquella otra hace un momento referida según la cual puede haber -y hay- poderes inmorales, condenados a la descomposición justamente por su inmoralidad. Es claro que el tema de la muerte de las civilizaciones se liga en Villafañe tanto a la tradición clásica (en numerosas oportunidades se refiere a Jenofonte, Suetonio, Tácito, Tito Livio, etc.) como al género apocalíptico y, en estrecha relación con éste, a la idea de que los poderes terrenales están bajo el control de Satanás.⁴³ Todo esto impide considerar, sin más, las posiciones de Villafañe como equivalentes a las de Lugones; en el poeta, hasta donde sabemos antihispanista y anticatólico, el problema

⁴³ El lector interesado debiera consultar el Apocalipsis, en particular, el episodio de las Siete Plagas Postreras, así como también los otros libros que participan del género: en el Antiguo Testamento, II Daniel; II Zacarías; Isaías 24 a 27; en el Nuevo, el Discurso de Jesús en el Monte de los Olivos, etc. Con respecto a la idea de que los poderes terrenales están en manos de Satanás, el episodio de la tentación en el desierto en Lc. 4, 5-8 y, muy especialmente, las Partes IV y V del Apocalipsis, donde Roma aparece caracterizada como una ramera que, al servicio de la Bestia, ha corrompido a la tierra con su fornicación; también, como una gran Babilonia a la que no le espera otro destino que a la antigua.

de la potencia dejaba simplemente fuera de su órbita consideraciones morales o en todo caso las subsumía dentro de sí.⁴⁴

Lo expuesto hasta aquí puede dar la impresión de que en *El destino...* Villafañe ha abandonado por completo el tópico de la excepcionalidad argentina. Concluir esto no sería por completo inadecuado toda vez que el diagnóstico sombrío y la fatal encrucijada referidos conciernen a todo el continente, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos. Sin embargo, en las últimas páginas del volumen vuelve a encontrarse la clásica imagen, aunque en una nueva versión, enlazada al anti-norteamericanismo característico que destila este libro singular. Después de recordar la propensión expansiva que había caracterizado a la política exterior norteamericana, señala:

El *único* pueblo [de Sud América] que se ha salvado de la conquista por la violencia, la mentira y el oro, es la República Argentina y de ahí la ira de los que mandan en la Unión. Los tiene fuera de sí, el hecho de que este país exporte artículos de toda clase a los demás países del Continente. Este privilegio, según ellos, está reservado exclusivamente para Estados Unidos. ¿Qué persigue Cordell Hull con la ofensiva que acaba de renovar contra la República Argentina con el ridículo pretexto del discurso del Coronel Perón? Vejar a este país con la guerra económica, en la creencia de que se someterá lo mismo que los demás países del Continente. Cree también acaso en la posibilidad de llevar al poder un gobierno títere, sin darse cuenta de que aquí, el pueblo colgaría de una horca en la Plaza de Mayo a los traidores que se prestaran para desempeñar el rol de Presidentes de Centro América, Cuba o Puerto Rico. Se ha equivocado completamente. Desde luego, en respuesta a sus desplantes de déspota olímpico, el gobierno argentino ha ascendido al Coronel Perón a Vicepresidente de la República. Le ha allegado amigos que no tenía. Ha afianzado la revolución de Junio. Que pierda la esperanza de que ha de someter al pueblo argentino con desplantes y bravatas ni con la violencia. (*El destino...*: 314-315; mis cursivas)

Circunstancia específica: como adelanté en el *Comentario preliminar*, el antinorteamericanismo villafañano se puso de manifiesto poco después de la “revolución” de junio de 1943, sobre el telón de fondo de la intensa presión que ejercían los Estados Unidos

⁴⁴ En el Lugones de la segunda mitad de los años veinte, nacionalismo y latinoamericanismo entraron en fricción; en rigor, no hubo en el poeta propensiones anti-imperialistas; esquemáticamente, pudiera decirse que, a sus ojos, el *bienestar de los argentinos* iba ligado, no a la unidad latinoamericana contra el o los imperios, sino al desarrollo de la potencialidad “imperial” del propio país. Por el contrario, en el Villafañe de principios de los años cuarenta, nacionalismo y latinoamericanismo hallan articulación en torno a un marcado anti-imperialismo. No debe olvidarse que el contexto y la atmósfera ideológico-intelectual de entonces eran bastante diferentes de los que, más de una década atrás, habían servido de marco a la producción del Lugones jerárquico.

sobre la Argentina, en particular a través de Cordell Hull, para que el país rompiera relaciones con el Eje, hecho éste que se produjo recién en los primeros meses de 1944.

Como ha puntualizado Cristián Buchrucker (1987: 279ss.), el golpe que depuso a Castillo parece haber tenido origen en la desafortunada elección por parte de éste y de la coalición conservadora que lo sostenía del candidato que iría a sucederlo, el magnate azucarero Robustiano Patrón Costas; desconozco si Villafañe estuviera cerca de Patrón Costas en ese tiempo; tampoco sé de alguna manifestación suya sobre el particular. De lo que no hay duda es de que, frente a la designación de Patrón Costas, varios sectores manifestaron su descontento y algunos conspiraron, entre ellos el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), del que era miembro activo el entonces Coronel Perón.⁴⁵ Como vimos, Mario Nascimbene (1997) ha insinuado que ciertas aportaciones de Villafañe pudieron haber influido sobre los miembros del GOU. Es posible. Más allá, no he hallado consideraciones críticas de Villafañe con respecto a la gestión del presidente Castillo -pareciera que éste le disgustaba bastante menos que Ortiz- aunque, como se desprende del pasaje anterior, la “revolución” de junio que puso fin a su gestión pareció entusiasmarlo, quizás tanto como las primeras declaraciones públicas de Perón. Aparte la innegable utilidad heurística de la distinción propuesta por Buchrucker entre nacionalismo restaurador y nacionalismo populista, no resulta sencillo ubicar a Villafañe de manera unívoca en una u otra de esas líneas. De un lado, su elitismo así como su identificación con el uriburismo y con sectores del nacionalismo católico parecen aproximarlos a la primera vertiente; del otro, su creciente anti-imperialismo, su incipiente latinoamericanismo y su constante énfasis en la industrialización, en la defensa del trabajo nacional y en el bienestar de todos los argentinos lo colocan más cerca de la segunda. Más allá de eso, sigue pareciendo más significativo interrogarse por los límites, es decir, por las razones por las que, pese a todo, *no resulta posible* situar a este político escritor de libros tan desparejos como incisivos en uno u otro conjunto.

Lo cierto es que Villafañe prácticamente deja de escribir en este tiempo; *El destino de Sud América* es su último libro consagrado de manera directa a la “realidad argentina”. Desconozco por completo cuál fuera su posición frente al peronismo; más aún, desconozco si

⁴⁵ Buchrucker distingue tres tendencias o “partidos militares” dentro del complejo proceso que desembocó en la movilización popular de fines de 1945 y en el triunfo electoral de Perón a principios de 1946: la línea del “nacionalismo restaurador” (más influyente en los meses que siguieron al golpe); la tendencia nacionalista populista (que logró imponerse bajo Farrell y cuya cabeza vino a ser Perón); y el grupo de los oficiales aliadófilos, más próximos al conservadorismo y al radicalismo anti-personalista.

formuló alguna manifestación pública al respecto. El enigma no carece de interés: si proyectásemos hacia adelante algunos de los elementos presentes en las aportaciones villafañanas de 1943-1944, podríamos concluir que la postulación de una intersección entre ciertas dimensiones sustantivas de su prédica y varios de los elementos constitutivos de lo que, por vías complejas, se fue conformando como la ideología “peronista”, resultaría ser algo más que una extravagancia. Sin embargo, antes de dar nada por hecho o por sabido, hay que tener presentes dos conjuntos de cuestiones. Por una parte, y como recuerda Buchrucker (loc. cit.), el peronismo ha de interpretarse como la síntesis de un proceso sumamente intrincado, que incluso llegó a sorprender y desorientar hasta a quienes parecían tener con él los más obvios puntos de contacto, al punto de poder ser vistos como sus (en cierto modo involuntarios) precursores. Por la otra, y como vimos siguiendo a Kindgard (2001), en términos tanto políticos como simbólicos a Villafañe le habría resultado muy costoso adherir al peronismo, y ello no tanto o no sólo por razones doctrinarias o retóricas sino también y fundamentalmente por factores muy concretos: en el peronismo jujeño de ese tiempo desempeñaban un papel centralísimo los antiguos radicales yrigoyenistas liderados por Tanco; además, más temprano que tarde, el gobierno peronista se dispuso a avanzar en forma decidida sobre los intereses de la oligarquía azucarera...

A principios de los años cincuenta Villafañe publicó sus dos obras postreras: *Motivos de la selva y de la montaña* (1952) y *Las mujeres de antaño en el norte Argentino* (1953).⁴⁶ A diferencia de todas sus elaboraciones precedentes, estas no son obras de lucha; a semejanza de aquéllas, siguen presentando un carácter misceláneo y despajejo. En las primeras páginas de *Motivos...*, se advierte:

Fruto de un ocio forzado, las páginas que siguen tienen la melancolía del último adiós a las regiones donde han transcurrido las horas más intensas de la vida. Hay en ellas algo de una mirada de ultratumba, de la última llamarada de una luz que se apaga. (*Motivos...*: 14)

En términos generales, este volumen contiene pocos elementos de interés en relación con los fines del presente estudio; quisiera dejar anotado, empero, que alberga una serie de

⁴⁶ En 1947 apareció el volumen *El General Uriburu y la Revolución de Setiembre*. No hay en sus páginas una actualización de la mirada villafañana sobre esa figura y ese acontecimiento, sino una selección miscelánea de textos, conferencias y documentos anteriores orientados a dos propósitos que ya conocemos bien: denostar a Yrigoyen y homenajear al jefe del malogrado movimiento setembrino.

recuerdos, anécdotas y reflexiones que dicen mucho, tanto de ciertos rasgos decisivos de la personalidad de su autor -su obsesión por un destino duro, áspero, injusto, inexplicable...; sus inclinaciones hacia la filosofía hindú y hacia una suerte de disposición panteísta que lo lleva a una contemplación casi mística de la naturaleza, a dialogar con la montaña, a recuperar la tradición de la Pachamama...-, como de un haz de cuestiones que pueden resultar de interés para quien se disponga a explorar aspectos particulares de la historia y la cultura del Noroeste argentino.

Al igual que *Motivos...*, *Las mujeres de antaño en el norte argentino* es presentada por su autor como una obra de vejez, orientada, en este caso, a venerar un pasado tan lejano como cargado de heroísmo. A través de ella, Villafañe se propone homenajear a las mujeres que con su sangre y sacrificios hicieron posible el triunfo de la Revolución de Mayo. Villafañe justifica su afán historiográficamente -en nombre de una historia integral, que tienda a reducir las fallas y lagunas de nuestro conocimiento del pasado recuperando batallas tan silenciosas como fundamentales-, y políticamente -ya que, desde su óptica, y dado el fracaso de los hombres argentinos en la vida pública (lapidario, insiste: “el alma argentina murió en 1916”), no queda otra alternativa que volver los ojos hacia la mujer, única esperanza de salvación en este mundo plagado de Judas Iscariotes, desprovistos de otra bandera que no sea la de su ambición y su egoísmo. Si es cierto que el libro encierra varios impulsos de interés -elogio de las primeras españolas llegadas al Noroeste (“lo más delicado de España”); panegírico de los habitantes de esa misma región (pueblo de caballeros honorables, viriles, sagaces); referencia a Jujuy como “pueblo mártir de la Revolución”, que recibió por eso la primera enseña patria, “premio de los premios”; consideración puntual de episodios de la guerra de independencia en que tuvieron un papel destacado mujeres⁴⁷ -, también lo es que no contiene referencias directas a la dinámica política del presente de enunciación; sin embargo, por vía indirecta, o más bien negativa, nos hace pensar que el Villafañe de 1952 no estaba celebrando nada. En pasaje que juzgo cierre adecuado para este esfuerzo de aproximación, escribe:

El tiempo y sus cambios pueden cubrir de cenizas sus despojos y dar la impresión de que sus almas se apagaron para siempre. Pero las brasas encendidas por ideales elevados no se apagan nunca. Un día parece que el soplo de Dios pasa por encima de

⁴⁷ Tal vez sea de interés consignar aquí que, entre las fuentes empleadas por Villafañe en este último libro suyo, destacan Concolorcorvo, las *Memorias* del Gral. Tomás de Iriarte, los *Recuerdos...* de Juana Manuela Gorriti, las impresiones del capitán José Andrews, la *Historia de Salta* de Bernardo Frías y testimonios varios de Benjamín Villafañe padre.

ellas y barre el polvo de la ingratitud y del olvido. Entonces las brasas crepitan de nuevo y se encienden en llamaradas, para recordar a los hombres que sólo las leyes morales alumbran los caminos del cielo y son las que conducen a la felicidad en la tierra. Por eso, repito, la historia para que llene su misión, no ha de limitarse al relato frío de episodios del pasado; ha de llevar, ante todo, al espíritu de los niños, algo así como la hostia eucarística de la sangre y el latido del corazón de los varones esforzados y de las mujeres que los engendraron. (*Las mujeres de antaño...*: 69-70)

A MODO DE CIERRE

Los desarrollos precedentes deben haber dejado claro que Villafañe fue un especialista cabal en nombrar los males del país, así como en trazar diagnósticos sombríos de casi todos los presentes en los que se fueron inscribiendo sus intervenciones. Hemos podido comprobarlo al tomar en consideración los títulos de sus obras, el tono severo e inflamado de su prédica, la propensión característica a adentrarse en los meandros temáticos de la enfermedad y la muerte colectivas, en suma, el catastrofismo casi apocalíptico que tanto distingue sus elaboraciones y que suele resolverse en la postulación de fatales encrucijadas, casi nunca abiertas a resoluciones deseables.

¿De qué manera encara Villafañe el problema de la explicación del mal? En las aportaciones tempranas, aún signadas por una visible disposición antiriquista, 1880 aparece como un corte significativo; desde tal perspectiva, a partir de aquella fecha sólo se habrían sucedido malas administraciones; como procuré mostrar, hasta 1919, sus consideraciones sobre el radicalismo yrigoyenista albergan nudos de tensión, pero permanecen abiertas en lo que respecta a la valoración final. Una vez que el antiyrigoyenismo de Villafañe se vuelve abierto y rotundo – lo que tiene lugar, como vimos, entre 1920 y 1921-, el dispositivo se modifica, dejando paso a una nueva y relativamente original articulación de significados y valoraciones. Ante todo, está Yrigoyen, presencia decisiva para entender las calamidades que asolan al país; sin embargo, en la medida que el caudillo no se explica a sí mismo, cabe preguntarse por el modo en que Villafañe explica su irrupción, su popularidad, su prestigio... En un primer momento, acude a la figura del pueblo traicionado por un líder simulador y farsante. De manera constante, cuestiona las propensiones demagógicas y electoralistas de Yrigoyen, las cuales tienen entre sus consecuencias el librecambismo y la falta de planificación, ambas nefastas desde el punto de vista del equilibrio productivo y regional del país. Para Villafañe, una dirigencia sin ideales gobierna no para toda la Argentina, sino para una región particular de ella, la más poblada, es decir, la que alberga un mayor número de votantes; esa desidia es interpretada como manifestación del conflicto esencial entre Interior y Puerto, el cual es remitido, a su vez, a deficiencias culturales más generales ligadas, en última instancia, a la contraposición Idealidad / Materia. Por esa vía, arriba en ocasiones a consideraciones fatalistas y, con mayor frecuencia, al tópico más característicamente suyo de la dualidad de la estirpe, formulado primero vía el mito de Orestes y luego, de un modo simbólicamente más consistente, vía el fratricidio del Génesis. Paralelamente, Villafañe remarca con insistencia el papel negativo de la prensa en relación con la realidad política; a su juicio, si ella diera el adecuado relieve a las irregularidades comprobadas del yrigoyenismo, otra sería la suerte de esa fracción política y del país. Elitista desde sus escritos tempranos, hasta fines de los años veinte Villafañe se resiste empero a cuestionar de manera abierta la vigencia de la ley Sáenz Peña; recién en torno al golpe de Estado de 1930 se pone de manifiesto su radicalización en ese sentido. A partir de entonces, e identificándose

plenamente con la malograda experiencia uriburista, se desliza cada vez más hacia posiciones corporativizantes a la vez que se adentra en líneas de reflexión de corte moralista, católico y, por momentos, anti-moderno. Por lo demás, motivos indudablemente presentes en sus elaboraciones de los años veinte cobran ahora mayor relevancia; tal el caso del acento colocado en la penetración de las ideologías subversivas que no tienen otro propósito que el de “destruir la civilización”; tal el caso, también, de las alusiones al “oro extranjero”, a su capacidad para manipular a la clase dirigente local, siempre dispuesta a anteponer la consolidación de sus privilegios al interés de la nación; tal el caso, en fin, de su peculiar giro antiimperialista de principios de los años cuarenta que lo conduce a proponer estentóreamente la fundación de una logia encaminada a incendiar Wall Street.

De manera que tras el recorrido propuesto nos queda una imagen de Villafañe que pone de relieve, más allá del tono inflamado de su prédica y junto a elementos relativamente firmes y constantes, llamativas oscilaciones e irresoluciones en el corazón mismo de su sistema axiológico. Por ejemplo, no resulta sencillo responder a la pregunta de si Villafañe es, al fin y al cabo, un civilizador o un reaccionario... En cierto sentido, parece bastante coherente, tanto en términos lógicos como simbólicos, que su primordial toma de partido a favor del Interior -sano, austero, pleno de valores espirituales- y en contra de la metrópoli filistea lo conduzca al encuentro del nativismo y que éste último pueda, a su vez, llevarlo hacia posiciones anti-civilizatorias y hasta anti-modernas. Visto de ese modo, no resulta tan extraño que a la imagen liberal de la historia argentina de la que Villafañe es, en principio, tributario, se yuxtaponga otra, también cultivada y defendida por él mismo, según la cual la propensión a copiar instituciones extrañas es conceptuada ni más ni menos como un pecado original, la Constitución contiene errores nefastos que es preciso rectificar, la educación moderna conduce a la más desastrosa descomposición moral... Desde esta perspectiva y examen de conciencia mediante, todo debiera ser sometido a revisión y rebecho...; sin embargo, y como sabemos, sólo en muy contados momentos Villafañe se permite incursionar en las inquietantes perspectivas que un cultivo sistemático y consecuente de esta última línea de reflexión podría inducir.

En fin, frente al desafío, ciertamente incómodo, de etiquetar a Villafañe en lo relativo a sus ideas sobre la historia política argentina, diría que su pensamiento es, casi al mismo tiempo, liberal-civilizatorio / federal / urquicista (aunque no antimitrista) / proteccionista / nacionalista / nativista y propenso a posiciones anti-imperialistas (éstas últimas marcadamente acentuadas y cada vez más articuladas en sus escritos posteriores a, digamos, 1935) No hace falta insistir en los profundos desgarramientos y tensiones que supone tan peculiar combinación de sensibilidades. A lo largo del recorrido hemos visto algunos ejemplos de sus oscilaciones y hemos propuesto la hipótesis de que la “solución” que intenta dar el Villafañe posterior a 1935 al conflicto que se plantea entre esos haces de significados en tensión reside en un esfuerzo por enmarcar, en el plano simbólico, el progreso material, la riqueza y la civilización dentro del contorno de la más severa moral; este señalamiento no

debe llevarnos a olvidar que en ciertos momentos despunta en sus elaboraciones un rechazo más integral de las riquezas materiales. En este punto, quisiera insistir sobre el destacado papel que juegan en la economía discursiva villafañana, especialmente en la posterior a 1935, ciertos temas religiosos y, más que eso, cierta matriz primordial derivada de la tradición católica. Sus recurrentes alusiones a la estirpe de Caín -primero en relación con la historia del país, después en relación con la historia universal-, su insistencia en el uso de nociones tales como pecado, culpa, examen de conciencia, expiación, redención y muchas más son claros indicadores de esto; también lo es, qué duda cabe, su elogio permanente de las virtudes sencillas y de la austeridad, actitud que lo lleva a desconfiar del progreso material que por otra parte desea intensamente para su región, para su país y para su continente, y que empalma con aquella vertiente de la tradición católica que postula la inmoralidad de la riqueza (¿de toda riqueza...?). En fin, su impulso catastrofista, su idea del tiempo-encrucijada, su noción de que sólo a través de la desgracia puede accederse a la redención —aspectos no reductibles a pero sí estrechamente emparentados con el género apocalíptico- vienen a decir que no es posible desgajar su visión de la historia y su concepción del tiempo, al menos las correspondientes al período que estamos considerando, de una matriz católica que parece enmarcarlos y llenarlos de sentido. Por supuesto que esta propuesta interpretativa no resuelve todos los problemas que la obra de Villafañe —extraordinario lugar de encuentro de haces de significados que suelen ser considerados como radicalmente incompatibles- suscita; proporciona, empero, una clave heurística de algún interés.

Considerando la obra villafañana en su totalidad, puede tal vez sostenerse que predomina en ella una concepción del tiempo susceptible de ser caracterizada del modo siguiente: el pasado lejano visto como herencia dual (las “dos corrientes de la estirpe”, énfasis que lo distingue, por ejemplo, de Lugones); el pasado próximo como descomposición o decadencia; el presente como instante sombrío, grave y putrefacto; el futuro como catástrofe inminente; en el mejor de los casos, como encrucijada enigmática, cuya resolución positiva sólo quedaría abierta por una ineluctable intensificación de las desgracias y calamidades, tema éste apocalíptico por excelencia. El abandono de la referencia al mito de Orestes y del antihispanismo efímero con el que se articuló; los pasajeros raptos de optimismo en torno a los golpes de 1930 y 1943, y la centralidad cada vez más notoria de la disposición anti-imperialista y latinoamericanista son tal vez las más significativas de unas variaciones que, según creo, no llegan a alterar los aspectos medulares de esa concepción del decurso temporal. Desde luego, no intento sugerir con esto que en las elaboraciones villafañanas primen la claridad y la coherencia; por el contrario, lo que a lo largo de un cuarto de siglo se mantiene casi igual a sí mismo es el intrincado racimo de tensiones y cuestiones irresueltas que he intentado exhibir y, en la medida de lo posible, desentrañar. Por lo demás, he insistido en que la concepción villafañana del tiempo puede considerarse análoga a la del Lugones jerárquico. Transitar esta línea de reflexión llevaría a visualizar en ambos conjuntos textuales un quiebre innegable con la

tradición liberal-civilizatoria argentina, de la cual ambos no dejan de ser nunca, no lo olvidemos, tributarios problemáticos, pero de la que se separan en un aspecto crucial: la adhesión a la imagen lineal-ascendente del decurso temporal y la certeza de una próxima coincidencia entre las esferas de lo deseable y lo inminente. Sin embargo, el pesimismo relativo que se deriva de ello no acerca a estos autores a la sinuosa y digamos estéril melancolía del último Ayarragaray; más allá de las importantes diferencias que obligan a no confundirlos, Lugones y Villafañe reclaman a gritos un cambio de rumbo para que el destino de grandeza en el que de alguna manera siguen creyendo se manifieste por fin; así, no terminan de separarse del todo de aquel gesto inaugural característico del Facundo y de las Bases...; sin embargo, y a diferencia de los arquitectos de la modalidad hegemónica de la ilusión, el Lugones jerárquico y Villafañe en general trabajan sobre la posibilidad cierta de una derivación fatal, en el presente-futuro, hacia la anarquía, la descomposición, el destino ínfimo, la intensificación de las calamidades y desgracias, en fin, la muerte colectiva; en ello reside, en mi opinión, la razón fundamental que autoriza a interpretar sus elaboraciones como jalones decisivos en la conformación y sedimentación del tópico del fracaso nacional.

CAPÍTULO V

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *SUMMA NEGATIONUM*

La inhistoricidad del paisaje, la enorme superioridad de la naturaleza sobre el habitante y de las fuerzas ambientales sobre la voluntad, hacen flotar el hecho con la particularidad de un gesto sin responsabilidad, sin genealogía y sin prole. Técnicamente en estas regiones no hubo nadie ni ocurrió nada.

Ezequiel Martínez Estrada, *Radiografía de la pampa*, p. 64.

Hablo, entonces, fortalecido por un gran deber, aunque sea ilusorio, y en nombre de Dios, aunque no exista.

Ezequiel Martínez Estrada, *Exhortaciones*, p. 55.

COMENTARIO PRELIMINAR

Hijo de padres españoles, Ezequiel Martínez Estrada nació en 1895 en San José de la Esquina, provincia de Santa Fe.¹ Poco después la familia se radicó en Goyena, al sur de la provincia de Buenos Aires. En 1907 sus padres se separaron; a raíz de ello Ezequiel se desplazó a Buenos Aires, donde vivió con una tía y asistió al Colegio Nicolás Avellaneda. En un señalamiento que vale la pena retener, León Sigal (1991a: 352ss.) ha subrayado que las experiencias personales tempranas, casi nunca explícitas, ocupan un lugar crucial en la conformación del pensamiento martínezestradiano:

El fin de la infancia marca una neta división en la imagen de la vida de Martínez Estrada. Un antes paradisíaco, con sentimientos de plenitud, donde vive indiferenciado con su madre y un después de la expulsión, de infinita tristeza y ansia de preservar y recuperar el reino perdido (...) El pasado infantil mágico es un sentimiento esencial que quiere preservar contra los embates de la realidad, y es el objetivo inalcanzable de una incesante búsqueda (...) Esta ambigüedad se inscribe en su poesía donde los jirones dispersos de la infancia se rodean de una atmósfera bucólica, tierna, protectora. Se inscribe también como telón de fondo de la infancia feliz, feliz y dolorosa, de casi todos sus héroes.

Según Pedro Orgambide (1997: 36), hacia 1911 Martínez Estrada vaciló entre participar en política o intensificar sus lecturas. Si es cierto que por entonces asistió a reuniones, asambleas y manifestaciones obreras,

¹ Existen numerosos estudios sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada. Para elaborar este Comentario he recurrido a algunos, entre los que quisiera destacar las biografías elaboradas por Pedro Orgambide (1985; 1997); el conjunto de aportaciones reunido en la edición de *Radiografía de la pampa* que empleo, en particular las firmadas por León Sigal y David Viñas; el estudio de Liliana Weinberg (1992) sobre *Muerte y transfiguración...*; la serie de ensayos que componen el volumen de AAVV (1994) y las notas de

también lo es que pronto “regresó a los libros” para buscar en ellos las respuestas a sus inquietudes y perplejidades. Tomó así contacto con filósofos clásicos leídos en clave moral; con Darwin y Nietzsche; con los socialistas utópicos y con los anarquistas rusos. Orgambide destaca asimismo que en Martínez Estrada convivieron desde temprano el pensador y el artista: en lo que respecta a la segunda dimensión, Martínez Estrada fue en su juventud “un buen receptor de la revolución formal del modernismo”. En 1914 ingresó como empleado al Correo Central, donde trabajó hasta 1946. De 1917 es su primera colaboración en la revista *Nosotros*. En 1918 apareció *Oro y piedra*, primer libro de poemas. En testimonio retrospectivo, Martínez Estrada declaró a Orgambide (Íbid: 38) que en esa época se volvió admirador de Rosa Luxemburgo y León Trotsky. En 1921 se casó con la pintora y escultora italiana Agustina Morriconi. En 1922 publicó *Nefelibal*; en 1924, *Motivos del cielo*; Orgambide (Íbid: 54) indica que en esos poemarios es posible identificar referencias significativas a la India y a la filosofía de Oriente, ecos de una disposición que caracterizaba por entonces a una franja significativa de la cultura argentina. En 1923 Martínez Estrada fue nombrado profesor de Literatura en el Colegio Secundario dependiente de la Universidad de La Plata, cargo que conservó hasta 1946. En 1927 obtuvo el Primer Premio Municipal de Poesía por el libro *Argentina*; ese mismo año viajó a Europa por primera vez. En 1929 publicó *Humoresca* (poemas) y *Títeres de pies ligeros* (teatro en verso). En 1931 obtuvo el Premio Nacional de Letras; con el dinero correspondiente adquirió una chacra en Goyena. Es muy importante retener que hasta el final de la década del veinte Martínez Estrada era un joven poeta en franco ascenso, muy próximo a la figura tutelar de Leopoldo Lugones. Según David Viñas (1982b: 161ss.), los reconocimientos y premiaciones que obtuviera no fueron ajenos a esa cercanía, pensable en términos de “paternidad intelectual”; hacia 1928 Martínez Estrada conoció a Horacio Quiroga (pensable, siempre según Viñas, como “hermano mayor”); desde esa fecha es posible constatar un distanciamiento gradual pero creciente respecto de Lugones -en particular de su prédica política-, y una creciente insatisfacción con el papel de “poeta laureado”. Este intrincado proceso, adecuadamente puesto de relieve, con distintos énfasis, por Viñas (loc.cit.), Sigal (1991:375ss.) y Orgambide (1997:74ss.), se encuentra sin duda en la raíz del viraje de 1933, por el cual Martínez Estrada abandonó su faz de “vate oficial” para consagrarse al ensayo crítico.² Dicha mutación no debiera verse, empero, como producto exclusivo de factores subjetivos e interpersonales: como ha remarcado Liliana Weinberg (1991:474ss.;1992:28ss.), el impacto de la crisis

Joaquín Roy al *Panorama de los Estados Unidos* (1985 [1942]), entre otras contribuciones consignadas a lo largo del desarrollo.

² Pedro Orgambide ha destacado dos hechos cruciales en esta dinámica: en primer lugar, los artículos que Horacio Quiroga publicó en *La Nación* en octubre de 1927 y mayo de 1928, en los cuales Quiroga consiguió racionalizar su malestar con Lugones y, en segundo, el rechazo por Martínez Estrada del homenaje que Lugones le tributara en ese mismo diario el 18 de agosto de 1929.

*económica y política de 1929-1932 sobre la sensibilidad de Martínez Estrada y sobre la cultura argentina en general no puede ser desconocido ni minimizado.*³

En 1933 Martínez Estrada publicó Radiografía de la pampa, obra que obtuvo el Segundo Premio Nacional de Ensayo y Crítica (1937). No es necesario reiterar aquí una vez más que Radiografía... es una de las obras capitales del pensamiento argentino y latinoamericano; tampoco es preciso insistir sobre el hecho de que, más allá de los hilos de continuidad que pudieran detectarse con respecto a la obra poética anterior de Martínez Estrada, constituye una bisagra centralísima en su trayectoria intelectual. Permítasenos volver a evocar un famoso pasaje de su “Prólogo Inútil” a la Antología de 1964:

Con Radiografía de la Pampa yo cancelo, no del todo pero casi definitivamente lo que llamaría la adolescencia mental y la época de vida consagrada al deporte, a la especulación y al culto de las letras. Radiografía de la pampa significa para mí una crisis, por no decir catarsis, en que mi vida mental toma un rumbo hasta entonces insospechado. Diré que fui enrolado en las filas del servicio obligatorio de la libertad de mi patria.

Elaborada a partir de lecturas hasta cierto punto nuevas (por un lado, las obras básicas de la tradición liberal-civilizatoria argentina, los escritos de los viajeros ingleses y de W.H. Hudson⁴; por otro, Spengler, Freud, Simmel y, adelantémoslo, Nietzsche) y con propósitos señaladamente distintos a los que hasta entonces habían orientado la actividad de Martínez Estrada, no hay duda de que Radiografía... contribuyó decisivamente a la reconfiguración del panorama cultural argentino.⁵ Apoyándome en testimonios retrospectivos y en aportaciones de distintos estudiosos, en las páginas con que inicia el cuerpo del capítulo intentaré desplegar un haz de líneas de argumentación tendientes a iluminar los aspectos que a mi juicio deben tenerse en cuenta para

³ Sostiene Liliana Weinberg (1992: 31-32): “La revolución de Uruburu produce en Martínez Estrada el mismo efecto que el affaire Dreyfus en los hombres de letras franceses. Martínez Estrada toma conciencia de que su lugar en la sociedad es el de los intelectuales, clase pensante que no está constituida por políticos, pero que hace política; que no pertenece al pueblo, pero se erige en su portavoz, y que ve justificado su puesto en la comunidad, no sólo por su creatividad, sino también por su espíritu crítico y su ‘compromiso’. Ésta es la contraparte sociológica de la ‘soledad’ de Martínez Estrada, que no se agota, como vemos, en un rasgo de carácter.” Recientemente Tulio Halperín Donghi (2004: 222-236) ha desplegado una mirada distinta sobre este momento cultural. Argumenta Halperín que, al igual que Scalabrini Ortiz y que Borges, el Martínez Estrada de 1933 *no creía* estar viviendo un momento particularmente crítico de la experiencia histórica argentina; desde luego, la anotación, que se articula con señalamientos más generales, es tan estimulante como discutible.

⁴ William Henry Hudson (1841-1922) fue escritor y naturalista. Nació en la provincia de Buenos Aires, hijo de padres norteamericanos. Poco después de la muerte de su madre (1859) optó por una vida errante en los campos sudamericanos. En 1874 partió a Inglaterra, donde elaboró casi toda su obra, en una medida importante consagrada a evocar su vida y sus vagabundeos en las pampas rioplatenses. Destacan *La tierra purpúrea*, *Días de ocio en la Patagonia*, *El naturalista en el Plata*, *Allá lejos y hace tiempo*, *Una cierva en el Richmond Park*, los cuentos “El ombú” y “Marta Riquelme” y numerosos libros sobre pájaros.

⁵ Sobre ese momento cultural pueden verse, entre otras cosas, Beatriz Sarlo (1988: VIII) y Tulio Halperín Donghi (2004).

comprender por qué vías llegó Martínez Estrada a formular, en esa obra, una de las imágenes más sombrías y desoladas de la realidad argentina. Baste por ahora indicar que Radiografía... debe contarse entre las principales aportaciones al tópico del fracaso nacional. En mi opinión, la puesta de relieve de sus funciones catártica (indicada, como vimos, por el propio Martínez Estrada) o “inversora de los valores” (subrayada por Liliana Weinberg, 1991), siendo fundamental, no debiera llevar a minimizar aquel rasgo, decisivo para los fines de este estudio.

En los años inmediatamente subsiguientes a Radiografía... Martínez Estrada no publicó obra alguna. Sabemos que rechazó la invitación que Horacio Quiroga le hiciera para irse a vivir a la selva, que tomó lecciones de violín, que leyó a H. D. Thoreau⁶ y que, a partir de 1936, siguió de cerca el cáncer de próstata que aquejó a Quiroga.⁷ También sabemos que, iniciada la Segunda Guerra Mundial, tomó partido, de inmediato, a favor de las fuerzas aliadas. En 1940 Martínez Estrada dio a conocer La cabeza de Goliat, microscopía de Buenos Aires, obra sobre la que no es excesivo sostener que constituye una variación de los temas de la Cuarta Parte de Radiografía de la pampa, titulada precisamente Buenos Aires. Al año siguiente se publicó y estrenó Lo que no vemos morir (teatro). De ese tiempo es también el famoso cuento La inundación. Por Orgambide (1997:125) sabemos que hacia esa época Martínez Estrada leyó a Kafka, experiencia que dejó notorias huellas en su producción cuentística; por Viñas (1982b:160-162) sabemos que por esos años también tomó contacto con la obra de Karl Marx. En los meses centrales de 1942 Martínez Estrada viajó a los Estados Unidos; de esa visita derivaron dos textos emparentados a la vez que distintos: Diario de viaje y Diagrama de los Estados Unidos. Ese mismo año Martínez Estrada fue nombrado presidente de la Sociedad Argentina de Escritores. En 1946 se jubiló de su empleo en el Correo Central; desafecto al gobierno peronista, también renunció a su cátedra como profesor de literatura en La Plata.⁸ Publicó Panorama de las literaturas y Sarmiento y pasó a integrar el comité de redacción de la revista Sur. En 1947 reunió su obra poética y dio a conocer su ensayo sobre Nietzsche y las conferencias publicadas bajo el

⁶ Según Orgambide (1997:113), Martínez Estrada leyó al escritor norteamericano hacia 1936 e hizo suyos, desde entonces, los principios de la desobediencia civil. Thoreau, quien vivió entre 1817 y 1862, estuvo vinculado al Club Trascendentalista y a su figura más destacada, Ralph W. Emerson; en cierto sentido, fue el miembro “más interesante” del Club, dado que intentó vivir conforme a sus lineamientos: en la década del cuarenta vivió más de dos años en el bosque, a orillas del lago Walden, en una casa construida por él mismo, buscando afrontar solamente “los hechos esenciales de la vida”. Sus libros más conocidos son *Walden* y *Resistencia civil*; Gandhi, Luther King (y Martínez Estrada) fueron sus lectores asiduos. Martínez Estrada reflexionó sobre Thoreau en dos textos que Enrique Espinoza incluyó en *En torno a Kafka y otros ensayos*.

⁷ Sobre este período declaró retrospectivamente Martínez Estrada: “Y estuve siete años sin escribir desde 1933 hasta 1940. Entonces me puse a estudiar violín, desesperado, porque no me atrevía a matarme.” Citado en Viñas (1982b:154)

⁸ Según Orgambide (1997:137-139), a Martínez Estrada le irritaban las exteriorizaciones festivas de las multitudes peronistas; también llegó a sentir su libertad “amenazada” por ciertas disposiciones oficiales. En

título Los invariantes históricos en el Facundo. En 1948 recibió el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores; paralelamente, dio a conocer Muerte y transfiguración del Martín Fierro, ensayo de interpretación de la vida argentina. De esta obra ha dicho David Viñas (1991:420):

...en mi criterio no sólo es lo mejor del Martínez Estrada que se despoja de sus barnices decorativos, sino que al concretar por fin sus argumentos de manera mucho más económica y sutil trasciende críticamente a Radiografía. Parecería que de la sombra de Lugones y de la prolongación de su retórica, así como del 'prestigio exitoso' de Spengler sólo van quedando los residuos más inmediatos. Vibran, en cambio, en ese texto que sigue trabajando sobre viejas obsesiones, nuevas categorías, premonitorias, provenientes de un criticismo renovado.

En el único estudio de largo aliento sobre Muerte y transfiguración... de que disponemos, Liliana Weinberg (1992: 37-41) plantea que, si bien esta obra continúa la senda abierta por las anteriores, también "muestra diferencias y "cambios de ruta". Entre otras cosas, Weinberg advierte un cambio de actitud de Martínez Estrada, quien parece abandonar su papel de radiógrafo-intuidor, para dejar paso al "más modesto" de intérprete de la cultura. En lo que respecta a la idea martínezestradiana del tiempo histórico argentino, no se detectan, en mi opinión, variaciones profundas en el momento 1946-48, aunque sí algunos matices de interés, entre los que cabe mencionar un decidido deslizamiento hacia lo que cabría designar como "ampliación de escala de sus disposiciones críticas".

En 1949 Martínez Estrada se mudó a Bahía Blanca. En 1951 publicó El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson. Por ese tiempo enfermó de psoriasis, coincidiendo su recuperación con la caída del gobierno de Perón en 1955. En 1956 y 1957 Martínez Estrada, colaborador asiduo del periódico Propósitos, desarrolló una intensa actividad polémica, dando a conocer artículos y libros que animaron los candentes debates que entonces tuvieron lugar en torno a la significación del peronismo. Cabe anotar, como nueva y fundamental lectura de ese período, a Simone Weil.⁹ A lo largo de todo este tiempo Martínez Estrada ocupó

ambos impulsos no se diferenció de un sector importante de la intelectualidad argentina, en particular del agrupado en torno a la revista *Sur*.

⁹ Simone Weil (1909-1943) fue una original pensadora francesa de origen judío. Se ha dicho que a los diez años se declaró "bolchevique" y que pronto llegó a ser llamada "la Virgen Roja". Se formó filosóficamente bajo la influencia de Alain. En los años treinta tomó contacto con movimientos de trabajadores y desempeñó ella misma oficios proletarios. En 1936, al estallar la Guerra Civil Española, se alineó en el bando republicano, uniéndose a elementos anarco-sindicalistas. En 1937 visitó la capilla Santa Maria degli Angeli (donde solía rezar San Francisco de Asís); desde entonces comenzó a vivir experiencias místicas, que se fueron intensificando con el paso de los años. En su "Introducción" a una antología crítica de Weil (1990), Sylvia de J. Valls escribe: "¿Pero de qué, finalmente, murió Simone Weil, tan joven, cuando contaba tan sólo los treinta y cuatro años? Dejando de lado las explicaciones fisiológicas y yéndonos más bien sobre un plano afectivo, o existencial, podría quizá decirse que murió de haber sentido el Holocausto y de no haber logrado acabar de aceptar, a pesar de su propia explicación, la existencia de tanto mal en el mundo. Diríase

un lugar original, difícil de clasificar, en la escena político-cultural. En efecto, tras haber sido durante la década peronista opositor al régimen, se desplazó, una vez derrocado Perón, hacia una posición que puede calificarse de novedosa, al menos en dos sentidos fundamentales: en primer lugar, propuso una interpretación del peronismo que colocaba el énfasis en problemas de más larga data y que, consecuentemente, acababa siendo relativamente “comprensiva”; al mismo tiempo, se volvió un crítico implacable del antiperonismo y del posperonismo en general. Estas disposiciones lo convirtieron en una figura incómoda para los antiperonistas (por ejemplo Borges), para los que integraban la franja nacional-popular (Jauretche, Hernández Arregui) y también para quienes cultivaban el revisionismo histórico. Recuerda Viñas (1982b:165ss.) que la segunda mitad de los años cincuenta constituyó el “momento más glorioso” de Martínez Estrada; representaba entonces, para la generación más joven, una alternativa crítica a la polarización peronismo-antiperonismo: “Al superponerse en esa encrucijada, esa juventud creyó encontrar en Martínez Estrada –y allá en el fondo, en Sartre- una serie de respuestas o de puntos de partida.”¹⁰ En esos años Martínez Estrada hizo suyo un lenguaje decididamente bíblico, de resonancias profético-mesiánicas, tendiendo a profundizar sus críticas a la civilización occidental en su conjunto.

En 1957 Martínez Estrada fue nombrado presidente de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y profesor extraordinario de la Universidad del Sur, en Bahía Blanca. Entre 1957 y 1960 viajó a Rumania, URSS, Austria, Alemania, Chile y México. En 1960 publicó *Análisis funcional de la cultura*, que obtuvo el Premio Continental de Ensayo otorgado por Casa de las Américas. En 1962 la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de México publicó su voluminoso ensayo *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, fruto de un seminario impartido un par de años antes en la UNAM, por invitación de los hermanos González Casanova.¹¹ Entre 1961 y 1963 residió en Cuba, donde abrazó en forma entusiasta la causa de la revolución y llevó a cabo una intensa actividad, consagrada

que asumió en carne propia el inmenso dolor del mundo sumido en tan salvaje guerra. Su vieja amiga Simone Dietz afirma haberla bautizado *in extremis*.” (p. 13) Simone Weil escribió, entre otras cosas, *Oppression et liberté* y *Le pêsanteur et la grace*.

¹⁰ Viñas distingue dos “juventudes martínezestradianas”: una liberal-centrista, alrededor de la revista *Ciudad*, y otra de izquierda, en torno a la revista *Contorno*. Tal vez quepa recordar aquí unas consideraciones de Rodolfo Borello (1991) en relación con los avatares de la recepción de *Radiografía de la pampa*. Según Borello, fue el advenimiento del peronismo el que propició una lectura “positiva” del libro por parte de varios de los “compañeros de generación” de Martínez Estrada: “Toda la agorera visión del futuro que aparecía en pasajes del libro de 1933, pareció convertirlo en un texto profético que había anunciado, sin ser comprendido, los peligros de una recaída en la barbarie convertida ahora en real por los ‘descamisados’ partidarios de Perón y por las acciones e ideas políticas de su líder. Aquello que entonces (entre 1930 y 1943) sonaba a exageraciones proféticas o a retóricas llamadas de atención se había convertido en verdad que nadaba y dolía por las calles.” (p.429) Más adelante, y en dirección análoga a Viñas, Borello indica de qué manera, a lo largo de la década del cincuenta, Martínez Estrada fue visto por los escritores jóvenes como la única figura de la generación anterior “exenta de pecados y rescatable”. (p.432)

¹¹ Datos tomados de L. Weinberg (1990: XXXI ss.)

sobre todo aunque no exclusivamente al estudio de la vida y obra de José Martí.¹² Naturalmente, el periplo cubano de Martínez Estrada terminó de enemistarlo con la franja de la intelectualidad argentina de la que provenía y a la que, a pesar de todo y de manera problemática, seguía perteneciendo. En 1963, de regreso a México, continuó trabajando en su vasto proyecto sobre Martí. Corresponde destacar que la crítica de los últimos lustros ha tendido a revalorar esta (pen)última estación martínezestradiana, sacándola así, al menos en parte, de la penumbra relativa en que se encontraba.¹³ En 1964 Martínez Estrada retornó a la Argentina, donde murió el 3 de noviembre.

Un pasaje de David Viñas (1982b:171) nos ofrece unas coordenadas fundamentales para ubicar a Martínez Estrada en el panorama de la cultura argentina de los años centrales del siglo XX:

En ese arco representativo que se abre entre Borges –en la literatura más alquitarada-, y el Perón que impregna todo lo argentino desde 1943 (en lo político sin más), puede situarse con fluidez a don Ezequiel Martínez Estrada. ¿Por qué? Entre otras razones de detalle, por dos motivaciones mayores: porque en el espacio literario su antagonista, más o menos explícito es el autor de El Aleph; y porque en el espacio político, Perón resulta el rival que más se manifiesta en Qué es esto. Uno y otro le marcan a Martínez Estrada su horizonte histórico en la Argentina. El poeta y el político lo irritan y lo fascinan en términos equiparables, porque Borges y Perón resuelven con aprobación comunitaria lo que en don Ezequiel se exaspera y diluye en deseo no logrado, en frustración mutiladora y obsesión rumiada cotidianamente.

A lo largo del capítulo procuraré establecer la índole de la aportación martínezestradiana a la idea de fracaso nacional. En primer término, dedicaré varias páginas al examen de Radiografía de la pampa, especie de summa de “tomas negativas” que, como indiqué, contribuyó en forma decisiva a la consolidación del tópico. Al intentar determinar de qué manera explica Martínez Estrada el fracaso del país en su obra mayor de 1933, habrá oportunidad de advertir que el problema de la explicación es un asunto delicado y complejo, que no admite soluciones simples, ni unívocas, ni definitivas; todo lo que puede hacerse es fijar en forma aproximada sus términos. Se verá asimismo que el interminable inventario de males desplegado en aquellas páginas no se agota en sí mismo, sino que continuamente insinúa, por la vía de un implícito y sutil contraste, un ámbito de valores

¹² Al llegar a Cuba Martínez Estrada fue nombrado miembro de la Academia de Historia de La Habana y director del Centro de Estudios Latinoamericanos de Casa de las Américas. En ese tiempo, además de estudiar la figura de Martí, emprendió una lectura crítica de la poesía de Nicolás Guillén (véase Orgambide, 1997:192ss.).

¹³ Pueden verse, entre otras cosas, el testimonio de Roberto Fernández Retamar y el estudio de Horacio Cerutti Guldberg (en particular los párrafos 7 y ss.) en AAVV (1994). Cerutti emplea expresiones elocuentes para referirse a esta etapa: experiencia decisiva, proceso de torsión y conversión, hiato de proporciones, redescubrimiento de su ser nuestroamericano, metamorfosis dolorosa, etc. En análogo sentido véanse también D. Viñas (1982b), L. Weinberg (1990:XXVIIss.) y P. Orgambide (1997: cap. X). Anota Viñas: “...digo que el Che fue presentado por Martínez Estrada como el discípulo dialéctico por excelencia frente a su propia producción...” (p.165) Véase también *infra*, nota 66.

positivos cuyas características y avatares merecerán especial atención a lo largo de todo el recorrido. Cabe adelantar que dicho ámbito tiene entre sus características principales el presentar unos contornos imprecisos y difusos en lo que concierne a su localización temporal y espacial: Martínez Estrada no es exactamente un decadentista-nostálgico, ni un panegirista de determinado presente, ni un utopista; lo que para él constituye el espacio de la “vida buena” está de alguna manera en todas partes y en ninguna. Cabe anticipar, también, que el perfilamiento por Martínez Estrada de esa zona de valores positivos se anuda con fuerza a la postulación intransigente de un profundo mensaje moral, disposición ésta por la que se vio conducido a tomas de posición tan fascinantes como aporéticas.

En las secciones siguientes del capítulo sostendré que las ideas martínezestradianas sobre la historia, sobre el tiempo histórico argentino y sobre el fracaso nacional no sufrieron alteraciones fundamentales en las obras que siguieron a Radiografía...: la idea básica, según la cual la realidad profunda del país es una realidad ominosa y mal asumida, siguió siendo la clave de bóveda de su elaboración. Sin embargo, y más allá de eso, el estudio de las estaciones posteriores a la obra mayor de 1933 nos permitirá tanto dotar de una mayor precisión a los elementos examinados en relación con ella como puntualizar una serie de matices y variaciones de interés; entre otros, el hecho de que, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial, las elaboraciones de Martínez Estrada amplían sus disposiciones críticas, en una dinámica que nubla todavía más el problema de la explicación de los males del país y del mundo, a la vez que prefigura la radicalización de resonancias mesiánicas de sus últimos años, periplo final que seguramente recordará al lector otros desarrollos, como el desplegado por Benjamín Villafañe en El destino de Sudamérica.

1. (Hegelianamente) *fuera de la historia*

En un inciso retrospectivo que Enrique Espinoza incluyó en *Leer y escribir*, Martínez Estrada dejó anotadas unas consideraciones útiles para reconstruir el modo en que se gestó *Radiografía de la pampa*. Señala allí que en los meses finales de 1930 preparaba un artículo sobre Sarmiento¹⁴; justo hacia la época en que releía el *Facundo*, se produjo el golpe de Estado del 6 de septiembre. Según su testimonio, ese día, mientras recorría con Espinoza las calles de la ciudad, experimentó una suerte de revelación mística, por la que le fue dado concebir que aquella “inundación de aguas turbias y agitadas” expresaba la pervivencia de un pasado insepulto. Al oír la verbalización de esas impresiones, Espinoza manifestó: “-Escriba lo que está viendo.” Sin hacer cuestión de la exactitud de este testimonio retrospectivo –en cualquier caso verosímil-, lo cierto es que nos permite situar con bastante precisión la génesis de *Radiografía de la pampa*. En efecto, en el artículo aludido –*Sarmiento a los ciento veinte años*- aparece elaborada aquella “revelación mística” y prefigurados los elementos que estructurarían *Radiografía...*; se dejan ver, también, los componentes básicos de la tensionada relación de Martínez Estrada con Sarmiento, signada ya en aquel momento temprano por un doble impulso de admiración y toma de distancia. En el breve y seminal artículo de 1931 leemos:

Parecería, pues, que nada de cuanto hacia 1880 pareció incorporado a la nacionalidad, como conquista definitiva, hubiera pasado de ser una apariencia sostenida en tanto vivieron aquellos grandes ciudadanos hechos en la misma escuela de Sarmiento: Mitre, Avellaneda, Alberdi, Vélez Sársfield y tantos más (...) Estos grandes hombres crearon por superfetación nuestra realidad, según sus ideas, sin haberse extinguido y sí sólo sofocado, las fuerzas disolventes que agitaron nuestra historia en el período que abarca *Facundo*. No se había cambiado una realidad por otra; y, andando el tiempo, desaparecidas las fuerzas de orden que primaron, por capacidad de la minoría, sobre la multitud, habrían de pugnar, eruptivas, por retrotraer al caos latente aún, un mundo de fábrica. Aquellos hombres no pudieron hacerlo todo y nosotros estamos, ahora otra vez, privados de la luz que los alumbró; nosotros que somos hijos de los coetáneos de sus nietos: seres colocados más acá del límite donde termina la experiencia personal de la historia. No creo, tampoco, que encontremos sus huellas, en el desconcierto que ha seguido al orden que instauraron. (“Sarmiento a los ciento veinte años”, en *Leer y escribir*: 84-85)

¹⁴ “Sarmiento a los ciento veinte años” se publicó poco después en *La vida literaria*. La nota retrospectiva se titula “Sobre Radiografía de la pampa (preguntas y respuestas)”. Ambas aportaciones pueden consultarse en *Leer y escribir*. Enrique Espinoza es seudónimo de Samuel Glusberg; tras la muerte de Martínez Estrada, Glusberg tomó a su cargo la compilación y edición póstuma de varios textos martínezestradianos dispersos o inéditos.

Como puede entreverse a partir de la lectura del extracto citado, el artículo alberga una elaborada interpretación del pasado argentino. La civilización aparece como un sueño soñado en el seno de un caos bárbaro y cuya realización jamás pudo, al parecer, desgajarse de ese origen. Lo que alguna vez pudieron semejar “conquistas definitivas” no fueron más que “sostenida apariencia”, un “mundo de fábrica”, de duración efímera. En cuanto al presente de la enunciación, está signado por el desconcierto. Sin embargo, de esto no debiera derivarse sin más que para Martínez Estrada la clave de interpretación de la historia argentina sea la imagen de una “recaída en la barbarie”. A mi modo de ver, semejante interpretación, aun si encontrara fundamento en varios pasajes suyos –como por ejemplo, el recién transcrito-, vuelta clave unilateral, simplificaría en exceso sus sinuosas y no siempre sumables respuestas al interrogante capital: ¿por qué el país no llegó a ser lo que Sarmiento había soñado en 1845? En rigor, esta pregunta, formulada en tales términos, tampoco hace entera justicia a su planteamiento: en la medida que la realidad del presente de la enunciación es aun un avatar del sueño sarmientino, el problema no sería tanto la irrealización de ese sueño cuanto la falta de claridad en torno a la significación profunda de esa realidad que, en cierta forma, no es otra cosa que aquel sueño realizado del único modo posible. Como seguramente vislumbra el lector, no estamos frente a un pensamiento susceptible de ser apresado a través de unas pocas y esquemáticas fórmulas... Más allá de ello, lo que interesa retener ahora es que tanto *Radiografía...* como la obra ulterior de Martínez Estrada debiera leerse, en una medida significativa y quizá antes que ninguna otra cosa, como una discusión, tortuosa, exuberante e inacabada, con Sarmiento. Esta primera y evidente constatación puede reforzarse con la lectura del siguiente fragmento –en el cual se esbozan, por lo demás, ideas que poco después reaparecerían en las multicitadas líneas finales de *Radiografía de la pampa*:

Sólo en él [en Sarmiento, *AK*] tiene sentido categórico esa palabra vaga y de tan relativo significado: ‘civilización’. En sus manos y en su boca todos comprendemos lo que quería decir, como entendemos bien por ‘barbarie’, tantas veces escrita, *algo que no le está opuesto diametralmente, sino que, más bien, está implícito en lo otro*. Si se le hubiera apurado, estoy seguro de que habría dicho: civilización y barbarie son *sinónimos* entre nosotros; con la diferencia de que civilización es lo que seremos y barbarie lo que hemos sido. (“Sarmiento a los ciento veinte años”, en *Leer y escribir*: 87-88, mis cursivas)

Unas páginas atrás, en el *Comentario Preliminar*, vimos que para comprender en forma adecuada el proceso de ruptura y conversión que llevó a Martínez Estrada a trocar su papel de

“poeta laureado” por el de “ensayista crítico” era indispensable atender tanto al impacto que la crisis de 1929-1932 ejerciera sobre su sensibilidad como a la dinámica, si se quiere más íntima, por la cual comenzó a distanciarse gradualmente de la figura tutelar de Leopoldo Lugones disponiéndose, bajo el estímulo de Horacio Quiroga y de Enrique Espinoza, a explorar nuevos horizontes expresivos. En esta misma línea de argumentación, y combinando con alguna libertad sus propios testimonios retrospectivos y las aportaciones de Sigal (1991a), Viñas (1982b), Orgambide (1985; 1997) y Weinberg (1991; 1992), no parece inadecuado sostener que hacia 1930 tenemos a un Martínez Estrada desgarrado por un malestar que consta, al menos, de dos dimensiones: una pública, vinculada a la “revelación mística” que experimentara frente a las escenas de septiembre y, más acá, a la constatación del agotamiento de un tipo de inserción del país en la economía mundial; la otra más íntima o profunda, ligada a su insatisfacción con el “falso” papel que había venido desempeñando hasta entonces, aspecto éste último enfatizado por Sigal. *Radiografía de la pampa* sería, entonces, la elaboración compleja de ese bidimensional malestar. Por el testimonio retrospectivo antes citado sabemos que, en los años previos a la composición de *Radiografía...*, Martínez Estrada estudiaba, además del *Facundo*, “las obras básicas doctrinarias de la nacionalidad republicana y democrática” (Moreno, Monteagudo, Alberdi), las aportaciones de Paul Groussac, los testimonios de los viajeros ingleses y la obra de W.H. Hudson.¹⁵ Sabemos, también, que para entonces había tomado distancia de sus “respetados maestros de la juventud” (Comte, Mill, Tarde, Durkheim, Ward, Gumplowicz, Sighele), conservando sólo a Georg Simmel en calidad de “maestro de método y de prosa”. En el mismo lugar nos deja saber que fueron dos nuevos guías quienes le enseñaron

¹⁵ Dice Martínez Estrada: “Para entonces conocía yo *hasta sus entresijos*, las obras de mi venerado Hudson, que comentábamos muy a menudo con Lugones y Espinoza.” (“Sobre Radiografía de la pampa...”: 133; mis cursivas). En *Leopoldo Lugones, retrato sin retocar*, Martínez Estrada, en unas anotaciones que intentan (tímidamente) arreglar cuentas con Lugones y, una vez más, con Sarmiento, pregunta: “¿No tenía [Lugones] un retrato tutelar de Hudson (William Henry) a la cabecera de su despacho de bibliotecario del Consejo Nacional de Educación, y no sabía él, con toda su inteligencia y su sangre, que ese aguilucho que lo miraba todos los días en su trabajo de oficinista era más que Sarmiento y Hernández el historiador veraz, el Tucídides de la pampa? Lugones necesitaba acomodar el país a su credo, puesto que destruir ese credo ilusorio era destruirse a sí mismo, como ocurrió en efecto” (pp.75-76, mis cursivas). Véanse también, en análogo sentido, las pp.101-103 del mismo volumen, por las que sabemos que Lugones y Martínez Estrada colaboraron en la traducción de “El Ombú” que el Consejo Nacional de Educación editó en forma de folleto, y que “la manera de Hudson” está presente, lo mismo que la de Hernández, en los *Romances del Río Seco...* Más adelante habrá oportunidad de poner de relieve el peso, a mi juicio enorme, que ciertos pasajes de la obra de Hudson tuvieron en la conformación de la mirada martínezestradiana sobre la dinámica histórica argentina, ya desde *Radiografía de la pampa*.

...a considerar la sociedad y la historia desde dos ángulos nuevos, cancelando mi concepto ingenuo, de una concepción estática e iconográfica de ellas: Spengler [y] Freud (...) Hasta el más miope, no el ciego, hubiera podido percibir que la configuración sociológica de *Radiografía de la pampa* débese a Spengler, con su lectura simbólica de los hechos; a Freud, con su examen de las perturbaciones de la psique social, y a Simmel, con su método configuracionista, palmariamente el de temas y variaciones, por ejemplo: sobre el secreto, las sectas, el pobre, los círculos sociales, etc. Yo no he inventado nada, como tampoco ellos; todos hemos buscado el sentido del texto escrito por el Creador en caracteres jeroglíficos. (*Sobre Radiografía de la pampa...*: 133-134)

Dos nombres faltan en este inventario retrospectivo: uno es Keyserling; el otro, más importante, Nietzsche. En cuanto a Keyserling¹⁶, vale la pena recordar que en cierto pasaje del *¿Qué es esto?* (1956) Martínez Estrada asegura que hacia 1933 no había leído aun las *Meditaciones sudamericanas*. Sin embargo, en *Radiografía...* hay al menos una alusión directa a Keyserling y a su imagen de Sudamérica como mundo reptiliano (p. 191). Pudo haber sucedido que Martínez Estrada no conociera la obra, aunque sí las ideas del conde, presumiblemente a través de sus conferencias y del anticipo del tratado que la revista *Sur* publicara en su segundo número.¹⁷ El caso de Nietzsche plantea problemas a la vez fascinantes y delicados. Según Orgambide (1997) y L. Weinberg (1992: 101), Martínez Estrada había leído y subrayado las obras de Nietzsche en su juventud. No hay razones para dudar de ello. Sin embargo, es difícil determinar cuáles son los elementos del pensamiento nietzscheano que pudieron desempeñar un papel significativo en las elaboraciones martínezestradianas de 1931-33. Un penetrante comentario de L. Weinberg (loc. cit.) muestra, a mi juicio, por dónde habría que buscar la conexión:

En mi opinión, la lectura de *El origen de la tragedia* mucho ha tenido que ver en la reinterpretación de la antítesis ‘civilización-barbarie’ por parte de Martínez Estrada. Así como Nietzsche desenmascara en esta obra la falsa simplificación apolínea que margina a lo dionisiaco hasta hacer creer que está superado y es accesorio, Martínez Estrada desenmascara la simplificación de los ‘padres fundadores’ del 80, que opone la barbarie a la civilización como algo previo y marginal a ella.

¹⁶ Aristócrata de origen lituano, el conde Hermann von Keyserling fue una especie de enjuiciador itinerante de pueblos. En sus libros y conferencias tematizó, entre otras cosas, la decadencia del orbe cultural occidental. Invitado por Victoria Ocampo –interesada tanto en sus concepciones sobre Oriente como en sus ideas sobre el mundo americano–, Keyserling visitó la Argentina; poco después de su visita, publicó sus *Meditaciones sudamericanas* (1932).

¹⁷ Con respecto a la recepción de Keyserling en la Argentina y a todo ese momento cultural véanse las valiosas consideraciones de Nora Pasternac (2002: 67-71). Por su parte, Sigal (1991b: 502n) se muestra convencido de que Martínez Estrada conocía los libros de Keyserling antes de componer *Radiografía de la pampa*.

Por supuesto, de esto no debiera derivarse la postulación de alguna clase de correspondencia perfecta. Para decirlo con toda la claridad posible: en Martínez Estrada dionisiaco no equivale a bárbaro ni apolíneo a civilizado y, si cabe pensar a Nietzsche como “adorador de lo dionisiaco”, no hay razones para ver en Martínez Estrada un “adorador de lo bárbaro”. Más que cierta idea particular en su literalidad, lo que Martínez Estrada parece tomar de Nietzsche es su manera –compleja– de pensar la articulación entre dos orbes culturales y, más allá y quizá sobre todo, su valor y determinación para encarar la “destrucción” de los falsos ideales.¹⁸ Ya lo sabemos, y lo reafirmaremos enseguida, en Martínez Estrada es un falso ideal la “civilización argentina”, mero recubrimiento y máscara de su supuesta antítesis; lo veremos más luego, esa crítica tendería, con los años, a extenderse a la civilización en su conjunto. Vamos advirtiendo, de paso, que las lecturas martínezestradianas se caracterizan por ser apropiaciones muy libres de las ideas de sus autores predilectos, lo cual es revelador tanto de una sensibilidad autodidacta como de una profunda disposición “antropofágica”.¹⁹

Más allá de todo esto, corresponde interrogarse ahora cuál es el principio que articula tan heterogéneas lecturas en el seno de *Radiografía de la pampa*. Para responder aunque más no sea en parte a esta difícil cuestión resultará instructivo apoyarse en unas consideraciones de León Sigal (1991b:491ss.). Para Sigal, *Radiografía...* condensa *todos* los temores, angustias, fantasmas y obstáculos que supuestamente desgarraban a la sociedad argentina; en otras palabras, a lo largo de sus páginas, Martínez Estrada se las arregla para reunir *todas* las “tomas negativas”²⁰ que sobre lo argentino y lo americano existían en ese tiempo. En la obra se encuentran, según Sigal, una recreación del catálogo de acusaciones acerca de la

¹⁸ En un texto varios lustros posterior a *Radiografía...*, Martínez Estrada escribe: “Nietzsche renueva la exaltada empresa de purificar al hombre en sus ideales contrahechos y disolutos: del pecado de adorar falsas divinidades.” (“Nietzsche, filósofo dionisiaco”, en *Heraldos de la verdad*: 173) En esas mismas páginas, valora a Nietzsche en tanto “adorador de la vida” y cultor del “ideal de pureza de espíritu”, ubicándolo en la misma familia intelectual de Lutero, Erasmo y Milton.

¹⁹ En el ensayo referido en la nota anterior se aprecia hasta qué punto Martínez Estrada, profundo admirador de Nietzsche, al tiempo que exhibe un conocimiento muy fino de las ideas del filósofo alemán, lo interroga, lo cuestiona, discute con él, señala sus contradicciones, lo rectifica, lo vuelve sobre sí, lo “usa” en todos los sentidos del término... Tal vez el punto en el que esto se hace particularmente patente es el concerniente a la interpretación nietzscheana del cristianismo, con la que Martínez Estrada difiere en un sentido importante. Para Martínez Estrada, “Nietzsche provee un repertorio inagotable de cuestiones, es un tentador maligno.” (“Nietzsche...”, en *Heraldos...*: 215)

²⁰ “Tomas negativas” es una expresión empleada por el propio Martínez Estrada para referirse al *Martín Fierro* (Véase *Muerte y transfiguración...*: TII, 396). En mi opinión, la imagen condensa adecuadamente el sentido global de su empresa intelectual; aun cuando, hasta donde sé, Sigal no acude a ella, es del todo compatible con sus anotaciones.

“monstruosidad de América”, un rescate de los “balances negativos” que los organizadores del país trazaron en los diagnósticos que fundamentaron su acción transformadora y, también, una recuperación de las aportaciones que observadores temporalmente más próximos formularon en relación con los “síntomas alarmantes” que a sus ojos presentaba una sociedad en crecimiento acelerado. La confluencia de estas pinceladas oscuras en el lienzo mayor de lo que Orgambide (1997: 93) define como “una prosa de sostenida tensión y riqueza narrativa” es lo que hace posible, según Sigal, que cualquier detalle, aun el más insignificante, pueda ser enfocado en su faz negativa, interpretado en su calidad de síntoma o símbolo de patologías y perturbaciones profundas e inefables... El resultado es un vasto fresco de eficacia simbólica notable, susceptible de ser leído, como veremos luego, de modos diversos. Cabe señalar de paso que la imagen “colección de tomas negativas” podría enmarcarse, sin forzar demasiado las cosas, dentro de lo que Viñas (1982b: 155) designara como *poética de la negatividad*, a condición de recordar que por poética de la negatividad no debemos entender nihilismo a secas; lejos de ello, y como intentaré mostrar, Martínez Estrada jamás deja de aludir a un ámbito de valores positivos, que sutilmente contrapone a todo lo negativo acumulado; es cierto que, por momentos, ese ámbito no es fácil de localizar ni de asir.

Dicho esto, podemos pasar a estudiar aquellos aspectos de *Radiografía*... que más importan aquí: la idea de la historia, la mirada sobre el pasado argentino, la explicación del fracaso nacional tal como aparecen en sus páginas. Hay que decir para comenzar que, muy presumiblemente bajo el influjo de Hegel, Martínez Estrada plantea en su obra de 1933 que Argentina en particular y América en general están *fuera de la historia*. No parece haber forma de saber si su acceso a Hegel fue directo, vía sus lecturas de autores alemanes, vía Ortega y Gasset²¹, vía la discusión sobre el problema americano que iba cobrando forma en los

²¹ Escribe Nora Pasternac (2002: 66-67): “Ortega y Gasset, uno de los ‘viajeros’ que señala José Luis Romero como el centro de algunas de las reflexiones sobre la Argentina, y, por extensión, sobre América, escribió ciertas observaciones sobre el país que tuvieron una repercusión muy grande (...) Efectivamente, sus perspectivas sobre lo inacabado y problemático del país que visitó varias veces tuvieron gran influencia sobre autores como Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada...” El importante ensayo “Hegel y América”, de Ortega y Gasset, fue publicado por primera vez en 1928. Puede consultárselo en el Tomo II de sus *Obras completas*. Reténgase el siguiente pasaje orteguiano: “...tómese un material humano que, como el europeo, se ha ido haciendo en regiones muy pobladas y por ello ha llegado a la máxima tensión del Espíritu; trasládese a un territorio amplísimo, donde el coeficiente de libre espacio para cada individuo sea como el que el europeo gozaba hace dos mil años (‘los bosques de Alemania’); ¿qué acontecerá? La idea de Hegel es clara y no deja lugar a dudas respecto a su opinión. Su respuesta sería ésta: esa porción de europeos actuales, viviendo en grandes espacios, retrocederá en su evolución espiritual y se parecerá mucho a un pueblo primitivo. Cuando el espacio sobra se adueña del hombre la naturaleza. El espacio es una categoría geográfica y no histórica.” (p. 575, mis cursivas) Gracias a los estudios de Antonello Gerbi (1993 [1955]) sabemos que las ideas hegelianas

primeros números de la revista *Sur*²², o vía algún tipo de combinación de estas posibles entradas. Como quiera que sea, sería difícil desconocer las resonancias hegelianas de los cuatro fragmentos siguientes, todos tomados de la Segunda Parte de *Radiografía...*, titulada *Soledad*, y que a su modo forman parte de lo que Sigal denomina el “catálogo heterogéneo de acusaciones sobre la monstruosidad de América”:

América tenía civilizaciones, pero no tenía pasado, era un mundo sin pasado y hasta entonces sin porvenir; desenvolvía su vida en formas asincrónicas y asimétricas con el ritmo y la estructura de los ensayos conocidos y válidos. Su experiencia, desde la arquitectura y el arte, hasta el derecho y la religión, no sirvieron al gran ensayo que el hombre venía realizando sistemáticamente en otros puntos... (*Radiografía...*: 52)

No en todos los lugares que el hombre habita se produce historia, aunque suceda algo semejante a lo que la historia propiamente dicha ha conservado en sus páginas y monumentos; también se produce etnografía (*Íbid.*: 63)

La historia apunta cuando el hombre hace y trabaja coordinadamente y, más aun, cuando ese hacer y trabajar coordinados concuerdan con el estilo de hacer y trabajar en general del hombre. Historia, por tanto, es lo que adquiere vida independiente de las manos del hombre, y que existe tan fuertemente que llega a forzarlo a proseguir en el sentido de la superestructura social. Los seres laterales [como el indio, A.K.], que no colaboran en esa unidad de formas, caen en la etnografía: son naturaleza y sus restos también. (*Íbid.*: 85)

La soledad que se abre en el alma como una congoja inmotivada y que quita interés humano al espectáculo de la belleza panorámica, es la *falta de historia*. En esas regiones no ha ocurrido nada que hable hondamente al hombre, el que por tanto no se nota como imagina Spengler, impelido desde las huellas de sus pasos hacia delante. Un hombre allí está solo, como en el campo visual de un microscopio o de un telescopio. Lo que hace, comienza por última vez. (*Íbid.*: 86; mi cursiva)

Agréguese a estos fragmentos el primero de los pasajes que figura como epígrafe de este capítulo, que concluye, terminante, con la sentencia: “Técnicamente en estas regiones no hubo nadie ni ocurrió nada”. Como ha puesto de relieve Miguel Guérin (1991:386ss.), en *Radiografía...* la historia “no comprende a todos los hombres que existen y han existido” sino

acerca del continente americano no eran por completo originales, sino que debían mucho a opiniones de autores dieciochescos, en particular a Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, cuya *Historia Natural* vio la luz en 1747.

²² Corresponde poner de relieve, con Pasternac (loc. cit.), la preocupación americanista de la primera época de *Sur*, en cuyos primeros números (anteriores a 1933) publicaron reflexiones en torno al problema americano Waldo Frank, Alfonso Reyes, el conde von Keyserling, entre otros. Lo que interesa retener aquí es que, si

que, por el contrario, “se liga sólo a una raza, la blanca, y a un ámbito, Europa.” En efecto, es en Europa donde habría tenido lugar el “gran ensayo válido” de la civilización, válido por haber sido, a diferencia de otros intentos fallidos, “coordinado” y “sistemático”. La Segunda Parte de *Radiografía...* se cierra con unas reflexiones de intensidad memorable, que certifican estas apreciaciones de corte eurocéntrico, al tiempo que esfuman el énfasis hegeliano del movimiento hacia Occidente para trazar una distinción terminante entre los hemisferios norte y sur del planeta: contemplando el globo terráqueo en su condición de astro, Martínez Estrada comprende que si hay un lugar de vida es el hemisferio boreal y si hay un lugar para el hombre es Europa; comprende, también, que el otro hemisferio, el nuestro, mayormente acuático, opone difíciles condiciones para la lucha del hombre con el mundo (*Radiografía...*: 88-89)²³ Entre paréntesis: esto nos lleva a pensar que cuando Martínez Estrada escribe América piensa, casi exclusivamente, en América del Sur.²⁴

Ahora bien, según Martínez Estrada, este panorama ahistórico-etnográfico que define al continente no fue alterado en esencia por la Conquista, ni por la Colonia, ni por la Independencia, ni por la llegada de los inmigrantes, ni por la prosperidad material... En *Trapalanda*, Primera Parte de *Radiografía...*, se despliegan consideraciones muy claras al respecto, mismas que se retoman y amplifican en las partes subsiguientes. Repasémoslas brevemente. Perdido en un territorio inmenso, al Conquistador no le fue dado concebir ideales de permanencia, de fijación, de espera: “Ante el vacío inexpresivo, era inútil pensar en pueblos que conviven una vida de trabajo, en animales domesticados, en huertos, en mercados.” (*Radiografía...*:8) De ahí que, víctima de esa llanura vacía, el Conquistador renunciara a la lucha y se entregara a la naturaleza; con ello, lo que en él podía haber de culto se extinguió, perfilándose sólo sus facetas más groseras. La situación no cambió con la llegada de los colonos, quienes tampoco consiguieron fijarse; así, el territorio se fue poblando de hombres-fieras, ávidos por dominar el mundo circundante en procura de escapar de su soledad interior,

Martínez Estrada se apoyó en alguna/s de estas aportaciones (lo cual es altamente probable), lo hizo siempre empleando su “tamiz negativo”.

²³ Pese a que, como veremos, sus puntos de vista cambiaron con los años en más de un sentido, Martínez Estrada insistiría treinta años más tarde en la capacidad de la vista para ayudarnos a comprender, a través de la contemplación del globo terráqueo, el verdadero e inefable sino del mundo y del hombre. Véanse las primeras páginas de *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*.

²⁴ Hay en *Radiografía...* alusiones a Norteamérica como espacio “poblado de otro modo”. Allá (a diferencia de “acá”) el hombre luchó a la par de la mujer y el hijo, sin apartarse de la casa que dejaba atrás; alejarse fue, así, unirse, no separarse (véase el capítulo “Distancias”, en la Segunda Parte).

de su miedo.²⁵ Se perfila en estas páginas, con toda nitidez, una contrafigura “cálida”, aunque ausente, cuyos rasgos debemos esforzarnos por retener: lo contrario a la fiera expansiva es el pájaro, que aspira al nido, a la casa segura, a la mujer fiel, al hijo laborioso... Ahora bien, transcurrido un tiempo, el ganado, multiplicado por azar, se volvió objeto de disputa entre los colonos y los indígenas; a lo largo de ese combate, y bajo una apariencia de triunfo, el colono, devenido pastor y matarife, degradó, apartándose “millas de siglos” de su origen europeo, adentrándose así en la era del cuero y del cuchillo. En mi opinión, la cláusula “entregarse a la naturaleza” debiera leerse, en buena medida, como una sinécdoque orientada a poner de relieve el lugar central que tuvo en la experiencia de los primeros pobladores de la pampa la ambición de poseer tierras y ganados.²⁶ Si se acepta esto, no parece artificioso inferir que la interpretación martínezestradiana del pasado pampeano debe mucho a las evocaciones autobiográficas de W. H. Hudson.²⁷

²⁵ En relación con la valoración del mundo ibérico es posible detectar algunas oscilaciones en *Radiografía...* En algunos momentos da la impresión de que Martínez Estrada piensa en términos de “retroceso” (“[el Conquistador] no trajo de la casa solariega ninguna de las virtudes que le habían permitido resistir durante más de mil setecientos años las invasiones de pueblos aguerridos...”); en otros, pareciera que el origen de los males se sitúa en la propia península (“Éramos antigüedad y fuimos poblados por una nación de tipo antiguo, que era ya arcaica en la Europa de 1500 (...) [España] era un pueblo esclerosado, pétreo, rupestre. Era un pueblo ‘americano’.”). Desde luego, si el primer camino conduce, una vez más, a la puesta de relieve de la “monstruosidad de América” (una naturaleza ominosa que todo lo devora, aun las antiguas virtudes); el segundo participa de los temas habituales de la “leyenda negra” en torno a España y Portugal. Martínez Estrada suma “tomas negativas”, sin preocuparse demasiado, al parecer, por articularlas de manera sistemática. Más allá de ello, importa destacar que la sensibilidad de Martínez Estrada es decididamente anti-hispanista, siendo en esto tributario cabal de la tradición liberal-civilizatoria argentina. Cabe señalar también que dicha disposición no variaría en su trayectoria ulterior.

²⁶ Cabe señalar que esta ambición no es vista por Martínez Estrada como exclusiva de los habitantes de aquel tiempo: las secciones históricas de *Radiografía...* están sembradas de saltos al presente en los cuales aquellos rasgos próximos al presente de la enunciación o pertenecientes a él aparecen interpretados como repeticiones de los vicios originarios.

²⁷ En el capítulo V de *Allá lejos y hace tiempo* (1980 [1918]) leemos: “Los primeros colonos que levantaron sus hogares en ese vasto espacio vacío llamado la pampa, venían de una tierra donde la gente está acostumbrada a sentarse a la sombra de los árboles, donde el trigo y el vino y el aceite son considerados imprescindibles y donde hay huertos de verduras. Naturalmente, hicieron huertos y plantaron árboles, árboles frutales y de sombra, dondequiera que se construyera una casa en aquella pampa, y, sin duda, por dos o tres generaciones trataron de vivir como la gente vive en España en las regiones rurales. Pero ahora el principal objetivo de sus vidas era la cría del ganado, y como el ganado vagabundeaba a su albedrío sobre las vastas llanuras y los animales eran más bien salvajes que domésticos, se vivía una vida a caballo. Ya no se podía seguir carpiendo o arando la tierra, o proteger las mieses de pájaros e insectos y de sus propios animales. Desistieron de su aceite y de su vino y de su pan y se alimentaron y vivieron sólo de carne. Se sentaban a la sombra y comían los frutos de los árboles plantados por sus padres o por sus bisabuelos, hasta que los árboles se fueron muriendo de viejos, o fueron arrancados o destruidos por el ganado, y ya no hubo más sombra ni frutos. Fue así que los colonos españoles de la pampa decayeron pasando de ser un pueblo agrícola a ser exclusivamente pastores y cazadores; y, más tarde, cuando fue sacudido el yugo español, como lo llamaban, las incesantes guerras de degüello de las diversas facciones, que eran como las guerras de ‘crows and pies’ (cuervos y urracas), con la excepción de que se empleaban cuchillos en lugar de picos, los confirmaron y los hundieron más profundamente en su salvaje y bárbara manera de vivir.” (mis cursivas) En *El mundo*

Sostiene Martínez Estrada que, en forma paralela y análoga a la multiplicación del ganado montaraz se propaló la población mestiza, nacida de las uniones irregulares, desdichada siembra de hijos de nadie en un escenario continental semejante a un vasto lenocinio. Así planteadas las cosas, es previsible que la figura del mestizo no concite valoración positiva alguna. Definido como tipo étnico inferior y como hijo humillado, miserable y resentido, su psicología compuesta de odio reprimido llega a ser señalada como el origen de las guerras civiles y de las convulsiones políticas subsiguientes. La Independencia –acto en la campaña, tesis en la ciudad- tampoco alteró el panorama referido; antes bien, reforzó sus aspectos negativos. Tampoco entonces hubo ideales; quienes los proclamaron jamás llegaron a ser comprendidos. Poco después, Rosas tuvo éxito justamente porque consiguió “sistematizar la barbarie”. Volviendo contra los emigrados una acusación que ellos habían dirigido originalmente a los viejos unitarios, Martínez Estrada sostiene que los ideales civilizatorios que aquellos desarrollaron contra esa “barbarie sistematizada”, no pasaron de ser “tesis abstractas”, exóticas, contrarias al orden de las cosas:

Nuestra barbarie ha estado, bajo ciertos aspectos, fomentada por los señores de grandezas, y muchos de nuestros más perjudiciales males se deben a que esa barbarie no fue reducida por persuasión a las formas civiles, sino suplantada de golpe y brutalmente por todo lo contrario; en que, simplemente se le cambió de signo (*Radiografía...*:28)

Es claro que este último pasaje, el que sigue, y muchos otros parecidos nos devuelven a la problemática abierta en el ensayo de 1931:

En este sentido los sueños optimistas de nuestros mejores hombres nos han ocasionado indirectamente graves daños. Rivadavia y Sarmiento pueden ser vistos como *genios diabólicos*. Y Vélez Sársfield contribuyó con su obra a que creyéramos estar civilmente constituidos y socialmente organizados (*Íbid.*: 119; mis cursivas)

maravilloso de Guillermo Enrique Hudson [1951], Martínez Estrada sostiene: “En su libro autobiográfico el hijo [WHH] se ha referido a esa decadencia como un resultado de las condiciones de la lucha por la vida en las llanuras, que deteriora en primer término el carácter y la voluntad del hombre antes de anularlo, pobre o rico (...) Un cuadro también alegórico hallamos en *Días de ocio en la Patagonia* que podemos considerar una referencia a la suerte del padre. Está en el capítulo titulado ‘La lucha contra la Naturaleza’ y no se lo lee sin recóndito estremecimiento. Explícitamente cuenta con qué inauditos recursos la tierra se defiende de los invasores que deciden someterla y obligarla a producir lo que no quiere ella.” (pp.27-28) Todavía insistiré más adelante en este y otros aspectos de la conexión, a mi modo de ver profunda y multidimensional, entre Martínez Estrada y W. H. Hudson.

En el párrafo con el que se cierra la obra, Martínez Estrada vuelve sobre esta cuestión medular. Los promotores de la civilización de mediados del siglo XIX son vistos allí como “creadores de ficciones”. Los bienes con los que propusieron subsanar los males son considerados aun más perjudiciales que éstos, en virtud de que trajeron consigo los (nuevos) males de la apariencia y de la parodia. En opinión de Martínez Estrada la generación del 80 es la forma colectiva de esa “seudoestructura de civilización”, de esos bienes aparentes suscitados por imaginaciones pirotécnicas, entre las cuales la de Sarmiento fue “la más perjudicial”:

Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa, como fuerzas centrífugas y centrípetas de un sistema en equilibrio (...) Esa barbarie vencida, todos aquellos vicios y fallas de estructuración y de contenido, habían tomado el aspecto de la verdad, de la prosperidad, de los adelantos mecánicos y culturales. Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados, y todos un mundo sometido a los hábitos y normas de la civilización, eran los nuevos aspectos de lo cierto y de lo irremisible. Conforme esa obra y esa vida inmensas van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda. Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos; traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud (*Radiografía...: pasaje final*)

Como puede verse, tampoco la caída de Rosas interrumpió el estado de cosas referido; los males simplemente se redireccionaron bajo la presión de ingentes “fuerzas mecánicas”. Así, desde 1852, fecha que “cierra la época de las discordias armadas y abre el ciclo de las violencias políticas y jurídicas” (*Ibid: 39*), comenzó una etapa nueva, dispuesta en función de lo extranjero: invadida su capital, el país cayó bajo las garras del comercio y la banca europeos. La especulación en torno a la tierra fue entonces el problema y el escándalo; en ese contexto, sólo tuvieron éxito los dotados para ese juego perverso; los colonizadores regulares e inteligentes, como Daniel Hudson, padre de William (*Ibid: 40*), fracasaron irremisiblemente.. Continúa Martínez Estrada:

Lo siguiente fue *lo mismo, más grande*. Vendría después el ferrocarril a consagrar la desunión, a fijar los pueblos y los caminos, a eternizar el error, a dar estructura férrea a la fuga del indio (...) No bastó que nuestra República estuviera mal hecha y en el confín del planeta; hubo de poblársela mal para que subsistiera. Mal hecha y mal poblada, sirve maravillosamente al capital extranjero y puede prosperar surtiendo los mercados remotos. (*Ibid: 43; mis cursivas*)

Si, como vimos, el mestizo no concita en *Radiografía*... ninguna valoración positiva, tampoco consigue hacerlo el inmigrante; las ásperas consideraciones que siguen permiten visualizar con claridad la disposición desfavorable hacia esta última figura:

El que viene a ganar dinero, sin pasado encima y sin porvenir dentro, se propone muy poco y puede triunfar. Lo que no puede es llenar un destino con dinero (...) Está desprovisto de esos elementos imponderables que ayudan a vivir, que hacen menos ruda la muerte y que permiten mirar al mundo con alegría sin rencor (...) En el ansia de ascender y progresar indefinida y ciegamente hay una gran miseria oculta (...) ¿Qué programa trae hoy el que desembarca atraído por un nombre sonoro? Ninguno. Cualquier cosa es mejor que lo que deja; es un prófugo. Llega tarde, cuando el territorio tiene el máximo de población que puede soportar (...) Ingresa a la gran casa de juego que es Buenos Aires, y se queda (...) Consiente en someterse para tomar luego su venganza desde cualquier posición en que haga pie (*Ibid*: 102ss.)

Este pasaje permite que nos asomemos, además, a otros tres racimos de consideraciones fundamentales, lo cual nos permitirá avanzar en una dirección específica. En primer lugar, la caracterización de Buenos Aires como casa de juego, garito sin paredes, tómbola, feria de gitanos, factoría²⁸; en segundo, la crítica iracunda al materialismo (el “ideal de la fortuna”), aspecto éste en el que resuenan con vigor las admoniciones del último Sarmiento y el cuadro de desierto moral que obras como *La Bolsa*, de Martel, insinuaron en el *fin-de-siglo*; por último, aunque no menos importante, el perfilamiento de aquella contrafigura cálida a la que ya he hecho referencia: ¿qué otra cosa pudieran ser esos “elementos imponderables que ayudan a vivir, que permiten mirar al mundo con alegría sin rencor”, rotundamente contrapuestos al desarraigo, al apresuramiento, al desenfreno...? Buenos Aires: de manera próxima al Benjamín Villafañe de los años veinte, la capital, ciudad filistea, es pensada en *Radiografía*... como lugar de disolución; sin embargo, a diferencia de lo que sucedía en Villafañe, el Interior de Martínez Estrada tampoco concita valoraciones positivas. Un pasaje inquietante cierra el capítulo primero de la Segunda Parte:

²⁸ La imagen de Buenos Aires como factoría fue acuñada por José Ortega y Gasset; véase *Radiografía*...: 128. Para Martínez Estrada, Buenos Aires, cosmopolita y políglota, es un portento, pero no un hogar: todo en ella conspira contra la unión. Además, y desde siempre, Buenos Aires está en conflicto con el resto del país: escribe alberdianamente Martínez Estrada: “Al asumir la dirección del movimiento emancipador, [Buenos Aires] quiso ser España, y desde ahí arranca esa incompatibilidad de todo género entre esta Danzig capitalista y libre y el resto del país yanacona y jornalero.” (*Radiografía*...: 144) Las resonancias alberdianas se dejan oír a lo largo de toda la obra, pero son especialmente vigorosas en las Partes Cuarta (*Buenos Aires*) y Quinta (*Miedo*). En la sección que sigue veremos que Martínez Estrada retoma y amplía estas cuestiones en *La cabeza de Goliath*.

Y sin duda la libertad verdadera, si ha de venir, llegará desde el fondo de los campos, bárbara y ciega, como la vez anterior, para barrer con la esclavitud, la servidumbre intelectual y la mentira opulenta de las ciudades vendidas.

Esta especie de profecía apocalíptica es mucho más una invectiva contra el filisteísmo de la ciudad que un elogio de las virtudes de los campos: cabe dudar seriamente de que la conmoción que anuncian sus líneas pueda constituirse en antesala de alguna clase de redención.²⁹ En efecto, “la vez anterior” parece aludir a la época de las guerras civiles y a la dictadura de Rosas; como ya sabemos y como tendremos ocasión de reafirmar, en ninguna parte de su obra Martínez Estrada permite que su pluma se deslice hacia una valoración positiva de ese período. La función de esa especie de profecía pareciera ser, ante todo, catártica o conjuratoria, como si nombrar los fantasmas fuera equivalente a dominarlos o a hacerlos desaparecer. Liberal-civilizatorio incómodo, pero liberal-civilizatorio al fin, Martínez Estrada está a inconmensurables distancias del caudillismo o del rosismo retrospectivos, en cualquiera de sus variantes. Esto lo diferencia nítidamente de otra familia de autores, en la que cabe incluir a Julio Irazusta, cuya empresa revalorizadora de la figura de Rosas estudiaremos en el siguiente capítulo. Más bien, y esto es de la mayor importancia, la disyuntiva martínezestradiana parece plantearse entre lo auténtico-negativo (lo bárbaro) y lo falso-positivo (lo civilizado). Si la primera opción no es deseable por negativa, la segunda no lo es por falsa: en Martínez Estrada la contraposición civilización-barbarie es una contraposición que, llamativamente, carece, al menos en cierto sentido, de polo positivo; como intentaré argumentar enseguida, de existir éste, ha de buscársele, tal vez, fuera del ámbito de aquella contraposición y, más allá, fuera del “ahistórico” ámbito americano o, muy dentro de él, en algunos de sus pliegues y resquicios ocultos. Anti-materialismo y perfilamiento de una contrafigura cálida: en relación con estas disposiciones, quisiera subrayar de manera especial dos aspectos: uno, que en el Martínez Estrada de 1933 las críticas al materialismo no se articulan, todavía, con un cuestionamiento global del sistema capitalista³⁰; como veremos, hacia mediados de los años cuarenta, y aun más

²⁹ Más adelante, en la Cuarta Parte (*Buenos Aires*), sostiene en análogo sentido: “Florida no resistirá con los años el avance de esas legiones que se incuban en los barrios-fronteras.” (p.155) Recuérdese al respecto la aportación de Rodolfo Borello, comentada en *supra*, nota 10.

³⁰ En un pasaje de la Quinta Parte, leemos: “Crédito y estafa andan muy juntos y forman un circuito, un sistema en cadena y de francmasonería sin estatutos ni sede, en que están complicados el que tiene y el que no tiene nada. En último término el dueño de las mentiras, el que tiene la linterna de nuestros sueños y el despertador, vive lejos de aquí.” (pp.193-194) Es cierto que hay más de un pasaje en el cual se denuncia la

notoriamente después, durante su momento cubano, ambas disposiciones tenderán a entrecruzarse, reforzándose mutuamente; el otro, que la contrafigura cálida martínezestradiana es, pese a su carácter en cierto modo inasible, un entero ámbito de valores positivos, que debemos examinar con detenimiento. ¿Dónde se encuentra? La respuesta no es sencilla. Lo que sí es seguro, a mi modo de ver, es que no hay que buscarla en el polo bárbaro.³¹ Tampoco se sitúa en las realizaciones derivadas del sueño civilizatorio sarmientino; se trata, antes bien, de la imagen hasta cierto punto ideal de una civilización genuina e integral. Volvamos al texto. Por una parte, habría otros lugares, fuera de Sudamérica, donde el milagro del arraigo y de una vida reposada serían experiencias efectivas; por la otra, pareciera que en la misma pampa habría ciertos resquicios donde sería posible hallar seres que todavía conservan su dignidad, como el artista y el sabio honestos, cuyas vocaciones son un “contrasentido con la realidad profunda” (p.180) y que pueden existir sólo en la medida en que no sean tocados por ese fluido corruptor que es la política. Interesa sobremanera retener esta disposición anti-política, sobre la que volveremos luego. Más allá de ello, cabe consignar y retener que la valoración del arraigo, del hogar, de la espera paciente, de la vida del espíritu nos reenvía al señalamiento de León Sigal anotado en las primeras líneas del *Comentario preliminar*. Como el lector recordará, Sigal llamaba la atención sobre el impulso martínezestradiano a añorar, casi siempre de manera implícita, un “pasado infantil mágico”. No es excesivo aventurar que la imagen de una vida hogareña feliz remite a la infancia pueblerina de Martínez Estrada, es decir, a toda esa etapa que antecede a la separación de sus padres. Decía también Sigal que casi todos los “héroes” de Martínez Estrada comparten la vivencia de “una infancia feliz, feliz y dolorosa”. Podemos agregar que entre esos

condición dependiente del país y del resto de los países latinoamericanos; sin embargo, ello no conduce al autor a una invalidación del sistema en su conjunto, sino a algo distinto: a un énfasis en las deficiencias locales por un lado, a una postulación tácita de que hay lugares donde las cosas son distintas por el otro. En la p. 10 Martínez Estrada alude a “nuestro capitalismo bárbaro”, imagen que parece orientada a cuestionar no el sistema en su conjunto sino la bastardía o incompletud de una de sus manifestaciones específicas. Antes que a un anti-capitalismo abierto, los cuestionamientos a la figura del advenedizo, a la riqueza sin ideal, a la mercantilización de los afectos, etc., son motivos que en 1933 remiten, según entiendo y como ya indiqué, a una sensibilidad marcadamente anti-Noventa, esto es, decididamente crítica de la dinámica que llevó a la crisis económica y política de 1890. [Véase al respecto el tercer párrafo del Tercer Capítulo (“La fuga”) de la Quinta Parte (Miedo)].

³¹ James Maharg (1972) ha propuesto una lectura orientada en esa dirección: “De modo que el ensayista rechaza la civilización moderna y aboga por una visión de la Argentina que muchos pensadores han consignado como barbarie, y que él considera ser ‘civilizada’ a causa de su autenticidad en términos humanos.” (p. 221) Desde mi punto de vista, el hecho de que Martínez Estrada efectivamente recupere ciertos valores asociados a una “realidad tipo *Gemeinschaft*” no significa que identifique civilización genuina y barbarie, ni que rechace en bloque a la civilización moderna.

héroes de infancia feliz hay que contar, en lugar principalísimo, a W. H. Hudson. Sostiene Sigal (1991a:365ss.):

En Hudson reaparecen muchos de los aspectos que configuran el paradigma del mito personal; quizás es su mejor encarnación (...) Hudson durante toda su vida no hace más que repetir sus experiencias más tempranas, su vida consiste en proteger su infancia de todo contacto espúreo. Y éste es su mayor título de gloria.

Más adelante consideraremos otros aspectos de la aportación de Sigal que marchan en el mismo sentido. Baste indicar por ahora que mi apuesta de interpretación se basa en el supuesto de que, para 1933, Martínez Estrada había leído a Hudson (“hasta el entresijo”, como él mismo señalara en su testimonio retrospectivo; véase *supra*, nota 14) y que, tanto su visión del pasado pampeano como la elaboración del ámbito de valores positivos que opera como contrafigura de la realidad histórico-social invariablemente puesta en cuestión, encuentra en Hudson, particularmente en *Allá lejos y hace tiempo* una fuente de inspiración principalísima. En esa evocación autobiográfica, que sólo llega hasta poco después de la muerte de su madre, Hudson, a la vez que enumera, por cierto que “al pasar”, las raíces del mal, dibuja los trazos fundamentales de la “vida buena”. Todo esto significa que no hay que esperar hasta los años cuarenta para hablar de un Martínez Estrada próximo a Hudson; la presencia de este escritor es crucial ya en *Radiografía de la pampa*, siendo por momentos de mayor significación y trascendencia que la de otros autores usual e insistentemente referidos.

El punto que aun resta aclarar es el concerniente a la *explicación* del fracaso argentino tal como aparece en *Radiografía...* Sabemos ahora que, desde la perspectiva planteada en esa obra, en la pampa (metonimia del país y, por momentos, de Sudamérica) no hubo historia; en ella se repitieron, con variantes superficiales, unos males originarios y esenciales. Podemos agregar: no hubo historia porque nunca hubo sociedad, y no hubo sociedad porque no se produjo el milagro del arraigo. Pero, si en procura de alcanzar el corazón del problema, preguntamos *por qué* las cosas sucedieron de ese modo, esto es, por qué no hubieron en estas tierras historia, ni sociedad, ni arraigo, nos resultará difícil perfilar una respuesta unívoca y definitiva. Más bien, identificaríamos un abanico de respuestas, cada una de ellas plausible en la medida que podría exhibir con alguna eficacia ciertos pasajes de la obra a título de “demostración”. Simplificando: el arco de respuestas iría desde un polo determinista telúrico (“un territorio inmenso devora las

obras precarias de los hombres”)³² hasta un polo más intencionalista, donde los males quedarían explicados porque las cosas *se hicieron* mal (“*en vez de* construir, de cercar, de labrar...”; “[nuestra república], mal hecha y mal poblada”).³³ Sin duda, ambos impulsos están presentes en la obra; articularlos en forma sistemática es una tarea que los estudiosos ocasionalmente han tomado a su cargo; por mi parte, hasta donde alcanzo a ver, Martínez Estrada no ofrece –seguramente porque no ha sido ese su propósito– algo parecido a un “sistema explicativo articulado”; buscarlo, construirlo, puede conducir a elaboraciones más o menos interesantes o complejas, pero nunca a agotar la cuestión; ella permanece, por definición, abierta. Desde mi punto de vista, lo que cabe resaltar es lo siguiente. En primer lugar, es preciso aceptar que *Radiografía...* es ante todo una abrumadora “colección de tomas negativas” sobre la realidad argentina; en la medida de ello, es una de las obras que más ha contribuido al delineamiento y consolidación del tópico del fracaso nacional: decir, con Guérin, que la obra alberga un pronóstico optimista es a mi modo de ver un exceso. En segundo lugar, se debe admitir que, si se enfatizan ciertas tomas en detrimento de otras, promoviendo paralelamente una interpretación más o menos literal de las mismas, es posible (y hasta cierto punto legítimo) sostener que *Radiografía...* destila cierto tipo de “fatalismo telúrico”; el problema de enfocar las cosas desde este prisma es que tiende a reducir algo que, con todo, se resiste a ser clausurado y relegado al arcón de las cosas viejas: en esas páginas hay sin duda impulsos fatalistas (forman parte de la “colección de tomas negativas”), pero la significación global de la obra no se agota en ellos. En tercer lugar, parece conveniente conceder que *Radiografía...* es susceptible de lecturas oblicuas o en filigrana y que alberga, por tanto, capas de significación que exceden el nivel de lo literal. En esta dirección se orientan

³² El crítico cuyo nombre ha quedado más identificado con este énfasis es Juan José Sebreli (1966). El punto del fatalismo telúrico está especialmente desarrollado en el capítulo II de esa obra, aunque no sería excesivo afirmar que constituye el núcleo de la crítica de Sebreli a Martínez Estrada. Como el mismo Sebreli lo reconoce, los términos fundamentales de ese tipo de aproximación habían sido perfilados treinta años atrás por Bernardo Canal Feijóo en su artículo “Radiografías fatídicas”. La interpretación de Sebreli no deja lugar a dudas: “Puesto que el curso de la historia, según Martínez Estrada, está determinado por el espacio geográfico, no hay libertad humana. La historia no la hacen los hombres en persecución de sus propios fines, la hace la tierra cuyos secretos poderes rigen las acciones humanas.” (p. 37) Puede considerarse también a James Maharg (1972) como representante prototípico de esta línea de interpretación.

³³ Miguel Guérin (1991: 386ss.) distingue entre un aislamiento cultural (proveniente del choque entre el conquistador y el indio) y un aislamiento social (debido a la deficiente o nula interfunción). Si el primero no puede repararse, el segundo sí. Bajo el supuesto de la “reversibilidad implícita” de las causas del aislamiento social Guérin, en las antípodas de Sebreli, escribe: “En este sentido, el pronóstico de esta obra escrita en el mundo del blanco, desde su perspectiva y para sus integrantes, resulta optimista, y la soledad, profunda y auténtica, que en ella se argumenta no es eterna ni la propia de las disoluciones finales, es la soledad de los orígenes.” (p. 389; mis cursivas)

tanto la consideración retrospectiva de Martínez Estrada (quien aludiera, como vimos, a la función “catártica” de su libro) como las aportaciones de Orgambide (1986; 1997) y Liliana Weinberg (1991; 1992). Según Orgambide (1997: 108), *Radiografía...* insinúa una ruptura epistemológica que no llega a plasmarse en el nivel del contenido, en virtud del enorme peso del pensamiento heredado sobre su autor; sin embargo, la ruptura alcanza a desencadenarse en la dimensión escritural, en las metáforas, asociaciones y símbolos que surcan sus páginas, invariablemente intensos y profundos. L. Weinberg da otra vuelta de tuerca a esta línea argumentativa al destacar la función “inversora de signos” de *Radiografía...*, y llamando especialmente la atención sobre el papel capital del “mirador paradójico” martínezestradiano.³⁴ Si se aceptan estos planteamientos, es posible admitir que, de manera sutil, en parte buscada y en parte no, *Radiografía...* es también una obra de catarsis, de conjuro y de poderoso (aunque limitado) sentido crítico. Por lo dicho anteriormente, no parece inadecuado afirmar que esa dimensión crítica concierne, ante todo, a la órbita moral; si hiciera falta una evidencia a este respecto, bastaría reparar en que, hacia el final de la Tercera Parte de *Radiografía...* y comentando cierta opinión de Bertrand Russell, Martínez Estrada sostiene en forma explícita que *todos nuestros problemas son morales* (p. 130). Pero insisto, reconocer todo esto no debe llevarnos a olvidar lo anterior: la embestida crítica no deja etapa ni figura a salvo; se trata de una abrumadora colección de “tomas negativas”; en el pasado prácticamente no hay nada que pueda recuperarse para perfilar algún tipo de propuesta transformadora. Si aceptáramos, con Hayden White (1992), que toda narrativa histórica es la puesta en trama de un conflicto que es en última instancia moral, y si concediésemos que es posible aproximarse a *Radiografía...* desde esa clave, nos veríamos llevados a concluir que es un libro singular, en virtud de que nos cuenta la derrota de todos los valores positivos. Sería, en cierto modo, el libro del desasosiego. Y sin embargo... Sin embargo, late en sus páginas la contrafigura cálida referida y que nos acompañará, con algunas variaciones, a lo largo de todo este recorrido.

³⁴ Señala Liliana Weinberg (1991: 477): “La *Radiografía* se estructura notoriamente a partir de la adopción de un punto de vista marginal por parte del autor, a la vez que esta posición se vinculará con la elección de una determinada estrategia de conocimiento de la realidad y de estructuración de los textos: la paradoja. Puesto al lado (para) de lo que comúnmente se acepta como verdadero (doxa), el ensayista se dedicará a indagar la verdad de los hechos desde un nuevo mirador paradójico. Y al ofrecer la verdad demostrará que es él quien ocupa el verdadero centro, validando así su propia posición marginal como la única auténtica.” L. Weinberg desarrolla más a fondo esta perspectiva en su estudio sobre *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*. Señalaré al pasar que el punto relativo a la marginalidad de Martínez Estrada no es compartido por todos los estudiosos: algunos han visto en él más una autopercepción imaginaria o un gesto retórico que una condición objetiva; véase, por ejemplo, Viñas (1991: 420)

En suma: el problema argentino, tal como aparece caracterizado en *Radiografía de la pampa*, es no haber podido conformar una civilización genuina e integral. Como vimos, lo que Martínez Estrada entiende por tal no debe buscarse en la barbarie ni, tampoco, en los avatares del sueño civilizatorio sarmientino; ha de ligarse, más bien, con ese ámbito de valores positivos que opera en la obra como cálida contrafigura de una realidad multifacética pero invariablemente abominable. Una contrafigura que es, en verdad, difícil de asir y de situar: escurridiza, late en la evocación silenciosa, en las obras predilectas a medias confesadas, en ciertos resquicios semiocultos o en aquel espacio que Max Weber designó, refiriéndose al destino de los valores más sublimes en nuestra época desencantada, como el *pianissimo* de la vida íntima, de las relaciones cara a cara, de los pequeños círculos... Desde mi punto de vista, en esta singularidad reside uno de los mayores atractivos del pensamiento de Martínez Estrada; de ella derivan también sus límites y aporías.

2. Hacia una universalización del ámbito del mal

En 1940, después de un largo tiempo sin publicar, Martínez Estrada dio a conocer *La cabeza de Goliat, microscopía de Buenos Aires*.³⁵ Este libro desarrolla y profundiza un conjunto de temas presentes en la segunda mitad de *Radiografía de la pampa*, con algunas pocas variaciones significativas en lo que concierne a los ejes problemáticos que orientan nuestro estudio. En efecto, parece evidente que *La cabeza de Goliat* reproduce a grandes rasgos el procedimiento que definimos como característico de *Radiografía*...: la acumulación de “tomas negativas” frente a las que emerge *sottovoce* una contrafigura cálida o, dicho con algo más de precisión, un ámbito de valores positivos. Paralelamente, en las miniaturas que componen *La cabeza*... es posible detectar, también, algunos deslizamientos que vale la pena registrar.

No hay razones para dudar de que *La cabeza*... combina, en la senda abierta por las Partes Cuarta, Quinta y Sexta de *Radiografía*..., las críticas de Alberdi al papel histórico de Buenos Aires, las admoniciones del último Sarmiento y ciertos elementos fundamentales de la sensibilidad anti-Noventa.³⁶ Buenos Aires es vista, al modo alberdiano, como clave de

³⁵ Debo decir que no me fue posible trabajar con la primera edición de *La cabeza de Goliat*. No pude, por tanto, realizar el cotejo de rigor para establecer en qué medida mis comentarios pueden estar basados en secciones agregadas o modificadas con posterioridad a 1940.

³⁶ Como indiqué en la nota 30, con la expresión “anti-Noventa” busco poner de relieve la disposición martínezestradiana a cuestionar abiertamente, en términos fundamentalmente morales, la dinámica que llevó a

interpretación de la entera historia argentina, y si en una primera aproximación aparece como portento, al mirarla mejor se advierte que constituye un “problema espiritual”, estrechamente ligado al destino del país. Discutiendo implícitamente con Mitre, Martínez Estrada niega la “preexistencia de la nación” para afirmar, desafiante, la “preexistencia de Buenos Aires”, que habría existido ya en la mente de los primeros Adelantados y que, hacia 1810, estaba por completo “madura”. Desde su óptica, la contraposición Buenos Aires (España) vs. Interior (América) estaba planteada con toda claridad desde la época de la emancipación; la federalización de 1880 fue una solución gordiana, que no hizo a Buenos Aires capital del país, sino que la confirmó como “capital de sí misma”; con ello, el problema no se solucionó, sino que se agravó. Bajo el supuesto de que las preguntas insólitas y paradójales pueden despertar en nosotros inquietudes nuevas o darnos nuevos puntos de vista acerca de cuestiones complejas (*La cabeza...*: 22), Martínez Estrada interroga: ¿Qué hubiera sido la República sin Buenos Aires, éste u otro...?; ¿Cuál sería la suerte del país si se demoliera Buenos Aires...?; ¿Cómo podría Buenos Aires restituir honradamente al Interior...?³⁷ Esas preguntas, que naturalmente permanecen sin respuesta, presiden la totalidad del desarrollo. Martínez Estrada insiste en el carácter mercantil de la ciudad, en su tempo *prestissimo*, en el signo lucrativo de casi todas las actividades que se despliegan en su seno, en la imagen orteguiana de Buenos Aires como factoría... El siguiente pasaje, tributario cabal de *Radiografía...*, condensa eficazmente esta serie de motivos:

No creo que seamos un pueblo tan indigno que merezcamos un tratamiento vejatorio de la dignidad humana. Creo que en nuestros orígenes tenemos gravísimos pecados contra la naturaleza, de que no nos curaremos si rehusamos entrar a la comprensión honrada de nuestra historia colonial y posterior, si existe; creo que todo aquel que sale a buscar soluciones hechas para aplicárnoslas como camisa de fuerza, o que cierra los ojos ante la verdad y quiere seguir sosteniendo en vigor los sofismas de los que odian secretamente al país, y por eso proclaman que todo en ello es grande ‘y parecido a los que ya hace muchos años que se pudrió en Europa’, no son simplemente seres equivocados, sino canallas encorados en cuyo interior hay un propósito de lucro ilegítimo. Todo aquel que desconoce que somos un conglomerado amorfo de pasiones cosmopolitas, de ideas internacionales, de sangres confluentes de todos los riachuelos étnicos, no puede distinguir la verdad de la mentira. (*La cabeza...*: 156)

la crisis económica y política de 1890; en este sentido, “Anti-Noventa” equivale a Anti-juarista (por el presidente Juárez Celman) y no, por supuesto, a Anti-Revolución del Parque.

³⁷ Hay, incluso, algún pasaje con connotaciones apocalípticas, en la línea de lo mencionado en la nota 29: “Cuando [Buenos Aires] sea llamado a rendir cuentas –y esto siempre ocurre-, no sabrá cómo litigar su absolución. Únicamente podrá alegar que estaba condenado a la suerte de los seres teratológicos, que es la de vivir para sí mismos y no para la especie.” (*La cabeza...*: 31, mis cursivas)

Como sabemos, la contrafigura de esta vida apresurada, rapaz y carente de cohesión abarca el hogar, el arraigo, la defensa de los valores espirituales, la valoración de lo no utilitario... Al igual que en *Radiografía...*, todo esto aparece en *La cabeza...*; no de manera estentórea, sino como sutil contrapunto:

Lo que les falta a estas muchedumbres heterogéneas de diversos orígenes y disposiciones, es un ideal que se ajuste a la realidad, una realidad poderosa como para orientarlas, y esos ideales no pueden aparecer sino con el amor, cuando se aman la vida, los seres y las cosas que componen el mundo en que estamos enraizados. (*La cabeza...*: 155)

Hay dos lugares en los que es posible apreciar con toda nitidez la sustancia de que está hecho ese ámbito de valores positivos. Uno es el que describe los “barrios felices” del oeste de la ciudad, “por donde Horacio gustaría de pasear su conformidad con la suerte y su interés por el hombre cabal” (p. 74). En esas casas de pequeños jardines cuidados con esmero, moran familias satisfechas, de mansa bonhomía; “de ahí, probablemente, la calma profunda y sin fin de estas calles, en la noche, cuando los hombres honrados, con la doble fatiga de su honradez, descansan sin insomnios ni pesadillas.” (p. 75) El otro lugar es la sección dedicada a los ajedrecistas (pp. 229-236). Allí Martínez Estrada se revela como un enamorado del ajedrez: en su opinión, se trata del juego antiutilitario por excelencia; la “vocación pura” que reclama sólo puede sostenerse sobre los pilares de la “buena conducta”. La profunda ligazón entre lo antiutilitario y la virtud queda así tematizada con plena nitidez. En esas páginas se aprecia, también, una vez más, el desdén hacia la política: para Martínez Estrada, los ajedrecistas argentinos del presente de la enunciación (Valentín Fernández Coria, Hugo Maderna, Carlos Guimard, Roberto Grau, Damián Reza, Luis Palau, etc.) destacan en el mundo porque son autodidactas, es decir, porque no han sido malogrados por la enseñanza oficial y, además, porque están exentos del “influjo deletéreo de la política”. Debemos ubicarlos, pues, junto a los artistas, a los sabios honestos y a los hombres laboriosos y honrados, en la no demasiado larga lista de figuras que van poblando el ámbito donde rigen los valores positivos.

También pueden detectarse en *La cabeza...* al menos dos énfasis “nuevos” en relación con *Radiografía...* Uno es el cultivo del humor. Varias de las miniaturas que componen *La cabeza...* están consagradas a la descripción de escenarios, situaciones y figuras típicas de la ciudad. Calles, plazas, parques, monumentos, carreras de caballos, partidos de fútbol, taxis,

colectivos, y una entera galería de personajes -hombres “representativos”, viajeros, vendedores, carteros, choferes, vigilantes, poetas, tilingos, cuidadores de coches, barrenderos, canillitas, adivinos, curanderos y otros más-, son retratados con verdadera maestría y, en ocasiones, con pinceladas de humor. Es posible argüir que la delectación que esas pintorescas miniaturas suscitan favorece la puesta entre paréntesis, aunque más no sea por un instante, de la coloración gris y el tono melancólico que caracterizan a la obra considerada en su conjunto. El otro énfasis “nuevo” es más importante para los fines de esta exploración. Se trata de los numerosos pasajes que dejan entrever con claridad una disposición nostálgica respecto de lo que llamaríamos el “mundo premoderno”, impulso ausente, hasta donde habíamos podido ver, en *Radiografía...* El impulso nostálgico identificable en *La cabeza...* puede dividirse en dos cauces principales: el primero se refiere a la historia del país “criollo”; el segundo concierne a una puesta en cuestión de la mecanización, el hastío y la deshumanización que conlleva la vida moderna considerada en sentido amplio. Los componentes principales del primero de esos cauces se dejan apreciar en las líneas que aluden a la superioridad moral del jinete sobre el chofer, a la índole paradisiaca de los pregones de los vendedores ambulantes, a la sensibilidad perdida que se llevó consigo la edad del organillo y a otras cosas por el estilo, susceptibles de ser captadas a través de la consideración de este extracto:

Quando las monedas de cobre circulaban legalmente y para comprar (no sólo para completar vueltos y burlar a las máquinas), la vida era más sencilla, las cosas valían menos y los hombres más (...) Desaparecieron aquellas monedas grandes que fueron una época y se acabaron los menudos encantos de la vida, el minúsculo candor y su cortejo de poesía y misterio: los caramelos con palito, el pantalón corto, las chicas que se dejaban besar, los cuentos de Calleja y la creencia de que a los muchachos melancólicos les salían pelos en la palma de la mano. (*La cabeza...*: 288)

La sección dedicada a los suicidas (“Durante los siglos de la Colonia y primeros años de la Independencia, los suicidios fueron muy extraños en Buenos Aires, casi desconocidos.”, p. 317) y pasajes como el que se transcribe a continuación, en particular después del *pero*-bisagra, nos recuerdan los planteamientos del Ayarragaray decadentista-nostálgico:

El Buenos Aires de hoy es superior, sin ninguna duda, al de 1830 en higiene, comodidades, grandiosidad de estilo urbano, arquitectura y riqueza. Aquel Buenos Aires de 1830 estaba empezando a formarse; éste está concluido. *Pero* los habitantes y todo aquello que formaba la atmósfera humana de la ciudad eran incomparablemente superiores. En el primer tercio del siglo XIX Buenos Aires alcanzó la máxima de

cultura; era la época de los rascacielos espirituales tanto como ésta es la de los sótanos. La Atenas del Plata, aunque hediera a carroña, era de espíritu gentil. El hedor que emana ahora, limpia y pulcra, es el mismo que daba náuseas a Hamlet: el hedor del alma descompuesta. Hasta 1880 se engrandeció materialmente, aunque había perdido sus buenas cualidades; desde 1880 se le envileció el alma, las gentes se le mixturaron y saturaron, recíprocamente, con la hez traída de los países de Europa. (*Ibid.*: 168-169; mis cursivas)

El segundo cauce –la puesta en cuestión de la vida moderna en sentido amplio– se aprecia especialmente en la sección titulada “En la trampa”.³⁸ La “trampa”, desde luego, es la ciudad. Las imágenes que se perfilan aquí son la de la ciudad-jaula, complementada por la de las casas-celdas y la de los habitantes-prisioneros (pp. 51-57). Vista en escala histórica, esta “refinada forma de cautiverio” habría significado un retroceso:

...cuando el hombre erraba sin residencia fija, hizo los más grandes descubrimientos: las religiones, el lenguaje y la escritura, la metalurgia, el tejido y la filosofía y la poesía. Cuando se encerró, las invenciones se refirieron a todo lo estacionario y no se relacionaban ya con el destino del ser humano sino con el destino de la población. (*Ibid.*: 52)

Un retroceso por el cual el hombre se transportó a sí mismo a sitios alejados de lo auténticamente vital:

Cuando hombres como Thoreau, Hudson o Kipling hablan de las selvas y los campos, del mar o los ríos, no derraman acerbos reproches sino que llegan simplemente al olvidado sentido pánico de la naturaleza. Vemos entonces como por una grieta que se abriera en el muro de circunvalación que nos encierra, la perspectiva inmensa de la vida y el mundo, como los contempló el hombre propiamente tal [no el “salvaje”, AK], quizás el de la Edad de Bronce. (*Ibid.*: 55)

Tras considerar, en un sentido más bien retórico, la posibilidad de que la ciudad haya sido en alguna medida una invención saludable –trampa contra la fiera peligrosa, en cuyo seno se habría apaciguado la sed de destrucción y crueldad que, en su momento, llevó a edificarlas-, Martínez Estrada pone fin a esta sección con una serie de interrogantes seguidos de una reflexión gélida y sombría, que deja entrever el profundo impacto que el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial ejerciera sobre su sensibilidad:

³⁸ También, acaso, en la sección titulada “Volviendo a Matusalén”, en la que Martínez Estrada reflexiona sobre la significación de la feria franca.

Pero el ciudadano conspicuo, el hijo legítimo de la ciudad, ¿no es el destructor por excelencia, terrorista o tirano? ¿No salen de ahí los operarios del diablo, que trabajan para la guerra? ¿No quieren matar a sus progenitores? Acaso lo que buscan es, simplemente, la destrucción de la ciudad y de los seres civilizados en un rencor tan viejo como las viejas ciudades, contra sus padres arcaicos, los constructores de recintos amurallados. La guerra actual así lo demuestra. Así la ciudad, después de haber absorbido al ‘hombre terrible en libertad’, mata al ‘hombre terrible en cautiverio’. Toda ciudad desea su propio fin, y la vesania de la guerra, que nace en las ciudades perfectamente disciplinadas, es el corolario de la vida cotidiana, de guerra en la paz. ¿Y qué seres se habrían salvado en virtud de ese suicidio de los presidiarios?, ¿la humanidad, la civilización? Ahora cae la noche y han encendido lámparas en las casas de enfrente. La sombra de la ciudad penetra hasta mí. Siento soledad alrededor, y también un poco de frío. (*Ibid.*: 56-57)

Concluiré estos breves comentarios sobre *La cabeza...* con dos reflexiones generales sobre el impulso nostálgico que venimos considerando. La primera reflexión apunta a destacar que, en su propia indeterminación, la disposición referida no consigue situar claramente en un momento de la historia el ámbito de realización de los valores positivos (Edad de Bronce, Colonia, 1830, la época –mucho más próxima– en que Lugones y Groussac dirigían nuestras bibliotecas...); más bien, dicha disposición parece cumplir otras funciones: por un lado, ampliar, vía contraste, la colección de “tomas negativas” de la realidad presente; por otro, contribuir, a través de la incorporación de elementos premodernos en su imagen de civilización genuina, al mejor delineamiento de la contrafigura de aquella realidad. La segunda reflexión se orienta a subrayar el carácter ambiguo y limitado de esta “nueva” disposición favorable a lo premoderno. Aun cuando sea del todo cierto que Martínez Estrada es un heredero de la gran tradición romántica y, digámoslo, contrailustrada, no parece adecuado caracterizarlo como antimoderno sin más. Por el contrario, y como vengo sosteniendo desde hace varias páginas, Martínez Estrada defiende la idea de una civilización genuina e integral, esto es, regida por valores morales y espirituales. Como vimos, esta composición en buena medida imaginaria es ciertamente difícil de ubicar con precisión en tiempo y espacio. La presencia de incrustaciones *Gemeinschaft* en su idea de una civilización integral opera, sin duda, como elemento enriquecedor de su afán crítico; parece evidente, empero, que Martínez Estrada no plantea ninguna clase de vuelta atrás: no propone retornar a la Edad de Bronce, ni a la Edad Media europea, ni a la Colonia, ni al “momento bárbaro” argentino: es un crítico de la modernidad, no un reaccionario ni un primitivista. ¿Cómo entender, si no, su imposibilidad de desprenderse

por completo del sueño civilizatorio sarmientino...?, ¿Cómo pensar sus alusiones, infrecuentes pero constantes, a espacios de civilización genuina...?, ¿Cómo dar cuenta de su prolongada admiración por los Estados Unidos...?, ¿Cómo interpretar estas palabras, en las que resuenan los anhelos industrialistas lugonianos...?: “[Buenos Aires] sigue siendo la ciudad colonial y no ha pasado a ser la ciudad industrial, la ciudad que al país le convendrá tener.” (p. 40)

Es posible reafirmar estas últimas consideraciones a través del análisis de un conjunto de textos en los que Martínez Estrada plasmó sus impresiones sobre los Estados Unidos tras la visita que realizara entre junio y agosto de 1942, por invitación de la División de Relaciones Culturales del Departamento de Estado.³⁹ El examen de dos escritos sobre Sarmiento que vieron la luz a mediados de los años cuarenta servirá también a la misma finalidad, aunque en ese caso será necesario dejar constancia de un deslizamiento significativo.

Con respecto a la actitud de Martínez Estrada hacia los Estados Unidos, lo primero que hay que decir es que ella varió con el paso del tiempo. De ser, en principio, laudatoria —con algunos destellos ambivalentes y hasta ásperos, detectables particularmente en el *Diario de Viaje* de 1942- se volvió abiertamente crítica en su “momento cubano”, esto es, a partir de 1960, aunque es posible identificar un cambio de actitud anterior a esa fecha, tal como indicaremos unas páginas más adelante siguiendo a Joaquín Roy (“Introducción” a E. Martínez Estrada: *Panorama de los Estados Unidos*). Pero ahora estamos en 1942. En el *Diario...* y el *Diagrama...* es posible identificar dos impulsos distintos. Uno, en cierto modo prevaleciente, concierne al asombro positivo de Martínez Estrada frente a la grandeza de la potencia del Norte, a su civilización complejísima, a su economía “de gran estilo...” Piensa Martínez Estrada que, a diferencia de lo sucedido en los países iberoamericanos, en los Estados Unidos la población ha sido sabiamente distribuida, los inmigrantes han sido aglutinados sin deformar el espíritu nacional, la Nación se ha perfilado casi como sinónimo de la Sociedad; por eso, aun los gobiernos representantes de los intereses del capital más rapaz han acabado sirviendo los designios fundadores. En su opinión, las clases sociales están allí prácticamente abolidas (por lo que cierto aspecto del socialismo ha sido superado) y la política y el gobierno tienden a

³⁹ Según J. Manuel Espinosa la invitación a Martínez Estrada tuvo lugar en el marco de un plan de intercambio cultural iniciado oficialmente en 1938, fecha en que se creó la mencionada División, entre cuyas líneas de actividad se contaba la puesta en práctica de un programa de visitas de intelectuales latinoamericanos, orientado a influenciar en sentido favorable los sentimientos públicos hacia los Estados Unidos. En ese tiempo, y dentro del programa referido, tuvieron oportunidad de visitar la potencia del Norte Érico Veríssimo, Enrique De Gandía, Benjamín Subercaseaux, Mariano Picón Salas, Gabriela Mistral,

extinguirse (contrariamente a lo que sucede en los países iberoamericanos, “monarquías encubiertas”). Además, sostiene Martínez Estrada, los Estados Unidos, a diferencia de Inglaterra, han crecido “hacia adentro” y, aunque su destino final sea la expansión a escala mundial de sus sistemas, la imputación de imperialismo es “grosera y parcial”. Anota en el *Diagrama...*: “Todo, cuando se ha empezado bien, se continúa bien, y cuando menos intervienen las teorías o el gobierno, mejor.” (En *Panorama de los Estados Unidos*: 226) Habrá advertido el lector que a lo largo de estas consideraciones los Estados Unidos son el reverso de muchas de las “tomas negativas” acumuladas en *Radiografía de la pampa* y en *La cabeza de Goliath*, como si en la potencia del Norte hubiésemos de hallar, por fin, el sitio donde rigen los valores positivos. Y sin embargo...

Sin embargo, es preciso considerar el segundo impulso con atención. Éste alude a la distancia crítica que Martínez Estrada establece en relación con algunos rasgos de la vida norteamericana que lo incomodan e inquietan. En lo fundamental, esta disposición de signo ambivalente o negativo se aprecia en aquellos pasajes del *Diario...*, en los que se pregunta por el destino del arte y la cultura en una sociedad mecanizada, chata, inexpresiva...

En este momento, ¿qué significa la literatura, el arte, el espíritu? ¿Ha interesado alguna vez? ¡Ah, Poe, Whitman! Pobres grandes hombres. No tengo todavía datos para opinar y siento ya una infinita tristeza por ellos. ¿Han podido soportar esta chatura de parquet, estas reglas de convivencia social inexpresivas, bancarias? Esta organización burocrática de la cultura y del intercambio de intelectuales, es entristecedora. Se parece a las carnes y las frutas en conserva (...) ¿Estoy realmente inclinado a buscar y encontrar –por tanto- el lado desagradable de las cosas? ¿Qué más pretendo yo? ¿Es posible algo más serio, más efectivo, más esencial, relaciones de valores, respeto y simpatías no protocolares? (*Diario...*, nota correspondiente al domingo 28 de junio de 1942, en *Panorama...*: 45)

Ese día también escribe: “Estudiar esto: el norteamericano tiene el complejo ‘negro’.” (*Íbid*: 48). La situación de los negros lo lleva a pensar que algo no está bien en la potencia del Norte. En un comentario fechado el jueves 2 de julio, refiere una conversación con la concertista Mariana Cuevas: “Le dije: ustedes necesitan un poco de nuestra levadura bárbara. (Quería decirle yo: sentido de lo vital, terrestre, trágico; de lo humano sin desnaturalizar)” (*Íbid*: 60-61) Estas anotaciones pueden parecer triviales, pero no lo son, en la medida que nos

Oswaldo Guayasamín, Alfredo Palacios, entre otros (Véase la referencia en Joaquín Roy: “Introducción” a E. Martínez Estrada: *Panorama de los Estados Unidos*: 22 y nota 18)

permiten establecer una distinción útil para delinear con mayor claridad la índole del escurridizo ámbito de valores positivos martínezestradiano; en efecto, por ellas sabemos que los Estados Unidos, civilización compleja y grandiosa, no son, en sentido estricto, la morada de esos valores.

Entonces, ¿qué son los Estados Unidos para el Martínez Estrada de 1942? Pienso que los textos reunidos en *Panorama...* ofrecen evidencia suficiente para sostener que su visita lo conduce a colocar, acaso por primera vez, la realización de su anhelo de una civilización genuina e integral en el futuro, más precisamente, en un futuro prefigurado, en el presente de la enunciación, por los Estados Unidos. En otras palabras, no los Estados Unidos de ese momento, sino el mundo que ellos hacían presentir se corresponde con el ámbito de valores positivos martínezestradiano. En los pasajes finales del *Diario...* leemos:

Me planteo a mí mismo esta cuestión de conciencia: si cuando se vitupera al capitalismo y al comercio y al comerciante, y a todo lo que por una convención universal representa el espíritu de lucro y de egoísmo, se plantean con claridad los términos de la cuestión (...) No me gustaría tener que defender un sistema que me repugna tanto como a Emerson y Thoreau, pero pretendo ser justo, ver con claridad (...) La proyección sentimental que se da al capital, juzgado como instrumento de un poder injusto, está fuera del concepto científico y real (...) Marx no incurría en tales groseros errores sentimentales. Para él se trataba de un sistema, al que oponía otro sistema, el del goce por el productor. (*Íbid:* 128-129)

Estas dudas sobre la pertinencia de condenar al capitalismo se vuelven (casi) elogios en el *Diagrama...* En la línea del Lugones que vislumbraba la eterización de la materia, Martínez Estrada habla de purificación, de un nuevo ciclo histórico en ciernes, de espiritualización...:

El hombre se purificará de todo lo malo que encarna la civilización mecánica a través de los mismos instrumentos de esa civilización mecánica. (*Íbid:* 191)

Lo que [la economía de gran estilo de los EU] sea susceptible de rendir si se proyecta sin obstáculos a la dimensión mundial sólo puede ser concebido si se admite que, simultáneamente con ese sistema, se desplacen igualmente los otros sistemas abiertos de gobierno, cultura y moral. Entonces los bienes de la civilización que han creado los norteamericanos, valiéndose de materiales que suponíamos groseros, no solamente pasarán al dominio del hombre sino que harán posible iniciar un nuevo ciclo en que el espíritu, como hoy lo concebimos, aparecerá como la piel seca de una muda todavía grosera en su destino. (*Íbid:* 215-216)

La desmaterialización de la materia no puede lograrse sino por el trabajo sobre la materia (...) No sería posible que a medida que la materia se espiritualiza, el espíritu se materialice. (*Ibid.*: 240-241)

A la luz de estos pasajes no parece inadecuado sostener que, hacia 1942, la civilización genuina e integral de Martínez Estrada se ubica también, además de en ciertas zonas difusas del pasado y en algunos resquicios semiocultos del presente, en un futuro que superará –me atrevería a decir que dialécticamente- la deslumbrante y vigorosa realidad apreciada en su visita a los Estados Unidos. Deslumbrante y vigorosa, pero aun demasiado mecanizada, chata, *fría*, si cabe la expresión... En relación con lo que veníamos discutiendo antes, estas consideraciones permiten reafirmar que el ámbito de valores positivos martínezestradiano, esa contrafigura cálida que opone, *sottovoce* pero con obstinación, a todas las realidades que examina, aun cuando posea incrustaciones de elementos asociados a un mundo tipo *Gemeinschaft*, no niega los avances científicos y tecnológicos sino que, más bien, se apoya en ellos, tomándolos como condición necesaria para el eventual progreso del espíritu humano.

En 1946 Martínez Estrada dio a conocer su ensayo *Sarmiento*. Al año siguiente pronunció unas conferencias en la librería Viau de Buenos Aires, enseguida publicadas con el título *Los invariantes históricos en el Facundo*. En una medida importante, ambas aportaciones – nuevos ajustes de cuentas con la figura y la obra de Sarmiento- desarrollan cuestiones planteadas en el artículo de 1931 y en el ensayo mayor de 1933. Su examen será útil para redondear nuestra interpretación de ese crucial e intrincado vínculo intelectual; asimismo, nos permitirá poner de relieve un deslizamiento de importancia, ligado a lo que quisiera denominar “ampliación de la escala de sus disposiciones críticas”.⁴⁰

La reaproximación a la figura de Sarmiento que Martínez Estrada propone en 1946 sigue siendo compleja y tensionada. El ensayo es un largo contrapunto que, al tiempo que se esmera en resaltar las cualidades positivas de Sarmiento, procura dar cuenta del eventual naufragio póstumo de sus teorías, sin eludir la tematización, por cierto autocontenida, de las supuestas debilidades y contradicciones del prócer. Aun sin ser un panegírico, la obra nos revela a un Martínez Estrada no equidistante ni neutral, sino profundamente ligado a

⁴⁰ Lamentablemente no he podido acceder a la primera edición de *Sarmiento*. Las consideraciones que siguen se basan en la tercera, de 1969. En la p. 11n de dicha edición Enrique Espinoza anota que, tras la segunda, Martínez Estrada “introdujo en el texto numerosas correcciones, unas de su mano y otras dictadas.” Esto constituye un problema en relación con el fechado preciso de lo que llamo “ampliación de escala de las disposiciones críticas”; sin embargo, como veremos enseguida, un pasaje capital de *Los invariantes...* (1947)

Sarmiento. El lector no debe dejar de tener presente que, aunque Martínez Estrada pudo haber sido un liberal-civilizadorio-sarmientino *incómodo*, fue un liberal-civilizadorio-sarmientino al fin: sólo en contadas ocasiones y en una medida relativa pudo rebasar el horizonte impuesto por tal filiación.⁴¹

Sarmiento aparece en esas páginas como un hombre inmenso, honrado, religioso y ético, incapaz de consentir la injusticia, la indignidad o el fraude. Desde muy temprano quiso realizar en escala social aquello que se le había negado individualmente, y por esa “hipertrofia filantrópica de su necesidad de hogar” debe ser pensado como *padre* del país. Pero enseguida aparecen bemoles. Uno, muy significativo, desdobra al prócer para decir que lo verdaderamente meritorio y significativo de su obra ha de buscarse en su época de luchador social en el destierro, es decir, en sus tiempos de juez y acusador; en contraste, el período subsecuente a su repatriación es visto con signo negativo; mutilado, ese segundo Sarmiento pacta, transige, se somete: “...en la acción de gobierno se nos presenta mucho más tímido que en la lucha de ideas. Se abstuvo de atacar las fuentes del mal: el ejército, la iglesia, la burocracia, aunque conocía qué significaban para la política y para el erario.” (*Sarmiento*: 49; 176) Otro matiz, también importante, es la puesta de relieve del naufragio póstumo de las teorías sarmientinas, tema ya prefigurado en el artículo de 1931 y desarrollado en *Radiografía...*; entre las causas de dicho naufragio han de contarse, como veremos enseguida, algunas “carencias” del prócer, ciertas determinaciones “ambientales” y algunos otros elementos que abren nuevas preguntas y complicaciones. Por ahora debemos retener tres cosas: una, Martínez Estrada valora ampliamente la figura de Sarmiento; dos, su evaluación de la significación histórica del prócer es, no obstante lo anterior, tensionada; tres, esa tensión contiene, según su punto de vista, los

autoriza a sostener que dicha “ampliación de escala” habría comenzado a tener lugar en ese tiempo. Tampoco cabe duda de que, como veremos después, el impulso aludido tendería a reforzarse en los años subsiguientes.

⁴¹ David Viñas (1991:416-417) ha señalado: “[Martínez Estrada] es insuficiente cuando se trata de cuestionar globalmente el sistema liberal (...) De donde cabe preguntar: ¿habría que atribuir esos límites a la incondicionalidad de Martínez Estrada respecto del modelo mayor de intelectual liberal? ¿De sus imposibilidades críticas para ir hasta los prototipos de la ideología señorial argentina y desentrañar ahí, inexorable, ciertas pautas programáticas que luego de culminar se prolongan exhaustas y negativas? Quiero decir, ¿de Sarmiento a quien –pese a sus reiterados esbozos e intentos– no pudo verlo críticamente en sus contradicciones flagrantes y en sus límites o imposibilidades? (...) ¿O acaso el mismo Sarmiento –en el continuo del discurso liberal argentino– no es más que un significante del significado más denso y coagulado, por fin, en la figura de Lugones? ¿O cuál es la razón por la cual el autor de *Radiografía* jamás habla ni cuestiona la crispada y más que notoria derechización de su maestro y padrino? ¿De ese Lugones de quien jamás planteó una crítica que explicitara su propio distanciamiento?” Según Viñas (1982b: 162), el *Sarmiento* de Martínez Estrada polemiza en forma indirecta pero rebelde con el libro que sobre el mismo tema publicara Ricardo Rojas. Hay que decir también que, como veremos enseguida, el ensayo también discute las inclinaciones antisarmientinas de varios de los autores representativos del revisionismo histórico.

elementos fundamentales para plantear el problema argentino en los términos que corresponden. Sarmiento es pensado como resumen, como imagen a escala reducida del entero mundo americano; su faz trágica, su problematicidad desgarradora, son precisamente la clave para comprender la realidad profunda del país. Ello se aprecia con claridad en los siguientes dos pasajes, que muestran de paso en qué importante medida Alberdi sigue muy presente en este nuevo arreglo de cuentas con Sarmiento:

Si se le ha reprochado, y por Alberdi con mayor incisión que nadie, que fuera Sarmiento un tipo representativo de la barbarie que incriminaba en defensa de la civilización condicionada por la ley, *es justamente porque era en verdad la encarnación plena de lo bueno y de lo malo de su país*. En momentos de reposo y de ecuanimidad él mismo se juzgó un caudillo de la raza de los caudillos de cepa y hasta de la misma sangre del prototipo de ellos. Comprendemos que ese reconocimiento no disminuye su grandeza sino al contrario. *Son esos los dientes de la rueda que engranan su persona con su país*. (Sarmiento: 22-23; mis cursivas)

No sólo es Sarmiento el más argentino de los escritores, sino el más argentino de los pensadores y el más argentino de los argentinos, con todas nuestras virtudes y defectos. Combatirlo significa tanto como combatir a la nación en bloque (...) Las objeciones de Alberdi (de que quiso construir una civilización con métodos bárbaros) es lesiva más que justiciera hasta cierto punto, como injuria personal, pero deja de serlo en cuanto Sarmiento es visto en *demiurgo de nuestra historia*. (Sarmiento: 117-118; mis cursivas)

Pasemos ahora a considerar el modo en que Martínez Estrada enfoca el problema de las causas del naufragio póstumo de las teorías sarmientinas. En relación con este punto se mezclan y tensionan motivos y planos argumentales que conocemos bien con algunos otros que nos llevarán a adentrarnos en nuevas nebulosas de significación. En una serie de pasajes del ensayo, Sarmiento aparece como un tipo humano inquieto, voluntad pura *carente de un plan orgánico e integral*; el examen de esas zonas discursivas deja en nosotros la impresión de que las cosas podrían haber tomado un curso distinto de haber existido en Sarmiento tal “sentido arquitectónico”. En otra serie de pasajes las dificultades “del ambiente” son colocadas al lado o por encima de aquella insuficiencia digamos personal. Más allá de las dificultades que pudiera haber para articular de modo satisfactorio estos dos motivos, podemos por momentos llegar a pensarlos como complementarios; sin embargo, el impulso “ambiental” conduce en ocasiones a sendas más fatalistas: en un ambiente semejante no era –ni es– posible tener ni desplegar plan orgánico alguno:

Un plan nunca lo tuvo, ni nadie lo ha tenido, ni puede haberlo si no se condiciona una concepción global de todos los problemas. El único plan viable ha de surgir sobre la base de la vida ordenada del pueblo, de su conciencia, de la honradez en su tarea de convivir y trabajar, de su repudio de la ilegalidad, de su condenación de la indignidad y del fariseísmo de los gobernantes, de su reeducación, para abreviar. De una reeducación integral y en gran escala. ¿Quién consigue eso? (...) Sarmiento lo intentó y fue finalmente derrotado y arrojado al osario común de los utopistas. Será la suerte de todos los que lo intenten sin una previa disposición favorable en las cosas y los hechos. (*Sarmiento*: 86-87)

No hay duda de que Martínez Estrada dibuja un “último Sarmiento” hiperlúcido, esto es, consciente de la vacuidad de sus desproporcionados esfuerzos previos:

Si su obra colosal se ha derrumbado con su vida (...) es porque el genio y el esfuerzo de un hombre no basta para levantar un edificio perdurable en el desierto, ni para crear la conciencia de los deberes superiores en un juego donde ganar es toda la ley (...) *Lo supo, pues*, y en sus últimos años trató de despertar el sentido de la responsabilidad en los maestros y en los gobernantes, sin que se viera ya en su trágica gesticulación otra cosa que los ademanes de un lunático senil.” (*Ibid*: 28-29; mis cursivas)

De ahí la idea según la cual *Conflicto y Armonías de las Razas en América*, junto a los *Estudios Económicos* de Alberdi, señalan el verdadero norte de la cuestión argentina. De ahí también la insinuación de que si el joven Sarmiento hubiese tenido conciencia de las dificultades habría desistido al comienzo como desistió al final. De ahí, en fin, la recomendación retrospectiva: “Sarmiento no debió haber regresado jamás al país, ni cesado de escribir, como Alberdi comprendió que debía hacer y lo hizo.” (*Ibid*: 178) Recordando lo señalado en relación con la disposición “anti-política” martínezestradiana cabe preguntarse si en su pensamiento toda vocación política está condenada a la transigencia, a la sumisión a fuerzas impersonales inefables, en definitiva, al naufragio... Y si la respuesta a esa pregunta fuese, como creo que debiera ser, positiva, correspondería preguntarse, también, no sólo por el sentido de la actividad política –en la que Martínez Estrada nunca incursionó– sino también, y principalmente, por el sentido de una actividad intelectual inconforme y comprometida, pero en definitiva antipolítica. A partir de la última frase citada, y simplificando un poco las cosas, no parece excesivo sostener que Martínez Estrada no quiere ser Sarmiento sino Alberdi... Pero, ¿cómo colocar a Alberdi en el ámbito de valores positivos que comenzamos a delinear desde nuestro análisis de *Radiografía*...? ¿Es ese Alberdi que permanece en el destierro voluntario una figura homóloga a los artistas y a los sabios honestos, a los ajedrecistas, a los

hombres honrados que no tienen insomnio ni pesadillas, a W. H. Hudson niño, vagabundo y emigrante...?

Pero no anticipemos, y volvamos al problema que veníamos tratando. Hay en *Sarmiento*, además de lo indicado, toda una serie de pasajes donde, en la misma línea de los planteamientos vertidos en *Radiografía...*, el prócer aparece, una vez, como *genio diabólico* -“el más peligroso idealista en acción”- incapaz de pensar los mecanismos por los cuales los artefactos de la civilización “funcionen para el progreso y no para la barbarie sofisticada” (*Sarmiento*: 145); incapaz de advertir, en suma, que Rosas y los caudillos estaban “en la línea de la verdadera historia a favor de la corriente de los declives.” (*Ibid*: 58) En el mismo sentido, hacia el final del capítulo cuarto la mirada desplegada sobre el siglo XIX argentino refuerza la “periodización” perfilada en *Radiografía...*: si entre 1853 y 1880 civilización y barbarie todavía pugnan entre sí, a partir de 1880 se funden en una historia ambivalente en la que es imposible determinar cuál es el parásito, dedicándose ambas a devorar en forma indistinta el alma y las entrañas del país. Perdido el contacto con los verdaderos problemas y cerrado el horizonte al porvenir, desde entonces se piensa y se actúa “en función de intereses internacionales condicionados a un nuevo sentimiento de lo argentino basado en la prosperidad material” (*Sarmiento*: 59) Por su parte, y como sabemos, la barbarie no desaparece, sino que, por el contrario, se hospeda en edificios fiscales de imponente arquitectura... Frente a este panorama, Sarmiento sigue creyendo, porfiado, en la antítesis:

No vio que civilización y barbarie se integraban en un tipo de cultura, en un status social complejo, como que historia argentina (o suramericana) implica un status político un tipo de cultura cívica de la misma complejidad: lo que el lenguaje técnico denomina ‘cultura bastarda’. (*Ibid*: 60)

Entre paréntesis: pareciera que en Martínez Estrada las nociones “barbarie sofisticada” y “cultura bastarda”, ésta última tomada de (¿Edward?) Sapir, son sinónimos aproximados, y pueden (deben) aplicarse al examen de la historia argentina posterior a 1880. Más allá de ello, nos topamos nuevamente con la imagen de la historia como repetición perpetua de lo mismo. A los ojos de Martínez Estrada, el *Facundo* fija los invariantes del proceso y ofrece una clave de interpretación que sigue siendo válida a condición de que sepamos leer, es decir, de que seamos capaces, por ejemplo, de sustituir “España” por “supervivencia de la colonia” y por “imperialismo anglosajón”. Es en esta línea de argumentación que Martínez Estrada afirma que

la realidad de 1945 es *la misma* que la de 1845. Ahora bien, todo este conjunto de consideraciones no parece presentar, *a priori*, otro problema que el de reconocer ciertas inconsistencias en el dispositivo explicativo de Martínez Estrada, sin llegar a poner en cuestión el núcleo de su dispositivo axiológico.⁴² En efecto, en la línea de argumentación hasta ahora exhibida, no hay razones para dudar de que, fuera por la razón que fuera, el sueño sarmientino naufragó y, sobre todo, de que ese naufragio es algo que debemos lamentar. Y sin embargo...

Sin embargo hay, todavía, otra torsión en el *Sarmiento*, ligada a lo que quisiera llamar “ampliación de escala de las disposiciones críticas” de Martínez Estrada. No resulta sencillo establecer unívocamente el sentido y el alcance de este movimiento, aunque es posible delinear dos series de consideraciones con un margen razonable de certidumbre. En primer lugar, es evidente que en ciertas zonas del ensayo se registra un deslizamiento hacia un decadentismo global o, si se prefiere, hacia una generalización de los diagnósticos sombríos. Sostiene Martínez Estrada que la curva de la cultura argentina ha descendido a un mínimo histórico, acercándose al nivel “continental” (léase hispanoamericano); luego de insinuar que este descenso puede ser la antesala de una toma de contacto con la realidad, pone en relación el desquicio nacional *con el mundial*. Escuchémosle:

El salto atrás es ahora la misma marcha de la civilización construida sobre la base de la injusticia y la codicia en gran escala. El examen de nuestro caso particular adquiere valor general ahora (...). Si los países de vieja civilización hoy se hallan desorganizados moral y políticamente, es porque sobre ellos pesa el mismo cúmulo de factores fraudulentos (...) Suramérica padeció *antes* que ellos, por la menor consistencia de su organización social, *los mismos* males que los afectan hoy después de una guerra que ha desquiciado la vida de esos países, porque en pequeño y en bruto, aquí se preludieron los males de que ellos se creían inmunes. Ahora es *todo* el mundo el que se encuentra frente a nuestros mismos dilemas...” (*Ibid.*: 36-37; mis cursivas)

Según esto, Rosas habría prefigurado a Mussolini, Hitler, Franco y al “neonacifascismo” hispanoamericano del presente de la enunciación. Pero más que eso interesa resaltar que del extracto citado parece desprenderse que, antes de la(s) guerra(s), es

⁴² Es cierto que el vasto trabajo de reelaboración simbólica que Martínez Estrada lleva adelante en torno a la clásica contraposición sarmientina lo conduce por derroteros diversos, conduciéndolo en ocasiones hasta las inmediaciones de zonas relativamente inciertas. Sin embargo, su renuencia a explorar las sendas abiertas por el revisionismo histórico, que para ese tiempo ya había elaborado miradas sobre la historia argentina que pudiéramos designar como rosistas y, en una medida significativa, antisarmientinas (aunque no abiertamente anticivilizatorias o antimodernas en todos los casos), es clara y no ofrece pliegue en los que introducir matiz alguno. Véase como ejemplo *Sarmiento*: 55-56.

decir, en tiempos de Sarmiento, los países de vieja civilización eran efectivamente civilizados; el descenso es posterior. Esto no presentaría mayor problema, si fuera todo. Pero no lo es. En el ensayo se encuentran también pasajes como los que siguen, que complican aun más las cosas, al descentrar casi por completo lo que veníamos entendiendo como ámbito de valores positivos (la “civilización”): “Sarmiento comprendió que constituíamos un país semicivilizado, pero no comprendió que Inglaterra y Estados Unidos constituían *países fundados sobre la ignominia.*” (*Ibid.*: 61; mis cursivas) O: “[Sarmiento] no supo atacar la barbarie en la misma cristalización de aquellas otras sociedades infames y crueles.” (*Ibid.*: 73) Más adelante: “La grandeza que Sarmiento anhela es precisamente la grandeza que encubre la injusticia, la crueldad, la infamia, la codicia.” (*Ibid.*: 95) En el mismo sentido, llega a afirmar que las fuerzas de barbarie que Sarmiento vio aflorar en suelo americano son “el subsuelo de la misma civilización capitalista.” (*Ibid.*: 95) Por supuesto que todo esto abre tensiones y preguntas nuevas...: ¿de qué está “hecha” y dónde “queda” en definitiva la “civilización”?, ¿es ella en verdad deseable...?, ¿vale la pena anhelar una grandeza basada en la ignominia...?, ¿hay que seguir pensando, como en 1942, que la espiritualización será una consecuencia del trabajo sobre la materia, esto es, del propio desarrollo del capitalismo...?

En segundo lugar, en varios pasajes del *Sarmiento* se despliega una interpretación del mundo de la posguerra basada en argumentaciones de corte conspirativista e incipientemente antinorteamericanas o antisajonas:

La identidad del destino histórico hispánico viene a explicarse, además, con la revelación, hoy indiscutible para cualquier hombre sensato, de que tanto la España peninsular y borbónica como la Italia monárquica y católica de los Saboya y los países hispanoamericanos, *son víctimas de un plan de dominio mundial que las naciones vencedoras de la Alemania hitlerista no han tenido reparos en dejar a descubierto* (*Ibid.*: 94-95)

Lamentablemente, no dispongo de elementos apropiados para delinear hipótesis relativas a las fuentes de inspiración de esta torsión por la cual se amplía la disposición crítica martínezestradiana, aunque es evidente que ella se articula con ciertas vertientes de opinión ligadas al clima cultural de la inmediata posguerra. Todo lo que puedo hacer por el momento es relacionar esto con lo indicado por Joaquín Roy (“Introducción” a E. Martínez Estrada: *Panorama de los Estados Unidos*); según Roy, cabe identificar, hacia 1947, un cambio de actitud de

Martínez Estrada con respecto a los Estados Unidos.⁴³ Más allá de este señalamiento, que siendo de la mayor importancia no alcanza empero a despejar todos los interrogantes relativos a las fuentes de inspiración del deslizamiento referido, quisiera llamar la atención, todavía, sobre dos cosas más: una, que el nuevo impulso martínezestradiano evidentemente prolonga y enriquece su propensión habitual a coleccionar todas las “tomas negativas” disponibles; dos, que hacia 1946-47 Martínez Estrada se revela renuente a celebrar la victoria de una causa (la aliada) a la que había apoyado abiertamente durante varios años; en vez de eso, corre a reencontrarse con ese rol tan suyo de intelectual inconforme; luego veremos que un movimiento análogo se verifica tras la caída de Perón en 1955.

Los invariantes históricos en el Facundo no presenta novedades de importancia para los fines de este estudio. Sin embargo, una somera consideración de tres aspectos particulares de ese texto contribuirá a reforzar algunos de los puntos que venimos trabajando. Primer aspecto, la propia idea de “invariantes históricos”. De nuevo nos encontramos aquí, previsiblemente, con una idea de la historia entendida como pura repetición de lo mismo; basándose en aportes de Alfred Weber, Lévy-Bruhl, Boas y Frazer, Martínez Estrada sostiene que el cambio es lo ilusorio y la inmovilidad lo verdadero (“la sustancia informe e inaprehensible del vivir histórico”); la transposición de esta perspectiva al caso argentino le permite actualizar la idea alberdiana según la cual “Rosas sigue siendo el dominador espectral de nuestra vida nacional, el organizador y el legislador oculto...” (*Los invariantes...*: 9; mis cursivas) Rosas es pues un

⁴³ Según Roy, ese cambio tuvo relación con la participación de Martínez Estrada en una mesa redonda organizada por *Cuadernos Americanos*, titulada *Imperialismo y buena vecindad*. Véase *Cuadernos Americanos*, VI, XXV, 5, set-oct de 1947, pp. 80-88. Enseguida, Roy precisa que Martínez Estrada volvió a formular consideraciones elogiosas hacia los Estados Unidos en su artículo “Norteamérica la hacendosa”, aparecido en *Sur* a fines de 1950. Dicho artículo comenta el ensayo *America the beautiful*, de Mary McCarthy, reproducido y ampliamente discutido en las páginas de *Sur*. Matizando la afirmación de Roy, diré que el título de la aportación martínezestradiana de 1950 no debe engañarnos; no se trata de un panegírico y, aunque no enfoca la cuestión desde los ángulos del antiimperialismo o del anticapitalismo abiertos, profundiza con decisión las vetas críticas abiertas en el *Diario de Viaje* sin entrar en contradicción con lo que he venido señalando en relación con el “movimiento de ampliación”. Considérese por ejemplo el siguiente pasaje: “Si desaparecieran instantáneamente todos esos objetos maravillosos y pavorosos del genio y de la industria, pero si el territorio de los Estados Unidos prosiguiese poblado por sus actuales habitantes, éstos reconstruirían en muy poco tiempo la misma civilización acaso mejor. Pero es seguro que no habrían adquirido por eso conciencia de la posibilidad de un existir más humano, de un modo de convivencia fundado en un orden de relaciones desinteresadas. Los artefactos creados por el ingenio y la industria también han contribuido sin duda al mejoramiento mental y moral del hombre; pero al mismo tiempo han generado como por secreción natural de su funcionamiento y organización un sistema político y económico de la más aborrecible brutalidad. Consecuentemente han creado una religiosidad y una ética comerciales que no son la negación de la religiosidad y la ética verdadera, sino algo mucho peor: su desfiguración para adaptarlas como lubricante de esa maquinaria que no necesita del hombre más que para servirla.” (p. 158) Debo decir que Roy también hace referencia a otro texto, al que no podido acceder.

invariante capital (descubierto por Sarmiento pero desarrollado por Alberdi, a tal punto que la ecuación propuesta por éste terminó incluyendo al propio descubridor), que entronca con otros: “la persistencia de lo colonial” (en la cual hay que incluir a la misma España); el factor étnico (que es en rigor psicológico, derivado de la cruce del blanco y la india); el elemento económico (al que cabe designar como “invariante Alberdi”), etc. Segundo, en el mismo sentido y como vimos más arriba, la analogía establecida entre la tiranía de Rosas y los totalitarismos próximos al presente de la enunciación. Baste decir que en unas conferencias dedicadas a una obra clásica del siglo XIX hay más de una decena de alusiones directas al nacionalsocialismo... Tercero, y muy importante, la insinuación, en uno de los varios momentos en que se despliega la analogía recién referida, de que el nacionalsocialismo venció a pesar de su derrota. Escuchemos este oscuro pasaje, que a mi entender contribuye a dar cuerpo a la hipótesis delineada unas páginas más arriba, según la cual en la inmediata posguerra la escala de las disposiciones críticas martínezestradianas se amplifica considerablemente:⁴⁴

Pero aquí necesito explicar uno de los motivos que posibilitaron el considerar un tipo de gobierno como un tipo humano, y es la espectacular ferocidad que crea una obsesión emocional, el morbus contagioso del miedo, como le llamaba Sarmiento, con que se encubre otra vez el sentido de aquella política sabiamente elaborada. Ese motivo de ofuscación es la ferocidad de ciertas formas exteriores de dominio por el terror. Exactamente lo que percibimos en la sevicia innecesaria del nacionalsocialismo, que lo perjudicó sin duda en su adopción por otros países civilizados, *pero que le permitió sobrevivir a los mismos países en que se había engendrado, y dominar el mundo una vez desmontada su maquinaria inquisitorial. Pues lo horrible de ese sistema no estaba en los campos de concentración ni en los hornos crematorios –todo eso desaparece pronto- sino en el sistema mismo de negación de todos los derechos del hombre y de perversión del alma. Esa maquinaria infernal es la vieja máscara de los caballeros de la Orden Teutónica (...). Es muy probable que la condenación universal de la ‘máscara teutónica’, como entre nosotros de la ‘máscara Rosas’, haya asegurado la victoria de la Orden que se ocultaba tras ella. (Los invariantes...: 29-30; mis cursivas)*

Hasta donde alcanzo a ver, este impulso estaba ausente en el Martínez Estrada de *Radiografía...*, de *La Cabeza...* y de los textos derivados de su visita a los Estados Unidos. Como veremos, tenderá a consolidarse en las obras de los años subsiguientes, aunque en ciertas direcciones específicas.

⁴⁴ En el caso de *Los invariantes...* he trabajado sobre la primera edición de 1947, por lo que no hay dudas al

3. ¿Renuncia y fuga...?

En 1948 Martínez Estrada dio a conocer *Muerte y transfiguración de Martín Fierro, ensayo de interpretación de la vida argentina*. La obra se publicó inicialmente en México, en dos volúmenes. Diez años después se reeditó en Argentina, con algunas modificaciones formales, un “Epílogo” y sin el “texto íntegro del Poema”, que abría la edición mexicana.⁴⁵ No es éste el lugar para emprender una historia de la crítica del *Martín Fierro* hasta el momento en que apareció *Muerte y transfiguración...*, y ello por dos razones fundamentales: primero, porque supondría desviarnos sensiblemente de nuestro propósito; segundo, porque, en una medida importante, las líneas fundamentales de esa historia han sido ya trazadas con eficacia.⁴⁶ Pero tampoco sería adecuado obviar el hecho de que la interpretación martínezestradiana del *Martín Fierro* brota de un suelo cultural específico. Como ha señalado Liliana Weinberg (1992: 24)⁴⁷,

... el ensayo tiene un orden interno regido por un principio constructivo dinámico, el principio inversor de signos, que nos descubre a un poderoso crítico de la cultura preocupado por revertir toda interpretación dogmática. La permanente oposición del ensayo a las visiones ortodoxas del *Martín Fierro* constituye la clave de su propia interpretación y un camino válido para aproximarnos al sentido de su texto.

respecto.

⁴⁵ Aquí trabajo sobre la primera edición. Con respecto a las diferencias entre las dos ediciones, véase Liliana Weinberg (1992: 56-60). Señala allí la autora que los cambios en la nueva edición (en especial la inclusión del “Epílogo”) tuvieron que ver ante todo con el descubrimiento por parte de Martínez Estrada de un nuevo público potencial, compuesto en buena medida por universitarios y especialistas.

⁴⁶ Nuevamente remito al lector al estudio de L. Weinberg (1992: 61-71) También pueden verse, entre otras cosas, el ya clásico estudio de Adolfo Prieto (1998) y la antología de abordajes críticos preparada por José Isaacson (1986). Con respecto a la posición del propio Martínez Estrada frente a la crítica que lo precedió, cabe revisar con provecho las cuatro últimas secciones de la Tercera Parte de *Muerte y transfiguración...* (Tomo II, pp. 218-246) Para el lector que desconoce esta problemática clásica de la cultura argentina, basta aclarar que la Primera Parte del *Martín Fierro* vio la luz en 1872 y la Segunda en 1879. Más allá de algunas excepciones, entre las que destaca Unamuno, el Poema, ávidamente leído en el campo desde su aparición, fue ignorado por la crítica culta hasta entrado el siglo XX. Recién entonces los estudios de Leopoldo Lugones (1913-16) y Ricardo Rojas (1917-22) elevaron al Poema, a su protagonista y a la figura del gaucho en general a la categoría de símbolos nacionales; como vimos en el capítulo tercero, esta reconocimiento póstumo no debe ser disociado de la búsqueda de referencias legitimadoras de la nacionalidad en el contexto de la inmigración aluvional. Posteriormente las interpretaciones diversificaron sus orientaciones; en general, el Poema dejó de pensarse como epopeya y comenzó a verse como novela (Borges) o como “literatura social”; más tarde, sectores del peronismo abrevaron en él en procura, también, de símbolos legitimadores.

⁴⁷ L. Weinberg (1992: 150) argumenta que la estrategia inversora de signos se apoya “en dos operaciones básicas: la elaboración de antítesis en el caso de elementos que no se consideran tradicionalmente opuestos entre sí, y la construcción de paradojas a partir de elementos que sí se consideran tradicionalmente opuestos, con el objeto de cambiar su signo.” Más adelante matiza: “El principio inversor de signos no se agota en sí mismo ni acaba por proponer una antiliteratura y una antihistoria simétricamente contrapuestas a las visiones ortodoxas. Las tensiones antitéticas y paradójicas dejan abierta la posibilidad de inclusión de nuevos elementos, así como de una reapertura del contrapunto.” (p. 177)

En términos generales, las visiones ortodoxas del *Martín Fierro* a las que se opone *Muerte y transfiguración...* son aquellas “que leyeron el Poema desde la visión hegemónica del proyecto ‘civilizador’” (L. Weinberg, 1992: 43 y, también, 61-77). Ejemplo característico de este tipo de aproximación sería la lectura propuesta por Eleuterio Tiscornia, condensada en el *Discurso de recepción en la Academia Argentina de Letras* (1944); también, aunque de otro modo, la interpretación desplegada por Leopoldo Lugones en *El payador*, sobre la que nos hemos detenido en el capítulo segundo. Ahora bien, de esto no debiera inferirse en absoluto que Martínez Estrada se identifique, ahora sí, con eso que venimos llamando “polo bárbaro”. Es verdad que desde cierto prisma sería posible ver *Muerte y transfiguración...* como una exploración de la barbarie; se sabe, para Martínez Estrada *Martín Fierro* es el “reverso del Facundo” (*Muerte y transfiguración...: Tomo I, 36*)⁴⁸ Sin embargo, exploración no equivale a identificación; como sostiene L. Weinberg (1992: 45), “la tarea crítica que se propone Martínez Estrada es compleja, ya que implica refutar al centro sin por ello identificarse con el margen.” A mi modo de ver, si hay en *Muerte y transfiguración...* algún impulso orientado a la identificación plena con alguna figura o situación, el mismo no apunta a Sarmiento, ni a Alberdi, ni a la época rosista, ni al universo federal, ni a José Hernández, ni a los personajes del Poema, ni al orbe indígena, sino, una vez más, a la figura pura, fresca y profunda de W. H. Hudson. Pero no anticipemos.

Ahora es el momento de preguntar: ¿qué aporta *Muerte y transfiguración...* a las ideas martínezestradianas de la historia en general y del tiempo argentino en particular?; ¿a través de qué vías actualiza, enriquece y recrea el tópico del fracaso nacional...? En términos generales, pienso que la aproximación martínezestradiana al Poema de Hernández no supone una mutación profunda en relación con sus planteamientos anteriores. Esto no significa desconocer que *Muerte y transfiguración...* es una empresa intelectual distinta a *Radiografía...*; sin duda, vista desde otros ángulos, lo es. Tampoco supone desconocer la presencia de variaciones y matices, algunos orientados en las direcciones indicadas en la sección precedente, otros nuevos. Examinemos las cosas texto en mano, con algún detalle. Antes que nada, hay que decir que la idea según la cual la “realidad histórica” está hecha de “invariantes” continúa vigente:

Si admitiéramos la posibilidad de que, desaparecido el agente portador de los caracteres de una raza o un sino histórico, desaparecieran también las invariantes que a lo largo de

⁴⁸ En cierta ocasión, José Luis Romero (ref. en L. Weinberg: op. cit.: 42n y 74) llamó la atención sobre el hecho de que en sus obras anteriores Martínez Estrada había ido preparando un espacio para estudiar “la barbarie”.

los siglos dan fisonomía a cada uno de los países, la historia sería un cúmulo de materiales cambiantes imposibles de ordenar en un sistema. La verdad es lo contrario. (*Muerte y transfiguración...*: Tomo I, 261)

Más adelante:

La realidad histórica es un concepto más amplio y central que cualquier otro; se forma con los invariantes que a través de los siglos perpetúan a un pueblo como tipo de raza, de misión, con su fisonomía y su némesis. Todo lo demás es aderezo... (*Ibid.*: Tomo I, 299)

Según Martínez Estrada uno de los méritos mayores del *Martín Fierro* radica, justamente, en que no es una “obra de detalles”, sino de “realidad histórica”: bien leída, es capaz de conectarnos con aquella dimensión profunda de los invariantes.⁴⁹ A modo de paréntesis, es de la mayor importancia poner de relieve que, para Martínez Estrada, el Poema consigue eso más allá de sus eventuales “defectos” y de las limitaciones e inconsecuencias de José Hernández, su autor; al igual que Lugones, Martínez Estrada piensa que el *Martín Fierro* alcanzó la estatura de obra genial a pesar de haber sido, en principio, un panfleto político, y más allá de Hernández⁵⁰; en cuanto a éste, lo ve como a un burgués descontento, de limitadas aspiraciones sociales y, en especial en sus últimos años, inconsecuente; en ningún momento da la impresión de identificarse plenamente con él; la identificación plena está reservada, lo sabemos, a W. H. Hudson.⁵¹ Retomando el problema de los invariantes corresponde señalar

⁴⁹ Martínez Estrada considera que este mérito es excepcional en el panorama de la cultura argentina; a sus ojos, la conciencia nacional siempre ha tendido a confundir lo significativo con lo superficial, privándose así de una gran literatura, de una gran iconografía y, también, de una gran historia. El núcleo de lo que *podría haber sido* una gran literatura estaría en la gauchesca, en las páginas de los proscritos, en la *Excursión...* de Mansilla, en los Viajeros ingleses, en W. H. Hudson, en Cunningham—Graham...; y, “si hubiésemos de elegir alguna de nuestras obras para que transmitiera a la posteridad lo que hemos sido, sin otros documentos de nuestra existencia, sólo una obra elegiríamos: el *Martín Fierro*.” (*Muerte y transfiguración...*: TII, 124); sin embargo, todas esas obras “no pasan de ser cuerpos extraños en el organismo de nuestra literatura.” (*Ibid.*: TII, 485)

⁵⁰ Al plantear la necesidad de una lectura anagógica del Poema, profundiza en la misma dirección: “La lectura anagógica, jeroglífica, estaba más allá de la comprensión de Hernández en su madurez, aunque estaba en los comienzos, cuando el *Martín Fierro* era concebido pensando en otra cosa. Hernández fue un lector corriente de su Poema. Nosotros tenemos que leerlo en todos sus textos o sentidos superpuestos —como criptografía—, porque precisamente así fue concebido y hecho: para contar otras cosas. Entonces el *Martín Fierro* deja de pertenecer a Hernández, pasa a ser un producto genuino de la pampa, y el Autor es relegado al papel de un intérprete o, mejor dicho, de un profeta a medias consciente de su misión, a medias consciente del mensaje que reproducía, y también de la calidad poética y artística de su Obra...” (*Muerte y transfiguración*: TII, 138)

⁵¹ Esto se aprecia con toda claridad en aquellos pasajes en que Martínez Estrada traza paralelos entre ambos escritores. Los elementos a partir de los cuales elabora el contraste parecen ser básicamente dos: por un lado, y a diferencia de Hernández, Hudson es visto como un hombre verdaderamente culto, de sensibilidad refinada, etc.; por el otro, la partida de Hudson es vista bajo un signo completamente positivo, mientras que el

que, en una medida importante, Martínez Estrada parece leer el *Martín Fierro* como prueba y confirmación de los planteamientos de *Radiografía...*: “El *Martín Fierro* es una sublevación. Lo feo que pinta encubre lo más feo que calla (...) Es dar vuelta la espalda a la civilización que se había consolidado en falso...” (*Muerte y transfiguración...*: 30) Desde esta perspectiva el Poema, documento artísticamente elaborado de un estado de cosas en que imperan la soledad, el desarraigo, la inexistencia del hogar, la falta de lazos, la ausencia de comunidad..., viene a ser vivo testimonio del naufragio del sueño sarmientino y de la derrota de todos los valores positivos. Martínez Estrada llega a llamarlo poema de la noche, poema de la intemperie... Todo esto, que evidentemente es crucial, cobra un vigor tremendo cuando, discutiendo con Tiscornia, Martínez Estrada aborda el problema de la significación de “la vuelta” del protagonista:

El reintegro a la vida civilizada de Fierro, al regresar, que a Tiscornia le parece un entrar tranquilamente en el disfrute de la organización democrática del país, *es de un tono desolador tan grande como acaso no lo haya igual en ninguna literatura*. No es conectarse con las gentes de su patria, con la vida organizada: es encontrar los hijos, abandonados a sí, y a Picardía, tres náufragos absolutamente solos, para formar un cuaterno de seres solitarios. Tanto, que necesariamente deben separarse, en la noche, después de haber cambiado sus nombres. Sus nombres, que no tenían. ¿Es que también tienen que cambiar de mote? *¿Dónde está aquí la sociedad, la comunidad humana? (...) Sociedad o comunidad, no las hay*. Muchedumbres sólo hallaremos en los bailes, en el Fortín, en los toldos. ¿Tienen sociedad los indios? (...) En el Poema flotan en el Desierto; son fantasmas en la llanura, sin vínculos que los congreguen, sin fusión. (*Ibid.*: II, 308; mis cursivas)

He ahí pues a Hernández yendo “más allá” de su deslizamiento al coro de los satisfechos. He ahí, también, planteado con un dramatismo difícilmente superable, el problema de la ausencia de lazo social. Nótese al pasar que Martínez Estrada no se muestra demasiado interesado en precisar si la comunidad es preferible a la sociedad o viceversa; da toda la impresión de que cualquier tipo de lazo significaría una mejora frente a la desoladora realidad... Al preguntarnos por las causas de la trágica situación que el Poema refiere, hemos de concluir una vez más que no hay en Martínez Estrada una explicación unívoca, sino un arco variado de argumentaciones que van desde un polo determinista telúrico hasta un polo más intencionalista. Sin embargo, pienso que a partir de *Muerte y transfiguración...* es posible darle

acercamiento de Hernández al roquismo es juzgado como una inconsecuencia y, eventualmente, como una claudicación. Véase *Muerte y transfiguración...*: TI, 42ss.; TII, 141ss. y 274ss.

todavía otra vuelta de tuerca a este problema de las causas; pienso, también, que por esa vía alcanzaremos a penetrar con mayor hondura en la visión de mundo martínezestradiana. Vayamos por partes. Ejemplo de pasaje que tornaría plausible una interpretación en clave determinista es el que se transcribe a continuación:

No es más significativo el *Facundo*, porque en el Poema vemos que la barbarie está en las cosas, en el suelo y en el aire más que en las personas, que influye sobre los ánimos y las ideas. El *Martín Fierro* es el *anti-Facundo*, que denuncia como viciadas por los mismos males a las agrupaciones que detentan el poder para consumir la injusticia. (*Ibid.*: TI, 274)

En sentido próximo, aunque sin colocar el énfasis en males del suelo y del aire, sino en un grave defecto de origen, se orientan los pasajes en que Martínez Estrada vuelve a tocar el problema del mestizaje como clave para entender la historia iberoamericana:⁵²

Las uniones fortuitas no consolidaban el hogar, lo negaban aun en su misma constitución, de llegar a formarse. Lo común era el abandono de la madre y la cría, o la convivencia de ella en el seno de otra familia lícita, como familia espuria, adulterina. Aquí está la razón de la mayoría de los motines y revoluciones, el fermento de esa energía reprimida que estalla contra el orden y la norma (...) El gaucho era eso: un resentimiento. Sus hijos eran gauchos, eran una prolongación de su encono que ya había dejado de ser idea y razón, incorporado a su sangre y a su aliento (...) El problema de si esos males originarios pueden llegar a trastornar la vida entera de un país, a fundamentarla en falso, es distinto. Yo creo que sí. Creo, además, que el inmenso, irremediable daño con que se perpetuó ese mal, fue la hipocresía de todos, la hipocresía como dogma católico desde los historiadores minúsculos (...) hasta los representantes legítimos, puros, de las montoneras que por uno u otro camino llegaron al gobierno. Lo importantísimo es, a esta altura, la transformación que se opera en el alma del gaucho –del mestizo– a la caída del gobierno colonial y a la avalancha de la ola inmigratoria de 1860. El odio contra el español se envasa en el odio contra el indio. El desprecio contra el español, en el desprecio contra el gringo. Son dos derivados. El odio queda fresco. (*Ibid.*: TI, 247-250)

A cierta distancia del polo más determinista se encontrarían aquellas zonas de *Muerte y transfiguración*... en las que Martínez Estrada vuelve a abordar la cuestión del ganado. En la

⁵² Señalaré al pasar que en varios de los lugares donde aborda esta cuestión Martínez Estrada cita a Lucas Ayarragaray; por ejemplo: TI, 347 y TII, 378. En este último lugar afirma: “Ya dijo Ayarragaray, en uno de sus arranques de repugnancia, que pocas familias argentinas no tienen en su sangre su porción de negro y de indio, que ocultan a capa y espada. *Pero ya es preciso que señalemos esa misma bastardía en los espíritus, que es donde residen nuestros males.*” (mis cursivas)

misma línea de aquellos pasajes hudsonianos que evocamos al examinar *Radiografía...*, la vaca y el caballo aparecen como personajes principalísimos de la historia del país:

Ha sido y es la ganadería el renglón más importante de la riqueza nacional. Dio configuración a la economía y al habitante. De la vaca, que como los hindúes y los egipcios debiéramos adorar, dimanar casi todos nuestros bienes y nuestros males. No ha sido el menor de éstos la fecundidad con que procrearon por las libres praderas, realizando la primera y más completa conquista del país. Íntima relación tiene la demografía del vacuno con el conquistador y con el caudillo, su heredero. (*Ibid.*: TI, 147)

A continuación,

Todo era hacienda y pájaros en los tiempos de Hudson; y también revoluciones. El indio aprendió la doma y el uso del caballo, hechos más inteligentemente que el blanco. El caballo modificó la vida del indio y del gaucho; dio una fisonomía a la civilización sudamericana, un carácter a su historia, un *ethos* a su política, una técnica a su economía y su comercio. (*Ibid.*: TI, 148)

En este punto nos topamos con uno de los énfasis que pudiéramos pensar como más propios de *Muerte y transfiguración...*: el que atañe al exterminio de la población indígena. No es que este problema no hubiese sido tratado en *Radiografía...*; como tuvimos ocasión de comprobar, lo fue; sin embargo, en *Muerte y transfiguración...* la deuda sagrada que derivó del despojo y de la matanza del indio es colocada en el mismísimo centro del dispositivo argumental. Recurrentemente hallamos este tipo de consideraciones:

La única razón que tuvimos para fallar contra el indio, es que era indio. Porque en la balanza de Dios los platillos estaban en el fiel. Y la matanza final de los indios dio la razón a las armas de fuego y a la fuerza, pero no a la justicia. *Todo lo que se ha sembrado y edificado sobre la tierra del salvaje; todo lo que ésta ha producido para la prosperidad del país se hizo contrayendo una deuda sagrada. Esa deuda es el silencio sobre estos episodios de nuestra historia, de la conquista del país de los ganados por el ejército, de una riqueza nacional cuya base ha sido el despojo y el crimen. Esa deuda se paga, pero no de golpe. Se paga (...) porque para vencerlo y despojarlo habíamos tenido que entregarnos a su táctica, rebajándonos a sus necesidades, aceptando su ley. Y todos los vencidos, pero mucho más los muertos, habían transferido su *mana* a los vencedores. Y con esa *mana* se construyó, inmediatamente, instantáneamente, una grandeza que elevó en la magnitud de las cifras a nuestro país sobre todos los países que no habían sacrificado a los hijos naturales de la tierra. Porque la Argentina ha sido el único país donde la conquista española (...) se llevó a cabo hasta sus últimos extremos.* (*Ibid.*: TI, 156-157, mis cursivas)

El motivo no es nuevo –como vimos, la idea de que el combate con el indio degradó al colono sólo en apariencia triunfante estaba planteada con toda claridad en *Radiografía...*-, pero acaso sí lo sean la intensidad, la carga dramática, el énfasis relativo... De hecho, el capítulo segundo de la Segunda Parte de *Muerte y transfiguración...* se titula *Los habitantes: las luchas contra el indio* y encara directamente la cuestión, con una amplitud y una fuerza que no alcanzamos a detectar en la obra de 1933. En cierto lugar Martínez Estrada llega a preguntarse por qué fue “el mismo hombre que se levantó contra el dominio español el que había de tratar al indígena con mayor saña que el mismo conquistador...” (*Ibid.*: TI, 190) Lo más parecido a una respuesta se liga con la afirmación, hecha unas páginas después, según la cual fue Rosas quien habría desviado el odio al godo en odio al indio, renovando de ese modo un móvil de la conquista al dirigir las fuerzas hostiles, en la misma dirección de la pendiente colonial, contra el aborigen; así, la historia “se transvalora, se transfiere y absorbe como fuerzas propias del desarrollo de la nación, las mismas fuerzas coloniales.” (*Ibid.*: TI, 196) Pareciera pues que por Rosas perduró lo colonial; pero lo colonial martínezestradiano ¿no hubiera perdurado a pesar de Rosas...? Pareciera, también, que debido al modo truculento en que se realizó la “recuperación de las vacas” -despojo, matanza, escándalo de la tierra-, la nacionalidad, el Estado y las instituciones se edificaron “sobre cimientos falsos.” (*Ibid.*: TII, 277) La pregunta que cabe formular es si las cosas hubieran podido suceder de otro modo; por ejemplo, ¿se hubiera podido plantear alguna vez una relación distinta con la población indígena, esto es, una relación que no hubiese conducido fatalmente a contraer aquella “deuda sagrada” y virtualmente impagable...? Como ya indicamos, estas cuestiones permanecen abiertas en Martínez Estrada; de manera análoga a lo que sucediera con *Radiografía...*, *Muerte y transfiguración...* no ofrece elementos suficientes para arribar a respuestas unívocas y definitivas al respecto. Todavía más –y a esto me refería cuando hablé de la posibilidad de darle otra vuelta de tuerca a esta cuestión-, pienso que a través de ciertas derivaciones estrechamente articuladas con lo que en la sección anterior llamé “movimiento de ampliación de las disposiciones críticas”, la identificación de las causas de los males que asuelan al país se vuelve aun más difícil, sino imposible, en la medida que tienden a perderse en una totalidad brumosa e inefable que todo lo recubre...; pienso, también, que a partir de la consideración de cierto pasaje podemos incluso percatarnos de que, lejos de ser negada o disimulada, esa tendencia al borroneo de las causas es vista muy positivamente por Martínez Estrada. En cuanto a las derivaciones articuladas con la ampliación de las disposiciones críticas, considérese este pasaje capital:

Es terrible un mundo así [el documentado y elaborado artísticamente en el Poema, A.K.]; un mundo siniestro —que Keyserling denominó de los saurios, el del Tercer Día de la Creación—, donde el individuo flota sin arraigo y sin amparo, acometido por los mismos encargados de velar por su estabilidad y seguridad, donde en encuentros casuales se engendran los hijos, se levantan las chozas, se anudan amistades y al fin todo se desencuentra y se destruye (...) Sabemos, pero ni siquiera lo queremos pensar, que esos crímenes son cometidos por entidades abstractas, por divinidades informes: el Estado, la escala de las autoridades, los vicios, la deficiente educación, la avaricia, la concupiscencia, la organización económica, las epizootias y las plagas vegetales, la falta de dignidad en la conducta, la ley de los declives, que es caer, rodar, descender. Si enumeráramos todos los males, en un inventario cabal, tendríamos el sentido de un rompecabezas, que desde un ángulo de visión es un jardín y dando vueltas a la figura una maraña de víboras y leopardos acometiéndose. *No me refiero ahora a la Argentina exclusivamente*; con motivo del *Martín Fierro* puedo cómodamente entrar a juzgar así a las naciones todas, a todos los Estados constitucionales, las sociedades en el nivel de la mínima civilización, y a la historia humana en bloque. Porque el *Martín Fierro* es una clave para una filosofía de validez ecuménica, al mismo tiempo que una muestra nítida de una pieza de ese mecanismo infernal de los viejos saurios de quienes descendemos (...) Pienso más bien que el *Martín Fierro* es una imagen cierta del mundo que habitamos y que no conocemos. Porque mucho peor que aquel mundo etnográfico y antropológico del primitivo (...), es ese otro en que el trabajo del hombre civilizado por conservar sus seres queridos y sus bienes se ve frustrado por adversarios que no son personas, ni bestias carniceras, sino emanaciones deletéreas de un caos sin ordenación fuera de la indispensable para el imperio del azar y la violencia. (*Ibid.*: TII, 380-382; mis cursivas en *No me refiero...*)

La frase-bisagra que se encuentra en la mitad del extracto escogido marca claramente el deslizamiento generalizador; ahora, todas las naciones del globo y toda la historia humana pueden ser juzgadas por analogía con el desierto moral hernandiano. A través de esta operación, el mundo del Poema, desolador, siniestro y regido por entidades criminales abstractas, deja de ser exclusivo de la “frontera”, de la pampa, de la Argentina, de Sudamérica, del hemisferio sur del globo terráqueo, etc., para tornarse símbolo del mundo de todos los hombres, desde siempre. De igual manera, la operación referida nos desposee de la idea de que habría personas y lugares que efectivamente participarían, a través de alguna clase de trabajo coordinado y sistemático, de eso que conocemos como el “ensayo civilizatorio válido”. En efecto, ya no se trata de que una parte del planeta —la nuestra— está desgajada de la historia verdadera, sino de que el azar y la violencia imperan en todas partes; el mundo es el reino del caos, “una maraña de víboras y leopardos acometiéndose...” No sólo las víctimas y los victimarios del Poema (o de la realidad a la que éste en primera instancia se refiere) han sido

arrojados a la huesa común por el *estado social*, “bajo el alud de lo informe” (*Ibid.*: TII, 380); todo el género humano comparte ese mismo destino trágico. En mi opinión, entre las consecuencias más notables del movimiento de ampliación de las disposiciones críticas ha de contarse el concomitante adelgazamiento de lo que venimos llamando ámbito de valores positivos martínezestradiano. Adelgazamiento no equivale, es claro, a disolución completa: la contrafigura cálida que creímos detectar en *Radiografía...* sigue presente en *Muerte y transfiguración...* En los hiatos que el *Martín Fierro* documenta, muchas veces a través del más elocuente silencio; quiero decir, en todas aquellas cosas que según Martínez Estrada “les faltan” al protagonista y al resto de los personajes que pueblan la llanura, la interpretación martínezestradiana vuelve a revelarnos, sutilmente perfilados como contrafigura de esa realidad ominosa, los mismos elementos fundamentales: el arraigo, la casa segura, el trabajo paciente y ordenado, la mujer fiel, el hijo laborioso, el amor a la naturaleza, la sensibilidad por las cosas sin utilidad aparente...; en suma, la cohesión social simbolizada en el cultivo de una vida “hogareña” espiritualmente rica y plena de sentido. Todo eso sigue operando como contrafigura de la realidad representada en el *Martín Fierro*; ni ésta ni aquélla parecen ser, hasta donde alcanzo a ver, muy distintas de las delineadas en *Radiografía...*; sin embargo, en *Muerte y transfiguración...* pareciera que los valores positivos han sido vencidos no sólo en la pampa, sino en todo el globo. Desde luego, esto dificulta sobremanera su eventual “localización” en alguna coordenada espacio-temporal.⁵³

Todavía más, ni en Hernández ni en Martínez Estrada es posible precisar las causas de los males; para Martínez Estrada ello no es algo que quepa objetar; por el contrario,

Quizá la superioridad del *Martín Fierro* sobre todas las demás obras de Hernández en su fase política y social, proviene de que allí *no se definen las causas de los males* que acechan al hombre de la llanura. *Quedan en suspensión, difusas, diluidas en un conjunto de factores indiscernibles. Ahí está la verdad.* (*Ibid.*: TI, 385; mis cursivas)

Ahí está, pues, *la verdad* de Martínez Estrada. Esquematizando: *Martín Fierro* es todos los hombres; a *Martín Fierro* lo acechan males imponderables e inefables; a todos los hombres

⁵³ Al abordar el problema de la relación entre *Muerte y transfiguración...* y *Radiografía...*, Liliana Weinberg (1992: 38) recuerda una caracterización propuesta por Roger Bastide para pensar las diferencias entre el ensayo latinoamericano de los años treinta y cuarenta a partir de la imagen de un supuesto paso “del negro al rosa”. Debo decir, fundándome en lo que venimos considerando, que la caracterización de Bastide no me parece adecuada para pensar el caso de Martínez Estrada. Si es cierto que *Muerte y transfiguración...* no es

nos acechan esos mismos males; intentar nombrarlos es tarea vana; rumiarlos en su inefabilidad, un mandato moral. Frente a semejante situación no hay lugar para la rebeldía o el heroísmo; sólo es concebible la desdicha y, en el mejor de los casos, la catarsis: “[A José Hernández] no le guió el deseo de embellecer ni de paliar; mejor que purgar de sus propios males a la realidad, procuró que el lector los purgase en sí.” (*Íbid.*: TI, 298) Lo único que podemos hacer aquellos que somos, como Fierro, víctimas de unas circunstancias que no podemos conocer ni mucho menos controlar, es renunciar a esta civilización falsaria:

Cuando Picardía y Martín Fierro aluden al pecado que parecería que el gaucho tiene que pagar, tocan, sin saberlo, esa escandalosa tara económica que en todas partes del mundo, como aquí, es de índole moral. Es la filosofía de Martín Fierro al decidirse a abandonar la civilización y buscar refugio en la toldería, donde el problema de la subsistencia está reducido a la capacidad del individuo para obtener de la Naturaleza el sustento (...) No es tanto la filosofía personal de un gaucho castigado injustamente, que teme al gobierno, sino la de una clase trabajadora que no tiene conciencia de cuáles son las verdaderas causas de sus infortunios. Lo que sabe es que no quiere someterse a una faena sin provecho, excesivamente costosa (...) *A lo que se renuncia es a la civilización en bloque, porque está deformada y sólo ofrece motivos de tormento. Debiera ser ésa la actitud de todos los infelices para quienes la civilización es la más horrenda mentira.* (*Íbid.*: TI, 277-278; mis cursivas)

Por eso Hernández, a los ojos de Martínez Estrada, se equivocó dos veces. Primero, y más allá de las verdades que pudiera contener su panfleto *Las dos políticas* (1858), cuando apostó por la causa opositora al gobierno: “... porque los que gobiernan y los que esperan gobernar están en el mismo juego.” (*Íbid.*: TI, 234) Segundo y sobre todo, cuando, hacia 1880, se sumó al coro de los satisfechos. En Martínez Estrada, el camino no es la política, sino la renuncia y la fuga. Tal vez quepa precisar: al parecer, fuga no equivale a buscar refugio en la toldería. Si hilamos bien, tenemos una larga lista de figuras y personajes que, de un modo u otro, nos muestran distintas formas de fuga: Thoreau en Walden, Tolstoi en Yásnaia Poliana, la vida entera de Hudson (y en particular su partida), la lucha cotidiana de los artistas, de los sabios honestos, de los ajedrecistas, de los hombres laboriosos sin insomnio ni pesadillas... Como si quedarse para buscar la integración sólo pudiera derivar en un perfil estilo Vizcacha (el único

una empresa intelectual idéntica a *Radiografía...*, también lo es que la visión de mundo de Martínez Estrada se ensombrece aun más con o tras la Segunda Guerra Mundial.

personaje verdaderamente consecuente del *Martín Fierro*⁵⁴; como si quedarse para tratar de cambiar algo fuera pura vanidad. Por esta línea de argumentación llegamos a pensar en un Martínez Estrada enfrentado a una aporía desgarradora: en tanto intelectual, siguiendo los pasos ejemplares del primer Sarmiento (y señalemos también, del Hernández de *Las dos políticas*) busca intervenir en la escena público-política: se queda para denunciar los males. No obstante, por las características de su elaboración discursiva, Martínez Estrada no deja resquicios para poner en práctica acciones efectivas de transformación. No purgar de sus propios males a la realidad, sino buscar que el lector los purgue en sí... Sin conducirnos frontalmente al nihilismo, su prédica nos propone, en una medida importante, una catarsis y, si se nos permite la expresión, un “paso al costado”, en procura de hallar refugios cálidos en el seno de una totalidad helada. En cierto modo, se trata de una intervención en la esfera público-política de la que sólo parece poder derivarse un repliegue sobre lo privado-íntimo. Todo esto tiene, desde luego, varias aristas: afirmación de una independencia crítica frente a “todas” las posiciones políticas, apuesta diferenciadora en el campo intelectual y cultural y, sobre todo, severa puesta en cuestión de una entera constelación de valores e intento de dar a luz una nueva tabla –otra vez Nietzsche-, cuyo contenido y eventuales proyecciones no se dejan, por cierto, asir con facilidad.

Un último señalamiento en relación con *Muerte y transfiguración...*: cierto fragmento que se encuentra en los momentos finales de la primera edición nos deja apreciar con nitidez cómo la ampliación de las disposiciones críticas ha de articularse estrechamente con el impacto de la Segunda Guerra Mundial sobre el mundo de los valores y la cultura en general y sobre la sensibilidad martínezestradiana en particular:

... el problema humano del *Martín Fierro* trasciende al plano universal y el pedazo de tierra que ahí abarca la mirada se extiende al territorio total que habita el hombre (...) Acaso en los sobrevivientes de los pueblos europeos que han sufrido directamente los desastres absurdos de la última guerra, la lectura del Poema cobrara hoy un sentido más profundo y nacional que entre nosotros. (*Ibid.*: TII, 502)

Desde el armazón interpretativo que venimos delineando, es evidente que *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson* (1951) no puede ser considerado como una obra menor

⁵⁴ Según Martínez Estrada, Vizcacha –filósofo moralista- formula en un discurso coherente las opiniones que debieran tener todos los habitantes del orbe de cultura que el Poema configura: un estado social corrompido en su tuétano (*Muerte y transfiguración...*: TII, 205ss.)

ni mucho menos como un divertimento sin importancia; al contrario, debiera pensarse como un punto de condensación capital en la trayectoria intelectual de Martínez Estrada. A diferencia de lo sucedido en relación con Sarmiento y Hernández, respecto de Hudson no hay desdoblamiento ni ajuste de cuentas sino, como sabemos, identificación plena. A los ojos de Martínez Estrada, Hudson es una combinación perfecta de vigor y delicadeza, de rusticidad y exquisitez, de adhesión ruda a las facultades elementales y de pureza espiritual inmaculada (*El mundo maravilloso...*: 93). Su amor al mundo, más desinteresado que el de Thoreau, empalma con una exaltación de la naturaleza en la que no interfiere “el logos razonante”. Lejos de Galileo y de Descartes, el Hudson de Martínez Estrada es pariente próximo de San Francisco de Asís, de Giordano Bruno, de León Tolstoi: “Si no a una mística, todo lo conduce a una especie de filosofía simplísima de la vida cuyo secreto está en ella misma y que no puede ser captado sino intuitivamente, por la percepción de las cualidades secundarias de las cosas.” (*Ibid.*: 131) Aclaración de paso: la condición de “vagabundo nato” de Hudson no parece contradecir para Martínez Estrada la valoración del arraigo y del hogar; para Hudson, como para los pájaros, la naturaleza es “el ámbito hogareño de su residencia” (*Ibid.*: 72). En pocas palabras, a los ojos de Martínez Estrada Hudson es una especie de santo. Todo esto confirma, por supuesto, lo que hemos venido diciendo acerca de la identificación plena. Pero hay más. *El mundo maravilloso...* alberga varios pasajes cuya consideración permite reforzar lo indicado en relación con el movimiento de ampliación de las disposiciones críticas en Martínez Estrada. El panegírico de Hudson le sirve perfectamente para ahondar su puesta en cuestión global del mundo moderno. Considérense con atención estos extractos:

Pues hay, efectivamente, en su absorta contemplación de la naturaleza [se refiere a Hudson, AK] una renuncia tajante a la historia, a la civilización (...) Hay quizá mayor melancólica disconformidad en potenciar los valores positivos de una manera de existir el hombre que es ya incompatible hasta con sus hábitos específicos, que en la crítica que se dispara a los puntos débiles de la fortaleza con que el hombre se ha blindado en su horror a la muerte y en su ineptitud para la dicha inocente del animal. (*Ibid.*: 101)

Muy especialmente:

Giordano Burno, Goethe, Tolstoi, Thoreau, Hudson y Munthe mantuvieron firme su posición en el deslinde justo de la alternativa de vivir o saber (...) Para decirlo en pocas palabras, todos ellos eran orientales más que occidentales, primitivos más que civilizados, hombres de tierra en que la luz de la razón reflejaba la luz del cielo (...)

Dando la espalda a las construcciones todas de la civilización de estructura fabril, proclamaron la necesidad de reconstituir al hombre según sus orígenes y de consagrar una nueva tabla de valores más racional en el seno mismo del imperio de la razón (...) Hudson purifica y esclarece sobre todos los otros ese mensaje, precisamente, porque nos lo transmite con la misma voz de las cosas. *Ante su postura intransigente es inútil plantearse la cuestión del valor actual de esta filosofía, en un mundo industrializado y regido por principios técnicos de valor universal. [Hemos] de admitir con valentía que justamente se trata de un mensaje anacrónico, cuando ya parece que no haya posibilidad de salvación, y de amarlo y de admirarlo precisamente por eso. (Íbid: 288-290; mis cursivas)*

¿Qué tenemos pues? Ante todo, un énfasis en la rotunda incompatibilidad entre los valores positivos -postulados y potenciados por Hudson- y la realidad del mundo civilizado y moderno. Luego, un reflejo antioccidental, antifabril y, podría decirse, antimoderno, que sin embargo no se desliza hacia posiciones retrógradas, sino más bien a un reconocimiento de la necesidad de fundar una nueva tabla de valores *más racional, en el seno mismo del imperio de la razón*. Entre paréntesis: es notable el modo en que la pluma de Martínez Estrada se detiene justo en la antesala de un impulso nostálgico que lo hubiera podido conducir a derivas revisionistas; jamás llega a fijar del todo la realización de los valores positivos en ninguna zona precisa del pasado nacional. Es cierto que es perfectamente consciente del problema,⁵⁵ pero se frena un paso antes de “poner patas arriba” las valoraciones usuales de la tradición liberal-civilizatoria; como vimos, su incomodidad e inconformismo no lo conducen a una ruptura completa con ella.⁵⁶ Por lo demás, hay en Martínez Estrada un impulso profundamente melancólico apoyado en la cuasi certeza de que no hay salvación posible. Se entiende, no hay salvación, pero hay la dignidad de amar y admirar un mensaje anacrónico como el de Hudson. En 1951 la melancolía lo ha cubierto casi todo: el espesor del ámbito de valores positivos llega un punto de extrema

⁵⁵ Considérese el siguiente pasaje: “[Hudson] vivió en el país veintidós años después de la caída de Rosas y de instaurarse un sistema liberal y democrático de gobierno. Mas su opinión acerca de los adelantos y mejoramientos que trajo ese nuevo régimen político es similar a la que Hernández expresa en el *Martín Fierro*, contrario a Mitre y a Sarmiento –adalides de la reorganización nacional-, aunque no partidario del sistema que se consideraba fenecido. Supo, de seguro, que los males no venían tanto de los indios y de la barbarie diseminada como la semilla del cardo por los campos y hasta por el cielo, cuanto de ese prurito de los gobernantes suramericanos –Sarmiento en primera línea- de modificar la estructura de una nación y de un pueblo con arreglo a fórmulas teóricas, queriendo contrastar las fuerzas vivas de la geografía y la historia, con las cuales Rosas había pactado, al fin y al cabo, para provecho propio pero con un sentido agudo de la realidad. *Este es todavía para nosotros un problema arduo en demasía*, y es deplorable que Hudson no haya expresado concretamente su desacuerdo con el nuevo régimen liberal, si es que su partida no es ya una declaración de repudio.” (*El mundo maravilloso...*: 328-329; mis cursivas)

⁵⁶ Concretamente: los impulsos nostálgicos de Martínez Estrada, liberal-civilizatorio al fin, lo conducen a una aporía en relación con la forma del tiempo argentino. En efecto, ¿dónde buscar una premodernidad con signo positivo si no es en el pasado colonial, en la época de Rosas, en la “barbarie”...? En relación con este aspecto

delgadez, como si Martínez Estrada hablara ahora desde un no-lugar. ¿Significa esto que es un utopista...? No exactamente, según creo, ya que su obra no está orientada a caracterizar eso que llamaríamos “el mundo ideal”; si esa dimensión atraviesa sus páginas –la contrafigura cálida insinuada *sottovoce*-, no es del todo estable ni alcanza jamás formulaciones acabadas; justo cuando creemos atisbarla, se nos escurre entre los dedos...

Antes de pasar al momento que sigue a la enfermedad de Martínez Estrada y a la caída de Perón –última estación de este esfuerzo de aproximación- interesa llamar la atención sobre un aspecto muy importante. Hemos visto que la identificación de Martínez Estrada respecto de la figura de W. H. Hudson es plena. Sin embargo, los afanes intelectuales de Martínez Estrada de ninguna manera pueden verse como una réplica de los de Hudson; se trata de dos empresas notoriamente distintas. Hudson no opera exactamente como espejo ni como modelo para Martínez Estrada; cumple más bien otras funciones: vimos que en *Radiografía...* la visión del pasado nacional y la caracterización del ámbito de valores positivos martínezestradianas debían bastante a las evocaciones autobiográficas hudsonianas; vimos, también, que en *Muerte y transfiguración...*, ya puesto en marcha el movimiento de ampliación de las disposiciones críticas, la partida de Hudson se interpretaba no sólo como defensa de lo rústico contra lo civilizado sino también como expresión de que lo civilizado es una calamidad inconmensurable; ahora, en *El mundo maravilloso...*, vemos que la referencia a Hudson, sin dejar de desempeñar las funciones anteriores, pasa también a alimentar, acaso con mayor decisión que nunca, la puesta en cuestión de la civilización occidental moderna en sentido amplio. Tal su papel, centralísimo. Pero, como veníamos diciendo, Hudson no es espejo ni modelo para Martínez Estrada; o, por lo menos, no es el único y si juega tal papel, lo hace sumándose a una galería más amplia de referentes. A diferencia de Hudson, Martínez Estrada no fue un naturalista, ni se dedicó a escribir “con arrobos místicos” sobre la naturaleza (salvo *a través* de Hudson en *El mundo maravilloso...*)⁵⁷, ni rehuyó inmiscuirse, a su manera, en asuntos público-políticos, ni se fue del país para no retornar, ni abandonó su contradictoria prédica orientada a la regeneración moral de la Argentina y del mundo... Si es claro que Martínez Estrada pudo haber sido *tan*

particular, es evidente que la operación historiográfico-cultural emprendida por Julio Irazusta es bastante más consistente (véase el siguiente capítulo).

⁵⁷ En un reportaje a cargo de J.C. Martini Real, Gregorio Scheines -que fuera amigo personal de Martínez Estrada- nos deja saber que éste no entendía nada de las cosas del campo; no era de tomar contacto con la naturaleza y ni siquiera andaba a caballo... Según Scheines, los conocimientos de Martínez Estrada a tal respecto eran puramente librescos y, aunque aprendió de Hudson el amor a la naturaleza, ella le era más bien indiferente (AAVV, 1994: 14,24,27).

intransigente como Hudson, en el sentido de no haberse inmiscuido en causas viles, también lo es que lo fue de otro modo y con propósitos disímiles. Ni el verdadero Hudson ni el que nos presenta Martínez Estrada habrían escrito jamás el *Facundo*, ni la *Radiografía...* ni el *¿Qué es esto?* Considerando este conjunto de elementos pareciera entonces que, al intentar dilucidar cómo está compuesta la constelación de modelos intelectuales martínezestradiana, hay que volver a pensar, en forma inevitable, en el primer y el último Sarmiento y en el Alberdi exiliado. Siguiendo una línea de argumentación emparentada con estos señalamientos –y, hay que decirlo, inspiradora de ellos-, León Sigal (1991a: 368) ha insinuado, con enorme penetración crítica, que la empresa intelectual martínezestradiana se ubica justamente en la difícil y conflictiva intersección entre Hudson y Sarmiento para desembocar, después de 1960, en la exaltación de una figura en la que parecen confluir los atributos positivos de aquellos: José Martí. Sostiene Sigal:

Homólogos, Hudson y Sarmiento personifican dos actitudes contrapuestas en el panteón de Martínez Estrada. En ambos reunidos, figura la serie de conflictos que se producen entre el anhelo de arraigo y la tentación del exilio, entre la resignación y la huida, entre la literatura como misión al servicio de la verdad y el compromiso con la vida pública que se recortan sobre el trasfondo del conflicto más arcaico entre el adulto y la pérdida-recuperación de la niñez. Su respuesta abarca la repugnancia a toda conciliación entre los términos antagónicos, así como el imposible abandono del país natal, suelo de sus conflictos y de su misión. Optó, en consecuencia, por el exilio interior y la denuncia desde los años de preparación de la *Radiografía de la pampa* hasta casi el final de su vida. En ese momento, envejecido, con los achaques de la enfermedad, está en Cuba, donde dice sentirse en el tan anhelado asilo para su orfandad y destierro (...) Por eso, conciliado, la Cuba revolucionaria se convierte en su hogar, en el lugar de una vuelta mágica al universo infantil. Allí –y más tarde, ya de retorno en la Argentina y hasta su muerte- trabaja con intensidad en una biografía del héroe que sobrepasa las hasta entonces fijadas alternativas: José Martí.

Desde la perspectiva que venimos delineando, la opción martínezestradiana por el exilio interior y la denuncia puede verse como una forma de fuga -análoga a la de Hudson, Thoreau y Martín Fierro- que sin embargo y a diferencia de éstas no resigna el compromiso (del primer y el último Sarmiento, de Alberdi) pero que acaba por ubicar a éste en una suerte de vía muerta que, se considera, hay que recorrer por dignidad. Se trata entonces de quedarse, pero no para perseguir la integración a lo existente ni para transformarlo en el sentido usual de esta expresión, sino para cultivar el compromiso a través de una denuncia con fines casi exclusivamente catárticos. Tal la desgarradora aporía martínezestradiana; tal su perfil trágico.

Llegados a este punto, y empleando con alguna libertad las fórmulas de síntesis propuestas por Viñas y Sigal, tal vez sea posible arribar a una fórmula que las englobe a ambas y nos deje una imagen de Martínez Estrada que, sin reducirlo a un esquema simple y empobrecedor, posea cierto grado de precisión y de fijeza. Frente a Borges y frente a Perón (Viñas), Martínez Estrada opone una tensa combinación de Hudson y de los momentos inicial y final de Sarmiento (Sigal) -podemos agregar al Alberdi del exilio-, dando forma así a una posición constitutivamente inconforme, comprometida y, en definitiva, trágica. Huelga decir que los nombres referidos deben tomarse no en sentido literal sino como simbolizaciones de racimos de significados.

4. “Adiós, opulenta nación de ganados y mieses...”

Como señalamos en el *Comentario preliminar*, tras el golpe que depuso al presidente Perón en 1955, Martínez Estrada, a la sazón recuperado de su larga enfermedad, pasó a desarrollar una intensa actividad polémica, convirtiéndose en uno de los animadores del debate sobre la significación del peronismo. Buena parte de esa actividad la desarrolló en el periódico *Propósitos*, dirigido por Leónidas Barletta. También dio a conocer varios libros: *¿Qué es esto? Catilinaria* (1956); *Cuadrante del Pampero* (1956); *Las cuarenta y las diez de últimas* (1957) y *Exhortaciones* (1957). En la medida que esta etapa de la trayectoria de Martínez Estrada rebasa el límite temporal del estudio, no nos detendremos en forma especial en ella; sin embargo, recordar los trazos principales de sus tomas de posición será productivo para redondear varios de los aspectos examinados hasta aquí así como para comprender el sentido de su deriva final y estar en condiciones de cerrar adecuadamente este esfuerzo de aproximación.

De los cuatro libros mencionados el más extenso y, hasta cierto punto, más orgánico⁵⁸, es el *¿Qué es esto?*⁵⁹; en virtud de ello, lo examinaremos primero con algún detalle, para trazar luego, meramente a título complementario e ilustrativo, unas muy breves consideraciones en torno a los demás trabajos. Hay, en concreto, cuatro elementos del *¿Qué es esto?* sobre los que

⁵⁸ Si *Radiografía...*, *La cabeza...* y *Muerte y transfiguración...* tenían algo de asistemático, las características de los volúmenes de 1956-57 refuerzan esa impresión. Incluso el *¿Qué es esto?* -la obra mayor de esta etapa- superpone planos y materiales que no siempre llegan a articularse de manera satisfactoria. Por su parte, *Cuadrante...*, *Las cuarenta...* y *Exhortaciones* tienen un carácter en buena medida misceláneo.

⁵⁹ La primera edición del *¿Qué es esto?* vio la luz en julio de 1956; la segunda, en agosto de ese mismo año.

quisiera llamar la atención del lector. Primer elemento: la autopercepción de Martínez Estrada como ser apocalíptico, tal como aparece en el *Prólogo a la primera edición*:

Se comprenderá que si he concebido y dado a luz, a los sesenta años y después de cuarenta de una carrera victoriosa, un ser apocalíptico que también a mí me espanta, ha de haber sido porque a ello me impelía una fuerza superior a las propias. (*¿Qué es esto?*: 15)

Segundo, y muy fundamental: la hermenéutica del peronismo que dejan traslucir sus páginas. Esta cuestión, ciertamente polifacética, ha de considerarse con algún cuidado. Ante todo, Martínez Estrada ve en el peronismo una manifestación más de aquellos males antiguos y proteicos que venía denunciando desde los tiempos de *Radiografía...*⁶⁰; esa caracterización no lo conduce a eximir de culpas a su líder; por el contrario, en tanto “político de ley”, Perón no habría hecho otra cosa que fomentar aquellos viejos males, contribuyendo a su consolidación:

Como los ácidos que se usan en fotografía, reveló y fijó muchos de esos males que sería injusto atribuirle, pero que ciertamente magnificó y sublimó, hasta llegar a convertirlos en bienes para el juicio de muchos incautos. (*Ibid.*: 16)

De manera que la idea de la historia argentina martínezestradiana sigue estando, en 1956, presidida por el mismo criterio rector:

Perón organizó, reclutó y reglamentó los elementos retrógrados permanentes en nuestra historia, las fuerzas inertes reincidentes, que he denominado residuos sociales e invariantes históricos. Recaemos en los males pretéritos en recidivas cada vez mayores y profundas, por lo mismo que el volumen de la vida histórica, de la sociedad en movimiento es más amplio y, digamos así, más consciente o menos inconsciente. Es, parece, ley universal. (*Ibid.*: 27)

Todo esto se superpone en forma problemática con una especie de “decadentismo corto”:

Después de cinco años en el destierro de los hospitales, he vuelto aterrorizado a la vida de las ciudades. Estas no son mis calles, mis amigos, mis compatriotas; estos no son los jóvenes que yo traté y eduqué y que eran mis hijos y yo sus padres (...) Tal desastre no

⁶⁰ Recuérdese los señalamientos de Rodolfo Borello en relación con los avatares de la recepción de *Radiografía de la pampa* (véase *supra*, nota 10).

nos hubiera sobrevenido si mi pueblo no hubiese sido descompuesto desde fuera y desde arriba (...); no es vil sino que lo han envilecido, cosa que es muy distinta. (*Ibid:* 53)

A mi modo de ver, no hay por qué detenerse demasiado en este último impulso, artilugio retórico fugaz que sólo parece orientado a cumplir con la función de adicionar una toma negativa más a la extensa lista... La persistencia de los elementos retrógrados que no varían sigue siendo, qué duda cabe, la clave de bóveda de la argumentación. Por lo demás, la ubicación de Perón en una familia más amplia de líderes corruptores no deja lugar a dudas: junto a Catilina, Andrew Jackson, Rosas, Yrigoyen, Mussolini, Hitler, Franco y alguno más, viene a formar parte de lo que cómodamente y sin excesos podemos llamar *anti*-panteón martínezestradiano. Concomitantemente, la adjetivación desplegada es implacable: el GOU caracterizado como una secta de delincuentes y una francmasonería de pederastas ambiciosos (*Ibid:* 111); el peronismo como un socialismo neorrosista y olocrático, una dictadura de la plebe mulata (*Ibid:* 90); Perón como un fracasado de mentalidad mediocre, contrafigura liliputiense de Mussolini y Hitler...; desde luego, este tipo de ejemplos podría multiplicarse... Más en general, en el *¿Qué es esto?*, el peronismo es conceptuado como revolución antioligárquica pero conservadora y, en definitiva, contrarrevolucionaria. Sostiene Martínez Estrada que el pueblo, a cambio de ciertas innegables “ventajas inmediatas”, contribuyó a la vandalización, prostibulización y quilombificación del país. De ahí no se deriva, sin embargo, una inculpación de las masas populares; en última instancia, ellas no sólo son *lumpenproletariat* y “rebaño electoral”, sino que forman “parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno” (*Ibid:* 31). Lo que sucedió, en opinión de Martínez Estrada, es que Perón, cual Judas Iscariote, traicionó a su propio pueblo; primero lo hipnotizó y luego lo usó para sus perversos fines, estafándolo moralmente. A través de esta operación simbólica, cargada de disposiciones comprensivas hacia las necesidades de “nuestros hermanos miserables y harapientos”, el pueblo de Martínez Estrada no es responsabilizado, sino compadecido:

Nadie que no sea un fanático o un impío puede culpar a un pueblo que después de siglos de vivir como paria en tierra extranjera, halló al Mesías que le ofreció más que dinero y poder, amor, solidaridad, compañerismo, que es lo que nunca se le había ofrecido (...) Concurrió también, como ya sabemos, la cooperación de su mujer, que visitaba a los enfermos en los hospitales y en los tugurios (...) También, es cierto, les dio a los pobres mejores jornales, más cómodas viviendas, asistencia social, tratamiento respetuoso haciéndolo semejante de sus semejantes, descanso, fuerza para pedir y para

exigir y además la promesa de transferirle los bienes ajenos, convirtiéndolos en tiranos de los que los tiranizaban, en expoliadores de los expoliadores. La perspectiva de un paraíso en la tierra, como hace dos mil años un paraíso en el cielo. Así Perón ascendió a una altura del poder, con su compañera, como muy pocos mortales alcanzaron en ningún tiempo ni lugar. Cómo engañó a su pueblo, ese es también otro cantar. (*Ibid*: 40-41)

Un aspecto todavía más general pero que corresponde situar también dentro de la problemática de la interpretación del fenómeno peronista tiene que ver con la idea de que Perón y el GOU fueron agentes de Hitler, postulación enseguida corregida a través de una reincidencia en el extraño giro que identificamos hacia 1946-47; no olvidemos que, a partir de aquel momento, Martínez Estrada tiende a ver en Hitler una “cabeza de turco” del poder omnímodo del capital norteamericano. La consideración del siguiente pasaje permite redondear dicha idea, atisbando incluso sus eventuales fuentes de inspiración; permite asimismo tomar contacto con otro de los elementos importantes del *¿Qué es esto?* y de esta etapa martínezestradiana en general, a saber, el empleo cada vez más recurrente de un lenguaje profético-apocalíptico y el deslizamiento cada vez más marcado hacia posiciones radicalizadas, facetas ambas que seguramente recordarán al lector la deriva antiimperialista del Villafañe de los primeros años de la década del cuarenta:

Alemania, después de 1918, se convirtió en colonia americana, como hoy lo son Francia, Inglaterra y otros países fuera de la órbita de Moscú. El fascismo de descontentos, y el nacionalsocialismo, de humillados, fueron *creados por el capital internacional* con sede en Washington, Bruselas, Amsterdam, Londres y París, como líneas Sigfrido y Maginot (...) Ya hay obras al alcance del lector común, como las de Daniel Guérin y Simone de Beauvoir que aclaran suficientemente el misterio del *poder omnímodo americano* (...) Ese mismo empresario que usó de Mussolini y de Hitler como de cabezas de turco para fines no confesados de dominio universal, indirectamente era el patrón del GOU y de su protagonista, Perón (...) El mundo occidental, el hemisferio entero, está ya ocupado por Norteamérica (...) Contra esta invasión, ¿no hay otra defensa que las fuerzas obreras latinoamericanas organizadas y coaligadas con las norteamericanas para vencer unidas al *capitalismo de siete cabezas?* (...) El lema de Judas Macabeo era: ‘El que combate a los tiranos sirve a Dios’, y todos los tiranos sirven a Satanás. (*Ibid*: 91-92; mis cursivas)

De manera que, desde la óptica de Martínez Estrada, “Perón era un sargento del sargento Hitler” (*Ibid.*: 233).⁶¹ A partir de lo que veremos en la última sección del capítulo siguiente, será del mayor interés comparar el modo en que Julio Irazusta elaboró, hacia la misma época, el problema de la eventual vinculación entre Perón y el nazismo.

El tercer elemento del *¿Qué es esto?* que deseo poner de relieve es la inconformidad de Martínez Estrada respecto del anti-peronismo y del posperonismo en sentido amplio. Hay al menos dos lugares de este libro donde esta disposición se aprecia con claridad. Uno, hacia el final:

Pero tenemos también que combatir a nuestros compañeros de trincheras. Ni son bravos ni son compañeros; son sonámbulos. Los sucesores de Perón han demostrado y siguen demostrándolo hasta el cansancio del pueblo, una ineptitud asombrosa para dirigir y hasta para comprender el país. Esto después de Perón no puede hacerse con la impunidad de antes. Están a cincuenta años y a diez metros detrás y debajo de Perón. (*Ibid.*: 276)

El otro, en el *Prólogo a la Segunda Edición*, donde sentencia:

Así, el antiperonismo se ha constituido ya, a mi juicio, como lo estuvo en su hora crítica el peronismo, por superposición y mixtura de elementos heterogéneos. Podemos ser antiperonistas y no entendernos. La verdad es que todavía no nos entendemos. Acaso disienta yo más crudamente con ellos que con los peronistas. Dije que peleé contra la izquierda y la derecha, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que peleé desde el centro. (*Ibid.*: 13)

Justamente en torno a este punto versó la famosa polémica entre Martínez Estrada y Borges. Completamente identificado con la “revolución libertadora”, Borges acusó a Martínez Estrada de no hacer gala de un antiperonismo lo suficientemente claro, diluyendo lo perverso de la causa de Perón por un simple prejuicio romántico. Es de destacar que la discusión dio lugar al intercambio de epítetos injuriosos: Martínez Estrada se refirió a Borges como “turiferario a sueldo”; en tanto éste lo llamó “profeta bíblico (...), especie de sagrado energúmeno”.⁶² En los volúmenes que siguieron al *¿Qué es esto?* Martínez Estrada profundizó su disposición contraria a los gobiernos que siguieron al de Perón.⁶³

⁶¹ En la p. 153 del *¿Qué es esto?* el nazismo es caracterizado como “organización al servicio de los comandos invisibles internacionales.”

⁶² Tomado de Borges (1956).

⁶³ Véase, por ejemplo, la “Segunda Epístola a los Romanos”, en *Exhortaciones*.

El cuarto y último elemento a destacar del *¿Qué es esto?* se liga, justamente, a lo anticipado unas líneas más arriba: por esos años, y cada vez con mayor decisión, Martínez Estrada se aventura a explorar el lenguaje bíblico en su faz profético-apocalíptica (Perón es un falso Mesías o un Judas Iscariote; al pueblo hay que hablarle en el lenguaje de los profetas; quienes se oponen al capitalismo de siete cabezas son Judas Macabeo, etc.)⁶⁴, a la vez que se adentra en los meandros de una radicalización marcada (“¿no hay otra defensa que las fuerzas obreras latinoamericanas organizadas y coaligadas con las norteamericanas para vencer unidas al capitalismo de siete cabezas...?”, etc.), estrechamente ligada a impulsos latinoamericanistas y anticapitalistas.⁶⁵ Pienso que es importante detenerse a considerar en qué importante medida el latinoamericanismo de Martínez Estrada –que no es completamente nuevo, pero sí cada vez más nítido- no supone clausurar su habitual disposición crítica frente a rasgos que él considera decisivos de la cultura argentina. Por el contrario,

Entre los más graves defectos que caracterizan a nuestro pueblo en el concierto de los pueblos latinoamericanos, sin duda figura la ignorancia culturada, la incultura cultivada, la prosopopeya del pavo que nos hace creernos los hermanos mayores de los otros pueblos. Hasta somos desdeñosos para los pueblos que tienen un alto porcentaje de indios en su población, y a los artistas y escritores que descienden hasta ellos, no para ganar dinero cantando por radio ni para medrar como garrapatas indigenistas en la ubre del Fisco, sino de los que, como Villalobos, Aguirre, Rivera, Icaza, Amado, Guillén y muchísimos más, beben su inspiración donde bebe su agua el pueblo. (*¿Qué es esto?*: 47)

Como adelantamos en el *Comentario preliminar*, en esta etapa de su obra Martínez Estrada menciona con profusión a Simone Weil, llegándola a llamar incluso “mi actual guía” (en *Exhortaciones*); no parece excesivo articular esta poderosa presencia con los nuevos énfasis aludidos. En el *¿Qué es esto?* Weil es evocada para postular la posibilidad de una redención moral a través de la palabra: “Si con la palabra se ha corrompido al pueblo, con la palabra se lo

⁶⁴ En un discurso (improvisado) pronunciado en una cena ofrecida el 18 de enero de 1956 en el Club Universitario de Bahía Blanca al Ministro de Educación, Martínez Estrada, tras compararse con Job, sostuvo que el país había pecado gravemente, olvidando a sus niños, que eran los enviados de Dios; dijo, también, que la escuela convertía a esos ángeles en demonios pervertidos... En la misma ocasión señaló que Perón había sido un “castigo de Dios”, como Atila, Genghis Khan, Hitler y Stalin (en *Cuadrante del Pampero*: 82-88). Como veremos enseguida, en *Exhortaciones* las resonancias bíblicas son más que evidentes.

⁶⁵ El impulso anticapitalista es por cierto contenido o, al menos, ambivalente. En la p. 112 del *¿Qué es esto?*, mientras cuestiona el supuesto falso socialismo del GOU y de Perón, Martínez Estrada distingue dos caras en la estructura de la sociedad capitalista: una contraria al más ingenuo sentimiento de equidad social y de humanidad y otra que la perfila como factor máximo de la civilización occidental. Por supuesto que el GOU y Perón son acusados de haber atacado exclusivamente a la segunda cara. Al menos en este pasaje, seguimos recorriendo la senda abierta en *Radiografía...*: “nuestro capitalismo bárbaro”.

libera... La idea es de Simone Weil [formulada en relación con la situación de Francia durante la Segunda Guerra, AK], y para mí significó, como muchas ideas de esta vidente, una revelación..." (*¿Qué es esto?:* 234; véase también el *Prólogo a la Primera Edición*). En los otros libros de esa época se encuentran más referencias a Weil, algunas relacionadas con otros aspectos, entre los que tal vez quepa destacar la enseñanza del "evangelio del indulto para el inocente y la acusación infatigable para el culpable" (*Las cuarenta y las diez de últimas*: 89)

A propósito de *Las cuarenta...* es posible identificar en sus páginas dos tipos de relación con el pasado argentino. Una, que insiste en el tema de los invariantes, de los fijadores negativos, de las taras constitucionales y hereditarias. Otra, que profundiza el movimiento nostálgico que vimos esbozarse en *La cabeza de Goliat*, aunque en una dirección específica. En efecto, bajo el signo de su relectura de Agustín Álvarez (situado en 1890, vértice de dos planos), Martínez Estrada despliega una nueva mirada sobre el *fin de siglo*:

He conocido otros maestros y otros estudiantes. He conocido otro país y hasta podría decir otras gentes (...) Vivían aun hombres como González, Magnasco, Quintana, Sáenz Peña, Groussac, Álvarez, García, Lugones (...) Había, naturalmente, la corrupción interna de las instituciones y de los magistrados, como las denunció en su momento Agustín Álvarez (...) Hoy podemos localizar con mayor certeza los tumores malignos del cuerpo social en razón de que se han configurado más netamente y adquirido mayor volumen y hedor. No son males nuevos sino perfeccionados y extendidos a zonas más amplias y a capas más profundas (...) En el año 1900 había un límite para la delincuencia y el fraude, que estaban enmarcados en cuadros clínicos y penales bien delimitados; se trataba de excepciones y anomalías. Pero los últimos años del desenfreno nacional a toda orquesta, sin haber corregido ni mitigado esos males o esos vicios, los hicieron rebalsar y difundirse... (*Las cuarenta...*: 55-56)

En forma imprevista, se refiere a la época de su niñez como "los tiempos del atardecer del siglo de oro que duró entre 1852 y 1916." (*Íbid*: 11) De este modo incurre, es cierto que fugazmente, en una deriva decadentista-nostálgica. Considérese el siguiente fragmento, prueba de las vacilaciones a las que le conduce este modo de plantear la cuestión:

El mismo descenso que Hegel advirtió de Europa a América lo podemos advertir nosotros –pero hay que mirar-, de 1810 a 1852, de 1852 a 1890, de 1890 a 1916 y de 1916 a hoy."(p.61) "¿Cuándo empieza esta degradación? Me contrista declararlo (...) Creo que puede situarse cronológicamente en el período presidencial de Sarmiento, 1868-1875, la fijación de las anomalías que habrían de conducir por lógico desarrollo a la hecatombe de 1943-195... (*Íbid*: 64-66)

En cualquier caso, no hay duda de que su diagnóstico es sombrío y de que el presente de la enunciación tiene la forma de una encrucijada. Como en el *¿Qué es esto?*, y bajo la influencia de Simone Weil, postula la necesidad de una regeneración. Pero en la medida que no cabe esperar un cambio de orientación en los comandos lejanos e impersonales, se abre a la posibilidad de una cancelación “interna” de los falsos ideales, que serían así reemplazados por otros verdaderos (*Ibid.*: 59) Si frases como ésta dejan entrever algún optimismo, los pasajes de tono conspirativo sepultan por completo esa impresión. Considérense, a título ilustrativo, los dos siguientes:

A mi tesis de 1933 y 1946, de que no podremos liberarnos de España si antes no la liberamos de ella misma, ha de agregarse ahora esta otra: ni España ni el mundo se liberará de los EU mientras éstos no se liberen de sí mismos. Esta fórmula significa que los gobiernos políticos están gobernados por gobiernos económico-militares, por comandos secretos y que actúan por lo regular a distancia. Este sí es pesimismo, lo confieso, aunque tampoco se trata de un juicio de valor cuanto de una declaración de hechos. Pero la situación de los países hispanoamericanos ha de ser considerada siempre en función de otros...(*Ibid.*: 87)

El mundo está apresado en la red de las *maffias*, de las cuales algunas de mala suerte, como las de Mussolini y Hitler, terminan con la prosperidad de las que las vencieron. Es desolador, ya lo sé; más aun: es para pegarse un tiro. (*Ibid.*: 29)

En mi opinión, *Exhortaciones* marca un momento culminante en el proceso de radicalización martínezestradiano. En casi todos los textos que componen el volumen es posible detectar resonancias bíblicas, en el sentido profético-apocalíptico antes referido. Los mismos títulos son indicativos: el del volumen en sí, y los de algunas de sus piezas, por ejemplo, “Nueva epístola a los romanos”, “Exhortación a los jueces”, “Sermón en el desierto”, “Segunda epístola a los romanos”... El señalamiento de que Martínez Estrada empleaba un lenguaje de profeta encuentra abundante sustento en estas páginas; así, por ejemplo, dirigiéndose a los dueños del dinero, de las armas, de los credos y de los saberes -al poder en sus múltiples formas-, dice:

De los males enunciados y de muchísimos más son ustedes culpables, y si Dios los tolera y les permite perpetuar la obra de Satanás, puede ocurrir que mañana todo haya cambiado. Por donde no pase un camello no pasarán ustedes (...) Están ustedes ciegos (...) Están ustedes sordos. Si no estuvieran ciegos y sordos percibirían que en Oriente y Occidente se elevan olas gigantescas de emancipación incontenible, olas de quinientos

millones de personas sometidas que exigen justicia. No hay diques capaces de contener esos océanos humanos que ustedes han embravecido y que ahora desbordan sobre el mundo. En una inundación acabará tanta infamia otra vez. (*Exhortaciones*: 49)

Frente a ese poder, que sigue siendo difuso e inefable como lo era en *Muerte y transfiguración...*, Martínez Estrada se coloca en una misma trinchera con los profetas, los mártires y los esclavos. Esto es importante, porque marca una ampliación en cierto sentido particular de la galería de figuras que conforman su ámbito de valores positivos: profetas, mártires, esclavos... No obstante, muchos de los elementos decisivos que nos hemos acostumbrado a encontrar en el seno de ese ámbito permanecen idénticos, tal como puede apreciarse, por la vía del contraste, en estas líneas:

No tenemos arraigo en la tierra (ni en el cielo); no sentimos amor, simpatía o afecto por el prójimo desconocido; no sabemos admirar, respetar ni estimular; no sabemos darnos, entregarnos, dejarnos llevar. No sabemos hacer regalos, donar ni ofender (sólo coronas en los mausoleos); no sentimos que somos un pueblo, una misión, una tarea, un deber, un destino. Somos cualquier cosa mostrenca. No mencionaré países y países donde esta acusación sería inconcebible y ofensiva. Los hay; y aunque la política de la guerra fría de los amos del mundo actúa también sobre ellos, salvan el alma y no se saquean por añadidura. Y precisamente ese trabajo nefasto e impalpable de la guerra fría (...), ese trabajo es el que ha hecho mayores estragos entre nosotros. Ha encontrado clima y tierra propicios, y la desunión del pueblo argentino se opera, además que por propia tendencia a la atomización, por agentes secretos de la entrega en masa a nuestros enemigos. (*Ibid.* 28)

También permanece, consolidándose, su disposición a postular la existencia de un poder mayúsculo, ligado a los intereses norteamericanos, en cuyas manos estarían “los hilos del mundo”. Refiriéndose a la situación del país, declara:

No es fácil descubrir quién maneja los hilos del tinglado (...) Muy posiblemente sea Perón el que marca los naipes en este garlito, si bien detrás de él podría actuar la mano negra de la política internacional norteamericana. Pues también va quedando al descubierto la plataforma de granito que recubren las hierbas artificiales del petróleo, el pacto del Atlántico y la bomba atómica. Son las *máscaras teutónicas* que encubren los espantosos rostros de la verdad. Perón es jerifalte que Norteamérica tiene en la mano y muestra o amenaza que va a soltar según las dificultades del momento. (*Ibid.* 31-32)

La conclusión más rápida que podemos extraer de este abigarrado conjunto de consideraciones es la siguiente: si es cierto que hacia 1956-57 Martínez Estrada ha enriquecido

con nuevos motivos sus ideas sobre el tiempo histórico argentino y sus especulaciones sobre el fracaso nacional, también lo es que sigue operando con su proceder característico: la acumulación de todas las “tomas negativas” disponibles, sin preocuparse demasiado por darle articulación sistemática a los diversos elementos así apilados y superpuestos, y sin avanzar hacia una formulación clara y lógicamente satisfactoria de sus periodizaciones y explicaciones. Esto puede decirse respaldándose, como lo hemos hecho, en numerosos pasajes de sus obras de ese tiempo. Sin embargo, es probable que haya algunas cosas más en juego. Como vimos, fuera de sus eventuales vacilaciones en cuanto al delineamiento de una imagen consistente del tiempo histórico argentino, no puede negarse que en el período en cuestión se verifica una consolidación del movimiento de ampliación de las disposiciones críticas al tiempo que una incursión en el lenguaje bíblico y una radicalización notoria, mismas que parecen conducirlo, acaso bajo la guía de Simone Weil, hasta el umbral de una posición nueva:

Cada redentor viene con su propia cruz (...) Yo me honraría en morir negado y aborrecido por la población conspicua, como ellos [Sarmiento y Álvarez, AK]; pero sospecho que no tendré *ni* el alivio del destierro (*Las cuarenta...*: 11; mis cursivas)

Solamente quiero, además que cumplir mi deber, ofreceros una posibilidad de reflexión moral, sin esperar ninguna recompensa ni, *desdichadamente*, ningún castigo. (*Exhortaciones*: 56, mis cursivas)

¿Qué significan esos enigmáticos *ni* y *desdichadamente...*, que parecen reclamar el aborrecimiento, la negación y el castigo como si de ellos pudiera derivarse algo positivo y trascendente, ni más ni menos que la redención...? En mi opinión, se trata de una torsión singular derivada de eso que con tanto trabajo hemos ido construyendo y que podemos llamar “posición Martínez Estrada”. Para decirlo en pocas palabras, parece haber en estos textos de 1956-57 una búsqueda de algo que acaso quepa interpretar como una *nueva y especial variante de fuga*: ya no parece tratarse de Martín Fierro en la tolдерía, ni de Thoreau en el bosque, ni de Hudson niño, vagabundo o emigrado, ni del exilio interior de los hombres honestos, sino más bien de la postulación de una especie de autoinmolación que no sólo es intransigente sino que también se quiere redentora. ¿Es razonable leer las cosas desde este prisma...? ¿Habrá que atribuir todo esto a su fascinación con la vida y obra de Simone Weil...? ¿Tendrán también algo que ver su larga enfermedad, las polémicas en que se vio involucrado respecto del peronismo, el lugar en que fue colocado por la nueva generación de intelectuales...? Quisiera

poder responder a estos interrogantes de manera fundada; lamentablemente, sólo puedo plantearlos bajo la forma de interrogaciones abiertas.

Más allá: aun cuando en estas cosas no quepa pensar en términos de necesidades mecánicas, no parece excesivo sostener que, hacia 1957, Martínez Estrada es un intelectual “disponible”, es decir, a la espera y en busca de una causa en la que pudiera ver condensados sus anhelos de pureza y renovación moral. En el (pen)último tramo de su vida, la Revolución Cubana cumpliría justamente esa función. En efecto, tras una etapa de viajes por varios países del mundo, llega el momento propiamente latinoamericanista de Martínez Estrada. Se trata del período en el que residió alternativamente en México y Cuba, durante el cual su prédica tendió a radicalizarse sensiblemente. Como indiqué en el *Comentario Preliminar*, esta (pen)última estación ha tendido a ser revalorizada en los últimos lustros; nada hay que decir contra tal énfasis, desde todo punto de vista justificado.⁶⁶ Tanto por razones de espacio como de recorte temporal, no analizaremos aquí los diversos textos que Martínez Estrada produjo entonces. Solamente me interesa destacar tres cosas que tienen relación directa con nuestros fines. En primer lugar, y como adecuadamente lo ha puesto de relieve Liliana Weinberg (1990: XXIX-XXX), el pensamiento del Martínez Estrada de 1959-63 tiene fuertes componentes de mesianismo revolucionario; al menos en parte, ello puede verse como corolario lógico de las fases precedentes, tal como las hemos trabajado aquí. En segundo lugar, tal como indicó Sigal (1991a: 368-369), Martínez Estrada halla en Martí un héroe que sobrepasa las alternativas con que había operado hasta entonces; más en general, encuentra en la Cuba revolucionaria un ámbito donde el universo infantil, perdido y añorado, parece retornar mágicamente. En tercer y último lugar, aun cuando parezca razonable suponer que el proceso cubano pudiera haber despertado en Martínez Estrada ciertas esperanzas en relación con una eventual regeneración de la Argentina, sus escritos de ese tiempo, en la medida que vuelven a tratar el problema nacional, no exploran esa línea de reflexión. ¿Qué tenemos al respecto? Ante todo, un racimo de testimonios que nos lo presentan ofuscado con las realidades del país, al tiempo que rebosante de felicidad por sus nuevos descubrimientos y perspectivas. Hay varios extractos que

⁶⁶ Vuelvo a remitir al lector a los estudios citados en la nota 13. Puede discutirse si el momento cubano es la “última” estación del itinerario martínezestradiano. Viñas (1991: 422-423) recuerda: “...el exacerbado criticismo de Martínez Estrada frente a lo institucional cubano (...) [lo enfrentó] con los escritores de la isla (...) prefigurando los propios contratiempos del Che en Cuba a partir de su heterodoxia...” No hay que olvidarlo: en 1964 Martínez Estrada regresa a la Argentina, más precisamente a su *exilio interior* en Bahía Blanca...

permiten sostener estas últimas afirmaciones. Consideremos cuatro, muy breves, a guisa de ilustración:

De una carta a Albarracín Sarmiento, fechada en México en diciembre de 1959:

Estamos en México y pienso quedarme, si es posible, el resto de mis días. Aquí me quieren y me respetan los desconocidos, y allá sólo mis fieles amigos de antaño. Estoy cansado de trabajar en una empresa imposible, contribuyendo a que se diga que en la Argentina hay gente de valer, pero no que se los obliga a irse a ganar el pan en el extranjero. (cit. por L. Weinberg, 1990: XXXI)

Del discurso pronunciado en una cena organizada por *Cuadernos Americanos* en 1960:

Adiós, opulenta nación de ganados y mieses, que honra con magnificencias y estrépito de clarines a tus héroes y mártires muertos en el destierro. (cit. por D. Viñas, 1991: 422)

De una carta a Roberto Fernández Retamar fechada en México en agosto de 1960:

... si mis últimos años y mis últimas fuerzas puedo consagrárselas a Cuba no habré vivido sólo para librerías. (cit. por H. Cerutti Guldberg, 1994: 75)

De su “Réplica a una declaración intemperante” (1961), respuesta al pronunciamiento por el que varios escritores argentinos -colaboradores de la revista *Sur* y antiguos amigos (Borges, Bioy Casares, Mallea, Mujica Láinez y otros)- declararon su apoyo a la invasión norteamericana a Cuba:

“¡Pobre país cuyos guías no son ‘dictadores’ del tipo de Fidel Castro sino ciegos y sordos como ustedes!” (“Respuesta...” en *Mi experiencia cubana*.)

Tenemos, también, las páginas dedicadas a la Argentina en *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina* –esa voluminosa y abigarrada obra en la que nuevos impulsos y lecturas⁶⁷ se imbrican en desgarradora tensión con sus viejos enfoques y obsesiones. Hasta

⁶⁷ En *Diferencias y semejanzas...* -condensación de todo un clima de época- tenemos a un Martínez Estrada tercermundista radical. Propone allí dejar de pensar a América Latina como “vástago impúber y glorioso” de Europa para ubicarla, decididamente, en el Tercer Mundo; en la misma dirección, aboga por una asunción categórica de las realidades del subdesarrollo y de la dependencia colonial: “ya no podemos ser inocentes sin

donde alcanzo a ver, nada hay en *Diferencias y semejanzas...* que insinúe que nos encontramos frente a una reconsideración del problema argentino. En ese sentido, el examen de esta obra permite reafirmar lo dicho hace un instante: ofuscado, el último Martínez Estrada no ha modificado sus habituales disposiciones pesimistas en relación con el país; al contrario, parece haberlas profundizado. La Tercera Parte de *Diferencias y semejanzas...* contiene un panorama político por regiones; cuando le llega el turno a la Argentina, los clásicos motivos de *Radiografía...* se despliegan una vez más.⁶⁸ Como nos había sucedido cuando, al estudiar sus obras mayores, intentamos desentrañar el tipo de explicación propuesto para echar luz sobre el problema del fracaso nacional, *Diferencias y semejanzas...* tampoco nos aporta elementos suficientes para pronunciarnos de manera unívoca y definitiva. De nuevo las irresoluciones e inconsistencias lógicas; de nuevo la apertura de aquel amplio arco que va desde un extremo determinismo fatalista hasta otro intencionalista con resquicios. La vigencia plena del extremo determinista se aprecia en pasajes como el que sigue:

Tanto la naturaleza de los males materiales como la índole de los vicios morales en Argentina son endémicas. Todas las crisis se configuran por una misma etiología y presentan idénticos síntomas (...) Además de esos males que podemos designar como propios de un organismo metabólicamente descompuesto, hay otros de estructura o constitucionales: la vastedad del territorio en dos terceras partes sin aprovechar y la despoblación por falta de alicientes para el trabajo y por absorción de la mano de obra en las grandes ciudades en que se hacina. Es el problema de la tierra y el hombre, que vieron y denunciaron Echeverría, Sarmiento y Alberdi, aun no resuelto. (*Diferencias y semejanzas...*: 487-488)

ser cómplices, ni podemos avergonzarnos de buscar la salud” (p. 25) Desde su óptica, en tanto las “llaves maestras” de la economía están en manos de los grandes consorcios, los gobiernos latinoamericanos no son más que “administraciones de factoría”, “gobiernos de visires”... Es importante notar que, de cara a la cuestión del subdesarrollo, la argumentación de Martínez Estrada no desemboca en alguna clase de desarrollismo “imitativo”, sino que procura articularse con la búsqueda de la desenajenación y autorevelación de la conciencia americana: “Debemos liquidar el prejuicio de que sólo existe un tipo de civilización y de alta cultura, que es el que hemos aprendido a venerar y a imitar de los países más avanzados de Europa” (p. 28) Por momentos el problema pareciera estribar en que América Latina -compuesto mestizado cuyos elementos aun no fraguan bien- no ha conseguido, ni se ha propuesto, perfilar un “tipo de civilización propio”. Interesa consignar que sus críticas al capitalismo son ahora frontales (de hecho, propone distinguir entre civilización y capitalismo, considerando a éste como producto artificial y prostituyente de aquélla), y que la Segunda Parte de la obra se cierra con la siguiente cita de Paul Baran: “El establecimiento de una economía socialista planificada es una condición esencial, y de hecho indispensable, para lograr el progreso económico y social de los países subdesarrollados.” (p. 357)

⁶⁸ Entre ellos, algunos de los elementos que componen el ámbito de los valores positivos. Si las grandes potencias no deben ya tomarse como ejemplo, ya que sólo lo son de corrupción, habría de emularse “a las naciones democráticas de vida pacífica y laboriosa, como Dinamarca, Holanda, Suecia, Noruega, Finlandia, etc.” (*Diferencias y semejanzas...*: 464)

Por su parte, la vigencia del extremo intencionalista se observa, por ejemplo, en las páginas inmediatamente subsiguientes a las recién citadas, donde sostiene que los factores geográficos, demográficos e históricos que aparecen como “irremediables” en otras partes son sumamente “propicios” en Argentina, y que las calamidades y problemas de complejidad y desarrollo del país son “imputables al hombre”; en primer término, a los que desde el origen de la República asumieron la responsabilidad de gobernarla. (*Ibid*: 490ss.) Nótese al pasar que este amplio arco interpretativo, cuyos extremos marcan las no pocas veces desconcertantes oscilaciones martínezestradianas, se deja ver también, con algunas ligeras variantes, en sus consideraciones relativas a América Latina en general y a sus otras regiones en particular. Algunas ligeras variantes: en la medida que Martínez Estrada parece mejor dispuesto a resaltar momentos y figuras recuperables en la historia de otros países latinoamericanos⁶⁹, la cuestión parece tomar otra coloración; sin embargo, sus referencias constantes a las determinaciones geográficas, a la “perpetuación de los genes del sistema colonial” a la idea del subcontinente como “lupanar inmenso”, a los defectos de la Conquista y la Colonización ibéricas, etc., dejan la impresión de que el saldo positivo de la historia de la región es desesperantemente exiguo: de haber alguna esperanza para estos pueblos, ella reside tan sólo en ese futuro que la Cuba del presente de la enunciación parece anticipar. Cabe hablar, sin duda, de radicalización e incluso de torsión; ello no significa, empero, que los buscadores de continuidades estén obligados a dejar de percibir una fuerte resonancia hegeliana aun en esta tardía estación del itinerario martínezestradiano.

⁶⁹ Permítaseme referir, entre varios posibles, un breve ejemplo, tomado de una nota al pie de *Diferencias y semejanzas...*: “Mi reducida experiencia en México ha sido para mí la revelación de un mundo que hasta entonces ignoraba y del que no me habían dado idea ni aproximada las lecturas. Me sorprendieron dos cualidades esenciales: la seriedad para considerar los seres y las cosas, y la pulcritud, que es moral y corporal. Sobre Papatla, un pueblo muy antiguo, pude reordenar mis ideas. E impresionante fue, en Tlacolula, cerca de Oaxaca, la presencia en el mercado y la iglesia de indios zapotecas reducidos a los grados inferiores de la miseria, ver que mantenían su porte altivo sin arrogancia, su señorío de hombres masculinos y de mujeres femeninas en estado primigenio de pureza e integridad humanas.” (*Diferencias y semejanzas...*: 102n)

A MODO DE CIERRE

No habría manera de justificar que Ezequiel Martínez Estrada estuviese ausente de este recorrido por algunas de las principales estaciones del pensamiento sobre el fracaso argentino. Su obra, ciertamente original, fue uno de los aportes capitales al delineamiento y la consolidación del tópico; por tal razón es que dedicamos un largo capítulo a su consideración y estudio.

Con base en un comentario de Liliana Weinberg, indiqué que la idea de una civilización “consolidada en falso”, insinuada en el artículo seminal de 1931 y ampliamente desarrollada en Radiografía de la pampa y en trabajos posteriores, es presumiblemente de raigambre nietzscheana. Trabajé también, hasta donde me fue posible, el conjunto de materiales que, además de aquella probable conexión, pudieron haber inspirado la sombría elaboración desplegada en las páginas de Radiografía... Siguiendo una pista propuesta por León Sigal, propuse pensar Radiografía... en particular y la obra de Martínez Estrada en general como una summa de las “tomas negativas” disponibles sobre la realidad argentina y sudamericana. En esta misma línea de reflexión argumenté que en el seno de tan extensa acumulación de males parecen caber prácticamente todas las explicaciones imaginables del drama nacional, desde unas completamente deterministas y cerradas, hasta otras más intencionalistas y abiertas. De ahí pues la (relativa) imposibilidad de establecer de manera simple, unívoca y definitiva lo que llamaríamos la “explicación Martínez Estrada” del drama nacional. Para decirlo en pocas palabras, a una eventual pregunta por el “por qué”, Martínez Estrada podría responder, sin traicionar en absoluto sus posiciones fundamentales: “por todo...”, es decir, por la historia y la geografía universales, por la Conquista, por el mestizaje, por la persistencia de lo colonial, por Rosas, por las “fuerzas mecánicas”, por la inmigración, por la ineptitud de los dirigentes, por Perón, por el antiperonismo, por la ceguera de los intelectuales...

Ahora bien, siendo en una muy importante medida un pensamiento de la negación, el pensamiento de Martínez Estrada no es solamente un pensamiento de la negación. Sus escritos poseen indudablemente una dimensión catártica, una dimensión crítica y también, en un sentido en verdad muy especial, una dimensión propositiva. En efecto, como vimos, la propia empresa acumuladora de “tomas negativas” que distingue sus elaboraciones encierra, bajo la forma de una contrafigura delineada sottovoce, un ámbito de valores positivos al que decidí adjetivar como “cálido”, por contraposición a lo técnico-utilitario, material, “frío”. Ese ámbito de valores positivos, fundamentalmente moral y hasta cierto punto imaginario, es el espacio sobre el que Martínez Estrada se recuesta y desde donde dispara su temible munición crítica. Repasemos rápidamente cuáles son los valores y los personajes que lo componen: entre los primeros hemos de contar el arraigo, el hogar, el trabajo paciente, la medida, la defensa de lo antiutilitario y de lo espiritual...; entre los segundos, los artistas y los sabios honestos, los ajedrecistas, los hombres laboriosos sin insomnios ni pesadillas y, en un lugar muy especial, los que

se fugan -Thoreau, Tolstoi, los emigrados argentinos (con Alberdi como prototipo excelso), Hudson, Martín Fierro... y, más tarde, los mártires. Como vimos, el problema estriba en que una defensa consecuente de este espacio, antipolítico por definición, conduce a las intervenciones públicas de Martínez Estrada hasta una vía muerta; salvo, claro, que se entienda la actividad intelectual de un modo muy especial, esto es, exclusivamente como defensa de lo íntimo, denuncia y catarsis. Al llegar a este punto sostuve, siguiendo nuevamente una pista propuesta por Sigal, que la visión del mundo martínezestradiana oscila entre los significados que condensan los nombres Hudson -niño, vagabundo y emigrado- y Sarmiento -el joven y el viejo, jamás el mandatario-; en esa peculiar combinación se articulan, desde luego que de manera problemática, una defensa del paraíso perdido de la infancia, una denuncia catártica de los males de una realidad invariablemente percibida como hostil y un alambicado anhelo de fuga.

En relación con la mirada que Martínez Estrada despliega sobre el tiempo histórico argentino hay una particularidad digna de notarse: sus elaboraciones no ofrecen zona alguna del pasado que merezca ser recuperada. Ni la época prehispanica, ni el momento de la Conquista y de la dominación españolas, ni la era de la Emancipación, ni el tiempo de los caudillos, ni los años de Rosas, ni ninguna etapa posterior suscitan su simpatía. El único autor entre los otros estudiados aquí que se aproxima a una mirada invalidatoria de alcances semejantes sería el Lucas Ayarragaray de La anarquía argentina y el caudillismo... Sin embargo, y más allá de que alguna vez Ayarragaray es hasta evocado de manera explícita por Martínez Estrada, es más que evidente que sus lenguajes y visiones del mundo son señaladamente distintos. Algunas de las "tomas negativas" de Ayarragaray son en efecto recuperadas por Martínez Estrada, pero con el exclusivo objeto de engrosar un repertorio hecho de muchas otras tomas igualmente negativas y con propósitos muy diversos a los de aquél. Por lo demás, los escasos impulsos nostálgicos identificables en las elaboraciones martínezestradianas no poseen estabilidad y jamás conducen a una revaloración unívoca de alguna zona definida del pasado del país; entre las funciones que dichos impulsos cumplen dentro de su tan peculiar economía discursiva habrían de contarse la de operar como "tomas negativas" por la vía del contraste (lo "bueno" no predomina en ningún presente de la enunciación, sino que es más bien una combinación casi inefable de elementos perdidos y ocultos...) y la de dotar de alguna consistencia al escurridizo ámbito de los valores positivos (como vimos, el mismo está hecho, al menos en parte, de incrustaciones premodernas).

Todos estos rasgos del pensamiento martínezestradiano hacen que éste sea virtualmente inclasificable. Sin embargo, tal como lo he destacado a lo largo del desarrollo, su problemática y tortuosa ligazón con la tradición liberal-civilizatoria argentina es no sólo innegable, sino además profunda. Si se desea ubicar a Martínez Estrada en una tradición, habría que empezar por ahí. En tal sentido, una vía productiva para aproximarse a su obra parece ser el considerarla como una extensa, intrincada y nunca terminada polémica con

el fantasma de Sarmiento. Desde 1931 Martínez Estrada recorre apasionadamente los pliegues más íntimos del pensamiento sarmientino, rumiándolo hasta el cansancio, y sometiéndolo recurrentemente a fuertes confrontaciones, sin llegar jamás empero a deslizarse por la pendiente de una invalidación rotunda ni definitiva de las aportaciones del prócer. Sarmiento, clave hermenéutica, es algo así como el non plus ultra martínezestradiano; el naufragio (inevitable) de su sueño civilizatorio, su más cara obsesión. Pero si es cierto que habría que “empezar” por ahí, también lo es que no necesariamente habría que “terminar” en ese punto. Como sabemos, hay una importante dimensión del pensamiento de Martínez Estrada que lo enlaza íntimamente con la “gran tradición romántica”. Al igual que en ciertas zonas de las elaboraciones de Ayarragaray y Villafañe, en el pensamiento de Martínez Estrada encontramos un nítido afán por enmarcar el progreso material dentro de estrictos contornos morales. No obstante, las semejanzas no van mucho más allá de esta primera y simple constatación. Mientras Ayarragaray y Villafañe propugnaban una civilización compatible con (en rigor, regida por) los valores tradicionales —católicos, jerárquicos, conservadores—, Martínez Estrada elabora una síntesis más personal, a mi juicio profundamente anudada a ciertos desarrollos de la poética romántica, de lo que considera son los valores positivos. De manera que, sin incursionar en posiciones abiertamente retrógradas, y estableciendo una relación sumamente intrincada con la tradición liberal-civilizatoria argentina, el anhelo de civilización integral martínezestradiano, particularmente manifiesto en el perfilamiento de esa contrafigura cálida a la que tantas veces hice referencia a lo largo del capítulo, se sitúa, y también nos sitúa, en una desgarradora tensión crítica frente a las experiencias de modernidad que han configurado nuestro tiempo.

CAPÍTULO VI

JULIO IRAZUSTA O EL CATÁLOGO DE LAS DORADAS OCASIONES

PERDIDAS

Decía Groussac (creo que en su libro sobre el Don Quijote de Avellaneda) que los cervantistas rancios abrían la boca para mejor cerrar los ojos a los lunares de la obra maestra. Actitud muy común ante los próceres. Si los nuestros nos hubieran legado un imperio preponderante en el mundo, tal vez no correspondiera otra cosa que cantar sus alabanzas. Pero como ello no ocurrió, debemos preguntarnos ante cada estatua: ¿cuál fue el resultado positivo de la acción desarrollada en vida por el hombre que honramos con este bronce?, ¿qué enseñanza nos dejó?, ¿cómo se combina su aporte a la obra común de las generaciones con los de quienes le precedieron y le seguirán?
Julio Irazusta, *Balance de siglo y medio*, p. 8.

COMENTARIO PRELIMINAR

Los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta nacieron en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos, en el seno de una familia ganadera tradicional. Rodolfo vivió entre 1897 y 1967; Julio, que es quien más nos interesa aquí, entre 1899 y 1982.¹ Por influencia de su padre, en su juventud ambos simpatizaron con el radicalismo; al igual que aquél, no fueron estrictamente yrigoyenistas, aunque siguieron con satisfacción la neutralidad del país durante la Gran Guerra. En 1918 Julio ingresó a la carrera de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.² De esa época datan sus primeras colaboraciones escritas, artículos de crítica literaria publicados en las revistas El Hogar, Nosotros y algunas otras; la mirada retrospectiva que despliega en sus Memorias... no les asigna por cierto gran importancia. En esos años su vínculo con la Facultad de Derecho se tornó irregular, sin llegar empero a desaparecer del todo; paralelamente, comenzó a frecuentar la Facultad de Filosofía, así como

¹ Para elaborar este Comentario me he basado, fundamentalmente, en los siguientes materiales: ante todo, las *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)* del propio Julio Irazusta, que cubren aspectos relevantes de su trayectoria más o menos hasta 1940; luego, dos estudios recientes consagrados a su figura y a su obra -Juan Fernando Segovia (1992) y Noriko Mutsuki (2004); por último, aunque no menos importante, un conjunto de estudios más generales sobre el nacionalismo y el revisionismo histórico argentinos, entre los que cabe destacar, de un lado, los de Enrique Zuleta Álvarez (1975), Cristián Buchrucker (1987) y Fernando Devoto (2002) y, del otro, los de Tulio Halperín Donghi (1970; 1996) y Diana Quattrocchi-Woisson (1998).

² Según Félix Fares (1978), Rodolfo Irazusta había ingresado a la misma facultad el año anterior. Rodolfo tampoco concluyó sus estudios universitarios, aparentemente por razones análogas a las de Julio, mismas que se exponen en la nota siguiente.

ciertos ámbitos ligados a la bohemia literaria porteña, particularmente el local del Royal Keller.³ Los recuerdos plasmados en el capítulo cuarto de sus *Memorias*... ponen de relieve sus vínculos más o menos directos con ciertas personalidades destacadas de la vida cultural del momento.⁴ Esas mismas consideraciones retrospectivas nos permiten asomarnos a sus lecturas de entonces; corresponde destacar entre ellas *El Renacimiento*, de Walter Pater –por recomendación de Alejandro Korn Villafañe, hijo del importante filósofo-; *Economía política*, de Charles Gide –“siempre seguí leyendo ese gran libro”-; y *Estética* de Benedetto Croce –a través del cual accedió “a un sistema que, como todas las grandes filosofías de la historia, intenta ofrecer una explicación de conjunto sobre el espíritu humano”.⁵ Hacia esa misma época tomó contacto, por indicación de Roberto Giusti –director de la revista *Nosotros*-, con la obra de los “hispanistas extranjeros”: fundamentalmente, Carlos Pereyra y Francisco García Calderón.

Liquidada la herencia de su padre, los hermanos Irazusta emplearon la parte que les correspondía para sostener un viaje por Europa que abarcó el tramo central de la década del veinte. Estuvieron en España, Francia, Italia e Inglaterra. En París, donde había llegado primero, Rodolfo introdujo a Julio en el pensamiento de Charles Maurras. Así recordaba Julio, cincuenta años después, esa alternativa:

Una circunstancia que habría de tener influencia decisiva en la orientación de mi actividad intelectual, ocurrió en mi brevísima estada en París de fines de 1923 (...) Yo no tenía ni noticia de la existencia de un gran escritor francés que se llamase Maurras, con influencia en muchos grandes espíritus de su país y del extranjero. Si no hubiera sido por Rodolfo, que leía con creciente interés la rúbrica cotidiana de aquel sobre los acontecimientos del día, es improbable que yo, poco aficionado al tema político (a no

³ Julio Irazusta sostiene que no llegó a concluir sus estudios universitarios debido a dos razones principales: una, la muerte algo prematura de su padre, acaecida a mediados de 1918; la otra, su pasión por las lecturas extrauniversitarias, primero casi exclusivamente literarias, luego también filosóficas (*Memorias*...). Para el caso de Rodolfo, pareciera que habría que considerar también su interés creciente por los asuntos de la ‘política práctica’. Fares (cit.) –que en este punto aprovecha el Borrador de memorias de Conrado Nalé Roxlo-, nos deja saber que Rodolfo también solía frecuentar el ambiente de la ‘bohemia literaria’. Entre los compañeros de ruta de los jóvenes hermanos Irazusta cabe mencionar, además de Roxlo, a Ernesto Palacio, Pablo Suero, Pedro Herreros, Carlos Muñoz (‘el futuro Carlos de la Púa’), Enrique Méndez Calzada, entre otros.

⁴ Si varias de ellas ejercieron inmediato –aunque diverso- impacto sobre su espíritu –el poeta Baldomero Fernández Moreno, el filósofo Coriolano Alberini, el escritor español Eugenio D’Ors-, a algunas otras no llegó a valorarlas debidamente entonces, aunque tuvo oportunidad de rectificarse después –Ernesto Quesada, Estanislao Zeballos.

⁵ Juan Fernando Segovia (1992: 66ss.; 207ss.) formula consideraciones de interés acerca de las relaciones entre Irazusta y Croce así como en torno a la concepción historiográfica irazustiana en general. Irazusta, al tiempo que adhiere a la fórmula croceana según el cual “toda historia es contemporánea”, no parece seguir al filósofo italiano en los corolarios que eventualmente se derivan del célebre adagio (idealismo, historicismo, subjetivismo, relativismo). Lo que Irazusta le reclama al historiador es que reflexione, interprete y valore, sin renunciar jamás a las aspiraciones de imparcialidad y objetividad; se entiende, pues, que desde su óptica, el revisionismo no resulte conceptualizado meramente como cualesquier “nueva interpretación” de los hechos decisivos que componen el pasado nacional sino, más allá, como una nueva interpretación *más ajustada a los hechos* que la propuesta por la “escuela académica”.

ser en lo que respecta a la teoría, que ya había abordado en el estudio de los clásicos) me hiciese lector de Maurras. Fue mi hermano quien me recomendó leer el prólogo a la Musique intérieure, que L'Action française publicaba en serie, independientemente del extenso artículo, intitulado La Politique, con párrafos numerados dedicados a los diversos problemas de la actualidad. El hechizo de aquella prosa (...) me conquistó. Después de esa lectura, no dejaba escapar nada de lo que firmaba Maurras, compré sus libros, me empapé en la literatura del movimiento de acción francesa, y quedé imantado por la personalidad del autor de la Encuesta sobre la monarquía. Pero ni enseguida de caer bajo su hechizo, ni más tarde, ni nunca estuve en entero acuerdo con su enfoque de la política. El beneficio que me procuró su acción y su obra fue el de darme un interés por las cosas de la práctica que yo no había sentido jamás. Mucho más debía yo a la enseñanza de Benedetto Croce, y a la de Santayana, quienes ya me habían iniciado en las nociones del realismo político —en oposición a la ideología liberal del siglo XIX— que a lo aprendido entonces y después de Maurras. En un ensayo que di a La Nación con motivo de la traducción española de la Encuesta (y recogí en un volumen de ensayos dedicados a temas franceses, Actores y espectadores) fijé con nitidez mi posición intelectual ante su pensamiento. Más que con sus ideas, Maurras influyó en mí por la pasión que ponía en la cosa pública y el incomparable ejemplo de civismo que ofreció su vida entera. (Memorias...: 91-93)

En el cuerpo del capítulo sostendré que, considerada en sentido amplio, la empresa intelectual irazustiana es análoga a la de Maurras en varios aspectos decisivos, entre los que cabe destacar uno que interesa sobremanera aquí, a saber, el concerniente al tipo de mirada desplegada sobre los respectivos pasados nacionales. En 1924, tras una fugaz visita a la Argentina, Julio Irazusta retornó a Inglaterra (donde había estado a finales del año anterior) para pasar una temporada en Oxford, invitado por el humanista Pearsall Smith. Bajo la tutela del erudito británico fortaleció su formación y cultivó relaciones con destacadas personalidades de la cultura. Sus lecturas abarcaban por entonces un registro amplio, aunque claramente afín al clima idealista y espiritualista que prevalecía en Europa desde el fin de siglo y más acentuadamente después de la Gran Guerra: Anatole France, y los ya mencionados Benedetto Croce (“cuyos libros eran entonces mi breviario de cabecera”), George Santayana y Charles Maurras. En las citadas Memorias..., Julio apunta que su cuaderno de notas de aquel tiempo no registra lecturas de clásicos antiguos. Salvo Congreve, de Maistre y Balzac, ellas se refieren invariablemente a autores modernos: los citados más arriba y Hudson, Galdós, Forster, Brousson... Dato que vale la pena retener: durante su estancia en Inglaterra Julio no visitó la tumba de Rosas, pese a que Southampton estaba muy cerca de la casa de campo de Pearsall Smith (“...tan poco rosista era entonces el futuro historiador de la dictadura”). Tiempo después, en Roma, tuvo oportunidad de trabar relación con el filósofo George Santayana, a quien admiraba profundamente. Al evocar esta circunstancia en sus Memorias..., Irazusta deja entrever su fascinación con respecto a un rasgo decisivo del pensamiento y del temperamento intelectual de Santayana: su esfuerzo por restaurar, con serenidad y cuidado de la forma, unas categorías tradicionales supuestamente trastocadas. Reconociendo que se trata de obras ubicadas en registros

sumamente diferentes, cabe preguntarse cuánto debe el proyecto intelectual irazustiano a ese sentido y a ese tono entrevistos en la persona y en la obra del singular filósofo hispanonorteamericano.

En 1927, siguiendo de nuevo los pasos de su hermano Rodolfo, Julio regresó a la Argentina. A fines de ese año ambos participaron, junto a Ernesto Palacio y otros, de la fundación del periódico La Nueva República, que se publicó entre 1927 y 1932. La Nueva República contribuyó con su prédica a moldear el clima ideológico que desembocó en el golpe de Estado que depuso a Hipólito Yrigoyen en septiembre de 1930. Muy pronto, sin embargo, varios de sus integrantes —primeramente Rodolfo Irazusta— tomaron distancia respecto del gobierno militar, modificando sus posiciones anteriores. Como ha indicado con acierto Enrique Zuleta Álvarez (1975: T1, 251ss.), la nueva posición asumida por Rodolfo posee crucial importancia para comprender de modo adecuado un amplio espectro de elaboraciones discursivas ulteriores, en el que debe incluirse, sin duda, la obra historiográfica de Julio. Por lo demás —y tal es la tesis principal del estudio de Zuleta—, el viraje irazustiano trazó una línea divisoria de gran importancia en el seno del nacionalismo de derecha. De un lado quedaron los “nacionalistas republicanos”; del otro, los “doctrinarios”. Entre los primeros, que anteponían la cuestión de la conquista de la soberanía a cualquier otra consideración, han de ser incluidos los hermanos Irazusta. Por su parte, los segundos exploraron posiciones que han sido calificadas de filofascistas.⁶

En esos mismos años iniciales de la década del treinta, y acompañando justamente el derrotero abierto por Rodolfo, Julio comenzó sus investigaciones sistemáticas sobre el pasado argentino, tomando contacto, en particular, con la obra que Adolfo Saldías dedicara, en el último tramo del siglo XIX, a la época de Rosas. En 1934 los hermanos Irazusta dieron a conocer La Argentina y el imperialismo británico, los eslabones de una cadena, 1806-1933, severo cuestionamiento al gobierno encabezado por el general Agustín P. Justo, en particular, al tratado comercial suscripto con Gran Bretaña el año anterior. Dicha obra constituye un hito fundamental en el proceso de conformación del nacionalismo y del revisionismo histórico argentinos, vertientes que, aunque no conviene volver equivalentes sin más, guardan entre sí estrecha relación. En el cuerpo del

⁶ Cristián Buchrucker (1987) distingue por su parte dos vertientes dentro del nacionalismo argentino: la ‘restauradora’ y la ‘populista’. La primera sería equivalente a la ‘doctrinaria’ referida por Zuleta; la segunda habría encarnado sobre todo en FORJA y no habría sido abordada como tal en la obra de este último. Buchrucker concede que el ‘nacionalismo republicano’ podría verse como una subvertiente del nacionalismo restaurador, incluso, como una ‘zona intermedia’ o ‘de contacto’ entre las vertientes restauradora y populista. Con respecto a la aportación de Zuleta, indica: “Quizá su tesis central, que subraya el papel crítico e independiente de los neorepublicanos en general y de R. Irazusta en particular, está excesivamente acentuada. La ‘revisión’ de R. Irazusta fue un fenómeno aislado, cuya repercusión en el espectro total del nacionalismo no fue muy grande.” (p. 96) Que la ‘revisión’ irazustiana haya sido en principio un fenómeno aislado está fuera de toda duda; que su repercusión no haya sido importante es algo que puede discutirse o, al menos, matizarse. Cabe señalar, de paso, que la tesis principal de Buchrucker está orientada, por una parte, a conectar el ‘nacionalismo restaurador’ argentino con el fascismo europeo y, por la otra, a desvincular al ‘amplio centro peronista’ posterior tanto de uno como de otro, enlazándolo más bien con la tradición del ‘nacionalismo populista y democrático’.

capítulo delinearé una serie de hipótesis orientadas a esclarecer los principales elementos que pudieron haber contribuido a la conformación de la nueva y vigorosa mirada que sobre el pasado nacional alberga la obra conjunta irazustiana. Por el momento cabe señalar, con Tulio Halperín Donghi (1970) y Diana Quattrocchi-Woisson (1998), que la emergencia del revisionismo histórico argentino ha de situarse en el clima de desazón e incertidumbre que siguió a las crisis económica y política de 1929-1932. Fue en ese marco que los primeros escritores “específicamente revisionistas”, prolongando a la vez que llevando más lejos una serie de impulsos previos orientados hacia una consideración equilibrada de la figura y la época de Rosas, dieron inicio a la empresa de modificar por completo la valoración usualmente asignada a importantes figuras y a enteras zonas del pasado nacional.⁷

En 1935 Julio dio a conocer su Ensayo sobre Rosas y la suma del poder, significativa prefiguración de su labor posterior. En 1937 obtuvo el Premio Municipal de Literatura por su colección de ensayos Actores y espectadores. En 1938 participó, junto a Ernesto Palacio, Ramón Doll, Manuel Gálvez, José María Rosa, Vicente Sierra y otros, de la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Como subraya Quattrocchi-Woisson (op. cit.), el Instituto... se creó como respuesta y desafío a la reciente transformación de la Junta de Historia y Numismática en Academia Nacional de Historia y fue, por largos años, el “cuartel general” del revisionismo histórico argentino. Al poco tiempo, Julio se alejó espontáneamente del suplemento dominical del diario La Nación, baluarte de la “historia oficial”, donde había colaborado con alguna frecuencia. En los primeros números de la Revista del Instituto... se publicó su importante ensayo sobre Alberdi, donde profundiza planteamientos anteriores a la vez que preanuncia los vertidos en su obra mayor: Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia, en ocho volúmenes, publicados entre 1941 y 1969. En tanto Rodolfo no tendió a plasmar su pensamiento en libros orgánicos⁸, Julio consagró su vida a dar forma a una obra historiográfica de envergadura, calidad y significación notables: si la Vida política... es sin duda su obra mayor, no es empero la única; en varios otros trabajos de menor extensión encaró el estudio de otras figuras y

⁷ Señala Halperín (1970: 12): ‘Enemigo de los hombres que condujeron la experiencia unitaria de 1824-27, defensor de la soberanía política en memorables conflictos internacionales, Rosas aparecía como anticipando desde el pasado la posibilidad de una alternativa a la deplorable línea política dominante.’ Por su parte, Quattrocchi-Woisson (op. cit.: 100) anota: ‘La súbita toma de conciencia del papel marginal y dependiente de la Argentina, provincia periférica de un mundo occidental en crisis, es el telón de fondo del movimiento de revisión histórica. La busca de identidad cambiará de signo. Las miradas se volverán al pasado para encontrar a los responsables de las desdichas presentes. El rostro del mundo se modificaba radicalmente y la Argentina intentaba (¿en vano?) adaptarse a una realidad que parecía superarla completamente.’

⁸ En lo fundamental, las aportaciones de Rodolfo Irazusta tomaron la forma de artículos más o menos breves, intervenciones en público y respuestas a entrevistas. Hace relativamente poco, sus escritos fueron reunidos en tres volúmenes (1993).

momentos de la historia del país, llegando a abarcar incluso la época peronista y los años inmediatamente posteriores a ella.

Hacia 1935 Julio estaba afiliado al radicalismo, del cual se alejó, al parecer, en 1940. Desconozco si en algún momento Rodolfo llegó a incorporarse a esa agrupación política. En 1939 encontramos a ambos participando, junto a Ernesto Palacio, en el diario *Reconquista*, fundado por Raúl Scalabrini Ortiz.⁹ Poco después, los hermanos Irazusta formaron parte del núcleo de algunas publicaciones periódicas, cuya vida fue más bien breve: *Nuevo Orden* (1940/42) y *La Voz del Plata* (1942/43). Como destaca Noriko Mutsuki (op. cit.: cap. IV), en sus páginas se encuentran contribuciones de Julio en las cuales aparecen al menos dos elementos nuevos de la mayor importancia: en primer lugar, la idea según la cual había que ver en el eventual colapso británico una oportunidad de emancipación para el país y para las naciones de “nuestra América” en su conjunto; en segundo, y más fundamental, el perfilamiento de una contraposición crucial y sustantiva entre los mundos protestante y católico, misma que, tiempo después y como veremos, le sería útil para asignarle mayor espesor histórico a su empresa de reivindicación de la figura de Rosas.¹⁰ Hacia la misma época, los hermanos Irazusta tomaron parte en la fundación del Partido Libertador. Como recuerda Zuleta (op. cit.: Segunda Parte, caps. 3 y 4), durante los años correspondientes a la Segunda Guerra Mundial el entero espectro del nacionalismo de derecha asumió una posición neutralista y simpatizante del Eje; en ese marco, los “republicanos” no sólo se diferenciaban de los “doctrinarios” por el carácter más dudoso o incluso inexistente de su filofascismo, sino también por su relativa reticencia a identificar su causa con la del gobierno del conservador Ramón Castillo, en cuya política tendían a ver un probritanismo encubierto. Mutsuki (loc. cit.) resalta que la entrada de los Estados Unidos en la Guerra y las fuertes presiones ejercidas por el Departamento de Estado sobre el todavía neutral gobierno argentino, fueron llevando a los neorrepublicanos a dejar de lado aspectos sustantivos de sus apreciaciones de 1939-1941, en particular sus disposiciones comprensivas del expansionismo alemán, antisajonas y antinorteamericanas, hasta desembocar, hacia 1943, en el abandono de la posición neutralista. Como veremos, esto último no supuso el abandono de la clave interpretativa que contraponen los mundos protestante y católico.

⁹ Como indica Noriko Mutsuki (2002: 120ss.), Julio, pese a formar parte del comité de redacción y probablemente debido a la corta vida que finalmente tuvo el diario, no llegó a publicar contribución alguna en sus páginas. Más allá de eso, la autora destaca que en ese momento despuntan con claridad el neutralismo de signo antibritánico y la revisión en términos favorables de la figura de Yrigoyen, esto último presumiblemente ligado al contacto con los forjistas.

¹⁰ Para Mutsuki, la principal fuente de inspiración en torno a este punto habrían sido las ideas de Ramiro de Maeztu, catalizadas por el contacto con los forjistas y, en particular, por el influjo de Scalabrini. Tal vez corresponda agregar a aquélla a los “hispanistas extranjeros” –Francisco García Calderón y, sobre todo, Carlos Pereyra– quienes, como veremos, ejercieron un fuerte impacto sobre la sensibilidad de Julio aunque, a diferencia de lo que él mismo señalaría, no tanto en los años veinte como en torno a la coyuntura puntualizada por Mutsuki y de la que nos estamos ocupando ahora.

Frente al golpe de Estado de 1943 la actitud de los hermanos Irazusta fue análoga a la que manifestaron en 1930 y a la que desplegarían en 1955: transcurrido un breve lapso de tiempo su entusiasmo inicial se trocó en decepción. Más tarde, y a diferencia de muchos de sus compañeros de ruta revisionistas y nacionalistas, nunca se sintieron atraídos por el peronismo; lejos de ello y a esta altura previsiblemente, vieron en ese movimiento una prolongación de la misma política probritánica de los gobiernos anteriores, contándose entre sus más enconados críticos. En 1950 Julio dejó de pertenecer al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas; de acuerdo con Quattrocchi-Woisson (op. cit.: 290ss.), el alejamiento se explicaría por su disgusto frente a la creciente peronización de la entidad, así como por su desacuerdo con la adopción por parte de ésta de ciertos “métodos de divulgación popular” del conocimiento histórico.¹¹ En 1956, Julio dio a conocer Perón y la crisis argentina, áspero enjuiciamiento de la década peronista. En esa misma época los Irazusta participaron de la fundación de un nuevo partido, la Unión Republicana, en el que vino a fundirse al antiguo Partido Libertador. Cabe puntualizar que ninguna de esas agrupaciones tuvo mayor gravitación en la dinámica política argentina.

En 1970 Julio Irazusta ingresó a la Academia Nacional de Historia. Según Quattrocchi (op. cit.: 179), fue el antiperonismo irazustiano el que volvió crecientemente aceptable su revisionismo ante los miembros de la Academia. Cabe señalar a este respecto que, aun cuando a lo largo de su vida Irazusta tomó parte en diversas iniciativas –intelectuales, ideológicas, políticas– que pudieran calificarse de contrabegemónicas, y aun cuando nunca identificó ninguno de sus presentes con la “plenitud de los tiempos”¹², sino más bien todo lo contrario, su prédica nunca tendió a asumir la forma de una prosa iracunda, inflamable o incandescente. De manera notoria, esto diferencia su caso de los correspondientes al Lugones jerárquico, a Benjamín Villafañe y a varios de sus propios ‘compañeros de ruta’ revisionistas y nacionalistas. Su amplitud de miras, su erudición y la incuestionable relevancia de su aportación a la historiografía contribuyeron también, naturalmente, a su aceptación por el ‘establishment’ cultural argentino. Recuperando consideraciones vertidas en un estudio suyo previo, Fernando Devoto (2002: 172-173) traza una semblanza de Julio Irazusta que vale la pena recoger aquí:

¹¹ En nota al pie, Quattrocchi (op. cit.) nos informa que, junto a Julio Irazusta, renunciaron al Instituto... Julio Corvalán Mendilaharsu y Alejandro Grigera. Asimismo, la autora nos deja saber que Irazusta criticó cortésmente a la figura central del nuevo revisionismo peronizado –José María Rosa– en su artículo *Rosas y los intelectuales*, publicado en *Presencia*, n° 34, 11 de agosto de 1950. En el mismo sentido pueden verse las primeras páginas del capítulo 113 de la *Vida política de Rosas a través de su correspondencia* (T8). Allí Irazusta rinde homenaje a Rosa por sus aportes al esclarecimiento de la caída del dictador a la vez que toma distancia de su ‘popularismo’.

Enemigo por temperamento del autoritarismo y de los gobiernos despóticos, así como de las diferencias raciales o religiosas, en lo cotidiano tolerante y respetuoso de las divergencias ideológicas, encarnó los mejores rasgos de una época proyectados en un nacionalismo tradicionalista, nostálgico de un pasado agrario, elitista y moralizante. Representó el ejemplo convencional del intelectual humanista que, ayudado por un discreto patrimonio familiar que consumió a lo largo de los años, pudo mantenerse independiente y crítico de los distintos gobiernos, no ocupando cargos públicos.

Este pasaje de Devoto suscita una anotación puntual y una reflexión de índole más general. Como veremos enseguida, la caracterización del nacionalismo irazustiano como agrario, nostálgico y elitista puede matizarse. Si el decadentismo de Irazusta es indudable, su nostalgia por una edad de oro pasada es cierta sólo en un sentido específico, que no incluye una propuesta de retorno a ella ni una prédica favorable a la “eternidad pastoril” de la Argentina. Lejos de ello, los lamentos de Irazusta albergan en su núcleo un singular, pero aun así fuerte, impulso hacia adelante. Por otra parte, no cabe negar sus disposiciones elitistas, pero es preciso interpretarlas sin perder de vista su muy peculiar democratismo, invariable y paradójicamente atraído hacia posiciones golpistas.¹³ En fin, es de sumo interés reflexionar sobre las implicaciones de la última idea contenida en el pasaje de Devoto: la supuesta “independencia crítica” de Irazusta. El punto es interesante toda vez que ha venido siendo casi un lugar común –del que Devoto pareciera querer tomar distancia– el remitir el pensamiento y la acción de los hermanos Irazusta a su condición de ganaderos “criadores”, explicando de ese modo sus eventuales sesgos. Como veremos, el problema de la comercialización de las carnes fue una obsesión constante para los Irazusta; sin embargo, sus aportes a la historiografía y a los debates ideológico-culturales no son reducibles a eso y, lo que es más fundamental, “no todos los criadores fueron Irazusta”.

En este capítulo se estudia desde cierto prisma la obra historiográfica de Julio Irazusta, en procura de desentrañar su eventual aportación a la conformación del pensamiento sobre el fracaso del país. Ubicada sin duda en el espectro del pensamiento tradicionalista y conservador, la obra irazustiana, historiográfica en principio, rebasa por cierto ese campo, para adentrarse en terrenos que tienen que ver, en lo primordial, con lo ideológico y lo cultural en sentido amplio y, consecuentemente, con tomas de posición en debates que involucran abiertamente juicios de valor.¹⁴ En cuanto a la mirada desplegada sobre la historia del país, la aportación de

¹² He tomado esta última expresión de Halperín (1970: 37), quien la emplea cuando caracteriza la actitud de Vicente Sierra respecto del peronismo. A diferencia de Irazusta, Sierra sí entrevió la referida plenitud en la época peronista.

¹³ Para una interpretación distinta, cf. Juan Fernando Segovia (1992: cap. V, sección a). Para Segovia es indudable que el pensamiento de Irazusta, ubicado en la tradición del pensamiento conservador reaccionario (en la línea de Burke, de Maistre, Rivarol y Maurras), es republicano a la vez que antidemocrático y no golpista; sostiene Segovia (p. 142) que, tras la pronta decepción frente al gobierno de Urriburu, Irazusta “siempre condenó los posteriores gobiernos militares que se sucedieron en nuestro país”. Como veremos, pareciera que la caracterización de antigolpista puede discutirse, y la de antidemocrático matizarse.

¹⁴ En una obra pionera, Tulio Halperín Donghi (1970) sometió al revisionismo histórico argentino a un severo enjuiciamiento, poniendo en cuestión sus supuestos aportes a la historiografía. Empero, Halperín no dejó de

Julio Irazusta puede ser leída como un vasto fresco que desarrolla, en múltiples planos, el boceto que su hermano Rodolfo delineara pocos meses después del golpe de Uriburu, precisándolo en parte después, y cuyos trazos fundamentales fueran reafirmados por ambos en la obra seminal de 1934. Bajo esa mirada, la explicación del fracaso nacional aparece vinculada con una deficiencia cultural de la clase dirigente, invariablemente incapaz de anteponer el interés nacional a otras cuestiones más espurias. A su vez, el predominio histórico alcanzado por esa dirigencia deficiente es explicado por el modo desfavorable en que se fueron resolviendo ciertas encrucijadas en el pasado nacional. De inspiración primordialmente maurrasiana, este tejido argumental sólo en principio se circunscribe al ámbito específico de la historia argentina: interpretado desde una clave eminentemente hispanista, no desprovista de algún matiz toynbeeano, el fracaso argentino es visto por Irazusta como causa eventual de un fracaso civilizatorio global que, conceptuado de manera algo borrosa, aparece una y otra vez como punto de fuga obligado o, quizás, como non plus ultra de sus planteamientos.

Así pues, el de Julio Irazusta es un pensamiento sobre el fracaso nacional que cultiva asiduamente la figura de las encrucijadas mal resueltas en el pasado y que ve todo presente de la enunciación como cualitativamente inferior a una edad que al menos en potencia fue dorada y que es ubicada, sin discusión, en la época rosista. El lector recordará que al estudiar los pensamientos de Leopoldo Lugones y de Benjamín Villafañe ya nos habíamos topado con la figura de la encrucijada. Sin embargo, en aquellos casos —además de que no había recuperación abierta del rosismo ni nada parecido— las disyunciones eran presentadas sea en el seno del presente de la enunciación, sea en ese momento, tan difícil de apresar, en que dicho presente se desgrana para tornarse futuro. Así, el recurso a la figura de las encrucijadas mal resueltas en el pasado singulariza las elaboraciones discursivas irazustianas frente a las recién referidas, coloreándolas con tonos decadentistas y melancólicos. Pese a sus marcadas propensiones pesimistas, su pluma no suele deslizarse hacia posiciones fatalistas, toda vez que no deja de concebir al futuro como algo dependiente de la voluntad y de la actividad humanas y, en consecuencia, abierto. Por fin, Irazusta no llega a abandonar definitivamente la imagen del “destino de grandeza” que supuestamente aguarda a la Argentina. Como hemos visto en capítulos precedentes,

reconocer en Julio Irazusta a un historiador de primera magnitud y en cierto modo excepcional dentro del panorama general de la corriente. Más recientemente, Diana Quattrocchi-Woisson dio a conocer su estudio sobre el revisionismo histórico argentino, ya citado, en el cual despliega una argumentación que sigue, profundizando, la senda abierta por el temprano balance de Halperín. En las páginas que siguen haré referencia a ambos trabajos. Cabe destacar ahora que, con su lucidez habitual, Halperín llamó la atención sobre un hecho a mi juicio capital: el revisionismo habría sido a la vez algo menos y algo más que una corriente historiográfica. Por mi parte, tengo la impresión de que podría resultar estimulante ahondar la reflexión sobre ese *algo más*, ya no en nombre de la ‘historiografía pura’, sino en busca de claves para comprender procesos más generales y, también y sobre todo, para elevar el nivel de ciertos debates ideológicos y culturales que, guste o no, involucran por definición juicios de valor acerca de qué tipo de sociedad se desea contribuir a delinear. También considerando las cosas a ese nivel vale la pena revisar la obra de Julio Irazusta.

el sentido de la evocación de esa imagen suele ser, en casos como éste, ambivalente: por una parte, permite que discurren ciertas filtraciones digamos optimistas en cuerpos de pensamiento que son mayormente de signo contrario; por la otra, al operar más como un “deber ser” de muy difícil acceso que como un desenlace necesario y tranquilizador, puede contribuir a poner de relieve, por la vía del contraste, las tremendas insuficiencias del presente en que se despliega.

1. Preludio neorrepublicano

Entre fines de 1927 y principios de 1932 Rodolfo y Julio Irazusta formaron parte del núcleo de jóvenes intelectuales que llevaron adelante la publicación del periódico *La Nueva República*. Según refiere Julio en el décimo capítulo de sus *Memorias...*, su participación personal en aquella “aventura política” tuvo algo de giro inesperado: para entonces, apenas estaba al tanto de las vicisitudes de la política argentina y, en términos generales, sentía que no tenía nada importante para decir. Durante las reuniones previas a la aparición del primer número Julio –en virtud de su formación más “humanista” que “política práctica”– intentó persuadir a sus contertulios de la conveniencia de orientar al periódico en un sentido “puramente intelectual”; sin embargo, tal planteamiento quedó en minoría y *La Nueva República* acabó constituyéndose como empresa de intervención abierta en la “política práctica” del país. Pese a esa inicial “derrota”, y a diferencia de otros personajes que, debido a desacuerdos de diversa índole, abandonaron el proyecto neorrepublicano antes de que diera inicio (los yrigoyenistas Mario Jurado y Carmelo Pellegrini; el ‘maurrasiano ortodoxo’ Alfonso de Laferrère), Julio se plegó efectivamente a él, aunque con menos intensidad que su hermano Rodolfo y que Ernesto Palacio, animadores principales de la página.

Conformado en principio por los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, J.E. Carulla, Mario Lassaga, César Pico, Tomás Casares y algunos otros colaboradores esporádicos, *La Nueva República* tuvo un cariz algo heterogéneo, aunque su tono general fue, desde el comienzo, tradicionalista, conservador e incipientemente nacionalista. De acuerdo con Enrique Zuleta Álvarez (1975: T1, 203ss.), entre las principales referencias que operaron como horizonte intelectual de los neorrepublicanos se cuentan las siguientes: una extensa galería de pensadores clásicos y modernos leídos en clave tradicionalista y contrarrevolucionaria;¹⁵ los conservadores españoles decimonónicos (especialmente Donoso Cortés y Jaime Balmes); la también española “generación del 98” (muy especialmente Ramiro de Maeztu)¹⁶, y los monárquicos franceses encabezados por Charles Maurras.¹⁷

¹⁵ Platón, Aristóteles, Tucídides, Tito Livio, Cicerón, Santo Tomás de Aquino, Burke, Rivarol, Montesquieu, De Maistre, Bonald, etc.

¹⁶ Ramiro de Maeztu (1874-1936) fue embajador de Su Majestad Católica de España en Buenos Aires entre 1928 y 1930. Miembro conspicuo de la ‘generación del 98’, para esa época ya había dado a conocer varios trabajos, entre los que cabe destacar *La crisis del humanismo* y una larga serie de artículos periodísticos, gran parte de los cuales se venían publicando en el diario *La Prensa* de Buenos Aires desde 1905. Según María de Maeztu (1948), su estancia en Argentina fue de enorme importancia para la preparación de la que luego sería su obra más influyente: *Defensa de la hispanidad*, publicada a principios de la década del treinta. Zuleta (1975: T1, 216-217) recuerda que en 1928 los neorrepublicanos saludaron la llegada de Maeztu a Buenos

Ahora bien, dentro de la experiencia neorrepublicana cabe distinguir dos etapas fundamentales, separadas entre sí por una breve fase transicional que tuvo lugar en torno al golpe de Estado de septiembre de 1930. Tal como indica Fernando Devoto (2002, cap. 4), si hasta mediados de 1930 la prédica incipientemente nacionalista de los neorrepublicanos debe ser considerada una variante específica dentro de la más amplia sensibilidad conservadora antiyrigoyenista, a partir de ese momento se constata que la posición del periódico se radicaliza, acompañando la creciente efervescencia de la totalidad del campo político, pero un sentido específico. En efecto, la radicalización de los neorrepublicanos supuso no sólo una exacerbación de su anti-yrigoyenismo (poco más tarde rectificado), sino también una ruptura marcada con el mundo liberal-conservador, que era bastante clara en el momento en que se produjo el golpe militar y que tendió a profundizarse después. Como el nuevo gobierno del general José Félix Uriburu pronto se mostró vacilante o directamente renuente a seguir ese mismo camino rupturista respecto de aquel mundo, los neorrepublicanos también tomaron distancia de él, perdiendo así parte de su gravitación política. Es en este marco que debe ubicarse el “viraje” de Rodolfo Irazusta, tan adecuadamente puesto de relieve por Zuleta (op. cit.: 251ss.) y de fundamental importancia para comprender en forma adecuada el itinerario intelectual ulterior de su hermano Julio.

Aires, y de inmediato entablaron con él una estrecha amistad. Refiere asimismo un aserto de Vicente Marrero que refuerza lo señalado por la viuda del publicista y diplomático español. Según Marrero, fue en la Argentina y en el intercambio de ideas con los nacionalistas y con el Padre Zacarías de Vizcarra donde Maeztu depuró el concepto de hispanidad. En relación con cuestiones que se tocarán en las últimas secciones de este capítulo, vale la pena recordar que en *Defensa de la hispanidad* Maeztu distingue tres sentidos posibles del hombre en el mundo: el humanismo del orgullo, caracterizado por la creencia protestante en la propia superioridad sobre los demás pueblos de la tierra; el humanismo materialista, propio de los comunistas revolucionarios y cuyo rasgo decisivo sería el acento puesto sobre la nivelación de los hombres con base en la igualdad de los cuerpos y, por fin, el humanismo ecuménico de los pueblos hispánicos, basado en la noción de la igualdad de las almas. Naturalmente, las preferencias de Maeztu están con este último sentido, y sus recomendaciones apuntan a propiciar un reencuentro de España con la misión histórica que la eventual peculiaridad de su humanismo indica.

¹⁷ Charles Maurras (1868-1952) fue un importante publicista francés. En principio literato, y vinculado a los círculos del regionalismo provenzal, se volvió decididamente monárquico a partir de la década del 90 del siglo XIX, en particular en relación con el asunto Dreyfus. En 1898 creó la *Acción Francesa*, que pronto se volvió el eje de la actividad de la derecha en ese país y referente de esa misma vertiente ideológica en distintas partes del mundo. Entre los rasgos fundamentales de su doctrina cabe señalar la opción por el ‘realismo político’, el rechazo de la mitología revolucionaria y del utopismo, el anhelo de orden (de raigambre aristotélico-tomista-comteana), el énfasis en la idea de Patria, las críticas al Estado, la Plutocracia y la Opinión, y su marcado antigermanismo. También vale la pena recordar su conflicto con la Iglesia de Pío XI durante los años veinte, enfrentamiento que le valió la interdicción, y que produjo una merma de su prestigio ante buena parte de la opinión católica. Durante la II Guerra Mundial apoyó al Mariscal Pétain, lo que le valió ser condenado por ‘inteligencia con el enemigo’ al final de la contienda. Según sus simpatizantes esa condena fue injusta y escandalosa; en relación con ello, algunos lo han llamado ‘el Sócrates francés’. Antes de morir,

Consideremos pues, con algún detalle, el primer momento de *La Nueva República*. De acuerdo con Devoto (loc. cit.), su “núcleo principal de provisión de argumentos” era, sin duda, Charles Maurras. Se trataba, empero, de un Maurras “atemperado” por Taine y por la marcada dependencia de los neorrepublicanos respecto de la propia tradición liberal argentina, tributación que no les permitía ir tan lejos como los ideólogos de la *Acción Francesa* en cuestiones cruciales como la defensa del monarquismo o la crítica cerrada a la modernidad. De ello se deriva que los neorrepublicanos de la primera época no debieran ser vistos como monarquistas ni, menos aun, como fascistas. Su recurrente apelación a un clásico lema alberdiano -“adecuar la república a las circunstancias”-, interpretado en clave reaccionaria, muestra en qué importante medida aquellos jóvenes se movían dentro del registro de la tradición liberal-conservadora argentina.¹⁸ En capítulos anteriores tuvimos ocasión de examinar otras vertientes de la sensibilidad conservadora antiyrigoyenista; en relación con ellas, la prédica de los neorrepublicanos de la primera época presenta algunos matices distintivos, entre los que cabe destacar su relativa moderación y su acendrado constitucionalismo.¹⁹ Tal vez no sea exagerado sostener que la principal operación simbólica que emprendieron entonces fue el introducir una tajante distinción entre liberalismo y democracia: si el primero, corporizado en la Constitución de 1853, era defendible, la segunda, encarnada en la ley Sáenz Peña, no. Por lo anterior, se entiende que, al considerar los momentos iniciales del periódico, sea difícil identificar propuestas explícitas de revisión de la versión que podríamos llamar “oficial” de la historia argentina; tampoco asoma la decidida reivindicación de la figura de Rosas emprendida tiempo después.²⁰ Sin embargo, no pueden dejar de mencionarse en este sentido las “pioneras colaboraciones” de Alberto Ezcurra Medrano quien, basándose en los planteamientos de

Maurras pidió los sacramentos católicos. Puede verse, entre otras cosas, el antiguo y breve, pero aun útil, estudio introductorio de Zuleta (1965 [1957]).

¹⁸ En la argumentación de Devoto, esa utilización de Alberdi desde un punto de vista reaccionario reflejaría tanto las ambigüedades ideológicas de los fundadores del periódico como la perdurabilidad del imaginario liberal, fundador de la Argentina contemporánea. Por mi parte, considero que la presente indagación aporta una serie de elementos que permiten matizar la tesis de Devoto, en el siguiente sentido: si es cierto que el imaginario liberal perdura y resiste, incluso como referencia insoslayable para sus mismos detractores, también lo es que en esos años se verifica una mutación sustantiva: crecientemente despojado de una de sus dimensiones cruciales (la correspondiente a la ‘futuridad’) ese imaginario fundador va dejando de ser el único disponible y, también, va perdiendo paulatinamente su condición de zona discursiva hegemónica, pasando a ser una voz, sin duda que importante, entre otras que también aspiran a esa condición.

¹⁹ Frente a la prédica del periódico *La Fronda* y a los escritos de Benjamín Villafañe, la referencia a la relativa moderación de los neorrepublicanos se vuelve más palpable. Algo similar sucede en relación con los planteamientos de Lugones orientados a reclamar, ya no la reforma de la ley Sáenz Peña, sino la de la mismísima carta magna.

Marius André, procuraba despojar a la gesta de Mayo de todo componente revolucionario, popular y democrático.²¹ Por lo demás, si es cierto que es posible detectar en esa etapa inicial del periódico algunas críticas tanto al sistema económico imperante -en particular a la influencia, caracterizada como negativa, del capital extranjero sobre las “industrias madres” del país- como al liberalismo y su eventual manía imitativa, también lo es que ambas series de motivos quedaban enlazados, de modo notoriamente paradójico, con la defensa férrea de la Constitución, recién aludida.²²

Cuando se produjo el golpe militar de septiembre de 1930, Julio Irazusta se encontraba nuevamente en Europa. En el penúltimo capítulo de sus *Memorias...* ofrece algunos elementos de interés para jalonar la decepción política sufrida, en su ausencia, por sus “compañeros de ruta” neorrepblicanos en relación con el gobierno de Uriburu, decepción que pronto invadiría también su espíritu. Entre esos elementos cabe destacar una carta que su hermano le escribiera

²⁰ Como veremos, por ese tiempo la reivindicación de la figura de Rosas pasaba por carriles ubicados en otras regiones del campo ideológico y poseía un sentido diverso al que adquirió más tarde.

²¹ Marius André fue un historiador francés de temas hispanoamericanos, vinculado a Charles Maurras. Maurras prologó el libro de André *El fin del Imperio Español en América* (1922) con su ensayo titulado ‘Las fuerzas latinas’. La tesis sostenida por André en *El fin del imperio...* es que el alzamiento que tuvo lugar hacia 1810 no habría estado dirigido en principio contra la Corona ni contra la Iglesia, sino, al contrario, contra Napoleón y las ‘antiespañolas’ Cortes de Cádiz. En esta línea de argumentación, la pérdida de América para la corona de Castilla habría sido responsabilidad de los liberales, de la francmasonería victoriosa en la España de 1820, etc.

²² En relación con las insinuaciones críticas diseminadas en *La Nueva República* de la primera época, no parece ocioso recordar que, aun cuando los planteamientos que llamaban la atención sobre la incidencia eventualmente negativa del capital extranjero no eran hegemónicos en la Argentina de los años veinte, tampoco eran por completo desconocidos. En primer lugar, dentro de la misma tradición cultural del país, habían ido apareciendo, desde algunos lustros antes, una serie de aportaciones orientadas a advertir sobre las que podría denominarse ‘distorsiones estructurales’ de la economía argentina. En segundo, a escala hispanoamericana, y especialmente tras la guerra hispano-norteamericana de 1898, se había ido conformando, en torno al ‘arielismo’ primero, y a la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria después, un vasto entramado discursivo que, cada vez más, hacía de la oposición al imperialismo -en particular al expansionismo norteamericano- una causa por la que luchar. En fin, todavía en esa misma escala, aunque en el marco de una sensibilidad próxima a la de los neorrepblicanos, cabe indicar, siguiendo de nuevo a Zuleta (1975), que hacia esa época habían aparecido, en Uruguay y Chile, dos aportaciones que, en una medida significativa, resultarían convergentes con las suyas: se trata, por un lado, de la obra historiográfica de Luis Alberto Herrera, el caudillo del Partido Nacional uruguayo que desde los primeros años del siglo había emprendido una revisión de la historia de ese país (tantas veces ligada en modo indisoluble a la argentina) y, por otro, de la aparición del libro *La fronda aristocrática* (1928), del chileno Alberto Edwards Vives que, en clave spengleriano-maurrasiana, ensayaba una crítica del presente de su país contrastándolo con el trasfondo modélico del período portaliano. La enumeración vertida en esta breve digresión no debe sin embargo engañarnos: sin por una parte el conjunto de planteamientos referidos formaba efectivamente parte del clima ideológico y cultural en el que comenzaron a despuntar las contribuciones de los neorrepblicanos, por la otra no sería adecuado suponer que éstos los conocieran a todos para, digamos, 1927-1933. El propio Julio Irazusta (*Balance de siglo y medio*: 146-147) admite que la puesta de relieve de ‘los testimonios dejados por los mejores argentinos’ como protesta contra los males que aquejaban al país fue, en buena medida, *posterior* al hallazgo de la clave interpretativa de la historia nacional que los primeros nacionalistas en sentido estricto - su hermano Rodolfo, Raúl Scalabrini Ortiz- ‘descubrieron por sí solos’ en la década del treinta.

pocas semanas después de la deposición de Yrigoyen. Allí Rodolfo pone de manifiesto su irritación frente al “conservatismo moderantista” y al “espíritu de clase” que, contrariamente a lo esperado, parecía animar al nuevo gobierno. La constatación del carácter precoz de esta toma de distancia no debe llevarnos a pensar que los neorrepublicanos tuvieran claras propuestas alternativas que ofrecer. En efecto, tal como indica Devoto (loc. cit.), quienes entonces abogaban por una “transformación institucional” más profunda de la que parecía dispuesto a emprender el gobierno militar, entre los que hay que incluir a los Irazusta y a sus amigos, podían coincidir en su cada vez más marcado antiliberalismo y en la idea de que, ahora sí, era preciso reformar la Constitución; sin embargo, sus propuestas concretas eran manifiestamente imprecisas y vacilantes: ni los neorrepublicanos, ni Leopoldo Lugones, ni Carlos Ibarguren estaban en condiciones de proporcionarle al general presidente un modelo institucional alternativo claro ni, mucho menos, de señalarle los mecanismos que pudieran tornarlo viable.²³

Lo más interesante de todo esto es que la decepción con el gobierno militar condujo a los neorrepublicanos a profundizar la modificación de sus posiciones anteriores, iniciada como vimos en la efervescente atmósfera que preludió la caída del presidente radical. Según Zuleta (1975: T1, 237ss.), quien dio los primeros pasos en esta dirección fue Rodolfo Irazusta, en una serie de notas, comentarios y artículos publicados en *La Nueva República* durante los meses de noviembre y diciembre de 1930. En la medida que dicho viraje, pronto asumido también por otros de los miembros del grupo, constituyó la plataforma sobre la cual se edificaron tanto *La Argentina y el imperialismo británico* como la entera obra historiográfica de Julio, corresponde examinarlo con algún detalle. Siempre siguiendo a Zuleta (Íbid: 251ss.), hay que destacar primeramente que la nueva posición de Rodolfo Irazusta tendía a situar en el centro de sus consideraciones una cuestión que hasta entonces había tenido un lugar menos importante en las elaboraciones discursivas neorrepublicanas, a saber: la denuncia de la intromisión de la plutocracia extranjera en los asuntos nacionales, que hacía del Estado argentino un Estado carente de soberanía. Según esto, antes de pasar a discutir cualquier otra cuestión –como por ejemplo la del régimen político más adecuado al país (nudo problemático que estaba presente en el horizonte de los debates del momento)-, era preciso abocarse a la tarea urgente de

²³ Devoto traza a este respecto una contraposición esclarecedora: si el liberalismo oligárquico encarnado por el general Agustín P. Justo (finalmente electo presidente en 1932, vía proscripción del radicalismo) estaba perfectamente ‘maduro’ antes de esa fecha, al corporativismo incipiente, ambiguo y timorato de las figuras recién aludidas le sucedía justamente lo contrario.

“nacionalizar al Estado”, para conquistar de manera efectiva esa soberanía. Este planteamiento fue adquiriendo cada vez mayor consistencia, y orientándose en una dirección peculiar, hasta adentrarse decididamente en una empresa de inversión casi total de los signos valorativos asignados a las principales épocas y figuras de la historia nacional. En octubre de 1931 *La Nueva República* publicó un artículo titulado “La filiación histórica”, también firmado por Rodolfo Irazusta, y al que Zuleta considera clave.²⁴ En ese texto todo aparece, si se me permite la expresión, “patas arriba”, y no sólo con respecto a la “historia oficial” (esa “entidad” siempre tan difícil de apresar) sino en relación con la propia prédica anterior de los mismos neorrepublicanos. En “La filiación histórica” llaman ante todo la atención el encono de Rodolfo con Urriburu, su decidida recuperación de Yrigoyen, su acre condena del liberalismo - definido como agnóstico, oligárquico, autoritario y extranjerizante- y, a diferencia de su posición anterior, de la Constitución de 1853; en fin, se destaca también su enfática incitación dirigida a los dirigentes radicales para que asuman de manera consecuente su propia tradición política, eventualmente antiliberal. En tal sentido, señala Rodolfo:

El partido popular ha perdido sus directivas tradicionales contrarias a la ley y favorables al discrecionalismo caudillesco. Su último caudillo, el señor Yrigoyen, tuvo el miraje de una gran política internacional y el espíritu conciliador y popularista. Nada más contrario al liberalismo. Los radicales que reclaman en nombre de la ley cometen un error fatal, pues teniendo detrás al pueblo argentino, hacen mal en escudarse en una doctrina declinante y nefasta. (“La filiación...”, en Rodolfo Irazusta (1993: T2, 243)

El mensaje es claro: la solución de la tragedia nacional pasaría por reconciliar temperamento nacional y normas del Estado, a través del reencuentro de los dirigentes radicales con su verdadera filiación histórica, opuesta al liberalismo y a la Constitución de 1853. La novedad y el alcance del viraje son notables; cabe pues delinear alguna hipótesis sobre sus eventuales fuentes de inspiración. Indicaré dos, ubicadas en niveles disímiles, aunque complementarios. En primer lugar, cabe precisar la experiencia de la decepción con Urriburu en un sentido específico. En ese tiempo tuvo lugar una experiencia concreta que en cierto modo rubricó la toma de distancia de los Irazusta frente al gobierno militar y que perfectamente pudo haber operado como móvil de la empresa de reinterpretación histórica iniciada por Rodolfo. Se trata del asunto del Frigorífico Gualaguaychú, referido por Julio en el capítulo XI de sus

²⁴ El artículo, detalladamente comentado por Zuleta (loc. cit.), puede consultarse en Rodolfo Irazusta (1993, T2, 239-243).

Memorias... La idea de montar un frigorífico en la comarca natal de los Irazusta había despuntado en el primer tramo de la década del veinte cuando, tras la severa crisis ganadera de la posguerra, tuvo lugar un serio conflicto entre los ganaderos y el *pool* frigorífico. Desde fines de 1922 las asociaciones que nucleaban a los hacendados comenzaron a reclamar con insistencia al presidente Alvear la adopción inmediata de medidas de emergencia y de defensa permanente; en aquel entonces, tales propuestas fueron desoídas por el gobierno.²⁵ En 1923 se reunió un congreso “llamado de los ganaderos” en Gualeguaychú; al parecer, fue entonces cuando se concibió la idea de establecer un frigorífico en la localidad. Unos diez años después, la empresa empezó a faenar reses de ganado vacuno. Según Irazusta, la experiencia del Frigorífico Gualeguaychú, aun cuando no cumplió con todos los fines que se había fijado, fue “la más importante lección de cosas que haya recibido en (su) vida”. Entre otras implicaciones, ella les sirvió, a él y a su hermano Rodolfo, para apreciar la *verdadera* faz del gobierno provisional y para dar inicio a la reinterpretación del pasado nacional a la que vengo haciendo referencia. Considérese, en tal sentido, el siguiente pasaje:

Rodolfo Irazusta empeñó su amistad personal con Uriburu a favor del Frigorífico Gualeguaychú. Lo más que logró fue que no se ejecutaran las obligaciones contraídas por los Directores de la sociedad con el Banco de la Nación, pero no una ampliación del crédito. *Advertimos entonces que contra toda apariencia, los dos radicalismos, divididos en Gualeguaychú sobre el problema del Frigorífico, lo habían favorecido con el crédito oficial; mientras los conservadores, furiosos enemigos del monopolio extranjero en la oposición, le obedecían en el gobierno.* Esta experiencia nos abrió los ojos además, como hijos de Gualeguaychú, sobre algo que otros contemporáneos, como Scalabrini, p.e. empezaban a ver mejor que nunca, lo que el Frigorífico local nos mostraba de cerca: a saber, que el capital es trabajo contabilizado; que lo que se denominaba capital extranjero, no era sino contabilización del trabajo argentino a nombre de empresarios con domicilio legal fuera del país; que la Argentina podía valorizar su economía con sus propios recursos, como lo había preconizado Fraguero. *A la luz de estas comprobaciones se nos aclaró el pasado local y nacional.* (*Memorias...*: 207; mis cursivas)

²⁵ Dice Julio Irazusta en una obra posterior: ‘Fuimos testigos oculares de los desastres individuales y colectivos sufridos por el gremio ganadero. Vimos llorar a muchos estancieros arruinados. Pero no es para recordar desdichas personales de amigos o parientes que me detendré en el examen de aquella crisis, sino para decir que jamás en todo el curso de nuestra historia, los dirigentes de la clase exhibieron más conciencia de sus propios intereses, ni más voluntad de defenderlos’. (*Balance de siglo y medio*, 1966: 110) Vale la pena consignar que uno de los principales críticos de las propuestas de los hacendados fue Raúl Prebisch, que entonces era poco más que un adolescente. Prebisch hizo referencia a la imprevisión de los ganaderos, a su idiosincrasia pastoril, a su ignorancia de los procesos económicos que subyacen a las oscilaciones cíclicas, etc. Como veremos más adelante, la figura de Prebisch resultó perennamente irritante para los Irazusta. Para una consideración a la vez panorámica y detallada del conflicto entre los ganaderos y el *pool frigorífico*, véase Tulio Halperín Donghi (1999: Estudio preliminar, XI). Una selección de testimonios de época que permite asomarse al debate puede consultarse en *Íbid*: 509-521.

Así pues, en virtud de la experiencia del Frigorífico Gualeguaychú, en los primeros tramos de la década del treinta los hermanos Irazusta “se percataron” de que los radicales de cualquier tendencia eran preferibles a los conservadores.

En segundo lugar, quisiera sugerir que la principal inspiración intelectual del viraje de Rodolfo seguía siendo Maurras, sólo que ahora era empleado de un modo, tal vez, más consecuente. En efecto, cabe sostener que, a través y después del viraje aludido, los Irazusta precisaron el sentido de su maurrasianismo. No porque se hubieran vuelto monárquicos o críticos cerrados de la modernidad, sino porque hallaron, ahora sí, el modo de adentrarse en una senda intelectual más ajustadamente análoga a la recorrida por el intelectual francés. Como ha señalado Zuleta (1965 [1957]: 39) en su obra introductoria a Maurras, de seguir la metodología realista y relativista propuesta por este pensador,

...el criterio que aplicaremos a la experiencia histórica será el de la *grandeza nacional*, es decir, *vamos a ir a la historia para buscar aquellas etapas en que el país alcanzó a realizarse cabalmente en todos los órdenes de su vida, y a tomar de ellas lección de sus formas institucionales y políticas*. Lo que llevamos dicho puede aclararse más con el examen de otro tema capital del pensamiento maurrasiano: la *tradición*. La tradición para Maurras debe ser crítica, esto es, debe seleccionar y valorar aciertos y fracasos. La tradición positiva está constituida por el repertorio de experiencias felices que ha vivido un país y es la que emite un veredicto inapelable en cuanto se refiere al servicio prestado al país por las formas políticas. Un país ha de ser fiel a sus tradiciones políticas, dice Maurras, o lo que es igual, debe ser fiel a las formas políticas que presidieron sus momentos de grandeza. (Las cursivas son de Zuleta)

Después del viraje de Rodolfo, los Irazusta no tardarían en “descubrir” que la *experiencia feliz* de la Argentina fue la época de Rosas. Así, si Maurras condenaba la trayectoria de la Francia posrevolucionaria, los hermanos Irazusta, ahora sí decididamente antiliberales, condenarían el pasado argentino posterior a Caseros. Simétricamente, si la etapa monárquica era, para Maurras, la forma política que había presidido la pasada grandeza francesa, desde el punto de vista de los Irazusta, la época de Rosas vendría a llenar esa función en la historia argentina. Es cierto que las conclusiones prácticas derivadas del planteamiento de los Irazusta no serían las mismas que se desprendían de la elaboración maurrasiana; sin embargo, el *criterio* subyacente a ambos racimos de valoraciones es indiscutiblemente el mismo. Por supuesto, hay varios otros temas clásicamente maurrasianos en la nueva posición de los Irazusta, a los que ya

hice referencia: el rechazo de la plutocracia no es el menos importante; tampoco lo es el énfasis, fundamental, en la cuestión de la soberanía del Estado.

Antes de pasar a estudiar en detalle la obra historiográfica de Julio Irazusta nos detendremos en una estación intelectual que todavía tiene como protagonista a Rodolfo: *La Argentina y el imperialismo británico, los eslabones de una cadena, 1806-1933*, volumen dado a conocer por ambos en 1934. Según nos informa Julio en sus *Memorias...*, para ese tiempo ya se había(n) familiarizado con la obra de Adolfo Saldías sobre la época de Rosas. Lo aprendido de los volúmenes de Saldías, así como el cultivo de cierta interpretación del siglo XIX argentino basada en una carta de Vicente López y Planes a San Martín (1831), impulsaron a los Irazusta a un replanteamiento integral de la cuestión Rosas y, por lo tanto, de la historia argentina.

2. Condición antinacional de la oligarquía

La Argentina y el imperialismo británico... ha de ser vista como una de las consecuencias simbólicas más notables del profundo impacto que la crisis económica mundial de 1929-1932 ejerciera sobre la realidad del país. Las disposiciones de la Conferencia de Ottawa, llevada a cabo en 1932, evidenciaban que el gobierno británico, en procura de conjurar el impacto de la crisis, había resuelto dar preferencia a los intercambios comerciales con sus dominios. Tal decisión dejaba a la economía argentina, estrechamente vinculada aun a la británica y en buena medida dependiente de ella, en una posición incómoda. Fue por ello que en 1933 el gobierno argentino, presidido por el general Agustín P. Justo, envió una delegación a Londres con el propósito fundamental de asegurar una cuota para los productos argentinos de exportación, en particular para las carnes. El resultado de estas negociaciones fue la firma del pacto Roca-Runciman, llamado así por haber sido sus suscriptores Julio A. Roca (h), vicepresidente de la Argentina, y Walter Runciman, presidente del Comité de Comercio británico. En definitiva, el pacto aseguró la cuota argentina, pero a cambio de una serie de concesiones que resultaron ofensivas para parte importante de la opinión nacional. *La Argentina y el imperialismo británico* constituye sin duda un lugar de condensación, articulación y potenciación de algunas de las facetas más importantes de la sensibilidad contraria al acuerdo y, por extensión, al gobierno del general Justo. Pero su significación no se agota allí. Con razón, la obra suele ser considerada uno de los hitos fundacionales del revisionismo histórico argentino: en sus páginas aparecen delineados, con llamativa nitidez, la mayor parte de los motivos que, a lo largo de los años,

pasarían a convertirse en el núcleo de dicha corriente historiográfica; la obra ulterior del propio Julio Irazusta –devenido *historiador a la fuerza*, según su propia y conocida fórmula- debiera leerse bajo ese prisma. Por lo demás, el libro es un buen lugar para observar una de las derivaciones posibles de la sensibilidad antiyrigoyenista de fines de los años veinte (que en este caso tiende a revertir sobre sí misma), así como también para apreciar la llamativa convergencia de temáticas, ideas y vocabulario respecto de un conjunto de elaboraciones discursivas ligadas a otros universos ideológicos. En lo que tiene que ver con los propósitos específicos de este estudio, el análisis de *La Argentina y el imperialismo británico* posibilita una aproximación a lo que en cierto modo constituyó la formulación originaria de una entera modalidad de relación con el tiempo histórico argentino que más tarde tendría amplias consecuencias y ramificaciones, a saber, la puesta de relieve del carácter decadente de todo presente de la enunciación en contraposición a un pasado pleno de glorias reales y potenciales, situado claramente en la época rosista (1829-1852), previa a los momentos de la “organización nacional”, de las “presidencias fundacionales” y de la “generación del ochenta”. De manera que la invalidación de lo acontecido después de la caída de Rosas adquiere en el planteamiento irazustiano de 1933-34 una consistencia notoria, no exenta empero de matices. Lo novedoso no sería tanto la concepción decadentista como la ubicación precisa de la dorada edad perdida en el período rosista y la invalidación concomitante de la fase abierta en 1852. Otra novedad, ya anticipada en el *Comentario preliminar* y sobre la que volveremos en más de una ocasión, es la postulación recurrente de encrucijadas desfavorablemente resueltas en distintos momentos del pasado nacional.

En la sección precedente he llamado la atención sobre la conveniencia de situar a *La Argentina y el imperialismo...* en la senda abierta por el “viraje” de Rodolfo. En sus *Memorias...*, Julio Irazusta afirma que, concretamente, el volumen fue fruto de una discusión entre Luis Doello Jurado, Rodolfo Irazusta y él mismo, sostenida la noche del 3 de mayo de 1933 en una mesa del Café Royal de Gualeguaychú, esto es, pocas horas después de que los diarios publicaran las estipulaciones del acuerdo angloargentino.²⁶ Tras cierto tiempo de trabajo en

²⁶ Luis Doello Jurado (1874-...) es considerado por Julio Irazusta uno de sus principales maestros, a tal punto que dedica un capítulo entero de sus *Memorias* –el noveno- a trazar su semblanza de hombre de destacada cultura y notable don de conversación. Doello fue amigo de importantes personalidades, entre ellos Leopoldo Lugones, ante quien presentó al joven Irazusta en 1922. Poco después de ese encuentro Doello se distanció del poeta, al parecer debido a la metamorfosis ideológica iniciada por éste. En relación con ello Irazusta remarca que Doello fue “uno de los liberales argentinos más conspicuos”; sin embargo, quizá por simpatía intergeneracional, siguió la evolución ideológico-intelectual de los Irazusta sin enemistarse con ellos.

común, Rodolfo parecía dispuesto a abandonar el proyecto del libro; sin embargo, Julio lo convenció de que redactara la tercera parte (“indispensable coronamiento de la exposición”), cosa que aquél hizo en una noche y una mañana; después, Julio se ocupó de corregir y modificar el manuscrito hasta alcanzar la versión definitiva, que finalmente fue publicada por la Editorial Tor. El volumen, especialmente su parte tercera -“*Historia de la oligarquía argentina*”- recibió elogios de Manuel Gálvez, Ramón Doll, Enrique Larreta²⁷, Eduardo Mallea y Emilio Ravignani. Ramiro de Maeztu le dedicó un comentario en España. Según el testimonio de Julio Irazusta, el ensayo no alcanzó a obtener el premio del concurso municipal de 1934 debido a la intervención directa de Mariano de Vedia y Mitre, intendente de la ciudad de Buenos Aires, quien se habría negado a otorgar la distinción a un volumen de contenido potencialmente subversivo. El propio Irazusta ubica la aparición del libro en un clima cultural e ideológico más amplio, “una especie de eclosión de conciencia nueva sobre la realidad nacional” (*Memorias...*: 221). Entre otras cosas, por esos días se creaba la Comisión pro-repatriación de los restos de Rosas; Ernesto Palacio daba a conocer su obra *Catilina*; se gestaba la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) y, como telón de fondo, tenía lugar la investigación sobre el comercio de carnes encabezada por el senador Lisandro de la Torre, que acabó en la tragedia de julio de 1935.

Consideremos pues la argumentación central de *La Argentina y el imperialismo...*, poniendo de relieve aquellas facetas que más importan a los propósitos de este estudio. El volumen tiene tres partes, una dedicada a la misión Roca, otra al tratado y la última a la oligarquía argentina vista en perspectiva histórica. La sección VII de la Segunda Parte –titulada *Significado de toda la transacción*- constituye una adecuada puerta de entrada al núcleo de la obra. En esas páginas cobra cuerpo el análisis hasta allí vertido y se plantea la necesidad de avanzar en la dirección seguida a continuación, esto es, la correspondiente al delineamiento de una historia crítica de la oligarquía. A los ojos de los hermanos Irazusta,

...lo que la misión Roca nos ha traído son nuevas ligaduras destinadas a mantener y si es posible reforzar nuestra dependencia de la Gran Bretaña, dependencia que la evolución natural de las cosas económicas y políticas en nuestro país y en el mundo había debilitado. (*La Argentina y el imperialismo...*: 123)

²⁷ Fue a través de un amigo de Juan E. Carulla que Rodolfo Irazusta recibió la felicitación de Larreta: Alberto Casal Castel a quien ya encontramos prologando un libro de Benjamín Villafañe.

El debilitamiento de los lazos imperiales a que hacen referencia las últimas palabras del pasaje se liga, a juicio de los autores, con la creciente amenaza que el desarrollo automotor y el aumento de la explotación petrolífera nacional implicaban para el ferrocarril y el carbón británicos. Esta modificación estructural en ciernes parecía abrirle a la Argentina la posibilidad de negociar desde una posición de relativa fortaleza. Según los Irazusta, tan auspiciosa oportunidad fue desaprovechada: el resultado del acuerdo fue un contraste total para los intereses del país, residiendo la responsabilidad de la derrota en los Poderes Ejecutivo y Legislativo y, naturalmente, en la incompetencia de la misión encabezada por el vicepresidente. En relación con esto último, cabe precisar que toda la primera parte del libro es una crítica severa al desempeño de la misión argentina. Para los Irazusta ella se caracterizó por la ausencia de una política de Estado que subordinara los intereses comerciales a los nacionales y, ligado a ello, por la comisión de toda una serie de torpezas diplomáticas manifiestas en una miríada de concesiones discursivas humillantes, inconvenientes y hasta equivocadas desde el punto de vista del país. Equivocadas: un aspecto central aquí es la discusión sobre el papel desempeñado por Inglaterra en la emancipación de las colonias españolas en América. Para los representantes diplomáticos argentinos, dicho papel habría sido decisivo; para los Irazusta, por el contrario, habría sido menor, y notoriamente diverso al jugado por Francia en ocasión de la independencia de las colonias inglesas de América del Norte: mientras que Francia en verdad habría “asegurado” la independencia de éstas, sin recibir recompensa posterior, no sucedió lo mismo con Inglaterra y las colonias hispanoamericanas después: su ayuda fue más bien escasa y sus recompensas amplísimas. Dejemos por ahora este asunto; forzosamente habremos de retomarlo más luego: Julio Irazusta lo trató extensamente en su obra historiográfica, en particular, en su ensayo sobre Tomás Manuel de Anchorena. Reténgase por ahora que la distinción entre los procesos emancipatorios de las dos Américas, uno de los temas predilectos de Julio Irazusta historiador, está planteada con toda claridad hacia 1933-1934.

En cuanto a los términos en que se resolvió el acuerdo angloargentino de 1933, lo central es que, según los Irazusta, cuyo criterio difiere aquí enormemente del esgrimido por los dirigentes argentinos del momento, Inglaterra *no* estaba en condiciones de prescindir de las carnes argentinas (prueba de ello sería el celo con que en la Conferencia de Ottawa había defendido su libertad de movimientos frente a sus dominios). El eventual error de apreciación de los dirigentes argentinos –cuyas causas, como veremos enseguida, deben ser buscadas en las profundidades de la historia- sería la razón más visible de su miedo y, en definitiva, de los

decepcionantes resultados del tratado. Así, en vez de que los dirigentes argentinos aprovecharan el miedo británico en beneficio de los intereses nacionales, los dirigentes británicos aprovecharon el miedo de los argentinos en beneficio de los suyos propios: “ahora hemos renunciado solemnemente a salir del pantano” (*Ibid.*: 131). Más concretamente, la principal crítica que los hermanos Irazusta dirigen al acuerdo apunta a su falta de reciprocidad: a través del mismo la Argentina asumía una serie de compromisos cruciales (rebajas arancelarias insólitas, aceptación del congelamiento de los créditos, estabilización de éstos en un empréstito a oro, privilegio de giro, control casi absoluto de la industria frigorífica, tranquilidad para los ferrocarriles, régimen de excepción para la hulla) a cambio de los cuales obtenía tan solo una promesa, vaga y minada por múltiples reservas, de estabilizar la cuota de *chilled*; vistas en perspectiva, tal vaguedad y tales reservas preanunciaban, para los hermanos Irazusta, la posibilidad cierta de una futura prescindencia británica respecto de las carnes argentinas a favor de la autosuficiencia imperial. De aquí se desprende la advertencia formulada por los autores en relación con las nefastas consecuencias que derivarían del aspecto arancelario del tratado: las estipulaciones del acuerdo a tal respecto obturarían severamente la vía de la industrialización, único camino para aumentar el consumo interno de carnes y para quedar en condiciones de, llegado el momento, dejar de depender del mercado británico. En suma,

Antes que esto, era preferible no hacer nada y dejar las cosas como estaban. No es que el momento no fuera favorable para negociar. Al contrario. La situación de Inglaterra es difícil, y una negociación argentina bien dirigida tal vez pudiera haber invertido el resultado de la negociación de 1933. Para ello precisaba ir a Londres con la firme decisión de maniobrar y de triunfar (...) Pero (y aquí está la explicación de la forma desastrosa en que se concluyeron los convenios), más imposible que ganarle o empatarle a Inglaterra una negociación, era que lo intentaran los oligarcas que fueron a negociar con ella, como lo verá el que leyere la historia de la oligarquía argentina, que hemos escrito a guisa de conclusión. (*Ibid.*: 134)

¿Cuáles son los trazos principales de esa *Historia de la oligarquía argentina* con la que se cierra *La Argentina y el imperialismo británico*, historia que tantos elogios despertara en su tiempo y que tan influyente fuera en lo sucesivo? Ante todo, la puesta de relieve del carácter antinacional de esa oligarquía, señalamiento vinculado no tanto a una puesta en cuestión de la dominación oligárquica en tanto tal (hay, para los Irazusta, “oligarquías benéficas”), como a una objeción de carácter histórico. En efecto, la oligarquía argentina habría quedado conformada tras el

triunfo (entonces provisional, más adelante definitivo) de una de las facciones del viejo partido de la independencia sobre la otra. El punto es que la facción triunfante, encabezada por Bernardino Rivadavia –definido como un déspota progresista de espíritu borbónico, e impermeable a las lecciones de la experiencia- tendía a anteponer las ideas de progreso y riqueza al problema, entonces crucial, de la existencia política de la nación. En palabras de los autores:

En cuanto es posible fijar con precisión el nacimiento de los seres morales, la oligarquía argentina vio la luz el 7 de febrero de 1826. Ese día, las diferencias existentes desde el 25 de Mayo en el viejo partido que había hecho la revolución, se definieron en una escisión irreconciliable. Una de sus dos fracciones se apoderó del gobierno por una conjuración de asamblea, un verdadero golpe de Estado (...) El 7 de febrero de 1826 los rivadavianos exaltaban a su jefe a la presidencia de la República (...) Este pertenecía (...) a la facción que podría llamarse del progreso, en oposición a la que podría llamarse de la independencia. El principio de ésta era ‘patriotismo sobre todo’; el de aquella, ‘habilidad o riqueza’. Admitamos que motivos personales movieron a López (el del ‘Himno’), que llega a hablar de revolución y contrarrevolución, a establecer aquella nomenclatura de los partidos argentinos de 1810 a 1830. *Los hechos la confirman. (Íbid: 138-139; mis cursivas)*

El lector recordará que unas pocas páginas atrás hice referencia al hecho de que, tras el viraje de Rodolfo, los Irazusta hicieron suya cierta interpretación del siglo XIX argentino basada en una carta de Vicente López y Planes a San Martín, con fecha 4 de enero de 1831. En el pasaje recién transcrito, la tributación respecto de ese criterio es evidente. Más de un siglo antes de la firma del Pacto Roca-Runciman, el autor del himno escribió al Libertador:

Muchas veces me he puesto a meditar en las causas del incremento y animosidad que han tomado nuestras eternas discordias, y voy a poner a usted mi juicio francamente y en cuatro palabras. Yo no veo en todo este fenómeno más que revolución y contrarrevolución. La revolución ha dominado exclusivamente desde el año 10 hasta mediados del 21: la contrarrevolución ha dominado disfrazadamente, desde mediados del 21 hasta mediados del 27, y habiendo sido entonces separada del timón, hizo su reacción vengativa para recobrarlo el 1 de diciembre de 1828. La revolución consagró el principio, *patriotismo sobre todo*: la contrarrevolución, sin atreverse a excluir este principio, de hecho lo miró con mal ojo y dijo sólo: *habilidad o riqueza* (...) El señor Dorrego entró al gobierno, como representante de la revolución, y dio pruebas de que no era una de las falsas superioridades; hizo servicios de que no había sido capaz el partido contrarrevolucionario; iba vencéndolo en brillantez sólida, y aquél lo mató así que pudo sobreponerse. La reacción del partido revolucionario ha sido proporcionada a la violencia de éste y otros crímenes. Él, en fin, ha vencido, pero sus directores han contenido la victoria... (Cita tomada de Julio Irazusta: *Vida política de Rosas a través de su*

correspondencia: T1, 242-244. En nota al pie, Irazusta revela su fuente: San Martín, *Su correspondencia*, Buenos Aires, Museo Histórico Nacional, 1911)

Varias cosas podrían destacarse de este testimonio. Por ahora señalaré el hecho de que tanto el autor como el destinatario de la epístola parecen compartir la impresión de que la causa del partido de la revolución o el patriotismo era cualitativamente superior a la de la facción de la contrarrevolución o la riqueza (nótese que, a diferencia de muchos planteamientos posteriores a Caseros, aquí el partido de la revolución es el de Dorrego y Rosas, en tanto que rivadavianos y unitarios aparecen ligados a la imagen opuesta). Interesa sobremanera retener que en la carta de López a San Martín reside la clave del replanteamiento de la historia argentina emprendido por los hermanos Irazusta. Habría sido en efecto difícil que un lector de Maurras, colocado en la situación que la marcha de los acontecimientos había puesto a los Irazusta, permaneciera indiferente frente a un fragmento como el citado. Más luego tendremos ocasión de comprobar que la puesta de relieve de la disposición favorable del Libertador hacia Rosas formaría parte del núcleo de la economía discursiva irazustiana posterior a *La Argentina y el imperialismo...* Ahora corresponde retomar el hilo del relato de 1933-1934. En aquel año de 1826 la facción triunfante, embrión de la oligarquía, se enemistó con las provincias debido a su desmesura, a la vez que desatendió la invasión portuguesa a la Banda Oriental y la escisión de Bolivia, permitiendo así la mutilación de territorios que hasta entonces correspondían a una misma órbita, la correspondiente al Virreinato del Río de la Plata. Así pues, la oligarquía argentina surgió de la “complicidad en el error”; tras la ejecución de Dorrego, la “complicidad en el crimen” robusteció su núcleo originario; más tarde, se regocijaría en la “traición” a la patria. Una vez depuestos, los rivadavianos emigraron a Montevideo, donde se unieron a la causa de Rivera, dando comienzo a la larga saga de intrigas primero contra Oribe y luego también contra Rosas, aliado de éste: “¡Desgraciado progreso! Para combatir a la patria, desplegaban un talento que no habían tenido para servirla.” (*La Argentina y el imperialismo...*: 155). La amenaza exterior había abierto resquicios para rectificar la montaña de errores acumulados. Sin embargo,

En este momento crítico [1838, A.K.], en esta ‘junctura rerum’ en que se jugaba el destino de la patria, en que la emigración núcleo de la oligarquía destinada a gobernar el país, pudo volverse atrás, en que el corazón estuvo a punto de rectificar las desviaciones de la cabeza, surge la nueva generación de emigrados, resuelta a impedirle a la vieja su reconciliación con el país. Y lo consigue (...) Más que una teoría política,

sus ideas eran una religión, la religión del progreso y la civilización. No la civilización de la cruz, carcomida y condenada a la disolución, sino la del capital extranjero, el progreso material en todas sus manifestaciones. Poseídos de la intolerancia correspondiente a su ardor, habían rehusado su colaboración al hombre [Juan Manuel de Rosas, A.K.] que, con amplitud de miras, invitaba a esos jóvenes recién salidos del colegio [aquí, como veremos más luego, parecen referirse, especial aunque no exclusivamente, a Juan Bautista Alberdi, A.K.] a acompañarlo en su obra de restauración, no sólo política sino cultural (...) *El arraigo nacional del Restaurador ofuscaba a unos jóvenes que no vivían sino con la imaginación puesta en el extranjero (...)*. El conflicto franco-argentino no fue siquiera un dilema para ellos. Con rara unanimidad vieron en él un conflicto entre la civilización y la barbarie (...) los emigrados tomaron las armas contra su patria, junto a los agresores de la misma. Recibieron oro en cambio del nefando servicio. Y siguieron creyéndose los mejores argentinos. *Desde entonces los emigrados quedaron condenados a dar a la reverencia por el oro y las personas de los extranjeros y al desprecio por las personas y la pobreza de los criollos, los caracteres de una verdadera teología.* (*Ibid*: 169-172; mis cursivas)

Según los Irazusta, la convención Mackau-Arana (1840) señaló el triunfo provisional de la causa argentina, delineando el espectro, insoportable para Inglaterra, de “una gran potencia sudamericana”; tiempo después, el Combate de Obligado (1845) confirmó a los anglofranceses que al Plata “no se entraba como en Asia o África”; en fin, los tratados de fines de la década del cuarenta dejaron al país en situación por demás auspiciosa. Para los autores,

Los frutos del triunfo obtenido al promediar el siglo, se perdieron en parte poco después. *Nos quedaría lo suficiente para libertarnos del todo cuando lo queramos.* Para los emigrados la situación presentaba muy otro aspecto (...) Cuando parecían más próximos a la derrota final, estaban en realidad más cerca del triunfo. Haber visto claro en aquellos momentos, haber procedido con serenidad en el corto tiempo restante, fueron una obra maestra de voluntad e inteligencia. Sustituir a la intervención europea, la brasileña, cuando ello parecía imposible, ‘hic opus, hic labor’. Los emigrados la realizaron. (*Ibid*: 183; mis cursivas)

En cuanto al período subsiguiente a la caída del dictador, los Irazusta ensayan una valoración general cuyo tono es señaladamente negativo: es la época en que el patriciado deja de ser el factor preponderante en la vida nacional, siendo reemplazado por el extranjero (principalmente ligado a la actividad comercial), que pasa a dominar al país “con nuestros propios medios”. En este punto, cabe indicar que desde la óptica de los autores ese estado de cosas era profundamente impopular (de ahí la gran cantidad de rebeliones que hubieron de ser sofocadas); sólo con el paso del tiempo, y a partir de los efectos de la “historia falsificada por los emigrados y difundida por los maestros exóticos de reciente importación” (*Ibid*, 199), el

recuerdo de las glorias nacionales se fue desvaneciendo. Ahora bien, dentro del panorama general sombrío que trasunta el relato es posible detectar matices significativos, especialmente en relación con los juicios acerca de las figuras en quienes fue encarnando el proceso; así Urquiza, vencedor de Rosas en Caseros, no es juzgado en términos tan negativos como Sarmiento (“la quintaesencia del emigrado”) o Roca (quien, pese a haber conducido esa “obra grandiosa” que fue la conquista del desierto, acabó consolidando durante su gobierno a la oligarquía conservadora delineada por Sarmiento y Avellaneda). En el texto, la traición de Urquiza a Rosas queda relativamente atenuada por dos razones principales. Una, anterior a 1852: la política económica de Rosas, en parte indiferente a los reclamos provinciales y relativamente perjudicial para los intereses de la región mesopotámica, justificaría hasta cierto punto la traición de su principal lugarteniente. La otra, posterior: aspectos importantes de la gestión de Urquiza al frente de la Confederación Argentina son valorados positivamente por los Irazusta, especialmente aquéllos que tendieron a rectificar ciertos efectos perniciosos de su alianza con el Brasil; en definitiva, Urquiza, poseedor de cierto sentido del interés nacional, no lo entregó todo al Imperio. Por su parte, Mitre es también considerado en última instancia como un patriota; su intromisión en la trágica Guerra del Paraguay es atribuida no tanto a sus eventuales defectos como a la influencia del círculo de “emigrados puros” que le rodeaban.²⁸

Las últimas páginas de *La Argentina y el imperialismo...* abordan someramente el pasado más próximo al presente de su enunciación. La crisis del Noventa es vista como una reacción de la sociedad frente a los agravios inferidos por la oligarquía. Por su parte, el triunfo de Hipólito Yrigoyen en 1916 aparece caracterizado como un mentís a las previsiones de la oligarquía, que con la reforma electoral no habría buscado otra cosa que la legitimación del estado de cosas que la favorecía por medio del voto popular. Para los Irazusta de 1933-1934, Yrigoyen, aunque “inepto” en la órbita administrativa, resultó ser un caudillo autoritario, absorbente, católico y con “ideas muy particulares sobre la política internacional,” aun cuando estas últimas hayan sido más instintivas que sistemáticas. Así, pese a que Yrigoyen y Alvear “dejaron intacto el armazón de dominio antipopular de sus antecesores”, el país que ellos

²⁸ En relación con esto Fernando Devoto (2002: 284) anota: “Y nunca se ha señalado cuánto de respeto reverencial hay todavía, en el texto fundador del revisionismo, *La Argentina y el imperialismo británico* de los Irazusta, hacia la figura histórica de Mitre, como la habrá luego en Lugones hacia la de Roca”, indicación por lo demás ilustrativa de la tesis principal de su libro, según la cual el nacionalismo autoritario surgido en torno a 1930 mantenía profundos lazos con el mundo conservador, siendo en muchos aspectos tributario decidido de la tradición liberal decimonónica argentina, a la que habría tendido a releer en clave no

conducían iba dando “espontáneamente” pasos que lo acercaban a su liberación económica. Sin embargo, el golpe de Estado de 1930 terminó siendo, más allá de las intenciones de sus jefes y promotores, “lo más parecido que darse pudiera a una restauración de la oligarquía”. De modo que, y esta es la conclusión principal del volumen, el origen social de quienes en 1933 integraron la misión argentina a Londres es la razón última de los decepcionantes resultados del acuerdo: la condición antinacional de la oligarquía argentina hace que sus miembros se afanen por defender ante todo sus propios intereses, en definitiva más próximos a los extranjeros que a los del país.

Recapitulemos lo señalado por los Irazusta con respecto al tratado, enfatizando aquella faceta que más interesa desde el prisma correspondiente a los objetivos del presente estudio. De las páginas de *La Argentina y el imperialismo...* se desprende que, frente a una situación con aristas favorables para el país a un punto tal que, de haber sido aprovechada, podría haberse constituido en plataforma para abandonar el pantano en que aquél se hallaba sumergido, los dirigentes, condicionados por su pertenencia a una oligarquía notoriamente antinacional desde su origen, tomaron el sendero menos indicado al interés argentino. Como puede apreciarse, nos encontramos aquí con la figura de la encrucijada: hubo dos opciones, se escogió la menos conveniente. Desde la perspectiva que orienta este recorrido tal constatación es de enorme importancia: en lo que sigue sostendré justamente que en el uso de esta imagen de un tiempo pasado que recurrentemente se anuda en encrucijadas invariablemente mal resueltas reside la clave para comprender el modo en que Julio Irazusta explica el fracaso nacional. De paso, puede remarcarse el carácter elástico de la figura, susceptible de ser aplicada tanto al pasado reciente (tal el caso de la negociación que derivó en el acuerdo Roca-Runciman) como al lejano (por ejemplo, en 1826, la facción triunfante antepone el progreso a la consolidación de la existencia política; en 1838 los jóvenes emigrados encabezados por Alberdi retiran su “apoyo” a Rosas; en 1851-1852, los emigrados optan por no ver lo positivo de la victoria del dictador ante la intervención anglofrancesa y recurren al Brasil para derrocarlo, etc.). Se aprecia que, en todos los casos, sucedió justo lo contrario de lo que debía –y, reténgase desde ahora, podía– haber sucedido. Así pues, vista en retrospectiva, cada encrucijada viene a ser una ocasión dorada desperdiciada: el pasado irazustiano está plagado de estelas de esperanzas desvanecidas. Naturalmente que este formato deja siempre un resquicio para la pregunta contrafáctica (¿Qué

democrática. De ahí, según Devoto, la tibieza, las vacilaciones, los límites, en definitiva, la imposibilidad de ese supuesto ‘momento fascista argentino’, articulado al ‘ambiguo golpe’ de Uriburu.

hubiera pasado si...?) y para el lamento (Si hubiera sucedido lo contrario, hoy...). Debiera pues resultar claro que la concepción irazustiana del tiempo –perfilada en 1934 con mucha mayor claridad que en el despuntar del viraje de Rodolfo- no implica en absoluto disposiciones fatalistas; por el contrario, el acento es colocado una y otra vez sobre el desaprovechamiento por parte de los dirigentes de los márgenes de maniobra de que dispusieron en cada caso los cuales, aunque variables, jamás dejaron de existir.

3. Dos ensayos liminares

Para delinear, aunque más no sea de manera esquemática, el conjunto mínimo de antecedentes que haga las veces de telón de fondo sobre el cual inscribir el replanteamiento de la cuestión Rosas emprendido por Julio Irazusta, comentaré en primer término algunas anotaciones relativamente tardías que él mismo dedicó a los pioneros en la revalorización de la figura del dictador, es decir, a quienes consideraba precursores intelectuales suyos. Evidentemente, tales anotaciones están orientadas a construir un linaje intelectual y son, por tanto, “interesadas”; por lo demás, no deben considerarse como un recuento de sus lecturas hasta, digamos, 1935: tal como él mismo reconoce, a muchos de esos precursores los “descubrió” *ex post facto*. Más allá de estas reservas, seguir dichas anotaciones resultará productivo aquí. Las últimas páginas de la *Vida política...* llevan por título “Rosas ante la posteridad, a poco menos de cinco cuartos de siglo después de Caseros”, y constituyen un apéndice historiográfico en el que se aborda la temática aludida, de un modo enriquecido respecto de una serie de aportaciones anteriores del propio Irazusta.²⁹ Se distinguen allí una decena de jalones cruciales en la conformación de la tradición intelectual revalorizadora de Rosas y de su desempeño histórico. El primer jalón tiene que ver con una serie de elaboraciones producidas durante los años que el dictador pasara desterrado en Inglaterra, destacándose los siguientes materiales: la *Protesta* contra la confiscación de sus bienes; la

²⁹ Me refiero a sus ensayos “Carlos Guido y Spano. La defección intelectual de los hijos de federales” y “Adolfo Saldías. Revalorización del federalismo por descendientes de unitarios”, el primero publicado en esbozo en *La Voz del Plata* en agosto de 1943 y el segundo leído en el Instituto Juan Manuel de Rosas en septiembre de 1949 e impreso en *Estudios Americanos* en abril de 1952. Ambos fueron vueltos a publicar el mismo año de 1952 en un volumen que lleva por título *Ensayos históricos*. Sobre el mismo tema puede verse su respuesta a una entrevista que le realizaran en 1953. Desconozco el lugar donde fue publicada originalmente, pero figura bajo el título “Respuestas a una encuesta sobre historia argentina”, en el volumen *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*: 71-77.

entrevista que Vicente y Ernesto Quesada le hicieran en 1873 (misma que habría dejado tan fuerte impresión sobre Ernesto como para incitarlo a emprender, años más tarde, sus estudios sobre el período); los esfuerzos de Josefa Gómez y del propio Alberdi (en carta a Terrero) para persuadirle de emprender una autodefensa sistemática, y el impacto que ciertas consideraciones críticas por él formuladas habrían tenido sobre los afanes historiográficos del liberal chileno Manuel Bilbao.³⁰ Un segundo y fundamental hito es la obra de Adolfo Saldías que, como sabemos, Irazusta conoció en el primer tramo de la década del treinta. En las líneas que dedica a Saldías en el texto en cuestión, Irazusta retoma una argumentación desplegada en una lectura suya de 1949, en la cual había subrayado la capacidad evidenciada por el pensamiento de aquél para evolucionar desde la “maleza de los prejuicios recibidos” (eventualmente palpables en su *Ensayo sobre la historia de la constitución argentina*, de 1878) hasta los umbrales de una comprensión más acertada del período en su obra más importante: *Historia de la Confederación Argentina*.³¹ Irazusta concede que el desplazamiento experimentado por el pensamiento de Saldías no supuso un abandono de la filiación liberal de la que inicialmente partiera: “sin romper con sus maestros, lo que parece haber querido Saldías fue hacer liberal al liberalismo argentino” (*Vida política...*: T8, 344), procurando perfeccionar —que no rebatir— las obras canónicas de Bartolomé Mitre y Vicente López. El tercer momento puesto de relieve por Irazusta se refiere a las ya mencionadas investigaciones de Ernesto Quesada sobre la guerra civil, luego condensadas en un volumen titulado *La época de Rosas* (1898). En cuanto a las primeras décadas del siglo XX, Irazusta señala las aportaciones de José Ingenieros, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. A juicio de Irazusta, en estos últimos casos, intuiciones acertadas fueron eclipsadas por los itinerarios posteriores, que terminaron ubicando a esos autores en regiones alejadas del revisionismo.³² Considerando todavía aquella etapa, evoca Irazusta otras contribuciones

³⁰ El primer volumen de la obra que Bilbao dedicara a la época de Rosas llegó a manos del entonces ex-dictador a mediados de la década de 1860. En relación con esto, Irazusta se apoya sobre un estudio de Félix Lazzarino (h) para consignar que fueron los comentarios del propio Rosas los que impulsaron a Bilbao a entrevistar a Antonino Reyes, ex-edecán del dictador, explicándose así tanto la larga interrupción sufrida por la obra del liberal chileno como su relativamente equilibrada valoración final.

³¹ La *Historia de la Confederación Argentina* de Saldías apareció en tres volúmenes entre 1881 y 1887, bajo el título *La historia de Rosas y su época*. Presumiblemente como consecuencia de una crítica formulada por Mitre en el diario *La Nación* (1887), Saldías decidió modificar el título de la obra para la segunda edición de 1892, que por lo demás no fue la última. Véase a este respecto Diana Quattrocchi Woisson (op. cit.: 31-33).

³² Como sabemos, Julio Irazusta dedicó un estudio biográfico a la figura de Leopoldo Lugones. En la medida que la visión de la historia argentina que maneja el poeta no coincide con la de Irazusta, éste lleva adelante una operación triple: se esmera en poner de relieve ciertas zonas intersticiales de la obra de Lugones a las que considera prefiguradores de su propia posición; “corrige” los desaciertos del poeta y, paralelamente, no deja de elogiar su “extraordinaria elocuencia” y su capacidad prodigiosa para descollar en todos los temas y

originadas en distintos ámbitos: los ministros del régimen José Terry y Estanislao Zeballos; los “hispanistas extranjeros” Carlos Pereyra³³ y de Francisco García Calderón; en fin, la nueva escuela histórica argentina (que Irazusta prefiere llamar escuela histórica argentina a secas), especialmente las importantes colecciones documentales editadas por Emilio Ravignani. Un jalón decisivo del movimiento revalorizador fue el libro de Carlos Ibaguren: *Rosas, su vida, su drama, su tiempo* (1930). Pese a que Ibaguren no parecía abrigar mayor simpatía por Rosas, su libro hizo, en palabras de Irazusta, “pivotar el conocimiento de la historia en el país”, a un punto tal que su autor quedara “desde entonces como el patriarca del revisionismo en su forma contemporánea”.³⁴ En fin, Irazusta señala los estudios originados en el seno de la “escuela específicamente revisionista”, desde mediados de la década del treinta. Entre ellos se cuentan

géneros. En cuanto a los pasajes intersticiales que gravitan hacia planteamientos más próximos a los de Irazusta, se trata, en lo fundamental de los siguientes: el temprano artículo titulado ‘El sable’ (escrito en ocasión del retorno al país del sable corvo que San Martín había legado a Rosas), la recuperación de la gesta gaucha en *La Guerra Gaucha*, ciertas grietas eventualmente identificables en la *Historia de Sarmiento* y, naturalmente, la propuesta de *El payador*, leída de una cierta manera. Ciertamente, el Lugones del momento jerárquico dice cosas más afines al ideario de Irazusta, pero no siempre: sobre el final de su estudio, Irazusta refiere la relación entre Lugones y la nueva generación de literatos e intelectuales, incluyendo a los neorepublicanos, con quienes el poeta-político había polemizado antes del golpe de 1930, para luego aproximarse a ellos durante cierto tiempo; en esas páginas, el biógrafo prosigue su labor de tributación, recuperación y deslinde respecto del biografiado. En fin, Irazusta enfatiza la supuesta conversión al catolicismo de Lugones, dando a entender que, en los momentos previos a su suicidio, el poeta se aprestaba a iniciar una revisión profunda de sus posiciones. En el penúltimo pasaje del volumen sentencia: “Lo cierto es que su caso se suma al de algunos otros suicidas, entre los argentinos más puros, que parecen revelar una deficiencia de raza en la lucha por la supervivencia nacional. No podemos aceptar tales causas étnicas. Lo más probable es que esas catástrofes, como muchas otras que no acabaron trágicamente, se deban a la desorientación causada en el espíritu nacional por la falta de un sistema de conducción colectiva capaz de encuadrar las voluntades individuales, hasta el punto de salvar los inconvenientes de las luchas más desesperadas. Dejemos estas reflexiones para otra oportunidad. Interesa más decir, en conclusión, que el gran poeta nacional parecía el argentino mejor preparado para esbozar las líneas generales de un programa orientador, incluso para los mediocres...” (*Genio y figura de Leopoldo Lugones*: 121)

³³ Irazusta dedicó un ensayo a Carlos Pereyra, que puede consultarse en *De la epopeya emancipadora...: 97-119*. En esas páginas destaca el “sacudimiento espiritual” que la obra del historiador mexicano significó en los años veinte para su generación, subrayando, en particular, su aporte en lo que atañe a la valorización del papel de España en América y a la demolición de la “mole de prejuicios que domina la vida colectiva de nuestros pueblos”. Recuerde el lector que Pereyra escribió historias de América, biografías de Cortés y Pizarro y estudios sobre Rosas, Alberdi y la Guerra del Paraguay, entre otras cosas. Cuando examinemos el extenso y crucial ensayo dedicado por Irazusta a la figura de Tomás Manuel de Anchorena, tendremos ocasión de precisar sus puntos de vista sobre el papel de España en América y otros temas conexos.

³⁴ En el capítulo XIV de sus memorias, Carlos Ibaguren (1999)[1955] señala que su libro sobre Rosas fue fruto de varios años de enseñanza de historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Producto de la misma experiencia fue el volumen titulado *Manuelita Rosas*, antecesor de aquél. Ibaguren llama la atención sobre el grado asombroso en que la referencia al dictador despertaba una curiosidad masiva y excitaba las pasiones de los asistentes, quienes tomaban partido por uno u otro bando, involucrándose en acaloradas discusiones.

los de Ernesto Palacio, Font Ezcurra, Roberto de Laferrère, Alberto Ezcurra Medrano, Ramón Doll, José María Rosa y, por supuesto, los suyos propios.³⁵

En relación con el creciente interés que el objeto Rosas despertara durante los años veinte, es decir, justo antes de la aparición de la “escuela específicamente revisionista”, y con el objeto de enriquecer la retrospectiva irazustiana, cabe referir unas consideraciones vertidas por Diana Quattrocchi-Woisson (op. cit.: 49-67). Distingue la autora dos vertientes inspiradoras fundamentales: la elitista y la popular-populista. La primera se inclinaba por presentar al dictador como eficaz “domador de multitudes”; durante cierto tiempo, su órgano principal fue el diario *La Prensa*, donde colaboraba asiduamente Carlos Ibarguren. La segunda vertiente tendía a visualizar a Rosas como un personaje extraordinario e impresionante, y puede ser detectada en los diarios *La Razón* y *Crítica*, en particular, en los escritos de intelectuales radicales como Dardo Corvalán Mendilaharsu y Ricardo Caballero. Hubo pues, en ese tiempo, algo así como una corriente radical-yrigoyenista-rosista; ello no significa, empero, que el Partido Radical adoptara de manera consciente una visión histórica heterodoxa frente a la tradición liberal; más bien, sucedió que algunos radicales a quienes les simpatizaba Rosas se afanaron por integrarlo al Panteón Nacional, de manera más o menos armoniosa. Las reacciones de la sociedad conservadora tradicional frente a estos impulsos se hicieron oír, sobre todo a través de su baluarte, el diario *La Nación*.³⁶ Quattrocchi llama la atención sobre el hecho de que el nacionalismo autoritario (categoría que parece englobar a los doctrinarios y a los republicanos de Zuleta) habría llegado más tarde a la reivindicación de la figura del dictador.

³⁵ Irazusta no menciona a Ernesto Palacio en las páginas de la *Vida política...* que estamos comentando, pero sí lo hace en otros ensayos, como por ejemplo en “Defensa del revisionismo”, breve y tardía reconsideración de toda esta cuestión. Originalmente “Defensa...” fue publicado en el diario *La Opinión* en el mes de junio de 1977; luego fue publicado en el volumen *De la epopeya...*, op. cit.: 211-214. En dicho texto Irazusta define al *Catilina* de Palacio como el “más alto exponente” de la empresa colectiva de revisión de la historia nacional iniciada en los años treinta. También recuerda allí los trabajos de Tomás Casares, Julio Meinville, Leonardo Castellani, César Pico y algunos otros. Llama la atención la ausencia, en la mayor parte de estas enumeraciones, de Manuel Gálvez, especialmente por lo que indicaré unas líneas más abajo.

³⁶ En capítulos anteriores hemos visto cómo Yrigoyen fue homologado a Rosas en sentido negativo tanto por Ayarragaray como por Villafañe. También vimos las severas críticas que Lugones dirigió al caudillo radical. Recordemos que, en los años veinte, tanto Ayarragaray como Lugones eran colaboradores habituales de *La Nación*. En relación con este conjunto de cuestiones, señala Quattrocchi: “La identificación un poco prematura entre la ‘tiranía’ de Rosas y la de Yrigoyen no puede ocultar que quienes criticaban a la segunda criticaban en realidad a los gobiernos nacidos del sufragio universal (...) La querrela historiográfica alrededor de Rosas está profundamente impregnada del problema de la inserción de las masas en la vida del país, y de la posibilidad o no de dejarles elegir sus gobernantes.” (p. 61)

Como vimos en el *Comentario preliminar*, la aportación de la “escuela específicamente revisionista” no consistió en dar inicio a una revalorización que en todo caso ya estaba en marcha, sino más bien en proponer, a partir de ella, una reconfiguración integral del panteón de los héroes patrios. De nuevo, cabe insistir sobre la íntima conexión que existe entre ese impulso y el nuevo clima ideológico abierto tras el impacto de la crisis económica mundial de 1929-1932; tal como han señalado Halperín y Quattrocchi, los revisionistas encontraron en Rosas una alternativa-refugio a los pesares de su propio presente. En este punto conviene resaltar dos cosas de importancia: una, que la disputa simbólica de la que tomaron parte los nacionalistas revisionistas rosistas tuvo una faz institucional. Como recuerda Diana Quattrocchi (op. cit.: 148-158), en 1936 comenzó a aparecer la *Historia de la Nación Argentina* en diez volúmenes, dirigida por Ricardo Levene. Estrechamente vinculado al presidente general Justo, Levene era por entonces el principal exponente de la “historia oficial de cuño liberal”. Sucedió que, a medida que se iban publicando sus primeros tomos, la empresa de Levene recibía duras y crecientes críticas desde distintos sectores del nacionalismo. Esa atmósfera turbulenta tuvo como efecto retrasar considerablemente el plan de publicación previsto: mientras que entre 1936 y 1939 vieron la luz los primeros cinco volúmenes, los restantes se publicaron recién diez años después, y en orden alterado. Con Quattrocchi (loc. cit.), importa subrayar que el tomo VII, consagrado a la época de Rosas, fue el último en aparecer, alcanzando difusión recién durante los años cincuenta. En 1938 la Junta de Historia y Numismática se transformó en Academia Nacional de Historia, siendo su primer presidente el ya mencionado Levene. Pocos meses después se creó, a modo de respuesta y desafío, el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Entre sus miembros más representativos se contaban los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, Ramón Doll, Vicente Sierra, Manuel Gálvez y José María Rosa.³⁷ La otra cuestión que corresponde resaltar es que el revisionismo rosista no agota el fenómeno del revisionismo histórico argentino.

Formuladas estas consideraciones a guisa de mínimo telón de fondo, volvamos al examen de la obra irazustiana. Fue en 1935 que Julio dio a conocer su *Ensayo sobre Rosas y la*

³⁷ Quattrocchi dedica unas páginas de su libro (op. cit.: 174-182) a trazar breves semblanzas de las figuras principales del revisionismo histórico argentino. Destaca, como rasgos en común, la pertenencia a una misma generación; el que casi todos hubieran frecuentado la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (de donde se desprendería su propensión a “administrar justicia” a los hechos del pasado); la asunción –con matices– del credo político nacionalista; en fin, la obsesión por las cuestiones históricas y, en particular, por la época de Rosas. La autora puntualiza que, con excepción de Doll, se trataba de descendientes de familias tradicionales: casi no había elementos plebeyos en aquellos momentos seminales del revisionismo.

suma del poder.³⁸ En el último capítulo de sus *Memorias*... (que lamentablemente sólo cubren hasta 1940) hay un pasaje dedicado a su gestación y efectos. Escuchémoslo:

Mi *Ensayo sobre Rosas* fue consecuencia de *La Argentina y el imperialismo*: examen de la suma del poder en su centenario, a solicitud primero del director de la Biblioteca Sarmiento de Gualeguaychú, Dr. Alberto Arigós de Elía, y luego del director de la Colección Megáfono, Sigfrido Radaelli. Apareció casi a la vez que pronunciaba una conferencia en Amigos del Arte, en una serie organizada por la señora Sansinena de Elizalde, que contó con la colaboración de Martín Noel, Ricardo Levene, Emilio Ravignani y Diego Luis Molinari. Yo escribí mi conferencia, y un resumen para los diarios, que se publicó en *La Nación*, con un copete, señalando su discrepancia con mi tesis. Nunca recuperé el texto de aquella, que quedó en poder de la directora de la Sociedad Amigos del Arte. En cambio el *Ensayo sobre Rosas* tuvo bastante éxito al aparecer en forma de libro. Manuel Gálvez me escribió: *He leído con pasión su Ensayo. Creo que por primera vez se ha estudiado seriamente a Rosas. Todo lo que hay sobre él son exposiciones de hechos, o comentarios más o menos sensatos. Pero no ideas profundas, no puntos de vista enteramente nuevos, y, no obstante, verdaderos (...)* Usted debe dedicar su vida a escribir un gran libro sobre don Juan Manuel, una obra en tres o cuatro tomos, formidablemente documentada y rica en ideas. Sugestión que no recuerdo si tomé en cuenta, pero que pudo caer como la semilla llevada por el viento, en tierra preparada para recibirla. Si la *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia* fue lo que Gálvez esperaba, nunca me lo dijo. En realidad, aunque sin proponerme responder a su anhelo, hice en tal sentido lo más que pude. (*Memorias*...: 225-226; las cursivas están en el original, y tienen por objeto poner de relieve la voz de Gálvez)

El *Ensayo sobre Rosas* plantea en lo fundamental tres ideas. Una, la dictadura de Rosas no fue una aberración, sino una consecuencia de las circunstancias, constatación ésta que debiera bastar para hacer a un lado las omisiones interesadas y los juicios negativos propios de la historiografía unitaria, fundada en un odio visceral y ubicada por tanto en las antípodas de una reflexión imparcial y equilibrada sobre el período. Esta idea no constituye por cierto un aporte del todo original; se la puede identificar en Saldías, en Quesada, y en otros después, incluidos Ibarguren y el propio Ravignani. Pudiera decirse que, en el caso particular de Irazusta, su formulación enlaza con sus anteriores lecturas de la tradición del pensamiento político y universal en clave tradicionalista y conservadora.³⁹ Concretamente Irazusta sostiene, siguiendo

³⁸ Cito por la reedición de 1952 (en *Ensayos históricos*), que no contiene variaciones respecto de la primera.

³⁹ Recuérdese en este sentido el célebre *Discurso sobre la dictadura* de Juan Donoso Cortés (pronunciado a principios de 1849). En esa ocasión Donoso Cortés defendió al gobierno de Narváez, represor de varias intentonas revolucionarias durante ese tiempo de eferescencia social. En el *Discurso*... la dictadura aparece conceptualizada como uno de los medios para gobernar, eventualmente justificado por las circunstancias, sólo limitado por la prudencia, y al cual sería ‘un delirio’ renunciar cuando lo que está en juego es la ‘salvación la sociedad’. En el *Discurso*... pueden apreciarse varios de los temas predilectos del conservadurismo:

a Iburguren, que Rosas obtuvo la suma del poder en 1835 debido al comienzo de ejecución del plan unitario de sangre y exterminio (conflagración del Norte, asesinato de Facundo Quiroga). Esa circunstancia fue la que arrojó en sus brazos a la fracción del partido federal que recelaba de él; entonces, “la necesidad de la suma del poder pareció evidente a todos” (*Ensayo sobre Rosas...*, en *Ensayos históricos*: 67). Irazusta destaca también el hecho de que las provincias, que entonces podrían haber optado por el bloque unitario, no lo hicieron, dándole por el contrario su apoyo a Rosas, y ello a pesar de que conocían bien sus propensiones librecambistas y centralistas. Dos, a los ojos de Irazusta, Rosas, además de ser un producto de las circunstancias, vino a llenar en su tiempo el ideal del buen gobierno. En efecto, la inteligencia con la que Rosas y sus colaboradores llevaron adelante su plan restaurador (pero no retrógrado) y federador-empírico fue lo que aseguró definitivamente la unidad del país, y ello en circunstancias ciertamente delicadas (“sin Rosas seríamos tal vez una serie de republiquetas o reinillos como los Balcanes y Centroamérica”) (*Ibid*: 76). No está de más recordar que la imagen de Rosas como forjador de la unidad nacional tampoco era completamente nueva en 1935; en cambio, sí pareciera ser más novedosa, y atrevida, la afirmación según la cual Rosas habría llenado el ideal del buen gobierno. En relación con esto, Irazusta considera impropio el uso del concepto *tiranía* para calificar al período: según él, el gobierno de Rosas fue discrecional, mas no arbitrario; fue una dictadura, pero legítima y generosa. Tres, idea de importancia crucial para el presente estudio: desde el punto de vista de Irazusta, la caída de Rosas acarreó consecuencias nefastas para el país. En sus palabras,

La caída de Rosas fue la alternativa desgraciada que el destino ofreció a la voluntad de los argentinos; la otra era la grandeza absoluta que se puede dar en el orden humano. (*Ibid*: 65)

antiliberalismo, organicismo, empirismo circunstancialista, etc. Al esbozar una ‘ojeada por Europa’, el marqués de Valdegamas deja claro que concibe a Francia como instrumento de la Providencia para la propagación de las ideas nuevas, mientras que visualiza a Inglaterra (único país donde la dictadura es ‘de derecho común’) como la encargada de mantener el equilibrio moral del mundo. Sin embargo, ‘en los últimos años’ ambas naciones parecían haber perdido la memoria, invirtiendo peligrosamente sus papeles respectivos. Véase el *Discurso...* en Donoso Cortés (1970: T2, 305-323); también pueden verse otras elaboraciones del Donoso de ese tiempo: *Discurso sobre la situación general de Europa* (1850) -en el que Alois Dempf ha visto una prefiguración de O. Spengler - y el famoso *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* (1851), donde polemiza muy especialmente con P. J. Proudhon. Como señaló Carlos Valverde (*Introducción General* a Donoso), tras las formulaciones pioneras de Menéndez y Pelayo, la imagen de un Donoso tributario de los reaccionarios franceses decimonónicos ha sido discutida y matizada; paralelamente, se ha tendido a poner de relieve la influencia ejercida por el pensador español sobre la obra de Carl Schmitt.

Y, pocas páginas después:

Con sólo guardar lo que teníamos de 1830 a 1852, y con el espíritu que esa tarea de conservación habría difundido en el país, la Argentina podría ser hoy una potencia mundial, potencia justa, verdadera garantía de la paz universal como no la hay en el día. Hoy, cuando los ideales por que lucharon los vencedores de Rosas están amenazados en todas partes (...), se ve claro que la opción de aquéllos fue funesta. El retorno de la libertad, lo asegura la tendencia natural del hombre hacia ella. La grandeza pura y limpia, la soberanía absoluta requieren tan feliz coincidencia de circunstancias favorables, que rara vez se da. Y el país que pierde una gran ocasión de hacer papel en la historia universal, puede que no la vuelva a encontrar hasta después de varios siglos. Además de esa probabilidad de grandeza, que la caída de Rosas malogró, hay otra que le es concomitante: la de un régimen político original. (*Ibid.*: 85)

Estas últimas consideraciones constituyen un aporte genuino no sólo al debate historiográfico, sino también al ideológico-cultural. Claro está que ellas pertenecen al reino de las conjeturas; Irazusta lo sabe, pero ello no le inquieta en absoluto. Al contrario, en las líneas iniciales del párrafo V del *Ensayo sobre Rosas...* sostiene que la conjetura, en tanto elemento del juicio práctico, es un auxiliar imprescindible de la historia. Lo sería no para sustituir pruebas documentales faltantes o desconocidas, sino para iluminar el elemento voluntario de las acciones pasadas, las disyuntivas por las que atravesaron quienes estuvieron en posición de tomar decisiones trascendentes. De este modo, la conjetura proporcionaría elementos valiosos para *juzar* adecuadamente a los hombres de otros tiempos. Pero, ¿quiénes fueron aquéllos vencedores cuya opción de entonces (1838-1852) fue tan desgraciada...? Irazusta aborda este problema en el párrafo VI. Su argumento es el siguiente: el factor crucial que explicaría la caída de Rosas sería el carácter antinacional de la prédica de dos generaciones de intelectuales emigrados, aquella inteligencia argentina que se negó a colaborar con el dictador. Dicho factor, es decir, la soledad intelectual de Rosas, se habría combinado con su falta de genio militar y con el carácter desfavorable del espíritu del siglo, claramente liberal (nacionalista en Europa, extranjerizante en Sudamérica). Como veremos enseguida, Irazusta retomaría el tema del papel crucial de los intelectuales en la dinámica política en su ensayo sobre Alberdi y en varias secciones de la *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*. En relación con esto, cabe señalar de paso que el tópico de la “apostasía de los cultos” no deja de ser problemático, en especial cuando no se perfila con claridad el modo en que son concebidas las relaciones entre poder social, poder político y poder cultural. Más allá de ello, es preciso destacar que, nuevamente, nos topamos aquí con la figura decisiva de la encrucijada mal

resuelta en el pasado. Es cierto que ahora no se trata de un pasado próximo, como sucedía, al menos en parte, en *La Argentina y el imperialismo...*, sino de un pasado más lejano, ubicado en torno al año 1852. Sin embargo, el formato del planteamiento es análogo: frente a una ocasión dorada, quienes tuvieron la ocasión de aprovecharla no lo hicieron, y las consecuencias fueron desdichadas. Importa consignar que en 1935, presente de la enunciación, Irazusta no cree posible ni deseable una restauración “literal” de la dictadura rosista. Evocando a Burke, y tomando distancia de posiciones señaladamente reaccionarias que por entonces comenzaban a despuntar, sostiene:

...tampoco tengo empacho en declarar que hoy por hoy, aquí y ahora, soñar con dictaduras basándose en el precedente de Rosas es no comprender ni el pasado ni la actualidad argentinos. (*Ibid.*: 65)

Antes de abandonar el *Ensayo...* consideremos un fragmento que contiene una tesis acerca de la génesis del pensamiento del fracaso nacional, y que difiere en lo esencial tanto de mi propuesta de periodización como de lo indicado por el mismo Irazusta en otras zonas de su obra:

La diferencia de tono en el lenguaje de los hombres de época, sobre el destino de la patria antes y después de la caída de Rosas, es como el tránsito del día a la noche. Antes todos hablan de grandeza, de prosperidad, de emulación con los Estados Unidos, y no como de Utopía, sino en tiempo presente. Después todo son lamentos, aun en los que por su fantasía literaria tenían la costumbre de ver el futuro siempre hermoso (...) Que hoy seamos la primera potencia sudamericana es el milagro de nuestra situación geográfica en el continente y de las condiciones naturales de nuestro pueblo, no la obra consciente de los sucesores de Rosas. Y da la medida de lo que podíamos haber sido si en vez de tener la peor diplomacia de América hubiésemos tenido la mejor, como la quiso Rosas. (*Ibid.*: 83-84, mis cursivas)

En este pasaje Irazusta da a entender que la caída del dictador fue nefasta también en los planos ideológico y cultural. Hay que decir que aunque la idea contiene cierto núcleo de racionalidad, va contra toda evidencia: como sabemos, muchos planteamientos argentinos pletóricos de futuridad fueron trazados por los emigrados antirrosistas y por las figuras centrales de la época posterior a Caseros. La crítica esbozada en el pasaje irazustiano mezcla dos niveles diversos: la existencia o inexistencia de esos enunciados, y su eventual verdad o falsedad. También entra en colisión con lo que años más tarde él mismo señalaría en relación con el clima ideológico y cultural que caracterizó la celebración del Centenario. En otro orden

de cosas, no deja de ser llamativo el que, tanto tiempo después de la caída de Rosas, y contra todo lo que podría inferirse a partir de sus recurrentes lamentos, Irazusta sostenga que la Argentina es aun la primera potencia sudamericana. Para arrojar luz sobre la cuestión, es menester atender al hecho de que en lo profundo del planteamiento irazustiano late cierta imagen ideal de la Argentina vislumbrada como eventual potencia mundial, en relación con la cual la imagen de los Estados Unidos no es en absoluto ajena. Recuérdese el epígrafe que encabeza el capítulo, y téngase presente que más luego volveremos sobre este muy importante y complejo aspecto.

Ahora pasemos a considerar el ensayo *Alberdi en 1838*⁴⁰. Allí plantea Irazusta la siguiente tesis, ciertamente provocativa: a diferencia de lo usualmente sostenido hasta entonces (y, hay que decirlo, también después), entre el Salón Literario de 1837 y la Asociación de Mayo de 1838 no hubo continuidad, sino nítida oposición. La continuidad de los nombres no supuso una continuidad en los fines, que fueron muy otros: mientras el propósito del Salón había sido colaborar con Rosas, la Asociación se configuró para combatirlo. Tan repentino viraje, en el que Alberdi habría desempeñado un papel crucial, tuvo consecuencias nefastas para el futuro del país. El núcleo de la argumentación es que la prédica del Alberdi posterior al viraje de 1838 subyace a la adopción por parte del país de una “política extranjerizante”, vigente entre 1852 y el presente de enunciación irazustiano. No parece necesario insistir sobre el hecho de que esta tesis retoma, profundizándolos, un conjunto de motivos ya delineados en *La Argentina y el imperialismo...*, mismos que a lo largo de los años treinta habían recibido paralelo tratamiento por parte de otros autores, en particular Ramón Doll. El eje articulador de tales motivos es el señalamiento, en clave trágica, del eventual desencuentro entre un país y unos intelectuales capaces de traicionar los más fundamentales intereses de aquél al propiciar y llevar adelante una alianza con poderes extranjeros en procura de deponer a un gobierno nacional no sólo legítimo, sino también original y pleno de virtudes.

Veamos con cierto detalle el modo en que Irazusta reconstruye el momento 1837-1838. Es premisa de su argumentación el sostener que la iniciativa del Salón Literario, la publicación

⁴⁰ El ensayo sobre Alberdi fue publicado por primera vez en la *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas*, números 1, 2, 3 y 5 (1939-1940). Según testimonio posterior de Irazusta, el título bajo el cual apareció entonces (‘Alberdi, verdadero precursor de la claudicación’) le fue puesto por la redacción de la revista. Más tarde, al reeditar el texto en *Ensayos históricos*, Irazusta retomó el título que originalmente había pensado para el texto (‘Alberdi en 1838’), adicionándole la cláusula ‘Un trascendental cambio de opción práctica’. Las citas corresponden a esta última versión que, salvando el título, es igual a la primera; aludo al texto como *Alberdi en 1838*.

por Alberdi del opúsculo titulado *Fragmento preliminar al estudio del derecho* y la aparición algo posterior del semanario *La Moda*, formaron parte de un mismo intento, por el cual la joven generación liberal buscó una alianza con Rosas. Muy especialmente la aparición del *Fragmento preliminar...*: según Irazusta, ese prospecto no fue otra cosa que “un estatuto intelectual ofrecido por Alberdi a Rosas” (*Alberdi en 1838*: 155). De los juicios irazustianos sobre la evolución intelectual de Alberdi es posible desprender anotaciones susceptibles de contribuir a una más ajustada comprensión de sus propias preferencias intelectuales y políticas. Basándose en unos pasajes de la *Autobiografía* de Alberdi, y en un estudio de Coriolano Alberini (*La metafísica de Alberdi*, pronunciado como conferencia en 1933 y publicado poco después), Irazusta concluye que desde bastante antes de 1837 Alberdi había tendido a complementar sus lecturas de los iluministas franceses con ciertas aproximaciones al historicismo alemán, vía los románticos franceses (Cousin, Lerminier, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy, etc.). De allí habría derivado su disposición a repensar la relación entre medios y fines para el caso argentino: sin abandonar el iluminismo unitario en lo relativo a los ideales civilizatorios, el Alberdi del *Fragmento preliminar...* postulaba la incapacidad del primero para desentrañar cuáles eran los medios que la realidad argentina del momento requería para alcanzar los segundos. Como subrayara Alberini en su disertación, lo que planteaba el Alberdi de esos años era la necesidad de sintetizar fines iluministas y medios historicistas. De ahí a la superación del “ideologismo utópico unitario” y a la valoración del hecho federal, había un paso; según Irazusta éste llegó a darse en el *Fragmento preliminar...* Es por eso que, más allá de sus eventuales limitaciones, el opúsculo “es la manifestación más notable de pensamiento filosófico entre nosotros, durante el siglo XIX.” (*Alberdi...*: 154) En estos pasajes irazustianos se plantea con toda nitidez una jerarquización de las grandes escuelas de pensamiento de la época: el idealismo y el historicismo alemanes superan sin discusión al enciclopedismo francés; el circunstancialismo es preferible a la legalomanía; el realismo al utopismo. Las sucesivas tomas de posición alberdianas son juzgadas bajo este prisma. Por su gravitación hacia el circunstancialismo, el Alberdi de 1837 es superior al Alberdi posterior, habiendo resultado su viraje –intelectual a la vez que político– lamentable desde el punto de vista del interés nacional. Así pues, y como el lector ya habrá advertido, nos encontramos otra vez frente a una encrucijada mal resuelta, esta vez desplegada claramente dentro de la órbita intelectual, cuyo desenlace desfavorable significó la dilapidación de una dorada ocasión, acaso irrepetible. Por supuesto que en el argumento irazustiano la responsabilidad de ello recae no sobre Rosas sino

sobre los emigrados, específicamente sobre Alberdi. Basándose en ciertos fragmentos de los *Escritos póstumos* de éste, Irazusta procura poner de relieve la tolerancia de Rosas frente a los jóvenes liberales, cuyo apoyo parecía considerar conveniente. A partir de ese mismo material sostiene que la represión del régimen no era por entonces tan monstruosa como luego postuló la “leyenda roja”. Las que siguen son palabras de Alberdi citadas por Irazusta:

Emigrados espontáneamente, sin ofensas ni odios, sin motivos personales, nada más que por odio a la tiranía (...) nuestras palabras jamás tendrán por resorte ningún motivo personal. Ni a la persona, ni a la administración del Señor Rosas tenemos que dirigir quejas personales de injurias que jamás nos hicieron (...) La juventud dejó inmediatamente la revolución inteligente (...) y se entregó a la revolución armada (...) Ella no olvidó que el país no contenía elementos suficientes de reacción; y que era indispensable *para hacer girar la rueda de la revolución adoptar un eje extranjero.* (*Alberdi...*: 172, en esta oportunidad las cursivas son de Irazusta)

Por supuesto, Irazusta subraya la última cláusula para llamar la atención del lector sobre el hecho de que, al igual que Sarmiento (“fuimos nosotros...”), Alberdi era perfectamente consciente de lo que había propiciado con su prédica. Con el viraje alberdiano, la joven generación liberal se unió a la causa de Montevideo contra Oribe y Rosas, y a favor de los intereses franceses en el Plata, a través de un movimiento que vino a ser un anticipo de la coalición de 1851-52, entonces sí definitiva. Escuchemos ahora la voz de Irazusta:

Lo peor de la posición adoptada por Alberdi en 1838 no está ni en la arbitrariedad con que abandona la causa del país sin examinar el punto derecho, ni en la rapidez con que evoluciona del nacionalismo al internacionalismo, ni siquiera en el extravío con que pasa los límites de una legítima objeción de conciencia y llega a hacer causa común con el enemigo del país (...) Lo peor está en haber fundado y acreditado el sistema de la antipatria como si fuera el de la patria; en haber sostenido la necesidad de hacer permanente lo que pudo disculparse como expediente de oportunidad (...) Alberdi fue entre nosotros el fundador de una teoría nueva sobre la mecánica de la ayuda extranjera para derrocar un gobierno propio. Hízola considerar, no como una dura necesidad, como un mal necesario, sino como un bien codiciable (...) Los epígonos de Alberdi, sino él mismo, llevarían la teoría a sus últimas consecuencias, comprando la ayuda extranjera que sería decisiva para derrocar a Rosas, al elevado precio de una ilustre provincia secesionista cuya independencia se prometía reconocer, del control sobre los ríos nacionales, por cuya conservación Rosas acababa de luchar con éxito, y de la internacionalización o neutralización de la isla de Martín García, llave del estuario vital del país. Pero la teoría de la antipatria es todavía peor que esas entregas, pues quita los medios de repararlas.” (*Alberdi...*: 200-201)

Es claro que, para Irazusta, hacia fines de 1838 no fue Rosas quien cambió de postura, sino la joven generación liberal; además, dicho cambio no se debió a que la dictadura se hubiera vuelto “más insoportable”, sino a una opción práctica –equivocada- de la nueva generación, guiada por Alberdi. A los ojos de Irazusta, con este movimiento el Alberdi de 1838 se alejaba del circunstancialismo delineado en el *Fragmento Preliminar* para incurrir en el mismo error que poco antes le reprochara al “iluminismo unitario”: su escasa comprensión de los problemas nacionales. Más aun, al propiciar la alianza con el extranjero, convirtió dicha opción en tragedia para el país.

Una faceta interesante del ensayo sobre Alberdi es su deliberada moderación. Pese a lo polémico del título escogido por la redacción de la revista y a lo provocativo de la tesis que alberga, no hay una sola línea en que el tono de Irazusta se inflame para adentrarse en las selvas de la desmesura;⁴¹ además, en el texto no escasean los elogios a la capacidad y lucidez intelectuales de Alberdi. En mi opinión, ello se debe a varias razones, entre las cuales cabe destacar especialmente una. Irazusta –iconoclasta sí, pero sumamente prudente y retóricamente hábil- tiende a enaltecer a sus rivales ideológicos del pasado, mayormente responsables de la resolución desfavorable de las encrucijadas que les tocó protagonizar; al hacerlo, logra sin duda un efecto retórico de llamativa intensidad. Pongámoslo de este modo: en principio, todo lector debiera lamentarse por el carácter desafortunado de las resoluciones aludidas; un lector atento y entusiasta debiera experimentar todavía algo más: una profunda pesadumbre proveniente de la certeza de que, antes de tomar la senda indeseable, se había estado a punto de alcanzar la senda que iría a llevar a la plenitud. La figura de Alberdi –compleja y multifacética en su paradójica brillantez- es especialmente útil para incitar este giro.⁴² Más en general, es claro que la exploración del viraje de Alberdi revela una combinación nítida de dos de los motivos predilectos de Irazusta: por un lado, la alusión a una antigua encrucijada que, habiendo estado a punto de resolverse de manera afortunada, acaba resolviéndose de modo inconveniente, y, por otro, el acento puesto sobre el papel, crucial, de las ideas en la dinámica política. El siguiente fragmento es esclarecedor a este respecto:

⁴¹ Recuérdese que para la reedición de principios del cincuenta Irazusta prefirió sustituir el título escogido por la redacción de la revista por otro notoriamente más mesurado.

⁴² El lector recordará la nota 27. A los ojos de Irazusta, aquel Lugones que estaba a punto de quitarse la vida “...parecía el argentino mejor preparado para esbozar las líneas generales de un programa orientador, incluso para los mediocres ...” Al referirse al Alberdi de 1838 y al Lugones de un siglo después, la sensación que Irazusta procura generar sobre el lector –un profundo pesar por la pérdida de una oportunidad inmejorable- es análoga.

Y lo más doloroso era que Alberdi había parecido el argentino mejor preparado, por así decir, destinado a establecer la escala de valores que legítimamente debía favorecerlos. Su tentativa del *Fragmento preliminar*, por una política, un derecho, una literatura, una socialidad, una economía, un modo de vida nuestros, había sido sencillamente magnífica (...) La coincidencia de una política original con un sistema intelectual digno de ella, que la haga valer y añada a la razón de la fuerza toda la fuerza de la razón, es la circunstancia feliz en la vida de los pueblos, que les permite realizar grandes empresas nacionales. Es la redacción del *Federalista* durante la fundación del imperio norteamericano. Es la publicación del *Primado Civil de los italianos* con que Gioberti prepara el terreno a Cavour y los demás unificadores de Italia. Son los *Discursos a la nación alemana* de Fichte, precediendo los ejércitos de Blucher, y las obras de Hegel y de Treizche [Treitschke, AK] preparando la diplomacia de Bismarck. Es gloria de Alberdi haber iniciado con Rosas una colaboración semejante a la de esos escritores que merecen el nombre de padres de grandes patrias con tantos títulos como los estadistas a cuyo lado se hallaron personal o idealmente. Pero es la tragedia de su destino haber cesado esa colaboración en una de las primeras etapas de la magna empresa común, la cual debía estar por su misma magnitud erizada de dificultades. (*Ibid.*: 202-203)

Unas páginas atrás señalé que subyace al planteamiento de Irazusta una imagen ideal de la Argentina vislumbrada como, si se nos permite la expresión, “potencial potencia mundial”. Indiqué, también, que dicha imagen es inseparable de sus apreciaciones sobre los Estados Unidos (y sobre la órbita anglosajona en general). Por supuesto, tales apreciaciones se basan en un juicio histórico, inspirado sin duda en el movimiento cultural más amplio de revalorización de la hispanidad que venía teniendo lugar en esos años. Una consideración del siguiente pasaje puede permitir avanzar hacia una mayor comprensión de esta última faceta, así como de la tragedia que supuso para el país el cambio de opción alberdiano:

El ideal que, a partir de su campaña montevideana, Alberdi inculcó al pueblo argentino, era el menos indicado para hacer de nuestro país un Estado que mereciera el nombre de tal y una patria digna de sus antecedentes. A un pueblo católico, de origen español, con modalidades de vida y de carácter que tenían un estilo propio y una nobleza que ya había, a pesar de sus cortos años, probado mejor que muchos pueblos envejecidos en el imperialismo piratesco y sin gloria, le predicó que debía despojarse de todo lo propio y de todo lo español y tomar por modelos a las naciones que habían sido tradicionales enemigos de su religión y de su raza, y que representaban en el mundo los estilos vitales más opuestos al suyo, ya manifestado en ampliamente al hacer las primeras afirmaciones de sí mismo con generosidad pero con vigor. A un pueblo civilizado, cuyos institutos de enseñanza eran más antiguos que los de la América inglesa, le persuadió que era bárbaro (...) A un pueblo sobresaturado de legalidad (...) le inculcó que era esencial, no accidentalmente anárquico, en comparación con aquella flamante república de la bandera estrellada cuyo respeto por la ley radicaba también sin duda en

la justicia por mano propia de la ley de Lynch. A un pueblo vigoroso, que se había independizado por su solo esfuerzo en una lucha agobiadora y larga, causa principal de las dificultades que halló para establecer su propio gobierno, le dijo que era más débil que su afortunado precursor y émulo continental, cuya independencia se había debido a una coalición antiinglesa... (*Ibid.*: 202)

Anticipemos que este pasaje contiene *in nuce* algunas de las ideas rectoras del ensayo que Irazusta dedicara a la figura de Tomás Manuel de Anchorena y al proceso emancipador, mismo que examinaremos más luego. En lo fundamental, el ensayo sobre Anchorena es una propuesta de comparación entre los procesos emancipatorios argentino y norteamericano, con especial énfasis en la contraposición/complementariedad de dos proyectos civilizatorios. Pero no anticipemos. Retengamos por ahora lo siguiente: la encrucijada decisiva donde se decidió la suerte del país –y, en cierto modo, por extensión, también del mundo- fue la caída de Rosas en 1852; la encrucijada decisiva donde se decidió la suerte del dictador –y, por extensión, del país- fue la equivocada decisión tomada por Alberdi en aquella primavera del año 1838. Todo (o *casi* todo, como tendremos ocasión de matizar) se pensó y se hizo mal desde entonces.

4. *Ópera magna*: Rosas, estadista ejemplar

Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia, en ocho volúmenes, es, sin duda, la obra mayor de Julio Irazusta, al tiempo que uno de los esfuerzos más ambiciosos de la historiografía argentina. He anticipado que sus tesis fundamentales -inscriptas, con matices singulares, en la para entonces relativamente poblada galería de reivindicaciones de la figura y la época del dictador- se encuentran claramente delineadas en *La Argentina y el imperialismo...* (1934), en el *Ensayo sobre Rosas...* (1935) y en el ensayo sobre Alberdi (1938-1940); también he sugerido que una recomendación de Manuel Gálvez (1935) pudo haber desempeñado cierto papel movilizador sobre el espíritu de Irazusta. Con el objeto de precisar y enriquecer esta información cabe acudir al *Prólogo* de 1969, donde Irazusta señala que la idea de reunir los escritos de Rosas en una publicación *ad hoc* le vino a la mente cuando, a principios de la década del treinta, tomó contacto con la obra de Adolfo Saldías; así pues, el plan de la obra habría sido anterior tanto al *Ensayo sobre Rosas...* como a la recomendación de Gálvez, presumiblemente estimulante de todas maneras. En el mismo lugar, Irazusta nos informa que el primer tomo de la *Vida política...* apareció en 1941, mientras que el octavo y último salió a la

luz en 1969.⁴³ Según Irazusta, el propósito fundamental de la *Vida política...* fue “presentar a Rosas” a través de documentos suyos o de sus contemporáneos, destacando aspectos poco conocidos, en particular, el estilo y las ideas del dictador. En definitiva, la obra no sería tanto una “historia de Rosas” como una “compilación razonada de su correspondencia, para jalonar su vida política.” (*Vida política...*: T5, 83)⁴⁴ Desde un punto de vista técnico, el aspecto al que Irazusta asigna mayor importancia es el concerniente a su aporte al estudio de la conformación del derecho político argentino en el periodo 1829-1852.⁴⁵ Naturalmente, esta cuestión se vincula estrechamente con la imagen de Rosas como “unificador empírico”. En el citado *Prólogo* Irazusta declara que el propósito de la travesía no fue otro que el de “hallar la verdad”, en particular, la “verdad” sobre el personaje Rosas. Como ya indiqué, y como enseguida veremos con mayor detalle, el hallazgo de dicha “verdad” supuso no sólo o no tanto una incorporación armoniosa de la figura de Rosas en el panteón de los héroes nacionales (esto es, lo que habían venido haciendo los precursores de la reivindicación), sino más bien una incitación a invertir de plano los juicios habituales acerca del dictador y de buena parte de las figuras y épocas principales del proceso histórico argentino (lo que empezaban a hacer, y seguirían haciendo, Irazusta y sus “compañeros de ruta”). Así pues, y ante todo, la *Vida política...* es una discusión infinita contra la “leyenda roja” forjada por los antirrosistas contemporáneos de Rosas (Florencio Varela, Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Rivera Indarte, Lamas, etc.)⁴⁶ y desarrollada luego por la “historiografía oficial subvencionada de cuño liberal” (en parte, V.F. López; más nítidamente, José María Ramos Mejía y Paul Groussac; muy

⁴³ Según Irazusta, el plan original de la *Vida política...* consistía en principio en la publicación de dos tomos y un apéndice. Sus investigaciones de archivo (desarrolladas fundamentalmente entre 1943 y 1952), el aliento de personas cercanas (el propio Irazusta destaca, en tal sentido, al librero Benedicto Carballeira), y la aparición paralela de otros estudios sobre la época fueron determinándolo a ensanchar una y otra vez el proyecto inicial. En 1953 se reeditó el tomo primero, modificado y enriquecido por las nuevas aportaciones que habían ido apareciendo: Ravignani, Enrique Barba, Gabriel Puentes. La aparición de *La caída de Rosas*, de José María Rosa, fue posterior a esa fecha, pero de gran importancia para la elaboración de los tomos finales de la *Vida política...* En 1961, cuando se llevaban publicados cinco volúmenes, se produjo un cambio de sello editorial; después de esa fecha Irazusta elaboró los tres últimos tomos, rehaciendo paralelamente, en parte, los primeros tres.

⁴⁴ En la primera página del *Prólogo* de 1969 Irazusta evoca una obra que en cierto modo vino a servirle de modelo, aun si reconoce que haber intentado emularla en sentido estricto habría sido un despropósito: las *Cartas y discursos de Cromwell*, reunidos por Carlyle.

⁴⁵ En el mismo sentido, al final de la *Vida política...*, y luego de trazar un rápido balance de las aportaciones de la “escuela específicamente revisionista”, Irazusta indica: “Yo creo haber esclarecido el discrecionalismo – como distinguible de la arbitrariedad- de la suma del poder, y la organización de un derecho político empírico en la confederación de hecho a que refería Ravignani en sus estudios sobre la Liga Litoral.” (T8, 352)

⁴⁶ Dentro de este último “etc.” habría que incluir las polémicas retrospectivas que Irazusta emprende contra Darwin (T2, 198) y Thiers (T5, 23ss. y T6, 314ss.)

claramente, y más cerca del presente de la enunciación, el doctor Celesia). Textos de época exhumados y enhebrados con un comentario permanente que se despliega en una extensa y multidimensional polémica con la leyenda roja pasada y presente, tal la arquitectura básica de la *Vida política...*

Trazadas estas consideraciones generales, corresponde examinar más de cerca algunos de los elementos sobresalientes de la operación simbólica emprendida por Irazusta en su obra mayor. Naturalmente, aquí no es posible estudiar en detalle una obra que rebasa las tres mil páginas. Limitado y algo fragmentario, el abordaje que sigue tiene como único propósito contactar al lector con el lenguaje, las imágenes y la problemática que durante tantos años obsesionaron a Irazusta. Comencemos con su inversión del juicio sobre Rosas, desglosando la cuestión en sus componentes esenciales. Según la leyenda roja, Rosas habría sido un gaucho inculto, mandón megalómano y bebedor de sangre, xenófobo, retrógrado y enemigo de la civilización.⁴⁷ Estudiemos las respuestas dadas por Irazusta a esa serie de diatribas. Primero: Rosas no fue un gaucho inculto. En relación con este punto, Irazusta polemiza con denuedo contra todos aquellos que tendieron a negar las cualidades intelectuales del caudillo y pusieron en duda su capacidad para redactar documentos de cierto nivel, sea negando ese nivel, sea adjudicándose a alguno de sus colaboradores (Tomás M. de Anchorena, Tomás Guido, Felipe Arana). Aduce que al considerar la inmensa cantidad de papel borroneado por Rosas, así como su calidad, no queda otra posibilidad que la de ubicar al caudillo entre los grandes gobernantes dotados de poder omnímodo que, en tanto tales, exhiben una conciencia escrupulosa acerca de su ciclópea labor: Felipe II, Napoleón Bonaparte (*Vida política...*: T4, 77). Concede empero que, si en lo relativo al aspecto literario los textos escritos o inspirados de Rosas pueden a veces conceptuarse como inferiores a los elaborados por otras plumas de la época, no sucede lo mismo en lo que concierne al aspecto político: en este nivel, sus

⁴⁷ Tulio Halperín (1970: 19ss.) ha señalado que hacia los años treinta las versiones más rústicas de la “leyenda roja” estaban siendo relativamente superadas; aun cuando ello es cierto en varios sentidos, no cabe duda que la prolongada tradición de silencios y denuedos todavía poseía considerable resonancia. Un ejemplo: en su esquema para orientar el estudio de las ideas sociales argentinas, que abarca desde la Colonia hasta la época de las presidencias fundacionales, Ricardo Levene (1947: 23-40, etc.) ni siquiera menciona la época de Rosas. Téngase en cuenta que el libro de Levene apareció en la época peronista, esto es, en un momento para el que cabe suponer que los mensajes provenientes del revisionismo habían alcanzado cierta difusión en el panorama cultural.

producciones sobresaldrían no sólo entre las de sus contemporáneos, sino también entre las de los dirigentes que lo sucedieron.⁴⁸

Segundo: Rosas no fue un tirano que hubiera impuesto al país sus caprichosos puntos de vista por medio del solo recurso de la fuerza. Irazusta pone de relieve que Rosas gobernó sobre la base de un amplio consenso, identificable tanto entre los sectores populares de la ciudad y la campaña como entre sus pares, los demás gobernadores. En cuanto a la acusación de voluble y caprichoso, lo que Irazusta más destaca de la labor de Rosas es justamente la fijeza de sus miras: por un lado, el afianzamiento de la unidad nacional de manera empírica (esto es, sobre el encargo de las Relaciones Exteriores y de un conjunto de atribuciones gradualmente derivadas, y eludiendo de momento tanto la convocatoria a un Congreso Constituyente como la promulgación de una Constitución) y, por el otro, la defensa de la integridad y la independencia nacionales frente a las ambiciones, ora disgregadoras, ora imperialistas, ora ambas cosas, de distintos poderes continentales (la Confederación peruboliviana de Santa Cruz, Rivera y los hombres de Montevideo, el Imperio del Brasil) y extracontinentales (Francia e Inglaterra).

Tercero: Rosas no fue un megalómano. Como vimos anteriormente, en su replanteamiento de la cuestión, Irazusta retoma un motivo que ya había sido señalado por varios de quienes lo habían precedido en la empresa de reivindicación del dictador y que él tiende a situar en un registro más ligado al pensamiento tradicionalista y conservador. El lector recordará que el argumento irazustiano llamaba la atención sobre el hecho de que, como todas las dictaduras justificables, la de Rosas hallaría justificación en las espinosas circunstancias en que tuvo lugar. Si la cruenta guerra civil entre las Ligas del Interior y del Litoral justificó las facultades extraordinarias del primer gobierno de Rosas⁴⁹; la suma del poder, sancionada en 1835 y renovada sucesivamente en cada reelección, quedó a su vez justificada por el asesinato

⁴⁸ Ya en su *Ensayo...* de 1935 decía Irazusta: “Psicología de los caudillos, ciencia constitucional, guerra gaucha, diplomacia clásica, nociones fundamentales del arte política, las ideas diseminadas por Rosas en su epistolario sobre todos esos temas son *un monumento de la inteligencia genuinamente argentina* (...) Si a pesar de todo se sigue discutiendo la capacidad literaria de Rosas, resta decir que fueran de él sólo o de sus consejeros, o de todos juntos, los documentos firmados por el dictador forman *un cuerpo de doctrina política argentina muy superior al dejado por sus adversarios*.” (*Vida política...*: T1, 44-46; mis cursivas)

⁴⁹ ‘En 1828, un partido entero [*el unitario* (AK)] que pretende haber sido fundador de un Estado de derecho, estableció la teoría del imperio absoluto de la fuerza, y desató una en el país una ola de violencia que arrebato de entre sus filas el mayor número de víctimas. Se ha debido olvidar esa circunstancia decisiva para arrojar una condenación sin atenuantes sobre el hombre que se vio obligado a manejar aquella violencia, y que en ningún momento teorizó su empleo con la crudeza y el cinismo del prócer unitario [*se refiere a Salvador María del Carril, eventualmente uno de los mayores responsables del fusilamiento de Dorrego* (AK)].’ (*Vida política...*: T1, 185-186)

de Facundo Quiroga, por los indicios concomitantes de un resurgir de la conflictividad interna y, sobre todo, por los posteriores conflictos internacionales (la guerra a Santa Cruz, la guerra a Rivera y el sitio de Montevideo y, fundamentalmente, los bloqueos navales, francés primero, anglofrancés después). En Irazusta, “la dictadura es eterna, pero como remedio excepcional de épocas críticas” (*Íbid.*: T2, 259).⁵⁰ Queda claro pues que en todo esto no hay una apología de la dictadura como forma ideal de gobierno ni nada parecido. No hay tal apología en Irazusta ni, aspecto sobre el que éste llama reiteradamente la atención, tampoco la hubo en Rosas. En efecto, a diferencia de muchos otros gobernantes dotados de poder omnímodo, el dictador rioplatense no se mostró propenso a eternizar una situación que sabía justificada únicamente por las circunstancias. Así, no dio lugar a ciertos intentos de teorización en ese sentido ni manifestó interés por un proyecto de monarquía insinuado por integrantes de su propio círculo áulico tras el episodio de la “máquina infernal” en el despuntar de la década del cuarenta.⁵¹

Cuarto: Rosas no fue un bebedor de sangre. Ni necesitaba de la guerra —en definitiva, él no inició los prolongados conflictos en que se vio envuelto—, ni reprimió de modo particularmente violento a sus enemigos. A Irazusta le interesa sobremanera esclarecer este último punto, *leitmotiv* por excelencia de la leyenda roja. Recurre para ello a distintas estrategias. Ante todo, diferencia entre el primer gobierno de Rosas y su dictadura, dotada de la suma del poder. Se apoya en fuentes no rosistas para sostener que entre 1829 y 1832 el caudillo siguió una marcha moderada, esto es, sin acudir a detenciones prolongadas ni ejecuciones de unitarios, y ello pese a la circunstancia de la guerra civil y de las facultades extraordinarias de las que lo había provisto la Sala de Representantes de la Provincia (*Vida política...*: T2). Paralelamente, disminuye la intensidad del rojo. En cierto lugar acude a una de las más exacerbadas diatribas antirrosistas —las *Tablas de Sangre* de Rivera Indarte— para señalar que las víctimas del rosismo habrían sido, sin contar los caídos en guerra, 5800 en catorce años, sobre

⁵⁰ Es interesante anotar que, tras formular la sentencia recién citada, Irazusta muestra un agudo sentido polémico al apoyar su argumentación, no ya sobre Edmund Burke, Donoso Cortés, Jaime Balmes o Charles Maurras, sino sobre el mismísimo Jean Jacques Rousseau (incluso cita un pasaje completo, tomado de *El Contrato Social*, Libro IV, cap. VI). En otro lugar no duda en llamar a Rousseau ‘maestro de anarquistas y tiranelos.’ (*Tomás Manuel de Anchorena...*: 217).

⁵¹ En relación con esto, Irazusta traza al menos dos paralelos orientados a enaltecer la figura de Rosas. Uno: mientras que Napoleón Bonaparte, tras el atentado contra su vida que tuvo lugar en el año de 1800, aceptó la idea de Imperio propuesta por sus partidarios, el dictador rioplatense, republicano sincero, siguió una línea de conducta muy distinta (*Vida política...*: T3, 344). Dos: la preocupación de Rosas por conservar intacta, pese a la dictadura, la apariencia de las instituciones, es una disposición cuyo espejo debiera buscarse en Augusto mucho antes que en Tiberio, con quien, injustamente, tendió a compararlo la historiografía antirrosista (*Íbid.*: T7, 83-84).

una población de 700.000. Erosionando los fundamentos de un paralelo evocado con frecuencia por los antirrosistas, recuerda que las víctimas del jacobinismo en Nantes fueron muchas más en unos pocos meses de 1794 (*Vida política...*: T3, 282ss.). La comparación con la violencia atroz vivida por la España de la década del 30 del siglo XIX también le sirve para idéntico fin (véase por ejemplo: T2, 275ss.). Además, constantemente hace referencia a la lenidad de Rosas para con sus enemigos vencidos: “junto a terribles severidades, que creyó inexcusables según la peligrosidad de ciertos personajes, infinitas indulgencias” (T4, 233). En fin, Irazusta circunscribe los episodios de violencia más sobresalientes a tres momentos particularmente críticos en relación con la tensión bélica experimentada por el país: las crisis de 1839 (menos grave), la de 1840 y la de 1842 (más grave). Señala que en ninguno de esos casos puede hablarse de una “locura sanguinaria” del Rosas, y que en todo caso la responsabilidad de éste quedaría reducida al hecho de haber permitido que sus secuaces dieran rienda suelta a sus pasiones, y ello por motivos de prudencia política. Para dar sustancia a esta argumentación, recuerda que en sus negociaciones con los poderes europeos, Rosas solía hacer referencia al espantoso sacudimiento popular que podía llegar a suscitarse de triunfar la intervención extranjera. En tal sentido, la eventual y multiseñalada xenofobia del rosismo no le habría sido consustancial, sino que, de nuevo, encontraría su fundamento en las delicadas circunstancias del momento. Desde el mismo prisma enfoca Irazusta la cuestión de la propaganda de la época, dirigida a galvanizar el espíritu de las masas: las procesiones del retrato, los candombes, la generalización de los lemas subidos de tono, etc. habrían sido parte de una atmósfera de exaltación patriótica plenamente justificada en el marco de una agresión extranjera apoyada por un entero partido nacional extraviado (los unitarios emigrados). Estableciendo un paralelo hacia delante, señala que las dictaduras contemporáneas volvieron a recurrir al mismo método de apelar a las pasiones más elementales, todo lo cual encontraría explicación en el hecho de que las dictaduras de ayer y del presente de la enunciación forman parte de una misma familia política dentro de lo que Vico llamó la “historia ideal eterna de la humanidad” (*Íbid.*: T3, 239-240).

Quinto: Rosas no fue retrógrado ni enemigo de la civilización. Irazusta señala que sería útil ubicar a Rosas entre los miembros destacados de la fracción “colonial” del viejo partido de la independencia. Pero el uso del adjetivo “colonial” no debe llevar a pensar que dicha facción buscaba retornar a la época de la dominación española, sino tan solo que evidenciaba una serie de disposiciones favorables al orden y a la autoridad. Incluso, en varias oportunidades Irazusta

polemiza con distintos antirrosistas que habían sostenido que una de las ambiciones centrales de Rosas fue la de recomponer territorialmente el antiguo Virreinato del Río de la Plata. Según Irazusta, no hay pruebas documentales que autoricen a postular algo semejante. Por el contrario, los principios que parecen haber guiado a Rosas fueron el respeto a las demás naciones del continente y la confraternidad americana “a todo trance”. En cuanto a la relación de Rosas con la “civilización”, Irazusta destaca que el dictador jamás se propuso aislar al país del mundo de su tiempo. Como vimos antes, no fue xenófobo; cabe agregar ahora que, según Irazusta, su política fue como un “gobernar es poblar” *avant la lettre*. Rosas tampoco fue partidario de cerrar el país en lo económico: cómo podría haberlo sido si fue un gran saladerista, exportador, promotor decidido de la cría de ovejas y de la exportación del trigo; obviamente, su disposición general fue marcadamente librecambista (*Ibid.* T7: 146ss.). Pese a ello, a mediados de los años treinta sancionó una ley de aduana de tinte proteccionista, revelando una fina receptividad a los reclamos del correntino Pedro Ferré y sus colaboradores. A los ojos de Irazusta, si la prosperidad del país no alcanzó niveles más altos durante los años de Rosas, ello se debió exclusivamente a la casi permanente tensión bélica. Lo mismo cabe decir, en sentido inverso, del emisionismo. Prueba de todo ello serían los notorios repuntes económicos que tuvieron lugar durante los cortos años de paz (1843-44 y 1849-50). Por lo demás, Rosas no fue indiferente a la situación de la cultura nacional: atento a ella, a mediados de la década del treinta mandó a llamar a los jesuitas, a quienes entregó la educación; y si es cierto que más tarde, en el marco de su deslizamiento de una ortodoxia indiscutible al regalismo más extremo, los volvió a expulsar (al parecer debido a las reticencias de los padres para apoyar de manera abierta su política), también lo es que, por respeto a la autonomías provinciales, toleró su presencia en varias comarcas (*Ibid.* T4: 243ss.). Irazusta cuestiona duramente una afirmación de Ramos Mejía según la cual Rosas habría sido “materialista”: por un lado, el dictador legisló más sobre educación que sobre abasto⁵²; por el otro, si hubo descuido de la educación en ciertas fases de su período, ello hallaría explicación en la difícil situación en que los bloqueos de las potencias ultramarinas colocaron al país. Apunta entonces, maurrasianamente, que “para ser culto, hay que existir” (*Ibid.* T3, 80ss.).

Sexto: Rosas no gobernó a su antojo ni estuvo rodeado por una ristra de obsecuentes. Por el contrario, los mejores hombres de la generación de la Independencia colaboraron con él

⁵² En relación con esto Irazusta cita un artículo de su hermano Rodolfo, aparecido en 1939, que lleva por título “Rosas y la cultura argentina”.

en distintos momentos de su gobierno: Manuel Moreno, Manuel de Sarratea, Carlos María de Alvear y Tomás Guido conformaron su equipo diplomático. Los cancilleres que sucedieron a Guido, más tarde representante de Rosas en Río de Janeiro, fueron Tomás Manuel de Anchorena, a quien Rosas llamaba su oráculo (y a quien Irazusta dedicó un ensayo), y Felipe Arana, protagonista central en las negociaciones durante los bloqueos francés y anglofrancés, que derivaron en los tratados de 1840 y 1849. En cierto pasaje, Irazusta compara la relación entre Rosas y su canciller Arana con la sostenida entre Francisco de Austria y Metternich, entre Victoria de Inglaterra y Aberdeen o Palmerston, entre Luis Felipe de Francia y Thiers o Guizot: el modo en que discutían los asuntos los muestra como integrantes de un gobierno civilizado, que se consultan entre sí, examinando conjuntamente los problemas, aportando sugerencias, etc. Nada parecido al “gaucho déspota” de la leyenda (T4, 321). Por lo demás, Irazusta pone de relieve que, en varias oportunidades, los integrantes de la Sala de Representantes de la provincia de Buenos Aires dieron muestras de poseer una alta conciencia del interés nacional y de la situación del mundo: para demostrarlo, transcribe extensos pasajes de discursos de Baldomero García, Eduardo Lahitte, Lorenzo Torres, Eustaquio Torres, Agustín Garrigós y varios más. El publicista napolitano Pedro de Ángelis también colaboró con Rosas y, de acuerdo con Irazusta, no lo hizo por mero interés sino por convicción, como eventualmente puede apreciarse en su correspondencia privada, parte de la cual aparece transcrita en la *Vida política...* En relación con esto, interesa resaltar la puesta de relieve por parte de Irazusta de lo que podría denominarse el universo de significaciones del rosismo, mismo al que cabe caracterizar, sin temor a incurrir en anacronismos, de nativista, americanista y proto-antiimperialista. Dicho esto, es menester agregar dos elementos más al panorama de los hombres que rodearon a Rosas: uno, la disposición para colaborar con la dictadura que la nueva generación intelectual mostró desde 1837 y hasta fines de 1838 (ya examinada al estudiar el ensayo sobre Alberdi), y dos, y de tan grande importancia que dedicaremos a su examen una larga anotación al pie, el apoyo irrestricto y continuo que Rosas recibió de San Martín a través de una correspondencia que, si relativamente reducida en cantidad, es incontrovertible en su contenido.⁵³ Tras considerar la extensa nota, el lector concordará conmigo en lo siguiente:

⁵³ Repasemos algunas de las principales intervenciones del Libertador en la *Vida política...* En el Tomo 1, San Martín aparece mencionado dos veces con el objeto de mostrar el carácter tirante de su relación con los unitarios, primero respecto de Rivadavia (T1, 150ss.), después con referencia a Lavalle (*Ibid*: 198). También aparece mencionado como destinatario de una carta fundamental de Vicente López (enero de 1831), a la que ya hicimos referencia en una sección anterior. En el Tomo 2, el Libertador aparece escribiendo a Guido unas consideraciones negativas sobre Enrique Martínez, ministro de guerra de Balcarce. Por supuesto, en torno a

dispuestas de manera ciertamente estratégica, las entradas de San Martín en la *Vida política...* operan como “as en la manga” de los múltiples recursos argumentativos desplegados por Irazusta en su polémica infinita contra la leyenda roja, disputa que atraviesa, constituyéndolo, el comentario permanente de los documentos de época que se afana por exhumar. De manera

esta referencia Irazusta justifica el enrarecimiento de las relaciones entre Rosas, que entonces llevaba adelante su campaña en el desierto, y Balcarce, así como también la participación del primero (a través de su esposa y sus partidarios) en el movimiento que derivó en la renuncia del segundo. En el Tomo 3, y ya en relación con las alternativas del bloqueo francés, Irazusta, al comentar una carta de Rosas a Berón de Astrada, puntualiza: ‘La intromisión francesa en el Plata era un postrero episodio de la independencia americana. No por imaginación de Rosas, sino por la voluntad de los estadistas parisienses, que en ese año de 1838 decidieron proceder enérgicamente con todos los Estados sudamericanos que no les otorgasen las mismas ventajas comerciales de que gozaban los ingleses, y que constituían el nuevo método para volver a los países de nuestro continente a su antigua condición de colonias. Así emprendieron sus agentes acciones simultáneas y similares contra Méjico, Ecuador, Chile y Uruguay (...) *La mejor confirmación de la verdad que las palabras de Rosas encerraban está en el eco que hallarían en el personaje más autorizado para interpretarlas como era debido. Alcanzado en la lejanía de su destierro por las noticias del bloqueo, San Martín apresuró a ofrecer a su patria los servicios que pudiese prestar un anciano militar, cargado de glorias y de años (...) Su actitud valía más que un ejército, por la fuerza moral que su lealtad incondicional en el caso daba al gobierno de su patria*’ (T3, 163, mis cursivas) La carta en la que San Martín ofreció sus servicios a Rosas está fechada en Grand Bourg, el 5 de agosto de 1838. Casi un año más tarde, el Libertador empleó palabras terribles para condenar la alianza de algunos extraviados con los franceses (T3, 230-231). Poco después, Rosas designó a San Martín ministro plenipotenciario cerca del Perú, nombramiento que éste no aceptó. En torno a esta última cuestión, Irazusta polemiza retrospectivamente con Alberdi, quien había dicho en su momento que el nombramiento de San Martín fue una farsa o un sofisma. En general, Irazusta remarca que la actitud de San Martín en 1838-40, con todo lo que significaba en términos morales, puso desesperadamente al descubierto no sólo la de los argentinos extraviados sin remedio, sino también la de todos los vacilantes y pusilánimes. En el Tomo 5, y ahora en relación con el bloqueo anglofrancés que tuvo lugar entre 1845 y 1848, San Martín aparece escribiendo a Federico Dickson, cónsul de la Confederación Argentina en Londres, para evacuar una ‘consulta técnica’ hecha por la prensa de esa ciudad. En esas líneas, ‘el máximo estratega de América’ refiere la firmeza de Rosas, su popularidad, las limitaciones del bloqueo, las complicaciones que una guerra abierta acarrearía a las potencias (ellas podrían tomar Buenos Aires, pero no soportar un bloqueo terrestre, etc.). Irazusta recalca que la exposición de San Martín tiende a ser visiblemente desalentadora para los jefes de la intervención y llama la atención sobre la perfecta coincidencia en las actitudes de los dos más grandes argentinos del momento. Meses después, ya enterado de las vicisitudes del Combate de Obligado, San Martín escribió a Guido, manifestando su opinión favorable a la resistencia argentina y colocando la contienda al mismo nivel de trascendencia que la emancipación de España (T5, 333). En el Tomo 7 nuevamente aparece San Martín escribiendo a Guido (octubre de 1847): ‘...de todos modos yo estoy bien tranquilo en cuanto a las exigencias injustas que pueden tener estos dos gabinetes [*el inglés y el francés*, AK], porque todas ellas se estrellarán contra la firmeza de nuestro don Juan Manuel; por el contrario, mis temores en el día son el que esta firmeza se lleve más allá de lo razonable... En fin Dios dé al general Rosas el acierto de conciliar la paz, y al mismo tiempo el honor de nuestra tierra.’ (T6, 128) Un año más tarde, San Martín felicitó a Rosas por el levantamiento del bloqueo conjunto, diciéndole: ‘Jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo usted a sus destinos.’ (T6, 220-221) A fines de 1849, ya pocos meses antes de morir, San Martín escribió al Ministro de Obras Públicas de Francia, procurando disuadirlo de emprender una expedición al Plata, idea que circulaba por entonces entre los parlamentarios disconformes con el tratado Arana-Lepredour, en proceso de ratificación. Refiere Irazusta que la carta se leyó en consejo de gabinete, y aparentemente influyó en la prudencia que observaron todos los ministros frente a la cuestión (T6, 312-313). Por fin, San Martín hace una última aparición clave en la *Vida política...*: En el Tomo 7 (323), Irazusta recuerda que, al ser visitado por Sarmiento, el Libertador se manifestó partidario de Rosas, desconcertando al sanjuanino, que atemperó su testimonio caracterizando al prócer como ‘viejo y enfermo’. Muy hábilmente, Irazusta ni siquiera menciona algo que descuente todos sus lectores conocen: San Martín, en su testamento, legó su sable corvo a Rosas.

que, en cierto modo, si se las considera en conjunto, las apariciones del Libertador vienen a ser la columna vertebral de la voluminosa obra. El lector habrá percibido que lo que está en juego aquí es simbólicamente crucial: mientras los antirrosistas de antes y de después se vieron conducidos a llevar a cabo múltiples y complejas operaciones de borroneo en relación con la nítida disposición rosista de San Martín, Irazusta y sus amigos nacionalistas y revisionistas pudieron jactarse, y no sin razón, de que su idea del tiempo histórico argentino coincidía en los aspectos medulares con la esbozada por el Libertador en su correspondencia.⁵⁴ La idea irazustiana según la cual Rosas estuvo en verdad rodeado por un esclarecido equipo dirigente mantiene una relación de cierta tensión con su insistencia paralela sobre la “soledad intelectual” del caudillo tras la “apostasía de los cultos” guiados por Alberdi a fines de 1838. Como vimos, y como precisaremos mejor enseguida, esta última imagen juega un papel decisivo en la argumentación delineada por Irazusta para dar cuenta de la caída de Rosas.

Séptimo, corolario de los puntos anteriores, y de importancia capital: Rosas fue un modelo de estadista, y su época un momento decisivo, esplendoroso y único en la historia nacional. En cuanto a la imagen de Rosas como modelo de estadista, cabe destacar que, desde la óptica irazustiana, ello se liga a un racimo de cualidades específico, del que sobresale la rara combinación entre fijeza de miras y voluntad esclarecida por una parte, y prudencia, paciencia y ductilidad por la otra. En relación con dicha combinación, los ejemplos y comentarios son innumerables a lo largo de la *Vida política*... Señalare tan solo que, para Irazusta, fue justamente esa combinación de atributos lo que le permitió a Rosas posicionarse como el sucesor natural del inviable intento de Lavalle en 1829 y, más tarde, como el único hombre capaz de conducir los destinos del país en la delicada coyuntura abierta en 1835; de igual modo, la misma combinación posibilitó las sucesivas victorias militares en las guerras civiles y los sendos triunfos diplomáticos obtenidos frente a las grandes potencias del mundo, primero en 1840 y luego en 1848-49. Desde el punto de vista de Irazusta, la época de Rosas fue decisiva porque supuso el afianzamiento de la unidad nacional y la consolidación de la independencia.⁵⁵

⁵⁴ Toda esta cuestión adquirió candente actualidad hacia 1950, cuando el gobierno de Perón se disponía a celebrar con grandes fastos el centenario de la muerte del Libertador. Naturalmente, los revisionistas se afanaron en llamar la atención sobre el hecho de que no se podía ser genuinamente sanmartiniano sin ser rosista. Para entonces, el revisionismo había ‘ganado posiciones’ sin constituirse todavía en la visión de la historia del peronismo, cosa que sucedió poco después. La cuestión es detalladamente estudiada por Diana Quattrocchi (op. cit.: cap. 10).

⁵⁵ En relación con el afianzamiento de la unidad nacional, Irazusta retoma y desarrolla un paralelo propuesto por Brossard y recuperado por Quesada: Rosas fue el Luis XI argentino, en tanto Rivera y Santa Cruz aparecen homologados al duque de Borgoña y a Francisco de Bretaña. En opinión de Irazusta, el paralelo es

Además de decisivo, el momento rosista fue esplendoroso y único: el país atravesaba hacia 1850 una situación excepcional, disponiéndose a emprender una marcha que, de no caer Rosas, o mejor, de no abandonarse el criterio rector de su política, lo habría llevado a constituirse en una potencia mundial genuina y con plena incidencia en los destinos del orbe. En resumen, desde el punto de vista de Irazusta, Rosas fue un estadista ejemplar, realista, consciente de sus fuerzas, recto (es decir, nada maquiavélico), respetuoso de los derechos de los países vecinos y de las autonomías provinciales, de enorme dedicación al trabajo, de conciencia altamente escrupulosa, de hondo sentido republicano, y en quien se combinaron las cualidades ideales para un político: fijeza mental y prudencia. En el panorama de la historia argentina, representa una cima jamás superada hasta el presente irazustiano, en particular por la índole de su diplomacia (que es para Irazusta la verdadera política). En el panorama de la historia mundial, Rosas también merece un lugar meritorio, toda vez que el país por él conducido fue, junto con los Estados Unidos, el único capaz de resistir en aquel momento de expansión protoimperialista la embestida de las más poderosas potencias europeas.

5. Traición, caída y cono de sombra

En lo que respecta a la consideración por Irazusta de la caída de Rosas, pienso que conviene trabajarla en dos niveles: causas y consecuencias, distinguiendo a su vez una serie de planos a su interior. En secciones precedentes hemos anticipado una cantidad considerable de elementos, que ahora corresponde examinar con mayor detalle. Téngase presente que el complejo desarrollo de esta cuestión cubre con su vigoroso impulso la historia argentina anterior y posterior, con matices y pliegues que será conveniente poner de relieve; más aun, dicho desarrollo prácticamente equivale a la explicación del fracaso argentino por Irazusta.

Comencemos pues por las causas de la caída del dictador. Entre las inmediatas la más importante fue, según Irazusta, la traición de Urquiza.⁵⁶ Desde 1841-42, Urquiza pasó a ser el principal lugarteniente de Rosas en la zona más problemática de la Confederación: la

útil, aunque debe matizarse a favor de Rosas: a diferencia del monarca francés, el centauro del Plata no tenía nada de ambiguo ni de inescrupuloso, sino todo lo contrario (T3, 232ss.) [Alfred de Brossard fue secretario del conde Walewski, uno de los diplomáticos que llegaron al Plata durante el bloqueo anglofrancés. Brossard escribió unas *Considérations sur les républiques de la Plata*, París, 1850, traducidas al castellano bajo el título *Rosas visto por un diplomático francés* (1946)] Con respecto a la consolidación de la independencia, ya hemos considerado la opinión de San Martín, y no cabe insistir sobre el particular.

Mesopotamia. En opinión de Irazusta, su conducta se volvió “sospechosa” al menos desde 1845 y, sobre todo, después de su victoria sobre Madariaga en Laguna Limpia (febrero de 1846). Madariaga, por entonces gobernador de Corrientes, actuaba en alianza con Paz y estaba a favor de la libre navegación de los ríos, uno de los dos puntos en torno a los cuales Rosas se mostraba más intransigente en sus negociaciones con Inglaterra y Francia.⁵⁷ En todo ese tiempo, Urquiza negociaba con los Madariaga, recibía un pedido de mediación del gobierno de Montevideo y mantenía relaciones con los interventores, pasando así por encima de la autoridad del gobierno porteño. Retomando una hipótesis formulada por Pedro de Ángelis en *Vida de un traidor*, Irazusta sostiene que Urquiza habría estado a punto de pronunciarse contra Rosas en ese tiempo, siendo disuadido por la llegada de Mr. Thomas Hood al Plata a mediados de 1846. El punto es que el arribo de Hood significó un giro favorable al dictador en sus negociaciones con los poderes interventores. Varias cartas de Rosas a Arana y a Pacheco revelan su disgusto e irritación para con Urquiza. Irazusta destaca que, a pesar de eso, el gobierno de Buenos Aires maniobró con extrema prudencia en sus relaciones con Urquiza, procurando evitar una ruptura que, desde el mirador conjetural irazustiano, de haberse producido habría provocado la disgregación, si no del país entero, sí seguramente de la Mesopotamia. De manera que la marcha favorable que desde mediados de 1846 tendió a tomar el conflicto con los poderes ultramarinos, sumada a la prudencia magnánima de Rosas, fueron para Irazusta los factores que propiciaron que el pronunciamiento se demorara un lustro. A principios de 1850 Urquiza acompañó a los demás gobernadores en sus manifestaciones contrarias a la renuncia de Rosas, aunque lo hizo con cierta demora y con un señalado matiz autonomista, sesgos debidos, al parecer, a tiranteces relativas al modo en que ambos caudillos consideraban los asuntos económicos de la Confederación. Irazusta señala que, al menos desde 1845, Urquiza y su socio Antonio Crespo habían encontrado una “mina de oro” en el comercio clandestino con Montevideo; más o menos desde esa fecha, Urquiza le reclamaba a Rosas franquicias comerciales y financieras y, en general, un alivio a las medidas restrictivas al comercio exterior. Sin embargo, Irazusta aduce que el pronunciamiento no se debió a razones exclusivamente económicas; en su opinión, la ambición de Urquiza era principalmente política.

Todavía dentro del plano de las causas inmediatas de la caída de Rosas, corresponde precisar que, para Irazusta, que en este punto se apoya en *La caída de Rosas*, de José María Rosa,

⁵⁶ Las consideraciones que siguen sintetizan apretadamente las trazadas por Irazusta en *Vida política...*: T4, cap. 50; T5 y T6, caps. 75 a 79; T8 en general.

el factor decisivo que creó las condiciones para el pronunciamiento de mayo de 1851 fue la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Argentina y Brasil: una serie de cambios ministeriales que tuvieron lugar en el Imperio terminaron de acercar a éste a Montevideo, alejándolo definitivamente de la política de Rosas, respecto de la cual nunca había estado por lo demás demasiado próximo. En el marco signado por esa dinámica, se inició una operación entre el canciller imperial Paulino Soares de Souza y el representante de Montevideo en Río, Andrés Lamas, mediada por el financista brasileño Ireneo Evangelista de Souza, barón de Mauá. Según Irazusta, que en esto –reitero– sigue de cerca la argumentación de José María Rosa, brasileños y montevidianos, más allá de sus intenciones, no habrían actuado contra Rosas si Urquiza –entonces General en Jefe del Ejército de Operaciones de la Confederación– no les hubiese abierto la puerta a través de su pronunciamiento. Una vez producido éste, el ejército de Oribe, minado a la sazón por trabajos de zapa, se desmoronó. Poco después, Urquiza, acompañado por tropas imperiales, derrotó a Rosas en Caseros. En este marco, y aun en el plano de las causas inmediatas de la caída, Irazusta señala algunos otros factores que explicarían la derrota de Rosas en Caseros: de un lado, su confianza infundada, fruto de una eventual incapacidad para la abstracción política, en que Inglaterra se opondría a la acción del Brasil; del otro, su falta de aptitudes en lo que respecta a cuestiones de estrategia militar. También cabe ubicar en este mismo nivel la idea de Irazusta según la cual la impaciencia de Urquiza, reveladora de su falta de miras, habría influido sobre Rosas, decidiéndolo a aceptar una nueva reelección (T8, 248).

Ahora bien, si nos desplazamos con Irazusta del plano de las causas más inmediatas de la caída de Rosas (pronunciamiento de Urquiza en el marco de la ruptura diplomática de la Confederación rosista con el Brasil, desmoronamiento del ejército de Oribe, errores de cálculo del dictador en la antesala de Caseros) a un plano más abstracto, nos encontramos enseguida con la imagen, ya estudiada, de la “apostasía de los cultos”. En efecto, en Irazusta, el factor decisivo que explica el pronunciamiento de Urquiza y la buena acogida que tuvo entre parte importante de los dirigentes argentinos es la continua prédica extranjerizante desarrollada por los emigrados. No es necesario insistir demasiado sobre el punto, toda vez que fue debidamente examinado al analizar el ensayo sobre Alberdi. Solamente señalaré ahora que de los ocho tomos que conforman la *Vida política...* más de medio está dedicado al examen crítico de la prensa emigrada. A lo largo de esos capítulos Irazusta polemiza retrospectivamente con

⁵⁷ El otro punto era el reconocimiento de Manuel Oribe como presidente legítimo del Uruguay.

Florencio Varela, Andrés Lamas, Rivera Indarte, Félix Frías, Esteban Echeverría, Alberdi y, fundamentalmente, Sarmiento. Seis capítulos de la *Vida política...* (del 103 a 108) constituyen una intensa disputa argumentativa entre Irazusta y Sarmiento, “pregonero por autonomasia del *slogan* de la guerra civil” (T7, 275).⁵⁸ Cabe consignar que es justamente en torno a este punto que Irazusta llama la atención sobre otro eventual error de Rosas, a saber: su disposición a permitir un grado de libre discusión eventualmente inaceptable en las circunstancias en que le tocó gobernar.⁵⁹ Por lo demás, la simple constatación del ingente espacio consagrado en la *Vida política...* a las disputas intelectuales de época da una idea ajustada de la importancia asignada por Irazusta a los planos de las ideas y la cultura. En relación con este punto cabe recordar una anotación de Tulio Halperín (1970: 17-18) según la cual los revisionistas argentinos solieron frecuentar un “antiintelectualismo propio de intelectuales”, posición desde la cual se tiende a sobredimensionar el papel de las ideas en la dinámica histórica. El caso de Irazusta puede ser visto, ciertamente, desde el ángulo de mira que proporciona esa afirmación.

Todavía podemos seguir a Irazusta hasta un plano más abstracto. Consideremos el siguiente pasaje, que tiene la ventaja de enlazar, previa distinción, los tres planos causales con lo que, a mi modo de ver, trabaja Irazusta al tratar de explicar la caída de Rosas:

La principal responsabilidad, pues, recae menos sobre Urquiza que sobre los hombres que componían lo que se podría llamar la inteligencia argentina. Título que admito por

⁵⁸ Vale la pena recordar los trazos principales de la polémica retrospectiva que Irazusta entabla con Sarmiento. Irazusta detecta la posición matricial del sanjuanino en su temprana campaña en *El Progreso* de Chile (1842): un férreo determinismo inferiorizante respecto de su propia estirpe: “...su ojeriza contra la herencia española y contra la democracia abrazada por el pueblo bajo explican el pesimismo radical que guió sus reflexiones sobre nuestro pueblo.” (T7, 297) Irazusta se refiere también a las licencias polémicas de Sarmiento, a su indiferencia frente a la verdad, a sus “inexactitudes a desigño”, a sus constantes fluctuaciones, a su incoherencia esencial, fundada en el odio a Rosas. En varios momentos procura rectificar los juicios según él erróneos de Sarmiento (en torno a Rosas, a las ambiciones de las potencias ultramarinas, a la cuestión de Magallanes y de la Patagonia, a la situación de los países que describe en *Viajes*, etc.); empero, en cierto pasaje, admite: “Fatiga la idea de tener que dinamitar esa mole de disparates o mentiras flagrantes.” (T7, 305); y más adelante: “No hay manera de entenderse con Sarmiento.” (T7, 355) En suma, para Irazusta, a través del vigoroso revoltijo de contradicciones que es su obra, Sarmiento aparece como uno de los partidarios prominentes de “la pequeña Argentina”. Como veremos, del triunfo de ese criterio resultó para Irazusta “la situación en que nos hallamos”.

⁵⁹ Tanto *La Gaceta Mercantil*, oficioso rosista, como el *Archivo Americano* -“gran periódico trilingüe” a cargo de Ángelis, especie de “libro de cancillería” que se editaba desde 1843 para contrarrestar la propaganda de unitarios y montevideanos en Europa-, publicaban, junto a apologías sistemáticas de la política del dictador, las diatribas más acerbas que se le dirigían, y contra las que polemizaban ardorosamente. Aun más, tanta importancia dio Rosas a la “guerra de pluma” emprendida por Sarmiento que hacia 1849 mandó editar en Mendoza la revista *La Ilustración Argentina*, casi exclusivamente consagrada a combatirlo. A juicio de Irazusta, que en relación con esto evoca un aforismo de Rivarol (“los despotismos perecen por falta de despotismo”), lo más indicado para el gobierno de Buenos Aires habría sido una “guerra de silencio”.

comodidad de expresión, pero no por estar enteramente de acuerdo con él. Ya que desde el punto de vista político considero más argentina que la de los Sarmiento y los Alberdi, los Varela y los Carril, la de los Anchorena y los Guido, los Lahitte y los García, etc., etc. Pero aquéllos estaban, a diferencia de éstos, dotados para la propaganda literaria y periodística. Y harían más mella en los espíritus nacionales que todas las plumas movidas a favor de la dictadura (...) *Por otra parte*, en la responsabilidad que le cabe a todo el país –en todos sus sectores– por no haber comprendido el programa de Rosas ni la necesidad de pagar su precio en sacrificios prolongados, la de Urquiza se confunde con la de muchos otros personajes altamente colocados, que no se pronunciaron como él, pero cuyas voluntades lo acompañaban tal vez en secreto. En esta *Vida política* del caudillo porteño, pruebo hasta qué punto éste había ido quedando solo, aun en su provincia, aun entre sus colaboradores, en su concepción del interés nacional (...) *La Argentina entera, antes que Urquiza, fue la que desmereció de sus antecedentes en la carrera de la grandeza*. Después de haber probado en la guerra de la emancipación, como la más importante de las repúblicas hermanas, su extraordinaria capacidad para las grandes empresas, desmayó ante otra similar, dejando caer los brazos cuando estaba a punto de triunfar. *Tiene una disculpa, como el que la guió al renunciamento*. Como traté de mostrarlo en mi libro sobre *Tomás de Anchorena*, la situación mundial durante todo el medio siglo en que nos emancipamos y tratamos de constituirnos como país independiente fue la más adversa que jamás hallara un país en igual trance de cortar los lazos con una madre patria y organizar un gobierno propio enteramente libre de ajena dominación. Y no es extraño que ante las dificultades sin cesar renovadas que el mundo le oponía, se fatigase al cabo de cuatro décadas, de un esfuerzo que pudo creer vano. *En política, no hay voluntad aislada, por recia y esclarecida que sea, capaz de lograr sus propósitos, sin una parte de suerte*. (*Vida política...*: T8, 246-247, mis cursivas)

El fragmento postula una operación simbólica de notoria envergadura. Nótese los dos pasos sucesivos que ella alberga: el primero, la eventual disolución de aquellas responsabilidades tan trabajosamente perfiladas (Urquiza, la prensa emigrada, Montevideo, Brasil, etc.) en la ambigua imagen de una sociedad entera que traiciona a su caudillo; el segundo, la disculpa a esa sociedad vía una invocación a las circunstancias del siglo y, en definitiva, al azar. Me inclino a pensar que este último impulso, de enorme interés para los fines del presente estudio, se liga con un eventual empeño por explicar el fracaso del país de un modo que evite tanto el deslizamiento hacia ese férreo determinismo que Irazusta tanto le cuestionaba a Sarmiento, como la exploración decidida de los meandros, ciertamente sombríos, a los que podría conducir la denuncia implacable de una “voluntad traidora” o de una “noluntad general”: el punto es que por cualquiera de esas vías podría arribarse a la condena en bloque de zonas enteras del pasado nacional, en un movimiento a todas luces inconveniente desde los puntos de vista identitario y político, ambos cruciales para la mirada de un nacionalista como Irazusta.

Como el propio Irazusta lo hace explícito en las últimas líneas del pasaje recién transcrito, el lugar de su obra donde aparece planteada con mayor claridad la cuestión de las circunstancias adversas del medio siglo que siguió a la emancipación es el ensayo *Tomás Manuel de Anchorena o la emancipación americana a la luz de la circunstancia histórica*.⁶⁰ Anchorena es, por supuesto, una figura atractiva para Irazusta: gran propietario, tradicionalista juicioso, temprano defensor de la tradición española, temprano partidario de la independencia, temprano partidario de la forma republicana de gobierno. Sin embargo, lo más importante del ensayo no es la semblanza de Anchorena, sino la ambiciosa propuesta de interpretación de la independencia americana que en él se despliega. Devenido ya hispanista consecuente, Irazusta se niega a conceder que el éxito histórico posterior de los Estados Unidos se deba a alguna diferencia entre las colonizaciones sajona e ibérica y, mucho menos, a cuestiones étnicas. Irazusta da por sentado que los prejuicios antiespañoles, característicos de la “leyenda negra”, se han disipado. Enseguida, polemiza respetuosamente con Carlos Pereyra, cuyas consideraciones críticas sobre Carlos V y Felipe II “rectifica” al señalar que dichos monarcas pueden haber fracasado como jefes del estado particular España, pero que gracias a ellos se conservaron para la humanidad ciertos principios religiosos “sin los cuales el mundo no podría vivir.” En estrecha relación con esto opone el imperialismo de las potencias católicas (incorporador de razas enteras a la civilización occidental) al de las potencias protestantes (basado en la doctrina de la predestinación e incipientemente racista). Más cerca de la época que nos interesa, indica que, hasta el momento en que se declararon las respectivas independencias, los rioplatenses se habían revelado superiores a los norteamericanos en lo que respecta a la capacidad para el gobierno propio y para la defensa de sus intereses (advirtieron y enfrentaron el peligro portugués con más presteza que los anglosajones el francés, etc.). Además, y en contraste con la situación del norte al despuntar el último tercio del siglo XVIII, los rioplatenses contaban con un Estado central, con recursos financieros más importantes, con un espíritu militar mejor templado, etc. De manera que, para Irazusta, la diferencia entre los resultados de ambos procesos emancipadores no se explicaría tanto por sus antecedentes como por las circunstancias –azarosas– en que tuvieron lugar. Entre esas circunstancias el factor clave fue el externo: mientras los Estados Unidos contaron con la ayuda decisiva de Francia y de una “abrumadora coalición de las potencias marítimas”, las colonias

⁶⁰ El ensayo apareció en volumen unitario en 1950 y, nuevamente, en 1962. En 1979 formó parte de la recopilación titulada *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*.

hispanoamericanas se emanciparon sin ayuda de nadie; además, mientras los Estados Unidos enfrentaron a una madre patria en ascenso en el mundo, que enseguida comprendió las ventajas de una transacción, las colonias hispanoamericanas desafiaron a una metrópoli decadente, que lejos de haber aprendido de la experiencia norteamericana, se aplicó a malgastar las energías de sus colonias y las suyas propias en una sangrienta, prolongada y absurda lucha que acabó por agotar a las dos partes:

No es extraño que los unos (...) se orientasen rectamente hacia la meta de un destino manifiesto, surgido de la entraña histórica, mientras los otros, deslumbrados por hazañas ajenas, acosados de dificultades, perdían un rumbo que antes supieran mejor que aquellos a quienes se propusieron emular. Ni que los norteamericanos hicieran a un lado, cuando les convino, el recuerdo de los favores recibidos, para negociar por separado la frontera que ambicionaban, que Inglaterra les cedía y Francia les negaba. Ni que los hispanoamericanos prometieran gratitud eterna por las migajas de buena voluntad que Gran Bretaña les vendía clandestinamente. (*Tomás Manuel de Anchorena...: 300*)

A esa desdichada combinación de circunstancias debe sumarse el hecho, también lamentable, de que en las colonias hispanoamericanas prevalecieron, durante los tres primeros lustros de la empresa, los “ideólogos”, segundones del movimiento emancipador y adalides del “espíritu imitativo”: fundamentalmente, Bernardino Rivadavia y Manuel José García.⁶¹ Según Irazusta, estos “ideólogos”, principales culpables del fracaso, se aferraron a la idea de que el país era inferior a ellos y elaboraron, contra toda evidencia, la “teoría de la congénita inferioridad hispánica” (*Ibid.*: 306ss.). Sólo durante el gobierno de Rosas, con quien colaboró en forma decisiva su primo Anchorena, se exploró otra senda: la política federal dio acabadas muestras de flexibilidad, circunspección y prudencia.

Corresponde estudiar ahora el modo en que Irazusta enfoca el problema de las consecuencias de la caída de Rosas. Lo primero que debe señalarse al respecto es que la entera cuestión vuelve a ser abordada a partir de la oposición entre las fracciones independentista y civilizadora, ambas derivadas del viejo partido de mayo. Como vimos, tal dicotomía ya aparecía

⁶¹ Considérese el siguiente paralelo entre Washington y Rivadavia: ‘Pero sobre haber sido el proceso de la emancipación tan desfavorable para la Argentina, como favorable para Norteamérica, según lo hemos visto, al candidato norteamericano le sobraba todo lo que faltaba al argentino para desempeñarse con acierto en la tarea. De un lado prudencia con los compatriotas, firmeza con el extranjero, sensatez, modestia, y los inmarcesibles títulos del libertador indiscutido. Del otro intemperancia y desdén en el interior, flaqueza ante el exterior, ideología, fatuidad, y el hecho de que además de no ser ni un San Martín, ni un Bolívar, Rivadavia contrarió la acción de ambos, siempre que tuvo medios para hacerlo.’ (*Tomás Manuel de Anchorena...: 305*)

nítidamente planteada en *La Argentina y el imperialismo británico*, siendo su fuente de inspiración la también referida carta de Vicente López a San Martín de enero de 1831. Naturalmente, si el gobierno de Rosas representó el predominio de la fracción independentista, su caída significó que pasara a prevalecer la opuesta, es decir, la del progreso y la civilización, conducida por aquellos “ideólogos de espíritu imitativo” a los que recién hice referencia. Consideremos el problema con atención. En cierto lugar de la *Vida política...* Irazusta comenta un discurso pronunciado por Baldomero García en una colación de grados de la Universidad de Buenos Aires (1848), destacando el modo en que aparece planteada allí la relación entre heroísmo y prosperidad material. Decía García que “las ventajas materiales no satisfacen nuestro corazón sino cuando buscadas por el camino de la virtud y de la gloria”. Después de mostrar la afinidad entre las palabras de García y un célebre aforismo burkeano (“A menudo un hombre perdió todo lo suyo por no correr el riesgo de perderlo todo, defendiéndolo...”), Irazusta sentencia:

La resistencia a la intervención y la guerra nos hizo prósperos y nos dio gloria: dos pilares de la grandeza. *La generación de Caseros buscó la prosperidad por el camino de la pequeñez; y con la gloria, perdimos la prosperidad.* (I7, 118-119, mis cursivas)

Sin duda, en el tema del desplazamiento de la fracción independentista por la fracción civilizadora a partir de 1852 reside la clave de la explicación del fracaso argentino por Julio Irazusta: quienes triunfaron en 1852 fueron los partidarios de la pequeña Argentina (nótese la resonancia lugoniana de la expresión, que alude por contraste a la imagen de la grande Argentina, explorada por el poeta). Puesto esto de relieve, se impone seguir, con Irazusta, las consecuencias de aquel trágico desplazamiento político-ideológico hasta el mismo presente de la enunciación. El recorrido permitirá apreciar el despliegue de una matriz argumentativa tan vigorosa como plena de matices y pliegues. Consideremos primero las derivaciones más inmediatas y circunscriptas de Caseros. Polemizando retrospectivamente con Félix Frías, Irazusta asevera:

Lo quisieran o no [*los emigrados*, AK], la caída de Rosas costó un ‘alto precio’: la renuncia a la confederación con el Paraguay, al derecho sobre las Misiones Orientales, a la amistad argentino-uruguaya, a las regalías nacionales reconocidas por los europeos, al dominio absoluto sobre los ríos interiores y Martín García, etc., etc. (I7, 272)

Esto significa que buena parte de los logros de la diplomacia de Rosas se perdieron irremisiblemente. Se impone decir “buena parte” antes que “la totalidad” porque, como sabemos, desde su mirador conjetural Irazusta supone que, de no haber prevalecido Rosas durante el tiempo en que lo hizo, la Argentina sería muy probablemente una mera expresión geográfica, balcanizada como Centroamérica, y no una nación. Un saldo positivo quedó pues, tras la experiencia rosista: la unidad del país. Sin embargo, también desde su mirador conjetural, Irazusta deja entrever que, de haberse seguido cultivando el criterio político de Rosas, la Argentina podría haberse constituido en una gran potencia, capaz de desempeñar papeles significativos en la historia universal.⁶² Pero volvamos al plano de las consecuencias inmediatas. Según Irazusta, en los años que siguieron a la caída del dictador, los civilizadores ni siquiera fueron capaces de cumplir con su promesa de pacificar el territorio. No sin ironía, Irazusta recuerda la extensa serie de enfrentamientos armados que mantuvieron en vilo al país al menos durante un cuarto de siglo después de la caída del dictador. Muy especialmente señala el caso de la guerra contra el Paraguay, referencia que le permite embestir, sin mencionarlo, contra Mitre y, una vez más, contra su archienemigo Sarmiento.⁶³

Pero se puede ir mucho más lejos. Abandonado el criterio político que rigió durante la época del dictador, y perdida buena parte de los logros que por su intermedio se habían alcanzado, el país, persiguiendo ese progreso antepuesto por la fracción triunfante a todo otro valor, abrió sus puertas a la penetración extranjera y acabó –la que sigue es una expresión característica irazustiana– *mediatizando su soberanía*. Para comprender mejor este punto resultará provechoso acudir a otros trabajos de Irazusta en los cuales se aborda la época que siguió a la caída de Rosas. Hacia la época en que concluía la *Vida Política...* Irazusta dio a conocer *Balance de siglo y medio* e *Influencia económica británica en el Río de la Plata*. Es cierto que su abordaje del período pos-Caseros jamás alcanza la minuciosidad desplegada en la *Vida Política...* en relación con el período 1820-1852; sin embargo, su consideración permite completar debidamente esta aproximación a su concepción del tiempo histórico argentino. Contra lo que pudiera derivarse de cierta lectura de determinados pasajes de la *Vida política...* y de los textos a ella emparentados (el *Ensayo sobre Rosas...*, el dedicado a Alberdi, etc.), el examen de los textos

⁶² En la *Vida política...* (T8, cap. 1), Irazusta plantea, presumiblemente con la experiencia alemana en mente, que el despotismo puede ser la antesala de una ‘libertad auténtica’.

⁶³ En los años cuarenta Sarmiento había acusado a Rosas de tener propósitos de conquista sobre el Paraguay – dato falso, según Irazusta y según se desprende de la masa documental por él presentada. Ironía del destino, durante su presidencia (1868-1874) Sarmiento debió dar fin a la trágica contienda.

recién mencionados revela que Irazusta no condena en bloque la época iniciada en 1852.⁶⁴ En lo fundamental, este impulso hacia una visión pudiera decirse equilibrada de la Argentina posrosista se aprecia en dos dimensiones cruciales de su argumentación: por un lado, el énfasis colocado sobre la creación con recursos propios de las principales fuentes de riqueza del país durante el tercer cuarto del siglo XIX; por el otro, el señalamiento constante de la presencia de figuras de esclarecida visión que, desde entonces y hasta bien entrado el siglo XX, fueron capaces de llamar la atención sobre las distorsiones estructurales de la economía nacional. En cuanto al primer aspecto, cabe anotar su vínculo con la recuperación –parcial pero insistente– de la figura de Mariano Fraguero. En varios pasajes Irazusta alude a la afirmación de Fraguero según la cual, cuando un negocio está bien calculado, el capital está en la empresa que lo plantea, y no fuera de ella. Como recordará el lector, ya nos habíamos encontrado con ese señalamiento de Fraguero al considerar el modo en que Irazusta evocaba en sus *Memorias...* el asunto del Frigorífico Gualeguaychú. Lo que interesa destacar ahora es lo siguiente: según Irazusta, después de 1852 la idea de Fraguero, inspirada en la experiencia de la dictadura rosista, cayó en el vacío desde un punto de vista teórico; sin embargo, en la práctica fue seguida, de manera más involuntaria que deliberada, debido a que los capitales cuya afluencia esperaban ansiosamente los partidarios de la pequeña Argentina no llegaron del modo previsto. De ahí que fueran los capitanes de la industria nacionales quienes acometieran en aquel tiempo las empresas que el país necesitaba. Entre los ejemplos de empresas económicas modernas financiadas en su inicio por argentinos, Irazusta alude a varios de los primeros ferrocarriles y la Compañía de Consumidores de Gas, especie de cooperativa que prestaba el servicio de la luz en la ciudad de Buenos Aires.⁶⁵ Menciona asimismo las mensajerías y las empresas de colonización. Llama la atención ver en la lista de tales capitanes al mismísimo Urquiza. Pese a ese no buscado pero auspicioso despuntar, los acontecimientos ulteriores se apartaron de la buena senda que entonces se comenzaba a transitar:

Como la experiencia realizada por el país en las guerras de emancipación y la resistencia a la intromisión imperialista anglofrancesa no sirvió para mostrar a los vencedores de Rosas la pujanza nacional, tampoco el desarrollo económico hecho con los recursos locales casi exclusivamente sirvió para corroborar la enseñanza que se podía sacar de

⁶⁴ La síntesis que sigue combina elementos tomados de *Balance...*(cap. V y ss.) y de *Influencia...*(cap. VI y ss.).

⁶⁵ En lo que respecta a los ferrocarriles, interesa poner de relieve que en reiteradas oportunidades Irazusta reconoce su deuda intelectual con los estudios que Raúl Scalabrini Ortiz dedicó a la cuestión.

un fenómeno similar. Pese a que la generación de los llamados organizadores empezaba a vislumbrar ciertos aspectos de verdades antes por ellos desconocidas, sus tardías rectificaciones no hicieron mella en sus discípulos, que se atenían a sus primeras lecciones erróneas. Mitre, por ejemplo, al impugnar el proyecto de Sarmiento para construir el puerto de Buenos Aires por medio de una empresa concesionaria, abogó por la empresa estatal (...). Sarmiento comprendió en el gobierno la necesidad de aferrarse a la integridad territorial que antes había despreciado (...); y llegó a considerar peligroso el enquistamiento del extranjero que no se asimilaba (...). Vicente Fidel López fue de los primeros en ver que la industrialización era factor de engrandecimiento y prosperidad, en comparación con el estancamiento de la monocultura pecuaria; y de los primeros en denunciar que el valor de las exportaciones apenas alcanzaba a pagar los fletes de los barcos que llevaban nuestros frutos. Pero el mal que sus errores habían acarreado a la mentalidad nacional resultó irremediable. Sus discípulos y continuadores, lejos de revisar los principios recibidos de sus maestros, los agravaron. La generación del 80, que gobernó al país en el último cuarto del siglo XIX, dejó que se perdieran para la Argentina los frutos de un desarrollo que ella había hecho por sí misma, como sus anteriores acciones positivas. Bajo su dominación, con ribetes de un doctrinarismo abonado por la tradición que prevaleció, las fuentes de riqueza creadas por el esfuerzo de sus habitantes, nativos o naturalizados, pasaron a manos extranjeras. Operación que alteró el ritmo de nuestro desarrollo, para hacerlo no en provecho propio sino ajeno, estorbarlo, estancarlo y, al cabo, hasta mediatizar la soberanía. (*Balance...*: 45-46)

El pasaje contiene numerosos elementos de interés. Debe destacarse ante todo el señalamiento de una especie de impulso rectificador en las últimas aportaciones de los “organizadores”, giro que no habría encontrado eco entre sus discípulos y continuadores, los integrantes de la generación del ochenta. Desde la óptica de Irazusta, el movimiento aludido abrió una opción real para enderezar definitivamente el rumbo del país, orientándolo hacia la tan anhelada grandeza.⁶⁶ Como puede apreciarse, esta nueva encrucijada, notoria hacia 1880,

⁶⁶ Tulio Halperín (1970: 38-39) ha indicado que el hallazgo por Irazusta de un Mitre ‘inesperado continuador’ de Rosas debe ser situado en el marco de la creciente proximidad del historiador respecto de las tendencias – antiperonistas- dominantes después de 1955. Permítaseme anotar mi parcial discrepancia con esta afirmación. Por un lado, y como vimos antes (ver mi nota 23), ya desde los tiempos de *La Argentina y el imperialismo...* los Irazusta habían mostrado una especial deferencia hacia la figura de Mitre. Por el otro, bien miradas las cosas, las concepciones mitriana e irazustiana de la historia argentina revelan algunos puntos de contacto, ciertamente profundos: Mitre, a diferencia de otros liberales decimonónicos, tiende a recuperar la herencia española de un modo no tan alejado de las preocupaciones irazustianas (aquí la diferencia principal está en su juicio, lapidario, sobre los jesuitas, que los Irazusta jamás compartieron; tal vez esta diferencia remita a una disposición más borbónica en Mitre y más Habsburgo en los Irazusta); además, Mitre coloca la gesta emancipadora hispanoamericana no sólo al mismo nivel que la norteamericana, sino en uno ‘moralmente superior’; en fin, la obra de Mitre destila en torno a los destinos nacionales ese optimismo que Irazusta hubiera deseado ver en todos los miembros del partido de la civilización y del progreso. Por lo demás, si es cierto que Irazusta se sintió algo más a gusto en la Argentina pos 1955 que durante la época peronista, también lo es que tampoco identificó en ese período ‘la plenitud de los tiempos’, ni mucho menos. A mi modo de ver, su recuperación de ‘lo más granado del panteón conservador’ que, a partir de 1933, siempre es,

volvió a resolverse de modo desfavorable para el interés nacional, y ello dada la eventual falta de miras de quienes vinieron a prolongar la obra de los organizadores. Sin duda, en estas páginas Irazusta hace aparecer a la generación del ochenta como la principal responsable de la mediatización de la soberanía nacional. En efecto, según su argumentación, el último cuarto del siglo XIX fue el momento en el que las fuentes de riqueza creadas con denuedo por los habitantes del país se entregaron de manera sistemática a distintas compañías extranjeras. De ese modo los planteamientos de la fracción partidaria de la civilización y el progreso adquirieron efectiva concreción:⁶⁷ En cuanto al segundo aspecto –la puesta de relieve sobre la presencia constante de críticos a la situación económica de un país que se empeñaba en mediatizar su soberanía–, hay que decir que se liga con un conjunto de afanes irazustianos ya señalados: el elogio a la inteligencia argentina *pese a* lo desdichado de la evolución del país, y el trazado de una historia de los defensores del interés nacional, jalones de la tradición de denunciantes de las distorsiones estructurales de la economía argentina, dentro de la cual se incluye por supuesto el propio Irazusta: Emilio Civit, Osvaldo Magnasco, Estanislao Zeballos, Indalecio Gómez, Victorino de la Plaza, etc. Como ya anticipé, el elogio a la inteligencia argentina “a pesar de todo” parece cumplir importantes funciones dentro de la economía discursiva irazustiana. Repasémoslas. Por una parte, constituye un excelente antídoto contra las explicaciones deterministas menospreciadoras de la valía de la estirpe, faceta ésta comprensiblemente medular en la óptica de un historiador autodefinido ante todo como nacionalista, para quien sería espinoso sentenciar que durante extensos períodos faltaron por completo “buenos argentinos”. Por la otra, y tal como indicamos a propósito del ensayo de Irazusta sobre Alberdi, permite intensificar el carácter *real* de aquellas opciones desestimadas en el pasado, mismas que constituyen el anverso del camino (equivocado) efectivamente seguido.⁶⁸

hay que decirlo, parcial y relativa, debe interpretarse, sobre todo, a la luz de las necesidades retóricas a las que hice referencia más arriba.

⁶⁷ En un libro titulado *La generación del 80. Profecías y realizaciones*, aparecido en 1981, es decir un año antes de su muerte, Irazusta retoma estos planteamientos. Una lectura atenta de esa breve obra tal vez llevaría a acendrar un conjunto de matizaciones (por ejemplo, el supuesto giro de ciento ochenta grados de Roca, tratado en pp. 38 y ss.). Sin embargo, la valoración global del último cuarto del siglo XIX se mueve por completo dentro de los parámetros trazados en *Balance...* y en *Influencia...* Pienso que esto último, sumado al hecho de que *La generación del 80* apareció en un momento que rebasa con mucho el límite temporal impuesto a esta exploración, nos exime de un análisis detallado del volumen.

⁶⁸ A modo de ilustración de la cornisa argumental recorrida por Irazusta, considérese el siguiente pasaje, referido a los hombres que ambicionaron el perfeccionamiento de las instituciones argentinas: ‘Aprovecharon la oportunidad hasta donde les era asequible, y las enseñanzas que dejaron son algunas entre las más fecundas que existen en el acervo nacional, y tienen vigencia aun en nuestros días. La verdad es que si su pensamiento

Ahora bien, ¿cuál era el problema de esa Argentina que, en torno a la “ilusión del Centenario”, vivía su “edad de oro material”? En relación con este punto Irazusta retoma una tesis formulada por el radical bernardista José Bianco en su libro *La crisis*, aparecido en 1916: el mal de la economía argentina radicaba –y seguiría radicando- en el crónico desequilibrio de su balanza de pagos, fruto de la entrega de las fuentes de riqueza nacionales, y soportable por el solo hecho de que, a lo largo del primer tercio del siglo XX, la balanza comercial tendía a ser superavitaria. Importa señalar que Irazusta agrega a la tesis de Bianco un elemento, al que hemos hecho referencia al tocar el asunto del Frigorífico Gualeguaychú: el capital extranjero, principalmente británico, que fluía a la Argentina no era inversión genuina, sino trabajo nacional contabilizado a nombre de empresas extranjeras o traspaso de fuentes de riqueza -vía sobornos- a los gobernantes. Así pues, desde la óptica de Irazusta, la prosperidad de aquella “edad de oro material” no era más que una bella apariencia. Por su parte, los gobiernos radicales no emprendieron una mutación significativa de esa engañosa y terrible situación. Vimos más arriba que de contarse, hacia el final de la década del veinte, entre los principales animadores de la franja antiyrigoyenista del campo ideológico, los Irazusta pronto modificaron sus posiciones y dieron a paso a una recuperación, decidida aunque parcial y matizada, de la figura de Yrigoyen. Quisiera agregar ahora que, tal como se desprende de la obra de Zuleta (1975: T2, 434ss.), ese desplazamiento, consecuencia de la ya referida decepción frente al gobierno militar de Uriburu, es otra de las facetas de la brecha que desde principios de la década del treinta comenzó a abrirse entre los nacionalistas republicanos y los nacionalistas doctrinarios: a diferencia de aquéllos, que modificaron sus posiciones en el sentido aludido, estos últimos permanecieron como anclados en la sensibilidad correspondiente al momento uriburista, uno de cuyos componentes principales era, naturalmente, el antiyrigoyenismo visceral. De manera que Irazusta concede que hubo en el período radical algunos atisbos intuitivos y ciertos actos felices de valor: el impulso dado a YPF, la ampliación de los ferrocarriles del Estado, el fomento de algunas industrias, la neutralidad durante la Gran Guerra... Sin embargo, desde su punto de vista, el popular presidente radical no supo aprovechar en forma adecuada la circunstancia favorable abierta por el conflicto bélico. La razón de ello sería que Yrigoyen careció de una voluntad suficientemente esclarecida como para conducir la mutación que la situación reclamaba. A su vez, la razón de esa limitación debe

no nos legó un sistema bien elaborado acerca del interés nacional, ello se debió más al utopismo mundial ambiente y a los errores de la propia tradición (que ellos veneraban, aunque tratando de superarla) que a falta

buscarse, de nuevo, en los planos intelectual y cultural: Yrigoyen se había formado en una época de estancamiento intelectual, en la cual el seudoliberalismo y el seudofederalismo imperantes eran acatados sin discusiones de principio y sin cuestionamientos de base al régimen imperante. De ahí la vaguedad del ideario del Partido Radical. Irazusta sentencia: “...ninguna gran revolución es posible sin un prolongado y osado desafío intelectual a la organización existente.” (*Balance...*: 104) Así pues, una encrucijada capital volvió a resolverse del modo menos conveniente para el país, que acabó desaprovechando una nueva ocasión dorada –la Gran Guerra-, eventual punto de partida para un gran desarrollo nacional.⁶⁹ Comentando un folleto del escritor vasco Francisco Grandmontagne, titulado *Una gran potencia en esbozo* y aparecido en las postrimerías de la presidencia de Alvear, Irazusta propone una imagen sobre la que interesa llamar la atención aquí: en ese tiempo (1928) el país vivía “los esplendores de una puesta de sol, que parece más grande cuando está más cerca de ocultarse bajo la línea del horizonte” (*Balance...*: 109) Así, del mediodía del Centenario se pasó al crepúsculo alvearista, para entrar enseguida en la larga noche que llega hasta el presente de la enunciación (1966) y “cuyo amanecer no se vislumbra.” (*Íbid.*: 107) Para evitar una interpretación inadecuada de esta imagen, cabe insistir en la idea irazustiana según la cual la prosperidad de aquel cenit y de ese atardecer no era una prosperidad genuina, ni estaba basada en un arreglo apropiado de los asuntos nacionales, sino que era producto de factores coyunturales y, por tanto, mera apariencia. Sin embargo, en ciertos pasajes de *Balance...* Irazusta insinúa que en aquel tiempo todavía era posible alcanzar una solución de los grandes problemas del país. Así, indica que “nunca se había estado más cerca de ver la realidad nacional tal como era” que durante la crisis ganadera de principios de los veinte (*Íbid.*: 111). Hacia el final de la obra, señala:

Las vicisitudes sufridas por el país entre los sesquicentenarios de la libertad y de la independencia, aportaron confirmaciones decisivas para la tesis sostenida en este ‘balance de siglo y medio’, a saber, que la empresa iniciada el 25 de mayo de 1810 y formalmente declarada el 9 de julio de 1816, de constituirnos en nación soberana, se *malogró en gran parte, por obra sobre todo de los gobiernos posteriores a la revolución de 1930 (...)* En los dos primeros tercios del siglo y medio examinado, el país llevó a cabo acciones positivas, que entre infinitas dificultades nos dieron gloria, y luego prosperidad. Pero

de inteligencia, que todos tenían clara y robusta, y en algunos llegaba al talento genuino.’ (*Balance...*: 92)

⁶⁹ Para una síntesis de las ideas de Irazusta acerca de Yrigoyen puede verse, además de las páginas pertinentes de *Balance...*, el ensayo *Hipólito Yrigoyen*, aparecido en 1953, y vuelto a publicar en *De la epopeya emancipadora...*: 137-145.

ninguno de los responsables de la conducción nacional, ni el mejor, supo dejarnos un testamento político, en que se hallase reducido a fórmulas precisas y exactas, el sentido de una experiencia afortunada. Con todo, se había alcanzado un desarrollo que daba asidero al mayor optimismo, y que parecía asegurarnos un porvenir venturoso. Pero aquella falta influyó en el deterioro constante de los cuadros directivos. Y el resultado de estos factores en juego es la situación de crisis en que nos hallamos (...); hasta 1930 todos los gobernantes, incluso el que hubo que derrocar para evitar males mayores, cuidaron algo esencial del interés argentino (...) Lo que siguió fue la triste historia narrada en las páginas precedentes, hasta llegar a la inextricable situación que parece sin salida, luego de los cuartelazos y las elecciones condicionadas entre los que agoniza el régimen. (*Ibid.*: 231-232)

Pasajes como éste obligan a asignarle a la crisis económica mundial una enorme importancia en la economía discursiva irazustiana; empero, no debe olvidarse que en *La Argentina y el imperialismo...* los Irazusta se habían adentrado en las profundidades del tiempo histórico argentino con el propósito de hallar una explicación para la derrota diplomática de 1933. De ese libro, y muy especialmente de los que fueron elaborados luego bajo el cono de luz por él proyectado, se desprende que el fracaso en la encrucijada de 1933 es producto de las resoluciones desfavorables de las encrucijadas de 1838 (Alberdi) y de 1852 (Urquiza, y desplazamiento de una facción del viejo partido de la independencia por la otra). Tal el esqueleto argumental básico de los Irazusta: supongo que esta algo alambicada puntualización de matices y pliegues, todo lo significativa que se quiera, no debiera sin embargo eclipsarlo por completo.

Retomemos el desarrollo. Como recuerda Zuleta (1975, T2), la recién aludida recuperación del radicalismo histórico no condujo a los nacionalistas republicanos a visualizar en el radicalismo posyrigoyenista una solución efectiva para los problemas nacionales. Más allá de la efímera afiliación de Julio a la Unión Cívica Radical (1935), es claro que desde el nacionalismo republicano se tendió a condenar al radicalismo “realmente existente”. Los republicanos tampoco apoyaron la gestión del presidente Castillo, que sí había sabido granjearse la simpatía de los doctrinarios. A diferencia de éstos, los Irazusta y sus amigos, desde sus tribunas *Nuevo Orden* (1940-1942) y *La Voz del Plata* (1942-1943), comenzaron a plantear la necesidad de conformar una agrupación política nacionalista, independiente tanto de los partidos tradicionales como del gobierno, y dispuesta a aceptar las reglas de la política electoral. Ese afán cristalizó en la formación del Partido Libertador a fines de 1942. En principio, el golpe de junio de 1943 fue visto con buenos ojos por todo el espectro del nacionalismo argentino, incluyendo a los republicanos. Zuleta (1975: T2, 509ss.) aduce que Perón, la figura

política más hábil del nuevo gobierno, “usó” al nacionalismo, en particular al republicano, como ariete y cantera ideológica.⁷⁰ En ese tiempo buena parte de los nacionalistas –de las dos vertientes- se hicieron peronistas, entre ellos Ernesto Palacio, hasta la víspera compañero de ruta de los Irazusta, y los forjistas. Fieles a su característica de invalidadores sistemáticos de todos los tiempos presentes, a los pocos meses de acaecido el golpe los Irazusta tomaron distancia del gobierno militar, y también de Perón, inspirador de algunas de sus medidas más importantes. El nuevo planteamiento crítico apareció en un documento del Partido Libertador de fines de 1945, prolongándose luego en la revista *Presencia* (1948-1951), dirigida por el padre Julio Meinvielle, y adquiriendo después nítida cristalización en el libro dado a conocer por Julio Irazusta a poco de la caída de Perón (*Perón y la crisis argentina*). Posteriormente, tal planteamiento se reiteraría en los mismos términos en los volúmenes examinados más arriba (*Balance... e Influencia...*). En síntesis, los Irazusta vieron en Perón a un nuevo continuador de la política probritánica característica de los dirigentes argentinos que, más allá de los matices y los pliegues, habían venido rigiendo los destinos del país desde la caída de Rosas. Consideremos con algún detalle la argumentación vertida por Julio en *Perón y la crisis argentina*; ella nos permitirá reencontrarnos con algunas de las figuras típicas que pueblan sus elaboraciones, redondeando esta propuesta de aproximación a su pensamiento. Así, por ejemplo, la encrucijada resuelta desfavorablemente, la ocasión dorada nuevamente echada a perder por la falta de miras de quien tuvo a su cargo en el momento la conducción del destino nacional. En efecto, según Irazusta, tras su triunfo electoral de 1946, Perón contaba con todos los apoyos políticos imaginables y disponía, en virtud de los créditos que el país tenía sobre Inglaterra y sobre Estados Unidos, de más recursos financieros que cualquier otro gobernante argentino anterior. Sin embargo, en aquel momento estelar, el “favorito de la suerte” no supo

⁷⁰ Según Zuleta, cuya opinión interesa sobremanera aquí no sólo por el carácter sólidamente documentado de su estudio sino también porque su interpretación de la dinámica del período coincide, hasta donde sabemos, con la de sus maestros los Irazusta, Perón supo apropiarse de los grandes lemas ideológicos de los nacionalistas, en particular de los republicanos, promotores de lemas que coincidían, supuestamente, con las aspiraciones de las mayorías. Ese sentido de la oportunidad para el ‘hurto ideológico’ habría contribuido de manera decisiva a su triunfo electoral de 1946, frente a un adversario por completo carente del mismo. En *Perón y la crisis argentina*, Irazusta señala: ‘Los nacionalistas [*castillistas*, AK] le habían abierto el camino a Perón, dejándolo vacío, al mostrarse incapaces de reclamarlo para sí o de indicarlo para cuando se les pidió que lo señalaran. Pero también habían llevado a su pupilo contra una pared. Y si el coronel no veía más que ellos, tenía antenas como las que guían a ciertos insectos de ojos sin convexidad y de estrecho campo visual. Virando en redondo, Perón inició su empresa de extrema demagogia, que al echar las bases de su popularidad ficticia, le enajenó las simpatías de sus colegas más sensatos, que lo mandaron preso a Martín García. Pero entonces volvieron a favorecerlo ajenos errores, enteramente independientes de su capacidad (...) Así pudo

merecerla: de inmediato se transformó en tirano, se constituyó en jefe de una fracción, y en vez de guiar una revolución nacional se dedicó a promover una revolución social, introduciendo el desorden en la vida argentina. Para Irazusta, Perón, preso de su extrema codicia, montó rápidamente una empresa de expoliación colectiva que derivó rápidamente en la bancarrota nacional; para borrar las huellas de su obra inicua, desquició la economía, suprimió la libertad de discusión y le mintió descaradamente al pueblo. Así, se dio el caso de que “un militar salido de los bajos fondos del régimen, acompañado por la opinión de una mayoría que estaba compuesta no solo de pueblo bajo, sino de pueblo en todos sus cetos, realizó el milagro de hundirnos en un abismo cuando podíamos alcanzar una cumbre.” (*Perón y la crisis...*: 45) En el resto del volumen Irazusta se dedica a examinar los “prodigios de inepticia” realizados por Perón y su equipo de colaboradores, prodigios que llevaron al “desmantelamiento financiero del país”. Aquí no hay espacio para discutir este enmarañado racimo de cuestiones en forma pormenorizada; sin embargo, pienso que no resultará ocioso enumerarlas rápidamente. En primer lugar, Irazusta se refiere al traspapelamiento por Perón del saldo de libras por “suministros de guerra” bloqueado en Londres y, en relación con ello, a la “nacionalización a la fuerza” de los ferrocarriles⁷¹ y a la firma de una serie de convenios comerciales con Inglaterra que profundizaron hasta niveles inusitados el desequilibrio del intercambio angloargentino.⁷² En segundo lugar, alude al “despilfarro” por Perón del saldo en dólares que el país poseía en Nueva York, ello a través de tres operaciones sumamente cuestionables, a saber: la venta de partidas enormes de aceite vegetal a la mitad de su valor, la compra de los teléfonos a un precio sobrevaluado y bajo condiciones insólitas y la compra de material bélico de desecho por el IAPI. En tercer lugar, indica que Perón, en un gesto indecoroso y turbio, vendió el oro

este restaurarse cuando estaba perdido, por poco que sus adversarios o rivales se hubiesen manejado con alguna sensatez.’ (30-31)

⁷¹ Desde el punto de vista de Irazusta, los ferrocarriles debieron haberse pagado con el mencionado saldo de libras bloqueadas y no con la exportación del año 1948.

⁷² En opinión de Irazusta, la Argentina de Perón exportaba cada vez más cosas a Inglaterra sin exigir libras convertibles ni precios de mercado, ni compromisos firmes por mercaderías equivalentes a los montos globales estipulados, ni garantías sólidas contra la desvalorización de la libra; de ese modo, el país se desangraba ‘para evitar la quiebra británica, sin reclamar otra gloria que la de manifestar su libertad de arruinarse porque se le antojaba.’ (*Perón y la crisis...*: 93) Más adelante, asevera que esa obsesión por aferrarse a un bilateralismo absurdo ocasionó un verdadero desastre para el país: ‘La negociación de la carne en los últimos diez años fue para Inglaterra uno de los pocos puntales de su restauración. Para la Argentina el principal motivo de su tremenda crisis.’ (*Ibid*: 126) Sostiene asimismo que la renuncia a cobrar el saldo de libras bloqueado en Londres condujo a la prolongación de un emisionismo descontrolado (se emitía para representar el valor de las transacciones ‘por suministro de guerra’ no cobradas) y, por tanto, a la inflación y a la ruina del peso, justo cuando el país necesitaba de una moneda sana que le permitiera reequipar su instrumental moderno, etc.

nacional a unos financieros internacionales. Contemporáneamente a estos “prodigios de inepticia” que en opinión de Irazusta desfinanciaron al país, Perón montó su “ingenioso” dispositivo para arruinar al agro: la expoliación de los agricultores con las diferencias de cambio, sin que jamás se supiera dónde iba a parar el plus obtenido. En torno a este punto Irazusta menciona los casos de Tricerri y de Jorge Antonio, “testaferros de Perón” supuestamente enriquecidos por medio de operaciones de corte especulativo con los cereales. Interesa agregar que, para Irazusta, el postulado según el cual el despojo al agro serviría para fortalecer la industria y el consumo internos no fue bajo el peronismo más que un “pretexto falaz”. En la misma dirección argumenta al referirse a la justicia social (“supuesta”, dado el permanente envilecimiento de la moneda) y a la fiscalidad (“abusiva”, y en definitiva “anticapitalista”). Es opinión de Irazusta que el único factor que puede explicar el descalabro descrito es la eventual decisión de Perón de arruinar al país, debiéndose buscar la razón última de ello en la habitual disposición de los dirigentes argentinos a percibirse y comportarse como vasallos espirituales de los ingleses. Sin embargo, en este caso la elaboración discursiva avanza un paso más, siguiendo un derrotero inesperado, que vale la pena puntualizar. Retomando una idea planteada por el ex diputado radical Santander, que a su vez recuperaba acusaciones suscitadas en la atmósfera político-ideológica que rodeó al ascenso político de Perón, Irazusta sentencia:

El increíble enfeudamiento de Perón a la influencia inglesa no se explicaría si antes no hubiese recibido apoyo alemán. En cambio, a ser cierto que se hallaba en esta última situación cuando el vuelco de la guerra lo sorprendió con la victoria aliada después de haber jugado la carta del triunfo alemán, estaba a merced de los vencedores. No tanto por el hecho mismo, puesto que Franco también quedó en el bando perdedor, y no sólo no se entregó al ganador, sino que supo hacerse respetar, y negociar más tarde su reconciliación con aquel. Sobre todo por la naturaleza de las relaciones que uno y otro tuvieron con los vencidos. Para agravar la diferencia entre las situaciones del hombre acostumbrado a la penumbra del servicio secreto, y el político que opera a la luz del día (...), el espíritu argentino es el más habituado a universalizar las opiniones y a dar excesiva importancia a las lealtades ideológicas, aun por encima del bien común (...). Por elevado que fuera el precio que se le exigiera, podía pagarlo, seguro de que el pueblo de cuyos intereses era responsable no había de pedirle cuenta. Porque las antenas de que ya hemos hablado, y que le hacían las veces de inteligencia política le habrán permitido descubrir que la anglofilia de los argentinos, entonces más delirante que nunca, les haría ver con buenos ojos cualesquiera ventajas que acordara a los ingleses para congraciárselos. Y así pudo realizar la obra de destrucción que hemos visto con el beneplácito de las opiniones más autorizadas, en lo que no se refería a las repercusiones de aquella tarea en el interior. Sus críticos censuraban el efecto y aplaudían la causa. Esa coincidencia de fondo entre

Perón y la opinión opositora con más arraigo en el país constituye el drama nacional.
(*Ibid.*: 224, mis cursivas)

Para los intereses del presente estudio este señalamiento reviste una importancia tangencial, si no anecdótica. Aquí importa destacar fundamentalmente cuatro cosas, para luego avanzar en una dirección específica de enorme importancia, con la que quisiera cerrar este esfuerzo de aproximación. Primera cuestión: con Perón el país volvió a dejar pasar una dorada ocasión para retomar la senda que eventualmente habría de conducirlo, por fin, a un destino de grandeza. De nuevo, una encrucijada que albergaba una salida favorable se resolvió del modo más desafortunado. Una vez más, la caracterización del momento-encrucijada pone de relieve todo lo que había de oportunidad dorada en la coyuntura de la posguerra: el saldo de libras en Londres, el saldo en dólares en Nueva York, las ingentes reservas de oro, etc. Segunda cuestión: al abordar el objeto Perón, la matriz explicativa irazustiana sigue operando dentro de sus parámetros habituales: Perón fue una nueva cara del secular vasallaje espiritual de la pseudo clase dirigente argentina respecto de Inglaterra, lo cual no dista mucho de decir que Perón fue una consecuencia más de la caída de Rosas. En tal sentido, es claro que Irazusta está todo lo lejos que pudiera pensarse de la posición que hicieron suya muchos de sus antiguos compañeros de ruta desde mediados de los años cuarenta, a saber, hacerse peronistas bajo el supuesto de que Perón era el continuador genuino de la obra nacionalista del caudillo decimonónico en el presente de enunciación. Para Irazusta, Perón no tuvo absolutamente nada que ver con Rosas.⁷³ Tercera cuestión: contra lo que podría deducirse apresuradamente de lo anterior, Irazusta no permite que su pluma explore manifiestamente posiciones antipopulares o antidemocráticas, manteniéndola suspendida, a ese respecto, en una rara tensión, que lo convierte en un espécimen político singular –no tan exótico en la Argentina del período 1930-1983: una suerte de, si se me permite la expresión, “demócrata golpista”.⁷⁴ Es claro que el tipo

⁷³ Como vimos en el *Comentario preliminar*, en 1950 Irazusta renunció al Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, en desacuerdo con la creciente peronización de la entidad.

⁷⁴ En *Vida política...* (T7, 229-232), tras polemizar retrospectivamente con la idea echevarriana de la democracia condicional y la tutoría permanente sobre el pueblo que esa idea conlleva, Irazusta sentencia: ‘...si el ejercicio pleno de la soberanía por el pueblo mismo debe subordinarse a su ilustración total (en todas dimensiones) nunca llegará el momento de ese ejercicio. Pues la ilustración del pueblo, en los términos que generalmente se la requiere, es imposible (...) Para que la capacitación necesaria al pleno ejercicio de la soberanía popular sea aceptable, se la deberá entender asimismo condicionalmente. Vale decir, como la capacidad probada por determinado pueblo para comprender sus propios intereses, no como demostración de una ilustración cultural abstracta, que es de la que se habla por lo general (...) Claro que dicha ilustración comporta la posibilidad de errores, como los de la ilustración entendida iluminísticamente. Y los pueblos mejor capacitados se equivocan, como los cuerpos políticos minoritarios, como las asambleas censitarias o de

de antiperonismo irazustiano –o nacionalista republicano- dejó a los Irazusta y sus amigos en una posición más que incómoda para hacer política en la Argentina posperonista: contra sus previsiones, las mayorías no abandonaron, ni entonces ni después, su predilección por Perón. Cuarta cuestión: para Irazusta, las diversas combinaciones políticas que se sucedieron a partir de 1955 no introdujeron modificaciones sustantivas en la disposición probritánica propia de laseudodirigencia nacional⁷⁵; de ese modo, se tendió a prolongar, profundizándose, los males del país⁷⁶:

Bajo las diversas máscaras que usó en nuestro tiempo, el Régimen no hizo del país sino lo que era hace cien años, el mejor abastecedor de Inglaterra. La evolución que en parte lo ha transformado, se produjo siempre a pesar de las trabas opuestas por el régimen a la actividad privada, y no por iniciativa del Estado, se declarase éste liberal o estatista. El afán de progreso manifestado por los particulares siempre fue contrarrestado por la tendencia estatal a estancar el país. Las similitudes entre los diferentes gobiernos, pese a sus rótulos, son ilustrativas: Perón tuvo el mismo asesor que Lonardi, Aramburu y Frondizi, los mismos planes de radicación de capitales extranjeros, de entrega de nuestras fuentes de riqueza al aventurero internacional; las mismas palabras a favor del

sufragio universal, como las aristocracias y las oligarquías, como el rey más cuerdo (...) Pero donde el pueblo es el elemento social que ha prestado servicios sociales evidentes, en mayor número y con mayor continuidad, que la minoría o la masa, hay que ser demócrata (...) *El pueblo rioplatense, colonial e independiente, siempre fue más capaz de comprender los programas de engrandecimiento nacional que sus dirigentes de proponérselos, o de realizarlas por iniciativa propia. Y no es aventurada conclusión (pese a todas las razones en contrario) decir que su cultura política en la época del analfabetismo total, o en la de su semianalfabetismo, fue relativamente superior a la de quienes pretendieron sujetarlo a tutela mientras se educaba, si se juzga a cada elemento social según su función específica en la comunidad.*' (mis cursivas) El lector habrá advertido que todo esto vuelve a colocarnos frente al problema de las relaciones, ciertamente espinosas, que los intelectuales cuyo pensamiento venimos estudiando han entablado con el pueblo y con la democracia. Hemos visto a Ayarragaray, tal vez el más antiplebeyo de todos, polemizando con el golpista Lugones en nombre de la legalidad institucional. También hemos visto a Villafañe, iracundo impugnador de la chusmocracia yrigoyenista, convocando a principios de los años cuarenta a los jóvenes sudamericanos a incendiar Wall Street. Ahora vemos a Irazusta atenazado por problemas parecidos, que remiten no sólo a eventuales tensiones en el plano discursivo (quien quiera profundizar en el asunto, tenga a bien confrontar las páginas 234 y 260 de *Balance...*), sino también a contradicciones entre los postulados elaborados en ese nivel y las tomas de posición concretas: cerca del pueblo y de la democracia en varias zonas de su obra posterior a 1933 (como puede apreciarse en el pasaje recién transcrito), Irazusta apoyó empero los golpes militares de 1930, 1943 y 1955, estando incluso cerca de quienes conspiraron contra Yrigoyen y Perón. Sin embargo, en los tres casos, sus esperanzas iniciales enseguida se desvanecieron, dejando paso a nuevas invalidaciones de los respectivos presentes, enmarcadas de manera invariable en una meditación de signo trágico sobre la realidad nacional.

⁷⁵ Como puede apreciarse en el primer capítulo de *Perón y la crisis...*, Irazusta abrigó cierta esperanza en torno al “momento Lonardi” (visto como la “oportunidad de un Termidor”). Como puede apreciarse en *Balance...*: 201ss., el paso del tiempo parece haber minimizado la importancia de aquella efímera esperanza.

⁷⁶ La posición de los Irazusta frente a la Argentina pos 1955 aparece delineada en una serie de documentos de la *Unión Republicana* (agrupación en la que, como vimos en el *Comentario preliminar*, acabó refundiéndose el viejo Partido Libertador) y también en las secciones finales de *Balance...* Los documentos de la *Unión Republicana* fruto de la pluma de Rodolfo Irazusta pueden consultarse en el Tomo 3 de sus *Escritos políticos completos*, en particular desde la p. 350 hasta el final.

cambio y el desarrollo, y los mismos hechos en procura del estancamiento. (*Balance...*: 216-217)

Este pasaje se adentra en cuestiones que exceden el límite temporal del presente estudio, y en virtud de ello no serán analizadas aquí. Solamente llamaré la atención sobre la disposición “antiestatista” de Irazusta y sobre su fobia a Raúl Prebisch, a quien llega a llamar “muñeco de ventrilocuo del interés británico” (*Ibid.*: 206).⁷⁷

Quisiera poner de relieve ahora una faceta crucial de la posición de Julio Irazusta, a saber: sus ideas sobre el papel de liderazgo que le correspondería a la Argentina en la integración y en la liberación económica de América Latina y, más lejos, sus ideas acerca del papel que esta región del mundo debiera jugar en el equilibrio de poder global. Hay que decir que se trata de un punto de fuga predilecto de sus lamentaciones, que aun debe ser colocado bajo el cono de sombra proyectado por la caída de Rosas. En efecto, vimos que ya en el *Ensayo sobre Rosas...* Irazusta plantea que la caída del dictador malogró –por siglos...- la posibilidad de que la Argentina se convirtiera en una potencia mundial justa, verdadera garantía de la paz universal. En *Vida política...* y en *Tomás Manuel de Anchorena...* vuelve a tratar la cuestión, dando a entender que el único país de “nuestra América” capaz de conducir a la región a desempeñar un papel significativo en las cosas del mundo es la Argentina. Se refería, claro está, a una Argentina conducida por una dirigencia que, como Rosas y su equipo, fuera consciente de los más altos intereses estratégicos nacionales y regionales. En las últimas páginas de *Tomás de Anchorena...* Irazusta compara la experiencia argentina decimonónica con los desarrollos, eventualmente más felices, de Chile y de Brasil. Señala allí que estos dos últimos países enfrentaron muchos menos obstáculos que la Argentina para emanciparse, y que a partir de esa “economía de fuerzas” pudieron organizar gobiernos regulares, desmintiendo los prejuicios sobre la incapacidad de los pueblos salidos de la colonización ibérica para el gobierno propio, etc. Indica, además, que Chile y Brasil fueron los únicos dos países de Iberoamérica que

⁷⁷ Sobre la animosidad de los Irazusta hacia Prebisch véase *supra* nota 20, y los lugares indicados en la nota anterior. Es interesante anotar que Irazusta (*Balance...*: 205-206) reconoce que los Informes de la CEPAL exponían los hechos esenciales de la economía argentina ‘tales como eran’. El problema es que, como asesor vitalicio de los sucesivos gobiernos argentinos, Prebisch ‘desfiguraba aquellos hechos’, manejando los números ‘con una habilidad tal’ que les hacía decir lo que ‘necesitaba que dijese a los efectos que buscaba’ (Irazusta toma esta última expresión de una antigua afirmación de Lisandro de la Torre). En definitiva, las medidas inspiradas en los consejos de Prebisch sólo condujeron, según Irazusta, a un reforzamiento de la dependencia del país respecto de Inglaterra.

tuvieron un verdadero programa diplomático, “siendo sus éxitos exteriores garantía de su estabilidad interior”. Enseguida matiza, y es su matiz lo que interesa poner de relieve aquí:

El hecho de que ni uno ni otro, luego de habernos superado, quitándonos territorios y reduciéndonos a un rango inferior, nos aventaje hoy, después de todos nuestros fracasos, revela un aspecto complementario del problema. La grandeza política no es independiente de las condiciones que ofrece la evolución histórica. El siglo XX sorprendió a nuestra América con exigencias materiales que ninguno de sus Estados con voluntad esclarecida podía llenar, para las cuales tal vez se hubiese logrado preparar la región Argentina, donde el fracaso político fuera tan conspicuo durante casi todo el período de su vida independiente. (*Tomás de Anchorena...*: 353-355)

El lector habrá advertido que en este singular pasaje la encrucijada Rosas alcanza verdadera proyección continental: desde el mirador conjetural irazustiano, una Argentina con “voluntad esclarecida” podría haber sacado a “nuestra América” de la insignificancia política a que se encuentra reducida. El tratamiento de la cuestión Perón llevó a Irazusta a encarar nuevamente estos asuntos. En su libro-diatriba de 1956 dedica un entero capítulo (el XXV) a ironizar sobre los planes de hegemonía americana de Perón. Por supuesto, no se burla de esos planes por lo que ellos significan en sí mismos, sino porque considera que, bajo Perón, no hubo en ese sentido más que retórica vacía y sin un verdadero (e indispensable) fundamento económico-financiero. Casi como un calco de lo sucedido un siglo atrás, el país, para su desgracia y la del entero subcontinente, volvió a desperdiciar una dorada ocasión de erigirse en promotor de la integración regional:

Por obra de la acción descrita, el peronismo dejó al país que en 1945 se hallaba mejor colocado en nuestro continente para lograr una madurez económica, entre sus alimentos y sus manufacturas (intercambiar internamente sus propios productos en un tanto por ciento muy superior a su comercio internacional, y financiar la integración económica de la América Austral), reducido a la precariedad financiera de las naciones hermanas, dependientes de una monocultura. El propio caudillo confesó su derrota al clamar por las inversiones extranjeras, después de haberse estrenado con el jactancioso propósito de hacer de la Argentina un país inversor... (*Perón y la crisis...*: 201)

Para Irazusta,

... nada más necesario que una acción argentina en el continente. Porque nuestra América sufre males parecidos a los que sufrimos nosotros, dependencia económica, inestabilidad política, falta de confianza en sí misma (...) *Nuestra América parece intuir que el remedio no le puede venir de fuera, y que en su seno no lo puede hallar sino en la Argentina. De*

donde el prestigio que su charla americanista y antiyanqui dio a Perón en los países hermanos. Pero si por todo lo que se sabe, los iberoamericanos tienen conciencia de los inconvenientes que (pese a todas las ventajas) acarrea la influencia norteamericana en el panamericanismo y la economía continental, no tienen ni remota idea de lo que significa la deletérea influencia inglesa en la Argentina. Y a esa ignorancia debióse que muchos de compatriotas continentales de buena fe vislumbraran en Perón, con todos sus defectos de autócrata, un redentor o campeón de la América hispana frente a la sajona, sin advertir la imposibilidad de que un caudillo improvisado, que se resignaba a ser satélite de una potencia de segundo orden, no podía de ninguna manera encabezar una cruzada contra la primera potencia del mundo (...) Sin embargo ya no parece quedar otra salida de la crisis argentina –causa primera de la crisis continental– que el cese de nuestro enfeudamiento a Inglaterra, la liberación de los recursos que le enviamos sin compensación, para aplicarlos a integrar nuestra economía con las de los países hermanos. *Nuestros destinos como sociedad regional de naciones, integrantes de la civilización occidental, pero con el matiz hispano que a la vez de unirnos a los otros grupos que la componen nos distingue de ellos, está en el continente, o en ninguna parte. Solidarios, podemos robustecernos y prosperar en la carrera del progreso moderno, y figurar sin desdoro en la vida civilizada. Aislados, no nos espera otra suerte sino la de que aun no hemos salido, de satélites de los poderosos del mundo, que nos consideran inferiores, y nos reducen a la condición de tales.* (Íbid: 208-210, mis cursivas)

Daré por terminada esta exploración llamando la atención sobre la referencia de Irazusta al *matiz hispano* con el que unas robustecidas naciones iberoamericanas podrían desempeñar un papel significativo en el concierto de las naciones del mundo. Obviamente, en todo esto resuena la distinción propuesta por Ramiro de Maeztu en *Defensa de la hispanidad*.⁷⁸ Como sucedía también, de alguna manera, con Villafañe, estamos, no frente a un cuerpo de pensamiento antimoderno sin más, sino frente a una elaboración discursiva capaz de imaginar, desde un mirador conjetural trabajosamente construido, una alternativa a la civilización moderna fundada en la tradición del catolicismo ibero.⁷⁹ Es cierto que dicha alternativa no se dibuja con claridad en las elaboraciones irazustianas –de alguna manera, estamos explorando ahora los límites últimos de su propuesta ideológica; además, Irazusta no fue un utopista. Sin embargo, se pueden decir al menos dos cosas sobre el particular. Primero, como se desprende de su vindicación de Carlos V y de Felipe II, así como de sus elogios sistemáticos a la obra de la Compañía de Jesús, las preferencias de Irazusta están claramente con el universo de significaciones de la época de los Habsburgo: la sustitución de esta dinastía por la borbónica

⁷⁸ Véase *supra* nota 11. También las páginas dedicadas al análisis del ensayo sobre *Tomás de Anchorena...*

⁷⁹ Sería de sumo interés establecer una comparación rigurosa entre estas consideraciones irazustianas y algunas reflexiones más recientes acerca de la modernidad latinoamericana que, al menos a primera vista, parecen orientarse en una dirección similar: por ejemplo, la tesis, de raigambre frankfurtiana, propuesta por Richard Morse (1999 [1982]) en su clásico estudio, así como también las reflexiones –a veces también de

sería entonces la primera y más fundamental encrucijada desfavorablemente resuelta en el pasado. Segundo, tal como lo reconoce en cierto lugar (*Tomás Manuel de Anchorena...*: 355), su reflexión en torno a estos asuntos guarda estrecha relación con los señalamientos que el célebre historiador británico Arnold Toynbee desplegaba hacia la misma época, especialmente en sus aportaciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Toynbee –que en cierto momento de su vida estuvo a punto de convertirse al catolicismo romano⁸⁰– manifestaba entonces su preocupación por las sombrías perspectivas que el mundo bipolar cuyo perfil empezaba a hacerse evidente presentaba para la humanidad y su futuro en el planeta.⁸¹ El siguiente pasaje de Irazusta fue escrito en plena guerra fría, y permite apreciar dicha proximidad:

Ahora, en 1967, podríamos encaminarnos a otro mundo antiguo, si uno de los dos grandes imperios que se disputan la preponderancia mundial, quedase vencedor del otro. Las perspectivas para los pequeños Estados ya se están pareciendo a las que amenazaron a los de antes, en la época de los conatos de monarquía universal mostrados por Thiers, en la España de Carlos V y en la Francia de Napoleón I. Otro de sus aciertos (*del último Thiers*) es haber cambiado a la política del equilibrio su viejo nombre, por el de la política de las nacionalidades. Pero su tesis tiene falla en la concepción de un equilibrio puramente europeo (...) Ya el equilibrio no podía, en la época de Thiers, ser continental; debía encarárselo en términos mundiales, como lo hacían Napoleón III o la Inglaterra liberal. Y la idea de jaquear a Norte América con un imperio mejicano no era mal en sí, sino por errores en el cálculo de fuerzas, o en la ejecución del intento. Pero el yanquismo de Thiers conspiraba mucho contra su política de equilibrio. Y su anti-hispano-americanismo, mucho más. Ciertamente, el orador tenía razón al pensar que una Norte América grande y fuerte, equilibraba al imperio mundial inglés (...) Pero sí era previsible, desde el siglo XVIII, que a su vez Norte América necesitaría un contrapeso, y que en su hemisferio, sólo podría establecerse donde fuera posible la fundación de un gran Estado. Y como su crítica de la expedición de Méjico probaba que no podía ser allí, de ahí resultaba que en la Argentina de Rosas había una posibilidad. Así lo dijeron los europeos más clarividentes, los censores de Thiers. Y de rechazo toda la política del disertado marsellés, favorable a la división rioplatense, única que no varió en toda su vida, fue un error trágico para el destino del mundo. (*Vida política...*: T6, 323)

Así llegamos pues, al final de este extenso inventario de las consecuencias de la caída de Rosas. Llegamos, también, al final de nuestra exploración del pensamiento de Julio Irazusta.

tonalidad frankfurtiana- sobre el barroco americano, entendido como una vía alterna de modernidad (por ejemplo, Bolívar Echeverría (1998).

⁸⁰ Sobre Toynbee puede verse, entre otras cosas, Herman (1998: cap. 8).

⁸¹ Entre otras cosas, puede verse *Las perspectivas internacionales*, en Toynbee (1954 [1949]: 120-140). *Las perspectivas...* se basa en una de las numerosas conferencias que el historiador de las civilizaciones pronunció durante la posguerra.

Sabemos ahora que, desde su óptica, la caída del dictador rioplatense significó una tragedia para los destinos de la Argentina, de Iberoamérica y del mundo; sólo nos resta emprender un último esfuerzo de recapitulación.

A MODO DE CIERRE

Vistas en relación con los cuerpos de pensamiento estudiados en los capítulos precedentes, las elaboraciones discursivas de Julio Irazusta presentan algunos rasgos en común y una serie de atributos singulares. Crítico de todos los gobiernos a partir de 1927 (con las excepciones, parciales y efímeras, de los primeros momentos de los golpes militares de septiembre de 1930, junio de 1943 y septiembre de 1955), es claro que Julio Irazusta fue un verdadero especialista en nombrar los males del país.

El lector habrá advertido que, en su pensamiento, una importante tensión que identificamos al estudiar las obras de Ayarragaray, Lugones y Villafañe adquiere una resolución más satisfactoria. Se trata, naturalmente, de la evidente dificultad para articular en un solo discurso, y de manera coherente, la defensa del tradicionalismo y de la herencia hispánica por una parte, y la reivindicación de la Constitución de 1853 y de la tradición liberal argentina por otra. Más allá del carácter severo de sus planteamientos, las elaboraciones de Ayarragaray, Lugones y Villafañe no habían desembocado en alguna forma de invalidación cabal de la tradición liberal del país y de la visión de la historia a ella asociada, sino que, por el contrario, habían decantado en condensaciones abigarradas, cuando no manifiestamente desconcertantes y hasta contradictorias a ese respecto. La experiencia de La Nueva República fue, de un lado, presa de la misma dificultad y, de otro, antesala de una operación erosiva de mayor alcance, vuelta evidente tras el viraje protagonizado por Rodolfo Irazusta poco después del golpe de Uriburu. Como vimos, en el pensamiento de los hermanos Irazusta la ruptura con el liberalismo oligárquico y con la Constitución de 1853 es señaladamente más nítida que en los casos anteriores. Es posible que todas las facetas movilizadas por dicha operación erosiva no aparezcan como plenamente satisfactorias a la consideración crítica actual. Sin embargo, no cabe dudar de su mayor coherencia relativa ni de su enorme significación cultural e ideológica.

A semejanza de las obras del segundo Ayarragaray y de Villafañe, y a diferencia de la de Lugones, el corpus irazustiano posee una marcada tonalidad decadentista. Pero, a diferencia de ellos, su “edad de oro” coincide plenamente con la época de Rosas. En el cuerpo del capítulo procuré aportar elementos para desentrañar las vías a través de las cuales Julio Irazusta pudo haber llegado a formular esa concepción del tiempo histórico argentino. Siguiendo de cerca el importante estudio de Zuleta, resalté la significación del viraje de su hermano Rodolfo, pronto seguido por Julio y por otros compañeros de ruta. Sostuve que entre las fuentes de inspiración de esa nueva concepción del tiempo argentino debieran contarse, de un lado, la decepción con respecto a Uriburu, en particular la experiencia del Frigorífico Guleguaychú; de otro, el ajuste de la relación con el pensamiento de Charles Maurras, cuya influencia adquirió desde entonces un sentido acaso más preciso, así como también de la hermenéutica del siglo XIX argentino (vía carta de V. López a San Martín), todo lo cual se articuló con una consideración atenta del epistolario del General San Martín. En relación con esto último, destaqué que

probablemente no podía haber una manera mejor de legitimar una historia nacionalista que el exhibir la coincidencia de fondo entre sus lineamientos básicos y las ideas del Libertador. En fin, el “descubrimiento” de una serie de obras pioneras en la reivindicación de la figura de Rosas —especialmente la de Adolfo Saldías— también habría desempeñado un papel capital en la metamorfosis irazustiana. En general, indiqué que la obra ulterior de Julio puede interpretarse como una extensa y compleja variación del tema inicialmente propuesto por Rodolfo, y enseguida consolidado por ambos en esa estación todavía conjunta y ciertamente capital que fue La Argentina y el imperialismo británico. Es su carácter monumental lo que vuelve a la obra de Julio especialmente interesante para los fines de esta indagación.

De lo estudiado en el cuerpo del capítulo se desprende que el tratamiento de la caída de Rosas -causas y consecuencias, mediatas e inmediatas- es en Julio Irazusta prácticamente equivalente a la explicación del fracaso del país. La clave de bóveda de la argumentación es el énfasis colocado sobre el desplazamiento, acaecido en 1852, de la fracción de la independencia por la del progreso y la civilización en el seno de los sectores predominantes. En la medida que las energías del país quedaron agotadas tras los esfuerzos del equipo rosista por defender la unidad y la soberanía nacionales en una situación global particularmente adversa, el ideario de la segunda facción consiguió imponerse sobre el menos felizmente formulado, pero políticamente más correcto, de la primera. Como vimos, en la caracterización irazustiana de ese proceso desempeña un papel capital la imagen de la “apostasía de los cultos”. De allí su obsesión por entablar polémicas retrospectivas con los más conspicuos representantes de los emigrados antirrosistas, muy especialmente con Alberdi y con Sarmiento. La victoria, definitiva, de la facción del progreso y la civilización —sólo posible por la defección de Urquiza, pieza clave del equilibrio militar del Plata en esos años- derivó, ni más ni menos, en la mediatización de la soberanía nacional. Así pues, desde esta perspectiva el fracaso argentino quedaría explicado por el hecho de que la clase dirigente del país, primero en forma parcial, y luego íntegra, fue de alguna manera “colonizada” por una mentalidad “antinacional”. De ahí que Irazusta hable de “seudodirigencia” o directamente de “inexistencia” de una clase dirigente digna de ese nombre. Sin embargo, porque Irazusta fue sin duda un historiador de altas y finas cualidades, su mirada sobre las épocas y figuras que siguieron a Caseros rebosa de pliegues y matices. Sólo en algunos pasajes aislados es posible identificar una condena en bloque de esa extensa zona del pasado del país. Cuando la lente se enfoca mejor, todo adquiere mayor complejidad y emergen por doquier subperíodos y personalidades recuperables desde el punto de vista del interés nacional. En algunos pasajes, parece que la noche hubiera comenzado en 1852; en otros, hacia 1880; en otros más, en 1930. En más de una oportunidad llamé la atención sobre el hecho de que esta proliferación de pliegues y matices —ya detectables en La Argentina y el imperialismo británico- debiera verse como una necesidad propia de una economía discursiva como la irazustiana; en efecto, para un nacionalista convencido de que para lograr la grandeza primero hay que crearla

posible debiera resultar al menos incómodo desplegar una condena en bloque de un entero siglo de la historia nacional.

Hacia fines de los años veinte Lugones planteaba una encrucijada fatal para la Argentina: convertirse en potencia integral o tornarse insignificante, sea bajo la forma de “republiqueta proletaria” o de “país de segunda”. La mirada de Irazusta da por hecho que esa encrucijada se resolvió de la peor manera: la Argentina se convirtió no en una republiqueta proletaria, pero sí en un país de segunda e insignificante: la epopeya emancipadora quedó atrás, y advino la época de “la pequeña Argentina”. Así pues, en un sentido importante, las ambiciones de Irazusta se asemejan a las de Lugones: ambos conciben la realización del país como su afianzamiento en tanto potencia integral o imperio preponderante en el mundo. Pero hay varias diferencias entre el historiador y el poeta. Una, crucial, concierne a la relación con el tiempo: en Lugones, la encrucijada capital se ubicaba en el presente-futuro; en Irazusta, las encrucijadas pertenecen predominantemente al pasado y su resolución, ya acaecida, tuvo casi siempre un cariz desfavorable al interés nacional. De ahí que mientras en aquel no hay espacio para el decadentismo o las lamentaciones, en éste todo queda cubierto, a veces aun a su pesar, por una coloración melancólica. Otras diferencias aparecen al considerar sus respectivas concepciones del tiempo histórico, argentino y universal. Sabemos que en Lugones —más allá del artículo “El sable”— no había una recuperación de la época de Rosas ni una condena decidida de la etapa que se abrió con Caseros. Sabemos, también, que el universo de significaciones cultivado por el poeta estaba lejos de la filiación hispano-católica irazustiana, y ello más allá de su supuesta conversión final al catolicismo. En relación con esto diré que, a mi modo de ver, una de las dimensiones más interesantes de la obra irazustiana es justamente su conexión con la obra de los hispanistas, su discusión con la leyenda negra, su polémica retrospectiva con la generación de los emigrados en lo que concierne a ese racimo de cuestiones. Hemos visto a Irazusta tocar temas estrechamente vinculados a cierta línea de argumentación constitutiva del hispanismo y, también, de aquellas versiones del latinoamericanismo que no reniegan de la filiación ibera del subcontinente; entre esos temas destacan —y aquí empleo deliberadamente un léxico ajeno al de Irazusta— la valoración positiva del fenómeno del mestizaje como garantía retrospectiva de una vía alternativa de modernidad aparentemente cancelada. En mi opinión, la imagen de la derrota —provisional o definitiva, no hay forma de saberlo a partir de los textos de Irazusta— de ese proyecto histórico —Habsburgo, contrarreformista o jesuítico, por llamarlo de algún modo— está en la esencia misma de la meditación irazustiana sobre el fracaso argentino, misma que, como tuvimos ocasión de comprobar, tiende a rebasar el nivel de lo nacional para adentrarse en reflexiones que no vacilan en incluir dentro de su radio de incumbencia las perspectivas de la región y, también, de la entera civilización mundial. Los planteamientos conjeturales irazustianos insinúan que la solución auténtica de los problemas del mundo debiera basarse en la recuperación de la herencia hispano-católica y en la concomitante reubicación de Iberoamérica —robustecida bajo

la dirección de una Argentina verdaderamente preponderante- en la gestión de los más altos destinos de la humanidad.

REFLEXIONES FINALES

Tomando en consideración la especificidad y multiplicidad de las situaciones y circunstancias que enmarcaron las elaboraciones discursivas de los intelectuales estudiados, así como también la diversidad semántica, temática e incluso ideológica identificable en sus respectivas aportaciones, despunta con fuerza la tentación de delinear unos señalamientos finales de corte casuista, promoviendo así una pulverización *ad infinitum* de la problemática. No faltan, por cierto, razones para pensar que cada uno de los casos estudiados es más o menos irreductible y que, en consecuencia, habría tantas ideas de fracaso como intelectuales “dispuestos” a tematizar el tópico; de este modo, más que de una *idea* del fracaso habría que referirse a unas *ideas*, en plural. De optarse por un seguimiento unilateral de esta senda, estas reflexiones finales quedarían limitadas, simplemente, a proponer una recapitulación abreviada de los cierres parciales con los que concluye cada uno de los capítulos, resignando en buena medida la posibilidad de perfilar señalamientos de mayor alcance. Más allá de que hacerlo pudiera ser legítimo, no transitaremos ese camino ahora; en lugar de ello, quisiera, retomando un conjunto de aspectos esbozados en la *Introducción*, que explorásemos *tres cauces no casuistas de reflexión*, con la finalidad de mantener el debate abierto a consideraciones que no pierdan de vista horizontes más amplios.

El primero de los cauces que propongo seguir aspira a tornar más precisos el planteamiento general y la periodización esbozados al inicio de este extenso recorrido – sustitución compleja de una configuración intelectual por otra; 1930 con anticipaciones. No se trata, es claro, de ensayar un espurio ejercicio de inducción con base en unos pocos casos; ni la más depurada suma de las conclusiones parciales que preceden alcanzaría para “probar” nada; de lo que se trata, más bien, es de bosquejar un ejercicio de enriquecimiento, vía *ilustración*, de aquel planteamiento y de aquella periodización, que en todo momento preservan su estricta condición de supuestos hipotéticos. Antes que volver a insistir sobre el hecho de que la emergencia del tópico del fracaso argentino no debiera interpretarse como un proceso de sustitución simple y en bloque de la configuración de la ilusión precedente, quisiera pasar a sostener la conveniencia de *pensar la conformación y sedimentación del tópico en tres grandes etapas*. Precisemos. La primera de esas etapas agruparía las “anticipaciones fuertes”, ilustradas en nuestro desarrollo con las obras del joven Ayarragaray, en particular por esa especie de *summa negationum* precocísima que es *La anarquía argentina y el caudillismo*, sobre el telón de fondo de los

balances tempranos y ambivalentes del cambio de siglo y de la crisis definitiva del roquismo. La segunda etapa abarcaría las elaboraciones características de los años veinte, condicionadas por el reflejo elitista y antidemocrático suscitado por el triunfo electoral de Yrigoyen y, sobre todo, por los sucesos de la Semana Trágica, reflejo que devino, más temprano que tarde, disposición autoritario-golpista, a través de una dinámica matizada de la cual las elaboraciones del tercer Ayarragaray, del Lugones jerárquico y del Villafañe abiertamente antiyrigoyenista constituyen ejemplos bastante significativos. La tercera etapa correspondería a los cuerpos textuales que vieron la luz con posterioridad a la crisis económica y política de 1929-1932, representados en la indagación por las obras del Villafañe tardío y, muy especialmente, por las de Irazusta y Martínez Estrada en su conjunto, inscriptas todas en un clima en el cual el fin de la prosperidad “fácil” y la crisis de hegemonía eran ya, en un sentido importante, ostensibles. Obviamente, este esquema tripartito ganaría fuerza si pudiera mostrarse que a cada una de sus fases corresponde un formato distinto de relación con el tiempo histórico, una determinada manera de explicar los supuestos males y una consideración peculiar de la relación entre las dimensiones temporales; en otras palabras, *si pudieran postularse afinidades entre las etapas aludidas y las modalidades de tematización del fracaso del país*. Renunciando de antemano a cualquier clase de esquematismo mecanicista, pienso que es posible dar algunos pasos en esa dirección. Cabe señalar, por ejemplo, que la valoración abiertamente positiva de una zona del pasado en colisión con el dispositivo axiológico liberal-civilizatorio, al estilo de Julio Irazusta, recién puede producirse en forma cabal en la tercera de las etapas en cuestión. Ello no significa sostener que no haya habido esfuerzos previos de recuperación de la figura de Rosas; como vimos, los hubo; tampoco equivale a afirmar que no sea posible identificar deslices nostálgicos en las fases precedentes de conformación del tópico; sabemos bien que, entre otros, Ayarragaray y Villafañe cultivaron ese tipo de propensión; mucho menos supone insinuar que después de 1930 el rosismo retrospectivo se convirtió en la *única* opción simbólica disponible para los intelectuales argentinos. Lejos de esas posibles pero inexactas derivaciones, la proposición vertida se orienta simplemente a destacar que con la crisis se abre la *posibilidad* cierta de articular, de un modo relativamente satisfactorio en términos lógicos y simbólicos, una mirada decadentista y nostálgica del pasado argentino con una invalidación digamos plena de aspectos cruciales de la tradición liberal-civilizatoria y de la configuración de la ilusión a ella ligada. Por otra parte, con la crisis parece abrirse también la posibilidad de explorar sendas que, como la martínezestradiana, no sólo son críticas de sus respectivos presentes de enunciación y

vacilantes o manifiestamente pesimistas sobre el porvenir, sino también proclives a obturar, de modo llamativo, todo impulso de identificación de ámbitos de valores positivos en alguna zona del pasado nacional. En las etapas precedentes era difícil identificar impulsos análogos aunque, como sabemos, *La anarquía argentina y el caudillismo* debiera situarse en el umbral de una operación de esa naturaleza. En cuanto a las elaboraciones dadas a conocer en los años veinte (segunda etapa), pienso que su mayor inconsistencia relativa resulta justamente indicativa de la imposibilidad, muy probablemente ligada a un condicionamiento contextual, de articular de manera lógica y simbólicamente satisfactoria la crítica del presente y las dudas sobre el futuro con una mirada sobre el pasado capaz de embestir contra los elementos sustantivos de la tradición liberal-civilizatoria. En el Ayarragaray de ese tiempo tal limitación es clarísima: sus páginas destilan una nostalgia sin fin y un hondo pesar, debidos en buena medida a la constatación de la imposibilidad de conformar una fuerza conservadora triunfante que hunda sus raíces en el ideario liberal oligárquico. También parece ser clara en Villafañe, quien ni siquiera en los años treinta o cuarenta hace a un lado su antirosismo y su urquicismo matriciales...; más aún, es por esos años cuando tiende a recuperar la figura de Roca, antes cuestionada... Ni siquiera el Lugones jerárquico marcha con resolución hacia una reconsideración integral del pasado; como vimos, si a partir de cierto momento juzgó necesario un cambio de rumbo no fue tanto porque considerara inadecuado el hasta entonces seguido sino porque entendió que las circunstancias se habían alterado de manera radical y sin posibilidad de retorno; recién su desgarrado e inconcluso *Roca* parece contener un impulso más decidido de reelaboración histórica, que obviamente no alcanzó a cristalizar... Como indiqué líneas atrás, las elaboraciones del joven Ayarragaray plantean, en virtud de sus precoces decadentismo y fatalismo, algunos problemas a esta línea de argumentación; sin embargo, cabe formular, en relación con ello, dos consideraciones atenuantes: una, aquellas tempranas valoraciones positivas de determinadas zonas del pasado que emprende no parecen orientarse a discutir los valores primordiales de la tradición liberal-civilizatoria, sino más bien a expresar simbólicamente sus ansiedades e inquietudes frente a las transformaciones modernizadoras en curso; dos, y más fundamental, el fatalismo cerrado de *La anarquía argentina y el caudillismo* debe mucho, como vimos, a las especificidades de una coyuntura muy determinada, a saber, la ruptura de Pellegrini con Roca y la escisión del PAN; el talante, señaladamente distinto, de sus escritos aparecidos en torno al Centenario prueba que su obra mayor de 1904 tenía bastante de inflación retórica circunstancial. De admitirse este conjunto de señalamientos, la propuesta de

pensar una dinámica en tres fases, a través de las cuales el tópico del fracaso argentino fue adquiriendo mayor consistencia lógica y simbólica, mayor capacidad erosiva y mayor profundidad histórica, se torna aceptable. El examen de otros casos y, eventualmente, de otros tipos de fuentes que no formen parte de la órbita de la cultura intelectual de las elites podría aportar elementos que vuelvan aún más plausible este esquema o que lleven a matizarlo o rectificarlo; sin embargo, y más allá de eso, la idea “fuerte” que quisiera someter a consideración es que, aproximadamente entre 1900 y 1940, y sobre el telón de fondo de una serie de profundas transformaciones sociales, políticas y económicas -prosperidad material inusitada, inmigración masiva, conflictividad social, apertura democratizadora, protopopulismo, crisis política y económica, lesión de la hegemonía...-, el tópico del fracaso del país fue consolidándose y adquiriendo una importancia creciente en el panorama cultural.

El segundo cauce de reflexión que quisiera explorar busca abrir un racimo de interrogaciones en torno a la significación de las elaboraciones tematizadoras del fracaso dentro del panorama ideológico y cultural. Más concretamente, ¿qué tipo de intelectuales han sido estos especialistas en nombrar los males de la colectividad, dispuestos a abrir una llaga en las certidumbres urdidas en torno a la vitalidad y el sentido del tiempo colectivo?; ¿hay algún rasgo o conjunto de rasgos que los defina, y cuya consideración permita avanzar hacia una formalización relativa de sus estrategias de posicionamiento y de sus modalidades de intervención simbólicas y discursivas...? En la *Introducción* propuse ligar la tematización de los males y la puesta en cuestión de las certidumbres al problema, a mi modo de ver crucial, de la *provocación de un disenso*. Pienso que tal conexión alberga cierta productividad analítica en la medida que su consideración conduce, directamente y más allá de las peculiaridades de los casos, al problema central de la *erosión de una situación de eventual hegemonía* y, adicionalmente, a la cuestión del lugar y el papel de los intelectuales en una dinámica de ese tipo. Sin embargo, y como es dable advertir, el invocar esa ligazón no resuelve mágicamente todos los problemas; más bien, nos coloca ante un haz de nuevas preguntas cuya resolución es, a su vez, no menos difícil; en términos generales, su tratamiento parece remitir en forma prioritaria a una sociología de los intelectuales, perspectiva que no hemos transitado aquí de manera sistemática. El punto capital es el siguiente: dadas unas operaciones simbólicas provocadoras de disenso, se plantea de inmediato la pregunta sobre las razones de su emergencia y consolidación. En otras palabras, ¿qué es lo que lleva a unos intelectuales a quedar ubicados en el lugar de tematizadores del fracaso de la colectividad?; ¿obedece la provocación de disenso y la puesta en

cuestión de las certidumbres entretejidas en torno a la vitalidad del tiempo colectivo a razones predominantemente subjetivas (temperamento, voluntad) u objetivas (origen geográfico, condición generacional, condición y trayectoria de clase, posición e itinerario en el campo ideológico cultural)...?; ¿a través de que estrategias estos intelectuales labran y preservan su posición en la escena ideológica?; ¿es posible perfilar, más allá de los matices y especificidades, algún rasgo de su manera de intervenir simbólica y discursivamente que pudiera considerarse definitorio del “tipo”...? Se trata, naturalmente, de aspectos y cuestiones en relación con los cuales no estoy en condiciones de pronunciarme de manera definitiva; hay, con todo, tres racimos de elementos sobre los que quisiera llamar la atención. En primer lugar, la ligazón, que juzgo conveniente pensar en términos “fuertes”, entre la disposición tematizadora del fracaso y provocadora disenso de un lado, y cierta experiencia de *descentramiento político* del otro. No se trata, evidentemente, de sugerir una vinculación mecánica ni automática entre ambas dimensiones; a lo largo del desarrollo asistimos a situaciones y dinámicas que obligan a ser extremadamente cautos al respecto... Sin embargo, más allá de los matices y pliegues que la consideración atenta de los casos obliga a no descuidar, parece adecuado sostener que subyace a las elaboraciones tematizadoras del fracaso un malestar profundo en relación con aspectos sustantivos de la lógica política y que, al menos en parte, dicho malestar parece fundarse en una experiencia de descentramiento que combina, de modos variables, elementos “impuestos por las circunstancias” y decisiones “voluntariamente asumidas”. ¿Irábamos demasiado lejos si postulásemos que, aunque no toda experiencia de descentramiento político da lugar automáticamente a elaboraciones tematizadoras del fracaso, algún tipo de variante de aquella constituye una condición necesaria para la emergencia de éstas...? Vienen a la mente aquí, desde luego, las relaciones -prácticamente inversas- entre Ayarragaray y Roca por un lado y Lugones y Roca por el otro; las peripecias que derivaron en el antiyrigoyenismo abierto de Villafañe; la temprana decepción de los Irazusta respecto del gobierno de Urriburu; la singular apuesta política/apolítica martínezestradiana... En segundo lugar, el hecho, a mi modo de ver central, de que la autoconstitución en sujeto nominador del mal, tematizador del fracaso y provocador de un disenso posee una *dimensión estratégica* innegable. Sin reducir las intervenciones estudiadas a esta única faceta, pienso que resulta conveniente tomarla en consideración: al situarse en ese lugar y en ese papel al interior de un campo ideológico y cultural dado, los intelectuales tematizadores del fracaso producen una “diferencia significativa” en relación con los demás participantes; en otras palabras, la especialización en la

nominación del mal es, seguramente entre otras cosas pero también muy significativamente, una manera de “inventarse una posición” en la arena de las pugnas simbólicas. Como tuvimos ocasión de comprobar, con llamativa frecuencia esto se apoya sobre un repertorio expresivo y gestual bastante determinado: la exaltación de la “soledad” que la propia posición supone y la denuncia más o menos explícita de la “falsedad” de las demás, a través de un movimiento que, en ocasiones, llega hasta los umbrales de una invalidación, formulada en clave moral, del campo en su conjunto, capaz de poner en cuestión, incluso, y en forma análoga a lo que sucede en la figura clásica de la paradoja del mentiroso, la verosimilitud y el sentido de la propia prédica. Se entiende que transitar una vía como ésta lleva de manera inevitable a necesitar, de un modo casi desesperado, de más y más recursos de diferenciación. En este sentido, pienso que en modo alguno es simple y pura contingencia la presencia, no en todos los casos pero de manera llamativamente recurrente, de declamaciones orientadas a reafirmar a quien enuncia en el lugar del revelador de profundos secretos a quien tanto sus eventuales pares como las rústicas mayorías desconocen; cabe recordar en tal sentido las analogías desplegadas entre esa autopercepción y las experiencias atravesadas por figuras de las tradiciones clásica –como Casandra- y bíblica –como los profetas que predicaban en el desierto... En tercer lugar, y para concluir con los aspectos contenidos en el ámbito de interrogaciones que componen este segundo cauce de reflexión, el hecho de que, en el nivel concerniente a la faz propiamente discursiva de este tipo de elaboraciones, resulta decisiva la puesta en funcionamiento de una operación simbólica notable, por la cual se tiende a erosionar la imagen del ajuste, hasta entonces pensado como necesario, entre las esferas de lo deseable y de lo inminente. Una vez más, hay que dejar constancia de la diversidad de formas que puede asumir esa operación erosiva; en principio, el desacople puede fomentarse embistiendo sea contra aspectos sustantivos de una de las dos esferas en particular, sea contra el corazón de ambas; más acá, la articulación de temas y motivos ofrece una gama relativamente amplia de posibilidades combinatorias. Sin embargo, es posible sostener que, más allá de la forma en que tenga lugar, esta *operación de desacople* debe estar presente para que haya tematización del fracaso. Una vez más, este señalamiento quizás cobre una mayor significación si dejara paso al *establecimiento de una asociación entre determinados tipos de desacople, modalidades particulares de cultivo del tópico y las tres etapas anteriormente referidas*. Podría pensarse, por ejemplo, que una elaboración que pone en duda la inminencia de lo deseable manteniendo más o menos igual a sí la definición de los elementos que componen eso mismo deseable, puede dar lugar a formulaciones de signo

trágico y/o apocalíptico; en cambio, un entramado textual predominantemente orientado a cuestionar la definición de lo deseable en tanto tal tiende a quedar más o menos prontamente enfrentado al desafío de identificar en alguna zona del pasado (o de la vida social en general) algún ámbito compuesto por valores positivos, abriéndose así la posibilidad de derivas decadentistas y nostálgicas; en fin, la negación de la existencia real de ámbito semejante alguno pareciera conducir inevitablemente sea a un pesimismo sin salida, sea al más abierto nihilismo, sea, una vez más, a alguna variante de catastrofismo apocalíptico. ¿Sería demasiado pretencioso dejar anotadas estas tres modalidades básicas de desacople: lo deseable que ha dejado de ser inminente; lo deseable que ha dejado de ser deseable; lo deseable que no se hace manifiesto en parte alguna...? De todas maneras, y como fácilmente puede advertirse, los casos estudiados no se dejan clasificar aproblemáticamente en estas alternativas; el sentido de enunciarlas a estas alturas no tiene que ver tanto con un afán de producir taxonomías apresuradas ni, mucho menos, de “hacer teoría” con base en unos pocos casos, sino más bien con, de un lado, procurar volver más explícita y quizás más precisa una clave de lectura que orientó, de manera efectiva, aspectos medulares de los desarrollos precedentes y, del otro y tal vez más fundamentalmente, con promover un tipo de reflexión por intermedio de la cual nos veamos enfrentados, analogía mediante, a nuestras propias ideas sobre el tiempo histórico y sobre el trabajo intelectual en torno al mismo; más en particular, a nuestras concepciones acerca de la compleja y muchas veces elusiva y no tematizada relación entre las dos esferas referidas.

El tercer y último cauce de reflexión por el que deseo aventurarme se desprende justamente del último señalamiento. Circunloquios aparte, considero que es tremendamente urgente promover y vigorizar el debate sobre los valores últimos que orientan la vida de nuestros países; en tal sentido, pienso que la revisita a unos viejos textos preñados de afán crítico, de voluntad rectificadora, de pasión más o menos abierta y, en ocasiones, de flagrantes (y radiantes) inconsistencias puede resultar altamente productivo en relación con una *revitalización de los repertorios simbólicos de nuestro tiempo*. No me refiero, por supuesto, a cualquier tipo de revisita ni, tampoco, a cualquier clase de revivificación. Como adelanté en los pasajes con los que se cierra la *Introducción*, en torno a este punto es de la mayor importancia eludir dos riesgos principales: uno, la disposición a alterar de manera radical a los hombres del pasado y sus voces; el otro, el impulso a desplegar sobre ellos ejercicios de militancia retrospectiva abiertos o solapados. En cuanto al primer riesgo, y más allá de reconocer que la interrogación sobre el sentido del oficio historiador admite muy distintas resoluciones, quisiera hacer

explícitos mi perplejidad y desconcierto frente a aquellas posiciones que se esmeran en mostrar, de modo exclusivo, todo aquello que *nos separa* del pasado, eludiendo referir y problematizar aquellos aspectos que, de manera tan mediada e inextricable como evidente, nos mantienen enlazados a él, permitiendo que voces ya apagadas puedan todavía decirnos algo; en relación con la vida, la alterización radical del pasado no conduce más que a un desolado y sepulcral silencio. Con respecto al segundo riesgo, quisiera llamar la atención sobre el hecho de que, con alguna frecuencia, el afán de eludir el despliegue de ejercicios de militancia retrospectiva se pone de manifiesto en forma espuria, esto es, a manera de coartada. Para decirlo con mayor claridad: si es cierto que sería poco menos que absurdo sostener, por ejemplo, que la “solución” a los problemas actuales pudiera estar en la recuperación *ad litteram* de un ensayo de Ayarragaray o de cierta página martínezestradiana..., también lo es que sería muy poco recomendable el cultivo de la disposición inversa, esto es, el postular que los intelectuales cuyas obras examinamos constituyen “lamentables desviaciones” de la única senda supuestamente “correcta”, en particular, de alguna versión remozada de la tradición liberal-civilizatoria. Esta última disposición, que no por disimularse bajo retóricas de la imparcialidad deja de existir ni de presidir numerosas aproximaciones al acervo cultural, es la que me interesa discutir y cuestionar. Desde contribuciones en ella inspiradas es hasta posible llegar a oír decir que quienes osaron poner en cuestión el valor positivo de elementos cruciales de aquella tradición son también, por haberlo hecho, responsables del fracaso nacional... Según creo, esa línea de argumentación no sólo es una variante de militancia retrospectiva más o menos encubierta, sino también, y centralmente, una vía por la cual el presente ejerce una suerte de ensoberbecida autocomplacencia hacia las cosas, los hombres y las voces del pasado. Pero no quisiera que se me malinterprete: al abrir este cauce de reflexión no persigo propósitos derechizantes, “contrailustrados” o condenatorios en bloque de la tradición liberal-civilizatoria; me guían, más bien, la certidumbre de que no habitamos el mejor de los mundos posibles y la impresión de que, aún cuando efectivamente sepamos “ahora” más que “antes” sobre un conjunto de aspectos sustantivos de la vida social y de su historia (recuérdese empero la nota 2 de la *Introducción*), no necesariamente hemos resuelto satisfactoriamente una densa trama de dilemas –de varias clases, pero sobre todo éticos- concernientes a la significación y al sentido últimos de nuestro modo de participar, en tanto colectividad, en el mundo moderno. Como insinué en los pasajes finales de la *Introducción*, haber examinado las elaboraciones discursivas de unos antiguos inconformes y provocadores de disenso puede resultar simbólicamente útil para

repensar nuestra relación con una particular “experiencia de modernidad”, y ello de un modo oblicuo y bastante especial, en la medida que, como sabemos, las trayectorias y los textos en cuestión no remiten necesariamente a las facetas más convencionales de la problemática sino que, por el contrario, nos plantean un cúmulo de desafíos que, en su condición iconoclasta y desgarrada, cabría designar como *extremos*: allí están, desafiantes, el desasosegado retraimiento ayarragarayano, la prédica turbulenta y la tragedia final de Lugones, el impulso tanático y la iracundia que un día devino piromanía en Villafañe, las conmovedoras *fugas* martínezestradianas, la monumental a la vez que sucedánea –por hecha “a la fuerza”- obra irazustiana...

Se entiende entonces que estas reflexiones finales no desemboquen en alguna clase de articulación definitiva y que no haya aquí “tomas de partido” ni “explicaciones últimas”; no persigo eso, sino otra cosa muy distinta, que debiera comenzar con el reconocimiento de las lagunas, inconsistencias y limitaciones de las valoraciones hoy preponderantes e, incluso, de las propias posiciones últimas; en otras palabras, en el rechazo, el abandono o, al menos, la puesta entre paréntesis de la soberbia y la autocomplacencia antes aludidas. Porque si hay algo recuperable en el intrincado y heterogéneo *corpus* de tribulaciones examinado, quizá no resida tanto en tal o cual proposición específica, sino más bien en el hecho de que los desarrollos y opciones “extremos” que albergan parecen invitarnos a revisar y cuestionar profundamente el modo en que concebimos no sólo el pasado y el tiempo histórico en general, sino también, y más fundamentalmente, la manera en que imaginamos lo deseable en tanto tal (también, si somos capaces de hallar sus propiedades efectivizadas en algún lugar del tiempo, en alguna zona de la vida social...), la forma en que consideramos los complejos vínculos entre lo deseable y lo inminente y, en fin, el modo en que conceptuamos el lugar y el papel de los intelectuales en la sociedad y, más allá, la manera en que pensamos las difíciles e intrincadas relaciones entre historia y política y entre política y moral. Sólo a partir de la asunción de una disposición favorable a ensanchar nuestra capacidad de cuestionamiento de los dispositivos axiológicos que nos rodean y habitan, sólo con base en una radical apertura a la duda y a la crítica en estos tan resbalosos terrenos, sólo así, digo para terminar, nuestra revisita a todos esos viejos y en buena medida indigestos conglomerados de palabras pudiera tener algún sentido más allá de la de todos modos saludable aunque inevitablemente inacabada tentativa de la erudición.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (1969): *La década infame*, Buenos Aires: Carlos Pérez [contiene aportaciones de A. Ciria; N. Areces, N. Galasso, M. Sánchez Sorondo, A. Pla, R. Scalabrini Ortiz, A. Jauretche, O. Andrada]
- AAVV (1991): *Análisis estructural del relato*, Puebla: Premiá Editora / La Red de Jonás [contiene contribuciones de R. Barthes, T. Todorov, U. Eco y otros]
- AAVV (1994): *Ezequiel Martínez Estrada: la pampa de Goliath*, Buenos Aires: CEAL [contiene un reportaje a Gregorio Scheines –por J.C. Martini Real- y ensayos de Roberto Fernández Retamar, Graciela Scheines y Horacio Cerutti Guldberg]
- ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1956-1963): *Gran Enciclopedia Argentina. Todo lo argentino ordenado alfabéticamente, geografía, historia, biografías, toponimias, etc.*, Buenos Aires: EDIAR, ocho tomos.
- ABÓS, Álvaro (2004): “Lugones: un enigma argentino”, en *Todo es historia*, Buenos Aires, n° 444, pp. 6-23.
- ABERCROMBIE, Nicholas (1982): *Clase, estructura y conocimiento*, Barcelona: Península.
- AGUINAGA, Carlos; AZARETTO, Roberto (1992): *Ni década ni infame, del 30 al 43*, Buenos Aires: Jorge Baudino.
- ALBERDI, Juan B. (1964): *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires: De Palma [1852]
- (1934): *Estudios económicos. Interpretación económica de la historia política argentina y sudamericana*, Buenos Aires: L. J. Rosso [póstumo]
- ALFIERI, Teresa (1988): “Nietzsche y Martínez Estrada”, en *Actas de las Segundas Jornadas Internacionales de Literatura Argentina Comparada*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina “Ricardo Rojas” / UBA.
- ALONSO, Carlos (1998): *The burden of modernity. The rhetoric of cultural discourse in Spanish America*, New York: Oxford University Press.
- ALTAMIRANO, Carlos (1999): “Ideas para un programa de historia intelectual”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Buenos Aires: UNQui, n° 3, dossier.
- (2001): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Vol. VI, Estudio Preliminar y Antología.
- director (2002): *Términos críticos de sociología de la cultura*, Buenos Aires: Paidós.
- ALTAMIRANO, Carlos y SARLO Beatriz (1993): *Literatura/sociedad*, Buenos Aires: Edicial.
- ÁLVAREZ, Agustín (1933): *South America*, Buenos Aires: L. J. Rosso [1894]
- (1944): *Manual de patología política*, Buenos Aires: Jackson [1899]
- (1934): *Las transformaciones de las razas en América*, Buenos Aires: L. J. Rosso [1908]
- ANDERSON IMBERT, Enrique (1988): *Genio y figura de Sarmiento*, Buenos Aires: Eudeba.
- ANSALDI, W.; PUCCIARELLI, A. y VILLARRUEL, J., editores (1993): *Argentina en la paz de las dos guerras. 1914-1945*, Buenos Aires: Biblos.
- ANSART, Pierre (1983): *Ideología, conflictos y poder*, Puebla: Premiá Editora / La Red de Jonás.
- AYARRAGARAY, Carlos y PARIENTE, Carlos (1939): *Ideario de Lucas Ayarragaray*, Buenos Aires: Hachette, con “Prólogo” de Enrique de Gandía.
- AYARRAGARAY, Lucas (1887): *La imaginación y las pasiones como causas de enfermedades*, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Médicas.
- (1889): “Causas sociales del neurosismo contemporáneo”, en *Anales del Círculo Médico Argentino*, Buenos Aires, XII.
- (1893): *Pasiones. Estudios médico-sociales*, Buenos Aires: Peuser.
- (1902): “Obsesión sexual: la mirada masturbadora. Estudio clínico”, en *Archivos de criminología, medicina legal y psiquiatría*, Buenos Aires, pp. 273-275.

- (1903): “Demencia alcohólica e incapacidad civil”, en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*, Buenos Aires, pp. 619-624, en colaboración con José Ingenieros.
- (1935): *La anarquía argentina y el caudillismo. Estudio psicológico de los orígenes argentinos*, Buenos Aires: L. J. Rosso [1ª ed. 1904]
- (1927): *Estudios históricos, políticos y literarios*, Buenos Aires: Lajouane [ed. aumentada respecto de la 1ª de 1907]
- (1910) *Argentina y Brasil. Discurso pronunciado por el diputado Dr. Lucas Ayarragaray en las sesiones secretas de la cámara de diputados de la Nación el año 1908 en la discusión de la ley de armamentos*, Buenos Aires: Lajouane.
- (1910) *La constitución étnica argentina y sus problemas*, Buenos Aires: Lajouane.
- (1912): *Socialismo argentino y legislación obrera*, Buenos Aires: Lajouane.
- (1920): *La Iglesia en América y la dominación española. Estudio de la época colonial*, Buenos Aires: Lajouane.
- (1923): *Meditaciones en Roma*, Buenos Aires: Lajouane.
- (1926): *Dos mundos. Novela dramatizada*, Buenos Aires: Lajouane.
- (1930): *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Buenos Aires: Lajouane.
- BACA OLAMENDI, Laura (1998): *Bobbio: los intelectuales y el poder*, México: Océano.
- BACA OLAMENDI, Laura y CISNEROS, Isidro (1997): *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, México: Triana / FLACSO.
- BACZKO, Bronislaw (1991): *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- BALESTRA, Juan (1935): *El Noventa. Una evolución política argentina*, Buenos Aires: La Facultad.
- BARBERO, María Ines y DEVOTO, Fernando (1983): *Los nacionalistas*, Buenos Aires: CEAL.
- BARNES, Julian (1994): *El loro de Flaubert*, Barcelona: Anagrama [1984]
- BAUMAN, Zygmunt (1997): *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires: UNQui.
- BERLIN, Isaiah (1992): *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México: FCE [1979]
- (1996): *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*, Madrid: Taurus.
- BESANT, Annie (1988): *Teosofía*, Buenos Aires: Maha.
- BETHELL, Leslie, editor (2000): *Historia de América Latina*, Barcelona: Crítica [1986], varios tomos.
- BIDONDO, Emilio (1980): *Historia de Jujuy, 1535-1950*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- BORELLO, Rodolfo (1991): “Radiografía de la pampa y las generaciones de 1925 y de 1950” en Martínez Estrada, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, Madrid: Colección Archivos [edición crítica coordinada por Leo Pollmann]
- BORGES, Jorge Luis (1956): “Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada”, en *Sur*, Buenos Aires, n° 242.
- BOTANA, Natalio (1997): *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires: Sudamericana [1984]
- (1996): *D. F. Sarmiento. Una aventura republicana*, Buenos Aires: FCE.
- BOURDIEU, Pierre: (1983): “Campo intelectual, campo del poder y habitus de clase”, en *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires: Folios.
- (1987): “El campo intelectual: un mundo aparte”, en *Cosas dichas*, Barcelona: Gedisa.
- (1995): *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona: Anagrama.
- BOURRICAUD, Francois (1990): *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, México: UNAM.
- BRA, Gerardo (1989): *El negociado de las tierras de ‘El Palomar’*, Buenos Aires: CEAL.
- BRADING, David (1999): “Civilización y barbarie”, en *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México: FCE, pp. 669-698 [1991]
- BRUNNER, José Joaquín y FLISFISCH, Ángel (1989): *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*, México: UAM-A/Anuies.

- BUCHRUCKER; Cristian (1987): *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana.
- BURKE, Edmund: “Reflexiones sobre la Revolución Francesa”, en *Textos políticos*, México: FCE, 1996 [1790]
- CACHO VIU, Vicente (2000): *Los intelectuales y la política. Perfil público de Ortega y Gasset*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- CAPDEVILA, Arturo (1973): *Lugones*, Buenos Aires: Aguilar.
- CÁRDENAS DE MONNER SANS, María Inés: *Cuando Lugones conoció el amor. Cartas y poemas inéditos a su amada*, Buenos Aires: Seix Barral, 1999.
- CÁRDENAS, Eduardo y PAYÁ, Carlos (1981): “Carlos Octavio Bunge, un triunfador disconforme”, en *Todo es historia*, Buenos Aires, n° 173, octubre 1981, pp. 29-43.
- CASTELLANI, Leonardo (1964): *Lugones*, Buenos Aires: Theoria.
- CASTELLANOS, Joaquín (1909): *Labor dispersa*, Buenos Aires: Payot.
(1917): *Acción y pensamiento*, Buenos Aires: Pellerano.
- CERUTTI GULDBERG, Horacio (1994): “Ezequiel Martínez Estrada: reflexión política y tradiciones históricas” en AAVV: *Ezequiel Martínez Estrada...*, op. cit.
- CONIL PAZ, Alberto (1985): *Leopoldo Lugones*, Buenos Aires: Huemul.
- CORTÉS CONDE, Roberto (1979): *El progreso argentino, 1880-1914*, Buenos Aires: Sudamericana.
(2000): “El crecimiento de la economía argentina, c. 1870-1914”, en Bethell, Leslie, editor: *Historia de América Latina*, op. cit., tomo 10: América del Sur, c.1870-1930.
- COSER, Lewis (1968): *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México: FCE.
- CRESCO, Horacio (2006): “En torno a la fundamentación de la historiografía latinoamericana”, en De los Ríos, Norma y Sánchez, Irene (coords.): *América Latina: historia, realidades y desafíos*, México: UNAM.
- CRESCO, Regina (2004): *Itinerarios intelectuales: Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación*, México: CCyDEL/UNAM.
- CHIARAMONTE, José Carlos (1986): *Nacionalismo y liberalismo económicos en la Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires: Hyspamérica [1971]
- DE CAMPOS, Haroldo (2000): “De la razón antropofágica: diálogo y diferencia en la cultura brasileña”, en *De la razón antropofágica y otros ensayos*, México: Siglo XXI, selección, traducción y prólogo de Rodolfo Mata [1980]
- DEVOTO, Fernando (2002): *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- DÍAZ ALEJANDRO, Carlos (1980): “La economía argentina durante el período 1880-1913”, en Ferrari, G. y Gallo, E., comps., op. cit.
- DONOSO CORTÉS, Juan (1970): “Discurso sobre la dictadura”, en *Obras completas*, Madrid: La Editorial Católica, Biblioteca de autores cristianos, Tomo II [1849]
- ECHEVERRÍA, Bolívar (1998): *La modernidad de lo barroco*, México: Era/UNAM.
- FALCÓN MARTÍNEZ, C.; FERNÁNDEZ GALIANO, E. y LÓPEZ MELERO, R. (1985): *Diccionario de mitología clásica*, Madrid: Alianza, dos tomos.
- FAVARO, Orieta y MORINELLI, Marta (1991): *Petróleo, estado y nación*, Buenos Aires: CEAL, con “Prólogo” de Waldo Ansaldi.
- FERRARI, Gustavo y GALLO, Ezequiel, compiladores (1980): *La Argentina del Ochenta al Centenario*, Buenos Aires: Sudamericana.
- FLEITAS, María Silvia (1997): *El pensamiento político y económico de Benjamín Villafañe*, Jujuy: UNIHR-FHyCS-UNJu, Estudio preliminar y antología de textos.
- FURLONG, Guillermo (1984): *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador [1993]
- GALLO, Ezequiel (2000): “Política y sociedad en Argentina, 1870-1916”, en BETHELL, Leslie, editor: *Historia de América Latina*, op. cit., tomo 10: América del Sur, c.1870-1930.

- GARCÍA MOLINA, Fernando y MAYO, Carlos (1985): *El general Urriburu y el petróleo*, Buenos Aires: CEAL.
- GARCÍA RAMOS, Antonio (1996): “Introducción” a Lugones, Leopoldo: *Las fuerzas extrañas*, Madrid: Cátedra.
- GARIBAY, Ángel (1977): *Mitología griega. Dioses y héroes*, México: Porrúa [1964]
- GERBI, Antonello (1993): *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica*, México: FCE [1955]
- GIL VILLEGAS, Francisco (1996): *Los profetas y el mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*, México: El Colegio de México-FCE.
- GONZÁLEZ, Horacio (1999): *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires: Colihue.
- (comp.) (2000): *Historia crítica de la sociología argentina. Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes*, Buenos Aires: Colihue.
- GRAMSCI, Antonio (1975): *Los intelectuales y la organización de la cultura*, México: Juan Pablos.
- GUÉRIN, Miguel Alberto (1991): “Inmigración, ideología y soledad en la génesis de *Radiografía de la pampa*”, en Martínez Estrada, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, ed. cit.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (1970): *El revisionismo histórico argentino*, México: Siglo XXI.
- (1980a): *Proyecto y construcción de una nación* (prólogo y antología de textos), Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1980b): “Un nuevo clima de ideas”, en Ferrari, G. y Gallo, E., comps., op. cit.
- (1984): “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”, en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires: v. 21, n° 95.
- (1988): *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires: Alianza.
- (1994): “Halperín en Berkeley. Latinoamérica, historiografías y mundillos académicos”, en *Entrepassados*, Buenos Aires, año IV, n° 6 [Entrevista a cargo de Diego Armus y Mauricio Tenorio Trillo]
- (1996): *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires: El cielo por asalto.
- (1999) *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires: Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Vol. IV, Estudio Preliminar y Antología.
- (2003): *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2004): *La república imposible (1930-1945)*, Buenos Aires: Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Vol. V, Estudio Preliminar y Antología.
- HERMAN, Arthur (1998): *La idea de decadencia en la historia occidental*, Barcelona: Andrés Bello.
- HERRERO, Alejandro y HERRERO, Fabián (1996): *Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- HOBBSAWM, Eric (1998): *Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Crítica/Grijalbo.
- HOFMEISTER, Wilhelm y MANSILLA, H.C.F. (eds.) (2003): *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario: Homo Sapiens.
- HORA, Roy y TRÍMBOLI, Javier (1994): *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires: El cielo por asalto.
- HUDSON, William Henry (1980): *La tierra purpúrea y Allá lejos y hace tiempo*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, Vol. 63 [1885 y 1918, respectivamente]
- IBARGUREN, Carlos (1999): *La historia que he vivido*, Buenos Aires: Sudamericana [1955]
- INGENIEROS, José (1957): *Sociología argentina*, Buenos Aires: Elmer [1913]
- (1939): *Los tiempos nuevos. Reflexiones optimistas sobre la guerra y la revolución*, Buenos Aires: L. J. Rosso [1921]
- IRAZUSTA, Julio (1932): “Acerca de Jorge Santayana”, en *Sur*, Buenos Aires, n° 6.
- (1982): *La Argentina y el imperialismo británico, los eslabones de una cadena, 1806-1933* (en colaboración con su hermano Rodolfo), Buenos Aires, Independencia [1934]

- (1936): “El ‘Catilina’ de Ernesto Palacio y la historiografía romana”, en *Sur*, Buenos Aires, n° 20.
- (1975): *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, Buenos Aires, Jorge Llopis [1941-1969], ocho tomos.
- (1952): *Ensayos históricos*, Buenos Aires, La Voz del Plata.
- (1955): *Las dificultades de la historia científica y el ‘Rosas’ del Dr. E. H. Celesia*, Buenos Aires: Alpe.
- (1983): *Perón y la crisis argentina*, Buenos Aires, Independencia [1956]
- (1966): *Balace de siglo y medio*, Buenos Aires, Theoria.
- (1985): *Influencia económica británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Eudeba [196_]
- (1969): *Genio y figura de Leopoldo Lugones*, Buenos Aires, Eudeba.
- (1974): [Sin título], comentario a *El revisionismo histórico argentino*, de Tulio Halperín Donghi, en *Historiografía, Revista del Instituto de Estudios Historiográficos*, Buenos Aires, n° 1.
- (1975): *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*, Buenos Aires, Ediciones culturales argentinas.
- (1979): *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, Buenos Aires, Dictio.
- (1981): *La generación del ochenta. Profecías y realizaciones*, Buenos Aires, Docencia.
- IRAZUSTA, Rodolfo (1993): *Escritos políticos completos*, Buenos Aires, Independencia, [1927-1967], tres tomos.
- ISAACSON, José (1986): *Martín Fierro. Cien años de crítica*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- JITRIK, Noé (1970): *Ensayos y estudios de literatura argentina*, Buenos Aires: Galerna.
- KAPLAN, Marcos (1992): *Estudios sobre política y derecho del petróleo argentino (1907-1955)*, México: UNAM.
- KINDGARD, Adriana (2001): *Alianzas y enfrentamientos en los orígenes del peronismo jujeño*, Jujuy: UNIHR-FHyCS-UNJu.
- KOSELLECK, Reinhart (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona: Paidós [1979]
- KOZEL, Andrés (2002/2003): “Leopoldo Lugones y la Argentina como (des)ilusión”, en *Conciencia Social*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, n° 2 y 3.
- (2003a): “De fatalidades, añoranzas y encrucijadas: notas en torno a la emergencia del pensamiento sobre el fracaso nacional en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX”, ponencia presentada en el *I Congreso Internacional de Estudios sobre Imaginario y Horizontes Culturales*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- (2003b): “Alteridad, espacio y tiempo en *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla”, en *Latinoamérica*, México, CCyDEL/UNAM, n° 36.
- LAFLEUR, H.; PROVENZANO, S. y ALONSO, F. (1968): *Las revistas literarias argentinas, 1893-1967*, Buenos Aires: CEAL.
- LASKY, Melvin (1985): *Utopía y revolución*, México: FCE [1976]
- LE GOFF, Jacques (1991): *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona: Paidós [1977]
- LENK, Kurt (1982): *El concepto de ideología. Comentario y selección sistemática de textos*, Buenos Aires: Amorrortu.
- LÓPEZ, María Pía (2004): *Lugones: entre la aventura y la cruzada*, Buenos Aires, Colihue.
- LUGONES, Leopoldo (1945): *El imperio jesuítico*, Buenos Aires: Comisión Argentina de Fomento Interamericano [1904]
- (1996): “Ensayo de una cosmogonía en diez lecciones” en *Las fuerzas extrañas*, Madrid: Cátedra [1906], “Introducción” a cargo de Arturo García Ramos.
- (1962): *Prometeo, un proscrito del sol*, en *Obras en prosa*, México: Aguilar; selección y prólogo de Leopoldo Lugones (h) [1910]
- (1960): *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires: Eudeba [1911]

- (1915): *Elogio de Ameghino*, Buenos Aires. Otero & Co.
- (1979): *El payador y antología de poesía y prosa*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, con “Prólogo” de J. L. Borges; selección, notas y cronología de Guillermo Ara. *El payador* se editó por primera vez en 1916; constituyen su núcleo las conferencias impartidas por Lugones en mayo de 1913 en el Teatro Odeón.
- (1917): *Mi beligerancia*, Buenos Aires: Otero y García.
- (1919): *La torre de Casandra*, Buenos Aires: Biblioteca Atlántida.
- (1930): *La grande Argentina*, Buenos Aires: Babel.
- (1930): *La patria fuerte*, Buenos Aires: Luis Bernard.
- (1932): *El estado equitativo. Ensayo sobre la realidad argentina*, Buenos Aires: La Editora Argentina.
- (1938): *Roca*, Buenos Aires: Comisión Nacional Monumento al Tte. Gral. Julio A. Roca; “Prólogo” de Octavio Amadeo.
- (1974): *Obras poéticas completas*, Madrid: Aguilar [1959; 1949]
- MAEDER, Ernesto (1980): “Población e inmigración en la Argentina entre 1880 y 1910”, en Ferrari, G. y Gallo, E., comps., op. cit.
- MAEZTU, Ramiro de: (1942) *Defensa de la hispanidad*, Buenos Aires: Poblet [1935]
(1948) *Ensayos*, Buenos Aires: Emecé, “Nota Preliminar” a cargo de María de Maeztu.
- MAHARG, James (1972): “Reflexiones en torno a la ideología de Ezequiel Martínez Estrada”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, n°269
- MANNHEIM, Karl (1967): *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid: Aguilar.
(1987): *Ideología y utopía*, México: FCE.
- MANSILLA, Lucio V. (1984): *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, [1870-1877]
- MARICHAL, Carlos y VARGAS, Manuel (2004): “Introducción” a Bulnes, Manuel: *El triste porvenir de las naciones hispanoamericanas*, mimeo presentado al Seminario de historia intelectual de El Colegio de México.
- MARICHAL, Juan (1978): *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*, Madrid: Fundación Juan March-Cátedra.
- MARTEL, Julián [seud. de José Miró] (1938): *La bolsa*, Buenos Aires: W.M. Jackson [1891]
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel: (1991) *Radiografía de la pampa*, Madrid: Colección Archivos [edición crítica coordinada por Leo Pollmann] [1933]
(1983) *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*, Buenos Aires: Losada [1940]
(1985) *Panorama de los Estados Unidos*, Buenos Aires: Torres Agüero [edición preparada por Joaquín Roy] [1942]
(1969) *Sarmiento*, Buenos Aires: Sudamericana [1946]
(1947) *Los invariantes históricos en el Facundo*, Buenos Aires: Viau.
(1948) *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*, México: FCE, dos tomos.
(1950) “Norteamérica la hacendosa”, en *Sur*, Buenos Aires: n° 192-193-194.
(2001) *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, Buenos Aires: Beatriz Viterbo [1951]
(1956) *Cuadrante del pampero*, Buenos Aires: Deucalión.
(1956) *¿Qué es esto? Catilinaria*, Buenos Aires: Lautaro.
(1983) *Las 40*, Buenos Aires: Torres Agüero [1957]
(1957) *Exhortaciones*, Buenos Aires: Burnichon.
(1958) *Heraldos de la verdad. Montaigne-Balzac-Nietzsche*, Buenos Aires: Nova.
(1992) *Análisis funcional de la cultura*, Buenos Aires: CEAL [1960]
(1962) *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, México: UNAM.

- (1965) *Mi experiencia cubana*, Montevideo: El Siglo Ilustrado [segunda edición de *En Cuba y al servicio de la revolución cubana (La Habana, 1963)*]
- (1966) *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, México: Siglo XXI (tercera y última parte de *Martí, Revolucionario*).
- (1967) *En torno a Kafka y otros ensayos*, Barcelona: Seix Barral [compilación preparada por Enrique Espinoza]
- (1968) *Leopoldo Lugones. Retrato sin retocar*, Buenos Aires: Emecé [compilación preparada por Enrique Espinoza]
- (1969) *Leer y escribir*, México: Joaquín Mortiz [compilación preparada por Enrique Espinoza]
- MAYER, Jorge (1963): *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires: Eudeba.
- (1980): "Juan Bautista Alberdi", en Ferrari, G. y Gallo, E., comps., op. cit.
- MAYO, Carlos; ANDINO, Osvaldo y GARCÍA MOLINA, Fernando (1976): *La diplomacia del petróleo, 1916-1930*, Buenos Aires: CEAL.
- MITRE, Bartolomé (1978): *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires: Eudeba [1857-1887]
- (1968): *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires: Eudeba [1875-87]
- MONTSERRAT, Marcelo (1980): "La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso", en Ferrari, G. y Gallo, E., comps., op. cit.
- MORSE, Richard (1999): *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, México: Siglo XXI [1982]
- MUTSUKI, Noriko (2004): *Julio Irazusta. Treinta años de nacionalismo argentino*, Buenos Aires: Biblos.
- NASCIMBENE, Mario (1997): *El nacionalismo liberal y tradicionalista y la Argentina inmigratoria: Benjamín Villafañe (h.), 1916-1944*, Buenos Aires: Biblos / Fundación Simón Rodríguez.
- NAVARRO GERASSI, Marisa (1969): *Los nacionalistas*, Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- NEEDEL, Jeffrey (1999): "Optimism and melancholy: elite response to the *fin de siècle bonaerense*", en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, Vol. 31, Part 3, October 1999, pp. 551-588.
- NISBET, Robert (1991): *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa.
- ONEGA, Gladys (1982): *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires: CEAL [1965]
- ORGAMBIDE, Pedro (1985): *Genio y figura de Ezequiel Martínez Estrada*, Buenos Aires: Eudeba,
- (1997): *Un puritano en el burdel. Ezequiel Martínez Estrada o el sueño de una Argentina Moral*, Buenos Aires: Ameghino.
- ORTEGA y GASSET, José (1966): "Hegel y América", en *Obras completas*, Madrid: Revista de Occidente, Tomo II [1928]
- PAGEAUX, Daniel (1994): "De la imaginaria cultural al imaginario", en Brunel, Pierre y Chevrel, Yves: *Compendio de literatura comparada*, México: Siglo XXI.
- PALEARI, Antonio, director general; BIDONDO, Emilio, asesor (1992-1993): *Jujuy: Diccionario General*, Jujuy: Ediciones del Gobierno de la Provincia, doce tomos.
- PALTI, Elías (1997): Argentina en el espejo: el "pretexto" Sarmiento, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Buenos Aires: UNQui, n° 1.
- (2000): "La Historia de Belgrano de Mitre y la problemática concepción de un pasado nacional", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera Serie, n° 21.
- PASTERAC, Nora (2002): *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación: 1931-1944*, Buenos Aires: Paradiso.
- PAZ, Octavio (2000): *Corriente alterna*, México: Siglo XXI [1967]
- PERUS, Françoise (comp.) (1994): *Historia y literatura*, México: Instituto Mora.
- PIMENTEL, Luz Aurora (1998): *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*, México: Siglo XXI-FyL/UNAM.

- PRIETO, Adolfo (1998): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Sudamericana.
- PROPP, Vladimir (1987): *Morfología del cuento*, Madrid: Fundamentos.
- PUCCIARELLI, Alfredo (1993): “Conservadores, radicales e yrigoyenistas. Un modelo (hipotético) de hegemonía compartida, 1916-1930”, en Ansaldi, W.; Pucciarelli, A. y Villarruel, J., editores, op. cit.
- QUATTROCCHI-WOISSON, Diana (1998): *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires: Emecé.
- RAMOS, Jorge Abelardo (1965): *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires: Plus Ultra, dos tomos [3ª edición ampliada sobre la de 1957]
- RAMOS MEJÍA, José María (1957): *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires: Guillermo Kraft [1899]
- RAYMOND, Marcel (1960): *De Baudelaire al surrealismo*, México: FCE [1933]
- RESZLER, André (1984): *Mitos políticos modernos*, México: FCE.
- RICOEUR, Paul (1996): *El tiempo narrado*, vol. III de *Tiempo y narración*, México: Siglo XXI.
- ROCK, David (1977): *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires: Amorrortu.
- ROLDÁN, Darío (1993): *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político liberal*, Buenos Aires: CEAL.
- ROMERO, José Luis (1982): *Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos*, Buenos Aires: CEAL.
- (2001): “Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías”, en *Situaciones e ideologías en América Latina*, Medellín: Universidad de Antioquia [1978], con “Prólogo” de Alexander Betancourt Mendieta.
- (2004): “Argentina: imágenes y perspectivas”, en *La experiencia argentina y otros ensayos*, compilados por Luis A. Romero, Buenos Aires: Taurus [1ª edición del artículo: 1949]
- ROMERO, Luis Alberto (2001): *Breve historia contemporánea de la Argentina, 1916-1999*, Buenos Aires: FCE [edición revisada y actualizada respecto de la de 1994]
- ROUQUIÉ, Alain (1986): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires: Hyspamérica, dos tomos.
- SÁENZ HAYES, Ricardo (1926): *La polémica de Alberdi con Sarmiento y otras páginas*, Buenos Aires: M. Gleizer.
- SARMIENTO, Domingo Faustino (1977): *Facundo o civilización y barbarie*, Caracas: Biblioteca Ayacucho [1845]
- SARLO, Beatriz (1988): *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2001): *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires: Ariel, Biblioteca del Pensamiento Argentino, Vol. VII, Estudio Preliminar y Antología.
- SCHVARZER, Jorge (1993): “Ensayo de análisis de bibliografía: el enigma argentino en la perspectiva histórica”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’*, Buenos Aires: III serie, n° 7.
- SCHEINES, Graciela (1993): *Las metáforas del fracaso. Desencuentros y utopías en la cultura argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- SEBRELI, Juan José (1986): *Martínez Estrada. Una rebelión inútil*, Buenos Aires: Catálogos [1966]
- (2002): *Crítica de las ideas políticas argentinas. Los orígenes de la crisis*, Buenos Aires: Sudamericana.
- SEGOVIA, Juan Fernando (1992): *Julio Irazusta. Conservatismo y nacionalismo en la Argentina*, Mendoza: Idearium.
- SHUMWAY, Nicolás (1993): *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires: Emecé.
- SIDICARO, Ricardo (1993): *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires: Sudamericana.
- SIGAL, León (1991a): “Itinerario de un autodidacto” en Martínez Estrada, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, ed. cit.

- (1991b): “La radiografía de la pampa: un saber espectral” en Martínez Estrada, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, ed. cit.
- SMITH, Peter (1968): *Carne y política en la Argentina*, Buenos Aires: Paidós.
- SOLBERG, Carl (1986): *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Buenos Aires: Hyspamérica.
- SOLER, Ricaurte (1968): *El positivismo argentino*, Buenos Aires: Paidós.
- SPEKTOROWSKI, Alberto (1996): “The making of an argentine fascist. Leopoldo Lugones: from revolutionary left to radical nationalism”, en *History of political thought*, Vol. XVII, n° 1, pp. 79-108.
- STAROBINSKI, Jean (1999): “La palabra *civilización*”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Buenos Aires: UNQui, n° 3.
- STROMBERG, Ronald (1990): *Historia intelectual de Europa desde 1789*, Madrid: Debate.
- SVAMPA, Maristella (1994): *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires: El cielo por asalto.
- TARCUS, Horacio (1996): *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires: El cielo por asalto.
- TERÁN, Oscar (1979): *José Ingenieros: anti-imperialismo y nación* (estudio preliminar y antología de textos), México: Siglo XXI.
- (1986): *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires: Catálogos.
- (1987): *Positivismo y nación en la Argentina* (ensayo y antología), Buenos Aires: Puntosur.
- (1997): “Modernos intensos en los veinte”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Buenos Aires: UNQui, n° 1.
- (2000): *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la ‘cultura científica’*, Buenos Aires: FCE.
- TODOROV, Tzvetan (2000): *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, México: Siglo XXI.
- TORRES, José Luis (1973): *La década infame. 1930-1940. Apuntes históricos para el estudio del presente político*, Buenos Aires: Freeland [¿1944?]
- TOYNBEE, Arnold (1954): *La civilización puesta a prueba*, Buenos Aires: Emecé [1949]
- TROUSSON, Raymond (1995): *Historia de la literatura utópica. Viajes a países inexistentes*, Barcelona: Península.
- VAN DIJK, Teun (1999): *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*, Barcelona: Gedisa.
- VIDAL MANZANARES, César (1995): *Diccionario de Jesús y los Evangelios*, Navarra: Verbo Divino.
- VILLAFANE, Benjamín: (1919): *Nuestros males y sus causas*, Buenos Aires: Juan Perrotti.
- (1922): *Yrigoyen, el último dictador*, Buenos Aires: Moro, Tello y Cía.
- (1926): *La verdad sobre la cuestión petrolífera de Jujuy. Contestación del gobernador de la provincia, Sr. Benjamín Villafañe a la reclamación hecha por el director de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, General Mosconi*, Jujuy: Talleres Gráficos del Estado.
- (1926): *El atraso del Interior*, Jujuy: Buttazzoni.
- (1927): *Política económica suicida*, Jujuy: Buttazzoni.
- (1927): *La miseria de un país rico*, Buenos Aires: El Ateneo.
- (1927): *El yrigoyenismo. No es un partido político. Es una enfermedad nacional y un peligro público. Contestación del gobernador de Jujuy, a sus detractores*, Jujuy: Talleres Gráficos del Estado.
- (1928): *Degenerados. Tiempos en que la mentira y el robo engendran apóstoles. Segunda Parte de “Yrigoyen el último dictador”*, Buenos Aires, s/r.
- (1932): *La región de los parias*, Buenos Aires: Cabaut.
- (1935): *Hora oscura, la ofensiva radical-extremista contra la sociedad argentina*, Buenos Aires: s/r.
- (1937): *Chusmocracia*, Buenos Aires: Imprenta Mercatali.
- (1939): *Cosas de nuestra tierra. El paraíso de los usureros. La ley al servicio del crimen. Parálisis del progreso argentino. Parte de la acción parlamentaria del autor, sobre temas trascendentales*, Buenos Aires: Librería del Colegio.
- (1943): *La tragedia argentina*, Buenos Aires, s/r.

- (1944): *El destino de Sudamérica*, Buenos Aires: Talleres Gráficos Perú.
- (1947): *El General Uriburu y la Revolución de Setiembre*, Buenos Aires, s/r.
- (1952): *Motivos de la selva y de la montaña*, Buenos Aires: Talleres Gráficos de D. Taladriz.
- (1953): *Las mujeres de antaño en el Norte argentino*, Buenos Aires: Talleres Gráficos de D. Taladriz.
- VILLARINO, Emilio (1999): *Benjamín Villafañe. Una pasión política*, Buenos Aires: Círculo de Legisladores de la Nación Argentina, Estudio preliminar y antología de textos.
- VIÑAS, David (1974): *De Sarmiento a Cortázar. Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: Siglo Veinte.
- (1982a): *Indios, ejército y fronteras*, México: Siglo XXI.
- (1982b): “Ezequiel Martínez Estrada, hace tiempo y allá lejos”, en *Cuadernos Americanos*, México, n°6.
- (1991) “Martínez Estrada, de *Radiografía de la pampa* hacia el Caribe”, en Martínez Estrada, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, ed. cit.
- WEIL, Simone (1990): *Profesión de fe. Antología crítica*, México: UAM, Introducción, selección y traducción por Sylvia M. de J. Valls.
- WEINBERG DE MAGIS, Liliana (1990): “Prólogo” a Martínez Estrada, Ezequiel: *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, Caracas: Ayacucho.
- (1991): “Radiografía de la pampa en clave paradójica” en Martínez Estrada, Ezequiel: *Radiografía de la pampa*, ed. cit.
- (1992): *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del Martín Fierro*, México: UNAM.
- WHITE, Hayden (1992): “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona: Paidós [1987]
- WRIGHT, Ione y NEKHOM, Lisa (1994): *Diccionario histórico argentino*, San Pablo: Emecé.
- ZEA, Leopoldo (1976): *El pensamiento latinoamericano*, México: Ariel.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique (1965): *Introducción a Maurras*, Buenos Aires: Nuevo Orden [1957]
- (1975): *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires: La Bastilla, dos tomos.